
Marcel Monnier
De los Andes hasta Pará
Ecuador · Perú · Amazonas

De los Andes hasta Pará

Ecuador - Perú - Amazonas

Marcel Monnier

Traductor: Edgardo Rivera Martínez

DOI: 10.4000/books.ifea.564
Editor: Institut français d'études andines, Banco Central de Reserva del Perú
Año de edición: 2005
Publicación en OpenEdition Books: 8 febrero 2013
Colección: Travaux de l'IFEA
ISBN electrónico: 9782821826625



http://books.openedition.org

Edición impresa
ISBN: 9789972623325
Número de páginas: 352

Referencia electrónica
MONNIER, Marcel. *De los Andes hasta Pará: Ecuador - Perú - Amazonas.* Nueva edición [en línea]. Lima: Institut français d'études andines, 2005 (generado el 28 janvier 2020). Disponible en Internet: <http://books.openedition.org/ifea/564>. ISBN: 9782821826625. DOI: 10.4000/books.ifea.564.

DE LOS ANDES HASTA PARÁ

DE LOS ANDES HASTA PARÁ

ECUADOR – PERÚ– AMAZONAS

por

MARCEL MONNIER

Dibujos de G. Profit

Según los esbozos y fotografías del autor

Traducción al español por

Edgardo RIVERA MARTÍNEZ

PARÍS

1890





Edición original en francés:
Des Andes au Para. Équateur - Pérou - Amazone
par Marcel Monnier
Paris : Librairie Plon, 1890

Este libro corresponde al **tomo 191** de la colección "**Travaux de l'Institut Français d'Études Andines**"

1ra edición: febrero de 2005
Hecho el depósito legal nº 1501052005-0313
Ley 26905 - Biblioteca Nacional del Perú
ISBN: 9972-623-32-7

Av. Arequipa 4595 — Casilla 18-1217 - Lima 18
Teléf.: (51 1) 447 60 70 Fax: (51 1) 445 76 50
E-mail: postmaster@ifea.org.pe
Página web: http://ifeanet.org

Miro Quesada 445 - Lima 1
Teléf.: (51 1) 613 20 00 anexos 2641 y 2642
E-mail: fonedit@bcrp.gob.pe

Diseño de carátula: Iván Larco
Cuidado de la edición: Anne-Marie Brougère

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
LA COSTA
CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

SEGUNDA PARTE
LA CORDILLERA

CAPÍTULO PRIMERO
DE LA COSTA A CAJAMARCA

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV
LA PUNA

CAPÍTULO V
LA MONTAÑA

TERCERA PARTE
LA AMAZONÍA

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

MAPAS

Las notas que siguen, tomadas de mi diario de viaje, se refieren a los principales episodios de un recorrido realizado en 1886-1887, a través del continente sudamericano, del Pacífico al Atlántico, de la costa del Perú a la desembocadura del río Amazonas. Me fue posible culminar exitosamente una empresa que, en razón de mi absoluto aislamiento, ofrecía pocas posibilidades de éxito. Quizás incluso la situación misma de un europeo librado a sus solos recursos, sin otros compañeros que los indígenas reclutados en el recorrido, constituye si no el mérito, al menos la originalidad de la tentativa, y el motivo de la atención simpática que se me ha testimoniado desde mi retorno a Francia.

No queda ninguna América por descubrir. ¿Cuántos, desde hace tres siglos, han escalado la cordillera y descendido en balsas o piraguas por los afluentes del rey de los ríos? Aventureros en busca de un El Dorado, misioneros intrépidos, hombres de espadas, hombres de fe, hombres de ciencia. En la lista, ya larga, Francia cuenta con numerosos hijos suyos y más de un mártir. El campo de las investigaciones se estrecha de día en día, la era de las grandes aventuras llega a su fin. Las lagunas de los antiguos mapas desaparecen poco a poco, y sería muy temerario aquel que, desdeñando los senderos ya recorridos, pretendería abrir su camino sólo a través de lo desconocido.

No sé qué filósofo ha dicho que los descubrimientos en su mayoría no son más que antiguas verdades perdidas y reencontradas. Sin llevar tan lejos la paradoja, hay que reconocer que, a menudo, el explorador moderno se limitará a observar lo que otros ya han visto. Sin embargo, si los itinerarios se cruzan en el mapa, esa vasta red no es tan densa como para que no sea posible pasar entre sus mallas.

Por lo demás, América, que pronto no tendrá secretos para el geógrafo, reserva aún para el naturalista tesoros escondidos, y para el etnógrafo largas veladas. La investigación relativa a la genealogía de sus

razas permanece aún abierta. ¿Qué parte del viejo mundo fue su cuna? En vano se ha interrogado hasta ahora las ruinas colosales y el polvo de las *huacas* profanadas. Nadie nos ha dado la clave del enigma, sólo ingeniosas conjeturas, nada más. Por largo tiempo aún, los cráneos, los monumentos, las rocas cubiertas con inscripciones extrañas, las similitudes de los idiomas, las tradiciones indígenas, ocuparán los tiempos libres del erudito y la atención de los académicos. América, a este respecto, sigue siendo todavía la tierra del misterio.

Por lo demás, el presente volumen no pretende acelerar la solución de estos importantes problemas. No hay que ver en él sino un esbozo muy sincero de la vida de un viajero solitario. No disimulará sus sufrimientos; se esforzará en cambio en expresar el penetrante encanto de todo ello.

No es solamente el prestigio de los nuevos horizontes y las dificultades vencidas que lo seducen a uno cuando, en medio de la floración más completa de la naturaleza tropical, se siguen, durante meses, los misteriosos meandros de los ríos amazónicos. El viajero, en el silencio de las jornadas luminosas, en los turbadores rumores de las noches, piensa en las transformaciones que sufrirá este suelo virgen. Trata de desenredar los recursos y los obstáculos que reservan a la empresa europea estos dominios del indio errante y del baquiano de los bosques, y cuyo esplendor hacía decir a Humboldt, hace más de medio siglo, que la creación parecía haber preparado allí el último asilo del hombre, la cuna de una civilización por venir. Piensa que se abrirán vías de penetración, caminos, en esta selva donde ahora es tan difícil abrirse paso, donde él sufrió y a veces desesperó; que las embarcaciones a vapor remontarán el río hoy desierto; y que, ¿quién lo sabe?, se elevará tal vez una ciudad en el fondo del ancón solitario en el que se acaba de preparar el campamento del anochecer.

En una expedición de este tipo, el azar desempeña por fuerza un gran papel, y obstáculos imprevistos me obligaron más de una vez a modificar mi itinerario.

En un comienzo me había propuesto partir de las mesetas del Ecuador y bajar a la cuenca del Amazonas siguiendo el valle del río Pastaza.

Este gran río aún no ha sido en absoluto explorado de una manera completa, como los demás cursos de agua de la misma vertiente: el Morona, el Isa, el Tigre, el Napo, el Yapurá, sucesivamente visitados por Osculati, Crevaux, Orton, Simpson, Wiener, etc. De ahí mi deseo de tomar esta vía. Por desgracia, el volcán Tunguragua, que domina precisamente las fuentes del Pastaza, y cuya última erupción se remontaba a 1797, se había reanimado de pronto unas semanas solamente antes de mi llegada (enero de 1886). Toda la región circunvecina, en un radio de treinta leguas, había sufrido más o menos por ello. La emoción suscitada por el desastre en las poblaciones

indígenas no me permitía ya contar con su concurso. Después de un mes de gestiones infructuosas, debí renunciar a organizar la expedición en este sentido, y me hizo tomar la decisión de intentar la travesía del continente tomando como punto de partida la costa peruana.

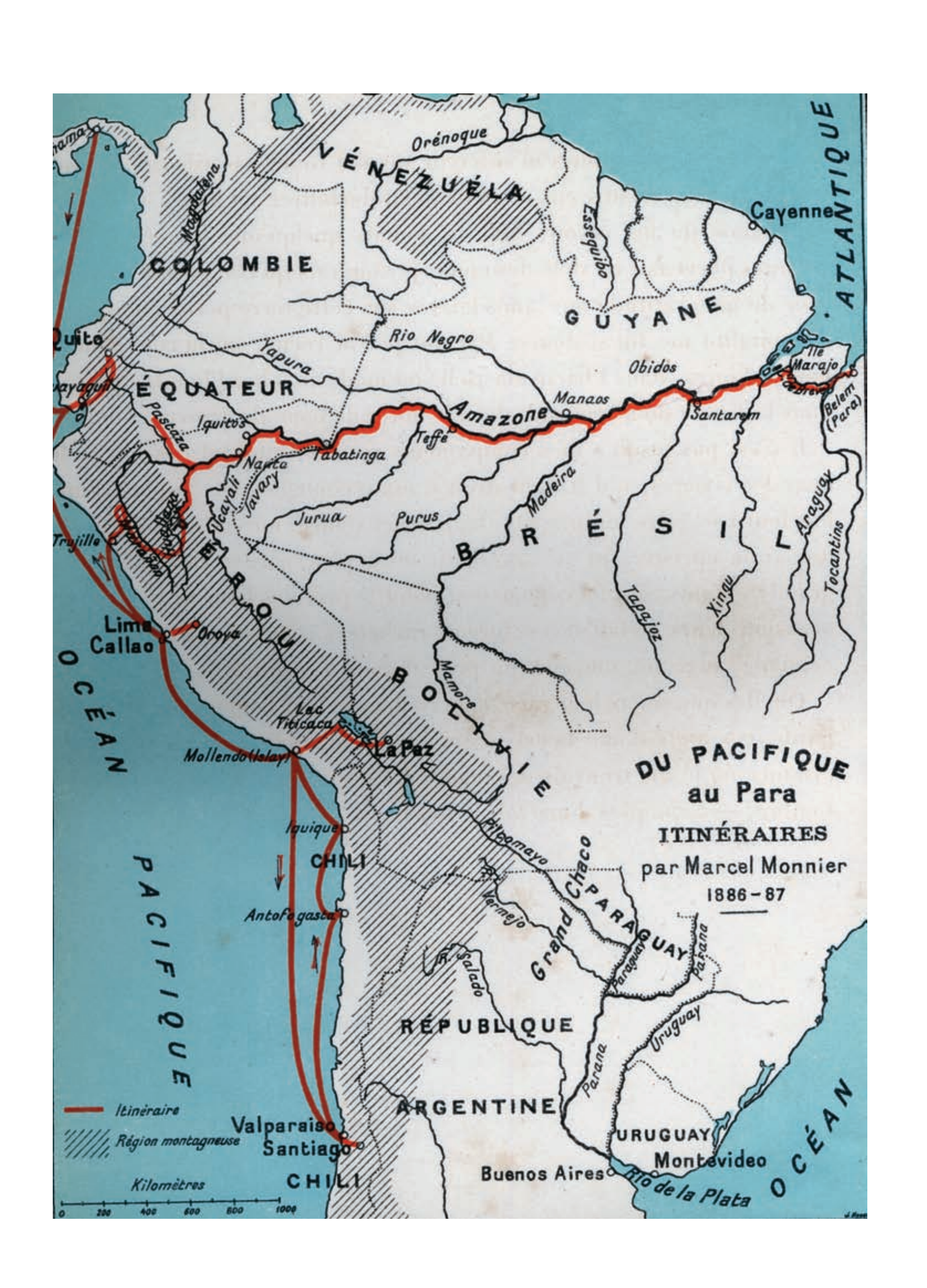
El orden en que se presentan estas notas testimonia estos bruscos cambios de dirección impuestos por las circunstancias. Corresponde, por lo demás, a las grandes divisiones del país: la costa, muchas veces descrita, la Cordillera, y, en fin, la región amazónica.

Permítaseme, al principio de este libro, consagrar un recuerdo a aquellos cuyas simpatías me ayudaron en mi azarosa ruta. Están lejos. Muchos de ellos no podrían descifrar estas líneas, y tengo escasas posibilidades de volverlos a ver. Pero si alguna vez alguna de estas páginas llega más allá de los mares, quisiera que fuese portadora de la expresión de mi gratitud a los amigos dejados en las tierras peruanas, cuya hospitalidad me fue tan grata. La he recibido por doquiera, en la costa como en la sierra, en la hacienda rica o en la modesta, en casa del humilde sacerdote, en la *tienda* del comerciante, en la cabaña de tapia del pobre *cholo.*

No pueden dejar de tener derecho a mi reconocimiento los compañeros reclutados en el fondo de los bosques, a lo largo de los ríos. Si más de una vez su carácter sombrío, su indolencia, pusieron a ruda prueba mi paciencia, yo no podría, por tan poco, guardar rencor a estos niños grandes, que no conocen el precio de las horas. En muchas ocasiones sus errores fueron recompensados por una docilidad, una confianza ingenua, una energía pronta a todos los sacrificios.

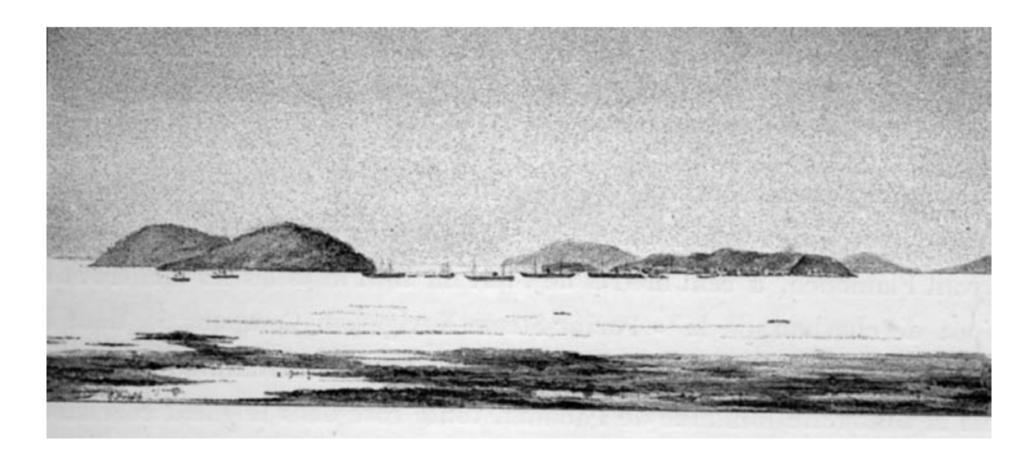
Cualesquiera que sean su raza, su color y su lengua, que Dios los conserve, a esos amigos de una hora, a quienes debo haber olvidado por momentos la distancia en que me encontraba de los míos, los obstáculos acumulados, el porvenir sombrío —¡a quienes más de una vez debí la vida!—.

M. M.


DU PACIFIQUE
au Para
ITINÉRAIRES
par Marcel Monnier
1886-87
Itinéraire
Région montagneuse
Kilomètres
0 200 400 600 800 1000
VÉNÉZUÉLA
COLOMBIE
GUYANE
ÉQUATEUR
BRÉSIL
PÉROU
BOLIVIE
CHILI
PARAGUAY
RÉPUBLIQUE
ARGENTINE
URUGUAY
OCÉAN PACIFIQUE
ATLANTIQUE
OCÉAN
Orénoque
Magdalena
Essequibo
Cayenne
Rio Negro
Yapura
Quito
Obidos
Manaos
Amazone
Santarem
Ile Marajo
Belem (Para)
Pastaza
Iquitos
Teffé
Tabatinga
Nauta
Javary
Ucayali
Jurua
Purus
Madeira
Tapajoz
Xingu
Araguay
Tocantins
Trujillo
Lima
Callao
Oroya
Mamoré
Lac Titicaca
La Paz
Mollendo (Islay)
Iquique
CHILI
Antofagasta
Pilcomayo
Vermejo
Grand Chaco
Parana
Salado
Uruguay
Valparaiso
Santiago
Buenos Aires
Montevideo
Rio de la Plata

PRIMERA PARTE

La costa



Rada de Panamá. Fondeadero de flamenco

CAPÍTULO PRIMERO

I. En la rada de Panamá.- El fondeadero de Flamenco.- El *Bolivia.*- Historia de una viuda y de una posición estratégica.– II. Guayaquil.– III. El río Chimbo.- Yaguachi.

I

El embarque se había realizado a las cuatro de la tarde con un calor intenso, en medio de una nube de polvo levantado por las pisadas de los negros que se disputaban los equipajes sobre el muelle cubierto de planchas de calamina, donde los sacos de café, las cajas, los bultos de toda clase y de toda procedencia, apilados hasta el techo, exhalaban un hedor acre de tienda de abarrotes mal mantenida. Un tintineo de campana, un silbato, y de pronto, entremezclados, los pasajeros se habían lanzado al asalto del estrecho remolcador amarrado a los pilotes. Fue entonces un atropellarse, una extraña cacofonía de idiomas, en que el castellano, sonoro como un clarín, se mezclaba con la flautilla del chino, con los aullidos del negro; en suma, la acostumbrada sinfonía que acompaña a las llegadas y partidas en el miserable puerto de Panamá. Después, bien que mal, todo se calmó; cada cual recuperó el aliento y se enjugaba la frente. A las imprecaciones, a las amenazas, había sucedido un vago murmullo de animales enfermos:

sólo por intervalos estallaban un reclamo supremo, un juramento, así como después de una tempestad el último sollozo del mar apaciguado.

La marea subía, golpeando la estacada carcomida. La embarcación partió.

Una hora más tarde, acodado sobre el empalletado del vapor *Bolivia* anclado ante Flamenco, a cien metros del islote donde están instalados los talleres y el depósito de carbón de la "Pacific Steam Navigation Company", cuyo pabellón ondea en la cumbre de la roca al lado del estandarte británico, yo contemplaba la silueta lejana de Panamá, toda rosa en el sol poniente.

Hay ciudades cuyos menores detalles merecerían que se los observase con lupa; otras, al contrario, que es preferible examinar con el extremo grueso del largavista. Esta pertenece a este grupo. Semejante a esos poblados de oriente tan blancos bajo un cielo color de índigo, pero tan decepcionantes, ella no es ya la misma contemplada de lejos que observada de cerca. La pintura al temple descascarada, las manchas de los edificios corroídos por el salitre y el musgo, se habían fundido bajo un barniz luminoso. La antigua catedral, en la cual, allí en la cumbrera de las torres, han enraizado arbustos de talla respetable, había recobrado un aire de juventud y de frescor. Las mismas viejas murallas, las *Bóvedas* donde, después de caer la noche, todo Panamá viene a respirar la brisa marina, parecían desafiar los asaltos de las olas y de los hombres como en tiempos de Vasco Núñez de Balboa. Se hubiera dicho un antiguo cuadro, horrible antaño y agrietado, salido irreconocible de las manos del restaurador.

El tiempo pasaba, la noche había caído. Una línea de luces temblorosas, a ras del agua, era lo único que indicaba el sitio de la ciudad, y el paquebote, siempre anclado, se movía con lento ritmo por el eterno oleaje del Pacífico. Nada anunciaba la partida. ¿Qué esperaban? Dios sabe. Pero aquí se aguarda siempre a alguien o algo, y los impacientes no son bienvenidos.

He conocido a un viejo capitán americano —el cual, entre paréntesis, no había recibido del cielo el don de las lenguas—, que me confesó haber navegado durante diez años por estos parajes y no haber aprendido sino una sola palabra de español: *¡Caramba!* "Solamente", añadía, "durante los diez años siguientes he trabajado, y mi vocabulario se ha enriquecido con otra palabra que, lo sé ahora por experiencia, basta para todo…

– ¿Y esa palabra es…?

– *Paciencia*"

En el fondo, poco me importaba que fuera o no puntual. Este retraso tenía incluso no sé qué de encantador. Detrás del velo de sombra que lo envolvía, mi mirada trataba de discernir por última vez ese triste puerto,

célebre en el mundo entero, donde yo dejaba a tantos compatriotas. Relaciones nacidas de ayer, hoy rotas: no por ello la ruptura es menos penosa. Me parecía abandonar de nuevo mi país, Francia, y me preguntaba qué reservaba la suerte a los amigos que se habían quedado en la ribera. A este sentimiento de angustia irracional se agregaba la turbadora perspectiva del mañana. Iba a emprender un largo viaje a través del continente. ¿Podría vencer las dificultades? Este océano, del que iba a alejarme pronto, ¿lo volvería a ver alguna vez…? Pensamientos deshilvanados, fugitivos y cambiantes como las imágenes de un caleidoscopio, que asaltan el espíritu en vísperas de todo acto decisivo y provocan un ingenuo deseo de suspender la marcha de las horas, de eternizar el momento presente…

Es en todo ello y muchas otras cosas igualmente locas que yo pensaba, apoyado sobre la borda, cuando sonó el gong para la cena. Eramos pocos en la mesa, ya que la mayoría de los que partían se habían instalado en la *tolda.*

Se designa así no una tienda, como el término parecería indicar, sino el entrepuente. Los vapores del Pacífico no tienen más que dos categorías de espacio: 1º los salones y las cabinas exteriores de primera clase, en la parte superior del navío, de la popa a la proa; 2º un entrepuente al que se podría llamar el piso de las vacas, pues el ganado en pie constituye por sí solo toda la carga entre los diferentes puntos de litoral, sobre todo a partir del Callao hasta Chile. Es allí que el *vaquero* y el emigrante dormían enrollados en su cobertura o suspendidos en la hamaca, por encima de los menudos bultos apilados, en medio de los mugidos quejosos del ganado empujado de uno y otro lado por el balanceo de la nave.

Mientras que en el salón se cumplían los ritos de una comida espartana, compuesta de legumbres cocidas en agua y de un guiso indefinible, yo observaba a los ralos comensales: negociantes de Guayaquil y de Valparaíso que volvían a sus establecimientos, el encargado de negocios de Alemania en el Perú, dos oficiales de la marina inglesa que retornaban a la escuadra del Pacífico, y, en fin, un gentil matrimonio, compuesto por un joven agregado de legación francés, su mujer y su bebé. Ninguna otra dama. Al menos yo vacilaba en asignar un sexo a la persona sentada frente a mí, de frágil contextura, de edad avanzada, extraña, vestida de negro, que comía con la punta de los dientes, se agitaba con frecuencia, se quejaba siempre.

El comandante me sacó de la incertidumbre al decirle al maestresala:

– Ocúpese usted de la señora.

La orden era superflua. ¡La señora! Pues sí todo el cuerpo de domésticos a la que exasperaba no tenía ojos más que para ella y soportaba sin protestar sus rechazos. Me retiré muy intrigado, no sin preguntarme quién era esta

pasajera y qué alta distinción social le valía una situación tan privilegiada, ya que el personal de los barcos no está acostumbrado a manifestar tal aguante obsequioso frente a ancianas ásperas, sobre todo cuando estas tienen la mala suerte de ignorar la lengua inglesa.

Mi sorpresa no pasó desapercibida al comandante. En la velada, cuando hubimos partido y desaparecieron las luces de Panamá bajo el horizonte, vino, con el puro en los labios, a reunirse conmigo sobre la toldilla, se sentó cerca y me dijo, después de aspirar silenciosamente algunas bocanadas:

– ¿Ha visto usted a esa anciana señora?

– ¿La que parecía de tan mal humor durante la cena?

– La misma. ¿Sabe usted quién es?

– Se lo agradeceré si me lo dice.

– Pues bien, y de ello no hace mucho, era nuestra propietaria, y ahora…

– ¿Propietaria? —lo interrumpí, sorprendido—.

– Espere —continuó él—, ya comprenderá.

– ¿Ahora, decía usted...?

– Ahora es nuestra pesadilla.

Entonces se explicó. Quizá, al subir a bordo, yo había notado la pequeña isla ante la cual habíamos anclado. Desde luego. Había tenido tres largas horas para ello. Pues bien, esa isleta, donde la compañía ha establecido sus talleres de reparación y un depósito de combustible, era hace un tiempo propiedad de la señora, o más bien de su marido, un colombiano o peruano… a menos que fuese chileno…, no se sabía exactamente, en fin, un habitante de la costa, el cual arrendaba su roca, por un buen precio, a los ingleses. Cuando murió, estos le hicieron a la viuda ofertas de compra. Hubo un fácil entendimiento. Pero he allí que en el momento de firmar, la vieja se las arregló para poner a la venta una condición por completo inesperada y *sine qua non!* Ella pretendía reservarse, de por vida, el derecho de pasaje gratuito, en primera clase, en todos los buques pertenecientes a sus compradores. No hubo más remedio que aceptar, y desde entonces… Ah… desde entonces, ella estableció domicilio en aquellos, positivamente, pasando de uno a otro para desesperación de los capitanes, para los cuales se convirtió en su pesadilla. Y con ello, mi estimado señor, exigente, ¡y gritona! Jamás satisfecha con el servicio; dándose el maligno placer de manifestar sus quejas delante de los otros pasajeros, y desacreditando a la compañía. ¡Un monstruo, en fin! ¡Un monstruo!

No pude contener la risa.

– Entonces, ¿no baja a tierra?

– Lo menos posible, y con razón. Imagínese que, en la mayoría de las escalas, los aduaneros le cierran el paso.

– Ah… La señora hace contrabando.

– Ella no ha hecho sino eso, y por ello está marcada en toda la ruta: desde que aparece con su pequeño equipaje, se le ruega cortésmente seguir de largo.

– Y ahora, ¿adónde se dirige?

– Supongo que la tendremos hasta El Callao, donde debemos cruzarnos con el *Mendoza*, a menos que continúe hasta Valparaíso para trasbordarse al *Coquimbo,* que partirá la misma tarde de nuestra llegada. Ella no ha continuado hasta ahora a Liverpool, pero eso vendrá. Le escuché decir hace un rato que ella ensayaría la línea a Europa con el *Cotopaxi*, que parte el mes próximo.

Se calló con aire desolado.

– A la verdad, comandante —le repliqué—, en el punto adonde han llegado las cosas, no veo sino un remedio.

– ¡Oh! ¿Y cuál es?

– Haga casarla de nuevo.

Nunca se me habría ocurrido la idea de contar las tribulaciones y servidumbre de nuevo tipo que impone a la Compañía del Pacífico el capricho de una viuda desconsolada, si no hubiese avizorado, una vez más, el proceder característico del inglés, el cual es, decididamente, el más hábil coleccionista del mundo. Con qué arte sabe aprovechar la ocasión, si es necesario la crea, discretamente, sin ruido. Un pequeño contrato de venta entre una vieja dama y el agente de un armador, ¿qué cosa más simple? He aquí enarbolada la bandera del Reino Unido. Nada impediría más tarde a la compañía marítima traspasar el contrato a su gobierno, sin dejar de procurarse una honesta ganancia que concilie los intereses del comerciante con las exigencias del patriotismo.

Se me dirá que no se trata de Inglaterra, sino de un simple particular que es dueño de un islote de Flamenco, y que ello no podría bastar para hacer de él tierra inglesa. Pura sutileza. El pabellón, plantado hoy por cuenta de una casa de comercio, representará mañana a la nación. Los ejemplos abundan. No es que yo pretenda que, en el caso presente, los adquirientes hayan especulado sobre semejante eventualidad; pero ¿es la cosa imposible, y se podría atribuírseles con ello un delito? Sin duda, la posición no es única en la rada de Panamá, no faltaba más. Pero situada, más o menos en el eje del futuro canal y en su desembocadura, no se podría negarle un cierto valor. En todo caso, es curioso para quien tiene

presente en la memoria la campaña emprendida por la prensa americana, inspirándose en la doctrina Monroe, para profetizar la ocupación del istmo, el establecimiento de un fuerte a la entrada del canal interoceánico; es curioso, digo, constatar que el primer llegado no es Jonathan, sino John Bull. Todo esto, una vez más, a título de simple rasgo de costumbres cuya importancia me cuidaré bien de exagerar.

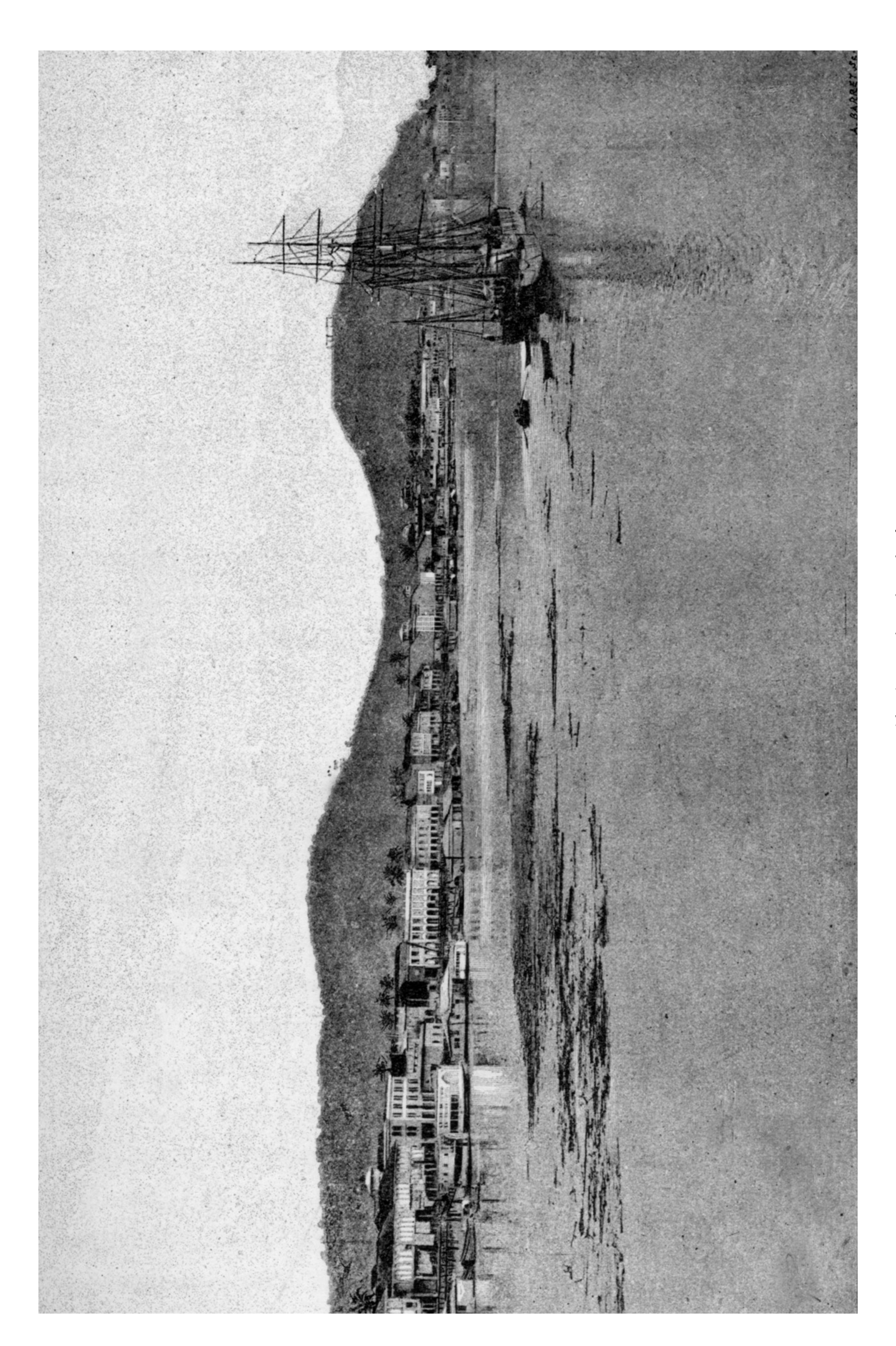
II

La distancia de Panamá a Guayaquil es de 816 millas. El tercer día después de nuestra partida, por la mañana, el *Bolivia* se encontraba a la vista del cabo Santa Helena, lo doblaba por la tarde, y al caer la noche echaba el ancla a lo ancho de la gran isla de Puná, en la desembocadura del río Guayas. Al día siguiente, desde el alba, el piloto atracaba, y, empujados por la marea, remontábamos el río.

Veía yo por primera vez un curso de agua de América ecuatorial, en verdad uno de los más humildes, cuyo trazo apenas si se percibe en los mapas. Sin embargo la impresión que se experimenta fue muy viva. Yo conocía varios grandes ríos: el Mississipi, por haberlo recorrido desde su delta hasta el Misuri, el San Lorenzo, y, en las regiones intertropicales, el Ganges, el Irauady, el Saluen. Ninguno podía compararse al que tenía a la vista. El oleaje, las riberas, el cielo, la luz misma, nada suscitaba en mí el recuerdo de algo ya visto. Había en la tierra, en el agua, en los perfumes dispersos, en la palidez láctea de las nubes que corrían en un cielo rosa, en los estremecimientos, los lejanos rumores de esta naturaleza a penas despertada, yo no sé qué de magistral, de dulce y amenazante a la vez, y la manifestación tranquila de la grandeza y de la fuerza.

Desde entonces se habría de ofrecerme bien a menudo la ocasión de asistir a semejantes espectáculos. Pero, sin duda la responsabilidad de ello está en el hábito que erosiona la facultad admirativa; ninguno, entre los más sorprendentes, me ha hecho olvidar la intensidad de esta primera impresión.

El majestuoso Guayas no es largo. Su curso apenas si excede un cincuentena de millas, a contar desde el punto en que recibe al último de sus tributarios. Estos afluentes, de los cuales los principales son los ríos Vinces, Palenque, Daule, Zapotal, Caracol y Yaguachi, no tienen por sí mismos, como todos los que en esta latitud descienden hasta el Pacífico, más que un desarrollo bastante limitado. Pero traen de la Cordillera enormes corrientes alimentadas tanto por el deshielo de las nieves como por las cotidianas tormentas que se desatan en las altas mesetas. Confundidos en un mismo lecho, forman un río tan ancho como el Mississipi en Nueva Orléans, con riberas planas cubiertas de jungla y de bosques casi siempre



Guayaquil visto desde el río

inundados, hasta el punto de tornar incierta la línea de demarcación entre la tierra y las aguas. Sin embargo, lo que lo distingue, es menos su volumen y la exuberante vegetación de sus márgenes que el número y naturaleza de los restos acarreadas por sus ondas amarillas. Se le creería tachonado de islas: parece que uno se internara en un archipiélago inextricable, y uno se pregunta cómo conseguirá abrirse paso el navío. Pero este prosigue su ruta, sin jamás desviarse para evitar el obstáculo. Ningún riesgo de naufragar. Todo aquello flota. El canal ora se angosta, ora se ensancha; las islas se suceden, se entrelazan y se desenredan; todo el archipiélago da vueltas al capricho de la corriente. Son tanto parcelas del continente, restos de matorrales, pedazos de prados arrancados al paso por el río en su parte torrencial: la apretada red de raíces previene su dislocamiento, las sostiene como si se tratara de un cesto colocado sobre el agua; y, por millares, esos esquifes singulares descienden lentamente hacia el océano para perderse en alta mar con todo lo que portan: matorrales floridos, hierbas y lianas, arbustos aún derechos en su tallo, ramas cargadas de frutos, nidos con pájaros.

Al cabo de tres horas, más allá de un último codo del río, una línea de construcciones ligeras, de casas pintadas, se dibujaba sobre la ribera derecha.

A distancia, y vista desde el puente de una nave, la capital comercial del Ecuador es más bien seductora, sobre todo bajo la dorada luz de la mañana. Un hermoso muelle, a lo largo del cual corre una fila de construcciones de techos planos, cuya planta baja se protege en la penumbra de una alta columnata; los campaniles de las iglesias y de los conventos; el abigarramiento de los edificios destacándose sobre el verdor de una colina aislada que cierra el horizonte por el lado septentrional: todo este paisaje tiene color y alegría.

Embarcaciones de pesca, tres o cuatro veleros con el casco decolorado, las vergas negras, viajeros de presentación descuidada que vienen de doblar el Cabo de Hornos; algunos pequeños vapores de río con los colores ecuatorianos, amarillo, azul y rojo; tal era, en ese momento, la clientela del puerto. Se sentía allí a gusto y ocupaba poco espacio en la extensión inmensa del río.

En la ribera opuesta, ni un alma. Nada más que el prado y los bosques, y, en los pastizales sumergidos a medias, caballos, mulas y bueyes hundidos hasta la grupa en la alta hierba. En segundo plano, en una escotadura de nubes, se alza la lejana Cordillera.

Un instante después, la cortina de vapores suspendida al fondo del horizonte descendió, y allá lejos, en el cielo, tan alto que se lo hubiera podido tomar por una estrella retrasada, apareció una punta resplandeciente: el Chimborazo.

Tan pronto desembarcamos, adiós a la ilusión. En lugar del muelle monumental, una cloaca cortada por barrancos, charcas, donde nadan detritus de toda clase: cocos, cortezas, cáscaras, toneles vacíos; un amontonamiento de cajas rotas, de rieles torcidos, de armazones y fierros en desuso. La suntuosa columnata se halla en muy mal estado. Las casas vacilan bajo las arcadas debilitadas. Se inclinan a un lado o a otro, como si hicieran una reverencia, apuntalándose una a otra como marineros a medios pelos. Nada completo, nada definitivo; bellas calles con losas, y, a dos pasos de allí, una encrucijada donde crece la hierba; una parte de plaza bellamente dibujada, pero hirsuta, mal peinada, invadida ya por una loca vegetación. Planeando sobre todo, un polvo impalpable, cuando hace buen tiempo, o efluvios infectos, después de la lluvia.

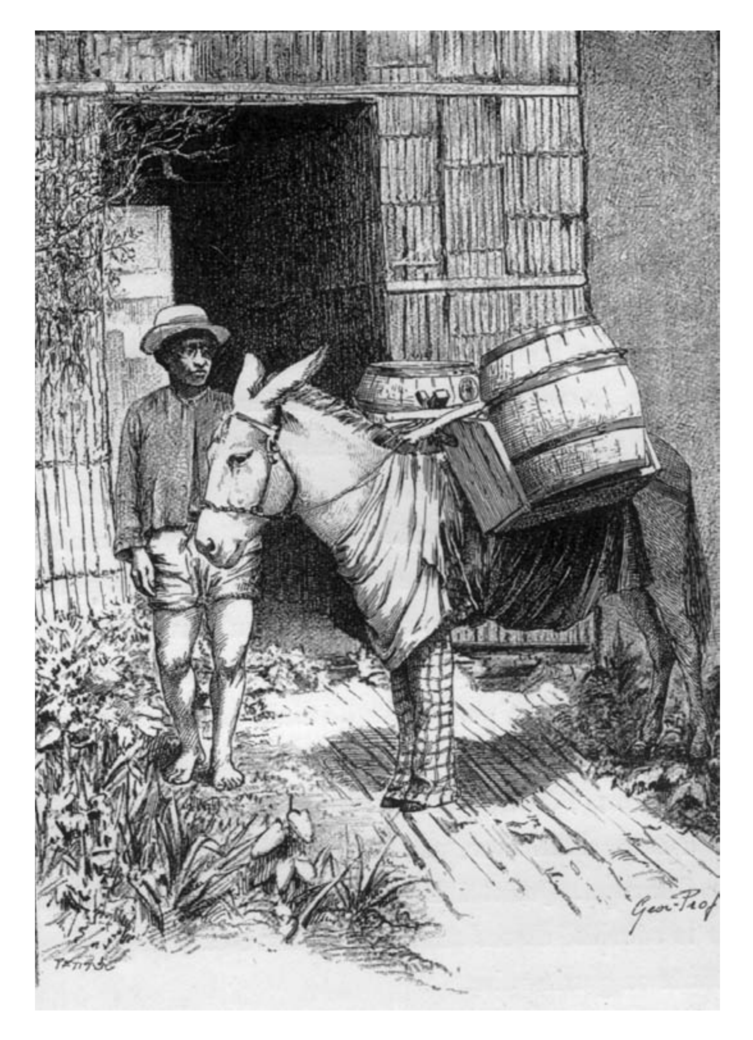
Y, no obstante, sería injusto llamar a Guayaquil una ciudad fea, e imputar a la sola incuria de sus habitantes los inconvenientes que son consecuencia del clima. La humedad de la atmósfera y la fecundidad del suelo son dos fuerzas disolventes que imprimen pronto, a las cosas más nuevas, un aire de abandono y de ruina. A menos de mantener, cada diez pasos, una cuadrilla de trabajadores constantemente ocupados en limpiar la vía pública, esta tomará en unos días, a pesar de la circulación activa, una apariencia de pastizal. Son esos los pequeños inconvenientes de una región donde la fuerza de expansión vegetal es tal que casi se podría, mirando de cerca, ver crecer la hierba.

Muchas casas tienen una buena apariencia. La limpieza es rozagante, el alineamiento correcto, el recubrimiento esplendente. Aquellas hacen su entrada en sociedad. Se puede jurar que el ebanista y el pintor no están lejos. Ni hablar del albañil. El terreno, húmedo como una esponja, difícilmente soportaría el peso de la piedra. Todas son de madera, siempre muy dura, resistente a la acción de los insectos y de la humedad, a veces de esencia preciosa. La mayoría de ellas, verdaderos efectos visuales, están pintadas de manera tal que simulan las capas, el grano del adoquín, las venas del mármol. En Guayaquil una casa en construcción produce un poco el efecto de un gran parasol plantado en tierra. Al revés de lo que sucede en otras partes, la primera parte acabada es el techo. Se clavan largas estacas sobre las cuales debe descansar, después de lo cual el arquitecto y el obrero se ocupan en ponerse al abrigo del sol y de las ráfagas de aguacero. Hecho ello, procederán al montaje y ajuste de las partes inferiores. La ligereza de las paredes, la completa ausencia de ventanas remplazadas por doquiera por persianas móviles que se abren sobre una veranda, hacen de estas residencias menos íntimos retiros cerrados a los ojos de los indiscretos que moradas de claraboya, donde el rumor de las conversaciones, las risas, los sonidos del piano, las voces femeninas, llegan a las orejas del transeúnte como el cloqueo de avecillas de una pajarera.

Si la disposición del hogar tiene su razón de ser en un país tropical, en ninguna parte, en cambio, el vestido de las clases acomodadas y ricas se halla en tan poca armonía con el clima. La levita negra y la chistera no tienen nada que hacer, evidentemente, bajo el cielo ecuatorial. Tal es, sin embargo, la implacable moda que proscribe aquí al terno blanco, de uso universal en las Indias. ¿Me atrevo a decirlo? Este rigor me ha parecido testimoniar no un refinamiento de elegancia, sino el deseo digno de elogio, pero inconfeso, de economizar en el lavado. Se aplica incluso al desdichado sombrero de paja, el panamá legendario, cuyo precio varía de quinientos francos a quince centavos, tejido por los campesinos de las provincias de Manabí, de Esmeraldas, en ciertos pueblos del Perú, por doquiera, en fin, menos en Panamá. La sociedad parece valorar mucho el afirmar, por el corte de su ropa, sus lazos de parentesco con Europa. En cuanto a la población india o mestiza, se distingue por la sobriedad de sus adornos: el sombrero de paja y el poncho constituyen toda su guardarropa.

Los representantes de la raza indígena que deambulan por la ciudad, no se dedican a ningún oficio regular, y tienen por el trabajo, cualquiera que sea, un mediocre aprecio. Hay una ocupación, sin embargo, que ocupa un lugar de honor entre ellos, y es el transporte y venta de agua a domicilio, aun cuando es efectuado a lomo de borricos, contentándose el aguador con trotar despreocupadamente detrás, voceando su mercancía. Detalle a notar: si la mayoría de los conductores no tienen, o tienen muy poco, en materia de pantalones, en cambio los asnos portan unos azules, blancos, a cuadros, incluso a veces una especie de chaqueta, en suma, un vestido completo que los protege contra las picaduras de los terribles mosquitos. Esta solicitud del propietario para con sus animales es tanto más conmovedora por cuanto profesa con respecto a su persona la más completa indiferencia.

La actividad comercial tiene como principal escenario el muelle y las calles adyacentes. En la penumbra de los grandes bazares alineados a lo largo del río, bajo las arcadas, en las aceras de planchas de madera, en medio de la calzada, hay de la mañana hasta la noche un rumor continuo: arrieros que arrean sus mulas, riñas entre cargadores, ruidos de martillos, estallido de cajas que revientan. Es de allí desde donde, cada año, se exportan varios millones de kilogramos de cacao a Europa; allí donde están dispuestas, en pequeños bultos, las mercancías destinadas a proveer a los habitantes de las tierras altas. Las vías de comunicación son tales que es indispensable reducir los bultos tanto en peso como en volumen. Los que sobrepasen una longitud de ochenta centímetros por cuarenta de ancho, y veinticinco de grosor, difícilmente franquearían ciertos pasos. Dos de estos bultos, cubierto con envolturas impermeables y rellenas de paja, forman la carga de una mula.



Un aguador en Guayaquil

Es verdad que se ha visto realizar más de una vez, con éxito, la proeza de hacer llegar hasta Quito un piano. Pero, sin hablar de las averías a las que está expuesto durante el trayecto, el transporte hecho a brazo necesitaba de quince a veinte hombres, y así el precio resultante del más modesto instrumento entregado a su destino alcanzaba de mil quinientos a mil ochocientos piastras en papel moneda, esto es cinco mil francos. Ello es pagar muy caro una música mediocre.

Las relaciones entre la costa y la sierra, casi impracticables durante la estación lluviosa, son restablecidas de fines de abril a comienzos de diciembre. Por ello, cuando se aproxima el buen tiempo, el pregón de los vendedores, de los agentes y de los embaladores, llega a su clímax.

Guayaquil no es una ciudad ociosa, menos aún una ciudad de placer. Es un depósito, punto de partida hacia la capital. Pero el viaje no es lo que la gente piensa. Se complica no solamente por la distancia, la cual en línea directa no excede las cien leguas, sino también por la diferencia de altura. Guayaquil, a medias bajo el agua, Venecia sin canales, se ve menos favorecida que la reina del Adriático unida a tierra firme por una calzada y un ferrocarril. Aquí, nada semejante. La ciudad, por los cuatro puntos cardinales, no es accesible más que por agua. Se halla sobre un suelo mojado, que se mueve, a tres metros por encima del nivel del mar, mientras que la altitud de Quito varía, según los barrios, entre dos mil ochocientos cincuenta y los tres mil y pico de metros.

Para llegar a la metrópoli, una de las más altas de la tierra, hay que remontar antes, durante uno o dos días, de acuerdo a la estación, el río y uno de sus afluentes, hasta el momento en que el curso de agua se convierte en cascada, es decir hasta la base de la Sierra. Entonces comienza la escalada a lomo de mula por senderos extraordinarios. Los pasos varían de una época a otra. Así, por el momento, el más directo, el que franquea el abra del Arenal o del Chimborazo, a una altura de más o menos cinco mil metros, es inabordable. Necesitaré, desviándome hacia el este, efectuar un recorrido de dos a tres jornadas más largo. El camino será siempre execrable, pero pasaré, a riesgo de tener que regresar por la ruta ordinaria si, como se me hace temer, me veo obligado a retornar a la costa ante la imposibilidad debidamente constatada de organizar, a partir de la meseta de Quito, mi expedición al interior del continente.

Las gestiones ante las autoridades, la formalidades de pasaporte exigidas a todo aquel que se proponga viajar por el territorio de la república, fueron realizadas rápidamente gracias a la intervención, digna de reconocimiento, del vicecónsul de Francia, señor Lasserre, cuya extremada cortesía yo no podría olvidar, y quien tuvo a bien acogerme como a un amigo. Recuerdos comunes, viajes realizados en las mismas regiones, creaban entre nosotros otros tantos vínculos, y pronto nos conocimos bien. Con el espíritu aún lleno de recuerdos del Extremo Oriente, tenía yo el placer de encontrar en el señor Lasserre a un antiguo pionero de nuestras posesiones en Indochina, a uno de los fieles compañeros de Francis Garnier en Anam y en Tonkín. Sus funciones consulares no exigían menos sangre fría y energía que sus exploraciones pasadas. En un país donde el equilibrio político es esencialmente inestable, nuestros agentes tienen mucho qué hacer para salvaguardar con prudencia y firmeza la dignidad de la bandera y los intereses de nuestros connacionales. Hay que haberlos visto trabajando para saber las dificultades de la tarea y la devoción de estos hombres aislados, a veces olvidados en un puesto lejano, enfrentando un clima terrible, pero sostenidos por un ardiente patriotismo. A este respecto me ha parecido

que Francia tenía en Guayaquil a un representante de raro mérito, cuyos servicios ha podido apreciar buen número de nuestros compatriotas.

Como quiera que sea, las diversas informaciones no se consiguen en una hora. Hay que dirigirse a uno y otro, recoger opiniones a veces contradictorias, y tratar de llegar a una conclusión práctica; proceder a los preparativos que necesita un viaje de más de una semana, reunir las piezas del apero, correspondiendo a los arrieros aportar las monturas pero no los accesorios; en fin, asegurarse el concurso de un servidor honrado, en la medida de lo posible. Todo ello exige varios días, enorme paciencia, y se dispone de todo el tiempo para agotar las fuentes informativas de interés que puede ofrecer la localidad. Mentiría si afirmara que las distracciones abundan. Pero las hay. Se puede dividirlas en tres categorías: políticas, acuáticas y religiosas.

Puede ser gratificante sobre todo cuando las horas son largas, determinar la topografía de una ciudad, sus productos y su carácter. Si se me invitara a redactar, para un diccionario geográfico, el parágrafo relativo a Guayaquil, creo que podría ser resumido como sigue:

Guayaquil.- Ciudad portuaria del Ecuador, a 2º 11' 25'' de latitud sur y 1º 12' 40'' de longitud oeste. Población: 25 000 habitantes. Productos: cacao, fiebre amarilla y revoluciones.

Este último es de lejos el más abundante en el mercado. La revolución es endémica, y como la ciudad es la llave del país, todos los esfuerzos de los insurgentes deben tender a apoderarse de ella. Una vez dueños de los depósitos y tiendas de provisiones, tienen el territorio a su merced. Ahora bien, cualquiera que sea el gobierno de turno, hay de modo infalible todo un ejército de insurgentes controlando los campos. Se les designa con el nombre genérico de *montoneros*, esto es "hombres del montón". Lo típico de estos facciosos es aspirar no precisamente a apoderarse de lo que no les pertenece, sino más bien a reconquistar lo que les arrebató el azar de las batallas. No hay que perder de vista que antes de estar fuera de la ley, han personificado, en una época pasada, el gobierno legal, mientras que aquellos que lo detentan ahora no eran más que simples conspiradores. Revolucionarios hoy, se convertirán más tarde en firmes defensores del orden y de la Constitución. Este pequeño juego de báscula no es ingrato de observar, sobre todo para quien no tiene en ello intereses en juego, ningún negocio en el lugar, en una palabra para el particular completamente alejado de las preocupaciones materiales, para el filósofo y el moralista. Pero esa especie es rara. Por lo demás, estas discordias civiles no suscitan mucha emoción. Si la insurrección va ganando y se prepara a hacer una entrada triunfal a la ciudad, los extranjeros se consideran suficientemente protegidos por la bandera de

su país, izada en lo alto de la casa. Sin embargo, las personas meticulosas llevan más lejos la previsión, y no contentas con izar el pabellón en el momento crítico, recurren a una pinta permanente trazada en gigantescos caracteres. Es así que se puede ver, en muchas fachadas, en letras de varios colores, esos avisos destinados a quienes los lean: *Propiedad francesa, Propiedad inglesa, Propiedad italiana,* etc., etc.

Precisamente en este momento operan montoneros en la provincia vecina de Manabí. El gobierno acaba de enviar contra ellos tropas, en pequeños barcos del río, y, varias veces al día se publican boletines en los que los dos partidos se atribuyen la victoria. Pero como, a pesar de éxitos y reveses, la lucha se prolonga indefinidamente, hay que suponer que las heridas son raramente muy graves y los fallecimientos poco auténticos. A veces, no obstante, los disparos dan en el blanco, y la marea descendente trae uno de esos barcos bastante deteriorado, con sus calderas perforadas, incapacitado de desplazarse. Los combatientes, encaramados en este rayo de la guerra insuficientemente blindado, hacen gran alboroto y grandes gestos, pero su apariencia no es de triunfadores. ¡Paciencia! Tomarán su revancha. El vaporcillo será reparado, mal que bien, durante la noche, y mañana volverá a partir hacia la gloria.

El presidente de la república, el señor don José María Plácido Caamaño, acaba de llegar a Guayaquil. Ha considerado oportuno bajar de Quito, como Júpiter de su nube, para seguir de cerca los acontecimientos. Por poco ello le ha costado caro. A unas leguas de aquí, en el caserío de Yaguachi, cayó en una emboscada. Su edecán fue muerto, y él mismo no escapó sino por milagro, después de haber errado durante toda una noche por los pantanos y la jungla. Actualmente se halla en un estado de perplejidad. Regresar cuando los caminos son tan poco seguros es algo que merece reflexión. Por otra parte una ausencia más allá de cierto tiempo no deja de tener inconvenientes. Inquietante situación para un jefe de Estado ansioso de retornar a su capital.

Por cautivante que sea el estudio de estos movimientos políticos, la sociedad tiene otros pasatiempos. Va a los baños. Guayaquil se levanta sobre una lengua de tierra entre el río y un angosto brazo de mar, sinuoso, que se interna bajo bosques de manglares a lo largo de unas veinte leguas. Se llama Estero Salado. El agua del río es barrosa, pero es dulce y lava. La del Estero Salado es verdusca, con un poco menos de limo: es salada y no lava. Se llega a él atravesando una llanura pantanosa en un rudimento de tranvía remolcado por una mula. Un estrado en parte podrido y algunas cabinas forman toda la instalación. Allí, de la mañana a la noche, la sociedad se remoja. Es el lugar de encuentro a la moda: se va allí en ropa de *toilette*, las señoras envueltas en su más fina mantilla, los caballeros con las levitas más

apretadas. Hay una cantina donde se consume limonada y leche de coco. El sitio, acurrucado en la sombra, es delicioso, pero un poco melancólico, y hace pensar más bien en la ahogada Ofelia que en los retozos de las ninfas.

Si no es para ir a la iglesia o a los baños, la mujer se arregla poco y rara vez sale de la casa. Ella pasa todo el día en su hamaca, envuelta en una larga bata, con los cabellos sueltos que le caen sobre los hombros, rodeada por sus hijos o por algunos íntimos. Las malas lenguas han tomado ello como pretexto para decir que las damas de Guayaquil recibían a sus visitas en camisa. Esas son impertinencias, señoras mías, indignas de rozar el ruedo de vuestra túnica de encaje y la punta de vuestro piecesito descalzo.

Abstengamonos de juzgar a la ecuatoriana por las apariencias y de fiarnos en esos exteriores indolentes. No hay quizá sociedad criolla en la que la mujer haya adoptado un tipo de vida tan serio, se muestre más apegada a sus deberes de madre y de esposa. A diferencia de lo que se observa en la mayoría de las regiones intertropicales, donde las costumbres son cualquier cosa menos austeras, donde la vida interior es algo casi desconocido, la guayaquileña posee en alto grado el amor a la familia, el gusto de una existencia no severa, pero sí digna. Es la compañera fiel y dedicada, las más de las veces muy superior al marido, con quien comparte, con notable serenidad, la buena o mala fortuna. De un coraje que va hasta la intrepidez, no dudará en arriesgar la vida por los suyos: abundan en los anales de las guerras civiles los episodios que atestiguan su fuerza de espíritu y su coraje. Merece señalarse esa fuerza de carácter, que ha impresionado a más de un viajero, en razón precisamente de su rareza en latitudes donde cuesta reaccionar contra la influencia languidecedora del clima.

La tercera categoría de distracciones pertenece a un orden más elevado. En la mayoría de los países hispanos el culto es sobre todo un pretexto para el lucimiento. Cuando no hay teatro, y tal es aquí el caso, la iglesia satisface a la vez las aspiraciones artísticas y místicas.

Varios viajeros muy graves —demasiado graves— han disertado largamente sobre la degeneración de las bellas ceremonias del culto católico en vulgares paradas. Su aflicción me conmueve muy poco. Las formas, a veces muy singulares, que aquí reviste la manifestación del sentimiento religioso, me chocarían, lo confieso, en un medio de correctas convenciones, como aquel donde discurre nuestra existencia europea. Aquí, esas formas se hallan en armonía con la prodigiosa exuberancia del entorno natural. No se podría pedir a los habitantes de la zona tórrida ese no sé qué de mesurado en el aire y en el tono que traducimos con la palabra *gusto*. Es allí, tal vez, mucho más que en los rigores de la Inquisición española, donde hay que buscar el motivo del poco éxito del protestantismo en las

naciones meridionales. El templo de aspecto glacial, blanqueado con cal, está en su lugar bajo el cielo brumoso del norte. Aquí se necesita algo de resplandeciente y de teatral, la iglesia adornada, dorada, pintarrajeada, los santos vestidos como reyes de encantamiento, las vírgenes en traje de baile, el incienso, las flores, las fanfarrias, un aparato que habla a los sentidos. La fría razón no encontrará aquí su lugar. Lo siento por ella, pero así son las cosas, y todas las prédicas del mundo no cambiarán ello en nada.

Los santuarios han surgido en este suelo fecundo con una facilidad sorprendente. Citemos al azar la catedral, San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, La Merced, la Concepción, San Alejo, San José, y tantos otros que renuncio a enumerar. Ninguno se aparta del estilo chillón y rococó, del cual la capilla de los padres jesuitas es logrado ejemplo. Todas estas iglesias han sufrido, ya sea más, ya sea menos, por la humedad y los temblores: varias son viudas de un campanario. Incluso una tiene todo su interior a la vista, pues la fachada entera se ha derrumbado, y para reunir el dinero necesario para la refacción de este esencial apéndice, el párroco se ve reducido a un piadoso expediente. Dos veces por semana una virgen de madera pintada, en vestido de manola, con falda de pequeños volantes y mantilla, sale de la iglesia en ruinas sobre los hombros de cuatro portadores. Precedida por un tambor y un flautín, da una vuelta por la ciudad. Y por más que vengan las limosnas, la suma requerida resulta larga de recoger, y los peregrinajes de la pobre madona datan de hace meses. Podría objetarse que el paseo podría ser cotidiano, pero ha habido que tener en cuenta la susceptibilidad de las demás iglesias que tienen reparaciones por efectuar y ofrendas que solicitar por intermedio de su patrona. La prudencia exigía abstenerse de toda competencia encarnizada, y no inquietar al vecino. A cada cual su turno. Tal Madona se muestra el lunes y el viernes, tal otra el miércoles y el sábado, y todos contentos.

Cada una de estas iglesias se abre a los fieles mucho antes de la aurora. La primera misa se celebra a las cuatro de la madrugada. A las tres y media, exactamente, se echan al vuelo todas las campanas y tocan sin descanso durante una media hora. Ellas proclaman: "¡Vamos, de pie, buenas gentes! ¡Ya han dormido bastante!" Continuar durmiendo sería bueno, sin embargo, pues el momento que precede al alba es el único en que los mosquitos dan a los durmientes una cierta tregua. Pero bien ingenuo sería aquel que esperase reiniciar el interrumpido sueño. A las cuatro y media recomienza el repique para anunciar la misa de las cinco; a las cinco y media la de las seis, y así por el estilo. La primera noche se trata de luchar, y se da vueltas en la hamaca. Inútil esfuerzo. Al día siguiente tal tentativa es tan vana como la precedente. Entonces, lleno de cólera, uno se levanta, y, en plena noche, guiado por la voz de las campanas, se acude a la iglesia más cercana —no hay ninguna lo suficientemente alejada, por desgracia— y se concurre a

esa misa negra que es la de la gran devoción y supremo buen tono, la de los elegantes y de los enamorados. Es la hora en que se encuentran el novio y la novia y los que están cerca de serlo. Se intercambian entonces, bajo la bóveda oscura de los templos, muchas palabras que no figuran en el *Manual del cristiano*. Pero ¡malaya sea quien mal piense!

El ritual local parece preferir las ceremonias nocturnas. Con ocasión de las grandes fiestas, muchas procesiones se realizan de noche. Es de noche que se prefiere llevar el viático a los enfermos, con un lujo calculado de acuerdo a las posibilidades del cliente. Hay extremaunciones de primera, de segunda y de tercera clase, sin contar al buen Dios de los indigentes, mensajero de la buena muerte, el que va, como entre nosotros, sin bombos ni platillos, llevado por el sacerdote acompañado por un niño que agita una campanilla.

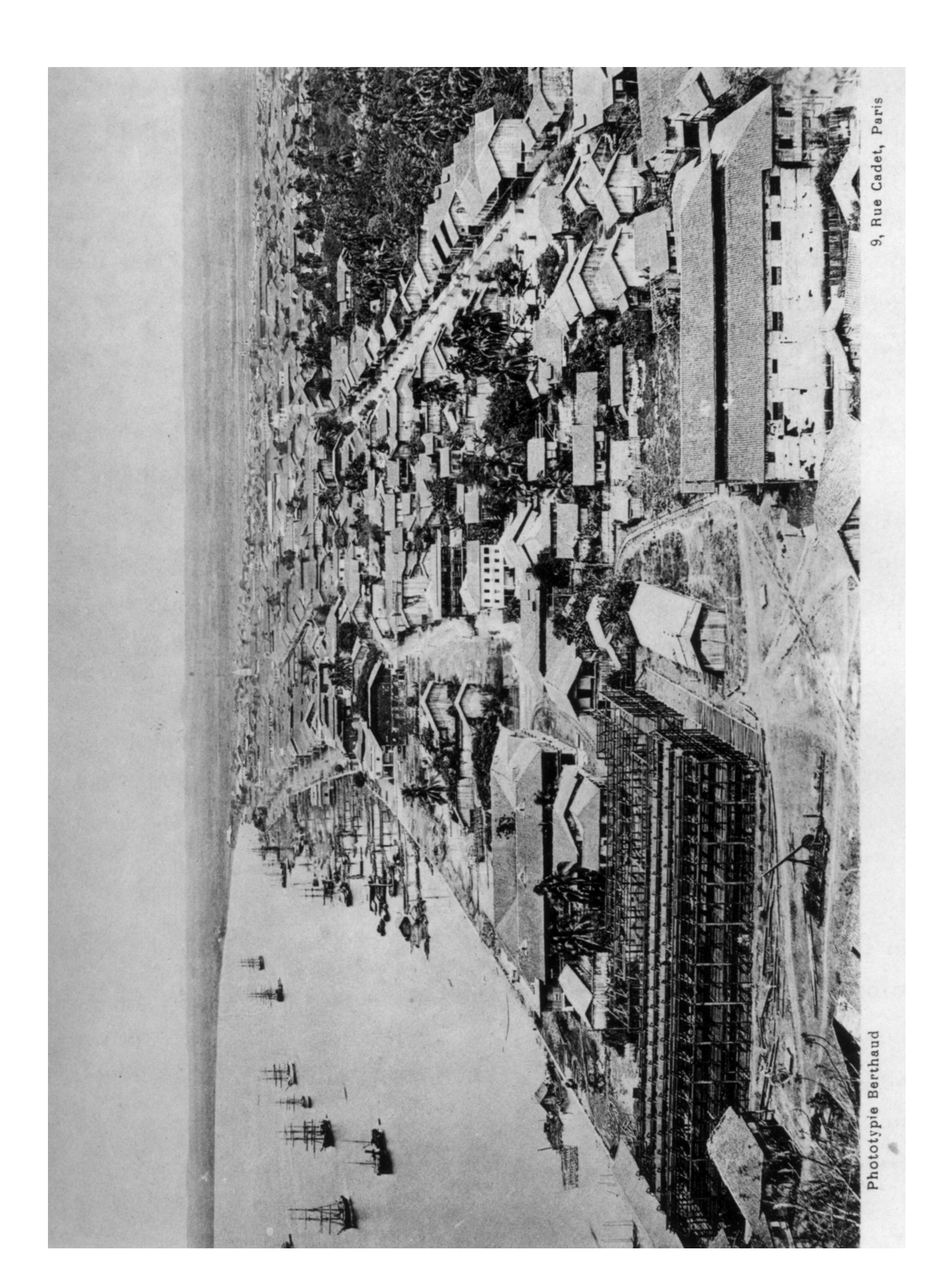
Asistí la otra noche, al sonar las nueve horas, al desfile de un servicio de primera clase. El solo aspecto de este cortejo habría bastado para no hacerme lamentar mi estancia en Guayaquil y lo prolongado de la espera. Tenemos allí esos espectáculos, desconocidos fuera de esta tierra, donde se han conservado casi intactos las costumbres, los prejuicios, el misticismo, de la España del siglo XVI. Para comenzar salió de una esquina una columna de penitentes portadores de linternas, enormes fanales que miden dos pies cuadrados, coloreados, encintados. Rozaba las casas con pasos cortos, se alargaba hasta el infinito, mientras que, de allá lejos, llegaban los tumultuosos acordes de una música militar. Esta ejecutaba con tanto ardor su paso redoblado, que pensé que se trataba de un anuncio de feria. Pero he allí que detrás de los músicos aparecen soldados, con el arma al brazo, y luego un señor con traje negro con un estandarte, dos columnas de monaguillos balanceando incensarios; en fin, en un resplandor de antorchas y de cirios, tres sacerdotes bajo un dosel con flecos de oro. A continuación, más soldados y toda una multitud con cirios en la mano. La procesión luminosa se desplazaba lentamente de calle en calle. A cada lado, bajo las arcadas, los transeúntes se arrodillaban con la cabeza descubierta, y las mujeres prosternadas, bajo los pliegues de la manta oscura, tenían la apariencia de un enjambre de moscas que se hubiese abatido sobre las losas. Yo seguí la corriente. El dosel se detuvo delante de una casa brillantemente iluminada; los sacerdotes desaparecieron bajo la bóveda, y la orquesta, instalada ante la puerta, tocó un preludio por medio de un huracán de cobres capaz de hacer resucitar a un difunto. Después de una detención de un cuarto de hora, recomenzó el desfile, no para regresar en línea recta a la parroquia, sino variando su itinerario a fin de poder mostrarse por toda la ciudad.

Estos tipos de ceremonias son frecuentes. Sin estar en absoluto en trance de muerte, un enfermo, por poco que pertenezca a la elite mundana,

cree su deber convidar, por invitación especial, a sus amigos y conocidos. Entonces se adorna la casa, se la ilumina de arriba a abajo, y en el interior se encienden los candelabros y arañas de cristal como para un baile. Los asistentes se visten de gala; los servidores se alinean en dos filas. La costumbre requiere, en semejante caso, que el enfermo designe a tal o cual de sus parientes o de sus íntimos para que abra la marcha delante del Santo Sacramento. Tal elección equivale a un testimonio de afecto y de estima que las convenciones impiden declinar. La costumbre puede tener consecuencias bastante picantes. Uno de nuestros compatriotas pasó por esa experiencia. Se había casado con una encantadora muchacha que pertenecía a una de las mejores familias del país. Su suegro, que estaba enfermo, se hizo traer el viático con gran pompa, como correspondía a un hombre de su condición, y no creyó encontrar mejor medio para afirmar sus sentimientos respecto a su yerno que rogándole que presidiese la ceremonia. Quizá este se sintió un poco confundido ante semejante honor, que lo exponía a la curiosidad burlona de la colonia europea. Pero puso buen semblante, se desempeñó muy bien, y todo Guayaquil pudo verlo pasar, detrás del bombo y los címbalos, portando con recogida actitud un estandarte inmenso con la efigie de la Virgen. Yo no afirmaría que el excelente joven estuviese de jolgorio. Pero, ¿qué no se hace por un suegro?

Existe sin embargo una casa religiosa cuya simplicidad contrasta con el llamativo lujo de sus vecinas. Se trata de un establecimiento educativo dirigido por francesas, las Hermanas de Picpus. Las fui a visitar una mañana, y la amable acogida que me dispensó la Superiora, la buena voluntad que puso en mostrarme la institución en todos sus detalles, no me hicieron arrepentirme de mi iniciativa. El pensionado, situado en el flanco de las colinas, las Penas, al extremo de la ciudad, sobre una estrecha meseta que domina un vasto panorama del campo y del río, puede tener un centenar de alumnas. Es el único de este género, donde las chicas destinadas, según la costumbre local, a casarse muy jóvenes, a catorce o quince años, pueden adquirir una cierta cultura. Sin duda este barniz de educación no resistirá por mucho tiempo la influencia de una vida ociosa. Pero lo poco que les quedará añadirá un encanto adicional a tan seductoras personitas.

En el momento de despedirme, se abrió la puerta de una clase, y las internas, atravesando el patio con flores, desfilaron ante nosotros formadas en dos columnas. Buena Madre, pensé yo, con cuánta dificultad podrá usted dirigir a todo este pequeño mundo. Hay allí algunos pares de ojos de un singular brillo. La superiora me había adivinado, aparentemente, pues no pudo reprimir una sonrisa, y suspiró. Un suspiro que decía mucho. ¡Sí, tenía mucho qué hacer, la buena monja!



Guayaquil visto desde "Las Penas"

III

Acabados en fin mis preparativos, obtenido las informaciones indispensables, no me quedaba sino sustraerme a las predicciones más o menos pesimistas de inevitables desventuras, en pleno período de aguaceros, en las laderas de la Sierra. Se presentaba una ocasión de dirigirme de otro modo que en piragua hasta el caserío de Yaguachi, en la ribera del río Chimbo, más allá del cual seguiría por tierra. Iba a partir una chalupa a vapor, remolcando una chalana de carbón destinado al pequeño ferrocarril, de una longitud de unas ocho leguas, que une el río con la base de la montaña, prestando servicio a varias plantaciones de cacao. Resolví aprovechar la oportunidad. Llevé conmigo, en calidad de doméstico, a un *mestizo claro,* que se llamaba Félix Ortiz, cuya ayuda me sería preciosa para procurarme los medios de transporte en el poco frecuentado itinerario que me imponía la estación. Una vez ya en la capital, confiaba en que podía contratar a indios pertenecientes a las misiones de oriente, suponiendo que pudiese contactarme con ellos en esta época del año. Sobre este punto, y sobre otros varios, me veía reducido a conjeturas. Por ello, en la duda, y con el fin de acelerar el paso, había limitado mi equipaje a lo que podía transportarse a lomo de una mula, dejando en custodia, en el consulado, los objetos más voluminosos de campamento y de armamento, que en caso de necesidad me haría enviar a Quito.

Varios amigos tuvieron la gentileza de acompañarme durante las primeras horas, y, entre ellos, el muy amable vicecónsul de Francia y su joven esposa.

La mañana era de un esplendor y de una limpidez bastante raros a fines de marzo, época que coincide, por lo general, con las últimas fuertes lluvias. El muelle y las casas pintadas de Guayaquil desaparecieron pronto bajo el horizonte pleno de verdor y de agua. A pesar de la carga amarrada al flanco de nuestro minúsculo vapor, avanzábamos a buena velocidad, ayudados por la marea. El río se extendía a nuestra vista, cortado por bajas islas en su mayoría deshabitadas. Ninguna eminencia, ninguna elevación rompía la uniformidad de las riberas. Por doquiera el silencio, aún más imponente en la cruda claridad del mediodía. Solamente, de trecho en trecho, asomaba un techo de paja por encima de la orilla, bajo la sombra delgada de las palmeras, y de tal modo hundido bajo la alta hierba y los árboles de banano de anchas hojas, que apenas si tenía la forma de una vivienda humana. Se hubiera dicho la caparazón de algún animal monstruoso acurrucado en la jungla. En las dos márgenes, aquí y allá, unos caimanes, de panza sobre el barro, dormían al sol, con el hocico bien abierto. Por momentos uno de ellos, sorprendido por la ola que subía, levantaba de

pronto la cabeza, agitaba el aire con su enorme cola, y se sumergía. El río se halla infestado por esos animales. Por todos lados se les ve salir a flor de agua para respirar: rozados por la bala de una carabina, ejecutan un salto de carpa, levantando un chorro que cae luego como lluvia a lo lejos. Vuelos de garcetas blancas pasaban rasantes sobre tierra. En ciertos sitios estas encantadoras aves se dejaban caer por bandadas, y, posadas en la punta de los juncos, ofrecían, bajo el cielo tropical, la ilusión de un campo nevado.

Al cabo de cuatro horas habíamos alcanzado la confluencia con el río Chimbo, y nuestra marcha, hasta entonces favorecida por el flujo, se hizo más lenta. Pronto incluso se hizo imposible luchar contra la acción combinada de la marea baja y de la corriente. La máquina se esforzaba, soplaba, se agotaba en un vano intento. No avanzábamos nada. Unos minutos más tarde perdimos viada. Hubo que abandonar el remolque. La chalana de carbón fue amarrada a un árbol, en espera de que se pudiera recuperarla al retorno de la marea. Así aliviados, partimos nuevamente, y cuando el sol se ponía desembarcamos ante el modesto hangar que sirve de *terminus* a la única línea férrea del Ecuador. Una media docena de cabañas de bambú y paja ocupaba la estrecha banda de tierra comprendida entre el río y el borde del bosque. Era el caserío de Yaguachi, habitado por mestizos que cultivan el cacao en las propiedades vecinas. Los muy bellacos, si bien en cotidiano contacto con el gran mensajero de la civilización que es el vapor, me han parecido de un natural más bien desafiante y hostil, en claro contraste con las tradiciones hospitalarias de estas regiones. Fue con gran esfuerzo y empleando la amenaza que logramos obtener un abrigo, con lo cual quiero decir la simple posibilidad de colgar nuestras hamacas de dos traviesas. No por ello la instalación y la cena, alumbradas por una lámpara primitiva alimentada por aceite de coco, fueron menos alegres, y la noche, aparte de la picante invasión de millares de mosquitos, transcurrió sin problemas.

De madrugada nos embarcamos en el único vagón de pasajeros que circula por la vía. El cónsul, en el momento de subir, me contó en el teatro mismo del crimen la emboscada en la que el presidente de la república estuvo a punto de ser víctima unos días antes. Las huellas eran aún visibles. El hangar acribillado, una mancha rojo oscuro en la acera de madera, el tabique con otras numerosas y siniestras salpicaduras, marcaban el sitio donde el desdichado edecán había caído. En cuanto al jefe de Estado, viéndose ya en poder de los conjurados que rodeaban la estación, había atravesado con paso firme el edificio sin perder el ánimo, había abatido con un disparo de revólver al centinela que custodiaba la plataforma que dominaba el río, y se había lanzado al agua. Los asaltantes lo creyeron perdido. Ninguno podía admitir que hubiese escapado a los voraces caimanes. Sin embargo nada más cierto. Después de nadar por unos doscientos o trescientos metros, había alcanzado la otra ribera, y solo, en la noche, había llegado a través

de las charcas, los pantanos, la floresta frecuentada por tigres, y después de doce horas de sobrehumanos esfuerzos, a las orillas del río Guayas. Allí lo recogió una piragua y lo condujo a Guayaquil. ¿No parece este episodio tomado de una novela de aventuras, e imaginario ese héroe de temple particular, rudo, bronceado, hercúleo? Tuve ocasión, unas semanas más tarde, de encontrar al señor presidente Caamaño. Vi a un hombre aún joven, elegante, delgado, que no tenía un aire fatal, sino la mirada dulce y las correctas patillas de un empleado de fiscalía.

El ferrocarril de Yaguachi, destinado a ser prolongado en un porvenir más o menos lejano más allá de los contrafuertes de la Sierra hasta la pequeña ciudad de Sibambi, se detiene actualmente, después de un recorrido de diez leguas, en el límite más lejano de la llanura, en pleno desierto. Es el tipo de ferrocarril económico, principal producto de exportación de la industria norteamericana en el continente del sur y los archipiélagos del Pacífico. Esas gentes le venden a usted líneas completas, a tanto por milla, como tela por varas. La colocación se realiza de manera sumaria: una penetración en el bosque, sirviendo de durmientes las ramas de los árboles abatidos, mal que bien alineadas. Ninguna plataforma. Y si se trata de franquear una charca, un arroyo, unos cuantos troncos, groseramente apilados, servirán para tender un puente provisional. La vía, si uno se sitúa en el eje de las rieles, parecerá un poco tortuosa y gibada. No importa. Lo esencial es que antes que nada pasar. Y se pasa.

La línea no atraviesa sino un pobre villorrio, Naranjito. Los demás paraderos sirven a plantaciones de cacao, cuyo cultivo es la mayor riqueza del país. Se pasa por bosques enteros de estos hermosos árboles, cuyo follaje reluciente, de un verde casi negro, en forma de corona, se confunde y entrelaza hasta el punto de interceptar por completo los rayos del sol. Un paseo en una explotación de cacao del Ecuador hace pensar en las criptas de la viejas catedrales, donde flota un resplandor misterioso como la noche.

Al cabo de dos horas el tren se detuvo, en el final de la línea, casi al pie de una magnífica cascada que se precipitaba desde una roca a pico a través de una red de lianas en flor. Ninguna aldea. Una simple cabaña. El convoy no llega hasta aquí sino para renovar su provisión de agua, y confiar algunos bultos de mercancías a los cuidados de los arrieros. Tuve que separarme de mis amables compañeros. Los adioses fueron breves, pero emocionados. Nos estrechamos las manos con la efusión de gentes que piensan que no se volverán a ver. La máquina desenganchó y rastrilló, y el vagoncillo desapareció, dejándome con el barro hasta las rodillas a la entrada de una profunda garganta donde mugía el río Chimbo. Por todos lados, sobre las pendientes, la arboleda gigantesca y tupida. Esperaba una decena de mulas flacas, flanqueadas por sus arrieros, tipos fornidos y lampiños, con grandes ojos negros muy calmados. Vinieron a ofrecerme

sus servicios, con ese saludo del indio civilizado que recuerda las fórmulas de cortesía japonesa o el *chin-chin* de los hijos del Cielo. Puse la mira en un personaje de cabellera merovingia, que decía llamarse Manuel Ortiz, ser dueño de tres animales de primera clase, según aseguró, y que confiaba, con esa galana recua, en llevarme hasta el pueblo de Ambato, a unas sesenta leguas. Desde este punto a Quito el viaje por terreno descubierto no presenta más dificultades y puede acabarse a caballo. Después de tratativas bastante largas se llegó a un acuerdo, cuya acta se levantó, no ante notario, sino por el funcionario encargado del mantenimiento de la toma de agua del ferrocarril, de la pasarela sobre el torrente y del orden en general. He aquí el texto literal de este documento:



El arriero Manuel Ortiz

Yo, Manuel Ortiz, reconozco haber contratado con el señor don Marcel Monnier el alquiler de tres bestias, dos de silla y una de carga, por el precio de treinta y tres pesos, que tengo en mis manos, y por el cual me comprometo a conducirlo sano y salvo a la ciudad de Ambato, si Dios quiere.

Al pie de este recibo nuestro hombre puso, a manera de firma, un jeroglífico fantasioso que puede representar, a gusto del lector, una cruz, un trébol de cuatro hojas o un pájaro.

El tiempo continuaba siendo muy bueno, y yo tenía prisa en dejar está garganta, así que di orden de preparar de inmediato las monturas a fin de alcanzar, al anochecer mismo, una pequeña hacienda, San Pablo, donde encontraría alojamiento por una noche.

Una media hora más tarde, con los animales ya con sus bridas y enjaezados, nos pusimos en camino. Iba a la cabeza la mula de carga, la seguía el arriero, apoyándose sobre un largo carrizo, medio desnudo, con el poncho en un hombro, hundiéndose hasta las pantorrillas en el lodo. Y mientras que mi caravana, después de franquear el torrente, se internaba por el resbaloso sendero que se perdía allá arriba, en los bosques, yo me repetía la promesa suscrita por el mulero de los Andes y su hipotética fórmula:

– ¡Si Dios quiere!



CAPÍTULO II

I. Región de los bosques.– Primera visión de los senderos de la Sierra durante la estación de lluvias.– Región de los pastizales.– II. Las mesetas.– Al pie del Chimborazo.– Tormentas ecuatoriales.– Riobamba.– Baños.– Erupción del Tunguragua.– III. Ambato.– La lluvia de cenizas.– Fiesta de Ramos en la Cordillera.– Policía eclesiástica.– Un aviso a los ladrones.– IV. Latacunga y el Cotopaxi.– La posada de Tambillo.

I

La hacienda de San Pablo, donde me proponía pasar la noche, es más que modesta.

Conviene, antes de proseguir, explicar claramente lo que quiere decir el término *hacienda*, que volverá varias veces bajo mi pluma y que podría despertar en el espíritu del lector la idea de una morada de aspecto señorial, con algo de granja y a la vez de casa solariega, donde el castellano, rodeado por los refinamientos del confort moderno, en el centro de una propiedad vasta como una provincia, vive en medio de servidores de ambos sexos y de todos los matices de tez, de caballos de raza y de innumerables rebaños. Sería exagerar mucho la realidad. Sin duda existen propiedades de este tipo, considerables si no lujosas en el sentido que damos a esta palabra, existen

fuera de los libros. No obstante son raras y se las encuentra de preferencia en las cercanías de las ciudades o de las vías de comunicación fluviales y marítimas, que son las únicas que permiten la instalación de material de grandes dimensiones, el desarrollo de los trabajos agrícolas, la exportación de productos. Muy diferente es la residencia del hacendado vulgar. No se trata, en la mayoría de casos, sino de una miserable construcción de tapia, de la que se burlaría el último de nuestros campesinos. Tal como es, encabeza a veces, es verdad, sobre todo en los altiplanos, una gran industria ganadera; a veces, en cambio, en las tierras cálidas, consiste solamente en algunos metros cuadrados, plantados con caña de azúcar o bananos. Hay que tomar la palabra, pues, en su sentido literal, que es simplemente el de "cultivo", "propiedad rural", cualesquiera que sean la importancia de la una o del otro.

En San Pablo no se trataba más que de un ensayo de desbroce en la inmensa arboleda en la cual sólo se había limpiado un arpende. En este reducido espacio, entre los enormes secciones de tronco que habían quedado de pie como los cimientos de una columnata desplomada, las cañas de azúcar plantadas en hermoso desorden levantaban sus plumeros de un verde pálido. La casa, con las dimensiones de una vivienda de carbonero, estaba hecha de troncos superpuestos cuyos intersticios habían sido tapados con tierra mezclada con paja, coronado el conjunto con un techo de corteza. En el interior, dos piezas: una, más o menos tan espaciosa como una cabina de navío, contenía una hamaca y una mesa clavada al muro; la otra albergaba el primitivo alambique destinado a la fabricación de la *borracha*, o alcohol de caña. Se compone de una cuba de madera revestida por una capa espesa de arcilla y encajada en un horno cónico de tierra apisonada. Un tubo de bambú comunica la cuba con una botija que descansa en un estanque lleno de agua fría. Ningún otro aparato de evaporación y de condensación. El licor obtenido mediante este procedimiento bárbaro es el néctar de América meridional. Se le ofrecerá a usted en toda la extensión de las cordilleras, en las orillas mismas del Amazonas, en todo el Brasil, donde toma el nombre de *cachaza*, sin tomar ninguna otra cualidad apreciable. Es el aguardiante del indio, la fuente de una embriaguez bestial y feroz.

Muchos sudamericanos me han reprochado amicalmente esta apreciación un tanto severa. Pero a pesar de toda mi buena voluntad y del deseo de complacer a mis huéspedes, jamás he podido acostumbrarme a esta bebida infernal. No tengo sino motivos para guardarle rencor. Fue causa de buena parte de las dificultades en mis relaciones con el indígena. Por ello me alegro poder decir las cosas de frente, de una vez por todas.

Llegamos a la hacienda al anochecer, después de cuatro horas de marcha extremadamente penosa. Dar una imagen de los senderos de la sierra

en la región cálida, durante la temporada de lluvias, es cosa imposible. Hay que haber subido por esos escurrimientos de tierra movediza, donde ni una sola piedra ofrece un punto de apoyo a los cascos de la mula, haberse caído con la montura en el barro pegajoso, o haberse deslizado hasta la cintura en los cenagales ocultos por una vegetación traicionera, para hacerse una idea de las pruebas soportadas. No insistiré, pues, en ello, y prefiero no recordar sino la majestad de los bosques por los cuales caminábamos. Varias veces por hora había que atravesar vadeando un torrente que procedía de una vallecito lateral. Aguas que no tenían ya el tinte sucio del Guayas. Eran la frescura y limpidez del riachuelo alpino, con el lecho lleno no de piedras sino de árboles muertos, gigantes sepultados en un sudario de espuma. A cincuenta pies por encima de nuestras cabezas, las lianas que unían las principales ramas extendían sus guirnaldas. Aquí, dos colosos inclinados, se abrazaban por encima del torrente. Más allá, era un cable multicolor lanzado de una orilla a otra, hilo de araña que temblaba con el menor soplo de aire, columpio donde jugaban los monos; y, sobre las lianas, sobre las ramas, por doquier, racimos de esas orquídeas enormes, menos apreciadas quizá por el coleccionista que los parásitos de tierra templada, pero más decorativas. He visto sitios tan notables como estos, pero nada que sobrepasara en este aspecto a las selvas ribereñas del río Chimbo.

La noche fue execrable. Apenas apagada la luz, se puso en campaña un ejército de cucarachas, y se entregó sobre nosotros a sus retozos como en país conquistado. Éramos cuatro en el cucarachil recinto, incluido el propietario de la vivienda. Cerrada la noche, otro viajero, en traje aún más lamentable que el nuestro, había llegado a pedir albergue. Era un curita de un villorrio de las Mesetas que bajaba a la costa. Forzado a dejar, una hora antes, una cabalgadura que se había roto una pierna, venía con la cabeza descubierta, lleno de barro, con las botas reventadas, las espuelas torcidas, el poncho en jirones, pero a pesar de todo de buen humor. Después de comer, con gran apetito, su parte de una tortilla de pimientos regada con agua clara, y de la abominable borracha, se tendió cerca de mí sobre el piso, exclamando con el tono de un hombre satisfecho de la vida:

–Y ahora, señor, un cigarrillo.

El arriero y las mulas se habían refugiado en la destilería. No habría sido prudente dejar los animales fuera, por temor de los animales feroces y del tiempo amenazante. De hecho, se desencadenó la tempestad desde medianoche y duró hasta el nuevo día.

La etapa siguiente, interrumpida por un breve alto, fue de once horas, por una zona desierta, sin encontrar alma viviente; once horas de lucha en la espesa vegetación, de escaladas, de caídas, de resbalones. En dos

ocasiones mi animal, perdiendo el equilibrio, se cayó sobre mí. Al pasar un vado, la mula de carga fue arrastrada por la corriente a una distancia de más de cien metros, y nos costó enorme esfuerzo rescatarla. Redoblábamos nuestros esfuerzos, aguijoneados por la proximidad del crepúsculo, tan corto en estas latitudes. En fin, justo en el momento en que el sol desaparecía, arribamos a una estrecha meseta con pasto, donde la mirada abarcaba un horizonte admirable, con los valles inferiores completamente ocultos, y las cumbres emergiendo como otras tantas islas por encima de un océano de vapor.

Adosada a la montaña, una choza hecha con ramas y tierra albergaba a una familia india, cuyo rebaño de cabras y de carneros se dirigía hacia el cerco de palizada que lo protege durante la noche.

El indio, incluso el indio civilizado de la sierra, es las más de las veces de un natural suspicaz. El mejoramiento de las costumbres no ha podido hacer desaparecer este rasgo de carácter que se hace cada vez más notorio a medida que se arriba a las poblaciones muy retiradas. El viajero, así sea de la región, es acogido con una curiosidad desconfiada. ¿Quién es el recién llegado? ¿Qué mal puede hacernos? ¿No abusará de sus armas para arrebatarnos, robar nuestro ganado, nuestras gallinas…? El aire esquivo, la mirada de recojo, expresan tal idea con tanta elocuencia como si el pobre diablo pensara en voz alta. Ya sea que este sentimiento se vea o no justificado por los abusos de que estos desdichados han podido ser víctimas, el hecho es que se halla generalizado y nunca deberá ser perdido de vista por el que quiere recorrer estas regiones. La mejor política consistirá, desde la llegada, en prevenir toda sospecha por medio de un anticipado obsequio, ya sea en dinero, ya sea en pequeños objetos como cuchillos, tijeras, rosarios, medallas, chales de colores vivos. El indígena revelará de inmediato el fondo de su carácter, hospitalario y digno de reconocimiento. Es en virtud de este principio, cuya observancia me ha resultado siempre, que después de desmontar y antes de intercambiar una sola palabra, me dirigí al de más edad en la casucha, un viejo indio tullido, reumático, arrodillado sobre el umbral ante un fuego hecho con ramillas de matorral, y dejé caer en su poncho unos reales. Inmediatamente se aclaró la fisonomía del viejo. Se puso de pie, no sin esfuerzo, y apuntó hacia su cabaña diciendo:

– Dios lo trae a usted, señor… Esta es su casa.

El encanto se había roto. El resto de la familia, que se había mantenido al margen, acudió, y los niños ayudaron a desensillar a los animales, a atizar el fuego, mientras que los mayores desembarazaban en la única pieza de la vivienda el espacio suficiente para depositar el equipaje y los aperos. Sin embargo las plagas de insectos pululaban allí a tal punto que resolví a pasar la noche a la intemperie, envuelto en mi cobertura. Pronto los dueños

de casa nos trajeron, con su más graciosa sonrisa, una gallina, una gran escudilla de leche de oveja y una gran provisión de camotes.

Habíamos llegado a una altura de 1 700 metros, en el límite de los grandes bosques y la región de los pastos. Ortiz me señaló el sendero que debíamos seguir al día siguiente, en dirección a un abra en el nordeste.

Llegada la noche, el aire fue muy vivo. Un vapor diáfano, húmedo y penetrante, subía de las profundidades boscosas y aumentaba la extrañeza del paisaje alumbrado por la luna llena. Mis hombres apilaron sobre el hogar leña para mantener las brasas hasta la mañana. Un poco más tarde toda la familia se reunió bajo el porche, con el rostro vuelto hacia la llanura, y mujeres y niños con las manos juntas. El anciano, el único que estaba de pie, recitaba en el idioma indígena una especie de plegaria del anochecer, en un ritmo cantante de letanía. Los demás, luego de cada tirada repetían al unísono: *¡Santa María! ¡Santa María!* Cerca ya de quedarme dormido, yo escuchaba aún sus voces que ascendían en el vivo frescor de la noche.

El alba nos reveló un desastre. Una de las mulas yacía inerte, víctima de una congestión. Por suerte todo arriero es un poco veterinario. El nuestro se aproximó al animal y le abrió, con la punta del cuchillo como bisturí, una vena del cuello. La operación fue coronada por un éxito completo. El animal, aliviado de una pinta de sangre, se levantó, resopló, recibió su carga, y nos pusimos en marcha.

Semejantes accidentes son frecuentes en una zona donde las variaciones de altura y de presión barométrica se suceden a cortos intervalos; donde, en una misma jornada, la caravana que ha partido desde el nivel del mar alcanza en unas horas la marca de los mil metros, baja trescientos para subir enseguida a dos mil. No hay animal tan habituado que no sufra semejantes alteraciones. Con mayor razón esa influencia es más sensible en el ser humano, al menos durante los primeros días. Migrañas súbitas, aturdimientos, se manifiestan incluso en las personas poco propensas a este tipo de malestar. Las hay que, durante toda su permanencia en las altiplanicies, sienten una opresión dolorosa tan pronto como realizan un esfuerzo un tanto violento. En Quito se ha visto a gente sufrir cruelmente por haber subido demasiado rápidamente un piso. El hecho me ha sido comunicado por numerosos europeos que moraban desde hacía varios años en la capital.

No hicimos mucho camino ese día. Después de cuatro horas consecutivas de marcha en zigzag en pendientes extremadamente abruptas, nos envolvió una bruma intensa, y se hizo difícil orientarse. Pronto una lluvia torrencial acabó de mojar el suelo, y recomenzaron las caídas. Los animales ya no podían más. La niebla cada vez más densa no permitía distinguir las orejas de la mula. Avanzar era exponerse a caer en un abismo.

Por eso no me sentí en absoluto sorprendido cuando el arriero, tropezando contra un matorral, se detuvo en firme, declarando que no se podía ir más lejos. A decir verdad, la perspectiva de pasar la mitad del día y una noche sentado en un montón de juncos, en este desierto, bajo un chaparrón que se había tornado glacial, no tenía nada de atrayente. Pero he aquí que las altas hierbas dieron paso a una forma humana, que nos dijo:



– Caballero, no sirve andar más. Hágame el favor de pasar a mi casucha.

Lo que yo, en la bruma, había tomado por un montón de hierbas, era un abrigo rústico, y mi interlocutor un hacendado de los alrededores de Alausí, que venía a inspeccionar sus rebaños. Sorprendido por la tempestad en este lejano paraje, me invitaba a refugiarme con él en la cabaña de su *vaquero.*

Me habría sorprendido de veras si cinco minutos antes se me hubiera anunciado que este día de espera, bajo un techo de paja atravesado por la lluvia, no me parecería desmesuradamente largo. Y sin embargo fue así: guardaría un buen recuerdo de la cabaña y de su dueño. Raramente he observado contraste más marcado y placentero entre el exterior de una persona y su tipo de existencia. Tenía delante de mí a un hombre de mediana edad, de rasgos finos, perteneciente, no podía yo dudar, a la raza española exenta de toda mezcla, y que, en su pobre vestimenta, bajo un sombrero sin forma. con una capa que mostraba la hilaza, conservaba la efigie y la apariencia de un gran señor. Pasamos el día y la noche echados en torno a un magro fuego cuyo humo, a pesar de un hueco practicado en la techumbre, nos cegaba, escuchando el caer del aguacero, tronar el viento y sentir a lo lejos un sordo bramar que yo tomé por los del trueno. Me engañaba. Esas detonaciones procedían de los volcanes Sangay y Tunguragua, uno y otro a la distancia de veinticinco a treinta leguas a vuelo de pájaro.

El Sangay, situado al otro lado de la cordillera oriental, es invisible desde las altiplanicies. Sólo se ven en el cielo, de noche, sus reflejos de incendio. Hasta donde se recuerda no ha dejado nunca de estar activo, pero la región que lo rodea ha permanecido hasta ahora rodeada por el más profundo misterio. Las tradiciones y leyendas indígenas nos lo presentan como inaccesible, cortado por inextricables barrancos, torrentes de agua hirviente. Por nada en el mundo un indio se arriesgaría a acercarse a él.

¿Qué es lo que se puede retener y creer de todo ello? Lo que me parece innegable es que se trata quizá del volcán más activo del planeta. Desde Guayaquil, a una distancia de más de cien leguas en línea recta, se le oye claramente bramar cuando el viento sopla del este.

El Tunguragua, como el Chimborazo y el Cotopaxi, se alza en toda su magnificencia ante los ojos del viajero que sube de Guayaquil a Quito. No había dado señales de vida desde cerca de un siglo cuando se despertó hacía dos meses (enero de 1886), vomitó arroyos de lava y cubrió la región con una lluvia de cenizas. Desde entonces su actividad no se ha atenuado, y todos los días esparce en torno la desolación y la ruina.

– Mañana —me explicó mi huésped— verá usted las primeras trazas de sus destrozos, y no los perderá de vista hasta llegar a San Miguel de Latacunga, a más de treinta leguas de aquí.

Enterado de mi proyecto de franquear a la cadena oriental y llegar a la Amazonia por el río Pastaza, él movió la cabeza y no me ocultó que no le parecía realizable, por varias razones. La principal era el difundido terror entre los indios por las recientes perturbaciones volcánicas. No pensaba que fuese posible, en las actuales circunstancias, organizar ninguna expedición. Tal información no era, desde luego, para reconfortar. Pero aquello fue dicho con tan buena voluntad, con un deseo tan manifiesto de ser útil, que yo no podía concebir hostilidad alguna para con ese portador de malas noticias.

Finalmente me tocó responder, y no me sentí poco sorprendido ante las preguntas que me hizo. Tenían que ver con Europa, no es necesario decirlo, con sus usos, sus costumbres, sus nuevos inventos, pero mostraban en su autor un espíritu deliciosamente anticuado, asombros ingenuos dignos de otra época. Este hombre de raza afinada tal vez no había bajado ni siquiera dos veces a la costa en toda su vida. Perfeccionamientos, invenciones, problemas sociales, eran para él palabras sin significación precisa. Por ello formulaba preguntas sin fin para verificar si la realidad coincidía con lo que su imaginación había soñado. Me parecía estar frente a un aparecido de siglos pasados. Me representaba de ese modo a uno de nuestros antecesores, no un ser inculto sino un hombre sensato, cuyo solo defecto sería el de haber vivido hacía doscientos años, devuelto ahora bruscamente a la vida con su singular espolio y sus maneras de razonar aún más anticuadas. Tendría las mismas exclamaciones, la misma curiosidad inquieta y asustada, las mismas sorpresas de un niño pequeño.

Hacia el amanecer la tempestad perdió su violencia, las nubes se desgarraron, y nos separamos.

Una última ascensión de dos horas me llevaba al punto culminante del pasaje (2 150 metros), desde donde descubrí un panorama muy extenso:

al sur, el profundo valle de Alausí, las montañas de la provincia de Cuenca, y frente a mí las oscuras paredes de la cordillera oriental. A la izquierda, ondulado y agrietado por las trombas y los temblores, se abría el inmenso altiplano que se extiende hasta el gran circo de Riobamba, dominado por los picos del Chimborazo, del Altar y del Tunguragua. Pero de ese lado el horizonte se veía enturbiado por nubes de materia pulverulenta. La tempestad de la víspera había hecho caer considerables cantidades, y largas placas grisáceas señalaban, en la extensión de los pastizales, las partes tornadas estériles para siempre.

II

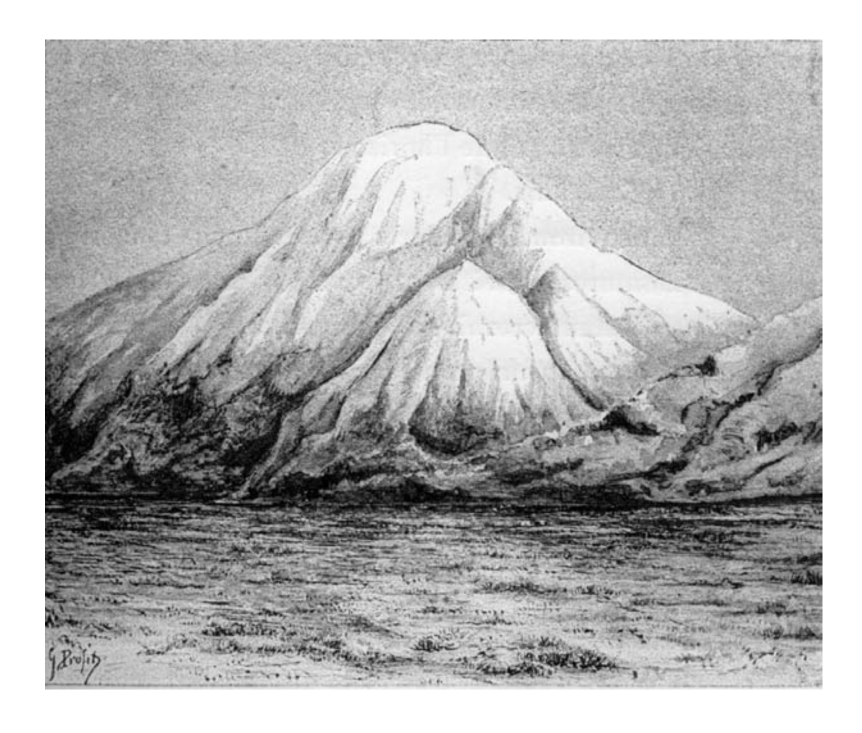
El cuello de Alausí fue seguido por dos largas etapas de terreno árido, dañado en gran parte por las cenizas. En el trayecto un solo villorrio, Haguamote, triste, batido por los vientos, cuyas bajas casas se confundían con el matiz neutro del suelo; una gran hacienda, Galtés, perteneciente a los padres Redentoristas de Riobamba, que allí crían numerosas manadas de mulas, de caballos y de cornúpetas. Consiste en un cuadrilátero tapiado dentro del cual están las cabañas de los peones y los establos. Ninguna construcción sobrepasa la cresta de las murallas con troneras. Es más una fortaleza que una granja. Por lo demás, este alto valle, desde la conquista hasta nuestros días, no ha sido sino una especie de campo cerrado donde se han enfrentado facciones diversas. No hay montículo ni barranco que no haya sido testigo de una emboscada o de un combate. Mi doméstico, joven erudito, más informado de lo que son de ordinario las gentes de su clase, sobre la historia de su país, citaba al paso nombres, fechas. Aquí el usurpador Veintemilla ganaba la victoria que debía asegurarle la dictadura; allá habían triunfado García Moreno y tanto otros elevados al poder, abandonados después en favor de un nuevo ídolo, o masacrados; una serie interminable de revueltas, de asesinatos, de encuentros armados, de audaces cabalgatas, que hacen que el espíritu retorne muy atrás, a los días más agitados del período feudal. La fisonomía misma de la región, su aislamiento, sus trastornados horizontes, el aire áspero que allí se respira, parecen convocar a una raza aventurera y guerrera.

Al sexto día después de haber dejado Guayaquil, al salir de un desfiladero, apareció el rey de los Andes, el Chimborazo. Apenas a una distancia de cuatro leguas, el pico del nevado se alzaba resplandeciente y solitario. Nunca he sentido como ese día la ambiciosa vanidad de las descripciones. Ya se trate de los gigantes de los Andes, del Himalaya o de los Alpes, faltan las palabras para expresar estas monstruosas realidades. Cada una de ellas exigiría un vocabulario especial, a menos de proceder por

comparaciones y por analogías, y de agotar en laboriosas combinaciones todos los matices de la paleta. ¿Para qué todo ello? ¡Cuán pobre resultado para tan gran esfuerzo! No podría analizarse la impresión experimentada ante ciertos espectáculos. La impotencia en que uno se encuentra para describirlos da bastante testimonio de su grandeza.

Si se niega al Chimborazo su regio nombre bajo pretexto de que le sobrepasan en altura otras cimas de la cadena andina, sobre todo el Aconcagua y el pico de Sorata, responderé que su apariencia justifica el sobrenombre impuesto por la admiración popular, la cual estuvo bien inspirada, y su veredicto tendrá la aprobación del hombre sabio y prudente. La masa no es medida de la belleza, y la Venus de Milo no me hace echar de menos al coloso de Rodas.

El punto en que hice alto, cerca del caserío de Sicalpa, está situado a tres mil doscientos metros, en el altiplano de Tapi, de donde se levanta el pico terminal. Al ser la altitud de este, según los más recientes cálculos, de seis mil quinientos cuarenta metros por encima del nivel del mar, yo tenía ante los ojos uno de los lados de la pirámide, que no medía menos de tres mil trescientos treinta metros desde la base a la cumbre. La ciencia lo considera un volcán apagado. La hipótesis, sea cual fuere lo que se haya



El Chimborazo visto desde la meseta del Tapi

dicho, no ha sido jamás confirmada claramente. Humboldt, el primero, intentó su ascensión, pero no pudo sobrepasar sino en poco los cinco mil metros. Boussingault superó, pero en muy modesta medida, el punto alcanzado por Humboldt. En fin, el 4 de enero de 1880, el alpinista inglés Edward Whymper, después de nueve días de esfuerzos y de sufrimientos inauditos, llegó a unos pasos de la cima, pero en tal estado de agotamiento que debió limitarse a observaciones muy sumarias. La dificultad resulta no, como podría suponerse, de la rarefacción del aire —pues el hombre ha podido alcanzar altitudes superiores—, sino de la violencia de las corrientes atmosféricas y de la intensidad de los fenómenos eléctricos de los que la montaña es teatro todos los días, casi a la misma hora.

Tuve la ocasión de ser testigo, y estuve a punto de ser víctima, de una de esas espantosas tormentas, poco tiempo después de dejar Sicalpa.

Cuando, hacia las nueve de la mañana, había observado por primera vez el pico, su silueta se destacaba sobre un cielo de pureza absoluta. A las diez, una cinta de nubes se enrolló en su base. Una media hora más tarde se había anudado un segundo chal encima del precedente. Ambos se espesaron hasta el punto de confundirse, y pronto la cima misma dejó de ser visible. A partir de mediodía, el casquete de vapores pasaba ora del blanco de nieve al gris del hierro, ora al violeta, luego al negro de hollín. Se habría dicho un paño mortuorio que extendía sus pliegues hasta el infinito, sin que fuese posible comprender qué fuerza latente se extendía así hasta los límites extremos del horizonte.

Ni un solo soplo agitaba el aire.

De pronto —eran más o menos las dos— estalló un trueno, tan brutal, que nuestras cabalgaduras se detuvieron en seco, temblorosas, con las orejas erguidas. En el mismo instante reventaba un huracán de granizos del grosor de un huevo, mientras que se alzaba un viento furioso, amenazando con derribar animales y personas. Siguió una hora de angustia, cada minuto de la cual parecía ser el último de nuestra vida. En un momento estuvimos literalmente aprisionados dentro de un círculo de fuego. El surco luminoso de los relámpagos se prolongó durante varios segundos, y el rayo caía a la derecha, a la izquierda, delante, atrás, rompiendo los tallos de los cactus, rozando las rocas. A treinta pasos de nosotros, sobre el borde del sendero, un árbol muerto fue rajado de arriba a abajo, y los trozos alcanzaron a mi mula, que fue derribada. Fue toda una empresa volver a partir. El sendero había desaparecido bajo una capa de granizo de medio pie de espesor, y los animales se resbalaban, tropezando de espanto, insensibles al fuete y a las espuelas.

La tormenta duró un par de horas. Después, como por arte de magia, el viento cesó, el granizo se convirtió en fina lluvia, se desgarró el velo

fúnebre y en mil pedazos, dejando caer hasta el suelo pedazos de jirones deshilachados, reapareció el sol alumbrando el valle verde de Riobamba, mientras que un inmenso abanico de arco iris, formado por cuatro arcos concéntricos, se desplegaba en un radio de quince leguas, de un macizo a otro de la cordillera, del Chimborazo al Altar.

Estos temibles fenómenos se producen en los Andes del Ecuador con una regularidad cotidiana muy notable. De ordinario alcanzan su intensidad máxima hacia las dos o tres de la tarde. Durante mi permanencia de cerca de un mes bajo la latitud de Quito, he presenciado todos los días una tempestad de este tipo; ninguna, sin embargo, igualó en violencia a la que nos sorprendió a la partida de Sicalpa.

Riobamba, capital de la provincia de Chimborazo, está situada en el lado mayor del triángulo cuyas puntas estaría representadas por el Chimborazo, el Tunguragua y el Altar. Este último pico, de 5 404 metros, tiene también el nombre de Capac-Urco, que en lengua quechua significa «Monte Soberbio». Los conquistadores, impresionados por su singular estructura, le dieron su nombre actual. La forma semicircular de su arista con una franja de hielo recuerda, en efecto, por poco que se tenga una imaginación complaciente, el coro de una iglesia y el altar adornado de cirios. Es un cráter apagado, cubierto de nieves perpetuas.

Tengo poco que decir de la pequeña ciudad sino que es antigua y famosa en los anales de la conquista. Antaño se hallaba a tres leguas hacia el oeste, y fue reedificada en el emplazamiento que hoy ocupa como consecuencia del terremoto que la destruyó en 1797. Su posición exacta es de 1º 41' 46'' de latitud sur, y 81º 3' 36'' de longitud oeste. Fue bajo sus muros que el conquistador Sebastián de Benalcázar venció a las tropas del Inca Rumiñahui, victoria que abrió a los españoles la ruta de Quito.

Ofrecido este homenaje, y con el mayor agrado, a sus antiguos títulos de nobleza, me bastará añadir que Riobamba es ahora un apacible poblado de tres a cuatro mil almas, de casas bajas, rodeadas por hermosos pastizales, regados por el río Chambo, una de las fuentes del Pastaza. El encanto de este valle reside sobre todo en el poderoso contraste entre este amplio horizonte, la vegetación de tierra templada, el aire vivo y los bosques tropicales, húmedos, insalubres, que ha habido que atravesar sobre las vertientes occidentales de la Sierra. Las recientes erupciones no lo han puesto a prueba, y las nubes de cenizas empujadas a lo lejos por el viento han pasado por encima sin alcanzarlo.

Me decidí a efectuar un desvío bastante largo para observar de más cerca el volcán cuyo brusco despertar había suscitado alarma entre las poblaciones de las altiplanicies. Con este fin me dirigí a la aldea de Baños, situada al pie mismo del Tunguragua. Digo situada, pero un término más

exacto sería el de recostada. Desde las primeras horas de la erupción, una ola de lava y de escorias echó abajo los dos tercios del villorrio: la población sobreviviente huyó. Es un Herculano en miniatura. El sitio debe su nombre a fuentes termales que brotan en la vecindad y atraen a los enfermos de las tres provincias de Chimborazo, Tunguragua y León. Los fieles acudían en peregrinaje a la capilla de Nuestra Señora de Agua Santa. ¡Ay! el caserío, la Virgen y las santas aguas, todo ello ha desaparecido bajo la devastadora oleada de lava. En su lugar, algunos lienzos de muros, montones de piedra pómez, campos de lava apenas enfriada, un paisaje muerto atravesado por un torrente de aguas turbias. Miré por largo rato, no obstante, este triste riachuelo. Corría hacia el este. A menos de una legua de allí tomaba el nombre de río Pastaza, para abrirse paso por un abra de la cadena central y descender hacia el lejano Amazonas. Era el misterioso río que me había propuesto explorar. Proyecto temerario. El horrible caos en medio del cual me encontraba me dejaba poca esperanza de realizarlo.



Las mesetas entre Riobamba y Ambato

Instalado bajo los aleros de una casa desierta, asistí al encendido de ese fanal de cinco mil metros, cada vez más ardiente a medida que declinaba el día. El resplandor del hogar interior, reflejado por la pantalla de vapores suspendido por encima del cráter, incendiaba el horizonte, el cielo, la llanura, las cumbres más alejadas. Los picos nevados, las crestas, las cúpulas heladas se alumbraban con un rojo de aurora. Sobre el cono se dibujaban dos estrías de lava sangrienta, caprichosas, cambiantes, ora

escarlatas, ora oscuras, que aparecían, desaparecían, huidizas como culebras, y la pureza de sus líneas se acusaba aún más bajo ese bordado de fuego. Se oían sordos rumores, detonaciones graves, silbidos, grandes suspiros, y, en la calma de la noche sin brisa, la columna de vapor incandescente subía recta hacia el cielo. A medianoche, la claridad era tal que permitía leer o escribir sin fatiga.

Más allá de Baños la región se ve desolada y casi desierta. Durante una larga jornada no se encuentra sino un solo villorrio, Pelileo. En todo este recorrido las cenizas habían cubierto vastos espacios: en algunos lugares la capa acumulada por el viento sobrepasaba un metro. Por ello la marcha se hizo extremadamente penosa. Al caer la noche llegamos al borde de la escarpadura que dominaba el valle, al fondo del cual se halla hundida Ambato, capital de la provincia de Tunguragua. No sé por qué este rincón de paisaje alumbrado por la luna me causó entonces una impresión profunda. Quizás era la hora, el apacible aspecto del lugar, quizá también la alegría de reencontrar en el paraje muchos detalles familiares que me recordaban Europa y la patria, flores cuyo perfume me era conocido, árboles a los que saludaba como a viejos amigos. Entreveía cercos de setos vivos, una cortina de álamos, y sauces al borde del agua. Era la víspera de una fiesta, la de Ramos. Iban y venían unas luces; pero la pequeña ciudad aún despierta parecía muda: no se escuchaba otro ruido que el del río y una campaña de Iglesia que sonaba…

III

Es desagradable, al día siguiente de una etapa muy dura, verse despertado antes del alba. La contrariedad será aún más viva si, por primera vez desde una semana, se ha logrado conquistar una cama, mantas, una habitación cerrada. Pues bien, había de todo ello en la posada de Ambato.



– Señor, son las ocho.

Quien me hablaba así era el hotelero, un gran muchacho imberbe de largos cabellos que le caían sobre los hombros, el cual, sin duda en honor de la solemnidad del día, se cubría con un poncho inmaculado y usaba un par de botas nuevas. Tenía su sombrero en una mano y una linterna en la otra.

– ¿Las ocho…? —–murmuré, sorprendido—. Aún no clarea.

El huésped respondió con una risita, puso su farol en el piso, y fue a abrir la ventana. Yo no me había engañado. Fuera, ni una sola luz. ¿Qué significaba esta broma?

El otro continuó, imperturbable:

– Son las ocho. Cuando el equipaje de Su Señoría esté listo, la mula de carga podrá partir. Se ha pedido un arriero. Estará allí apenas acabe la misa… a menos que su Señoría prefiera esperar el coche que parte dentro de dos días.

No. Mi Señoría deseaba sobre todo no tener que esperar el coche, si bien el ofrecimiento, raro en apariencia, no comportaba ninguna ironía, y que el coche existía ¿realmente? Ambato, en efecto, se encuentra unido a la capital, la cual se halla a una distancia de ciento treinta kilómetros, por una carretera, la única del Ecuador. Comenzada a construir bajo la dictadura de García Moreno, no ha sido acabada, y menos mantenida, por causa de las guerras civiles, a tal punto que en mucho lugares se hace difícil hoy encontrar sus huellas. Como quiera que sea, una pesada máquina halada por ocho mulas se pone en movimiento una vez por semana y, en medio de indecibles sacudidas, efectúa el largo trayecto en cuarenta y ocho horas, cuando no queda olvidada en el fondo de un barranco. Pero es mejor viajar a caballo. Es el modo de transporte más seguro, más rápido y más recreativo. Se había convenido que no haría más que cambiar de cabalgadura, y que luego de dejar que se adelantase la mula cargada con mi valija, me pondría en camino en el curso del día para ir a pasar la noche en Latacunga, al pie del Cotopaxi. No me explicaba, pues, que la cosa fuese puesta en duda, que se viniese a invitarme a levantar cuando aún era oscuro, y que no hubiese amanecido a las ocho de la mañana.

Me vestí aprisa, de muy mal humor, y me asomé a la ventana. Noche negra. Poco a poco, sin embargo, mis ojos se habituaron a la oscuridad, y distinguí la calle estrecha, una línea de casas bajas, algunas copas de árboles, un campanario, pero todo ello muy confuso, semejante a una imagen entrevista a través de un vidrio color de humo. Al mismo tiempo me asaltó a la garganta una aguda sensación de sequedad, como si se me hubiese lanzado al rostro un puñado de ceniza. Era ceniza, en efecto. Una ceniza que caía de un cielo bajo y fúnebre, y sobre el tosco suelo embaldosado, nivelado por la capa pulverulenta, se veía unos cuantos transeúntes, algunos jinetes, con el poncho empolvado de escarcha, que iban y venían en un silencio de sueño.

Es en esta penumbra, que recordaba a una noche polar, que la pequeña ciudad de Ambato celebró domingo de Ramos. Una procesión salió a la entrada de la población para recibir a Jesús, representado por un cholo

vestido con una túnica de algodón azul, montado sobre un borrico, y lo escoltó hasta la Plaza Mayor. La ceniza amortiguaba el ruido de los pasos, y volaba así, al lento andar de los fieles, en medio de una nube en la que el redoblar de los tambores y los sonidos de la quena respondían a la voz de un cura que salmodiaba el *Lauda, Sion, Salvatorem.*

En la iglesia, la nave y las pequeñas capillas laterales, con sus Cristos púdicos en larga túnica y sus vírgenes con ropaje de volantes, estaban adornados con palmas verdes que unos piadosos serranos habían traído de las tierras cálidas al precio de muchas fatigas. El edificio era demasiado estrecho: parte de la concurrencia debió refluir hacia la plaza y seguir la ceremonia de lejos, por el portón abierto de par en par. En ese momento mi atención fue atraída por un afiche colocado en una de las hojas. Me aproximé, manejando con discreción los codos, y creí mi deber descifrar el cartel que sin duda contenía algunas instrucciones dirigidas a los fieles con ocasión de la cuaresma. Pero el documento tenía otra finalidad, y mi sorpresa fue mayúscula. Júzguese.

Era nada menos que la relación de un proceso criminal iniciado, luego abandonado por falta de pruebas, por la autoridad judicial y retomado por la autoridad eclesiástica. El cartel comenzaba por el detallado relato de un robo cometido con efracción varios meses antes, en perjuicio de un rico hacendado. Unos malhechores habían penetrado en su casa durante la noche, forzado sus cofres, robado joyas, vestimenta y platería. A pesar de las investigaciones realizadas con celo en todos los puntos del territorio, a pesar del arresto de sospechosos, tanto en los pueblos de la Sierra como en el litoral, la policía había tenido que renunciar a echar mano a los bandidos. Es entonces que, a pedido de la víctima del robo, la autoridad espiritual se refería al hecho de este modo:

> "Después de haber esperado por largo tiempo de parte de las actividades de los representantes de la ley humana el descubrimiento de la verdad; ante la imposibilidad, debidamente constatada y establecida por los informes de dichos representantes, de reconocer, declarar convictos y castigar a los culpables;
>
> Considerando:
>
> – Que nos incumbe secundar los esfuerzos de la justicia y de emplear, para este efecto, los poderes que nos ha conferido la Iglesia;
>
> – Que no puede admitirse que el pecador, si se sustrae a los castigos temporales, escape a la justicia divina.
>
> Por estos fundamentos, etc…"

Y seguía un acta circunstanciada del robo, la lista, la descripción y la valorización de los objetos sustraídos, y luego, impresa en gruesos caracteres, la curiosa sentencia que sigue:

"Los autores principales o cómplices deberán restituir los dichos objetos aún en su poder, o el valor ya señalado de los que se hubieran desprendido; dicha sustitución será efectuada en nuestras manos, ya sea en las de los curas, vicarios de nuestra capital o de la diócesis, ya sea en las de los priores de comunidad. Tal devolución deberá efectuarse dentro de los cuarenta días que seguirán a la publicación del presente edicto. Y si los culpables no obedecieran en el plazo prescrito, los declaramos, a ellos, y a todos cuantos los hubieran ayudado en su acción criminal, sin distinción de sexo o de condición, condenados a excomunión mayor. Y para que no lo ignoren, se leerá la presente advertencia en misa, y colocada por escrito en el exterior, en la parte más visible, de toda iglesia, capilla o convento de nuestra diócesis.

Hecho en Quito, etc.…, …, etc."

El documento estaba firmado: "ORDÓÑEZ, Arzobispo".

Me retiré asaz pensativo, y, ¿debo confesarlo? poco confiado en la eficacia del procedimiento, pero lleno sí de curiosidad de saber el resultado. El cartel databa de hacía tres meses. Debía ser fácil, entonces, informarse al respecto. Por ello, en cuanto hube retornado a mi alojamiento, me dirigí a mi huésped, ocupado en ensillar nuestros caballos, y le pregunté si conocía ese asunto.

¡Claro que lo conocía! De punto en punto.

– Entonces, ¿los ladrones han devuelto…?

– Sí, señor, los objetos o el dinero. La persona robada vive en el cantón de Ibarra. Su Señoría oirá hablar al respecto en la capital.

En efecto, el hecho me fue confirmado más tarde en Quito.

– Pero ¿se sabe quiénes son los culpables? – pregunté.

– Dios los conoce, señor.

– Sí, es cierto.

Extraño país en el que se ha perpetuado el misticismo ardiente de las primeras edades; donde, entre los desgarramientos, los odios implacables de las guerras civiles, sólo la Iglesia no cuenta con ningún enemigo, se hace más firme sobre las ruinas, es respetada incluso por los criminales; donde la respetan todos los partidos y todas las razas, el blanco por tradición, el indígena seducido por la solemnidad del culto, quizá también por una asociación inconsciente de las teogonías antiguas con la nueva fe, inclinado como está ante el sacerdote que sostiene la custodia radiante, como sus padres ante el Inca, hijo del Sol... Otras tantas reflexiones que me venían a la mente, mientras galopaba en la llanura. El viento había cambiado, llevándose hacia el este la nube de ceniza. El sol se había mostrado durante una hora, y ahora la noche caía muy rápida, pero el cielo seguía claro. Ambato, su

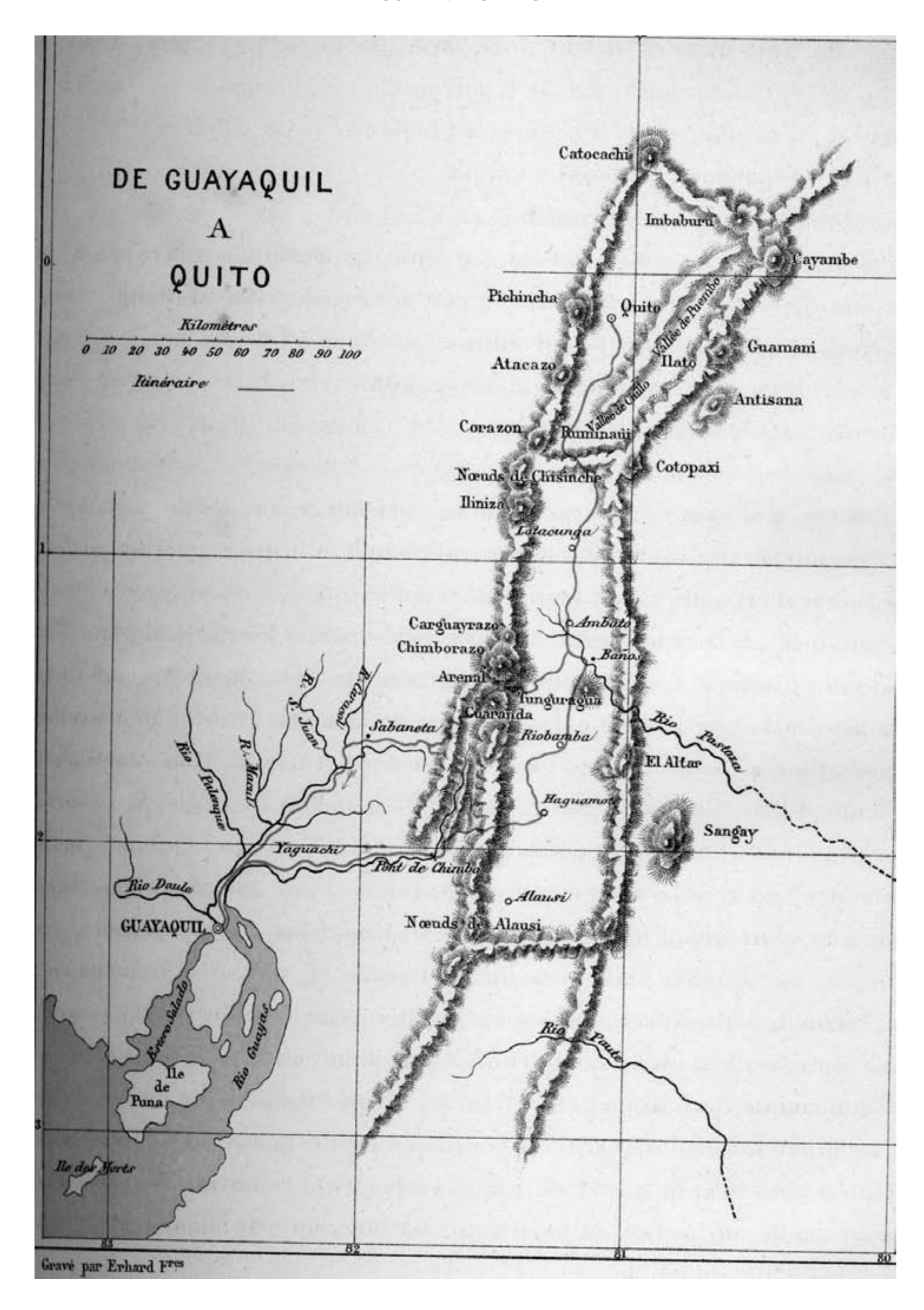
angosto valle, su río orillado de sauces y álamos, estaban ya lejos. Después de un recorrido de diez leguas por una meseta melancólica, salíamos de la provincia de Tunguragua para entrar en la de León. Sobrepasado ya el caserío de San Miguel, y con ello el límite de esta zona asolada por las cenizas en que pataleábamos desde hacía cuatro días. A lo más una hora nos separaba de Latacunga. Y yo pensaba aún en ese aviso a los ladrones pegado al portón de la iglesia, y en esos buenos cacos menos asustados por los gendarmes que por el diablo.

IV

Latacunga es la única ciudad con que se topa en un recorrido de treinta y tres leguas entre Ambato y Quito. Su aspecto es triste. La piedra volcánica, empleada de modo uniforme en la construcción de las casas, no contribuye poco a emsombrecerla. A tres leguas, al N. N. E., se alza el cono truncado del Cotopaxi (5 994 metros), cubierto de nieve, coronado por un penacho de humo. ¿Cómo es que se les ocurrió, a seres razonables, establecerse en el flanco mismo de la terrible montaña cuyas erupciones, contándolas sólo desde la conquista, han asolado ya por once veces la región? ¿Despreocupación ante el peligro motivada por el hábito, o veneración supersticiosa de una divinidad subterránea? ¿Quién podría decirlo? El hecho es que estas ciudades, en su mayoría, tan temerariamente situadas, eran centros populosos mucho antes de la llegada de los invasores. Como quiera que sea, esta pequeña ciudad, devastada varias veces y varias veces reconstruida, hoy silenciosa, tiene el aire de esperar con una resignación fatalista el cataclismo supremo, y, en la soledad que la rodea, negra en medio de los campos de lava, parece arrastrar el duelo por sus muertos.

Al dejar Latacunga se ponen tres horas para atravesar la avalancha vomitada por el volcán durante las erupciones de 1879 y 1880. Más allá recomienza la pampa, con sus barrancos originados por el viento y las lluvias, con sus placas de arena, su hierba amarillenta. Después el camino se hace más escarpado y asciende por una tierra desolada para pasar el nudo de Tiopullo o de Chisinche, que une las dos cadenas paralelas de la cordillera, las pendientes del Cotopaxi con las del Iliniza, del Corazón y del Atacazo, volcanes apagados de los cuales el menor tiene una altura de 4 539 metros y el más alto 5 300. El viajero avanza por entre esa doble fila de picos como por una avenida bordeada por esfinges gigantescas.

En fin, hacia el norte, surgen las crestas dentadas del Pichincha. El paisaje se humaniza. Aparecen rebaños, luego casitas diseminadas por el largo valle de Machachi. Me adelanto a columnas de mulas pesadamente cargadas. Más lejos, nos cruza un caballero seguido por su peón, sin duda



Mapa "De Guayaquil a Quito"

un propietario de Quito que va a visitar sus lejanas tierras. El camino se anima. Todo anuncia la cercanía de la capital, y cuando desmonto ante la posada de Tambillo para dar un descanso a nuestros caballos, tengo la satisfacción de enterarme de que desde lo alto de la próxima subida podré ver la ciudad de Quito, distante sólo seis leguas, y de que podemos llegar a ella al anochecer mismo.

¿El anochecer? ¿Es seguro? Nuestros caballos, que, desde la mañana, han recorrido más de ochenta kilómetros por un suelo desigual y duro, parecen muy cansados. Al momento de volver a montar, veo al mío echado en medio del camino, sobre piedras cortantes, en una actitud abrumada. Ni siquiera ha acabado con su ración de forraje. Cuando el admirable caballo andino confiesa de ese modo su cansancio, es que realmente se halla en el límite de sus fuerzas, y sería cruel exigirle más. Y bien, sea pues. Desensillemos. Ingresaremos a la metrópoli del Ecuador mañana por la mañana. Viéndolo bien, hace a lo más diez días desde que partí de Guayaquil. Si se toma en cuenta el desvío que hubo que efectuar, y el espantable estado de los senderos de la Sierra, parece que ello representa una velocidad bastante razonable, y que no tengo motivos para quejarme.

Es bastante modesta la posada de Tambillo, carcomida y agrietada, pero tan curiosa que me resigné sin lamentarme a mi suerte. Dos pabellones, unidos por una terraza cubierta a la italiana. Uno servía de vivienda al hotelero y a su familia, de cocina y de gallinero; el otro comprendía una habitación adornada solamente con dos ganchos para suspender la hamaca. Era poco, pero tenía un aire de vejez extremadamente placentero. Un viñedo se enrollaba en los pilares enmohecidos de la terraza. Un suerte de floresta virgen invadía el techo, y, en la fachada, un fresco a medias roído por el musgo mostraba unos grupos de caballeros y de nobles damas, un cortejo de santos y de ángeles aureolados que desfilaban en un paisaje evocador de las audaces composiciones del quinto año. En verdad, al examinarlo mejor, me pareció menos singular, obra de un primitivo, y admirablemente en su lugar. Un poco más y me habría parecido natural que se animase, que sus caballeros de mostachos ganchudos, armados, adornados, empenachados, en camino a la guerra o las aventuras galantes, tomasen por asalto la vieja hostería, con la palabra arrogante, el gesto imperioso, hablando de romper los huesos al infeliz hostelero, como sus semejantes están acostumbrados a hacer en las novelas de los viejos tiempos.

¡Allí están los caballeros! Acaba de llegar no bien la noche ha caído, como aparecidos que conocen su mundo. Se ha oído un furioso galope en el camino, un entrechocar de hierros. Eran ellos, en efecto, tres caballeros plantados en sus altas monturas. Bajaron de sus humeantes cabalgaduras, y sus largas espuelas sonaron en los peldaños. Los tres muy jóvenes, hermosos, con un aire conquistador, estaban cubiertos por grandes sombreros,

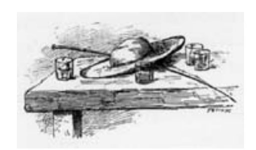
calzados con botas que les llegaban hasta el vientre, y avanzaban, con la varilla en las manos. Bajo el poncho doblado sobre un hombro, brillaba la empuñadura cincelada de la pistola. El de mayor edad empujó la puerta con la empuñadura de su fuete, interpelando con voz tonante a ese "hostelero del diablo":

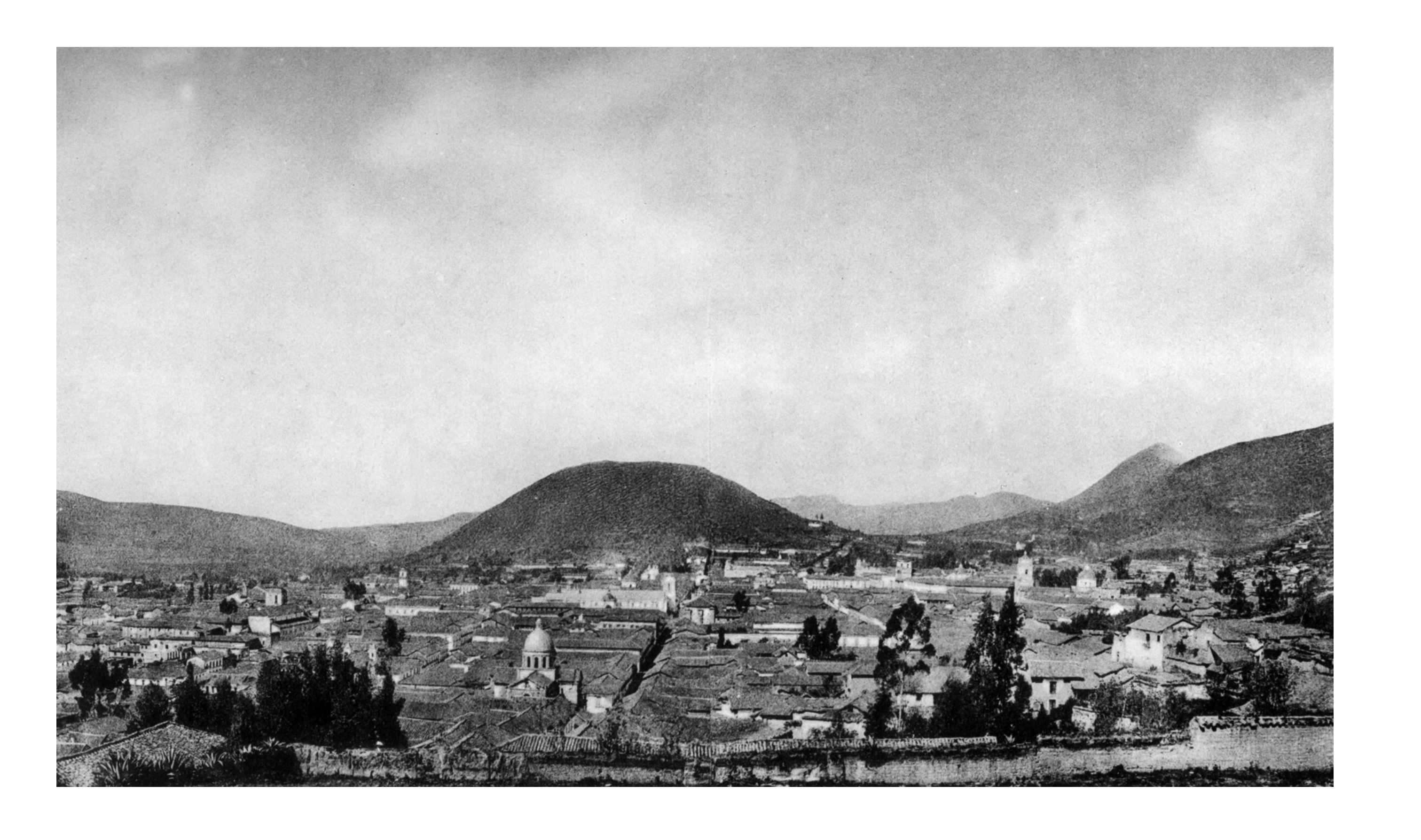
– ¡Hola! ¡Alfalfa para nuestros caballos! Para nosotros café, un vaso de aguardiente, del mejor, ¡pronto!

Se apuraron. En un santiamén el cholo trajo una mesa, escabeles y una lámpara de pie en la que brillaba una luz humeante.

Los recién llegados me vieron. Al punto se aproximaron con la mano en el sombrero, con el gesto curvado del gran siglo, y hubo un intercambio de cortesías, de cumplidos sonoros, una orgía de superlativos, una de esas conversaciones imposibles de reproducir, que exigían para ser comprendidas el ambiente, la decoración, el ropaje de los interlocutores, el idioma sonoro de los castellanos. Hubo unos "Señor caballero", "Su gracia". Se congratularon por el azar del encuentro; se expresó la esperanza de que el ilustre extranjero consintiese en brindar con la copa en mano. El extranjero debió complacerlos y tragar, con una sonrisa, el deplorable aguardiente. Después vinieron las preguntas recíprocas sobre el objeto del viaje, las felicitaciones y los buenos deseos. Al cabo de una media hora, reconfortados y dispuestos, se levantaron para partir. Nos separamos como muy buenos amigos. El último al que estreché la mano quiso decirme que rogaba a su santo patrono Santiago y a Nuestra Señora que me protegiese de todo mal encuentro. A lo cual me apresuré a responder que, por mi parte, rogaba a Monseñor San Julián, patronos de los viajeros, lo tuviese bajo su guarda. Hubo de nuevo un gran resonar de espuelas, un haz de chispas sobre el embaldosado, y el trío se perdió en la noche.

¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? Al respecto, incluso hoy, no me atrevería a ser muy afirmativo. Si se les prestaba crédito, esos viajeros nocturnos eran simplemente tres hermanos que retornaban a su hacienda, en la provincia de León. Sin duda, la explicación era de las más simples; el tono, el de gentes honradas; la apariencia, la de cristianos de carne y hueso. Y, sin embargo, ¡quién sabe…! A la mañana siguiente pensaba aún en ellos en la claridad del día. En el momento de ingresar a Quito, al pasar bajo la bóveda rebajada de la vieja puerta de Santo Domingo, me preguntaba si todo aquello había sido real, y si los caballeros que se habían sentado a la mesa en la víspera, en la posada de Tambillo, no serían, por casualidad… los Tres Mosqueteros.





Quito — Vista general

CAPÍTULO III

I. Una ciudad del siglo XVI.– Los monasterios.– La vida civil y religiosa.– Los serenos.– II. Los jesuitas y las misiones del Napo.– III. Quito durante la Semana Santa.– IV. Los alrededores.– El Pichincha.– Las pirámides equinocciales.– Guapulo.– V. Infructuosas tentativas para organizar una expedición por el valle del Pastaza.– Retorno a la costa.— El *Arenal* y el *Torneado*.– VI. Embarque hacia el Perú.

Tres sentimientos muy diversos se apoderan del viajero desde su llegada: la satisfacción, la sorpresa, la inquietud. Feliz de arribar al término de un largo viaje, se asombra de pronto al llegar más bien a un monasterio que a una ciudad, al no oír en las callejuelas montuosas otros ruidos que el choque de las herraduras de las mulas con el pavimento, y la melopea de las campanas. En fin, se pregunta, no sin ansiedad: "¿Dónde me alojaré?" .

No hay ningún hotel en Quito. Uno se aloja en casa de amigos. Para el que llega por primera vez, poco habituado aún a las hospitalarias costumbres del país, y que teme ser indiscreto o prefiere conservar su independencia, está el señor Piatti. El signor Piatti es un italiano que ejerce el noble oficio de propietario, y cuyos inmuebles son, en razón de su buena conservación, muy buscados por la colonia extranjera. Después de visitar varios de ellos

y haberme paseado tras de él por los diferentes barrios de la ciudad, nos detuvimos ante una casa pintada de un azul claro, diseñada a la manera morisca, con un patio interior todo florido, rodeado por una galería en la cual se alzaba la vid salvaje. Pronto me vi, al precio de la módica suma de una piastra por día, feliz inquilino de una habitación espaciosa como una iglesia y amoblada de manera muy decente.

Quito, dice la tradición, habría sido fundada hacia el siglo VIII por un príncipe llamado Quitu, quien le dio su nombre. Fue capital del reino de los shiris, los cuales debieron ceder la plaza a los incas, arrojados a su vez por los españoles. Y desde entonces, a pesar de su apariencia de agua durmiente, ¡cuán agitada existencia! Incendios, terremotos, sitios, batallas, complots e insurrecciones. Se combatió de 1812 a 1822. Aún en nuestros tiempos, en 1877 y en 1883, es teatro de luchas sangrientas. Sus hijos tienen la cabeza caliente, si bien se hallan, a no dudar, muy imbuidos por el temor a Dios, principio de la sabiduría.

Basta, para convencerse de la estrecha relación que existe aquí entre la vida civil y la vida religiosa, una simple mirada a la ciudad desde lo alto del Panecillo. Subamos pues a ese sitio: es cosa de media hora.

Esta colina, situada al sur, a menos de un cuarto de legua, debe su nombre a su forma, que en efecto recuerda a la de un pan de azúcar. Se arrasó con la punta para levantar allí el palacio del soberano y el templo del Sol. De palacio y templo no queda sino un pozo medio lleno y algunos cimientos. Si el lugar es de poco valor para el arqueólogo, es inapreciable para quien desea estudiar en su conjunto la curiosa topografía, la original fisonomía de la capital andina. Se sabe que esta se encuentra a muy poca distancia de la línea equinoccial, siendo su posición exacta la de 0º 14' de latitud sur, y que su altura alcanza, en ciertos puntos, los tres mil metros —la de la Plaza Mayor es exactamente de dos mil ochocientos cincuenta—; en fin, que está construida sobre las laderas del volcán Pichincha. Estas, muy abruptas, están surcadas por profundas quebradas, barrancos paralelos excavados por las aguas procedentes del derretimiento de las nieves o por los descensos de lava. Sobre este suelo desigual se ha establecido una ciudad de plano correcto, cuyas calles se cortan casi todas en ángulo recto como en la mayoría de las ciudades de ambas Américas. El efecto es curioso. Imagínese —la imagen es vulgar, pero expresa fielmente mi pensamiento— un pedazo de tela cuadriculada que ha sido desplegada de modo negligente, ahuecada, con anchos pliegues, donde se confunden las líneas regulares del dibujo. Las calles, sin desviarse de la línea recta, se alzan y descienden, se hunden en el fondo de un vallecillo, escalan una cresta y esta configuración atormentada, que corrige la uniformidad del plano, pone en las cuadrículas

de este monótono tablero un poco de pintoresco desorden. El horizonte, cerrado al oeste por la oscura y dentada muralla del Pichincha, se extiende por una sucesión de laderas escalonadas hasta los glaciares de Cayambe, del Sara Urco y del Antisana.

Pero lo que impresiona, más aún que la grandiosidad del sitio, la transparencia del aire, la luz que lo invade todo, es la multitud de iglesias, capillas, oratorios, domos, cúpulas, campanarios, campaniles de todo tamaño y de todo estilo; son los vastos recintos cerrados de los conventos, los innumerables claustros donde la mirada recae y entrevé, en un claro de verdor, la línea esquiva de las arquerías; son las notas en contrapunto de las campanas, de los carillones, lanzados al vuelo, un rumor, un vago murmullo que llena el espacio como el susurro confuso que, en los templos, sube de una multitud arrodillada. Se tiene delante no una vieja colonia, sino un puro fragmento de la España del siglo XVI. Aquí no hubo colonia, en el sentido actual del término, aglomeración de elementos dispersos, sino traslado de una sociedad entera, con sus usos, sus costumbres, sus tradiciones feudales y religiosas. Tal como vino, tal ha permanecido en el aislamiento adusto de las montañas, de una fidelidad inconsciente al pasado, a pesar de ella misma y de las convulsiones políticas. El espíritu moderno no ha tocado más que su superficie, así como el huracán no agita las profundidades del mar. El verdadero carácter de la metrópoli ecuatoriana se revela a la primera mirada que se lanza sobre ella desde lo alto de las colinas. Quito es un santuario en la cumbre de los Andes; es la iglesia más próxima al cielo.

Enumerar todos esos monasterios sería una empresa de largo aliento. Hay unos cincuenta, cifra respetable para una población que no excede las cuarenta mil almas. No ganan nada al ser vistos de cerca. Son otros tantos laberintos, un dédalo de edificios de apariencias muy diversas, desprovistos de estilo, casi todos en un estado de lamentable deterioro. Uno solo, el de los agustinos, posee una bella reliquia de su pasado esplendor: su claustro, adornado de antiguas entabladuras de un trabajo admirable. Enmarcan pinturas que, si bien muy afectadas en su colorido, ofrecen interés, ya que son obra de un artista del país, Miguel de Santiago, muerto hace dos siglos, sin haber visitado jamás Europa, y cuyo nombre apenas si es conocido fuera de su ciudad natal. Merecía más, y alguna de sus telas se vería bien en un museo. Entre otras, la que representa el nacimiento de San Agustín, recuerda las más exquisitas inspiraciones de la escuela de Sevilla. ¿Dónde aprendió este hombre los elementos de su arte? No conoció a los grandes maestros sino por los raros cuadros traídos de España y por algunas estampas. Uno se pregunta lo que una naturaleza tan bien dotada hubiera producido si el destino le hubiera permitido familiarizarse de cerca con los movimientos artísticos del Viejo Mundo. La capilla contiene un Juicio Final del mismo pintor. Desgraciadamente la oscuridad no permite apreciar el



El nacimiento de San Agustín, por Miguel de Santiago.
Claustro de los Agustinos, Quito, 1668

cuadro, considerado notable. Pero ¡en qué lamentable estado se encuentra, Dios mío! Desgarrado, abierto, maltratado por el aire y la humedad. El viento que corre por los oscuros corredores acaba el desastre. Deseoso de conservar, de esta obra moribunda, que ya no existirá mañana, algún recuerdo, así sea el de una mala fotografía, tuve que dedicarle, encaramado en una escalera, varias horas de trabajo paciente, para reajustar mal que bien los pedazos que colgaban de la tela. Los monjes me miraban hacer, sonrientes y sorprendidos, casi sin comprender que uno se detuviese en tales bagatelas.

El increíble abandono en que naufraga todo lo que antaño fue orgullo de los monasterios no tiene excusa. No se podría alegar la falta de recursos. La mayoría de los conventos disfruta de buenos ingresos. Han conservado los territorios que les fueron atribuidos después de la conquista, haciendas, grandes rebaños: la ofrendas de los fieles, en plata o en especie, abundan tanto como en el pasado. Sin duda el relajamiento de las reglas, el medio en que ahora se reclutan los miembros de las comunidades, el descenso del nivel intelectual y moral, han favorecido la decrepitud de que sufren los antiguos establecimientos religiosos de las posesiones hispanoamericanas. No obstante, en los altiplanos del Ecuador la decadencia ha sido más lenta que en el Perú. Combatida por la condiciones climáticas, las costumbres más rudas de las montañas, no ha dejado de ser, sin embargo, profunda, y, según todo indica, irremediable.

El más extenso de los conventos es el de San Francisco. La fachada, imponente, maciza, precedida por una monumental terraza a la que se llega por una doble rampa, ocupa todo un lado de una gran plaza. El edificio, por las dimensiones y severidad de las líneas, tiene tanto de un cuartel como de un hotel. Sus exteriores no son engañosos. A decir verdad, la casa es hospitalaria y recibe durante todo el año, sobre todo en la época de cuaresma, a una numerosa clientela. Una considerable porción de los edificios está acondicionada en pequeñas celdas numeradas, como habitaciones de una posada, pero más sumariamente amobladas, en las cuales, dos veces por año, las gentes vienen a pasar una semana de meditación y de plegaria. Estos retiros en los monasterios son practicados de modo constante, sobre todo al acercarse las grandes fiestas.

Con ocasión de mi primera visita a un notable quiteño, para quien se me había dado en Guayaquil una carta de recomendación, la servidora a quien le pregunté si su señor estaba en casa, me respondió:

– No señor. El amo está en retiro.

– ¡En retiro!

– Sí, señor, en San Francisco.

– ¡Ah! ¿Y desde cuándo?

La chola reflexionó por un instante, contó con los dedos y respondió:

– Desde el domingo de la semana pasada.

– ¿Y volverá?

– ¿Quien sabe?

No se sabía. A veces, en efecto, estas ausencias duran bastante. Sin embargo es raro que se prolonguen por más de una semana. Los conventos de mujeres ofrecen a la más bella mitad de la población ventajas idénticas. Tienen de sobra con escoger entre Santa Clara y Santa Catalina, la Providencia, el Buen Pastor, el Carmelo de la ciudad alta, el Carmelo de la ciudad baja, la Concepción y tantos otros. Sin embargo, no es de rigor que dos esposos se retiren del mundo en la misma época. La señora puede tener su santo predilecto, y el señor su novena preferida. En semejante caso, ninguno de ellos tomaría a mal que el cónyuge cuyo retiro se posterga continúe manteniendo casa abierta y recibiendo a los amigos. Es sin embargo de buen tono que una dama cuyo marido se halla en una celda conventual, entregado a sus penitencias, deje durante esos días de mostrarse en público, de recibir y se resigne a una existencia decente de viuda.

En esta plaza se realiza la feria, de una animación multicolor. Tiene lugar desde las seis de la mañana hasta el mediodía un amontonamiento de mulas y de animales con cuernos, una improvisada ciudad, un mundo de vendedores y vendedoras arrodillados bajo grandes parasoles de paja, inmóviles, graves, en medio de productos traídos desde su lejano villorrio: legumbres y frutas, cerámica, esteras, aperos de mulas, telas groseras de algodón de Chillo. Hay pobres diablos que han caminado durante toda una noche para venir a vender dos docenas de huevos, un par de sandalias o estribos de madera. He visto algunos que viajaban desde hacía cuatro días con su asno cargado con un rollo de esteras de junco que podía valer tres piastras. Muchos vendrán y retornarán con las manos vacías, como aficionados. El indio de la Sierra es un apasionado de la feria, semejante en ello al árabe que no se amilanará ante una marcha de varias leguas por el polvo para dirigirse a una de estas reuniones de gente, sin proyecto preciso, sin necesidad, por pura curiosidad, y regresará a su aduar después de adquirir un paquete de cigarrillos. Un día me sucedió cruzar, en la pampa, a un campesino montado sobre su mula y portando en bandolera un par de pollos amarrados por las patas. Charlamos.

– ¿Adónde vas, cholo?

– A Catacachi, señor, a vender mis gallinas…

El sitio de que hablaba estaba a tres leguas de allí, al trote de un buen caballo.

– Y bien —le dije—, no vale la pena. Te las compro.

– No se puede, señor.

– ¿Cómo que no se puede? ¿Por qué no?

– Señor, llevo estas gallinas a la feria.

– Pero si te doy un mejor precio…

– Señor…

– Tú me las vendes y te vuelves a tu casa.

– No se puede…

Decididamente, no se podía. Siguió su camino. El mozo quería engañarse a sí mismo y tener un buen pretexto y andar de picos pardos.

Es también ante San Francisco que se reúne, en la mañana, en torno a la fuente que adorna el centro de la plaza, la corporación de aguadores.



El de Quito, a diferencia de su perezoso colega de Guayaquil, trabaja solo, sin ayuda de un borrico. Su aparejo consiste en una jarra de gres muy alta, con el cuello muy ensanchado, de un tamaño capaz de contener unos cuarenta litros. La carga sobre la espalda, en una red de cuero adornado con fuertes tirantes. Se diría una enorme verruga en el espinazo y la nuca del pobre hombre. Jamás se desprende de su cántaro, ya sea para llenarlo, ya sea para vaciarlo en casa de su cliente. Dando la espalda al pico de la fuente, sigue con el oído el movimiento ascendente del líquido, y parte en el momento preciso en que va a derramarse. Una vez en casa de usted, se aproxima a la tinaja, gran ánfora que sirve de reservorio, hace una profunda reverencia… y todo se convierte en agua. No he podido nunca recibir sin reírme la visita de mi aguador, ese hombre respetuoso cuyo saludo se acababa detrás de una catarata.



Lo que sorprende antes que nada es la calma, diría casi el silencio de esas asambleas populares. No se busque allí el chillar agrio de los bazares de oriente o de las ferias de la Polinesia. El morador de las cordilleras, a menos de estar bajo la influencia del alcohol. no tiene la alegría ruidosa. E incluso, ¿está alguna vez alegre? Sería difícil decirlo. Sus

grandes ojos negros tienen la serenidad de los horizontes melancólicos. Pocos gritos, o ninguno, y menos aún palabrotas; una rebusca de vocabulario que pondría pensativa a una dama del mercado de Les Halles.

Una sirviente morena como el Erebo aborda a una negociante de tez igualmente oscura. Hay un intercambio de reverencias y se entabla un diálogo:

– Señora, ¿me hace el favor de venderme esta calabaza?

– Está a su disposición, señora.

El elemento religioso está representado allí como en toda manifestación de la vida pública. Ora se trata de un hermano y tesorero de un convento, que vigila la venta del ganado traído de la hacienda, o que procede a la compra de provisiones; ora de un padre con capa negra que sale de una capilla vecina y avanza por entre la multitud, en la cual, y a su paso, la gente se persigna devotamente. He aquí que lo detienen para pedirle una bendición, un consejo. A menudo será el sacerdote, cuya vigilancia se habrá preocupado ante algún detalle, quien procederá a una paternal amonestación, a una reprimenda, a una pregunta a veces inesperada.

Una mañana estaba yo ocupado en fotografiar una de las entradas de Quito, la Puerta de la Reina, pesada arquería a cuyo costado se alzaba una cruz de piedra, bastante hermosa. Tres o cuatro indios y un soldado descalzo seguían, sin comprender, pero con benévola curiosidad, los detalles de la operación. Apareció, por una callecita lateral, un curita cuyos rasgos y color revelaban una filiación india. Se detuvo un segundo, echó una mirada interrogadora a los asistentes, al aparato apuntado que sin duda veía por primera vez en su vida, avanzó y me preguntó a quemarropa:

– ¿Trabaja usted para Dios?

La pregunta me sorprendió un poco. Por suerte el cielo me ayudó y me sopló la respuesta. Mostré el objetivo de la cámara oscura y respondí, mostrando el sol que reaparecía después de haber estado oculto por una nube:

– Dios trabaja por mí.

Aparentemente la respuesta fue tal como la esperaba, pues su rostro se iluminó con una sonrisa y nos separamos como los mejores amigos del mundo.

Por doquier y a toda hora, de una manera o de otra, se mostrará la íntima unión de la religión y de las costumbres. Es el movimiento en una calle transitada bruscamente suspendido cuando suena el Angelus, o bien a la hora de la gran misa, cuando resuenan las espaciadas campanadas que anuncian el momento de la Elevación. Al punto el peatón se arrodilla, y el jinete, con el sombrero en la mano, detiene bruscamente su cabalgadura. El



Oratorio en el ángulo de la Plaza Mayor, Quito

extranjero, al principio asombrado, vacilante, seguirá el ejemplo general si no quiere que su falta de respeto le atraiga una algarada. En la puerta de una iglesia o de un hospicio se ve a una virgen con sus más ricas vestiduras, portando una bandeja para recibir las ofrendas y un cartelito colgado a su cuello con esta inscripción: "¡Deme una limosna!"

Cae la noche. En las encrucijadas, en las esquinas, ante el nicho enrejado que aloja una santa imagen, arde una lámpara, temblorosa estrella bendita para el transeúnte retrasado. Quito no conoce todavía los beneficios del alumbrado a gas, y la luz de estos oratorios suple a menudo, muy a punto, la falta de reverberos municipales. En fin estoy de nuevo en casa. Todo se calla, y me sentiría tentado a creerme transportado a un burgo tranquilo, al fondo de nuestras provincias. Ilusión tanto más permisible por cuanto durante una hora pasada en compañía de europeos, ya sea en casa del amable encargado de negocios de Francia, ya sea en la de uno de sus colegas, o bien en el hogar de uno de nuestros raros pero hospitalarios compatriotas, me habrá sido dable olvidar esta ciudad claustral donde las aspiraciones de razas diversas, los odios seculares, las rivalidades políticas, se funden en un común misticismo. Pero pronto la ronda del vigilante nocturno me recordará la realidad. Pasa bajo mi ventana, con un farol en la mano, haciendo sentir sobre el pavimento su bastón con punta de hierro. Me anuncia que la noche es hermosa y que acaban de sonar las once. Y ello es modulado con un ritmo de salmo. El grito mismo es una plegaria:

¡Ave María purísima!

La noche es serena…

Las once han dado.

Se aleja, y escucho aún, varias veces, su voz cada vez más aguda y débil pero muy distinta en el silencio de la ciudad dormida. "La noche es serena", fórmula invariable como el tiempo. Si, en cada tarde, cae sobre Quito un chaparrón; en cambio las primeras horas de la noche son de una permanente serenidad. De ahí el nombre de *serenos* con que se designa a los vigilantes nocturnos.

II

En esta confusión de santuarios y claustros, de comunidades y cofradías, reliquias venerables y polvorientas del pasado, un convento, el de los jesuitas, se distingue por su diferente y muy viva fisonomía.

Hecho digno de notar, en la decadencia en que han caído a la vez el clero secular y la mayoría de las órdenes religiosas de América española, esta ha podido escapar al contagio, continuar fiel a su regla, a su doble papel de educadora y de misionera. Quizás hay que buscar las causas de esta sorprendente vitalidad en las vicisitudes mismas con las cuales se enfrentó, en el nuevo como en el viejo mundo, la célebre Compañía. Atacada por todas partes por poderosos adversarios, por la opinión desencadenada, tuvo, para resistir, que emplear tesoros de energía, de ciencia, de diplomacia. Debió oponer a la fuerza la flexibilidad, un conocimiento profundo del corazón humano, la sutileza de un espíritu siempre vigilante, y, desde entonces, no admitir en sus filas sino a hombres que poseían en alto grado estas preciosas cualidades, gentes cuyo carácter, inteligencia y saber le fuesen de ayuda en los días de prueba. Las necesidades de una situación crítica le hicieron dejar de lado resueltamente a los inútiles y le ayudaron a imponerse sobre las asociaciones rivales, más favorecidas por la suerte, pero a las cuales siglos de inalterable prosperidad no imponían las mismas exigencias en el reclutamiento de sus adeptos. Cualquiera que sea la causa, el resultado salta a los ojos. No se podría desconocer, y aun menos dejar de señalar en un esbozo rápido pero sincero, el lugar que ha reconquistado a la hora actual en la república ecuatoriana.

Expulsados de Chile, muy amenazados en el Perú, los padres jesuitas han encontrado aquí un campo de operaciones que su genio emprendedor amplía cada día más. Sus cuatro establecimientos de Guayaquil, Quito, Riobamba y Cuenca ofrecen a la juventud una enseñanza que no podrían darle en la misma medida las demás escuelas. Los permanentes disturbios no han permitido a los diversos partidos que se han sucedido en el poder ocuparse, sino de manera intermitente, de las cuestiones relativas a la instrucción pública. ¿De qué manera, con los recursos limitados de un presupuesto afectado a cada momento por las insurrecciones, proveer

lo necesario para el funcionamiento normal de los altos estudios? Con seguridad no es el de no apreciar toda su importancia. Se han intentado esfuerzos considerables en este sentido. Se ha fundado una universidad, escuelas especiales. Quito posee un observatorio cuyos instrumentos son de primer orden. Pero no solo se trata de fundar, sino también de mantener. No es solo cuestión de reunir profesores eminentes, sino de retenerlos asegurándoles ingresos a pesar de los azares de las revoluciones. La obra apenas si ha comenzado, y hay buenas razones para que se mantenga por largo tiempo en este estado embrionario. La iniciativa privada ha sido por ello muy bienvenida, y la influencia de una orden enseñante de este valor no podía dejar de ser considerable, sobre todo cuando no gravaba con un solo centavo el presupuesto de la república.

Pero el jesuita en Ecuador es antes que nada un misionero. Se ha dedicado a la conquista de la inmensa región comprendida entre la cadena oriental de los Andes, Colombia, Brasil y el Perú, conocida bajo el nombre de Provincia del Oriente. No ha hecho sino retomar la antigua obra. El siglo XVI fue el de los conquistadores intrépidos y rapaces. La cruz, en sus manos, apenas si fue otra cosa que la empuñadura de la espada. Los siglos XVII y XVIII vieron la llegada de conquistadores pacíficos. Fue la gran época de las grandes misiones. En ese Oriente que se extiende desde los pies de los Andes al Amazonas, del río Chinchipe al río Ica, entraron en relación con numerosas tribus y poseían varios puestos ya prósperos cuando el decreto de expulsión expedido por Carlos III, en 1767, aniquiló la obra naciente. Las tribus pacificadas retornaron a su vida nómada, y la floresta reconquistó pronto las aldeas abandonadas. Los misioneros han penetrado de nuevo en esas soledades. De la primera tentativa, no subsiste nada. Es necesario, paso a paso, reabrir la ruta con el hacha, alcanzar al indio que se esquiva, esforzarse en lograr que le tome gusto a la vida sedentaria, que abandone su existencia de cazador errante y opte por el cultivo del suelo, que deje la flecha de guerra por el hacha del pionero; levantar junto con él el inventario de sus riquezas: el oro que arrastran los ríos las maderas preciosas, las gomas, la quinina, la zarzaparrilla, todos los tesoros perdidos de su silvestre territorio. Hay que acostumbrarlo a los intercambios, prepararlo para el contacto con el hombre blanco, acostumbrarlo a que no vea en él al aventurero sin escrúpulos, al hombre que recorre los bosques y para quien el indígena no es más que un animal del monte, sino al mensajero de la concordia, al ser superior y benéfico, al gran médico que conoce los secretos de las hierbas y triunfa sobre las epidemias mejor que los hechiceros de la tribu.

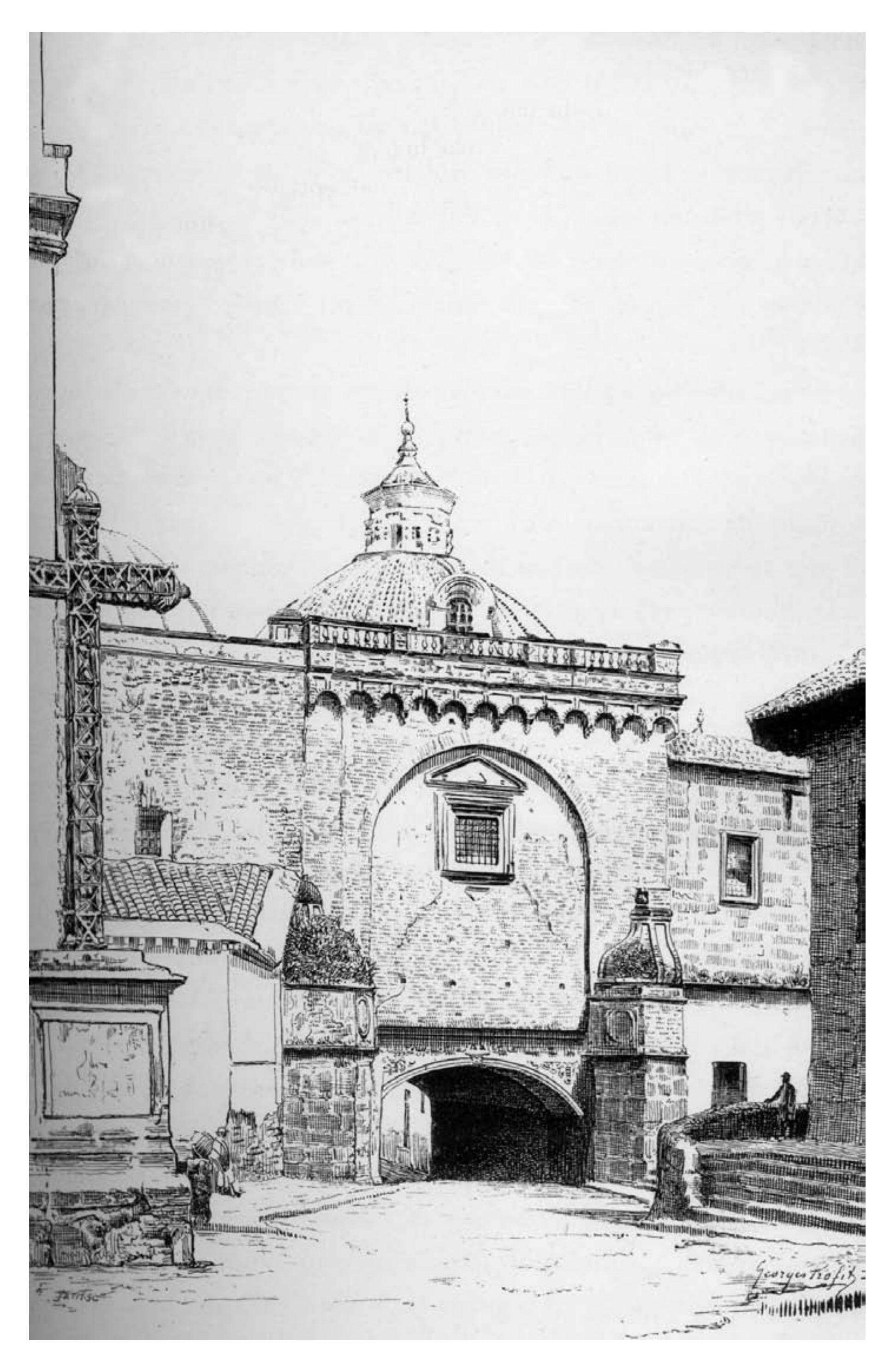
Tal es la tarea del misionero. La religión es para él un medio tanto como un fin. No se hará ilusiones con respecto al interesado celo de sus catecúmenos, a la fragilidad de su nueva fe. Sabe que nada se consigue sin

la ayuda del tiempo, y no cree ingenuamente que el alma del salvaje, de pronto iluminada, haga suyas, como por milagro, la moral y las creencias de las sociedades cristianas. Hombre de buena voluntad, se inquieta poco por el presente y se limita a plantar la semilla que podrá germinar en las generaciones futuras.

Sin duda, si no se considera más que las dificultades por vencer y los poquísimos resultados obtenidos hasta ahora, uno se queda pensativo ante la enormidad de la empresa. La influencia de las misiones ecuatorianas apenas si sobrepasa la cuenca superior del Napo. Su capital, Archidona, en la margen del río Misogalle, con algunas cabañas agrupadas en torno a una capilla de bambú, está pomposamente decorada en la geografía oficial con el título de capital de provincia. Su distancia a Quito no es más que de veintisiete leguas, pero se tendrá una idea de los obstáculos con que tropieza el viajero en las pendientes de la Cordillera Oriental si añado que el trayecto exige de doce a quince días en tiempo ordinario, a veces todo un mes. No hay ningún tipo de comunicaciones regulares entre el Oriente y los altiplanos. Tres o cuatro veces por año, los indios de las misiones se arriesgan a dirigirse a Quito. Traen oro en polvo, cera y rollos de *pita*, cuerda de una fibra muy resistente y muy apreciada en el mercado. Se les puede ver errar por las calles, vestidos con un pequeño calzón y un poncho encogido de algodón que no cubre sino los hombros y el pecho. Todos llevan los cabellos muy largos, que les caen sobre las cejas y les ocultan las orejas. Los que he podido ver tenían la tez cobriza, los pómulos salientes, la boca bastante grande, pero los labios poco gruesos, las articulaciones más bien finas, y llevan por todo ornamento un brazalete de piel de iguana o un collar de varias vueltas de cuentas de vidrio de Venecia, que entre ellos sirven de adorno y de moneda.

La actitud de estas pobres gente, hijos de la floresta cálida, sorprendidos por el aire vivo de la altiplanicie, es triste y torpe bajo el retazo de vestido con que envuelven su desnudez tiritante. Se hallan agrupados en un ángulo de plaza abrigado del aire glacial, calentado por el sol, y apenas si se apartan de las cercanías del convento que les da hospedaje a ellos y a sus familias durante los pocos días de descanso indispensables después de un viaje extenuante de varias semanas. La familia sigue casi siempre a su jefe, con los niños mayores portando una pequeña carga, y los más pequeños colgados en una red suspendida de los hombros de sus madres.

Recibí del Padre Superior la acogida más afable, promesas formales de apoyo, pero también, como todo me hacía prever, las opiniones más desalentadoras respecto al itinerario proyectado. Mientras durase la erupción del Tunguragua sería completamente imposible intentar el viaje por el valle del Pastaza. Por este lado se imponía la espera. Quedaba la vía del Napo. Pero su exploración había sido efectuada de la manera más completa por



Puerta de Santo Domingo, Quito

el señor Charles Wiener en 1880, así que antes que aventurarme por un derrotero hacía tan poco recorrido, preferí descender algunos grados hacia el sur y partir del litoral peruano. Sin embargo, el Superior tuvo a bien decirme que, en el caso de que una tregua en los fenómenos volcánicos hiciera la tentativa realizable, quedaba a mi disposición para ayudarme a reclutar indios. Los que en ese momento se encontraban en Quito, más o menos unos seis, eran unos pobres seres procedentes del villorrio de Baeza, a medio camino del Napo. Pero se esperaba un convoy más grande de Archidona, que no tardaría en llegar a menos que el mal tiempo o circunstancias imprevistas lo hubiesen retrasado.

Yo debería, en verdad, mencionar la cordialidad de esta entrevista, la perfecta buena disposición frente a un visitante que no contaba con ninguna carta de presentación y no tenía otra recomendación que la de su condición de viajero y de francés. He tenido ocasión de oír reprochar a los jesuitas del Ecuador una cierta desconfianza frente a los extranjeros que deseaban penetrar en los territorios de las misiones. Ignoro sobre qué descansa tal alegato. Todo lo que puedo decir es que no dependió sino de mí atravesarlos y aprovechar una ayuda espontáneamente ofrecida.

III

No me quedaba, pues, sino esperar, y compensar el retardo asistiendo al extraño espectáculo de Quito entregado a las alegrías de la Semana Santa.

Excúseme la expresión. En vano buscaría otra que diese la fisonomía exacta de la ciudad durante los últimos días de la cuaresma. Es solo entonces que parece despertar de su secular letargia. Hay algo así como un aire festivo hasta en sus maneras de asociarse al duelo anual de la Iglesia.

El único momento en que los ejercicios piadosos traducen las preocupaciones y tristezas del alma contrita es la velada del miércoles santo. La multitud se reúne en las iglesias apenas iluminadas y se entrega allí a demostraciones ruidosas, en recuerdo de la flagelación de Nuestro Señor. No son sino lamentaciones, lágrimas, gritos discordantes, llamados desgarradores, perdones implorados, confesiones expresadas entre sollozos, un ruido de frentes que chocan contra las baldosas. A esta desolación de una hora le sucede, desde el jueves, en los templos adornados e iluminados, menos el recogimiento de los fieles que la curiosidad de una multitud atraída por el espectáculo. La improvisada decoración del edificio en nada se inspira en la simplicidad acostumbrada en semejantes circunstancias en la mayoría de los santuarios europeos. No se trata ya solamente de un

calvario o de un sepulcro que se esboza en la penumbra de una capilla, sino de una instalación casi teatral en la que banderolas de papel dorado y sartas de vidrios de colores ponen una nota estridente, muy poco en armonía con la santidad del día y del sitio.

A menudo se levanta un verdadero escenario en medio de la iglesia, con su decoración lista y su rampa ardiente que alumbra a grupos de personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, cuyo ropaje exhibe un absoluto desdén del color local. La concurrencia, muy compacta, compuesta en gran parte por la población india o mestiza, no se retira sino avanzada ya la noche. La buena sociedad apenas si aparece allí durante el día. Las primeras horas de la noche pertenecen a la plebe descalza. Es una muchedumbre de seres de tez cobriza, largos y lucientes cabellos, para los cuales la decencia no es mayor preocupación. Toda esta gente charla, se llama en voz alta, mastica golosinas y se siente tan a su gusto que se puede ver, no sin asombro, sombras acurrucadas a lo largo de los muros, al pie de las columnas, en una actitud que no es, en absoluto, la de la plegaria.

De hecho, el rasgo característico del indio convertido es la desenvoltura con que se conduce ante el objeto de su devoción, la familiaridad con que se dirige a su Virgen favorita. Hay que verlo por la mañana en las iglesias, sentado sobre sus talones, con las manos cruzadas por detrás de la espalda, mirar de hito en hito a la tosca imagen de madera o de cartón pintado, y escucharle formular su pedido en un tono casi conminatorio. Es una transacción la que propone. Nada tan divertido como su minuciosa contabilidad, su manera de medir la ofrenda según el valor de la gracia solicitada: tanto por la curación de un miembro de la familia, tanto por la de un animal doméstico, caballo, buey o mula, tanto por la feliz culminación de un viaje. Es un precio establecido. Dará, según los casos, un cirio entero, la mitad o un cuarto. A veces irá hasta ofrecer unos reales y, si el asunto es de importancia, unos pollos, o incluso un cerdo al convento que se halla al costado.

Todo ello es explicado con minuciosos detalles a la Virgen cuya intervención se pide. Ella no debe ignorar que el precio convenido ha sido pagado lealmente, y que se le ha intimado que cumpla con lo suyo en breve plazo. Se juega allí su prestigio. Pues, por establecida que sea su reputación celeste, el indio no bromea en una cosa como esta, y, si se ve decepcionado, no tardará en dirigir a otro u otra sus plegarias y sus ofrendas. Su devoción no se ajusta, en efecto, a una figura una e indivisible. Señora de la Concepción, de los Dolores, del Carmen, del Rosario, de Quinche, son otras tantas Señoras diferentes, llamadas así por su santuario, cada una con su clientela propia cuyo primer deber es tener el más profundo desdén respecto a las Vírgenes rivales.

Escuchemos la plegaria del campesino. Comienza por el elogio directo: "Dolores, tú eres buena, tú eres poderosa, nunca pones oídos sordos. Si comienzas una cosa, no la dejas a medias. Tus enfermos no se convierten en inválidos; la mula herida que curaste no se queda coja, etc." Después de lo cual el postulante, a fin de hacer su homenaje más halagador, procederá a desacreditar a la competencia: "Buena Dolores, tú eres mejor que la señora del Carmelo, que ya no quiere hacer milagros. Tú no eres como la de Quinche, que deja morir a sus enfermos, o como la del Rosario, que no sabe nada de nada... ¡No, tú eres la única, la verdadera, la buena…!" A menudo incluso su libre crítica será formulada en términos mucho más vivos. Prácticas ingenuas en las que asoma un recuerdo del antiguo paganismo. El viajero, sin ir tan lejos, las encontraría aun en Europa en las poblaciones rurales de la Península, en las aldeas perdidas de Aragón o de Navarra.

No hay casi caserío suburbano que no se obsequie, en el Viernes Santo, con una grosera representación de la Pasión en un improvisado calvario. La ceremonia termina no sin que se haya quemado, colgado o incluso, lo cual es el colmo de la modernidad, fusilado en efigie, a Judas, representado por un muñeco de tela y paja.

Pero la jornada más animada es la del sábado. Es el día en que los moradores de las aldeas traen sus ofrendas a los conventos. Consisten sobre todo en ganado conducido con el laso por jinetes armados con picas. Con mucha frecuencia el animal, que se debate, da un salto más violento, y el laso se le escapa al conductor. Comienza entonces por las calles una furiosa persecución, que puede acabar, no sin perjuicios, en una tienda o un jardín, si el comerciante y el propietario han cometido la imprudencia de no cerrar por completo sus puertas.

Desde el amanecer hasta la noche la ciudad se transforma en una gran plaza de toros, y bastante les cuesta a los raros transeúntes esquivar los porrazos. No hay año en que la corrida no produzca víctimas. Por suerte rara vez los accidentes causan la muerte de alguien, y todo se limita a contusiones sin gravedad. Atrapado el toro, con el lazo que el jinete ata sólidamente a su montura, se sigue hacia el monasterio, adonde ingresan ganado y conductores. Estos se refrescan con una liberal distribución de aguardiente; los animales serán enviados al día siguiente a los pastizales de la comunidad.

El día de Pascua una misa solemne reúne a todas las autoridades más o menos constituidas. La catedral no es más que un largo y pesado edificio inconcluso, sin arquitectura bien definida, blanqueado con cal, muy inferior a las demás iglesias, sobre todo a la capilla de los jesuitas, situada en la vecindad y cuya fachada es una hermosa muestra del gótico radiante. Pero

la ceremonia tenía pretensiones. Oficiaba el arzobispo. En uno de los lados del coro se había reservado un estrado para los integrantes del Congreso, senadores y diputados. Al frente debían situarse los representantes del poder ejecutivo, encabezados por el Presidente de la República. Pero en ausencia del jefe de Estado, todavía retenido en Guayaquil por las dificultades del retorno, su asiento estaba ocupado por el Vicepresidente, anciano muy condecorado. A mitad de la misa se arrodilló sobre un cojín de terciopelo; el arzobispo se aproximó, con el misal abierto, y le hizo besar el Evangelio. Hace dos años la misma solemnidad fue interrumpida por una escena trágica. El prelado, don José Ignacio Checa, cayó muerto al pie del altar, y la investigación estableció que se había vertido veneno en el cáliz. Los culpables y el móvil del crimen quedaron en el misterio. El carácter autoritario del difunto, las medidas disciplinarias tomadas para frenar la corrupción del clero, hicieron sospechar que se había querido desembarazarse de un jefe muy severo. El enigma no fue aclarado nunca. El arzobispo actual es un anciano de hermosa presencia, de rasgos finos, y por extraña coincidencia y susceptible de turbar a un alma impresionable, lleva los mismos nombres que su infortunado predecesor. Don José Ignacio Ordóñez es el mismo que lanzó con tanto éxito, contra los recalcitrantes ladrones, la sentencio de excomunión eventual que copié ante el portal de la iglesia de Ambato. Recordaba yo todo ello, y, más que nunca, tenía la sensación intensa del pasado. Ese prelado justiciero, ese Jefe de estado al que la rebelión amenaza curvando su vacilante autoridad bajo el inquebrantable poder del sacerdote, ese príncipe de la Iglesia que bebió la muerte en el vino consagrado, ¿no se diría que estamos ante una serie de temas tomados de los iluminados márgenes de una crónica de la Edad Media?

Las fiestas terminan con la procesión nocturna de Cuasimodo. No es la menos curiosa. Sale de la catedral a medianoche y lleva la comunión, por lo diferentes barrios de la capital, a domicilio. Las personas que desean recibirla iluminan y engalanan sus ventanas. En general los enfermos y los inválidos son los que aprovechan la facilidad que se les ofrece. Pero, en principio, toda persona está autorizada para recibirla. Por ello el cortejo, con sus fanfarrias, sus centenas de antorchas y de linternas, efectúa frecuentes altos y se arrastra como una serpiente de fuego a través de las calles estrechas hasta las primeras luces del alba.

IV

Acabadas estas solemnidades, Quito recobra su aire apacible y sus poco variados pasatiempos. Hay, es verdad, un teatro nuevecito y bastante

coqueto. Sólo le faltan actores. Ningún grupo teatral se ha arriesgado todavía a ir a un sitio tan alto. La subida sería muy costosa, si no impracticable, con un material teatral reducido incluso a su más simple expresión. A falta de ello, los quiteños se han contentado con inaugurar la sala con una sesión de sombras chinescas.

La única distracción es el paseo por la Plaza Mayor, de las cuatro a las seis de la tarde. En torno a ella, bastante vasta, adornada por un pequeño *square*, se alzan la catedral, el municipio, el palacio arzobispal y el del gobierno, estos tres últimos edificios sostenidos por arquerías. Dos veces por semana, miércoles y sábado, se puede contemplar una escena original: la partida del correo. Delante de la oficina esperan tres o cuatro mulas. Cada una recibe dos sacos con despachos. He aquí al correo, un mocetón tallado como un Hércules, armado, con una carabina puesta de través en la montura. Monta su caballo y arrea a sus animales, que parten con gran ruido de campanillas. Llevará el correo de un tirón hasta la costa, caminando día y noche, no deteniéndose de trecho en trecho sino unos minutos. Llegará así en pocos días a la pequeña ciudad de Babahoyo, sobre el río, desde donde una chalupa a vapor lo transportará en tres o cuatro horas hasta Guayaquil. El viaje es de más o menos cien leguas, una mitad del cual se realiza por uno de los más espantables pasos de la sierra, el sendero del Torneado. Semejante oficio exige un temperamento de hierro, una sangre fría a toda prueba, listos a enfrentar no solamente las asperezas de un camino inhabitado que bordea precipicios, sino expuesto a veces a los asaltos de los bandidos. Pocos días antes de mi llegada uno de los correos había sido degollado y desvalijado sobre el abra salvaje del Arenal. Este hombre, sin embargo, se va solo, al caer la noche, despreocupado, con el cigarrillo en los labios. Por cada viaje se le paga cien piastras, lo cual le significa un millar de francos por mes, remuneración respetable, pero incuestionablemente ganada con enorme esfuerzo.

En esta misma plaza, en el mes de marzo de 1875, un hombre de Estado del cual el Ecuador se siente con razón orgulloso, el Presidente García Moreno, caía herido de una puñalada cuando salía de la iglesia. Figura interesante, que resume en su expresión afinada el carácter complejo de la raza, mezcla de sumisión religiosa y de instintos de dominio, de gracia caballeresca y de rigor inexorable. Patriota ardiente, espíritu cultivado, había traído de las escuelas de Europa, junto con una amplitud de conocimientos que imponía respeto a sus conciudadanos, la ambición de arrancar su país a la anarquía. Quizá habría tenido éxito. Lo innegable es que durante sus dos períodos presidenciales restableció un poco de orden en las finanzas, amortizó una parte de la deuda, comenzó la empresa de organizar la instrucción pública y de construir un camino que debía unir a la capital con la costa. Su muerte detuvo en seco el impulso civilizador:

apenas comenzada la obra cayó en ruinas; pero sus restos dan testimonio del mérito de la tentativa, la importancia de la tarea realizada en unos años por esta voluntad inquebrantable. Este dictador, que perseguía su objetivo con una hosca obstinación, fue un hombre íntegro y murió pobre, dejando apenas con qué hacer educar a su hijo. Su recuerdo, a pesar de los odios de partido, de los resentimientos suscitados por una represión a menudo implacable, sigue siendo vivo e impregnado más bien de cierta simpatía. La imaginación popular se ha apoderado de él como de una leyenda. Se relata a quien quiere escucharlas las proezas del caballero intrépido, sus golpes de audacia, su desinterés y su piedad. No hay cabeza joven o gris que no piense en él, ya sea bajo el sombrero de fieltro o ya sea bajo la mantilla. No hay círculo íntimo en el que no se deslice, a la hora de la velada, la sombra de aquel a quien se llamaba, familiarmente, don Gabriel.

Los extranjeros son muy pocos en Quito, más o menos una treintena, en su mayoría franceses. Las dos o tres tiendas dignas de este nombre pertenecen a nuestros compatriotas. Varios de ellos, retirados del comercio, han comprado propiedades, se han casado en el país y forman un pequeño círculo de gentes amables donde se reencuentra, más viva por el contraste, la lengua y las costumbres de la patria lejana. La industria alemana está representada por dos cervecerías que hacen gran negocio y apenas si se dan abasto para satisfacer las necesidades de la población, no hace mucho reducida al régimen de solo agua. En efecto, con el costo de los transportes, una botella de vino ordinario, importado de Europa, no valía menos de cuatro o cinco piastras, esto es de quince a veinte francos, y una jarra de cerveza dos piastras y media, o sea siete francos en promedio, mientras que esta última bebida fabricada en el lugar se vende por lo común a un real, más o menos cuarenta céntimos la botella. Los ingleses, que plantan su tienda por todas partes, no se han hecho presentes aquí. Se limitan a especular con el cacao en sus negocios del litoral, y a acaparar el monopolio de la navegación costera entre Panamá y Valparaíso, lo cual es ya bastante. Los italianos cuentan, tanto en Quito como en Guayaquil, con un cierto número de conacionales cuya situación es bastante anormal. Su país no mantiene, en efecto, ni un encargado de negocios ni un cónsul, y la salvaguardia de los intereses italianos queda confiada a los representantes de Francia[1]. Es necesario saber que Ecuador es el único país del mundo

---

[1] La situación se ha modificado, desde el tiempo de mi permanencia en Ecuador. Italia, integrante de la Triple Alianza, no ha estimado poder, sin comprometerse, recurrir por más tiempo a los buenos oficios de Francia. Ha preferido la bandera de los Estados Unidos… de Colombia, pero no tuvo motivos para felicitarse. El ensayo fue de corta duración. Actualmente el cuidado de defender los intereses italianos ha sido confiado al encargado de negocios de Alemania.

que hasta hoy se ha negado a reconocer la unidad italiana y el estado de cosas creado por la ocupación de Roma.

¿Qué decir de las excursiones a los alrededores de la capital? La más cercana es la ascensión del Pichincha o, para hablar más exactamente, de una de sus nevados. Los principales son el Rucu Pichincha, o Pichincha Viejo (4 639 metros); el Guagua Pichincha o Joven Pichincha (4 787 metros), más alto que el anterior; el Paila Cuchu (4 656 metros); el Padre Encantado (4 558 metros); y el Paluampa (4 637 metros). Es al pie del Paila Cuchu donde se abre el corredor por el cual se llega al cráter, cuyas erupciones, sobre todo las de 1540, 1575, 1660, 1690 y 1859, han devastado las regiones circunvecinas. El monstruo no ha dado aún su último suspiro. El fuego espera bajo las cenizas. Sin embargo la actividad no se muestra hoy en día sino por chorros de vapor sulfuroso que se escapan, con largos silbidos, por entre las rocas calcinadas y las escorias, en la base de los conos eruptivos. La ascensión presenta pocas dificultades, ya que se dejan las mulas a solo una hora de la cresta. Resulta, no obstante, muy penosa. Hay que pasar la noche ya sea en la choza de un pastor, en medio de los parásitos, o ya sea en la oquedad de una roca, bajo una temperatura glacial, si se quiere tener la suerte de descubrir, a la salida del sol, un horizonte claro, esperanza decepcionada en nueve veces de cada diez. En cuanto a mí, ese favor me fue negado. Durante toda mi estancia la áspera montaña no se dignó despojarse de su cobertura de nubes sino una sola vez. Y, en esa mañana, yo no me encontraba en la cima.

El Pichincha trae a la mente el recuerdo de una expedición científica que hizo, en el siglo pasado, un cierto ruido en el mundo, y cuyos héroes fueron los académicos franceses La Condamine, Bouguer y Godin. Fue en una de esas cumbres que estos estudiosos erigieron la cruz que debía servir de punto de referencia para sus triangulaciones.

El mismo recuerdo es perpetuado por dos pirámides levantadas a dos leguas al norte, sobre el Oyambaro y del Caraburo. Los franceses les deben un peregrinaje. Construidas en 1743 han sido demolidas, unos años más tarde, no se sabe por qué, por orden del gobierno español, y después reedificadas en 1836. Pero los sismos han retomado la obra destructiva. En sus cimientos hoy desunidos crece la mala hierba. Vacilantes y llenas de musgo, las pirámides francesas, como se las llama, tienen la venerable majestad de ruinas más ilustres. Atraen la mirada y estimulan el pensamiento. Cuántas veces, en estos alejados continentes que se disputan las rivalidades comerciales e industriales del Viejo Mundo, el viajero verá las huellas de obras ya antiguas, medio borradas pero gloriosas, y, bajo el polvo acumulado por los siglos, descifrará a la firma de Francia. Sin duda no se acuñan monedas con este tipo de gloria. Es de poco peso para

contrapesar en los mercados del globo la competencia inglesa o alemana. Francia, para su desdicha, se ha mostrado siempre un poco como una gran dama, prodigando a lo lejos su genio investigador sin preocuparse mayormente de los beneficios. ¡Pero qué! Si bien es verdad que comprar y vender, función vital desde luego y respetable, no es en suma la más alta aspiración del espíritu humano ni la suprema expresión del genio de un pueblo; si hay, en el orden puramente intelectual, una más noble labor cuyo desinterés ganará siempre la estima de sus contemporáneos y el juicio de la historia, que la crítica le sea ligera.

Ya que he hablado de peregrinaje, Quito me guardaría rencor si dejase de llevar al lector a Nuestra Señora de Guapulo. La distancia no es grande, a lo más dos horas. El villorrio se esconde en una de esas profundas cavidades tan frecuentes en los altiplanos de los Andes. El abismo se abre bruscamente en medio de una llanura pareja, y uno se halla al borde de un circo de verdor y de aguas que brotan. El paraje es encantador. Produce una gran sorpresa distinguir, en un recado de este vallecito, en medio de raquíticas cabañas, un santuario de imponentes proporciones, si bien bastante deteriorado. Alberga a una Virgen milagrosa cuyo renombre atrae, de comienzo a fin de año, a los peregrinos de la ciudad y del campo. Semejante tesoro no podía dejar de suscitar la codicia, y se organizaron culpables expediciones con el fin de apropiarse de la milagrosa imagen. Una de ellas tuvo pleno éxito: se realizó por fin la captura en una noche hermosa, en beneficio de no sé qué aldea. Pero los captores no conservaron por largo tiempo su presa. Personas serias me han afirmado que la estatua, justamente disgustada por esa adoración llevada hasta el rapto, se evadió al día siguiente y se fue sola a ocupar su lugar en el sitio antiguo. Me es difícil creerlo.

V

Los días transcurrían. Como no aparecían los indios del Napo, todo hacía temer que la expedición de la tribu había sido postergada para una época indeterminada. En vano había yo intentado, con la ayuda de todos aquellos que se interesaban en mi viaje, organizar una pequeña caravana con indios de la sierra. Inútiles esfuerzos. El indígena civilizado de los Andes experimenta siempre una instintiva repugnancia a arriesgarse por las vertientes orientales de la cordillera, en el húmedo calor de las florestas vírgenes, cuyos peligros exagera su imaginación impresionable. A veces la atracción de una ganancia elevada le arrancará una promesa, retractada al día siguiente. Sería enojoso insistir en estas tratativas, en las alternancias de esperanza y desaliento por las que debe pasar quien emprenda un viaje

de esta naturaleza. Son ineluctables necesidades que hay que enfrentar con calma. Por lo demás, vistas las cosas en conjunto, el fracaso en semejante situación previene tal vez complicaciones mucho más graves, que no dejarían de producirse si uno se pone en camino con compañeros vacilantes, insuficientemente preparados para la vida en los bosques. En el primer momento escabroso perderían valor, desistirían a la primera voz de alerta. Y vale mejor que el miedo a lo desconocido prevalezca en ellos sobre la codicia, y que la defección sobrevenga antes de la partida.

No estaba permitida, pues, la duda. No contaba con ningún hombre, y la situación siempre era insegura en lo que respecta al Tunguragua y el valle del Pastaza. Las circunstancias me imponían renunciar a mi primer proyecto, y buscar otra vía hacia el interior. Nada me retenía en Quito, y no pensaba sino en retornar sin dilación al litoral a fin de aprovechar el primer vapor que partiese de Guayaquil con destino al Perú.

Las informaciones obtenidas por vía del telégrafo indicaban que el barco debía pasar dentro de ocho días. Había que apresurarse.

Realizadas mis visitas de despedida, se dispuso todo para mi regreso. A fin de ganar tiempo hice que se adelantara la mula de carga, confiando al arriero dos caballos de silla con orden de dejarlos en el pueblo de Machachi. Este relevo permitió que yo saliese de Quito al día siguiente al alba, llegar al caer la noche a Ambato, después de un trayecto de once horas entre la salida y la puesta del sol, recorrido de ciento treintaiún kilómetros.

No tuve que arrepentirme de haber tomado ese avance en previsión de los obstáculos y retrasos que seguramente nos reservaba el resto de la ruta. No se hicieron esperar. No bien despuntó el día se desató sobre nosotros una terrible tempestad: un rayo cayó sobre la mula del equipaje y la lanzó a un barranco. Se necesitó todo un medio día para procurarse otra y recuperar al fondo del abismo las valijas. Veinticuatro horas más tarde el camino se hizo atroz. Dejábamos definitivamente los altiplanos para internarnos en la Sierra por el temible paso del Arenal.

El sendero se separa del de Ambato en Riobamba, cerca de una hacienda miserable, Chuquipoyo, situada en medio de magros pastizales salpicados de escombros, en un llano glacial y desolado. Se eleva en caprichoso trazo a través de pendientes agrietadas por las lluvias. Pronto las huellas se confunden, luego se borran. No hay sino un caos de rocas cortado por aguazales profundos y negros alimentados por las nieves, pantanos en los que jinetes y animales corren el peligro de hundirse. Poco a poco las matas de hierba, cada vez más raras, ceden el lugar a placas de musgo color de óxido, últimos vestigios de la vegetación muriente. En fin, el musgo mismo, los tristes líquenes, el pobre bordado de las parietarias, todo ello desaparece, y se sube por deslizaderos de guijarros agudos, cortantes,

que se hunden bajo los pies con un ruido de vajilla rota. A medida que se asciende, la roca triturada se amontona en fragmentos más menudos; el viento, que sopla como en borrasca, se apodera de la capa quebradiza, la ahueca y la arroja a lo lejos como si fuera metralla. Del cielo bajo y lívido descienden grandes nubarrones, que pasan rasando el suelo, corren, dan vueltas, descubriendo en sus desgarraduras una blanca arista, las grietas azules de un glaciar. Las cercanías del abra, cuyo punto culminante alcanza los cinco mil metros, están cubiertas por una nieve maculada de restos, arrugada, asolada, erizada de agujas de hielo, por la acción combinada del sol y del cierzo.

Bien temerario sería el que se arriesgara por el Arenal sin preocuparse por la hora y el estado del cielo. El paso no es practicable, con ciertas precauciones, sino por la mañana. Se requiere, bajo pena de exponerse a los mayores peligros, levantar el campamento lo suficientemente temprano como para llegar al espolón del Chimborazo antes de las nueve. A partir de ese momento la violencia del viento se hace irresistible y persiste hasta la puesta del sol. Dejarse sorprender por la tormenta equivale a la muerte.

Habíamos dejado Chuquipoyo antes del día. Cuando alcanzamos el cuello, hacia las ocho, ya la corriente de aire era casi insostenible. Con el poncho anudado en torno al cuerpo, echado yo sobre el pescuezo de mi mula para ofrecer la menor resistencia al viento, me era difícil respirar. La mula misma se detenía, cada diez pasos, con la cabeza gacha, las orejas bajas, jadeante, redoblando sus esfuerzos para conservar el equilibrio, y cada vez que iba a reiniciar la marcha había un minuto de penosa incertidumbre, en que me preguntaba a mí mismo quién prevalecería, si el animal o el huracán.

Este siniestro cuello o abra es un osario donde se entrechocan, semejantes a los guijarros empujados por la tempestad, restos de bestias de carga y restos humanos. En el ángulo de una roca, la mula que iba a la cabeza se apartó violentamente y se quedó inmóvil, soplando con fuerza. Había allí dos esqueletos hace poco roídos, a los que no se adhería ni un pedazo de carne. Un par de aves de presa, que planeaban en lo alto, parecían vigilar el sitio en espera de un nuevo festín. Un poco más lejos la nevada se veía removida, pisoteada, reducida a un barro matizado de rosa como si los cóndores hubiesen escarbado con el pico la nieve embebida de sangre. Era allí que, pocos días antes, el infeliz correo había sucumbido ante una emboscada. Los asesinos habían abatido a la cabalgadura y al hombre, arrojado el cadáver en cualquier hondonada, y se habían apoderado del equipaje.

Seis horas de descenso a lo largo de un sendero al que el rezumar de los manantiales transforma en torrente, y la escena cambia. Es el valle

circular de Guaranda y su población pastoril aislada del resto del mundo, un rincón del Tirol apacible y coqueto, cuya brusca aparición sorprende en medio de esta naturaleza bravía.

En estas regiones todo es contraste, oposición brutal. A la montaña de granito y hielo le sucede la montaña de arcilla, al Arenal el Torneado. Ya no más rocas, ni siquiera un guijarro. Si cae un chaparrón, o un simple aguacero, o una nube que se torna en bruma ligera, y parecerá que se camina sobre una plancha jabonosa. La caída es inminente, inevitable. No trate usted de levantarse. El menor movimiento haría la posición más crítica. Forzoso es esperar una media hora, o más, que el chubasco haya pasado y que el sol haya secado el barro. El incidente se repite varias veces por día durante dos mortales etapas. Pero la parte verdaderamente emocionante del trayecto es la vertiente opuesta, la del Torneado propiamente dicho, cuyo terrible renombre se ha hecho proverbial en toda la costa, desde Colombia hasta el Perú.

El sendero, después de sobrepasar los pastizales de Asancoto y de Chapacoto, se hunde de pronto en el cálido valle del río Cristal. Un poco antes de la salida del sol, en el momento de abandonar la choza indígena donde acabábamos de pasar una noche miserable, el termómetro había bajado a cero. A las once, la temperatura en la sombra se elevaba a 40º. El descenso es de catorce leguas, sin un rellano, sin un refugio, sin encontrar un pie cuadrado de terreno sólido. El sendero suspendido sobre el abismo ha sido praticado en una tierra roja, móvil, feraz. Todos los días se producen deslizamientos por efecto de las filtraciones y de las tempestades, y esos corredores de los aludes, excavados como otros tantos canales paralelos, dan a la pared vertical la apariencia de una columnata en ruinas. En muchos sitios lo exiguo de la cornisa es tal que hay que desmontar y descargar las mulas. Entonces se avanza lentamente, con los ojos apartados del vacío, apoyadas las manos en la montaña, con el temor de un paso en falso que sería fatal, o de un desplome siempre posible. En estas pendientes con barrancos, la reverberación del sol es intolerable. El continuo esfuerzo, la tensión nerviosa, triunfan sobre la más enérgica voluntad. Es en un estado de doloroso agotamiento que se llega, en fin, al término de este espantoso descenso, en el límite de los bosques, cerca del caserío de Balsapampa.

Tres o cuatro hangares de bambú, nada más. Uno de ellos sirve de capilla, y no se distingue de sus vecinos más que por una cruz sobre la cumbrera y una placa con la inscripción que dice *Casa de Dios*. En torno, un arpende de terreno descubierto conquistado a la floresta, un revoltijo de cañas de azúcar y de bananeros. Una veintena de indios, arrieros o cargadores, habitan este fondo de garganta grandiosa donde se precipita el río Cristal, ora en sombra, ora soleado, aquí oculto por un arco de follaje,

más allá abierto en una superficie resplandeciente. Su curso, como el del río Chimbo, no es más que de unas leguas. Más allá el valle se ensancha, el torrente se apacigua, sus rugidos se transforman en un murmullo de manantial, y pronto se dispersa en mil brazos en la jungla pantanosa.

Habíamos vuelto a bajar casi hasta el nivel del océano, a la llanura aluviónica que extiende al pie de la Sierra hasta la costa, región movediza donde luchan dos elementos. En este momento del año el agua se imponía, y la floresta inundada a través de la cual avanzábamos, con infinitas penas, ofrecía un aspecto análogo al que debía presentar la tierra emergente de las aguas cálidas a fines del período silúrico. Los animales se hundían cada vez más, tropezaban a punto de perder pie, y yo veía aproximarse la hora en que sería necesario retroceder a menos de ponerse a nado, cuando, en el momento más crítico, vimos, como una flotilla anclada, surgir del pantano amarillento el villorrio de Sabaneta con sus bohíos encaramados sobre pilotes y piraguas amarradas a la parte baja de las escaleras. Era tiempo. Desde hacía más de una hora jalábamos nuestras cabalgaduras por la brida, sondeando el terreno, temiendo a cada paso deslizarnos en un hueco, con el agua hasta el pecho.



Pueblo de Sabaneta

Comenzó entonces una navegación tortuosa bajo el bosque. La embarcación, afilada y tallada en un tronco de árbol, se deslizaba como una culebra entre las ramas colgantes de los manglares. A cada minuto había que echarse de frente para poder pasar bajo una arcada de muy escasa altura, bajo un arco de lianas. El ruido de los canaletes, los gritos de los remeros, azuzaban a los caimanes que reposaban sobre el cieno, y era, por todas partes, a través del pantano, un levantarse de escamas relucientes, un galope desenfrenado. Mis hombres maniobraban con las pértigas y los remos, sin parecer preocuparse por ese inquietante vecindario. Ningún temor de naufragar: no hay ningún peligro, juraban, de que una canoa fuese

volteada por los monstruos, los cuales, según ellos, no atacan. Tal vez sería temerario erigir ese dicho en axioma. Cada vez que nuestro casco chocaba con un cuerpo duro, si el golpe era seguido por un corto burbujeo y una salpicadura de fango, yo no sentía, lo confieso, sino una seguridad muy relativa. El indio burlón saludaba el encuentro con una carcajada y con la exclamación "¡Oh, lagarto! ¡Oh!", acompañada por un gran golpe de pértiga en dirección del fugitivo.

Después de seis horas de estas maniobras habíamos alcanzado el borde de la floresta inundada, y la rápida corriente del río Bababoyo nos llevaba a la pequeña ciudad del mismo nombre, llamada también comúnmente Bodegas. Allí se realiza, en efecto, el transbordo de las mercancías con destino a la Sierra; allí se amontona el cacao procedente de las plantaciones escalonadas a lo largo del río, aguas arriba. Sus frágiles edificios bordean las dos orillas unidas por un puente de madera. Durante toda la estación de lluvias, es decir durante seis meses al año, la planta baja de las casas es invadida por el agua. En las calles, transformadas en otros tantos canales, no se circula sino en pequeñas balsas o en piraguas, particularidad que le vale a la ciudad el ambicioso sobrenombre de Venecia del Ecuador. A ello se limita la semejanza con la ciudad de los dogos. Esta Venecia de paja y de bambú contiene a lo más tres o cuatro mil almas, incluida la población flotante. Jamás adjetivo alguno estuvo mejor en su lugar.

Por el momento no se veía ningún vapor. No se esperaba ninguno antes de dos días. Cincuenta millas me separaban aún de Guayaquil; ahora bien, si mis informaciones eran exactas el vapor de la línea costera debía partir al día siguiente. ¿Es que había doblado las etapas, recorrido en cinco días y por horribles senderos la distancia de Quito al litoral, todo ello en vano, y para quedarme varado en vísperas de alcanzar mi objetivo? No, por cierto. Esas veinte leguas las haría en canoa, suponiendo que un esquife tan frágil pudiese arriesgarse en el río bajo, tan ancho, y a veces turbulento cuando lo empuja la marea. Quedaba la tarea de contratar los remeros. La cosa fue fácil. Una veintena de ellos ofreció sus servicios. Todos se declararon prontos a intentar la aventura, la misma que, por lo que decían, no presentaba ningún peligro, a condición de que el pasajero se resignara a una inmovilidad absoluta, ya que la menor ruptura del equilibrio podía acarrear una catástrofe.

Dos horas más tarde, al oscurecer, partíamos y pronto, echado en el fondo de la canoa, yo no distinguía más que las copas huyentes de los árboles. Millares de luciérnagas llenaban el espacio, y, en la noche sin luna, competían en luz con las constelaciones salpicadas en el cielo oscuro como diamantes sobre un terciopelo oscuro. A medianoche entrábamos en el río

Guayas y descendíamos a la deriva, arrastrados por el reflujo, en un vapor húmedo y cálido, aliento de la jungla adormecida. No se escuchaba otro ruido que el chapoteo del agua nocturna y, de minuto en minuto, la nota atenuada del campanero, ave nocturna cuyo llamado recuerda el sonido de una campana lejana. Un poco antes del día la corriente remontó y los bateleros empujaron la embarcación cantando.

El sol estaba ya alto, sonaban las nueve en todas las iglesias de Guayaquil, cuando aquella se deslizó a lo largo de las amarras del vapor *Puno* anclado en medio del río, y cuyas calderas bajo presión anunciaban la próxima partida.

Pero no se podía abandonar sin más ceremonia la república del Ecuador. Si no se puede circular por ella sin un pasaporte en regla expedido por la autoridad local, menos se puede salir sin permiso. Los agentes de policía apostados en los muelles, o, a falta de ellos, el centinela a bordo del navío en la rada, no dejarán pasar ni al viajero ni a su equipaje sin el *exeat* obligatorio firmado por el gobernador. Corramos en busca de este funcionario. Se halla ausente y no retornará en todo el día. El Presidente de la República acaba de llamarlo para conversar sobre asuntos de Estado. No importa: iré en busca del Presidente de la República. El soldado de guardia ante el palacio, indio de aire bonachón, mecía su fusil entre sus brazos, y se paseaba en uno y otro sentido fumando un cigarro. Ni siquiera se le ocurrió impedirme el paso. Una persona tan apurada no podía ser sino un visitante esperado con impaciencia. En el segundo piso otro en facción, que según todo indicaba razonó como su colega de la planta baja, y me dejó entrar en una salón que daba a una veranda.

En la media luz determinada por las persianas bajas, tres señores sentados en torno a una mesita redonda tomaban chocolate. Eran el jefe de Estado, uno de sus edecanes y el general gobernador. Este, a la vista de un desconocido, se levantó así que me apresuré a presentarle mi pedido, rogándole que tuviera a bien excusar la indiscreción de mi entrada. En ninguna parte, en efecto, está permitido penetrar así en la residencia de los soberanos, sobre todo con la ropa de un viajero que acaba de pasar diecisiete horas en una piragua. Su Excelencia se mostró muy bien dispuesta. Se dignó redactar allí mismo la autorización pedida, y luego los señores me ofrecieron un cigarrillo y me desearon un feliz viaje.

Pensé al retirarme que para ser un hombre rodeado de conspiradores, escapado por milagro a los golpes de los asesinos, el señor Presidente de la República tenía una casa demasiado abierta y carecía de una guardia pretoriana. Pero yo sería, claro está, el último en quejarme por ello.

VI

Cuarenta y ocho horas más tarde. En viaje por el mar. Anochecer brumoso y gran oleaje. Hemos sobrepasado la punta más occidental del continente, el cabo Blanco, que domina la entrada del golfo de Guayaquil. Ya está lejos la costa del Ecuador. Dejó allí apesadumbrado mi primer proyecto de viaje, irrealizable en la hora presente, y algo de mi confianza. El porvenir es turbio, como el océano velado por la bruma, como la playa del Perú tan próximo, que se esconde bajo nubes de arena empujadas por el viento. Obligado ayer a postergar por primera vez mi travesía de la cadena andina, ¿sé acaso si mañana me será permitido poner los pies en tierra peruana? Nos amenaza la cuarentena.

El *Puno* acaba de recibir, en la última escala, una temible pasajera: la fiebre amarilla. Ha causado ya una víctima. Un joven embarcado hace veinticuatro horas en Guayaquil ha muerto esta noche. Se ha acabado de efectuarle su última *toilette*. Está allí, amarrado en una tela, sobre una tabla que dos marineros han colocado de través. El teniente segundo, que preside los funerales, se ha quitado la gorra y ha ordenado: *Let go!*

La tabla se deslizó.

Y me pareció que con los restos del pobre ecuatoriano el mar acababa de tragarse su tierra natal. Los altiplanos melancólicos, los cráteres, las cimas heladas que vomitaban fuego; Quito, la ciudad mística donde flota, en las sombras de sus claustros, el alma de las generaciones pasadas, todo ello se hundía para siempre en las ondas fosforescentes, en la blancura lechosa de la estela.



CAPÍTULO IV

I. Costa del Perú.- El Callao.- Lima.- II. Una misión proyectada.- Los religiosos de Ocopa.- III. La mezcla de razas.- IV. La limeña.- La beata.- Santa Rosa de Lima.- V. Los conventos.- Licencia de la vida monacal.- Desventuras del P. Campeoni.- La tumba de Pizarro.- VI. Situación económica.- Lo que cuesta un almuerzo.- Los empréstitos y los trabajos públicos.- El ferrocarril a La Oroya.- La línea de Bolivia.- Arequipa.- Puno.- VII. En el sur.- Un telegrama.- Segunda estancia en Lima.- Un nuevo itinerario.- Últimos preparativos.- VIII. Un compañero.- León.- En la playa de Salaverry.

I

Del estuario del río Guayas a los parajes de Cabo Blanco la transición es brutal. El litoral del Mar Rojo, los contornos quemados del golfo de Adén, tales eran los recuerdos que venían a mi espíritu ante el primer aspecto que presentaba la costa peruana.

Playas de un blanco de tiza, acantilados color de ladrillo, costa inhospitalaria a la que bate el más engañoso de los océanos, el Pacífico, el del eterno oleaje; desierto que se extiende al pie de los Andes a lo largo de mil cuatrocientas millas marinas, desde el 4º de latitud sur hasta el 22º. Ninguna lluvia lo riega. El invierno, que dura de mayo a octubre, se

caracteriza solo por un cielo nublado y por una imperceptible bruma, la garúa, que apenas si humedece el suelo.

Ni una sola muestra de vegetación, salvo en la vecindad inmediata de los torrentosos ríos que descienden de la Sierra. Cursos de agua que, profundamente encajonados, medio perdidos entre los restos de rocas y los cantos rodados, no bastan para romper la árida monotonía del paisaje. Es difícil verlos a distancia, desde el puente del navío. Los días se suceden con una lentitud desesperante, y el impaciente viajero observa el horizonte con la esperanza, siempre decepcionada, de descubrir allí una mancha verde.

Por cuarta vez desde la partida de Guayaquil, el sol acaba de desaparecer. La sombra ha cubierto las playas, las dunas, las pendientes inferiores de la Cordillera marítima, mientras que la línea de las crestas, única iluminada, parece una barra de oro suspendida en el espacio. El crepúsculo desciende rápido, en el momento en que el barco, rozando la isla de San Lorenzo, se presenta a la entrada de la bahía del Callao en un ropaje un tanto sospechoso, el pabellón amarillo en el trinquete.

Pero hay forma de negociar con las autoridades de salud. Ignoro cuáles fueron las gestiones intentadas ya de noche, las influencias a las que recurrieron los agentes de la Compañía. Los cierto es que al día siguiente, desde el alba, y como por encanto, el trapo fúnebre había desaparecido de la arboladura, y se difundió la noticia de nuestra admisión. Bien pronto una flotilla de pequeñas embarcaciones rodeó el navío. Gesticulando, vociferando, un centenar de barqueros alertas y poco vestidos se arrimó a las escalas, a los aparejos, a las amarras, al menor cabo de cuerda. Colgados por racimos en la cadena del ancla, penetraban por los escobenes, se encaramaban al pescante, se trepaban por las bordas. Los dos puentes, las pasarelas, las crujías, el salón y las cabinas fueron tomados por asalto en medio de un atropellamiento y de un vocerío digno de un puerto del Levante.

La ciudad misma tiene un no sé qué de oriental. El muelle polvoriento en que se agita una multitud de epidermis bronceada, con harapos multicolores, casas pintadas, calles empedradas donde anchas bandas de tela tendidas de una fachada a otra interrumpen los rayos del sol, donde el ruido de los pies descalzos levanta una polvareda dorada; esos pabellones de consulado flotando al viento, ¿dónde, pues, los he visto? En un mar menos lejano, bajo un cielo de azur implacable, como este.

El Callao está unido a la capital, a una distancia de catorce kilómetros, por dos vías férreas, una inglesa, otra americana. El tren atraviesa cañaverales, arrozales, cultivos de hortalizas, una vasta planicie aluviónica bastante bien regada por un sistema de pequeñas asequias derivados del Rimac. Detrás de este primer plano de verdor, sobre un fondo luminoso

de colinas rojizas, de montañas peladas, de crestas en forma de sierra, se destaca una visión blanca: torres, campanarios, cúpulas brillantes, miradores esbeltos como minaretes de mezquita. Es la Ciudad de los Reyes[1], Lima, la hermosa criolla, la joya de las dos Américas.

¡Lima…! Dos sílabas a la vez sonoras como un grito de guerra y dulce como un lamento amoroso, que parecen resumir el carácter y la fisonomía complejos de un pueblo, los aspectos tan diversos de sus anales, en los que se mezclan la epopeya y la comedia, el sonido de los carillones y las detonaciones de la fusilería, las plegarias, las matanzas, los sollozos, las canciones, los acordes de la guitarra y el chocar de las espadas.

No olvidaré jamás mi sorpresa al entrar en esta ciudad cuya historia ha sido tan agitada, y que fue asolada hace poco por la guerra civil que siguió a la campaña del Pacífico, tan funesta para el Perú, lucha fratricida, sin misericordia, cuya resonancia fue grande en ambos mundos. Los relatos que se me hicieron de ella desde mi llegada a América Latina, respecto a la situación lamentable del vencido, no dejan lugar a ninguna duda. Las personas con que me relacioné en Ecuador, tanto en Quito como en Guayaquil, no me habían ocultado, en el momento de mi partida, sus temores en relación con mis proyectos de viaje en el país peruano. Iba a encontrar allí la ruina, la miseria, una población diezmada y puesta a rescate, una ciudad en duelo, el indescriptible caos que sigue a las catástrofes; feliz si, en este desorden administrativo y social, llegaba a obtener una palabra de estímulo, una opinión seria sobre la posibilidad de llevar a cabo mi empresa. Por ello, sujetándome a estas poco consoladoras profecías, desembarqué en Lima en el estado de ánimo de alguien que penetra en el dormitorio de un enfermo en agonía.

Error. El moribundo tenía muy buena cara. La ciudad victimada había vendado sus heridas: sonreía al sol en su atavío de fiesta, bajo el maquillaje avivado de las casas moriscas. Por entre los portones a

---

[1] Tal es en efecto el nombre que le dio su fundador, en recuerdo de los soberanos de España (Carlos V y su madre Doña Juana) y de los Reyes Magos de las Escrituras. Este doble homenaje es recordado claramente en la composición del escudo de armas concedido a la ciudad por Real Cédula fechada en Valladolid, el 7 de diciembre de 1537. Portaba, sobre campo de azur, tres diademas de oro coronadas cada una por una estrella, dos águilas que flanqueaban las iniciales I. K., y la divisa *Hoc signum vere Regum est.* Sin embargo la fundación no tuvo lugar, como escriben muchos historiadores y viajeros, en el día de la Epifanía, sino dos semanas más tarde, así como se ve en el acta original: *Fundación y población desta muy noble y muy leal Ciudad de los Reyes del Piru, fecha por el Marques Don Francisco Pizarro, Adelantado, y primero Gobernador, que fue destos reinos, en dies y ocho de Enero de 1535 años.* (Archivos Capitulares de Lima.) Pero la costumbre es más fuerte que la voluntad real atestiguada en pergamino. La ciudad es llamada simplemente Lima, por el nombre del humilde villorrio indígena en cuyo emplazamiento fue construida. El indio, en este punto, prevaleció sobre el conquistador.

medias abiertos, de pesados aldabones de bronce, los patios llenos de flores exhalaban el aroma embriagador de los jazmines y laureles. De las calles, de los callejones, de la penumbra de las casas y de las arquerías, se exhalaba un murmullo de gente despreocupada y de paseo. En la calle de Mercaderes, las últimas creaciones de la moda parisina, el atavío o el bibelot, la graciosa cosa inútil importada ayer, detenían ante las vitrinas a la señora que volvía de la iglesia a pasitos, con las manos juntas sobre el voluminoso misal con broches de plata, seguida por su pequeña sirvienta india cargando su alfombra de plegaria. Se adivinaba, bajo la severa manta, una ropa de muy buena confección. Un movimiento más vivo, un soplo de aire que agitaba los pliegues de la tela negra, dejaba asomar un nudo de cintas lindamente complicado, un borde de falda clara. Después de un minuto de contemplación, nuevamente partían la patrona y la chola. Se abrían camino por en medio de grupos de oficiales de aire altivo que se dirigían, con el cigarrillo en los labios, con los mostachos al viento, hacia el palacio de gobierno. Aquí, allá, intercambian un saludo con algún caballero que orgulloso se yergue sobre su silla de montar mexicana, envuelto con un rico poncho de lana de vicuña que cae hasta los estribos incrustados de plata. Una señal de la cabeza, una sonrisa; ellas pasan, desaparecen en el remolino de polvo levantado por una recua de mulas adornadas con borlas, con penachos, que acuden con un ruido de campanillas. Se entrecruzan llamados, mil ruidos confusos: disputas de arrieros ocupados en descargar sus animales en las puertas de una tienda, sonidos lejanos de clarines o de tambores, de espuelas y de sables arrastrados sobre el empedrado; y dominando todo los agrios pregones de los cargadores de leña, de adobes, de arena, excitando a sus borricos, esos infortunados asnos miserables, sangrantes, extenuados, más miserables aún que sus congéneres de África. Y he aquí que vuelve a mi memoria el dicho popular: "Lima, paraíso de las mujeres, purgatorio de los maridos, infierno de los borricos".

El tiempo y la costumbre no eliminarán esta primera impresión, que tornó a mí varios meses después, con ocasión de mi segunda estancia en la capital.

II

Hay que decir que apenas llegado se cayeron todas mis aprensiones ante la cordial acogida que encontré entre los principales miembros de la muy importante colonia francesa y en la sociedad limeña.

Nuestros connacionales son numerosos en Lima. Una residencia prolongada en el país, la importancia de las inversiones efectuadas, y en fin y sobre todo la conmovedora unión que reina en esta pequeña Francia



Catedral de Lima

sudamericana, le han valido una situación preponderante en la colonia extranjera. La llegada de un compatriota es para ella una ocasión de inmediato aprovechada para manifestar, una vez más, esa buena disposición hospitalaria, esa fineza a toda prueba, esa espontaneidad de acogida y ese caluroso interés cuyo valor siente por sobre todo aquel que se dispone a atravesar el continente sin hacerse ilusiones sobre las dificultades por vencer, con un sentimiento muy claro de su aislamiento y de su debilidad.

Pero, ¿cómo es el medio de no retomar confianza ante las voces de aliento de esos amigos? Tanto más que una circunstancia inesperada me iba a permitir sin duda emprender el viaje con serias posibilidades de éxito. Me enteré, en efecto, que una de las misiones organizadas casi todos los años por la orden de los carmelitas no tardaría en partir hacia el interior. Me sería fácil, se me aseguró, unirme a ella, como había hecho, un año antes, mi compatriota y colega de la Sociedad de Geografía, el señor Olivier Ordinaire, en su cruce de América Meridional por los valles del Pachitea y del Ucayali.

La expedición, comenzada en condiciones tan favorables, se tornaba relativamente fácil. No tendría que preocuparme de los fastidios que suscita a un extranjero la desconfianza de las poblaciones indígenas, en una u otra vertiente de las cordilleras. Las relaciones se verían facilitadas y las tratativas singularmente abreviadas gracias a la intervención de mis compañeros, cuyo carácter pacífico e influencia no dejan de ser sino muy raramente apreciados.

La casa matriz de los carmelitas, a la cual me dirigí tan pronto se me dieron esas informaciones, está situada en el límite del barrio, en la ribera derecha del Rimac. Su posición retirada hace de ella una especie de guión entre el mundo civilizado y la naturaleza inculta. Al extremo del Paseo de los Descalzos, paseo embaldosado de mármol, bordeado por largos tejos y terebintos, se percibe, entre el follaje, el blanco monasterio, como dormido en un silencio de bosque sagrado. El rumor de las multitudes expira en el umbral soleado. Una vez franqueada la puerta, es el recogimiento, la paz crepuscular del claustro y del arbolado.

El Padre Superior me recibió de la manera más acogedora. Siguió con atención la exposición de mi plan de viaje de un océano a otro, expresándome en varias oportunidades todo el interés que le suscitaba una tentativa de ese tipo, y su vivo deseo de contribuir a su éxito. Este precioso testimonio de simpatía no me sorprendió. Los dignos religiosos han sido siempre los auxiliares más dedicados del viajero. ¿Cómo sorprenderse si, entre ellos, el apóstol se ve con tanta frecuencia duplicado por el explorador? Por esta razón, me parece que la historia de esta Orden notable merece un paréntesis.

La cuna de estas misiones fue el convento de Santa Rosa de Ocopa, más o menos a cuarenta y cinco leguas al este de Lima, en el alto valle del río de Jauja, no lejos de la pequeña ciudad de Concepción. De este monasterio han salido, hace más de dos siglos, dirigiéndose hacia el oriente desconocido y salvaje, estos pioneros de la fe y de la ciencia que, armados con el crucifijo y la brújula han sido los primeros en recorrer las pampas del Santo Sacramento, las cuencas de los ríos Huallaga y Ucayali, y tomado nota del curso de sus innumerables tributarios.

La obra comenzada en 1634 ha sido continuada hasta nuestros días con una tenacidad que no han podido fatigar las muchas decepciones, las dificultades sin cesar renacientes, la falta de recursos, la hostilidad de la naturaleza y de los hombres. En medio de la decadencia hoy completa de los antiguos establecimientos monásticos del Perú, frente a los errores de un clero secular entregado a la más completa anarquía, estos humildes monjes han dado un conmovedor ejemplo de fidelidad a la regla, a las tradiciones gloriosas de su orden. El valor de sus trabajos, la dignidad de su vida, una experiencia y un saber muy por encima del promedio, les asignan un lugar privilegiado en los anales de esas comunidades hispanoamericanas cuyas vicisitudes darían tema para un curioso estudio histórico.

Quizás estos esfuerzos seculares no han dado todos los resultados que se esperaba para la propagación de la fe y de la moral cristianas. Este fracaso relativo es imputable no a los misioneros, cuyo tacto ha sido siempre igualado por su abnegación, sino al carácter mismo del indígena. No es que este permanezca obstinadamente sordo a la buena palabra y manifieste frente al bautismo una repugnancia exagerada. Lejos de ello, accederá con la mejor voluntad del mundo, y, si no se pone atención, más bien dos veces en lugar de una, a una ceremonia de ningún modo dolorosa, generalmente seguida por una gratificación en medallas, rosarios, cuchillos y otros objetos usuales, a la cual es muy sensible. Por desgracia, su ardor de neófito durará lo que dura una fogata de virutas. El hábito, los recuerdos, sus instintos de cazador, la influencia de la naturaleza que lo rodea, el llamado del viento, el pájaro que pasa, el ruido de un remo en el agua, las mil voces de la floresta profunda, lo traerán de nuevo, tarde o temprano, a la vida nómada. De las cuarenta misiones que la comunidad de Ocopa poseía al oriente de los Andes a mediados del siglo pasado, casi no subsisten más que los nombres. Toda huella de esas aglomeraciones ha desaparecido hoy, o poco falta para ello. Tres o cuatro villorrios, o, más exactamente, un cierto número de cabañas diseminadas en los bosques, a lo largo de los ríos, a grandes distancias una de otra, son los únicos vestigios de puestos un momento florecientes, alternativamente despoblados, menos por las enfermedades o las guerras que por las sucesivas migraciones.

No obstante, si, en la imposibilidad de acostumbrar al indio de raza pura a la existencia sedentaria, y, por consecuencia, reducidos a no ejercer en él sino una influencia intermitente, los misioneros de Ocopa no han triunfado completamente como apóstoles, la ciencia, en cambio, debe a su celo inestimables documentos sobre estas regiones de las que han sido, por largo tiempo, los únicos exploradores. Es así que el mapa de las regiones regadas por el Marañón, el Huallaga y el Ucayali, levantado en 1790 por el P. Sobreviela, no dejará de constituir la admiración de los geógrafos. Si el viajero moderno, disponiendo de instrumentos más precisos, puede encontrar en él algunas inexactitudes de detalle, nada podría dar una visión de conjunto más exacta y más completa de estos territorios que la obra maestra de ese monje oscuro e intrépido, cuyo nombre merecería ser asociado a los más ilustres.

La información que se me había dado era exacta. Se preparaba una misión, cuya fecha, sin embargo, no había sido aún precisada. El Padre Superior me prometió hacerme avisar, por intermedio de la legación de Francia, tan pronto como el proyecto en estudio fuese definitivo. De todas maneras, la partida no tendría lugar antes de la segunda quincena de julio.

Estábamos a mediados de abril. Pero ese largo intervalo no me inquietaba mayormente. Podía ser empleado útilmente en excursiones al sur, a lo largo de la costa y a la frontera boliviana. Tendría además el placer de dedicarme al estudio de la lengua quechua, cuyo conocimiento, al menos sumario, es casi indispensable para quien desea alejarse del litoral. En efecto, si bien la mayoría de los indios de la cordillera comprende y habla, mal que bien, el español, es a menudo difícil hacerlo salir de su reserva natural si no se comienza por dirigirse a ellos en su idioma nacional.

Decididamente, la suerte se me mostraba favorable. Me retiré muy satisfecho de mi visita y, de muy buen humor, regresé a mi alojamiento a través del interminable barrio hoy invadido por los oficios menores, la plebe en harapos, pero antaño morada campestre donde la aristocracia colonial poseía sus retiros galantes, y donde el virrey Amat sostenía sus amores con la Perricholi.

¡Qué cuadro tan animado y de vigoroso colorido este atardecer limeño! El movimiento y el ruido popular parecían crecer a medida que el día declinaba. El campesino, de retorno del mercado, con su compañera montada, arreaba sus mulas que, contentas, con las orejas erguidas, sintiendo desde lejos el olor de la alfalfa fresca, galopaban haciendo danzar sus canastos vacíos. El hacendado, grave, escoltado por su cholo como un caballero por su paje, surcaba la multitud sobre su cabalgadura a paso de andadura, mientras que hacia abajo de la calzada la tienda del chino carpintero, fondista o charlatán, alumbraba detrás de su doble fila

de lamparillas de papel aceitado, y que de las tabernas, chicherías donde la clientela india o negra consume aguardiente de Pisco y chicha, subía un concierto de voces chillonas, el crepitar de las frituras, un vapor de alcohol mezclado con emanaciones de grasa derretida.

III

¡Qué admirable campo de estudios para el fisiólogo en busca de documentos humanos, para el historiador y el etnógrafo, esta población, amalgama de elementos heterogéneos tomados de todos los puntos del globo, curioso producto de una colaboración de tres siglos entre el nuevo y el viejo mundo! Asia, Europa, África y América están representadas en Lima. Los tipos puros y sus derivados figuran en este museo de nuevo tipo, colección viviente y sin igual donde los contrastes, las afinidades, la influencia de los cruzamientos y del clima se acusan con un extraordinario relieve.

Para quien sabe ver, un simple paseo a través del mercado, o a lo largo de las arquerías de la Plaza Mayor, equivale a una lección de antropología.

Más instructivo aún, y pintoresco de otra manera, será una mirada a la multitud reunida con ocasión de una fiesta popular o de un espectáculo. Se reencontrará allí, yuxtapuestos o combinados hasta el infinito, los tres matices de la paleta social: el blanco, el negro, el amarillo.

Abundan los lugares de reunión. A falta del gran teatro incendiado durante la ocupación chilena, ese público heteróclito se apretuja delante de los teatrines en los que las zarzuelas se alternan con los estribillos de café-concert. Será posible observarlo, aún más numeroso, al aire libre, en esos peregrinajes eminentemente alegres que tienen lugar cada año, en la época de la fiesta de San Juan, a las colinas de Amancaes, menos para coger la flor nueva que para honrar las viejas tradiciones de la coreografía local. Es allí donde se verá bailar a los acordes del harpa, de la guitarra y del tambor, la zamacueca y todas sus variedades, la polca de cajón, el maicito, el ecuador, la zanguaraña, otros tantos pasos característicos cuidadosamente proscritos de los salones.

A veces, sin embargo, también ella vendrá, la sociedad mundana a la cual la antigua libertad de costumbres asusta, a engrosar las filas de esta concurrencia tan mezclada. ¿Acaso no reserva sus palcos, todos los domingos, en la Plaza de Acho? Su modernidad no la lleva hasta hacerle renunciar al pasatiempo nacional entre todos. Necesita, como sus abuelos, la emoción del circo, el duelo del hombre y de la bestia, el relámpago de la espada entre los cuernos del toro.

La diversión cara a todas las Españas se complica a menudo aquí con un pequeño prólogo militar. Un batallón en uniforme de gala procede, durante un cuarto de hora, con una seriedad imperturbable y la precisión matemática de un cuerpo de ballet, a maniobras de gran parada. Describe, sucesivamente, círculos, rombos, estrellas, y, para terminar, reunido ante la tribuna gubernamental, traza muy hábilmente, con pétalos de flores arrojadas a puñados sobre la arena, las iniciales del jefe de Estado. Tuve el placer de ver realizar estos variados ejercicios por el "heroico batallón de Junín". Así rezaba el afiche. Y sentí, lo confieso, una impresión bastante singular ante el aspecto de los pobres soldados que portaban la polaca y los pantalones color rojo vivo del ejército francés, y se movían y agitaban para la mayor satisfacción de ese público multicolor.

Aparte de este *hors-d'oeuvre*, el programa es el mismo que en cualquier ciudad de la península, de Zaragoza a Cádiz. No faltan sino los artistas de moda, los virtuosos de la espada y de las banderillas, los Lagartijo, los Frascuelo, los Cara Ancha, que están en boga en Madrid y Sevilla. Pero para el extranjero las evoluciones de la cuadrilla no constituyen sino una atracción secundaria. El espectáculo se halla menos en la arena que en las graderías, a lo largo de los corredores, en esta muchedumbre con ropa de lentejuelas como el vestido de Arlequín, en que el hombre de pura raza castellana, de alta talla, fino perfil, y la señorita de una palidez de flor de lis, se codean con los retoños del blanco y de la india, el cholo y su chola.

Cerca de su padre, el indio de cabellos lacios, he aquí al chino con el pelo crespo que ha heredado de su madre, una Venus de la Costa de Marfil o de Mozambique. Pasa una florista, bajo un enorme montón de rosas que perfuman: "¡Ramilletes! ¡Ramilletes! ¡Ramos, señoras, adórnense con flores!" Otra vendedora pasea una bandeja donde los bombones fraternizan con la salchichería. Chino-cholas, esas dos industriales. Pertenecen a América por su padre, al continente negro por su abuela materna.

Y tú, la vendedora de periódicos y de canciones, niñita de rasgos vagos cuyo matiz yo no podría definir, ¿quién eres? ¿Quiénes son tus abuelos, y cómo es que se te llama?

– No tengo nombre. Sola, en esta rica colección, no tengo aún ninguna etiqueta. Mi madre es la señora de los bombones; mi padre, ese señor con sandalias de fieltro que lleva una larga trenza enrollada sobre el cráneo. Ha venido, hace mucho tiempo, del país de las linternas pintadas y de las torres de porcelana[2].

---

[2] Las principales combinaciones que resultan de los cruces son las siguientes:

Cholo	nacido de padre blanco	y de madre india
Mulato	– – blanco	– – negra

Público tumultoso, que para traducir sus emociones recurre a todas las energías de una lengua expresiva. Si la corrida se prolonga excesivamente, si el torero se halla en peligro, las voces de estímulo, las imprecaciones, las plegarias, se entrecruzan con un rugido de tempestad y un asombroso lujo de metáforas. Ya no se trata de un simple grito de angustia, o la exclamación habitual "¡Lo va a matar!", sino de una perífrasis lanzada en un inmenso clamor: "¡Lo va a volver ánima!" Y si algunas espectadoras, cubriéndose el rostro con la manta, murmuran "¡Jesús! ¡Jesucristo", la gran mayoría gritará en coro:

– ¡Jesucristísimo!

El colmo del superlativo.

IV

¿Qué no se ha escrito sobre esta ciudad exquisita? La historia, la poesía y la novela han hecho célebre su nombre, y sería un poco ingenuo volver a una descripción hecha tantas veces. Lo más que haré será anotar que en un buen número de viajeros hay una cierta tendencia a no ver en Lima sino la decoración, los juegos de luz y de sombra, la agradable mezcla de razas, los contrastes que se ven en las calles. Allí no se encuentra, sin embargo, en mi opinión, el secreto de su indiscutible encanto y de su originalidad.

Esos exteriores ruidosos, ese relumbrón cosmopolita, son privilegio de muchas ciudades del nuevo y del viejo mundo. Se los encuentra, en diversos grados, en las dos orillas del Pacífico, en San Francisco como en Singapur o en Batavia. Lima es mucho más que un caravanserrallo. Posee lo que falta a la mayoría de sus florecientes rivales, en particular a las aglomeraciones norteamericanas, esto es la poesía de los viejos recuerdos, la personalidad viviente que el tiempo da a las cosas.

Cuarterón nacido de padre			blanco	y de madre mulata		
Quinterón	–	–	blanco	–	–	cuarterona
Chino	–	–	indio	–	–	negra
Chino cholo	–	–	indio	–	–	china
Chino oscuro	–	–	indio	–	–	mulata
Zambo chino	–	–	negro	–	–	mulata
Zambo	–	–	mulato	–	–	zamba
Zambo claro	–	–	indio	–	–	zamba

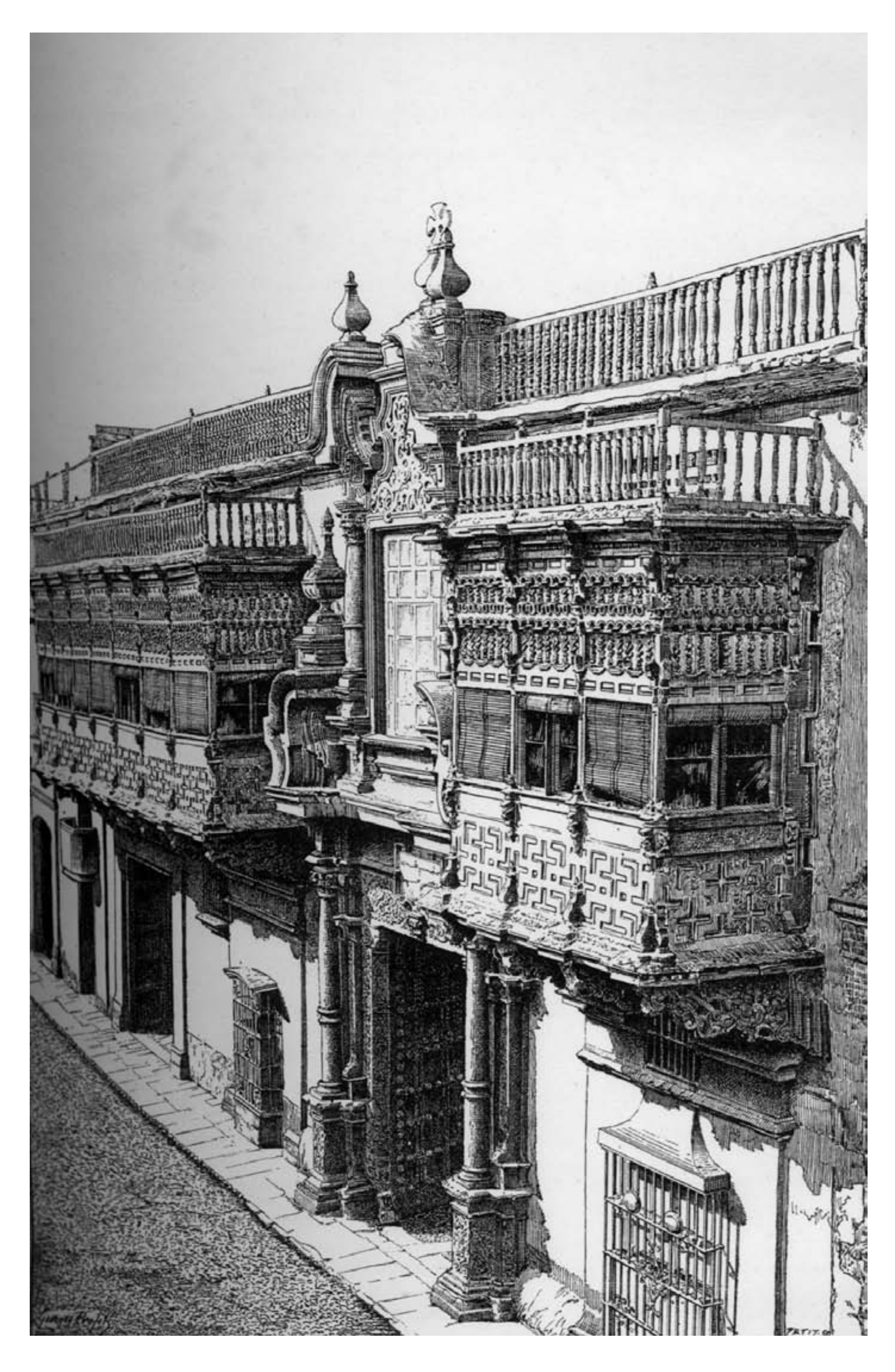
El tipo nacido de las relaciones del culí chino y la mujer de raza india o negra no ha recibido aún denominación especial.

A pesar de los cambios políticos, subsiste el lazo de las tradiciones entre la colonia emancipada y la antigua madre patria. Quien por primera vez recorre las calles de Lima, sobre todo después de caer la noche, a la hora propicia para los sueños y los fantasmas, es fácilmente presa de las alucinaciones en las que los personajes del Romancero se mezclan con los héroes de la Conquista. Puede creerse ora en la Ciudad de Los Reyes o en la antigua Toledo, ora en la colina a la que baña el Tajo o en las riberas del Rimac. Aquí como en las pequeñas ciudades venerables de las dos Castillas, las piedras tienen un alma, una voz. Sus cimientos vacilantes aún devuelven un eco de pasiones lejanas, de ruidos de batallas y de fiestas. Por la brecha que han abierto los temblores o la metralla cuentan los secretos de los muertos, la crónica de una sociedad desaparecida: el juramento de los conjurados que van a asesinar a Francisco Pizarro, la lucha de la Audiencia y de los gobernantes, del poder secular contra el Santo Oficio, y las locuras de un virrey pasmado de amor en los brazos de una chola.

Quien ve la morada conoce a su ocupante. La casa es una indiscreta. Sucede con ella lo mismo que con la saya, que oculta herméticamente a la mujer, pero se preocupa en acusar sus líneas. La puerta maciza y bordada de hierro, semejante a la de un calabozo o de una fortaleza, no está jamás tan bien cerrada que no deje entrever el patio interior, una corriente de luz dorada entre el verdor y los mármoles. Mire usted esa fachada. Ornamentos de todo tipo corren sobre un fondo rosa o azul suave: festones y guirnaldas, flores y frutos, atributos mitológicos emparejados con emblemas religiosos, una carrosa mezcla de lo olimpo y lo profano, del Olimpo y del cielo; el tirso y la cruz, grupos de santos en éxtasis sobre un cartucho desenvuelto por un travieso vuelo de Amores. En la parte baja del friso, donde los querubines tocan el laúd o la tiorba, rampan demonios que hacen muecas. La vivienda revela a la que la habita. Usted adivina su presencia detrás de las celosías bajadas, en la saliente de los pesados balcones. Es la limeña: andar ondulante, grandes ojos negros, ora brillantes bajo el batir del abanico, ora bajos y posados en el lento desgranarse del rosario; elegancia envuelta con la manta severa de la beata, piedad ferviente y gracia mundana, frivolidad a la que un escrúpulo ensombrece, gravedad a la que una nada hace sonreír.

Si alguna vez hubo fama universal, indiscutida, es la suya. Todas las literaturas la han celebrado, en prosa y en verso. Según juran sus panegiristas, no hay nadie que no haya soñado con la pálida limeña como el tipo perfecto de la belleza criolla. Y yo añadiría que se equivoca el proverbio según el cual todo sueño es mentira.

Hay diez contra uno en apostar que en una reunión de gentes serias la primera pregunta que se le hará al viajero llegado hace poco de Lima no se relacionará con las antigüedades peruanas, las excavaciones de Ancón



Casa en la calle del Arzobispo, Lima

y de Pachacamac, los tesoros arqueológicos descubiertos en Moche, en Santa o en el Cuzco, y aún menos con la situación política y financiera de la república… sino con las mujeres.

– Ah, ¿no se exagera un poco? Son verdaderamente…

– Sí, señor, todo eso y mucho más, aunque me es muy difícil analizar las causas determinantes de una impresión que se experimenta sin razonar al respecto. Esas naturalezas complejas en las que la seducción no es sino quizá la armonía, el resultado de cualidades y defectos, de energías y languideces deliciosamente combinadas y fundidas, escapan, lo confesará usted, al análisis.

– Trate de hacerlo, de todos modos.

– ¿Para qué? Tales esbozos son raramente exactos, y el retrato más cuidadoso haría sonreír al modelo.

– Se lo ruego.

Entonces el círculo se estrecha, más íntimo. Las cabezas se aproximan curiosas, y las preguntas llueven. Infeliz el imprudente que se deja poner así sobre el banquillo de los acusados, si la respuesta no sigue ¡pronta, clara, categórica! Un silencio, una vacilación involuntaria, darían lugar a los comentarios más fantasiosos. Se fingirá ver en ello una reticencia calculada, una confesión hipócrita, una manera de aceptar, sin aparentarlo, el ingrato papel de hombre afortunado en amores.

Es de subrayar que la actitud de la persona que hace frente a esas insinuaciones atrevidas es muy diferente según los casos. Su defensa, cosa extraña, es tanto más débil cuanto su posición es, en buena conciencia, inatacable. Por poco que nuestro hombre haya hecho solo escala en el Callao durante cuarenta y ocho horas, justo el tiempo para que el vapor complete la carga y el combustible, le dejará entender a usted de buen grado que su infancia, su juventud y lo mejor de su edad madura han transcurrido en la ciudad de Pizarro y de Almagro. Sabe de memoria todos sus misterios y, si se lo presiona, no dejará de revelar en honor de usted el secreto de velo. Confíe usted en él para que le dé una reconstrucción de la decoración hispano-morisca donde tenía lugar el melodrama caro a nuestros padres, con sus accesorios indispensables, el billete amoroso arrojado por la ventana enrejada, y la dueña,

> Horrible compañera
> cuya barba florece y cuya nariz es tan gorda como un troncho.

dándole cita al extranjero, al anochecer, en el ángulo de una plaza, para llevarlo a la casa de una bella desconocida que no pide sino hacerse conocer. Al escucharlo, escuchará usted el sonido de las guitarras, un rumor de besos, el turbador murmullo de una ciudad dedicada por entero al placer.

Y bien, no; por penoso que sea apagar las ilusiones que usted abriga, ello no es en absoluto así. O más bien no es exactamente así.

No pretendo que los limeños de ambos sexos sean otros tantos santos prontos a competir por el premio a la virtud, sino que, como gentes de gusto, se mantienen a conveniente distancia de la extrema licencia como de la excesiva virtud. Aunque se tenga que clamar que hay allí una paradoja, estimo que Lima es, a este respecto, una de las capitales más equilibradas. Un detalle no dejará de impresionar al observador más perspicaz. El vicio no invade allí la vía pública. Usted me dirá que las apariencias son a menudo engañosas, y que mi manera de razonar, cuyo menor defecto es tomar una máscara por un rostro, es la de un miope o de un ingenuo. Por ello me cuidaré mucho de sacar consecuencias demasiado absolutas, y de negar que la llaga existe porque no la puedo tocar con el dedo. Se aceptará, no obstante, que una enfermedad tan fácilmente disimulada no podría ser muy grave. Dejando de lado el relajamiento de las costumbres, inevitable en toda gran aglomeración, hay que reconocer que una población de cerca de doscientos mil almas, donde la galantería toma aires más bien discretos, muy difícilmente puede ser calificada de disoluta.

La mujer, cualesquiera que sean su rango y su situación de fortuna, lleva un tren de vida muy uniforme. El empleo de su tiempo se reparte con perfecta igualdad entre la iglesia y la vida mundana. La mitad de su existencia transcurre bajo la clásica capa negra, ropa de plegaria impuesta por el uso[3]. De retorno a casa, acabado el oficio, la penitente se desembaraza de este atavío anticuado, como una mariposa de su crisálida, y se muestra a los visitantes en el esplendor de las frivolidades parisinas.



Dama de Lima

¡Cuán encantadoras son las reuniones que ella preside, esas reuniones familiares, esas tertulias donde se habla de todo y de nada durante horas, bebiendo agua azucarada! A veces la reunión

[3] Son de rigor en la iglesia un peinado muy bajo y la manta que cubre los cabellos. Toda otra forma de cubrirse la cabeza, por ligera que sea, está implacablemente proscrita. La costumbre no admite ninguna excepción. Hasta donde sé unas europeas que pertenecen al mundo diplomático han visto que se les ha negado, cortés pero terminantemente, el acceso a la catedral por haber ignorado este detalle.

carecerá de fasto. Criadas descalzas tomarán el lugar de los lacayos con librea. El mobiliario será de los más simples. La pobreza de los tiempos ha hecho el vacío en la vasta y hospitalaria morada. No busque usted los preciosos baúles incrustados de nácar, los asientos esculpidos, obras maestras del Renacimiento español legadas por los ancestros. Todo ello fue, en días críticos, presa del prestamista bajo empeño o del revendedor. Solo el salón, un poco menos afectado, contrasta con la desnudez de las demás piezas. Es allí donde se habrá reunido los restos del lujo de antaño, lo que se designa como juego de muebles: un canapé, seis sillas, otros tantos sillones, y una mesita, lo estrictamente necesario para recibir a los amigos. Y no crea usted que este inventario de tasador de subasta oculta la menor intención burlona. Habría que tener un espíritu malévolo para tratar de poner en ridículo una hospitalidad siempre decente a pesar de la adversa fortuna, para olvidar los agradables momentos pasados, tanto en el más modesto como en el más rico de estos interiores.

El peruano —hablo aquí del hombre de mundo— es en general de los mejor dotados. Naturaleza muy fina, si no cultivada, tanto sus cualidades como sus defectos hacen de él un ser aparte, sin comparación por encima del promedio social de las dos Américas. Una irresistible buena disposición que no excluye una pizca de orgullo, último vestigio de la altivez castellana, un carácter algo receloso, suspicaz, pronto a sentir como una ofensa la crítica más benigna; un calor de imaginación y de palabra temperado por la más exquisita cortesía, tales son sus rasgos distintivos. De relaciones fáciles, conversador amable, en extremo generoso, sobresale en el arte de mantener casa abierta, a gran costo si sus medios se lo permiten, y en el caso contrario con una simplicidad que no carece de nobleza. Un secreto instinto parece advertirle qué es lo que puede complacer a su huésped. Evitará las preguntas incómodas que en otras partes no se deja de formular al extranjero. Se cuidará de no preguntarle a usted qué piensa del país y de sus gentes, con la mal disimulada intención de obtener por fuerza de su cortesía una respuesta elogiosa. Su tacto le evitará a usted esas trampas tendidas del modo más inocente del mundo a la buena fe y a la desenvoltura del viajero. Una conversación que roza levemente sin jamás enfatizar, salta con vivacidad de un tema a otro, de lo serio a lo superficial; la elegancia de un lenguaje que no trasluce la provincia, son otras tantas sorpresas que los salones de Lima ofrecen al francés fuera de lo suyo como un recuerdo de su patria lejana.

Particularidad bastante frecuente en los medios criollos, la mujer es superior al hombre. Tiene la inteligencia abierta y viva, la benevolencia sonriente y espontánea. Pero a estas dotes de la naturaleza se añade a menudo en ella yo no sé qué de más alerta en el pensamiento y la expresión, el brillo de un espíritu multifacético, un arte de decir y de escuchar tanto más seguro por cuanto no refleja esfuerzo alguno. Sería injusto con la

limeña si no se viese en ella más que una silueta provocadora, un lindo bibelot. Ella no tiene a su favor sino su belleza, lo ovalado de su rostro, una tez de una blancura de mármol griego impregnado de sol, pies de niña. Henos aquí lejos de las actitudes despreocupadas y pasivas, de la hamaca donde la elegante de los trópicos mece sus interminables ensoñaciones. La estatua se ha animado: es una voluntad, una fuerza. Ella piensa, discute, actúa. Se sentirá curiosa de todo, incluso del estudio, de la lectura y no como si se tratara de un narcótico, si es necesario se interesará en la literatura, y no desdeñará escribir y firmar un artículo, una novela corta en la *Revista de Lima*. Todo ello de modo gentil, amable, un poco superficial si se quiere, pero sin afectación. Nada de pedante. Un ángel, en fin —un ángel—.

Yo asistía un día, en los Estados Unidos, a una *lecture* en el curso de la cual el orador —era una dama—, exaltando con razón las cualidades y virtudes de la joven americana, exclamó en un acceso de lirismo: "¿Qué le falta para ser una criatura celeste? Una voz más dulce y un par de alas". El último de estos atributos sería el único que le falta a la limeña. Ella se sirve en efecto de maravillosa manera de esta bella lengua española que toma aquí inflexiones menos rudas y más cantantes que en las dos Castillas. Idioma admirable, a la vez flexible y nervioso, hecho para los labios femeninos, que sabe expresar toda la gama de las pasiones, del odio al amor, dicho ello con perdón del emperador Carlos V, el cual consideraba que hay que hablar en italiano a la amada, y en español a Dios.

La religión misma, que ocupa en esta existencia de mujer un lugar tan grande, no perjudica a la mundana. La iglesia, que la atrae sin acapararla, le da quizá uno de sus más grandes encantos, ese rostro tranquilo, esa palidez que debe a la sombra fresca de las naves de las iglesias. No es una mojigata, sino una *beata*, palabra cuyo sentido exacto no puede traducirse por el sustantivo francés, sinónimo de celo más fingido que sincero. Esta devoción no tiene nada de una actitud. Es un *élan* espontáneo, una fe candorosa y buena que se muestra directamente, indulgente con los demás, incapaz de proselitismo. Su piedad es rara vez agresiva o molesta. Su ardor en ganar el cielo no deja a la beata oportunidad para reprender la tibieza del prójimo.

Estas naturalezas amantes y místicas son un legado de las edades de fe, encarnación de ese siglo que vio nacer a la vírgen-poeta de Ávila y a esa otra santa cuyo tercer centenario Lima celebra hoy con gran ruido, Rosa, cuyo verdadero nombre era Isabel Flores, canonizada por Clemente IX.

Cuando a partir del polvo de las viejas crónicas que relatan su vida tan breve y tan simple, y de las leyendas bordadas por la imaginación popular, se intenta delinear esa suave figura de limeña, ella se nos aparece con todas las gracias de la mujer puestas al servicio de un alma inspirada.

Los relatos de la época nos dicen gravemente que, en ella, la santidad se reveló muy temprano, desde los cinco años. Y ello nos recuerda de inmediato a Santa Teresa niña, el lindo episodio de la pequeña y de su hermanito escapándose una noche de la casa paterna, en busca de las aventuras. Se les ha leído, en la Vida de los Santos, hermosas historias de cristianos que, caídos en poder de los infieles, marchaban al suplicio cantando. Esos niños decidieron hacer lo mismo. Partieron. Helos allí fuera del jardín, en el campo, al cabo del mundo. Los moros no podrían estar lejos. Y ambos, tomados de la mano, con un poco de miedo, como usted comprenderá, pero no obstante sin retroceder, esperan el martirio y la gloria.

Pero el biógrafo no se limita a mencionar las promesas de la infancia, luego los éxtasis, las pláticas con el "divino amante", las mortificaciones, las veladas en la cabecera de los pobres y de los enfermos. Nos habla de la elegancia en el andar, de los pies menudos, las manos blancas, la manera de erguir la cabeza, el cuello delicado, el perfil de camafeo, el brillo de los ojos "negros, muy grandes", velados por largas pestañas en las que tiembla una lágrima pronta a brotar[4]. Parece que la admiración de los contemporáneos se dirige tanto a su belleza como a sus virtudes. Cuentan cómo la digna María Flores, al ver venir a la niña en el jardín, una mañana de primavera, exclamó en un arrebato de orgullo materno: "¡Eres tan bella y fresca como estas rosas! ¡Deberías llamarte como ellas!" Y tal fue, dicen, el origen del nombre de Rosa, en el cual la multitud ávida de lo sobrenatural ha querido ver una alusión a la lluvia de flores que el cielo habría hecho caer sobre su cuna.

No, la aureola del milagro no alumbra a esta figura apacible. Y sin embargo su presencia en esta sociedad trastornada por las conspiraciones y las guerras intestinas, tiene algo de inesperado y maravilloso. Ella aparece, en medio de este mundo turbulento, como una sensitiva extraviada en un campo de batalla. Mientras que entorno suyo rugían las rivalidades y los odios, la iluminada dirige, como Santa Teresa, sus apasionadas declaraciones a Jesús:

No me tienes que dar porque te quiera,
Porque aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera[5].

Ella es el amor sublime y desinteresado, la caridad que no se detiene ante nada, la piedad sin límites que ve en el maldito mismo a un desdichado, *el desgraciado que no puede amar.*

---

[4] Don Francisco de Bilbao, *Vida de Santa Rosa de Lima*.

[5] En español en el original [N. del T.].

En fin ella tiene esta felicidad, que el paganismo antiguo consideraba un don de los dioses, de morir en todo el esplendor de la juventud. Los ingenuos imagineros, los piadosos iluminadores han reproducido sus rasgos al infinito. Es su modelo preferido. Y si la ejecución traduce el celo del artista, si a veces la estatuilla y el cuadro nos hacen sonreír, serán siempre, en sus audacias, muy superiores al resto de la colección, a los innumerables bienaventurados empelucados, con faldas ahogados en el oro y el brocado, que pueblan los santuarios de Hispanoamérica.

V

Es en honor de esta santa que, desde hace un mes, todas las campanas de las iglesias, de las capillas y de los conventos de la capital desgranan los sones de sus campanas a los cuatro vientos.

No impondré al lector la enumeración de los edificios sagrados. Las estadísticas más recientes cuentan no menos de sesenta y dos. Con excepción de algunos conventos de mujeres y de dos o tres comunidades cuyo personal se recluta en Europa, la mayor parte de las cofradías fundadas en la época colonial no son más que la sombra de sí mismas. Una muy larga prosperidad las ha echado a perder. Colmadas por la metrópoli y por los virreyes, se han hundido en un bienestar disolvente. La conciencia de un poder sólidamente establecido, de una influencia sin control, engendró poco a poco el relajamiento de las reglas. A la hora actual la decadencia es irremediable. La ley que ordenó su gradual supresión era el único paliativo posible para un desorden que desafiaba la autoridad moral de la Iglesia. Por ello, al mismo tiempo que sigue protegiendo a las órdenes extranjeras, se prohibe la renovación de las antiguas asociaciones religiosas formadas en el país. Todo monasterio debe, después de la muerte de su último ocupante, revertir al Estado. Varios se encuentran ya casi vacíos, pues un gran número de monjes prefiere la libertad de la existencia secular a los rigores de la celda. Es así que el convento de los franciscanos, el soberbio claustro adornado de esmaltes y azulejos que serían la gloria de un museo, no es hoy más que soledad. El césped se convierte



Santa Rosa de Lima
Iglesia de los jesuitas, Arequipa

en matorral. Las plantas parásitas se enrollan en las columnillas, alargan como cola reverdeciente el manto de los santos, la túnica de las vírgenes. Las arañas tejen sus telas en la biblioteca abandonada. El único habitante de esta Tebaida es un fraile portero que pasa sus días en calentarse al sol, sentado bajo el porche, con las manos cruzadas sobre el vientre, con la expresión satisfecha de un hombre que no desea ya nada en el mundo.

Otros conventos, menos despoblados que este, apenas si valen menos, si se presta crédito a lo que se dice y sobre todo a la experiencia de los religiosos respetables que se hallan de paso por Lima. Varios de ellos, siguiendo al respecto la costumbre adoptada en Europa por sus cófrades, cuando los azares del viaje los condujo cerca a una casa de su orden, habían creído proceder bien solicitando allí hospedaje. Al cabo de unos días, o incluso al día siguiente, se marchaban, considerando más conveniente ir a instalarse en un hotel.

Los desórdenes se hicieron tales en el convento de los agustinos, que causaron conmoción en Roma. Se ordenó una severa investigación que fue encargada a un hombre eminente, tanto por su carácter como por su saber, el padre Campeoni. Este emprendió viaje, provisto de los poderes más amplios, para constatar la situación *de visu* y remediarla en la medida de lo posible.

La misión no tuvo éxito. El religioso desembarcó hace poco en el Callao. Nadie, por cierto, lo esperaba en el puerto, aunque el superior había sido informado de su venida por el correo precedente. Fue así, pues, que con la sola escolta del cholo encargado de su equipaje, vino a tocar en la puerta del convento. Allí se vio obligado a sufrir, como el común de los mortales, un interrogatorio en regla a través de la ventanilla enrejada. Cuando hubo recitado sus nombres y calidades, se le negó la entrada. Él insistió, muy asombrado. A la larga el cancerbero, intimidado o persuadido, consintió en abrirle la puerta, y pronto la comunidad reunida se enteraba de boca del visitante los graves motivos que lo traían de tan lejos. Se le escuchó en silencio, sin protestar, tanto que, al tiempo que descansaba de las fatigas del viaje y de las emociones de la llegada en la celda que al fin se le dignaron prepararle, pudo equivocarse sobre la verdadera actitud de su auditorio. Era en realidad muy hostil, como le fue fácil convencerse unas horas más tarde, al constatar que la puerta de su apartamento había sido trancada por fuera, y que, para mayor seguridad, dos centinelas, escogidos entre los más robustos de los hermanos laicos, montaban guardia. El embajador se hallaba simple y llanamente prisionero, a la merced de carceleros implacables que, durante varios días, se las ingeniaron para multiplicar sus angustias. Los bribones proferían, en voz bien alta, y de manera que no se perdiese ninguna de sus palabras, las expresiones más amenazadoras.

Mezclaron drogas con sus alimentos. El infeliz se creyó perdido. ¡No había duda, querían envenenarlo! Dios sabe cómo esa siniestra broma habría tenido fin si la víctima no hubiera conseguido, nadie sabe cómo, hacer llegar a la Legación de Francia una carta desconsolada. La policía, advertida de inmediato, acudió en su auxilio. El primer uso que el padre Campeoni hizo de su libertad fue el de averiguar cuál era el próximo vapor que partía a Europa. Se embarcó tres días después, plenamente notificado de las dificultades de la situación, y sobre los peligros que se corre al tratar de morigerar a monjes tan dispuestos a responder.

Por encima de estas comunidades caídas en descrédito se alza la Iglesia, servida también por un clero cuya conducta escandalizaría a nuestras costumbres europeas, poderosa no obstante, fortificada por un prestigio mantenido gracias a la más hábil de las políticas: una imparcialidad altanera frente a las diferentes facciones que se disputan el poder. En esta ciudad ensangrentada tantas veces por las sublevaciones, constituye la única institución durable, indisputada, terreno neutro donde todas las partes respetan la tregua de Dios. Sucede con ella lo que con esas viejas basílicas italianas cuya ornamentación reproduce lado a lado los emblemas de familias enemigas, los colores de cas casas rivales, a la vez güelfos y gibelinos; ante este eclecticismo de haber permanecido de pie, ellas, en su esplendor primero, junto a palacios a los que falta una torre o un ala, frente a bastiones vaciados.

La catedral de Lima procede de los mismos principios. Es su síntesis de piedra. Respetada por los hombres, en cambio los sismos y los incendios la han devastado varias veces. Cada vez ha sido restaurada con un afecto casi filial. Cada generación ha puesto en ella un poco de su alma. Es con toda seguridad la iglesia más notable del Nuevo Mundo, después de la de México, cuyo estilo recuerda con menos amplitud y ligereza en el conjunto.

En el interior, la disposición española, el altar mayor al centro, separado del resto del edificio por un inmenso retablo de madera dorada y por una triple fila de sillas de coro apoyadas en un ambón de pura mampostería perjudican la majestad de la nave. Este santuario sin un reclinatorio, sin una silla, donde apenas si suenan los pasos amortiguados de la devota, donde los fieles permanecen prosternados sobre las baldosas en una inmovilidad de estatuas que rezan ante un catafalco, reviste, incluso a mediodía, una apariencia sepulcral. Es en efecto una tumba. Bajo el coro, en los sótanos reservados antaño a la sepultura de los canónigos, yacen los despojos del rudo soldado que tomó posesión de la tierra peruana en nombre de los soberanos de Castilla, esqueleto de coloso al cual se adhieren aún algunos restos de carne apergaminada y jirones de tela. Las dudas hace tiempo emitidas sobre la autenticidad de estos restos han sido en parte disipadas

por los trabajos del erudito archivista limeño don Ricardo Palma. Esta osamenta es en efecto la de Pizarro, marqués de Atabillos —el Gran Marqués, como lo llama la crónica—. Están allí los huesos del guerrero, mezclados con el polvo de los sacerdotes, apacibles miembros del capítulo de Lima, confundidos en un mismo parloteo banal de cicerone. El sacristán que lo guía a usted a través de la necrópolis le dice, con inocencia, inclinando sobre el gigantesco esqueleto su antorcha de resina:

– Ese canónigo es Pizarro.

¡Ese canónigo! ¡Vanidad de la gloria humana!

Mientras que el buen hombre, en plan de guía concienzudo, pretendía hacerme observar, en las anormales dimensiones, la cavidades y protuberancias de la caja craneana, los signos de una ambición sin límites unida a una voluntad de hierro, mi espíritu vagabundeaba bien lejos en el pasado. Pensaba en la lucha trágica que se libraba a unos pasos de aquí, en el palacio de gobierno, en una clara mañana de junio de 1541. Asistía al desenlace de esa epopeya de aventurero, tal como es contada por el contemporáneo Agustín de Zárate. Se diría un final de ópera.

Los conjurados, dirigidos por Juan de Herrada, acaban de invadir el palacio, las habitaciones privadas del gobernador. Los servidores han huido. No se han quedado junto a su amo sino dos pajes, dos muchachos que venden caramente sus vidas. Pizarro, con la espada en la mano, la capa enrollada en un brazo, se defiende como un desesperado: abate a tres de sus asesinos, mientras los otros retroceden, y su jefe, furioso, con la espuma en los labios, los arenga con gran esfuerzo: "¿Por qué se demoran, y él está solo? ¡Vamos, contra el tirano!" Los asaltantes vuelven a la carga. El virrey [*sic*] está rodeado por todas partes, y cae, en fin, con la garganta atravesada por una puñalada. Su último grito ha sido: "¡Confesión!" Y, no pudiendo ya hablar, traza en el suelo, con su sangre, una cruz que intenta besar. Entonces las espadas se inclinan ante la agonía, y, a falta de sacerdote, Herrada pronuncia la absolución implorada: "¡Que Dios te perdone!"

En el momento en que terminaba mi visita a los muertos, la noche reinaba en la iglesia, si bien apenas si eran las tres de la tarde. Ese día la garúa caía y ensombrecía la ciudad. Del coro, donde el capítulo comenzaba las vísperas, se elevaba, melancólica, la salmodia del canto llano. Sola, en la sombra creciente, la capilla de Santa Rosa ponía una irradiación de faro. En medio de las lámparas, de las candelabros, de los flameros, de los pebeteros perfumados, la santa, en ropaje de gala, con un ramo en la mano, coronada por una tiara de rosas frescas, sonreía a los fieles desde lo alto de un trono de follaje. El pasado y el presente, los contrastes del carácter limeño hecho de arrebato y de ternura, todo ello el templo lo resume y lo traduce como fiel intérprete. Los destinos tempestuosos de una ciudad tan pronto campo

de carnicería como santuario, donde el olor de la pólvora se mezcla con los aromas de incienso, parecen simbolizadas por esas dos figuras disímiles colocadas en el umbral de su historia como una viñeta explicativa en el frontispicio de un libro: el conquistador con mano sangrante, la virgen con nombre de flor.

VI

A pesar de estos aires de fiesta, las huellas de la última guerra, las desastrosas consecuencias de la invasión chilena, no son sin embargo sino demasiado visibles en la capital y en sus inmediaciones. En un principio inadvertidas por el extranjero, atraen pronto su atención, por poco que prolongue su estancia. Son, a tres o cuatro leguas hacia el sur, los escombros de Miraflores y Chorrillos, el Trouville peruano. Un amontonamiento de restos informes marca el emplazamiento de las villas alineadas a lo largo de esta espléndida playa. Todo lo que el enemigo no pudo llevarse ha sido aniquilado. Los demoledores pusieron en acción la mina y el hacha. Hicieron saltar los muros, arrasaron los bosquecillos, y, con este combustible sumado a las vigas, a los muebles despedazados, encendieron inmensas hogueras de celebración.

Dos o tres años de paz bastarán, lo sé, para hacer renacer de sus cenizas a esas desdichadas poblaciones, para devolverles la animación, el ocio ocupado de las residencias de campo a la moda. Pero en el día en que las visité, tenían la solemnidad melancólica de las ruinas desgastadas por el tiempo. La desolación parecía allí tan completa, tan definitiva, como en la antigua Pachacamac, la ciudad de los peregrinos, cuyos templos y tumbas desplomados, desvalijados en interés de la ciencia o de una vergonzosa especulación, se ven dispersos un poco más lejos en la pampa de la Tablada. Unas horas de pillaje habían hecho tanto como los esfuerzos conjugados de los siglos y de los hombres.

En Lima misma, en los barrios elegantes, muchos detalles dan testimonio, disimulados bajo exteriores brillantes, de la miseria pública, de la derrota reciente, la bancarrota. Usted verá un pedestal sin estatua, una fuente privada de sus náyades y de sus tritones, un palacio decapitado de su friso de mármol. Bronces y bajorrelieves, coleccionados por el vencedor, decoran ahora las esquinas de Santiago y de Valparaíso.

Toda la jerarquía comercial, por mayor y menor, exterioriza francamente sus amarguras y sus desconfianzas. En toda tienda, desde la del bodeguero hasta el salón de la modista de moda, se despliega, en gruesos caracteres sobre carteles muy a la vista, este aviso significativo: "¡Todo al contado!"

Incluso la cuenta del restaurante proclama con elocuencia las estrecheces de la situación. Me acordaré siempre de la primera nota que se me presentó. Estaba hecha, más bien, para mantenerme en ideas de esplendor y de abundancia. Si el menú —pollo al arroz y tortilla pimentada— no tenía nada sino de muy modesto, el gasto era digno de un príncipe. Se elevaba a veintisiete soles, o sea, al cambio, equivalente a cien francos en cifras redondas. No ignoro que uno de los inconvenientes de los países ricos es que el dinero pierde allí singularmente su valor. No obstante, la suma me pareció excesiva, aun en el Perú. Un examen más atento me reveló la clave del enigma. A continuación del total, 21, figuraba, en letras minúsculas, la mención *billetes*, y, un poco más abajo, la palabra *plata* precedida por la cifra 1. En otras palabras, yo podía, a mi elección, contar al *maitre* de la fonda un valor nominal de veintiún dólares en billetes de banca, o un valor real de alrededor de tres francos sesenta de plata. Semejante diferencia entre la moneda fiduciaria y el metal decía mucho. Lima es probablemente el único lugar en el mundo donde se pueda, sin ser pródigo, dar dos luises por una tortilla y cinco francos para hacer lustras las botas.

Las disensiones civiles y la guerra externa no son las únicas causas de la crisis económica. Lo más que hiceron habrá sido adelantar el período agudo del mal. Su origen hay que buscarlo en la administración muy desordenada de algunos hombres de Estado, desorientados por el espíritu de empresa y por el ejemplo mal comprendido de la gran república norteamericana.

Las cargas abrumadoras que debían, en menos de diez años, arrastrar al país a la quiebra, le fueron impuestas bajo el imperio de las preocupaciones más dignas de elogio y con un fin ciertamente elevado. Los promotores de los importantes trabajos públicos inaugurados casi por doquier, bajo la presidencia de don José Balta, en 1870, soñaban con apresurar la obra civilizadora, la puesta en valor de las altiplanicies temperadas de la cordillera, destinadas a alimentar importantes colonias agrícolas y ganaderas; más todavía, a vincular la costa con la Amazonia peruana, con las inmensas regiones situadas al este de los Andes y regadas por la más maravillosa red fluvial que haya en el mundo. Deseaban abrir una ruta al inmigrante, derivar en beneficio de su país una parte de la corriente que lleva hacia los nuevos continentes el exceso de población del viejo mundo. Estas ideas, inspiradas por un ardiente patriotismo, han encontrado desde hace largo tiempo elocuentes defensores. Hoy día todavía publicistas, valientes exploradores, los Raimondi, los Martín Albornoz, los Samanez y Ocampo, para no citar sino aquellos con quienes me he relacionado, no cesan de decir a sus conciudadanos: “Allá está la salvación, el retorno a la prosperidad perdida.”

La desgracia es que al pasar de la teoría a la práctica, estas concepciones han fracasado. Se ha incurrido en el error de querer avanzar demasiado rápido, a la americana, siguiendo el principio según el cual en los países nuevos las vías de comunicación no deben ser consecuencia de la civilización, sino su causa primera. El vapor debe preceder al inmigrante, los centros populosos nacerán como por milagro a lo largo de la vía tendida a través de las soledades. Se procede de esa manera en los Estados Unidos, con un gran éxito hecho para estimular el celo de los imitadores. Quizá se objetará que el principio puede perder su rigor de acuerdo a las latitudes, y que las condiciones climatológicas, geográficas y políticas no son las mismas, tanto es así en la cordillera peruana como en las praderas del Far West. En fin, no habría que perder de vista que el *go ahead* del yanqui es menos el grito de un entusiasta que marcha a la aventura que expresión de una voluntad reflexiva. ¡Adelante!, sea, pero no al azar. Allá las audacias del ingeniero no sirven sino al desarrollo de un plan general y muy estudiado. Aquí nada semejante. La mayoría de estos ferrocarriles, comenzados en diversos puntos del litoral, apenas si han sobrepasado los primeros accidentes del terreno de la cadena costera. Después de un recorrido de quince a veinte leguas, la locomotora se detiene sin aliento en pleno desierto, en el fondo de alguna garganta árida y desolada. Más aún, al construir no se ha tenido en cuenta de modo suficiente la naturaleza del clima y del suelo, y, muy a menudo, la vía apenas inaugurada se hace impracticable. Los taludes sumariamente practicados se desmoronan, los puentes se desploman. A falta de fondos para repararlos, muchas líneas están hoy reducidas al tercio de su longitud primitiva. Es lo que ha sucedido con la de Pacasmayo a la Viña, la misma que debía, en un porvenir más o menos alejado, alcanzar el alto valle de Cajamarca. Otras, como las que unían el puerto de Chimbote con Huaraz y Pacocha con Moquegua, han sido declarados buena presa por los invasores, que se apoderaron del material rodante, desempernaron las rieles, desmontaron los hangares, los puentes metálicos, y remitieron todo a Chile como simples péndulos.

Estos trabajos prematuramente concebidos, esbozados con una prisa febril, han sido tan onerosos para el Perú como las revoluciones y la guerra. Se perdieron sumas formidables. Para enfrentarlas, de 1870 a 1872, la deuda exterior aumentó en proporciones desordenadas. ¡De cuatro millones cien mil libras esterlinas saltó a cuarenta y nueve millones!

La célebre línea del Callao a La Oroya, destinada a servir el valle de Jauja y las minas de plata del Cerro de Pasco, figura en este pasivo con una suma de cuatro millones seiscientos veinticinco mil libras —veintisiete millones de soles—, más de ciento diez millones de francos. A ese precio, no ha sido terminada sino en sus dos tercios, y es explotada solamente en la mitad de su extensión. En la época en que la recorrí, el término era

el caserío de Chicla, a ciento treinta kilómetros de Lima, una veintena de chozas de piedras secas y de tapia entre las rocas caídas. El mineral de Pasco era traído hasta allí en tres o cuatro días, a lomo de mula El convoy no circula sino tres veces por semana, más que suficiente para un tráfico de doscientas a trescientas toneladas. No hay viajeros, o son muy pocos. De trecho en trecho un ingeniero, un minero de rostro curtido, viene a distraer de su aislamiento al personal del tren. ¿Cuántos años habrán de transcurrir antes de que la explotación produzca no diré beneficios sino simplemente con qué pagar el combustible? Se sucederán generaciones sin ver en este prodigioso trabajo otra cosa que una hazaña cumplida. Pero, en este sentido, la línea de La Oroya puede ser justamente admirada como una de las grandes obras del siglo. Es el primer asalto realizado contra las temibles murallas de los Andes. Esta vía férrea[6] que, siguiendo el curso torrentoso del Rimac, serpentea suspendida a varios centenares de metros por encima de los abismos, salva los barrancos por medio de arcos de seiscientos pies de abertura y, perforando la montañas con sesenta y tres túneles, se eleva en menos de cuarenta y cinco leguas del nivel del océano a una altitud igual a la de las más altas cimas de los Alpes, es con seguridad la manifestación más sorprendente del genio americano. Esta obra maestra del ingeniero Meiggs no tiene, hasta ahora, su equivalente en ninguna de las redes de Europa. El Sommering, el Gotardo y el Arlberg no darían más que una débil idea de las dificultades vencidas en esta escalada de la cordillera occidental.

La otra gran línea, la de Bolivia, mucho más larga que la precedente, ha costado sin embargo menos, aunque la suma (4 346 000 libres esterlinas) sea aún respetable. La parte de la cordillera marítima que franquea no presenta casi pendientes tan abruptas. Su punto de partida, muy mal elegido, es

---

[6] He aquí la altitud de los principales puntos de la línea, con sus distancias al Callao en kilómetros:

Distancia al Callao:	14 kilómetros	Lima	Altura	120 metros
	53	Chosica		853
	75	San Bartolomé		1495
	83	Puente de Verrugas		1780
	111	Tambo de Viso		2703
	119	Tamboraque		3000
	128	Puente del Infiernillo		3329
	139	Chicla		3724
	146	Yauliaca		4200
	169	Túnel de la Cima		4568
	193	Yauli		4000
	219	Oroya		3712

uno de los peores fondeaderos de la costa, la rada abierta de Mollendo, sembrada de escollos contra los cuales el mar se lanza con violencia. La vía sigue atrevidas trochas hasta la cresta de la meseta, después se interna por la pampa de Islay, laberinto de dunas movedizas de una blancura de caolín, afectando todas la forma de un arco de círculo cuya convexidad está orientada invariablemente hacia el norte. Este fenómeno, debido a los vientos dominantes en estos parajes, la aridez del suelo agrietado por la acción del calor, los relieves de las montañas que, por el lado sur, se curvan en circos, se abren en hondonadas profundas, el estremecimiento de las ondas luminosas por encima de las rocas y las arenas, dan a este desierto un aspecto muy particular, la extrañeza de un paisaje lunar. Al cabo de treinta leguas, al salir de un desfiladero, aparece bruscamente el valle de Arequipa, el Misti (5 640 metros) con su penacho de humo, su corbata de hielo resplandeciente del cual cuelgan los hilos de plata de las cascadas, la blanca ciudad asentada al pie del volcán, en los árboles, oasis encantados cuyo descubrimiento arrancaba otrora a los soldados del Inca Maita Capac una exclamación de éxtasis y el grito: *"¿Ari quepay!"*, "¿Quedémonos aquí!"

Los ingenieros yanquis han pasado más adelante. Su cinta de hierro clavada en el flanco del Misti se tuerce en espirales y, por pendientes hábilmente acondicionadas, siguiendo un trazo que no ha necesitado ni un solo túnel, alcanza su punto culminante en Crucero Alto, a catorce mil seiscientos pies ingleses por encima del nivel del mar. En un recorrido de cincuenta leguas, es la fría puna, la maleza salpicada con los restos de aludes, ahuecada por cenagales y lagunas de aguas dormidas y negras, sin salida aparente. Ni un árbol, ni un arbusto, ningún ser viviente salvo la perdiz de las nieves, con tropillas de vicuñas que parten a la carrera asustadas y, de trecho en trecho, una larga columna de llamas cargadas de mineral. Marcha el camello de los Andes a razón de un kilómetro por hora, con el cuello tendido, el labio desdeñoso, mirando pasar con desdén al tren semanal casi siempre vacío. Tiene conciencia de su valor.



Llama y su conductor (pampa de Crucero Alto)

Es la competencia triunfante, el vehículo económico. Le tomará casi un mes llevar a la costa su precioso fardo. Pero ¿qué importa? Ningún poder humano podría obligarlo a acelerar el paso. El indio la sigue, paciente y endurecido como ella, igualmente indiferente a las mordeduras del sol y del viento helado. En la alforja que porta sobre el hombro lleva con qué atender a todo, los víveres y los sueños, las tiras de carne seca y la hoja de coca que mastica suspirando su monótono yaraví. Llegada la noche, hombres y animales se dormirán sobre la hierba gris, a la luz de las estrellas.

Esta segunda y última sección llega a la pequeña ciudad de Puno, cuyas casitas de tapia o adobes, acurrucadas al fondo de una caleta, se reflejan en las aguas del lago Titicaca. Dos vapores de procedencia inglesa, el *Yavarí* y el *Yapurá*, traídos aquí pieza por pieza a lomo de mula desde el año 1874, surcan esta capa de agua dulce de una superficie de seiscientas leguas cuadradas barrida casi constantemente por vientos furiosos. El viajero de temperamento impresionable, embarcado en uno de esos vapores liliputienses, puede ofrecerse las emociones combinadas del soroche o mal de montaña y del mareo, a una altitud inferior solo por algunos metros a la del Finsteraarhorn, lo cual no es un pasatiempo banal. La travesía entre Puno y la bahía de Chililaya, en la orilla boliviana, exige de catorce a dieciséis horas, según el tiempo. Después de una noche más o menos agitada, el pasajero que se aventurará, no sin riesgos, sobre el puente cubierto, así como todos los aparejos, por una capa de hielo, verá recompensadas sus fatigas por un espectáculo cuya inconcebible grandiosidad no llegará a ser plenamente expresada por la pluma o el pincel. A dos leguas, a dos pasos se creería, tanto reduce la distancia la transparencia de esa atmósfera rarificada, se despliega el macizo entero de los Andes de Bolivia, del pico de Sorata hasta el Illimani. Hay pocos panoramas comparables a este. No me acuerdo haber experimentado una impresión tan viva ante un paisaje de montañas sino una sola vez, esto es la mañana en que divisé uno de los gigantes del Himalaya, el Kichinjinga, de las alturas de Daarjeeling.

De Chillilaya se llega en tres horas a caballo, o de carricoche, por una llanura ligeramente ondulada, el borde del antiguo cráter a cuyo fondo se ha edificado la capital de la república boliviana. La Paz no aguardará por largo tiempo la vía rápida que debe unirla con el Pacífico. Más allá de Puno, el trazo por la ribera occidental del lago no presenta ningún obstáculo serio. Pero no sería sino una nueva etapa. Llegada a la entrada de uno de los pasos más fáciles de la cadena oriental, la línea será con seguridad, tarde o temprano, llevada más lejos, hacia el sudeste, por Oruro, al encuentro de la red argentina, uno de cuyos ramales alcanza ya la frontera con Bolivia en Puiaca . Quedan por construir a lo más cuatrocientos cincuenta millas para poner en relación directa el litoral del Perú y el Río de la Plata. Esta

línea interoceánica, la más larga quizá de las que atravesarán el continente sudamericano, no franqueará menos de veinticuatro paralelos, del 16º de latitud sur al 36º, y quince grados de longitud. Ella no tomará ninguno de los territorios ocupados por indios salvajes, ningún paso obstruido durante el invierno por las nieves. Conducirá a los mercados de Rosario y de Buenos Aires los innumerables productos de los cálidos valles andinos, traerá a Bolivia millares de migrantes, y abrirá a la industria europea una de las más ricas regiones mineras del globo.

Será entonces que la porción de ese enorme trabajo inaugurado en la tierra peruana dejará de carecer de valor, o, peor que ello, una carga onerosa equivalente a una contribución de guerra.

Seamos justos, sin embargo. Esta miseria general es, en suma, más aparente que real. La situación es grave, no desesperada. Los recursos de una región tan vasta, de la cual apenas si se ha explotado, desde hace tres siglos, la vigésima parte, y de manera muy superficial; su clima variado al infinito, siguiendo los levantamientos y las depresiones de un suelo que, bajo una misma latitud, produce trigo y mandioca, maíz y caña de azúcar, café, cacao, quinina, algodón, sin contar las demás riquezas escondidas por los interminables bosques trasandinos; todo ello hace del Perú una de las regiones más favorecidas, sino la mejor dotada de la zona intertropical. Hasta hoy, lo admito, ha sufrido tanto como aprovechado estas ventajas naturales. Sus desventuras son todas las de todo país que adopta una forma de gobierno para la cual estaba imperfectamente preparado. Es una educación por hacer. No hay que asombrarse de que las jóvenes sociedades tengan, como los niños, sus convulsiones, sus crisis de crecimiento. La inmigración acelerará su desarrollo, utilizará las fuerzas desperdiciadas, apagará los odios, la rivalidades estériles, fundirá las facciones dispersas en una nacionalidad compacta. Algunos años de paz traerán la prosperidad comprometida por las maniobras de los políticos y de los financistas.

VII

Santiago, 10 de mayo de 1886

Malas noticias. La expedición proyectada por los misioneros de Ocopa, y a la cual yo debía unirme, ha sido postergada hasta el año próximo.

Varias de las cartas que me habían llegado de Lima durante mi excursión por la costa me habían hecho prever la posibilidad de una

postergación. Hoy, la información que me transmite el cable es terminante. El despacho llega en el momento en que me disponía, después de una estancia de tres semanas en Chile, a retomar la dirección del norte. ¿Qué partido tomar ahora? El pedazo de papel rosa sobre mi mesa me dicta en tres palabras el consejo quizá más sensato: "No hay misión". Es decir: "Usted se halla en adelante solo. El camino del interior le está cerrado. Renuncie a intentar lo imposible".

Lo imposible… ¿quién sabe? Al desembarcar en Guayaquil, no esperaba otros compañeros de viaje que los indígenas reclutados día a día. El plan que circunstancias puramente accidentales me habían impedido realizar en Ecuador, ¿podría tener éxito en el Perú? Mi posición volvía a ser la que fue tres meses antes, ni mejor ni peor. Partiría, pues.

La verdad me obliga a decir que a pesar de estas buenas razones, tomar una decisión me tomó un cierto tiempo. Las horas pasaron, cayó la noche, mientras que, sentado cerca de mi ventana, sordo a los ruidos de fuera, me abstraía en pensamientos que no todos eran color de rosa. Esta deliberación conmigo mismo, las dudas en el momento de tomar una determinación grave, figuran entre los sufrimientos más agudos a los que está expuesto el viajero. Sin embargo la crisis no es nunca muy seria cuando el espíritu está, desde hace largo tiempo, ocupado en un solo tema. La obstinación, en semejante caso, es una gran fuerza.

A la mañana siguiente, al despertar, ya no pensaba en el enojoso telegrama. Mi resolución estaba tomada, y mi confianza en el futuro era absoluta. Con el fin de poner fin a toda vacilación por medio de un paso irrevocable, me dirigí con el primer tren a Valparaíso, donde justamente calentaba sus motores en la rada el vapor *Serena*, a punto de partir hacia el Callao. Adquirido mi pasaje, me hice conducir inmediatamente a bordo. La nave aparejó esa misma noche.

Y de nuevo, durante diez mortales jornadas, desfilaron las costas cegadoras, las dunas de gres rojo empolvadas de salitre, los desiertos sin oasis, Atacama, Tarapacá; las ciudades extrañas con casas de calamina, cuyos moradores, a los que la esperanza de una rápida fortuna retiene en semejante infierno, se ven obligados, para saciar su sed, a destilar agua del océano; Caldera, Taltal, Antofagasta, Iquique, depósitos donde se acumula el nitrato de sodio destinado a fecundar nuestras agotadas tierras europeas. El vapor se demora delante de cada uno de estos campamentos para desembarcar material, rieles, vagonetas, animales de carga, cajas de conservas, y, sobre todo, animales en pie, que constituyen la mayor parte de la carga. ¡Pobres pasajeros rumiantes! Desde el falso puente, donde he visto hasta seiscientos bueyes apretujados uno contra otro, sube una queja continua, y, a cada balanceo, el ruido de un pisoteo semejante al desfile de

una cabalgata sobre un piso de teatro. Puesta la cabria en movimiento, la cadena se desenrolla y el animal, levantado por medio de un nudo corredizo que pasa bajo los cuernos, da vueltas en el aire, espantado, con los ojos enloquecidos, y va a caer en la chalana amarrada junto al navío.

Nada más enervante que estas escalas lejos de tierra, de más insoportable que este cabotaje. La única distracción es el espectáculo, incomparable en estas latitudes, de los fenómenos luminosos a proximidad de la noche. Es verdad que uno no se cansa de ellos. Nadie permanece indiferente frente a ellos, desde el más humilde hasta el más encumbrado, desde el indio de cabellera trenzada, bajado de los altiplanos de Bolivia, brujo ambulante que explota a las poblaciones costeras con su bolso de mango y su caja de medicinas, hasta el *caballero* de botas lustradas, abogado o general, a veces lo uno y lo otro. Después de la cena, todo el mundo se da cita en la proa. Un sol poniente y un cigarrillo, tal es el postre habitual. El momento hermoso no es aquel en que el sol declina, sino la media hora que sigue a su desaparición. El cielo se quedaba de un amarillo pálido, el mar parecía todo negro. Pero he aquí que, poco a poco, se produce un cambio en el espacio y en el agua. El matiz del firmamento se desplaza hacia el rosa, al encarnado, después al púrpura. Al comienzo no es sino una raya sangrante a ras del horizonte. Esta banda se ensancha poco a poco hasta el cenit; al mismo tiempo el mar, hace un momento ensombrecido, se torna resplandeciente. El incendio del cielo dura algunos minutos, después de los cuales su color pasa gradualmente al oro viejo, al verde pálido, y en fin al azul duro del lapislázuli, mientras que una a una se encienden las constelaciones, y mucho antes que las otras la Cruz del Sur, faro del hemisferio austral.



Las lentitudes del viaje, las horas perdidas en las escalas, la vida contemplativa de a bordo, me permitieron al menos examinar a mi gusto las dificultades de mi posición y estudiar en el mapa el nuevo itinerario que me imponía mi aislamiento. El más directo y el más seguro en todo sentido partía no de Lima, sino de un punto del litoral situado más o menos a doscientas millas al norte, en Salaverry, que sirve de puerto a la ciudad de Trujillo. De allí podía dirigirme por Cajamarca hacia los altiplanos de la provincia de Amazonas y llegar al valle inferior del Huallaga, cerca del pueblo de Yurimaguas, a unas cincuenta millas aguas arriba de la confluencia del río con el Marañón. Más allá continuaría el viaje en canoa,

si no tenía la buena suerte de encontrar una de las chalupas a vapor que, varias veces al año, vienen a comerciar en estos parajes por cuenta de las factorías amazónicas. Quizás incluso me sería posible fletar, en uno de esos establecimientos, una embarcación, con cuya ayuda efectuaría un reconocimiento hasta la confluencia con el Pastaza. Yo no quería, en efecto, renunciar a toda esperanza de explorar, al menos en una cierta porción de su curso, a ese gran tributario del Marañón, cuyas fuentes había divisado en las alturas ecuatorianas, al pie del volcán Tunguragua. Si las circunstancias me eran al menos en parte favorables, me bastarían cuarenta días para llegar a la vertiente oriental de los Andes. Pero como convenía dar un margen a lo imprevisto, más valía apresurarme a fin de efectuar la travesía de los bosques orientales antes de la época de las grandes lluvias. Lo esencial era, pues, no detenerme en Lima sino solamente el tiempo necesario para completar mis preparativos.

Mi inesperado retorno causó una viva sorpresa a mis amigos, que discutieron largamente sobre el posible desenlace de mi tentativa. La mayoría no ocultó sus inquietudes. Los menos pesimistas me presionaban para que aún reflexionara antes de embarcarme en una aventura que podía tener éxito, pero un éxito comprado al precio de muchas penalidades. Se me expusieron sin rodeos y con la más afectuosa insistencia las dificultades de un viaje sin otra compañía que la de los indígenas contratados al azar de los encuentros, siempre desconfiados, rara vez fieles; la triste condición del europeo aislado de esa manera durante meses, su angustia de no sentir cerca a un solo amigo, a ningún hombre de su raza con quien deliberar en las horas difíciles.

Pero a falta de asentimiento general, me confirmé en mi resolución gracias al hombre cuya experiencia y consejos tenían, a mis ojos, el mayor precio, esto es el eminente naturalista y geógrafo Antonio Raimondi, quien ha consagrado más de treinta años a la exploración de los Andes peruanos. Según decía en esas regiones poco pobladas una persona sola, paciente y resuelta, tenía a menudo más posibilidades de abrirse camino que una expedición en regla, recargada con un material pesado. El viajero solitario tiene pocas necesidades, se acostumbra pronto, de grado o fuerza, al tipo de vida muy simplificado de sus guías indios. No despierta desconfianza y obtiene de mejor manera, en los villorrios perdidos, víveres, porteadores, animales de carga. Lo que aconteció me ha probado hasta qué punto esa observación era correcta. No podría expresar aquí suficiente gratitud al ilustre explorador por sus opiniones, dictadas por un conocimiento íntimo del país y del pueblo. Me han ayudado a superar los obstáculos más serios, y más de una vez su recuerdo fue mi salvaguarda en una ocasión crítica, en la que un paso, una palabra imprudente, habrían podido serme fatales.

No podría olvidar el buen proceder del gobierno peruano, y, en particular, del Ministro del Interior, señor del Solar, quien me proporcionó cartas oficiales en las que me recomendaba en términos calurosos a todas las autoridades de la república.

Conviene sin embargo no equivocarse sobre el real alcance de semejantes documentos. Apenas si se extiende más allá de las ciudades del litoral en comunicación regular con el poder central, y de las primeras poblaciones de la sierra. Fuera de este restringido radio de acción, no hay que contar sino con uno mismo y con el concurso de poblaciones virtualmente independientes, cuyos gobernadores de piel cobriza, así como sus administrados, escapan a todo control y no se guían sino por lo que les place.

Entre estas pruebas de simpatía, la que me dio el señor Encargado de Negocios del Brasil me conmovió por su misma espontaneidad. Informado de mi próxima partida, el señor de Lacerda me remitió una carta invitando a los compatriotas que encontrase en mi camino a prestarme ayuda y protección. Este documento, revestido con el sello de la Legación, podía serme de gran ayuda en los establecimientos escalonados a lo largo del Amazonas brasileño.

Sin insistir en el equipo que necesita un viaje emprendido en estas anormales condiciones, no resulta superfluo decir algunas palabras al respecto. A menudo he lamentado, por mi parte, el silencio que mantiene a este respecto la mayoría de los narradores. La cuestión, prosaica en apariencia, es susceptible de interesar a quienquiera que, a punto de ponerse en marcha, buscaría en el libro una información práctica.

A aquellos a los que mi ejemplo decidiría a visitar estas regiones —naturalistas, geólogos o simples buscadores de nuevas emociones— les diré que procedan, en la elección de su equipamiento, sobre todo por la vía de la eliminación. Lo difícil no es precisamente saber qué es lo que hay que procurarse, sino saber resignarse a dejar detrás una buena cantidad de objetos considerados indispensables. El bagaje completo, incluido el material para acampar, los instrumentos, las armas y municiones, deberá ser rigurosamente reducido en peso y en volumen, y no exceder, bajo ningún pretexto, la carga muy ligera de dos mulas o de cinco hombres. La selección es laboriosa. Pero a riesgo de crueles sacrificios es necesario reservar lugar para una pacotilla de artículos variados, tales como pequeñas hachas, cuchillos, tijeras, agujas, espejos, rosarios, chalinas de colores vivos. Entre los indios, mucho más que en otras partes, los pequeños regalos mantienen la amistad. En muchos casos estas bagatelas serán la única moneda corriente. El dinero pierde rápidamente su valor a medida que uno se aleja de la costa, y conviene, por lo demás, no llevarlo sino bajo la forma de piezas de un real (más o menos cuarenta céntimos). A menudo será difícil operar con fracciones más altas.

Independientemente del revólver, el arma que, en mi opinión, prestará los mejores servicios es el fusil de caza, calibre 12, provisto de un cañón liso y de un cañón con canaladuras, si se tiene cuidado, sobre todo, de no recurrir sino al cartucho de envoltura metálica, el único a prueba de la humedad. La necesidad de reducir al mínimo el peso del equipaje exigirá que se limiten las municiones a trescientos cincuenta o cuatrocientas cargas. La experiencia me ha demostrado que esta cantidad podía bastar para un período de seis a ocho meses, no apartándose —¿tengo necesidad de decirlo?— de la más severa economía. Dada la naturaleza del terreno, el arma responderá mejor que toda otra a su doble finalidad: la caza y la defensa. No dudo en darle la preferencia, en estos parajes, a la carabina Winchester. Un gran alcance es una ventaja ilusoria, pues la exuberancia de la vegetación restringe, las más de las veces, el campo de observación a un radio de algunos metros.

Esta verdad es sobre todo sensible durante la marcha a través de los bosques que cubren las vertientes orientales de la cordillera. Se caminará durante varios días sin entrever un pedazo de cielo. Ello equivale a decir que el viajero ya no deberá esperar determinar su posición por medio del sextante. El instrumento le servirá poco fuera de los altiplanos, suponiendo que haya llegado a ellos indemne, y no haya sido quebrantado o haya sufrido factura en los choques ocasionados por las frecuentes caídas de los animales y de los cargadores. Es fácil solucionar ello y dirigirse con ayuda de puntos de referencia conocidos, tomados en la línea divisoria de los Andes, y, al este, en los ríos. De esa manera se puede trazar un itinerario casi exacto con la brújula. La más manejable, y de lejos la más resistente, es la más simple de todas las brújulas de declinación, conocida bajo el nombre de brújula de agrimensor.

Los demás objetos de uso corriente serán: 1º un termómetro; 2º un barómetro de mercurio; 3º un aneroide. Este, es verdad, no se recomienda por la precisión, sobre todo con los bruscos cambios de nivel que se suceden en una misma etapa. Resulta, en cambio, más sólido, y dará, a falta de algo mejor, indicaciones aproximativas. Otro aparato, igualmente portátil lo reemplazará con ventaja. Me refiero al hipsómetro que, como todos saben, sirve para determinar la temperatura en que el agua entra en ebullición. Como esta varía según la presión atmosférica, si se ha tenido el cuidado de anotar el grado de ebullición en un punto dado, se podrá saber más tarde la presión correspondiente y, como consecuencia, la altitud exacta de este punto, consultando para ello las tablas de Regnault.

Una tienda de campaña no es útil sino en las altiplanicies superiores de la cordillera, tanto en regiones desiertas como en los villorrios, donde las plagas de insectos, siempre abundantes, dejan un picante recuerdo de

la hospitalidad india. En los bosques de la vertiente amazónica el abrigo más usado y más cómodo será el tambo, es decir la cabaña improvisada con ayuda de cuatro postes y una cierta cantidad de palmas.

En previsión de las temperaturas a veces muy bajas a las que se está expuesto en la primera mitad del trayecto de la costa a las tierras cálidas, en la imposibilidad de cargar con todo un guardarropa apropiado para todos los climas, lo mejor es llevar un saco largo de piel de oveja, de un uso constante en los Andes de Bolivia y de Chile. La lana que tiene por dentro defiende del frío más riguroso. He podido dormir a la intemperie, forrado de esa manera, con temperaturas de diez o doce grados bajo cero.

Un artículo no menos esencial es el mosquitero. Deberá ser, de preferencia, de tela ligera. La gasa, que no ofrece la suficiente resistencia, podrá ser empleada, no obstante, en la confección de envolturas destinadas a proteger el rostro, durante el día, de los *piums*, insectos tan crueles como el mosquito nocturno, y cuya presencia hace casi inhabitables ciertas riberas de los ríos trasandinos.

VIII

El 31 de mayo de 1886, a las siete de la noche, en la rada del Callao. Ha llegado el momento de la partida.

Todos mis bultos están allí, etiquetados, numerados, protegidos por una doble envoltura de tela encauchada. Heme aquí una vez más, por unas horas, en el puente de un barco a vapor. El azar quiere que sea precisamente un viejo conocido, el mismo *Bolivia* en el cual me embarqué, hace cuatro meses, en Panamá.

Varios de nuestros compatriotas, agregados de la Legación o comerciantes, habían querido acompañarme hasta el buque. No fue sin emoción que me despedí de aquellos que me habían testimoniado tantas simpatías durante mis dos estancias en Lima, y a los que tal vez no volvería a ver. Ha sonado la campana, invitando a quienes no parten a apurar los adioses y a dejar la nave. Hay que separarse. Un último apretón de manos intercambiado al pie de la escala, y, una a una, las pequeñas embarcaciones se separan, dirigiéndose a tierra. Durante algunos minutos sus cascos blancos, por encima de los cuales se agitan los pañuelos, se distinguen nítidamente en el crepúsculo. Después, todo desaparece. No se ven ya sobre el horizonte sino las luces del puerto y las otras, lejanas, de la capital, brillando al pie de las colinas.

En la semana que había precedido a mi partida habían venido muchos individuos para presentarse ante mí como intérpretes o domésticos. No

había día en que no viese llegar a uno o dos, a menudo más. Una tarde hubo ante mi puerta cinco, esperando gravemente su turno. Estos candidatos pertenecían a nacionalidades diversas, unos originarios de América Central y de Colombia, otros del Perú; los había procedentes de la cordillera boliviana o de Chile. Gente de recursos, por lo demás, sucesivamente mineros, arrieros, conductores de ganado, buscadores de plantas. Habían recolectado oro y plata, nitrato, quinina, vainilla. La mayoría de ellos no invocaba otra recomendación que su buena figura, la experiencia adquirida en veinte oficios y el deseo de correr de nuevo las aventuras. Decliné todos estos ofrecimientos de servicio. Estaba completamente resuelto a no contratar, en una ciudad de la costa, a un personal cuyos antecedentes ignoraba, y que podía convertirse más tarde en un problema, si no en un peligro. Lo mejor era contar con indígenas reclutados de etapa en etapa.

No quería, sin embargo, partir sin un amigo, y me puse en busca de un perro. El que me trajeron a último momento era una suerte de mastín muy feo, y que respondía al nombre de *León*, a pesar de que no tenía en su apariencia nada de ese felino. Pero a falta de garbo y raza, el animal poseía al menos un vigor poco común y el ardor de la juventud. ¿Qué más exigir? Lo tomé, pues, conmigo, a pesar de los reparos de quienes me rodeaban. Todos, en efecto, eran unánimes en predecir que mi protegido no iría lejos. Si, por imposible que pareciera, resistía a las fatigas del viaje a través de las sierras, con seguridad perecería entre los colmillos de una fiera. entre las garras de un ave de presa, o por la mordedura de una serpiente. El futuro desmintió tales pronóstico. León cumplió su tarea más allá de mis esperanzas. El pobre animal me fue de gran ayuda, y, en una circunstancia de las más graves, no debí mi salvación sino a su vigilancia. Es más de lo que se necesita para disculparme si hago aquí justicia a mi fiel compañero, el primero quizá de su especie que haya atravesado el continente de parte a parte. Después de mil vicisitudes, ha llegado sano y salvo a Francia, donde ahora descansa sobre sus laureles.

Se va del Callao a Salaverry en poco menos de treinta horas. El vapor no hace escala más que una vez, en la desembocadura del río Santa, en la bahía de Chimbote, aún desierta. Una decena de hangares y de cabañas esparcidos por la playa son lo único que dan prueba de la presencia del hombre. Y, sin embargo, esta admirable rada es uno de los mejores puertos naturales de toda la costa del Pacífico, donde los abrigos son tan raros.

No podría decirse lo mismo del fondeadero de Salaverry. Allí, el embarque y el desembarque, contrariados por un formidable oleaje, se realizan en una rada abierta a los vientos y olas de alta mar. Unos esquifes extraños van y vienen entre la ribera y el navío anclado a tres millas de tierra. Son pesadas chalanas maniobradas con remos, pero con más

frecuencia balsas con un mástil y una vela inmensa, análogas a las *jangadas* del Brasil, o incluso el aparejo primitivo del indígena, esto es algunas tablas soportadas por odres hechos con piel de lobos marinos. El transbordo del cargamento se efectúa por medio de la cabria a vapor. Cuando le toco el turno al pasajero, este se instala en una cesta de mimbre que se alza con ayuda de una cadena, y feliz si una maniobra demasiado precipitada o un golpe de oleaje que aparta la embarcación no le da lugar a un baño más o menos prolongado.

La nave, fondeada desde el amanecer, no debía partir antes de medianoche. Por eso acepté la invitación del comandante para quedarme a bordo hasta después del oscurecer. Nada me obligaba a ir a tierra. En el momento de abandonar definitivamente mi casa flotante, sentía afecto por este barco que, en adelante, representaba para mí el mundo civilizado, la familia, los amigos lejanos, por este mar que por tanto tiempo había mecido mis sueños. Cuando llegó la hora del *lunch*, no pude impedir una reflexión ridícula: ¿cuántos meses habrían de transcurrir antes de que tuviese nuevamente ocasión de sentarme, en compañía de europeos, en torno a una mesa correctamente puesta? ¿Cuándo volvería a ver cristales, un mantel blanco y esa golosina que sólo aquellos que se han visto privados de ella pueden precisar su valor, esto es el pan?

Al terminar la comida, el capitán, señor Simmons, se levantó y me expresó en términos calurosos sus mejores deseos por el éxito de mi viaje:

– Señoras y señores —añadió el excelente hombre—, les he de pedir tengan a bien brindar por la salud del viajero francés aquí presente con un vino de Francia.– Y el champaña circuló.

Dos horas más tarde el *Bolivia* acababa de embarcar los sacos de azúcar procedentes de las haciendas del valle de Chicama. El última chalana retornaba a la costa. La cesta fue colgada en la cadena de la cabria, que me levantó en medio de los adioses, de los hurras, de los *God bless you¡* de los marinos y de los pasajeros. Me hallaba ya lejos pero aún me llegaban sus voces por encima del ruido del oleaje, los silbatos de los contramaestres y el canto cadencioso de mis remeros, inclinados sobre sus largos remos. Repetían un estribillo popular en la costa, el lamento de los marineros que van a doblar el cabo de Hornos:

¡Salimos de Lima
Para ir al Pará…! [7]

[7] En español en el original. [N. del T.]

La canción es triste. Habla de los adioses, de las largas esperas, del misterio de los horizontes nublados, de la amenazante hinchazón de las olas.

Por mi parte, yo también me iba a Pará, pero a través de montes y valles, por los bosques murmurantes como el océano, ríos semejantes a mares.

La barca encalló en el lodo justo en el momento en que una gran ola reventaba sobre nosotros. Dos barqueros semidesnudos me levantaron sobre sus hombros, y mojado, chorreando agua, me llevaron corriendo a la orilla. Depositado sobre la arena, donde me hundí hasta las pantorrillas, me quedé allí algunos minutos, inmóvil, con los ojos fijos en el Pacífico. Ahora el océano se veía desierto. El *Bolivia,* huyendo a todo vapor, acababa de desaparecer. No quedaba sino un poco de humo como una línea en lo vasto del mar.

Marzo - mayo de 1886



SEGUNDA PARTE

La sierra

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA COSTA A CAJAMARCA

I. Trujillo.- Las ruinas de Chimú.- La Huaca del Sol.- II. Ascope.- Sausal.- Pampas.- El valle de Chicama.- III. La Sierra.- Cascas.- El presbítero y el *padre*.- IV. Contumazá.- Fiesta patronal.- Un torneo.- V. El tambo de Moyopata.- Leyenda de la quena.- *El Cumbre*.- Extraviados.- La mula "Espina".

I

Una docena de hangares de madera y de fierro, instalados en la base de una montaña de arena, un campamento en pleno desierto, he allí Salaverry, el principal puerto del departamento de la Libertad. Un pequeña vía férrea de trece kilómetros lo une con la capital, Trujillo.

Esta capital de provincia, uno de los primeros puestos fundados en la costa por Pizarro, quien le dio el nombre de su ciudad natal, ocupa en la árida llanura un perímetro considerable. Sus murallas de ladrillo bastante bien conservadas, sus anchas calles, sus campanarios, sus casas pintadas, le dan un aspecto imponente. Esa aparición, en semejante lugar, sorprende y desconcierta. ¿Quién se habría imaginado que en esta ribera quemada, detrás de esas dunas,

se disimulaba tan sonriente lugar de residencia? El conquistador puso allí las bases de una ciudad monumental, pero ella ha permanecido tal como la dejó su fundador. No faltan sino los habitantes. Uno se siente tentado a preguntarse, al ingresar en ella, si la guerra, las epidemias o alguna otra plaga destructora han causado este lamentable vacío.

En este recinto viven de seis a ocho mil almas, y fácilmente podría contener una población diez veces más numerosa. En las avenidas trazadas a cordel apenas si se perfila contra los muros encalados, de tanto en tanto, la silueta de un poncho sobre el cual se halla un sombrero de paja de anchas alas. Ningún ruido, si no es la campana de un convento, el paso lento de una mula de carga o el piafar de un caballo que evoluciona sobre los bloques mal trabajados que hacen de calzada. Una plaza inmensa, a la que la soledad da una apariencia más vasta aún, ocupa el centro de la ciudad. Allí se levantan el palacio de la prefectura, una catedral carente de estilo, muy decrépita, y un cuartel delante del cual se pasean militares de figura bastante pobre. Todo ello es de una tranquilidad de claustro, pero en absoluto triste, a causa del color claro de los edificios y de la luz resplandeciente.

La única fonda de Trujillo, el *Hotel Italia*, es propiedad, como indica su nombre, de un italiano. Las paredes de su patio están ilustradas por un gran fresco, obra de un artista desconocido, que representa, con los colores más chillones, ciertos episodios de las guerras de Italia, Rívoli y Marengo, con un Bonaparte extraordinario, al cual la fantasía del pintor le infligió una gran nariz borbónica. El servicio de la casa ha sido confiado a un chico de unos doce años, cuyas funciones equivalen a una sinecura. Se supone que el viajero debe proceder él mismo al transporte de sus bultos, al barrido de su habitación. No se sirve nada de comer en la posada, pero esta omisión ha sido subsanada por un hijo del Celeste Imperio, el cual regenta, a cien metros de allí, en la gran plaza, la *Fonda y Café de los Mosqueteros*. No he encontrado en ella a ningún mosquetero, pero sí, en cambio, una selección de guisos cosmopolitas apropiadamente preparados, lo cual compensa muchas cosas.

Presenté mis cartas de recomendación a varios notables. Se me invitó, de acuerdo a la hora, o bien té o bien *azucaradas,* no sin prevenirme antes que la casa, y todo lo que ella contenía, estaban a mi entera disposición, lo cual no dejaría de dar a la bebida más insípida un agradable sabor. Pero en todas partes las informaciones sobre la región han sido lo que yo esperaba, es decir absolutamente vagas y contradictorias. La guerra civil que ha seguido a la guerra exterior acentúa la universal despreocupación. A nadie parece importarle lo que acontece en su propia provincia, más allá del sitio donde habita.

En la oficina del prefecto la acogida no fue menos cordial. Se haría todo, en la medida de lo posible, para asegurar el feliz inicio de mi viaje.

Para este efecto él prevendría, sin ningún retardo, al gobernador de Ascope, pueblo situado a unas doce leguas de Trujillo, a la entrada del valle de Chicama, donde el mulero sustituye al ferrocarril. Se dispuso que el gobernador me procurase, sin tardanza, buenas mulas para subir al primer escalón de la cordillera, esto es la meseta de Cajamarca. Además, el telégrafo del estado se hallaba por completo a mi servicio. En fin, el subprefecto (aquí el prefecto, en su sede, es asistido, no sé por qué, por un subprefecto, el cual se ve duplicado a su vez por un secretario) tendría el placer de acompañarme en una excursión por los alrededores de Trujillo, desde hace mucho tiempo conocidos por los amantes de las antigüedades peruanas.

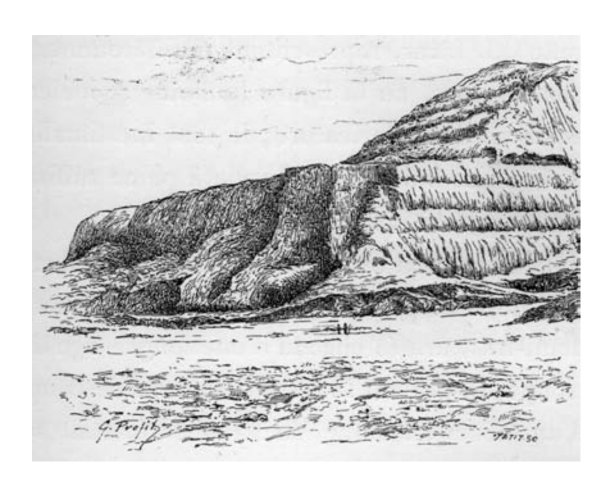
Me deshice en agradecimientos por esas atenciones muy sinceras, si bien no todas tuvieron efecto. Las mejores intenciones del mundo resultan muy a menudo estériles. Resultó que la línea telegráfica que yo tenía intención usar, la de Ascope, estaba interrumpida. En cuanto a suponer que la sola carta prefectural determinaría la organización de mi pequeña caravana, y que al bajar del tren encontraría esperándome mulas y arrieros, habría sido de mi parte pura ingenuidad. Yo consideraba que lo más seguro era ir, lo más pronto, a ocuparme yo mismo y reanimar, con mi presencia, el celo de la autoridad local.

No tuve, en cambio, sino que felicitarme por la gran oficiosidad del subprefecto, quien gustosamente se ofreció a servirme de guía a través de las colosales ruinas de Chimú y de Moche. Estas ciudades muertas, muchas veces descritas, están situadas a una hora al norte y al sudeste de Trujillo. Son por mucho los más importantes vestigios de las poblaciones que otrora ocupaban el litoral y fueron sometidas por los incas bajados de las alturas, un siglo antes de la llegada de los españoles. Estas construcciones son notables porque difieren absolutamente de las muestras de arquitectura ciclópea que se admiran en la sierra, en el Cuzco, en Huánuco o en Cajamarca. No busque usted esas hiladas formadas por enormes bloques, que hacen pensar en los imperecederos monumentos del antiguo Egipto. El habitante de la costa, al poner los cimientos de sus palacios y de sus templos, escogía los materiales más apropiados para el clima de una región donde se desconoce la lluvia. ¿Para qué tallar con gran costo y transportar las rocas, siendo así que el suelo compacto y duro ofrecía *in situ* los elementos del adobe, secado al aire libre…? Un puñado de tierra, un poco de agua, un rayo de sol, con ello el constructor chimú construía para siglos.

La ciudad, incluso en su estado actual, da la impresión de una capital suntuosa. La regularidad del plano, la ornamentación delicada y las proporciones de los edificios, en fin los vestigios del refinado sistema de canales y de esclusas que utilizaba, a diferentes niveles, las aguas del

pequeño río Moche, atestiguan, en la raza difunta, un grado de civilización muy avanzado. El palacio más vasto no debía ocupar una extensión inferior a cuatro hectáreas. Es un laberinto de terrazas superpuestas, de corredores, de grandes habitaciones a las cuales dan estrechas celdas, cuyas paredes están cubiertas por pinturas de colorido muy vivo. La sala principal no mide menos de treinta metros por quince. Los muros se hallan revestidos, hasta la altura de un hombre, por una espesa capa de estuco, en la que el capricho del artista ha ejecutado en relieve arabescos ingeniosamente complicados. El conjunto, a pesar de los deterioros causados por los sismos y la pala de los huaqueros, es de una majestad a la que el abandono y el silencio tornan más impresionante.

Independientemente de los palacios, cuyos restos permiten apreciar su lujo y grandeza, otros monumentos, de estructura más maciza y de más vastas dimensiones, se levantan en el interior y alrededor de la ciudad. La mayoría de ellos tiene la forma de pirámides cuadrangulares truncas, y no son sino inmensas necrópolis, o huacas. Una de ellas, la Huaca del Sol, cuya elevada silueta se destaca con fuerza contra las suaves ondulaciones de la llanura, se halla a una distancia de más de dos leguas hacia el sudeste. Se la ve de muy lejos. Sus contornos geométricos y su aislamiento hacen de esta montaña artificial, de una altura de ciento veinte metros, y de una longitud de trescientos por sesenta de anchura en la base, un punto de referencia fácilmente reconocible para los marinos. Este mausoleo, de más de un cuarto de legua de perímetro, contiene una multitud de galerías a las que no se llega sino rampando, y que están llenas de osamentas.



Huaca del Sol. Lado sur

Por lo demás, toda la zona, a tres leguas a la redonda, no es más que un gigantesco osario, un caos de tumbas profanadas en nombre de la ciencia y de la especulación. Incluso se ha constituido una sociedad de naturales del lugar con el fin de buscar los tesoros enterrados por los antiguos señores del territorio. Sus esperanzas se fundan en un precedente famoso. A fines del siglo pasado, las excavaciones pusieron a luz un considerable tesoro, si nos atenemos a un documento conservado en los archivos de Trujillo. Se trata nada menos que de la nota detallada de los

derechos percibidos por el fisco con ocasión de dicho hallazgo, por cuenta del diezmo real. Se habrían elevado, según estos papeles, a cincuenta y dos mil piastras. Pero no se ha vuelto a producir un hecho semejante. Se han exhumado centenares de momias, envueltas en curiosos tejidos de color, y adornos de plumas, collares y diademas, utensilios y figurillas de oro o de plata, casi siempre muy ligeros y trabajados en bulto. Añádase a ello hachas, cuchillos, puntas de flechas, manceras de bronce, y una amplia colección de ceramios, de una fabricación análoga a la de los incas, que representan, indiferentemente, frutos, pájaros, cuadrúpedos o la figura humana modelada, a veces, con un sentimiento muy vivo de la caricatura; un conjunto inestimable a ojos del arqueólogo, pero de un valor comercial apenas suficiente para cubrir los gastos de esta explotación sepulcral.

Durante una excursión de tres días a los alrededores de Trujillo, no dejé de tomar parte en la obra devastadora. Una decena de peones medio desnudos, armados de una larga vara de hierro, precedía a nuestro pequeño grupo, inspeccionando el terreno. Cuando la sonda revelaba la presencia de un antiguo foso, la banda se abatía sobre la arena, que excavaba con las manos con una actividad de buitres que exploran un osario. Nada iguala el entusiasmo de nuestra escolta al dedicarse a este extraño trabajo, el regocijado ardor con el que estos hijos de una misma tierra le disputaban los despojos de los ancestros. Una hora o dos de enérgicas excavaciones, en medio de una tempestad de gritos, de una nube de polvo acre, y perturbamos en su último asilo a un pobre indio al que rodeaban unas escudillas pintadas, jarras de doble gollete y copas llenas de maíz, cuya presencia junto al difunto hace pensar involuntariamente en el trigo fecundo que aún se recoge de las momias de los faraones, imagen del alma inmanente, símbolo de resurrección.

A menudo me he sentido impresionado por la particular posición de los cadáveres en la mayoría de las necrópolis peruanas, en la costa y en las alturas. No están, como nuestros muertos, acostados en toda su longitud, en el abandono del sueño eterno. En cuclillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los codos apoyados en las rodillas, no tienen la apariencia de dormir, sino de meditar y esperar.

En gran número de sepulturas, cuya humildad excluye toda idea de medidas preservadoras para con los cuerpos, no es raro descubrir, en lugar de esqueletos, cuerpos casi intactos. Las carnes poseen la dureza de la madera: las telas retiradas de la arena son de una trama tan resistente, de un colorido tan fresco, que parecen salidas del obrador. La extrema sequedad, unida a la acción de sustancias minerales y de sales de las que el suelo está saturado, ha suplido los artificios del embalsamiento.

Los millares de cráneos que pueblan esta árida tierra rodaban bajo los cascos de nuestros caballos con un ruido de guijarros de playa. En este

Perú de una melancolía tan penetrante, no conozco nada tan triste como los escombros del pasado, los huecos abiertos de las sepulturas sometidas al pillaje, el aspecto de estos restos calcinados por el sol, salpicando con manchas blancas el ocre de las playas. La intensidad de la impresión se acrecienta con todo el misterio que pesa sobre estas generaciones difuntas. Ellas no nos entregan en la decoración de los edificios, en los dibujos de los tejidos y los adornos, en las pinturas de su cerámica, nada de su historia, nada de su alma. En vano se las interroga. Ni un epitafio, ni un grito de dolor o de orgullo, ninguna personalidad afirmándose a través de los siglos en los jeroglíficos de un sarcófago. Nos enfrentamos a caracteres desconocidos cuyas leyes ningún Champollion ha descifrado hasta hoy. Las ruinas peruanas recuerdan el rincón desolado del cementerio, la fosa común, la tumba sin nombre.

II

– A su disposición, señor. A todo lo que usted mande… Pero, vea usted, ¡qué mala suerte…! En este momento no tenemos bestias de silla ni de carga.

– De veras que es un fastidio.

– Desesperante, señor. Desde que la Prefectura me ha avisado de la venida de Su Señoría, hace tres días, ¡Dios sabe si he perdido una hora para obedecer a las instrucciones de su Su Excelencia! ¡Pero cómo!

– Su Excelencia —insinué yo— se ha olvidado tal vez de decirle que el arriero que me ayude será pagado por su trabajo.

– ¿Cómo voy a dudar de ello, señor? Pero no se encuentran ni hombres ni mulas. ¿Qué vamos a hacer?

La conversación tenía lugar en una casa de planchas y de calamina, delante del mostrador de uno de esos emporios de las ciudades de frontera, receptáculos de variadas mercancías, donde se despacha, indiferentemente, telas de algodón, petróleo, aguardiente, correas de arneses, perfumería, rosarios, medallas con la efigie de los santos del terruño, y el retrato del presidente de la república. Mi interlocutor era el gobernador de Ascope, que acumulaba las labores del negocio con la distracción de las funciones públicas. Su embarazo era visible, su buena voluntad manifiesta. Pero todos sus esfuerzos en mi favor desembocaban fatalmente en la constatación de este hecho brutal: la absoluta falta de bestias de carga en la localidad. ¡Ni una mula, ni un caballo!

– ¿Qué es entonces lo que veo galopar allá, en el polvo?

– Asnos, señor, simples asnos… ¡Dios sabe cuántos bultos tengo en espera! Más de cincuenta cargas con destino a Contumazá y Cajamarca.

Las gentes de la sierra no han bajado desde hace dos semanas por temor a la enfermedad. ¡Qué problema!

Varias aldeas del litoral, incluyendo Ascope, estaban asoladas en efecto, en esta época, por una violenta epidemia de viruela. Entre la numerosa gente que, amontonada ante la tienda, seguía atentamente nuestro coloquio, al menos un tercio de los espectadores exhibía en todas las partes visibles de su cuerpo —y eran numerosas— cicatrices significativas. Por ello la perspectiva de una estancia en medio de esta población contaminada no tenía nada de seductora.

– Y bien —repliqué—, no importa: haré venir mulas de Trujillo.

El gobernador se contento con responder, con una sonrisa indefinible:

– Señor, en la sierra,

Bestia de llanada

¡vale nada![1]

– Entonces, ¿qué decisión tomar?

– Esperemos hasta mañana. Tal vez a la mañana Dios dará[2].

Con tal de que tenga en sus venas una gota de sangre castellana, un hombre no se da nunca por vencido. En último caso, saldrá del paso con un proverbio.

Pero esta manera de concluir estaba lejos de satisfacerme. A falta de animales de carga, una media docena de cargadores podía transportar fácilmente todo mi equipaje, y yo iría lo más rápido a la hacienda más cercana, Sausal, sede de una importante explotación azucarera. Estaba seguro de encontrar allí no solamente una buena acogida, sino también los recursos que los esfuerzos combinados de toda la jerarquía administrativa no podían procurarme sino en un lejano futuro.

¡Sausal! La palabra produjo en el funcionario en apuros un efecto mágico. Era tan simple. ¿Cómo no había pensado en ello? El asunto iba a ser rápidamente arreglado, ya que el administrador de la hacienda se encontraba precisamente en el pueblo.

Unos minutos más tarde, yo presentaba mis respetos y mi solicitud al señor don Godofredo Bregante, un limeño de unos treinta años, de alta estatura, con una fisonomía fina y amable. Al punto expidió a su peón encargándole traer dos mulas y un caballo. Al oír esta orden, dada con tanta simplicidad, como si se tratase de un diligencia insignificante, me imaginé que la hacienda estaba a tiro de fusil. El trayecto, ida y vuelta, representaba

[1] En español en el original. [N. del T.]

[2] En español en el original. [N. del T.]

en realidad cerca de cuarenta kilómetros. El peón no debía regresar sino a la noche cerrada, y ya entrada la noche monté en la cabalgadura. Después de una cena muy larga en un bodegón con tabiques de esteras regentada por un chino, me despedí en fin del gobernador de Ascope y del hacendado de Sausal. Sus asuntos lo convocaban al día siguiente a Trujillo, pero no quiso hacerme esperar.

– ¡Qué importa! —exclamó riendo—. Parta usted sin mí. Si el dueño está ausente, la casa está abierta para usted: yo lo alcanzaré pronto. Por lo demás, mi hermano está allá en la hacienda, y lo recibirá a usted como si fuera yo mismo. Hasta mañana, pues, y que Dios lo conserve.

Henos aquí en el campo, el peón y yo, arreando a las mulas de carga. Las bestias son ardorosas, el terreno es parejo, la noche límpida, y partimos a buen paso. Fue de esa manera que, a medianoche, doy la espalda al océano Pacífico y comienzo mi primera etapa a través del continente, dirigiéndome, a esta hora inapropiada, a instalarme con armas y bagajes en casa de un señor al que no conozco.

Es raro cuando se viaja ver a cosas y seres reproducir, de manera más o menos fiel, los esbozos en el aire con los que la imaginación se complace, tan raro que conviene anotar el momento preciso en que el ideal y lo real coinciden. Y bien, la región cara a la novela de aventuras, poblada por gentes de aire orgulloso, con espuelas de plata en las botas; donde galopan caballos negros con las crines encrespadas, las mulas con sus adornos; donde las haciendas muestran el pórtico de una entrada en la noche azul, por encima de campos de caña y de macizos de rosas; este paisaje de fantasía existe. Helo allí, extendiéndose ante mí, en el claro de luna, semejante a un sueño feliz que rápidamente se esquiva y que ya no se podrá volver a aprehender.

Era cerca de las dos cuando desmontamos ante la escalinata de Sausal, después de haber subido al galope una colina bastante abrupta, cuya base era bañada por un arroyo. No pida el lector los detalles del camino: son confusos, como lo son las perspectivas huidizas de los montes y valles en el claroscuro de las primeras horas de una noche de verano. Todo lo que sé, es que, corriendo siempre, habíamos sobrepasado una primera plantación, San Antonio, un grupo de casas adormecidas donde los perros aullaban en medio de carretas de ruedas macizas, desenganchadas, con las manceras al aire apuntando hacia las estrellas; luego un pequeño bosque cuyas ramas nos azotaron el rostro, y donde hubo necesidad de vadear un curso de agua misterioso que se escapaba de una bóveda de hojas, a nuestra izquierda, para volverse a perder inmediatamente bajo la maleza, a nuestra derecha.

La silenciosa habitación parecía esperar a su dueño. Por una ventana abierta de par en par se percibía una vasta sala alumbrada por una lámpara

colocada sobre un velador. El peón se fue a despertar al hermano de mi anfitrión. Mi llegada, a semejante hora, le pareció la cosa más natural del mundo. Con una amable y sorprendente disposición, este señor, incomodado así en su sueño, me hizo los honores de la casa, declarándome muy bienvenido y conversando con un tono vivaz, con el puro en los labios, como si hubiesen sido las tres de la tarde, mientras que un chino nos traía café hirviente y una pirámide de pastelillos. Pronto era yo llevado a un cuarto alto como una iglesia, en la que apenas si distinguía las oscuras vigas que sostenían la terraza de arcilla apisonada que sirve de techumbre; y yo pensaba que la antigua hospitalidad castellana exaltada por unos, discutida por otros, no es por cierto una palabra vana.

Mi esperanza no fue decepcionada. Los excelente hacendados de Sausal me testimoniaron una solicitud tanto más preciosa por cuanto no se traducía solamente en bellas promesas. Dos días después, desde el alba, dos robustos animales de carga, bajo la guardia de un peón sentada en la alta silla de montar, esperaban ante el peristilo. En el otro extremo del corral, dos palafreneros acababan de ajustar mis efectos de ensillar, mis alforjas y mis armas sobre el lomo de una mula de gran talla, de cabeza fina, de pelaje brillante, fogosa como un caballo andaluz. Estos animales no me eran alquilados, sino graciosamente ofrecidos, ellos y su conductor, con la amable oficiosidad de un castellano que pone su coche a disposición del visitante. Es bueno enfatizar que la distancia de Sausal a Cajamarca es de unas cuarenta leguas[3], o sea, en los dos sentidos, un paseo de más o menos cuatrocientos kilómetros, en una región más accidentada que los Alpes de Saboya.

Mis huéspedes llevaron su amabilidad hasta querer acompañarme durante una etapa. No me dejaron sino en la hacienda de Jaguey, último lugar poblado del valle. No sé lo que me reserva el porvenir, las frustraciones, las angustias, los peligros que me pueden esperar del otro lado de estos montes, cuyas primeras escarpaduras se levantan allá en el cielo enrojecido por el amanecer. En el momento de penetrar en el laberinto de las sierras, se lanza involuntariamente una mirada hacia atrás, no sin preguntarse si le será posible a uno atravesar el inmenso continente, respirar una vez más la brisa salada en las playas del otro océano, a más de dos mil leguas de allí. La

---

[3] Se trata aquí de la legua española, que es de 20 000 pies de Burgos (6 666 varas 2/3, o 5 555 metros).

En el Perú, como en Ecuador, el término es de los más elásticos. Se trata menos de una medida de longitud que de tiempo. En general la legua representa la distancia recorrida en una hora, al paso. En la llanura y sobre un suelo duro, donde la mula y el caballo llamado de paso alcanzan, a su pleno andar (paso lleno) la velocidad del trote ordinario, esta distancia será de 10 000 metros. En las montañas se reducirá, las más de las veces, a 3 000 e incluso 2 000 metros.

hora es propicia para los pensamientos graves, y no me atrevería a pretender que me sustraía a este sentimiento de inquietud. Mi partida, me era forzoso reconocerlo, se efectuaba en condiciones más bien precarias. No debía esperar éxito sino a partir de la experiencia adquirida, de la práctica sumaria de la lengua quechua estudiada durante una prolongada permanencia en la costa, y sobre todo de mucha paciencia. Sin embargo, jamás expedición azarosa comenzó de manera más alegre. Nada tan encantador como este valle de Chicama, floreciente oasis que testimonia lo que puede el trabajo inteligente y tenaz, inspirado por el ejemplo de los antiguos dueños de la tierra. Quince haciendas de primer orden se escalonan en una distancia de unas diez leguas. El pequeño río que da su nombre a la zona, captado hasta la última gota, de acuerdo al modo de riego del que el campesino inca dejó el más ingenioso modelo, basta para fecundar los campos de arroz, de caña de azúcar, de algodón. La vid escala las pendientes: no hay una pulgada de tierra que no haya sido removida por el arado o la azada. Difícilmente se encontrará, en toda la costa, un grupo de explotaciones tan prósperas, dirigidas con tanto método y disponiendo de un material tan perfeccionado. Vale señalarse la tentativa. Ella es de buen augurio para la recuperación de un país reputado otrora de ser el más rico del globo, y sobre el cual los recientes desastres han arrojado un descrédito quizás exagerado.

Más allá de Sausal, el horizonte se estrecha. Las montañas, desnudas desde la base hasta la cima, de un rojo de ladrillo, como si aún estuvieran calientes por el polvo volcánico que las hizo surgir, contrastan vigorosamente con el fondo del valle donde las plantas de caña ondulan en apretadas ondas de un verde resplandeciente, al que rompen, aquí y allá, islotes boscosos de sauces, sicomoros y otros árboles de Europa mezclados con las esencias del trópico.

Hacia las once hicimos alto, no porque estuviésemos en el término de nuestro trayecto, sino porque, en una región amiga, ¿para qué apresurarse? A nuestra derecha, en la cumbre de un montículo, aparecía la hacienda de Pampas, coronada de rosas y de vid salvaje. Pies a tierra y almorcemos. El dueño está en el campo. El único ocupante de la gran pieza embaldosada, a la vez vestíbulo y sala de recepción, es un pequeño sacerdote flacucho, vivaz y jovial. Es el que sirve al valle, de regreso de una gira por su parroquia. Espera el frescor de las primeras horas de la noche para regresar a Ascope. De acuerdo con la costumbre del clero peruano, al menos en el campo, no viste el hábito eclesiástico. Con botas, espuelas, el aire afable, los ojos vivos, los labios sombreados por un fino mostacho, su exterior es el de un audaz jinete y de un buen compañero. El hacendado, don Pedro Laja, llegó poco después, e intercambiados los cumplidos de rigor, nos sentamos a la mesa.

No olvidaré jamás la manera con que este hombre, de una extrema distinción de maneras y de palabra, nos hizo los honores de su morada. Me sorprendió tanto más por cuanto yo sabía que se hallaba bajo el golpe de una catástrofe muy reciente. Unas semanas antes, la explosión de una de las calderas de la destilería había dado muerte a sus tres hijos. Su mujer, al quererlos salvar, sufrió graves quemaduras. Él mismo aún portaba el brazo vendado. Sin embargo, encontraba medio para poner una máscara a su dolor, de ser afable y atento, de tener para cada uno una palabra amable. En un pueblo de alta prosapia, no son raros semejantes rasgos, cualidades de raza que atestiguan su noble origen. En otras partes, el dolor se oculta, toma la forma de un egoísmo hosco; las convenciones prohiben turbar, salvo para una breve visita de condolencia, a una familia en duelo. Aquí, nada de puertas cerradas. A toda hora del día, hoy como ayer, la casa sonriente y florida permanece abierta para el viajero, para el huésped desconocido que trae la Providencia. No es un importuno: que entre sin temor. Como el rayo de sol después de la tempestad, es bienvenido bajo el techo allí donde la muerte ha pasado.

No obstante, la naturaleza retoma sus derechos. Mientras que, acabado el almuerzo, recorríamos el jardín, después de haberme obsequiado naranjas y cidras diciendo: "Tome, tome usted, pues ya no los tendrá en la sierra, y tendrá calor, tendrá sed", nuestro huésped, bruscamente, como para aliviarse de la presión por largo tiempo reprimida, se puso a hablar del accidente. Con una voz sorda, con frases entrecortadas, cuenta cómo sucedió la desgracia:

– ¡Una fatalidad! Jamás los niños se acercaban a las máquinas. No los dejábamos nunca. Los perdimos de vista por unos minutos una sola vez… ese día, … ¡y entonces…! Eran las seis. La campana iba a marcar el fin del trabajo cuando, de pronto, oigo la explosión… ¿Dónde están los niños? Corremos… el vapor nos envuelve. Mi mujer no quería salir. Hubo que arrancarla, con los pequeños… dos muertos por el golpe, el otro mutilado… murió al cerrar la noche. ¡Los tres! Al decirlo, un largo sollozo lo sacude de la cabeza a los pies, mientras que sus amigos tratan de reconfortarlo, lo rodean y lo abrazan, a la moda española, murmurando:

– ¡Vamos, don Pedro! ¡Vamos!

Nos despedimos, llevando con nosotros al cura. Como el buen padre tenía pensado ir por Ascope, mis compañeros insistieron con razón en que diese la espalda a su presbiterio y regresase hacia las montañas. Nada apuraba: proseguiría su viaje al día siguiente. El curita se deja convencer después de una corta resistencia; por la forma, pero a lo largo de todo el camino se divierte en simular las astucias de un prisionero listo a huir, y, complaciéndose en este juego despliega todas sus habilidades ecuestres.

Hace girar a su caballo, salta los fosos, los setos, se escapa a través de los campos, lo cual da lugar a cargas dispersas y a una caza en regla en persecución del fugitivo. Después de lo cual la víctima, rodeada, vuele a ocupar dócilmente su lugar en el grupo, riendo a carcajadas.

Un poco antes de la puesta del sol, llegamos a la hacienda de Jaguey. Allí mi escolta, después de refrescarse largamente, me dejó para volver a sus hogares, adonde, según todo indicaba, no llegarían antes de una hora muy avanzada de la noche.

III

La explotación de Jaguey es la última y la más alta del territorio de Chicama. La caña de azúcar cede allí el lugar a la vid, que produce un lindo vino color ópalo.

El propietario, cuyas maneras no hubieran sido más cordiales si se hubiese tratado de recibir a un compatriota, es un alemán, Luis Albrecht. Su iniciativa ha contribuido poderosamente al desarrollo industrial y agrícola del valle. Después de comprar varias propiedades, hasta entonces poco o mal mantenidas, casi improductivas, ha renovado sucesivamente su utillaje, los procedimientos de cultivo, y su colonia está ahora entre los establecimientos europeos más importantes del litoral.

La casa, de construcción reciente, apenas acabada, se levanta sobre una especie de terraza natural, en la base de una roca abrupta, en el punto de encuentro de dos valles. Uno, al este, da nacimiento al pequeño río de Chicama; el otro, semejante al lecho de un antiguo río seco, se abre al noreste. Es por este que me encaminé, al día siguiente, con mi peón y mis mulas, en adelante librado a mí mismo, y pronto a todos los encuentros, con el revólver al costado, el fusil a través de la silla, como conviene en un país que apenas sale de la guerra civil, donde las bandas armadas están siempre dispuestas a consolarse de los ocios de la paz por medio del bandidaje. Precauciones superfluas, parecía. Hombres y animales de caza faltaban igualmente. Ningún ser viviente, salvo las inofensivas tórtolas que alzaban vuelo entre los matorrales de lentiscos y de adelfas. El sol golpeaba a plomo, alumbrando los repliegues más estrechos de las barrancas. Los cantos rodados, la arena, las pendientes agrietadas de los montes, todo ardía. Era el desierto, sin una sombra protectora, sin un brote de manantial.

Este vallecillo muerto no tiene sino una salida, por el lado sur. En su extremo superior, en los primeros peldaños de un enorme circo de montañas, cerca de un ínfimo arroyo que corre entre las rocas despeñadas y va a perderse, no lejos de allí, en la arena roja, están como asidas las cabañas de Cascas, el primero de los tres villorrios escalonados en el sendero

a Cajamarca. Se entra en él incluso antes de haberlo visto, por lo mucho que sus construcciones de tierra gris, cubiertas de paja, se confunden con el suelo.

El pensamiento dominante del viajero, al entrar en un caserío de la sierra, debe ser el de descubrir la iglesia, que, al mismo tiempo, le revelará el emplazamiento del presbiterio. Es allí donde tendrá la seguridad de encontrar la hospitalidad más abierta, la única autoridad cuya intervención puede ser eficaz, y, para sus animales, el único espacio cercado que sea respetado por los bandoleros. El Dios de Cascas apenas si está mejor alojado que sus humildes adoradores. Su capilla, de tapia y de paja, hace



Una iglesia en la sierra

pensar menos en los pórticos de Sión que en el establo de Belén. En cambio la morada de su ministro recordaría más bien el campamento de los hijos de Abraham que el retiro de un Padre de la Iglesia. Sentada en el umbral de la puerta, con un bebe colgado de su seno, una mujer, con los cabellos casi blancos, la expresión grave, los rasgos marchitos como sucede con la mayor parte de las indias que han sobrepasado los veinte años, presidía los retozos de una media docena de muchachos que correteaban en el polvo, jugando con el puerco y las gallinas.

– El padre —me dijo la buena mujer— está ausente, en gira de confesión, pero estará de vuelta a la noche. Entre nomás, caballero. La casa es suya. ¡Rosa! ¡Conchita! ¡José! ¡Vamos, rápido, traigan agua, alfalfa fresca! ¡Y ustedes tomen unas escobas y limpien el cuarto para el señor!

Y vi surgir de una puerta baja las cabezas con los pelos hirsutos de José, de Concepción y de Rosa, que acudían a ayudar al peón a descargar,

quitar los arneses y trabar a las mulas, mientras que los miembros más jóvenes de la familia levantaban, con unas ramas secas, nubes de polvo en la pieza donde yo iba a pasar la noche.

Mientras tanto unos pasos de caballos resonaron en la aldea, llamados y traspiés, un ruido de fierros que rozaban la roca, y apareció el padre, escoltado por un muchacho de buena apariencia, uno de sus hijos, según todo indicaba, pues ambos jinetes se parecían extraordinariamente. El cura de Cascas era un hombre bajito de unos sesenta años, alegre, vivaz, con una voz delgada de flautín, de lo más amable y conversador. Apenas hubo, ayudado por su compañera, remediado el desorden de su arreglo, nos sentamos a la mesa, al fresco, bajo el porche, y durante la frugal comida regada de chicha obtuve fácilmente detalles complementarios sobre los moradores de la casa. Hecha la cuenta, la gente joven de la casa ascendía a once cabezas, pero supe que los dos mayores, casados desde hacía un año, habían dejado el villorrio, lo cual subía el total a trece. Espero que no se quedará allá, y que ese ingrato número será superado pronto. Acabado el yantar, y como la noche caía, no sé quién, Rosa o Concha, se colgó de la cuerda de la campana, y en el salvaje valle, ya abismado en la oscuridad, sonó lentamente el Angelus. Desde cada cabaña una sombra humana salía titubeante, grotesca, deslizándose con dificultad entre los setos de plantas gruesas, los bloques de piedra, los muros derrumbados, en dirección a la capilla adonde mi huésped se había ido a elevar aprisa la plegaria del anochecer, rodeado por sus descalzos feligreses.

Uno se equivocaría extrañamente —¿tengo necesidad de decirlo?— si se viese, en mis observaciones relacionadas con el clero peruano, otra cosa que apreciaciones sinceras. Lejos de mí la intención de poner en ridículo a hombres que no hacen, en suma, sino actuar a la moda de su país, siguiendo una costumbre sancionada por el tiempo, si bien no por las leyes eclesiásticas. La broma, por ser demasiado fácil, sería aquí poco generosa. Además de razones de delicadeza, el reconocimiento que se debe a quien me hospedó me impedirían erigirme en su juez y censor. No se podría, sin embargo, llevar el escrúpulo hasta silenciar semejantes rasgos de costumbres, y fingir ignorar lo que salta a los ojos. Sin duda, si no se tratara más que de un caso aislado, sería pueril insistir. Pero esta especie de familias sacerdotales comprende demasiados casos para ser tratada como excepción. Hablando francamente, constituyen más bien la regla, el modo de existencia adoptado, al menos en las parroquias del interior. En la costa, en las ciudades, se cuidará al menos en parte las apariencias. La dama casi no se mostrará en público al lado de su señor y amo; no se sentará a la mesa, y se hará alusión a ella en términos vagos, tales como el ama de casa, la mujer encargada, el ama de llaves, de acuerdo a la enérgica perífrasis española para designar a la gobernanta. Asimismo los hijos, cuyo parloteo llena la casa, serán inva-

riablemente los sobrinos o sobrinas, y tendrán cuidado en no llamar al jefe de familia de otro modo que “mi tío”.

En la sierra, estos eufemismos no se usan. La ama de casa es simplemente la “señora”, camina con la cabeza en alto y preside las comidas con una dignidad de esposa. Su posición se hace aún más clara, y la consideración de que goza indiscutible, en los caseríos escondidos entre los repliegues profundos de la cordillera central. Para estas poblaciones de fe candorosa, cuyo seudo-cristianismo está fuertemente impregnado de reminiscencias paganas, la compañera del padre toma en préstamo de él un poco de su carácter sagrado, de su autoridad espiritual y temporal. Sin duda, no administrará los sacramentos, pero en ausencia del capellán será a ella que acudirán los angustiados y los enfermos a solicitar consejo y remedio. A falta de oficiante, será ella quien recite las plegarias en la iglesia, a entera satisfacción de los fieles. Su omnipotencia reducirá a menudo al titular de la autoridad secular, curaca o teniente gobernador, al papel más secundario. El buen hombre será uno de los primeros en hacerse a un lado ante tan alta personalidad, cuya influencia, conviene reconocer, es de buen grado conciliadora y benéfica. Nada tan extraño como estos testimonios de una veneración casi religiosa tributados a veces a una pobre india a la que los ancianos del lugar han podido ver, antes de su actual grandeza, semidesnuda, ocupada en preparar el cocido de papas y yuca ante la cabaña paterna.

Cuando se habla, de una manera general, del clero hispanoamericano, la palabra no me parece caracterizar la anormal situación de estos sacerdotes que no tienen sus similares en Europa. Podría suscitar, en el espíritu de quienes no han estudiado de cerca las condiciones de la vida social entre los habitantes de la región andina, la idea de un semblante de jerarquía, de la cual, en realidad, no hay ni huellas. Quien dice clero dice corporación sujeta a una disciplina particular, dócil a las leyes de la Iglesia y a la voz de sus jefes. Aquí, nada parecido. No quiero como prueba de ello sino los infructuosos esfuerzos de los obispos para reaccionar contra monstruosos abusos y obligar a los capellanes de su diócesis al tipo de vida en vigor entre los sacerdotes del viejo mundo. No es que su celo se alarme sobre todo ante el escándalo causado por estos desórdenes. Lo infausto es precisamente que el extremo relajamiento de las costumbres en aquellos mismos que tienen por misión moralizar a las masas, no provoca ninguna sorpresa. El mal se mantiene en estado endémico; nadie se escandaliza por ello. A los ojos de estas poblaciones, cuyo cristianismo heteróclito se halla fuertemente matizado de supersticiones tomadas al paganismo más grosero, el carácter sacro del culpable borra o santifica el pecado. De allí la facilidad con la cual hombres que no tenían de sacerdotes sino el nombre, han podido reírse de las reformas intentadas por sus superiores, mantener intacta su influencia,

a despecho de las fulminaciones episcopales, gracias a la complicidad abierta o tácita de los fieles. En muchas ocasiones los feligreses, irritados por las triquiñuelas de las que era víctima su pastor, han tomado partido por él, a mano armada, y obligado al prelado a un retroceso humillante.

Es justo reconocer que tales escaramuzas no se reproducen todos los días. Si el padre es rara vez un santo, no se podría concluir por ello que toda su vida se la pasa en saturnales. ¡Cuántas veces, durante un viaje de varios meses, me ha sido dado observar con toda tranquilidad a estos singulares jefes de parroquia! El resultado de ello ha sido en mí la convicción de que muchos de ellos no podrían ser acusados de libertinaje, en el sentido exacto de la palabra. Alguno de esos hogares en apariencia casi no difería de lo que se encuentra en la mayor parte de los interiores rústicos: dos seres ligados entre sí, menos por el sentimiento que por el hábito, las preocupaciones compartidas, los males sufridos en común, el largo acostumbramiento de los años. Si, fortificados por la impunidad, conscientes de su poder, han hecho a veces mal uso del mismo, si no permanecen insensibles a los pequeños beneficios que obtienen gracias a la ciega credulidad de sus ovejas, hay que agradecerles que no sean peores. Depositarios de la única autoridad que no tiene adversarios, les sería fácil erigirse en déspotas cínicos y ávidos. Y, sin embargo, su tren de vida es por lo general bien modesto. Los más opulentos son aún pobres, la humilde aristocracia de un pueblo pastor.

En cuanto a decidir si el actual estado de cosas puede ser modificado de arriba a abajo; si hubiera urgencia o peligro de intentar reaccionar contra prácticas inveteradas; si conviene o no aceptar el hecho consumado, de combatir o de reglamentar la costumbre, todo ello concierne a gentes más competentes que yo, que no soy pontífice ni tengo posibilidad de serlo alguna vez. No estoy calificado para absolver, menos aún para condenar, siendo así, sobre todo, que el cielo parece haber bendecido a su servidor concediéndole una descendencia capaz de poner celoso a un patriarca.

IV

En Cascas se deja el departamento de La Libertad para entrar en el de Cajamarca. Es allí donde comienza, en realidad, la ascensión de la primera cadena de las cordilleras.

Dicho sea de paso, y para no volver a ello, el sistema andino se subdivide en cuatro secciones absolutamente diferentes: 1º la sierra, que corre a lo largo de la costa [sic], región árida, calcinada, donde no se ve vegetación sino en los repliegues de algunos valles estrechos o quebradas; 2º la puna, región de las mesetas y de los pastizales; 3º la cordillera

propiamente dicha, que comprende el macizo central y las cumbres de nieves eternas; 4º la montaña. Esta palabra no designa, como podría creerse, un territorio particularmente montañoso, sino las pendientes de la vertiente oriental cubiertas de bosques vírgenes y, por extensión, las soledades amazónicas. Esta división ha sido adoptada para toda la extensión de la cadena, en Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. No deja de ser aplicada sino a partir de Chile. En estas bajas latitudes, la cordillera, reducida a su mínimo espesor, constituye una zona de aspecto uniforme, muralla abrupta durante el verano, muralla infranqueable de hielos durante el invierno.

Al salir del villorrio, en dirección noreste, se sube, a la sombra de una floresta semitropical, por un corredor extremadamente abrupto. Después de innumerables zigzags, el sendero va a dar en la cresta, luego desciente por pendientes herbosas, cortadas por derrumbes y derrames de lodo arcilloso. El horizonte se despliega inmenso hacia el este, tumultuoso como un mar agitado. A medida que se aproximaba la noche, unos jirones de vapores azules venían a colgarse en las crestas, como chales de gasa transparente que dibujaban el contorno de los valles. Pronto algunos vestigios de cultivos, de parcelas de alfalfa y de maíz, revelaban la cercanía de Contumazá, raquítico poblado elevado al rango de subprefectura.

Caí en medio de una fiesta. El calendario peruano es tan rico en celebraciones, que es bastante raro que la llegada de usted a un caserío no coincida con regocijos públicos. La plaza había sido transformada en una arena, donde se daba el simulacro de una corrida de toros.

Si yo no hubiera sabido todo lo que puede contener una cabaña de diez pies cuadrados, y en qué medida el amontonamiento en un espacio reducido, eminentemente propicio a la crianza de las plagas de insectos, actúa en favor del indígena, jamás habría esperado encontrar tan numerosa compañía. El número de los actores apenas si era inferior a doscientos, y la concurrencia de componía de más de cuatro mil personas de toda edad y de todo matiz de piel, desde el blanco de crema hasta el color bronce. Toda ella se apretujaba en las galerías de madera carcomida que adornan cada fachada. Aún ahora me pregunto cómo esas viejas piezas de carpintería, ninguna de las cuales, según todo mostraba, había sido reemplazada desde la lejana época de su ensamblaje, no se desplomaba bajo el peso de esos racimos humanos. A cada minuto esperaba una catástrofe. Pero no, nada cedía, y las evoluciones de la corrida seguían. No había, desde luego, ni torero de profesión ni sangre derramada. Todo se limitaba a fintas, a competencias de velocidad, a vueltas atrevidas en torno a un animal de humor poco combativo. Los jinetes que precedían a estos ejercicios, con ocasión de los cuales todos los animales en buen estado —caballos, mulas y jumentos— habían sido objeto de requisición, estaban adornados con sus

galas más nuevas, y portaban el poncho plegado sobre el hombro izquierdo, desenvolviéndose casi hasta el suelo según la moda andaluza. No podría decir con qué destreza maniobraban sus cabalgaduras; la decisión, la prontitud, la gracia de sus movimientos en nada afectados, según parecía, se mostraba, por las desigualdades de un terreno al que no se habían tomado la molestia de nivelar para la ocasión. Después de cada figura, los jinetes desfilaban bajo las galerías, y el más hábil recibía el premio de manos de una linda joven; poca cosa, las más de las veces una flor hincada en una cidra o en una naranja, pero el vencedor se iba rojo de contento, tan orgulloso como un hidalgo recibiendo la orden de la Toisón de Oro. Y la pose del joven detenido ante el balcón, con la cabeza descubierta, erguido sobre los estribos, así como el gesto y la sonrisa de la doncella inclinada hacia él, habrían llenado de alegría a un pintor.

Una vez más, el principal atractivo del viaje en esta parte de los Andes, comprendida entre el Pacífico y las altas mesetas, es de dar, no solamente al espíritu, sino también a los ojos, la impresión muy nítida del pasado. La naturaleza es áspera, el paisaje de una tonalidad neutra, las depresiones, los relieves del suelo, de una monótona y desesperante grandiosidad. En cambio, cada una de estas pequeñas ciudades, de estos caseríos separados por distancias enormes, sin otro vínculo con el resto del mundo que los senderos escabrosos, apenas trazados bordeando los abismos, ha conservado en su aislamiento el espíritu, las costumbres, las creencias, y hasta los giros de lenguaje de los abuelos. Es la restitución de una época lejana, de un estado social cuyo verdadero carácter tenemos dificultad de distinguir bajo el polvo de los documentos históricos. Si es menester, en nuestros días, penetrar en el corazón del Asia para estudiar en vivo el funcionamiento del régimen feudal, es quizás en el nuevo continente, en las antiguas posesiones de la corona de España, donde se encontrará bajo su aspecto más exacto, un rincón de la Europa de hace trescientos años. La escena a la cual yo asistía era de las que antaño se realizaban en más de un burgo perdido de nuestras provincias, en los días de fiesta: galantes pasos de armas y competencias de habilidad, santificando el aparato religioso la diversión profana; la iglesia adornada con guirnaldas asociando la voz de sus campanas al clamor regocijado de las multitudes; el sacerdote y el gobernador lado a lado, y, como una sombra en el cuadro, las horribles muestras de la humanidad enferma, toda la tribu de los disformes: los cojos, los ciegos paseando sorprendentes harapos, implorando, con un ritmo lamentoso, al santo patrono de la ciudad.

El subprefecto era, de todos, el que más se movía. Montaba una hacanca blanca y portaba, bajo el poncho flotante, una levita de corte administrativo. ¿Para qué aparentar modestia? Más vale admitir de inmediato que mi llegada causó sensación y que fui muy rodeado. Después

de siete horas de cabalgata, no me hubiese disgustado poner pie en tierra, pero ni pensar en ello, y, mezclado con el grupo de los notables, debí permanecer sobre la montura hasta cerrada la noche. Las autoridades insistían incluso en que honrase las fiestas con mi presencia hasta el fin. Hoy tenía lugar la corrida de los jóvenes, mañana la de los hombres casados, pasado mañana la de los niños. Para resistir a tales peticiones había que tener un corazón de piedra. Lo tuve. Si no hay una buena fiesta sin su día siguiente, en cambio las impresiones más rápidas son a menudo las mejores, y temí echar a perder esta prolongándola durante dos veces durante veinticuatro horas. Solo hubiera deseado, con el fin de no abusar de la gentileza de los hacendados de Sausal, poder despedir a su peón y a sus mulas y procurarme otros para continuar mi ruta a Cajamarca. Pero en estos días de alegría, la negociación no tenía ninguna probabilidad de éxito. No me quedada sino seguir adelante.



Mendigo delante de la iglesia (Contumazá)

V

La distancia entre Contumazá y Cajamarca puede ser calculada en un poco más de cien kilómetros por una región casi desierta. No se encuentra, en ese largo recorrido, sino un solo caserío, la Magdalena, y el tambo de Moyopata donde yo tenía intención de pasar la noche. La palabra tambo, tomada al idioma quechua, designa una simple choza de ramas o de tapia. El albergue, muy rudimentario, se halla por lo general deshabitado. A veces, no obstante, sirve de refugio a los vaqueros que conducen su ganado a la costa, o a alguna familia india, que reside allí durante el tiempo de sembrar o de cosechar en las inmediaciones una parcela de papas o de maíz.

La etapa fue muy ruda. El sendero, que ora se hundía hasta el fondo de las gargantas, ora escalaba las crestas, atraviesa una triple cadena. Partidos de Contumazá muy de mañana, había caminado durante diez horas antes de llegar al extremo de la meseta que domina el valle de la Magdalena, cuya bruma del anochecer comenzaba a velar las hondonadas. Frente a

nosotros se alzaba la última muralla por escalar para alcanzar la meseta de Cajamarca. Los innumerables zigzags del sendero rayaban la pared oscura y parecían subir hasta el infinito, hasta las estrellas. Una corriente de aire fresco descendía con el crepúsculo. Cuando íbamos a desmontar, una manada de tarucas, ciervos de las sierras, saltó de un pliegue del terreno, olfateó la brisa y se detuvo un minuto a través del camino, a veinte pasos de nosotros, sin parecer inquietarse por nuestra presencia. Las sombras, a decir verdad, habrían hecho poco temible un disparo de fusil. Pero no creo que, incluso a plena luz del día, hubiera intentado abatir uno de esos lindos animales tan poco desconfiados.

El tambo estaba ocupado por unos diez individuos que estaban acabando de cenar, acurrucados en torno a un fuego que ya se extinguía, en medio de un humo opaco. El menú, de los más simples, se componía de mazorcas de maíz hervidas, acompañadas por una mala porción de papas fría y ligeramente fermentada.

El albergue no tenía nada de atractivo, y levanté mi tienda a respetuosa distancia. La oscuridad no es propia a este tipo de trabajo, y la carpa fue instalada un poco de soslayo. Pero estaba mejor cerrada, y, sin discusión era más confortable que la mejor habitación a veinte leguas a la redonda. Una vez tomado el café, en el momento en que me introducía para pasar la noche en mi saco de piel de oveja, tuve la sorpresa de una serenata. El sonido ronco de una flauta campestre dominaba el ruido del viento, el aullar de los perros y el pisar de las mulas entrabadas. Mis vecinos alegraban su velada con las variaciones de la quena.

Es la flauta india. Tallada en una caña, es abierta en sus dos extremos, con cinco agujeros en su parte superior y un sexto al costado. Se necesita una larga práctica y una paciencia a toda prueba para quien pretende sacar una nota de semejante instrumento, si bien es difícil pedirle otra cosa que una melopea en modo menor y lánguidos semitonos. Por lo general sirve para acompañar los quejosos yaravíes, melodías populares de un corte original e ingenuo, que datan de una época muy anterior a la conquista española.

Sin embargo, si se presta crédito a la tradición, la quena sería de origen mucho más moderno, pues tiene su leyenda, que cada cual, grande o pequeño, del Ecuador a Chile, está en condición de contar con ligeras variantes. Relata los trágicos amores de un cholo y de una hija de España. Sus nombres, el lugar del drama, son otros tantos detalles que los narradores descuidan. No son afirmativos sino sobre un punto, a saber que ello sucedió pocos años después de la conquista, que el joven era de buena figura, la jovencita cabal, y que se amaban perdidamente. Pero los infortunados no habían contado con el prejuicio de raza. Este, a decir verdad, no ha sido nunca muy vivo en el Perú, al menos en los comienzos de la conquista

española, a juzgar por los numerosos matrimonios regulares contraídos entre europeos e indias, uniones que el gobierno de la metrópoli estimulaba con todo su poder. Tenemos la prueba de ello en las deliberaciones del Consejo de Indias, y en una ordenanza de Felipe II exhortando a los virreyes a que favorecieran la fusión de los dos pueblos. Sin embargo, a pesar de estas instrucciones, que demostraban, hay que reconocerlo, un sentimiento muy claro de las necesidades coloniales, no faltaban las familias, nobles o no, resueltas a no prestarse nunca a lo que consideraban una disminución de estatus. Tal era el caso, parece, en lo que concierne a los padres de nuestra heroína, y la implacable decisión fue comunicada al suspirante.

A los amantes desesperados se les ofrecen bastantes refugios. Hay dos, muy en favor en el teatro y en la novela: la muerte y el claustro. Nuestro hombre no escogió la muerte.

Transcurrieron varios años. Un día, en no sé qué capilla de Lima, de Arequipa o del Cuzco, un joven sacerdote celebraba el santo sacrificio. Cuando se retornó hacia los fieles diciendo “El Señor sea con vosotros”, una mirada encuentra la suya, el fuego de dos pupilas bien conocidas. Una mujer está allí, arrodillada en la iglesia, a medias escondida bajo los anchos pliegues de la manta. Entonces el desdichado vacila, extraviado, a la vista de aquella a la que creía desterrada para siempre de su memoria. Apenas si puede acabar el oficio comenzado:

¡Es a Dios a quien imploro,
Pero es a ella que veo!

Me parece que estoy contando el libreto de *La Favorita*.

El azar reunía a los que había separada la tiranía de los hombres. Pero ¿hay voto tan solemne al que la pasión no se imponga? La pareja enloquecida huyó a las sierras

¡… en otra patria,
va a esconder tu felicidad!

Se trata, cada vez más, de *La Favorita*, cuarto acto. Solo que aquí hubo un quinto, que relato a los aficionados a los desenlaces macabros.

Al abrigo de un tambo desierto, los dos amantes disfrutaban de una felicidad apenas ensombrecida por el remordimiento. Pero el destino no estaba desarmado. El aire de las altas cimas, la ruda vida india, no convenían a una frágil hija de la ciudad. La flor de los valles se marchita y muere bajo el viento glacial de las sierras. Una noche, el *querido*, horrorizado, recogía en un beso el último suspiro de su amiga, y no quedó en la choza de paja sino un miserable loco arrodillado junto a un cadáver. Se despertó, en fin, de su enajenamiento, tomó entre sus brazos a la difunta, la llevó a algunos

pasos de su refugio, sobre la piedra donde ambos acostumbraban sentarse al caer la noche. Hecho ello, perdido en una contemplación atroz, quiso mirar, día por día, hora por hora, la lenta descomposición del cuerpo. Durante esa horrible velada improvisó un canto, extraña contraparte del Cántico de los Cánticos, cada una de cuyas estrofas hablaba de la desaparición de los encantos de la difunta, la horrible metamorfosis de cada una de sus gracias, operada por la disolución de la carne y los asaltos de las aves de presa, del cóndor de cuello desnudo, del gran buitre *alcomari* de alas blancas y negras, que habían acudido desde el fondo del horizonte.

Cuando el cadáver despedazado se convirtió en un esqueleto, él desprendió y dio forma groseramente a uno de los huesos, al que un parecido ha hecho llamar la *tibia* latina. Después, una vez confiados los restos a la tierra, él se fue, errante, evocando en el instrumento la sombra de la bienamada, en la noche temblorosa y límpida. Los sonidos eran tan desgarradores que los indígenas de las cercanías, tomándolos por las lamentaciones de las almas muertas sin bautizo, huyeron de esa región visitada por los aparecidos. Esa fúnebre lamentación es conocida en el Perú con el nombre de *Manchaypuito,* "el canto que causa temor".

Los tocadores de quena ejecutan dúos que no carecen de interés para quien sabe percibir en ellos, traducida en un pobre instrumento, la nativa melancolía del indio. Uno de los músicos da el tema, el otro el acompañamiento. Extraña es la impresión que produce esta rústica sinfonía, cuando se la escucha de noche en las alturas. La luz del día no le conviene. Es la melopea de la noche, del misterio y de la soledad.

Al séptimo día después de mi partida de Trujillo, el crepúsculo me sorprendió en un abra que dominaba el alto valle de Cajamarca. Había alcanzado la línea divisoria de las aguas, la cumbre de la gran muralla que parece defender el interior del continente, la solemne región de los bosques y de los ríos, contra la ávida curiosidad del pionero europeo. Apenas si me separaban veinticinco leguas, a vuelo de pájaro, del Pacífico, y ya el hilo de agua que se escapaba del suelo esponjoso, entre los magros haces de hierba, corría hacia el este, en dirección del Amazonas y del Atlántico. El sitio se llama *El Cumbre,* y casi no sé de otros tan profundamente lúgubres. El paso está erizado de agujas y de bloques de formas extrañas, monolitos gigantes, erupciones de pórfido y de traquita frecuentes en los collados elevados de las cordilleras, y que en el crepúsculo parecen desmesuradamente ampliados, otros tantos monumentos célticos, menhires, dólmenes, alamedas de piedra de Carnac prolongadas hasta el infinito.

La rápida caída del día aumentaba la tristeza del sitio. Mientras tanto toda huella de sendero había desaparecido. Franqueado el desfiladero, nos adentramos en una pendiente bastante abrupta, donde los bancos de roca

resbalosa, los restos de aludes, las grietas resultantes de las filtraciones, hacían la marcha muy escabrosa. Pronto, al hacerse más densa la sombra, la situación empeoró. Los animales se resistían, con sordos relinchos y ese temblor instintivo que revela al jinete la proximidad del peligro. Hubo que hacer alto. El arriero me confió que nos habíamos extraviado por completo, sin gran esperanza de salir del apuro antes del alba, visto que, por su parte, no había venido jamás a estos parajes, puntuando su confesión con la exclamación:

– ¡Camino del diablo!

La situación se hacía crítica, situados como estábamos entre una pared de roca perfectamente lisa y el vacío. La cornisa que nos sostenía no tenía dos metros de ancho. Avanzar era peligroso, retroceder imposible, y me resignaba ya a esperar el día en una inmovilidad, hecha más dolorosa por la frialdad del aire en esta altura de cuatro mil metros, cuando mi indio tuvo una inspiración genial y, designando a una de las mulas de carga, exclamó:

– El animal conoce el camino.

– ¿Cómo es eso?

– Señor, él ha pasado ya por aquí hace dos años, con los montoneros.

Y, sin pérdida de tiempo, emprendió la tarea, no sin dificultad, de poner al animal a la cabeza del convoy. La mula había servido durante la guerra civil. Se trataba se recurrir a sus recuerdos. Ejecutada la maniobra, volvimos a ponernos en marcha. La luna, en su primer cuarto, se escondía bajo espesas nubes. La oscuridad era completa, y la inclinación del terreno tal que a cada instante yo temía un salto decisivo a las tinieblas. A veces nuestro improvisado guía se detenía, jadeante, soplando con fuerza, ora oliendo el suelo, ora tanteándolo con las patas, con precaución, antes de arriesgarse a continuar. Entonces, como un cazador que excita a su perro en la pista por seguir, el peón lo alentaba dulcemente con la voz, prodigándole afectuosos epítetos:

– ¡Mula, mulita… busca, Espina… busca, niña![4]

Y, satisfecha por el examen, alzando la cabeza, Espina reemprendía la marcha.

Es así como penetré después, a golpe de medianoche, en la capital del último de los incas.

A lo largo de estas mismas pendientes, hace tres siglos y medio, “ese viernes, a quince de noviembre del año mil quinientos treinta y dos, a la hora de vísperas”, dice el historiador Jerez, compañero y secretario de

[4] En español en el original. [N. del T.]

Pizarro, un cuerpo de caballeros, los primeros en aparecer en las mesetas de los Andes, descendió hacia Cajamarca. Esos aventureros acababan la más sorprendente cabalgata de que hagan mención los anales americanos. Después de haber errado durante cinco meses en el laberinto de las sierras, se encontraban en presencia de un ejército pronto a cortarles la retirada. Acampado en la llanura, detrás de la ciudad, el Inca Atahualpa, vencedor de su hermano Huascar, esperaba a la cabeza de veinte mil hombres. Los recién llegados, en número de trescientos, portaban el estandarte de Castilla. Las herraduras de sus caballos, chocando contra la roca, marcaban el fin de un imperio.



CAPÍTULO II

I. Cajamarca.- Malas noticias.- Génesis de una insurrección peruana.- II. Recuerdos de la conquista.- Pizarro y Atahualpa.- Sobre algunas ideas preconcebidas sobre la España colonial.- III. Días de espera.- Planes de campaña.- La casa Villacorta.- Celendín.- Partida hacia el norte.

I

La Gran Cajamarca es pequeñita; se la recorre en un santiamén. Esta ciudad, donde tuvo lugar el más trágico episodio de la Conquista, se halla hoy singularmente decaída. Algunas hiladas del palacio del Inca y, a una legua en la llanura, donde brotan aguas termales, una piscina muy bien conservada, tales son los vestigios de su pasado esplendor. La obra de destrucción, o más bien de transformación, ha sido proseguida con plena conciencia. Los escombros de la ciudad india sirvieron para edificar la ciudad moderna, las macizas residencias con portales cubiertos de hierro, capaces de sostener un asedio en regla, y una catedral por desgracia inconclusa. A pesar de todo, la obra, que permanece en el estado de esbozo, produce la ingrata impresión de las ruinas a las que una larga sucesión de siglos no ha consagrado.

El nombre mismo de la ciudad apenas si previene en su favor. *Caja marca* significa exactamente, en quechua, “llanura de escarcha”. El término es demasiado riguroso. En realidad este alto valle, semejante al lecho desecado de un gran lago, se halla de tal modo protegido por las montañas, que el clima es de una dulzura bastante rara a una altura de cerca de tres mil metros[1]. El suelo, de una extrema fecundidad, se prestaría a todos los cultivos de Europa. La verdad es que falta por completo el espíritu de empresa. Los tres o cuatro mil habitantes diseminados en la región se contentan con cultivar, para su subsistencia, un poco de maíz, papas, y en las partes bajas algunas plantas de yuca, variedad de mandioca que para el indio de la Cordillera peruana es la base de la alimentación. Y, sin embargo, con vías de comunicación menos rudimentarias, una colonia más densa y sobre todo más activa, estas mesetas de la Sierra deberían ser otros tantos graneros de abundancia, de donde se proveerían todas las ciudades del litoral, hoy aún obligadas a importar cereales de Chile, de la República Argentina e incluso de los Estados Unidos.

Apenas llegado a Cajamarca el éxito de mi viaje me pareció de nuevo muy comprometido. Encontré la población inquieta, agitada, por efecto de rumores amenazantes. Graves acontecimientos tenían lugar en la margen derecha del Marañón, que dista solo unas quince leguas. Es sabido que el río, que sale de la laguna de Lauricocha, sigue, durante la primera parte de su curso, una dirección paralela a la costa, después de lo cual voltea bruscamente hacia el Este y se abre paso a través de los Andes por el pongo de Manseriche. El valle superior, profundamente encajonado, separa la cordillera marítima de las cumbres abruptas de la cadena central. Es una especie de foso que corta todas las rutas que, del 10º de latitud sur al 5º, se dirigen del Pacífico hacia el interior. Forzoso es, pues, cruzarlo si se quiere llegar a la vertiente oriental por la vía más directa. El camino, muy accidentado y, por sitios extremadamente penoso, antes de alcanzar uno de los principales tributarios del Marañón, el río Huallaga, y el inmenso territorio limítrofe con el Brasil, conocido bajo el nombre de Departamento fluvial de Loreto, atraviesa la áspera y montañosa provincia de Amazonas.

Acababa de estallar una insurrección por ese lado. Un aventurero, llamado Justo Villacorta, se había apoderado del poder. Dueño de la capital, Chachapoyas, como consecuencia de un audaz golpe de mano, gozaba de una temible popularidad entre los indígenas. A su voz se sublevaban las aldeas indígenas, proclamaban la independencia, arrojaban a los representantes más o menos regulares de la autoridad establecida, y, cosa peor, en exceso de celo masacraban a los que no habían podido huir

---

[1] Posición geográfica: 7º 9' 31'' lat. S.- 80º 49' long. O.- Altura medida en la Plaza Mayor: 2 736 metros.

con suficiente rapidez. Las bandas insurrectas que ocupaban la margen derecha del Marañón defendían rigurosamente las vías de aproximación. Para mayor seguridad habían destruido las pequeñas balsas que permiten atravesar los ríos, de modo que toda comunicación de una orilla a otra era en adelante impracticable. Se sabía poco acerca de los orígenes de la insurrección, de las quejas invocadas por los sublevados. Las consecuencias de la rebelión y su duración eran no menos difíciles de prever. Preguntas ociosas, por lo demás. La tempestad había estallado, y se trataba menos de buscar sus causas que de evitar sus efectos. A fuerza de recorrer los mares, uno se familiariza con las borrascas: del mismo modo el viajero, después de una permanencia más o menos prolongada en América ecuatorial, no ignora que, de todas las dificultades que pueden estorbar su marcha, la más común, si no la más grave, resultará de los trastornos políticos. La lamenta, pero haría mal en asombrarse. Todo lo prepara para ellos: los recuerdos históricos, el aspecto mismo del país, su naturaleza convulsa, la fragosidad de los suelos, las largas distancias, el aislamiento en que viven las poblaciones montañosas.

No se podría tener una idea del régimen interior de la región solo inspeccionando el mapa de ella, las más de las veces inexacto. ¿Qué representan las líneas arbitrarias trazadas por los geógrafos oficiales, las subdivisiones en departamentos y en provincias? Una centralización en el papel, nada más. Considere usted esta prefectura; está situada a una semana de la costa, a diez o quince días de Lima, sin otro medio de comunicación con la capital que una mula, la cual, dos veces por mes, transporta el correo. ¿Cómo esos burgos perdidos, a pesar de las circunscripciones administrativas, a despecho de la complicada red de senderos que asumen en el atlas proporciones de carreteras que parecen enlazarlas con la sede del gobierno, no se sentirían otras tantas pequeñas repúblicas brillando con un espíritu de perfecta independencia? Mientras que el poder central es impotente para crear con sus administrados relaciones regulares y rápidas, para mantener, aunque fuese de manera muy imperfecta, la seguridad de las personas y de los bienes, la máxima según la cual "cada uno para sí", es de rigor. Una población limitada, esparcida en un inmenso territorio, engendra por fuerza pequeñas comunidades, cada una con sus aspiraciones propias, sus distintos intereses y sus líderes. Incapaz de apreciar la necesidad de lazo puramente ideal con un poder que sienten débil, desprovisto de recursos y en la imposibilidad de conceder la menor ventaja práctica a cambio del patronazgo impuesto, no ven nada más allá de su estrecho horizonte. Siempre a la defensiva, suspicaces, prontas a mostrar los dientes por poco que se sientan amenazadas en su autonomía, temen toda intervención del exterior como un acto de piratería cometido en sus tierras. No hay que buscar en otra parte la explicación de la anarquía peruana, de

accesos periódicos que han hecho de una región donde la naturaleza ha acumulado tantos elementos de riqueza, una tierra de desolación. Estos disturbios no cesarán sino el día en que la inmigración vendrá a llenar los vacíos, a inocular en estas anticuadas sociedades nuevas ideas, una sangre más joven, que desempeñen, en estas querellas de familia, el papel de árbitro y de pacificador.

La fisonomía de la ciudad atestigua sus atormentados destinos. Cajamarca huele a pólvora. Hay pocos lugares donde las huellas de las luchas de partidos sean tan visibles. La mayoría de las fachadas, agujereadas por las balas, se parecen a rostros marcados por la viruela. No hay una pared que no esté acribillada. Durante los cinco últimos años esta desdichada ciudad no ha dejado de ser el trofeo que se han disputado encarnizados competidores. Ocupada sucesivamente por diferentes jefes de bandas, sufrió alternativamente las leyes del doctor Puga (en el Perú, el título es sin consecuencias, ya que todo el mundo es doctor o coronel, sin ejercer por ello ni la medicina ni el oficio de las armas), las de los Montoneros bajo el mando de Cáceres. Obedeció a Iglesias, por un momento Jefe de Estado, hoy



Plaza y catedral de Cajamarca

retirado en Europa. Y esta era de aventuras no parece haber acabado. Los poderes caídos han conservado numerosos partidarios. El Presidente actual, el general Cáceres, con quien cuentan muchas personas bien intencionadas para curar las plagas de la patria, no es, según parece, el favorito de las

provincias del norte. Se murmura que la próxima llegada de un nuevo prefecto puede dar a estos sentimientos la ocasión de afirmarse en términos explícitos y escindir la ciudad en dos campos. Pues estas disensiones ofrecen de particular que cada cual, victorioso o vencido, conserva sus armas después de la batalla, de manera que puede renovar el conflicto cuando se le ocurra. Se me ha dicho que no hay menos de dos mil fusiles escondidos en Cajamarca, y municiones a proporción. Bastaría una chispa para provocar un estallido, y las dos facciones se disputarían, escopeta en mano, la posesión del cerro de Santa Apolonia, que es el monte Aventino de esta pequeña ciudad de siete mil almas.

Quizás este ánimo guerrero, este viento de Fronda que sopla a cortos intervalos, han valido a la capital los malévolos versos que la gente del litoral hacer correr a su costa:

¡Cajamarca la bella!
¡Pampa sin leña,
Río sin pescado,
Mujer sin vergüenza,
Hombre sin conciencia,
Muchacho malcriado!

Proverbio corroborado por este otro adagio:

Dar posada al peregrino
Menos al cajamarquino[2].

Pero no. Son juegos de malos bromistas a los que, por mi parte, yo no podría asociarme.

Que no se resienta conmigo la pequeña ciudad perdida en la cima de los Andes por dar cuenta de su lamentable apariencia, del aspecto severo de sus plazas y callejas empedradas con enormes bloques, donde sueña el indio melancólico de cabellos largos, envolviendo su desnudez con un poncho agujereado. No hay en ello, lo repito, ni una sombra de burla, ningún deseo de ridiculizar un sitio imponente en su tristeza, donde el menor lienzo de muro recuerda las grandezas del pasado. ¿Cómo olvidar nunca la hospitalidad que me fue tan generosamente ofrecida, y las amistades establecidas durante mi prolongada permanencia? Debía ser mi último alto en tierra civilizada, y la memoria de esta forzada detención me ha quedado, a pesar de la gravedad de las circunstancias y las preocupaciones que entonces me asaltaron, como uno de los mejores recuerdos de mi existencia viajera. Más aún, ¿existe un solo país donde una localidad

[2] Todos estos versos en español en el original. [N. del T.]

desafortunada, una provincia que ya no puede más, no haya sido blanco de las bromas populares? La Grecia antigua se mofaba de Beocia. En Francia, la reputación de los habitantes de Falaise ya está establecida. Ahora bien, no tengo noticia de que beocios y normandos lo hayan pasado mal por ello. Los cajamarquinos, me imagino, no toman la cosa a lo trágico. Un mal chiste no ha matado jamás a nadie.

II

Si cuando llegué a Cajamarca un alma caritativa me hubiese predicho que me quedaría allí más de un mes, me habría indignado. Y, sin embargo, esos largos días transcurrieron no diré que del modo más agradable del mundo, pero sí sin demasiado esfuerzo. Había establecido mi cuartel general en la casa de un estimable comerciante, don José Iberico, cuya afectuosa atención hubiera habría bastado para hacer que las horas me fuesen breves. Al cabo de dos días me parecía ser de la familia, y, de hecho, cada cual, en esa patriarcal morada, no habría mostrado más interés a un amigo de infancia, a un pariente cuya visita hubiera sido deseada desde hacía largo tiempo. Incluso hoy, después de haber recorrido tanto bajo climas diversos, de retorno a esta Francia a la que, más de una vez, creí no volver a ver nunca, pienso a menudo en esos excelentes corazones. Mi pensamiento vagabundea más allá de los mares, los ríos, los bosques cálidos atestados de lianas, hasta las frías mesetas de las sierras, ondulantes como el océano, azules como él cuando llega el anochecer. Me lleva al lado de amigos cuya mano, según todo indica, no volverá a encontrarse con la mía, que tal vez no han recibido jamás mis cartas y no saben si aún pertenezco al mundo de los vivos.

Pienso en fin en los compatriotas que, para mi indecible estupefacción, he hallado en esas alturas. Eran cinco, a los que el azar había reunido en ese punto del globo. ¿Quién es el que ha sostenido que los franceses no se expatrian? Todos ofrecían un impresionante ejemplo de la energía y tenacidad de nuestra raza en las circunstancias menos propicias, enfrentando las dificultades de una existencia aventurera, la enfermedad y la angustia que se soportan en un continente lejano. Se habían establecido allí desde hacía varios años y, por causa de la revolución, habían pasado por muchas pruebas sin perder nada de su buen humor y de su confianza en el porvenir. Uno, venido de Lima con un modesto repertorio de artículos de pacotilla, había adquirido, por un milagro del ahorro, una casa y una hacienda en el llano. Otro resultó ser mecánico hábil, carpintero consumado. El decano del grupo era… ¡fotógrafo! Otro acababa de casarse con una muchacha india, a pesar de los reparos del padre convocado para santificar la unión,

prudente personaje cuya moral, más mundana que eclesiástica, se resumía en pocas palabras:

– "¿Para qué casarse, comprometerse para toda la vida? Reflexione Ud., mi amigo, ya que semejante lazo le estorbará si alguna vez usted regresa a Europa".

La sorpresa que experimentó este pequeño grupo al verme fue tan viva como la mía. Pero una vez pasado el asombro, fue una competencia para festejar al compatriota caído de las nubes. Este inesperado encuentro contribuyó no poco a darme paciencia y a no rumiar pensamientos sombríos, como es natural en quien ve sus proyectos contrariados por la mala suerte. Desde hacía buen tiempo, además, yo estaba muy bien informado sobre los recursos que encontraría mi empresa. Mis ilusiones, si las había abrigado, se habían disipado desde las primeras horas. Me acuerdo todavía de las enérgicas palabras de Raimondi, cuando me despedí de él en Lima:

–En materia de obstáculos, espere usted los peores. Sin embargo, —prosiguió el eminente explorador—, no vaya usted a creer que al hablar de este modo trato de disuadirlo de una tentativa irrealizable. La perspectiva no es de aquellas que deben hacerle retroceder. Para comenzar, la dificultad no será jamás tal que usted no puede vencerla con sangre fría y obstinación. Y luego —añadió sonriendo— las espinas del camino tienen a veces su lado bueno. Es la punta del buril que graba profundamente las impresiones en la memoria.

Nada más cierto. Nunca olvidaré mi permanencia en Cajamarca. Esas tres semanas me fueron más útiles que muchos meses de viaje para apreciar la tierra peruana, el carácter de su pueblo, el golpe de teatro que fue la conquista.

Jamás ha habido un horizonte mejor para enmarcar una epopeya. Si el escenario está vacío, si los actores han desaparecido, la decoración, por sí sola, explica el drama que se representó entre ese circo de montañas, hace tres siglos.

Los espíritus menos avisados se representan, en general, bajo colores extremadamente oscuros, la situación de América en manos de los españoles. Se ha condenado con frases inflamadas la barbarie del conquistador, y se ha calificado su conducta frente al soberano indígena como una cobarde emboscada, friamente premeditada. Sin pretender erigirme en defensor en una causa tan vieja, me permitiré insinuar que tal vez se es un poco duro con el pobre Pizarro y con sus compañeros. Piénsese en la situación crítica de este puñado de hombres a los que una loca temeridad había arrastrado tan lejos del mar. Ante ellos, mostrándose de pronto, coronando todas las cimas y desplegándose en la llanura, estaba un ejército entusiasmado por recientes victorias; atrás quedaban los cuellos escarpados, los profundos

desfiladeros que ha franqueado al cabo de tanto días, donde la retirada se trocaría en desastre. La salvación depende de un último golpe de audacia, de una maniobra rápida ejecutada con el empuje de la desesperación.

Los relatos de la época, la crónica ingenua garrapateada entre dos combates, por los Jerez, los Herrera, los Cieza de León, nos hablan de las angustias de esa fuerza en la proximidad de la noche, el consejo que sostuvieron los jefes, la prolongada vela de las armas durante la cual los más endurecidos balbuceaban sus plegarias; después, con las primeras luces del alba, Vicente de Valverde, el hosco monje, recitó ante la soldadesca arrodillada el salmo *Exurge, Domine*.

Ya es de día, y el Inca avanza hacia los invasores con una imponente escolta, en todo el esplendor de su poder hierático y guerrero. Es el ser sagrado, el hijo del Sol, cuya sola aparición, sin la menor duda, ha de aterrorizar y hacer caer de sus monturas a esos extranjeros que vienen a desafiarlo, portados por monstruos desconocidos. Un minuto de vacilación y los aventureros están perdidos. Pasado el primer momento de sorpresa la multitud india los rodeará amenazante; a pesar de su valor y la superioridad de sus armas, sucumbirán infaliblemente ante el número, aplastados casi sin combate. ¿Qué partido tomar? La ofensiva; correr tras del monarca y apoderarse de él vivo o muerto, mostrar a sus adoradores espantados al dios semiderribado, cautivo, tan poco temible como el último de los mortales. Se da la señal, y los invasores se lanzan al galope, los jinetes de pie sobre los estribos al grito de "¡Santiago, España!" Los indios, estupefactos, se quedan desconcertados, se desbandan, mientras que Pizarro se aproxima a Atahualpa y, tomándolo por el brazo, lo arroja de su litera. La escolta real huye, el pánico se apodera del resto del ejército que, esa misma noche, se bate en retirada hacia el norte. El sortilegio está roto; el Inca no tiene en la frente otra aureola que la de la desdicha. Con él desaparece el imperio. El agresor ha apuntado a la cabeza, y, con el golpe, ese poderoso organismo ha dejado de existir.

Las escenas que siguieron son conocidas por todos. El cautiverio de Atahualpa, el rescate ofrecido y en parte pagado, el embarazo de los vencedores con respecto al sitio donde se hallaba el prisionero, cuya prolongada presencia los exponía a un retorno ofensivo de los indios, ansiosos de liberar a su señor; las discusiones entre los jefes con respecto a la conducta a seguir; en fin, el simulacro de juicio y el suplicio del Inca, todo ello es parte de la historia, que con toda justicia ha condenado el grave delito. Quiera Dios que yo no contradiga su veredicto. A lo más me arriesgaré a una observación. En los juicios que emitimos sobre esas épocas distantes a menudo nos sucede, y con la mejor buena fe del mundo, que sobrepasamos la mesura. Se necesitaría, para apreciar equitativamente

el pasado, examinar al hombre moderno, los escrúpulos, las delicadezas, las repugnancias que ha hecho nacer en nosotros el suavizamiento de las costumbres, no aplicar a hombres del siglo XVI la ley moral del XIX, y dejar de taparse la cara ante el relato de atentados perpetrados en un tiempo en el cual y en ninguna parte se profesaba un exagerado respeto por la vida humana. La historia estudiada, vivida, por así decir, en los sitios mismos donde se realizaron los hechos, se alumbra con una luz inesperada. El paisaje nos familiariza con los seres que lo animaron antaño; nos revela sus impresiones, sus temores, sus dudas, los móviles de actos en apariencia injustificables. Al considerar así los acontecimientos, restablecidos en su marco, desembarazados de los comentarios y de la leyenda, de ese barniz con que los han recargado los prejuicios, la pasión y no sé qué vago sentimentalismo, quizá se descubrirá, en más de un sangriento episodio, otra cosa que inconsciente ferocidad o fanatismo imbécil.

Este método, por poco que uno se ajuste a él al examinar la expansión colonial de España en los siglos XVI y XVII, nos haría tocar con el dedo muchos errores acreditados como palabras del Evangelio. Quizás incluso ¿no será el resultado la rehabilitación parcial de una época hasta aquí mal conocida, por haberla observado solo superficialmente? Se necesitaría escribir un volumen para apreciar con justicia ideas preconcebidas, opiniones de pura fantasía esparcidas a este respecto, sobre todo en la sociedad hispanoamericana.

Me ha sorprendido siempre la insistencia, se podría casi decir la animosidad, con la cual una fracción de la gran familia española parece repudiar la herencia de los abuelos. A la inversa de lo que sucede en América del Norte, donde el yanqui, justamente orgulloso de su nacionalidad, no se cree obligado a renegar de su parentesco anglosajón, donde Jonathan, a pesar de cuestiones de competencia y de tarifas, no le pone mala cara a John Bull, el criollo sudamericano no perderá ocasión para protestar con amargura contra la influencia, según él nefasta, la incapacidad y las fechorías de la raza de la cual ha surgido. Parece que el antagonismo entre la antigua colonia y la ex-madre patria es tan vivo como al día siguiente de la Guerra de Independencia. Transcurridos sesenta años, las tradiciones comunes, los lazos de sangre, no han bastado para reconciliar a los combatientes. Estos sentimientos se traducirán en una crítica acerba de los procedimientos administrativos que la metrópoli ponía en práctica con sus posesiones de ultramar, en una comparación melancólica entre la precaria situación de su comercio y su industria y la creciente prosperidad de regiones donde se alza el estandarte británico, o bien todavía en lamentaciones ingenuas y exclamaciones del tipo "¡Oh qué desgracia para nosotros que la primera conquista de este país no haya sido realizada por los ingleses!".

¿Qué responder a estas lamentaciones? ¿Contestará usted que la Inglaterra de 1530, mal equipada para las expediciones a tierras lejanas, aún no aspiraba a la supremacía de los mares, y que las palabras atribuidas hoy a no sé qué comodoro, en su buque fondeado en la desembocadura de un río desconocido, exclamando después de probar el agua: "¡Es salada! ¡Nos pertenece!", habría sido de una fanfarronería sorprendentemente prematura en la boca de un súbdito de Enrique VIII? Vano intento. Su interlocutor no lo dejará acabar, y responderá con largas consideraciones sobre los horrores de la conquista, la admirable civilización de los Incas barrida por la invasión española, los indios diezmados o tratados como bestias de carga, condenados a los trabajos de los campos y de las minas bajo el látigo del vencedor. Hablará de las exacciones de una soldadesca ávida, secundada por un clero ignorante y brutal, y del Imperio del Sol hundido para siempre en las tinieblas.

Hay sin duda una parte de verdad en este cuadro llevado al extremo, y yo no discuto que el historiador y el arqueólogo tengan motivo para lamentarse sobre los montones de ruinas. Pero quizá no se mostrarán demasiado severos con los causantes de ese gran trastorno si reflexionan que, de acuerdo con las ideas de aquel tiempo, la necesidad de asentar la dominación acarreaba el fin de las instituciones establecidas, la construcción de una jerarquía política y social. Aún no se había inventado lo que llamamos ahora régimen de protectorados. Cada época tiene sus procedimientos de conquista. No difieren sino por el nombre; los resultados son idénticos. No puedo persuadirme de que un simple eufemismo baste para engañar con respecto a las relaciones siempre penosas entre vasallo y suzerano. Si se permitiese al protegido formular un deseo, el primer favor que reclamaría sería, evidentemente, que se lo libre del protector.

Pero con el imperio ya decapitado, ¿desapareció por ello la nación? El indio está allí para respondernos. Desde las playas del Pacífico a la cima de las cordilleras, de los volcanes ecuatorianos a los Andes chilenos, ocupa aún el suelo de los ancestros. La raza se halla no disminuida, curvada por la servidumbre, sino nuevamente captada por los instintos primitivos, poco a poco de retorno a la vida contemplativa, a la ociosidad despreocupada de los pueblos-niños contra la cual había reaccionado por largo tiempo la disciplina de hierro de los incas, ese extraño comunismo de Estado, cuya ley fundamental era la obligación de trabajar de acuerdo con las aptitudes, la edad, el sexo, las condiciones climáticas. Las tribus dispersas, reunidas por el fundador de la dinastía, Manco Capac, y sus sucesores, no tuvieron nunca más que la apariencia de una nacionalidad netamente definida. Faltaba cohesión a esos elementos yuxtapuestos. El impulso de un solo hombre animaba a un pueblo de autómatas, sin voluntad propia, sin aspiraciones, sin pensamiento, instrumento pasivo que desempeñaba su tarea como

la herramienta en las manos del obrero. Si se ha podido comparar con justicia al imperio de los Hijos del Sol con una máquina de un mecanismo armonioso, pero esencialmente frágil, o, mejor aún, con un ser organizado del cual el Emperador era la cabeza, se comprende sin esfuerzo que sus partes constitutivas se hayan disgregado al primer choque.

El indígena ha reconquistado su derecho a la pereza, y hace uso de ella con delicia. Sus necesidades son limitadas, sus sueños no tienen nada de ambiciosos. Feliz en su cabaña de tierra y de ramas, cerca de su trigueña compañera, madre fecunda de una chiquillería hirsuta, no pide sino masticar en paz su hoja de coca y embriagarse con chicha en los días de fiesta. Su aire triste, su máscara impasible, esconden, a falta de una inteligencia muy despierta, un sentido común robusto, una mente friamente burlona. Rudo y sobrio, industrioso a veces, pero sobre todo prolífico, el aumento de su descendencia es un elocuente desmentido a los que se limitan a constatar de lejos la degeneración fatal y la desaparición, a breve plazo, de las razas indias con el contacto con los europeos.

Nos faltan los documentos para calcular, incluso de una manera aproximativa, la población antes de la conquista. Nada autoriza a suponer que haya sido alguna vez muy densa. Los vestigios de ciudades, de explotaciones agrícolas, observados en regiones ahora deshabitadas, no ofrecen, sobre este punto, más que datos imperfectos. No está de ningún modo probado que citadinos y cultivadores hayan sido víctimas de la invasión triunfante. Que haya habido dispersión, deliberado retorno a la vida libre de la tribu, es más que probable. Las familias han podido no extinguirse sino desplazarse, y su descendencia puebla ahora estos villorrios de la Sierra, en el fondo de las gargantas bajo las palmeras, erigidos entre los matorrales, cerca de las nieves. Teniendo en cuenta la inmigración que dio lugar al mestizo, y, como consecuencia, hizo más lento el desarrollo de la comunidad india de raza pura, esta no parece haber sufrido mucho si se cotejan las cifras proporcionadas por el censo efectuado en 1793, bajo el virrey Francisco Gil de Lemos con las estadísticas más recientes, publicadas en 1876. A fines del siglo pasado, la población del Perú comprendía más o menos 1 300 000 almas. En este número figuraban 617 000 indios y 241 000 mestizos. En 1876 el total era calculado en 2 700 000, y la proporción entre las diferentes razas repartida de la manera siguiente:

Indios	57%
Mestizos	23%
Descendientes de europeos, extranjeros, negros y chinos	20%

El Perú es, pues, aún en nuestros días, la tierra de los incas, y sería un punto a favor para España en responder a quienes le reprochan sus rigores

frente a la nación conquistada. Ella ha visto en el indígena, en definitiva, no a un enemigo irreconciliable sino a un precioso auxiliar, una de las fuerzas vivas de su futuro imperio colonial. En ello fue leal a las tradiciones de las razas latinas. No es en estas, en efecto, que surgió la cómoda teoría según la cual la cercanía del hombre civilizado equivale, para el indio, a una sentencia de muerte. La civilización no tiene siempre, sobre el indígena, una acción tan deletérea. Todo depende de quienes prevalecen: se torna, a su voluntad, en un veneno o en un cordial.

Los pioneros franceses en el continente del norte ignoraban esta ley de exterminio cuando pretendían asimilar a las rudas poblaciones esparcidas del Atlántico a los Grandes Lagos, estudiar su lengua para iniciarlas en la nuestra, en nuestra religión, en nuestras costumbres, y fundir las dos razas en una misma familia. Su recuerdo se ha perpetuado, simpático, a través de las edades, e inspira aún a ciertas fracciones de la sociedad canadiense, principalmente a esos vigorosos mestizos de Manitoba que, en estos últimos años, oponían una resistencia tan tenaz a las intrusiones de Inglaterra.

En América meridional españoles y portugueses tuvieron igualmente conciencia de esa verdad en adelante confirmada por la experiencia, a saber que para la puesta en valor de países nuevos, el trabajador por excelencia, enérgico, emprendedor, de una resistencia incomparable a la fatiga y al clima, es aquel en cuyas venas corre la sangre de las dos razas, el retoño del viejo árbol injertado en el arbolillo. Por ello se cuidaron de no diezmar, alegremente, esas reservas humanas, indios sedentarios de las sierras, nómades de las planicies, hoy sus súbditos por derecho de conquista, mañana sus conciudadanos. Chile les debe la elite de su ejército, esos batallones indígenas cuyo valor contribuyó tan poderosamente al éxito de sus recientes campañas; Bolivia y el Perú el minero, el mulero, el vaquero, el robusto y paciente peón de hacienda, el buscador de plantas, los millares de brazos que cosechan la coca, la quinina, la cera y la cochinilla, y esos audaces marineros, cuya piragua, atravesando los rápidos, trae caucho a las factorías del Marañón o del Ucayali. En el interior del Brasil, en el Paraguay, el mejor artesano de la colonización, el roturador sin rival, no es, de ningún modo, el hombre blanco, y mucho menos el negro o el mulato, sino el *indio manso,* el indio civilizado o su derivado, el mestizo. Poco importa el nombre que se le dé, *caboclo, gaucho, caipira, tapuio,* se trata siempre del descendiente del aborigen pacificado, catequizado por los primeros misioneros, apóstoles, intérpretes y gramáticos todo junto, que la metrópoli enviaba, desde el fondo de los monasterios de Portugal o de España, a trabajar, en una nueva tierra, por la grandeza nacional.

Seducir al indígena por medio de la magnificencia exterior del culto, hacer del catecúmeno un aliado, el lazo de unión entre la colonia naciente y el salvaje del interior, tal parece haber sido la regla de conducta constante

de los pueblos latinos en su toma de posesión de las dos Américas. Allí donde se establecieron de manera definitiva, el triunfo del europeo no tuvo como consecuencia inmediata y fatal la extinción de las naciones sometidas. Nos han conservado la mayor parte de los tipos y de los idiomas. No se podría decir lo mismo de todas las razas que se lanzaron a la conquista del nuevo mundo. Nadie más que yo admira la fecunda actividad y el genio colonizador del anglosajón. Pero hay que reconocer que no fue humano con el autóctono. De aquí a algunos años, el piel roja, con sus dialectos, sus tradiciones, sus leyendas, no existirá sino en los archivos del antiguo departamento de asuntos indios y en las solitarias galerías de los museos antropológicos.

Con más suerte que el nómada de las praderas, el indio del Perú ha conservado su lugar bajo el sol. No tuvo que luchar por la existencia, humillarse en la servidumbre. Uno se equivocaría, al menos, asimilando a la esclavitud el establecimiento de la *mita* o el régimen tan censurado de las encomiendas, esa especie de vasallaje que unía al indígena con la tierra, sujetándolo, en virtud de un salario o de la concesión de ciertas ventajas, a los trabajos del campo y de las minas. Allí estaba, bajo otros nombres, retomada y promulgada por los blancos, la doctrina económica de los incas, la ley del trabajo forzado, la única que resulta adecuada para estimular las energías de una raza por sí misma ociosa. La falta casi absoluta de iniciativa y de decisión, tal es el rasgo característico del indio. Ya se trate de cumplir con un deber, de realizar una tarea prometida, de pagar una deuda, su determinación será rara vez espontánea. No cederá sino ante la necesidad. Será menester que una voluntad extraña sustituya a la suya, prevalezca sobre su indolencia, le diga la resolución a tomar, lo anime y lo dirija así como el viento hincha a la vela inerte.

A este respecto me ha parecido particularmente ilustrativa. una pequeña escena, de la que fui testigo en Cajamarca.

Estaba yo sentado, una vez, en compañía de mis huéspedes, en la entrada de una tienda. Cosa extraordinaria, y a pesar de que ya era noche cerrada, la ciudad aún no descansaba. Un convoy procedente de la costa había llegado al terminar el día. No se necesitaba más para tener a las gentes despiertas. En estas retiradas poblaciones la aburrida uniformidad de la existencia da al incidente más vulgar la importancia de un acontecimiento. Bajados los bultos a tierra, la caravana se desbandó de inmediato, apresurándose las jadeantes mulas y sus conductores a dirigirse a su campamento, en medio de los pastizales, cerca del arroyo. Pero en la estrecha calle, apenas alumbrada aquí y allá por la luz de una lámpara de gres colocada cerca de una ventana, o de una lamparilla colgada delante de la imagen de un santo, los grupos continuaban donde estaban. Se

comentaban las raras noticias recibidas del litoral, hechos varios sucedidos hacía una semana, y los rumores relativos al avance de la insurrección en la provincia vecina. De pronto se levantó un clamor confuso, seguido por una desordenada retirada. Un jinete, desembocando de una callejuela, se esforzaba en abrirse paso a través de la concurrencia compacta con gran agitación de los indios de ambos sexos, amantes asiduos de esos clubes al aire libre. Los hombres se pegaban contra las paredes, en el hueco de los portones, mientras que las mujeres, asustadas, con sus bebes colgados a la espalda, se echaban a correr con gritos agudos. El tardío paseante cuya aparición causaba tal pánico era uno de nuestros amigos y nos lanzó, al pasar, un jubiloso "¡Buenas tardes!"[*sic*].

Lo detuvimos.

– ¿Adónde va, compadre?

El compadre no iba lejos, a un cuarto de legua a lo más, a arreglar cuentas, dijo, con un deudor recalcitrante.

La respuesta suscitó la risa general. Opiné por mi parte que, a semejante hora, un acreedor corría el riesgo de ser muy mal recibido. Pero él, muy tranquilo, replicó que todo iría de la mejor manera del mundo.

– Por lo demás, añadió, golpeando con su fuete la silla de montar, ocultada por los pliegues de su poncho, tengo aquí lo que se necesita.

E hincó las espuelas.

El deudor era un indio de los alrededores, y el objeto de la deuda no una suma de dinero, sino un trabajo por efectuar, esto es la fabricación de tres o cuatrocientos adobes, que representaban el precio de varios y menudos artículos de pacotilla y de algunas varas de tela de algodón entregadas a crédito. El contrato se remontaba a cerca de dos años. El cliente, satisfecho con su compra, no había olvidado sino una cosa, esto es pagar su valor poniéndose a trabajar. Imposible decidirlo a ello. No era que el pícaro negase su compromiso y fuese avaro de promesas. A cada intimación, juraba por la Virgen y los santos que comenzaría al día siguiente. Pero después transcurrían las semanas y los meses, y el adobero no daba señales de vida, no tanto por mala voluntad sino por una inveterada despreocupación.

El comerciante, que juzgaba el plazo suficiente y proyectaba algunas reparaciones urgentes en su inmueble, había resuelto apurar las cosas. No necesitaba para ello papel sellado. El procedimiento local es mucho más expeditivo, y la jurisprudencia devuelta a la simplicidad de las primeras edades. Para defender sus intereses en riesgo, o su seguridad, cada cual debe contar antes que nada consigo mismo. Convencido de esta verdad, nuestro vecino, tomando en sus manos su propia causa, se improvisó a la

vez en su propio abogado juez y gendarme.

No había pasado una hora cuando reapareció y nos dijo a gritos, con el acento del triunfo:

– Y bien, ¿qué decía yo? ¡Ya tengo aquí a mi hombre!

Y nos mostraba, al mismo tiempo, su lazo extendido, con un extremo sólidamente atado a la perilla de su montura, y el otro anudado en las muñecas de un individuo cuya silueta maciza, la cara lampiña enmarcada por largos cabellos, emergían lentamente de la sombra. Nunca olvidaré la impasibilidad del personaje de pie, cerca del caballo. La fisonomía del indio no reflejaba ni asombro ni cólera. Parecía tomar la aventura como un filósofo obligado a una desagradable carga obligado, pero desde hacía tiempo previsto. ¿Para qué rebelarse contra lo inevitable? A la mañana siguiente, al primer canto del gallo, lo vi ocupado en amasar la arcilla con el entusiasmo de un hombre feliz de pagar su deuda sin abonar ni un centavo. Con seguridad nada le habría impedido cumplir con su acreedor, pero había sido necesario que un choque brutal sacudiese su apatía. Decidirse por sí mismo y libremente habría estado por encima de sus fuerzas.

Lo más curioso es que la autoridad, informada del incidente, creyó su deber intervenir, pero no para protestar contra el procedimiento, sino con la esperanza de aprovechar la cosa en su beneficio. El prefecto reclamaba al hombre a fin de hacerle trabajar en casa de su cuñada, con la cual había igualmente contraído, unos meses antes, una deuda de catorce reales (¡tres francos!). Pero el diferendo fue resuelto por el deudor, el cual se negó, con la última energía, a dejar la casa donde se encontraba muy bien, a pesar de los medios de persuasión un tanto enérgicos que se habían empleado para conducirlo a ella.

Tales hechos ponen en evidencia las dificultades que debieron tener en cuenta los primeros legisladores de la nación quechua, y su sucesor, el Consejo de Indias. Sin embargo, si algo puede sorprender, son los mecanismos implantados por este en la aplicación de las medidas coercitivas, la equitativa repartición del trabajo y de los impuestos, ya que la Ordenanzas eximían de todo impuesto a las personas menores de dieciocho años, a las que habían sobrepasado los cincuenta, a las mujeres, y, por un período de veinte años, a los nuevos conversos sin distinción de edad ni de sexo; en fin, en los reglamentos relativos a las explotaciones mineras, la perpetua preocupación por la mano de obra indígena. Si la ley, con el fin de asegurar esta industria, obliga a un séptimo de la población masculina a una especie de conscripción, tiene sí cuidado de estipular que el servicio no será gratuito, y que el indio no podrá ser obligado jamás a trabajar fuera del territorio de su

villorrio[3]. Además la costumbre deja para los trabajadores, del sábado a mediodía hasta el amanecer del domingo, el producto de la mina. ¿No es singular ver asomar, en pleno siglo XVI, una doctrina cuyo moderno socialismo ha constituido uno de sus reivindicaciones? Me equivoco por completo, o, en nuestros tiempos, las poblaciones de las diferentes cuencas mineras se contentarían con el principio de "la mina para el minero", tal como se entendía y practicaba en el Perú de Carlos V y de Felipe II.

La mayoría de los documentos emitidos por el Consejo de Indias, cuya jurisdicción se extendía a todos los asuntos civiles, militares y religiosos, revela, en sus autores, una inteligencia muy notable de las cuestiones coloniales, una altura de espíritu y una libertad de apreciación notablemente raras en esa época. Por doquiera se muestra el deseo de proteger al indígena contra los vejámenes, los excesos de celo de las autoridades seculares o eclesiásticas. No obstante, sería ingenuo pretender que esta legislación prudente y tutelar haya dado siempre frutos. A no dudar, las disposiciones dictadas por el Consejo con sede en Madrid se quedaron a menudo, en la colonia, en letra muerta. La metrópoli estaba lejos; los virreyes y los oidores, suponiendo que estuviesen resueltos a seguir la estricta aplicación de las leyes, veían fracasar sus buenas intenciones por obstáculos casi insuperables inherentes a los países nuevos, las enormes distancias, la lentitud de las comunicaciones entre la capital y los pueblos del interior. De ahí, para los titulares de encomiendas, para los corregidores encargados de conciliar los derechos del colono europeo con las consideraciones debidas a la nación conquistada, la facilidad de escapar con frecuencia a todo control. Pero no por el hecho de que los abusos fueran numerosos se podría concluir que había incuria o complicidad en el poder central. Si en nuestro siglo de vapor y de electricidad, mientras que las desobediencias del menor agente colonial son de inmediato reprimidas por el telégrafo, pueden aún producirse lamentables incidentes, ¿cómo asombrarse de los pasos a veces independientes o de las malversaciones imputadas a funcionarios cuyas relaciones con la madre patria, a la distancia de cuatro mil leguas, dependían del favor incierto de las brisas y corrientes marinas? Las leyes eran sabias, pero, en muchos casos, desconocidas o esquivadas por aquellos, precisamente, que tenían como misión aplicarlas. No por eso han dejado de contribuir, durante casi tres siglos, al funcionamiento normal de esta máquina colosal, q ue parecía tan complicada, mas en realidad tan simple, y cuyos restos suscitan hoy todavía la admiración del observador imparcial.

[3] *Libro de Tasas,* recopilación de las Ordenanzas del virrey don Francisco de Toledo (1568).

Si se llega a hacer abstracción, por poco que sea, del tiempo presente, a dar parte suficiente al absolutismo de las ideas, a las anticuadas teorías sobre las cuales ha vivido por largo tiempo el viejo mundo, la obra realizada durante este período relativamente breve nos parece muy grande. La potencia que, desde el año 1551, se preocupaba por vulgarizar, en su nueva conquista, las ciencias, las artes, la literatura de Europa, asignando a la Universidad de Lima los mismos privilegios que a la de Salamanca, no ha fracasado en su misión civilizadora.

Tres grandes universidades, las de San Marcos en Lima, de San Antonio en el Cuzco, de San Cristóbal en Huamanga; ocho grandes colegios fundados tanto en la capital como en las provincias, entre ellos los de San Carlos, San Felipe, San Borja, reservado a los indios de familia noble, San Andrés, dedicado especialmente a la educación de las jóvenes, difundían entre la juventud colonial una suma de conocimientos equivalente al nivel medio de instrucción en la madre patria. Hacia mediados del siglo pasado, en estos establecimientos de primer orden, cuyos programas comprendían, junto a las diversas ramas de las ciencias exactas, el latín, la filosofía, la medicina y el estudio profundo del idioma quechua, el número de estudiantes variaba entre los 1 200 y los 1 500, cifra impresionante para el país en semejante época. El gobierno colonial se esforzaba en obtener, y a veces se aseguraba, el concurso de eruditos a los que sus trabajos habían dado lustre en Europa. Fue así que en 1740 nuestro compatriota, el académico Godin, uno de los miembros de la expedición encargada, cinco años antes, de medir en el Ecuador un arco del meridiano terrestre, tomaba posesión de la cátedra de matemáticas en la Universidad de San Marcos de Lima.

No olvidemos, en fin, que los numerosos monasterios constituían, para las clases inferiores, otras tantas escuelas primarias. Su papel era, a decir verdad, de los más modestos, con la enseñanza limitada a los preceptos fundamentales del dogma y a los elementos de los dialectos indígenas. Tal como fue, pudo no obstante hacer vivir y prosperar, lado a lado, a las dos lenguas, tanto que hoy, del istmo de Darién hasta la Patagonia, el hombre blanco se hace comprender en todas partes por el indio.

El conquistador, contra una opinión demasiado difundida, no se ha mostrado, pues, ni tan pobre administrador ni torpe educador. Hay que admitir, también, que este bárbaro no despreciaba ni la industria ni las artes, que no se limitó a destruir, y que supo a veces producir. ¿No ha importado las diferentes variedades de animales domésticos, desconocidos hasta entonces en el continente americano, los árboles frutales de Europa, la vid y el trigo? Parece que tras de sus pasos vinieron algunos artesanos que sabían trabajar la piedra y los metales, arquitectos expertos en su arte,

y escultores no carentes de talento. No sé si ahora se encontraría, en las dos Américas, muchos maestros albañiles capaces de edificar un monumento comparable no digo a las vastas catedrales de México y de Lima, sino solamente a ciertas capillas muy deterioradas de esta humilde ciudad en la cima de los Andes: Santa Catalina, Belén, el oratorio de los franciscanos, encajes de piedra que envidiarían Toledo y Sevilla.

El palacio a punto de desplomarse, la basílica inconclusa, el documento refundido en el polvo de los archivos, el indio pensativo recorriendo la pampa, todo proclama que los primeros colonos no fueron solamente saqueadores desvergonzados y vencedores implacables. Yo agregaría incluso, sin temor de ser desmentido por nadie que haya visitado estas regiones, y cuyo juicio no se haya visto influencia por el espíritu partidario ni por ideas preconcebidas, que en ninguna parte el genio de la raza ibérica se ha afirmado con mayor esplendor. Es menester, para quien desea apreciar el real valor de este pueblo y su papel en la historia de la civilización, un campo de estudios mucho más vasto que la península. Por extraño que parezca, la causa de España es conocida en los países donde su dominación no es más que un recuerdo.

Ciertamente, la sociedad criolla cuenta con numerosas personas ilustradas que no desconocen estas verdades y se dignan, en cierta medida, hacer justicia a la antigua madre patria. Hay, sin embargo, un punto sobre el cual la inmensa mayoría se muestra intratable. Me refiero a los errores económicos por los cuales se reservaba a la metrópoli el monopolio del comercio con las posesiones de ultramar. A este respecto la opinión es unánime. Allí reside, según ella, la causa primera de todo el mal. Compárese, se exigirá, esta política egoísta, estrecha, cortoplacista, que pretendía limitar a los únicos puertos de Sevilla y Cádiz el privilegio de las transacciones con el nuevo continente, con la doctrina liberal y fecunda del Reino Unido abriendo sus puertos y empujando hacia sus colonias las flotas comerciales de todas las naciones. El argumento, a primera vista irresistible, pierde su fuerza por poco que se quiera recordar que ella fue, precisamente durante el período más brillante de las empresas coloniales, la situación de España frente a otras potencias. Este pequeño esfuerzo de memoria está al alcance de todos. Se puede ser persona muy honesta, excelente patriota, buen comerciante, incluso economista distinguido, y no acordarse que, desde fines del siglo XVI hasta la paz de Utrecht, España se halló casi siempre en hostilidades con temibles rivales, como Francia, Inglaterra y Holanda. Le habría sido bastante difícil, entonces, abrir sus territorios al comercio internacional y renunciar, incluso en los cortos períodos de tregua, al único modo de comunicación acostumbrado entre Europa y el nuevo mundo, esto es la flotilla de galeones escoltada por barcos de guerra. No hay duda

de que esa manera de proceder no estaba destinada, por su naturaleza, a favorecer las transacciones; pero la dureza de los tiempos no permitía otra.

Más aún, aquellos mismos que denuncian con más aspereza los abusos de este monopolio y las deplorables consecuencias del régimen de protección a ultranza que se practicaba por entonces, parecen, por extraña contradicción, prontos a disculpar las medidas draconianas adoptadas en nuestros días frente a la industria extranjera por la más importante de las repúblicas americanas. En su admiración, por lo demás plenamente justificada, por todo lo que viene del norte, olvidan que los Estados Unidos, cuyo ejemplo invocan de buen grado, han levantado entre ellos y el resto del mundo una formidable muralla de controles aduaneros ante la cual la gran muralla de China no es más que un juguete.

¿Qué destino reserva el porvenir a Latinoamérica? ¿No se habría sacudido de la importuna tutela de España para dejarse atrapar un día en la vasta red de un *Zollverein* cuyo primer resultado sería reconstituir de hecho una especie de monopolio industrial y comercial en provecho de su ambicioso y poderoso vecino anglosajón? Deseo abrigar la esperanza de que no sea así. Ella posee, en la hora actual, demasiada vitalidad para plegarse de buena voluntad al papel de vasallo. ¡Ojalá pueda realizar el sueño de sus más ilustres hombres de Estado, de alinear bajo un solo y mismo estandarte nacional a las naciones a las que vincula la comunidad de origen y de lengua, y oponer a la unión norteamericana la federación de la América española!

En lo que respecta al Perú, la lentitud de sus progresos, el aislamiento de que se queja, el desdén que el industrial y el migrante manifiestan hacia su suelo, sin embargo tan rico, todos estos inconvenientes son menos obra de los hombres que consecuencia de su situación geográfica.

Las relaciones entre este país y Europa por la vía del Estrecho de Magallanes o del cabo de Hornos, temido por las naves de velas, han sido por largo tiempo precarias. Aún en nuestros días, a pesar del vapor, el trayecto más rápido exige de treinta a cuarenta días y una suma bastante elevada. Así las cosas, es natural que la emigración se haya dirigido de preferencia a regiones menos lejanas o de un acceso más fácil. Ella incluye, al norte, los estados de la Unión, y en el sur las llanuras templadas de la República Argentina y de Chile. Cuando la pampa se halle poblada del mar a los Andes, de la Plata a la Patagonia; cuando la América septentrional se encuentre colmada, de Long Island a Vancouver, solo entonces esa marea humana se orientará hacia regiones hasta entonces dejadas de lado.

El día en que el colono y el pionero aborden el Ecuador y el Perú encontrarán una población poco densa, pero vigorosa y sana, de ningún modo hostil al extranjero. Es difícil para cualquiera que ha podido observarla

de cerca, mezclarse con ella, vivir durante meses su vida libre, no apreciarla a pesar de sus defectos y los bruscos sobresaltos de su naturaleza, ora despreocupada ora impetuosa. Sin embargo, en la simpatía que uno no puede dejar de sentir hacia ella, tiene parte, y que no le desagrade, un voluntario y discreto homenaje a ese pasado que ella reniega. Agradecemos al elegante limeño, al rudo hacendado de la Sierra, por darnos, realzados por una pizca de espíritu moderno, el sabor y lo pintoresco de nuestras costumbres antiguas; por haber conservado, como la parte mejor de su herencia, las tradiciones caballerescas y hospitalarias de la vieja España.

III

Mientras tanto los días pasan, y el horizonte está lejos de despejarse. Los mismos agentes del gobierno no disimulan su inquietud. El prefecto, con la expresión deshecha, deja entender que la provincia de Amazonas se halla a sangre y fuego. Circulan espantables rumores: el gobernador, atacado por los rebeldes, apenas si habría logrado escapar; su ayudante, menos afortunado, capturado en una emboscada por los indios de Santo Tomás, habría sido llevado a la plaza del villorrio y lapidado. Un personaje importante, don Manuel Hurtado, que poseía extensas tierras en la provincia, y para el cual me habían dado cartas en Lima, estaría igualmente entre las víctimas. Y qué otras cosas… A esos rumores respondo que si, como se afirma, todos los pasos están bloqueados, ni nadie va ni llega de allá, es bastante difícil estar informado exactamente sobre lo que sucede.

Todo ello no me impedía proceder con mis preparativos. Me había procurado, en condiciones bastante ventajosas, tres mulas de gran talla y un caballo de silla. El animal poseía todas las cualidades de la raza andaluza maravillosamente aclimatada en la Sierra, capaz, más que cualquier otra, de resistir las fatigas de los grandes recorridos por un país accidentado. Sobrio, vigoroso, de un ardor que nada desanima, el caballo andino desplegará, en una situación difícil, la misma agilidad que sus camaradas de largas orejas. Su presencia en la caravana ofrece, por otra parte, un interés particular. Mulas y caballos viajan juntos, sirviendo estos de guardianes a aquellas. Parece que la mula es sensible al ascendiente de su noble rival. Siente por él un afecto instintivo, y no dejará jamás de hacerle compañía, ya sea de día, ya sea de noche, en el pastizal. Bastará, pues, una vez instalado el campamento, con trabar o vigilar a uno para estar seguro de que las otras no habrán desaparecido al salir el sol. Ello es bien sabido por todos aquellos que han vivido por un tiempo en las cordilleras; yo mismo lo he podido constatar en muchas ocasiones. A menudo, al término de una etapa muy dura, jadeantes las mulas, agotadas, se reanimaban de pronto con un

esfuerzo supremo y apretaban el paso por el temor de perder de vista a su guía. En el momento de levantar el campamento, yo evitaba colocar las bridas y la silla a mi cabalgadura antes de que las bestias de carga hubiesen recibido la suya, porque de otro modo se hacía casi imposible dominarlas y hacerlas quedar en su sitio, por lo mucho que temían ser dejadas atrás. Por eso, en los convoyes que transportan, del interior a la costa, los productos de las haciendas, la coca, la melaza, el aguardiente de caña y los sacos de mineral, sucede con frecuencia que los peones, por medida de prudencia, se asignan una flaca hacanea. Su bulto será el de los más ligeros, su papel puramente tutelar. Se la adorna con el significativo título de *madrina*, la protectora.

Había contratado a dos hombres robustos por la módica suma de diez piastras y diez varas[4] de telas de algodón con rayas, siendo pagada la mitad del precio convenido en el momento de la partida, y la otra en el momento en que dejasen mi servicio. En estas condiciones poco leoninas, su concurso me estaba asegurado por un período que no podría ser inferior a veinte días ni exceder un mes. No ponían en su compromiso sino una restricción, a saber que, bajo ningún pretexto, serían obligados a atravesar el Marañón, para no exponerse a los malos tratos de los *Cascascas,* esto es los "diablos", los "posesos" que asolaban la otra margen del río.

Tomadas estas disposiciones, no me quedaba sino seguir con paciencia la marcha de los acontecimientos, listo a aprovechar la menor ocasión favorable.

En espera de ello, he aquí cómo vivo. Al amanecer monto a caballo y me dirijo hacia las fuentes termales llamadas aún hoy *Baños del Inca*. Están situadas a una media hora de la ciudad, al pie de las colinas de Pultamarca. Se las reconoce de lejos por las espirales de vapor que se escapan de sus orificios y, bajo la influencia del aire fresco de la mañana, se rompen en una multitud de nubecitas ligeras como vuelo de cisnes. Su temperatura se eleva a 55,2º. De las tres piscinas cubiertas en las que las aguas reposan después de un recorrido de algunos centenares de metros en la pradera, una sola, llamada *el Tragadero*, es de construcción antigua. El baño, bajo la luz dulcemente tamizada que cae de las angostas lumbreras, es delicioso y me ha recordado la exquisita *Fuente Azul* de Puebla, en México, menos la afluencia de bañistas. Creo haber sido, durante un mes, el único que frecuentaba el establecimiento. La vigilancia está confiada a un indígena cuyos antepasados quizá pertenecían a la corte difunta. Todo lo que puedo decir es que este funcionario tenía una apariencia poco prestigiosa, una ropa más que sumaria y las manos sucias. La población india —es un hecho que constato y no una lamentación que exprese— ya no escoge este lugar

---

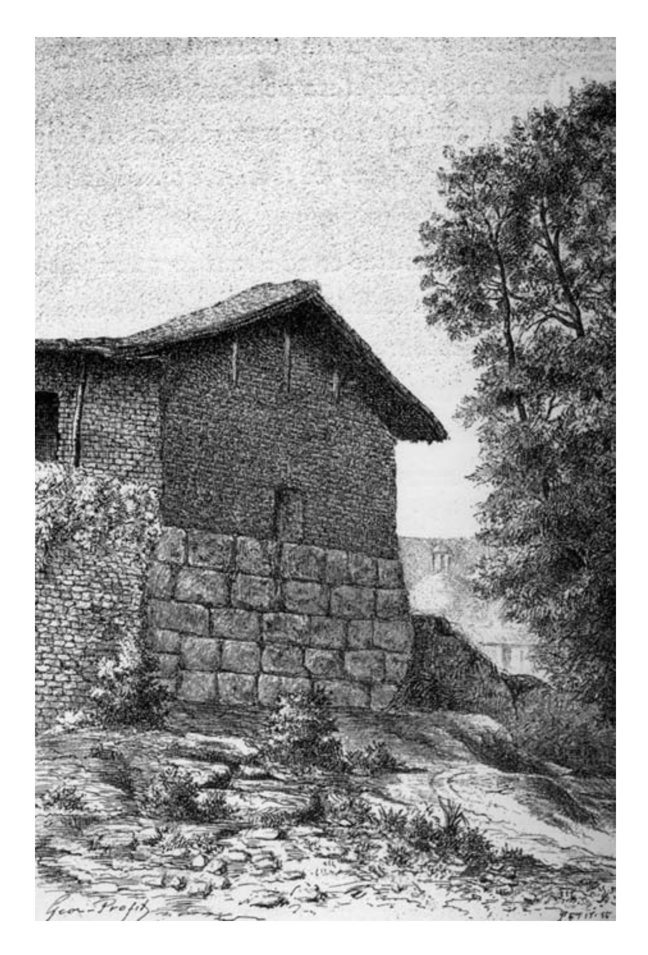
[4] La vara (alna de Castilla) mide 0,85 m.

para proceder a sus abluciones. Una especie de temor supersticioso les hace atribuir a estas ondas benéficas propiedades funestas, tales como la de provocar en todo el cuerpo erupciones y úlceras. No está lejos de creer que los vapores que flotan sobre los bordes son vomitados por algún demonio subterráneo, a tal punto que, con ocasión de las grandes fiestas, hay personas piadosas que consideran su deber acudir en procesión para echar en esta caldera de Satán algunas gotas de agua bendita. Estos pueriles temores no impiden que se utilice el arroyo ardiente para ciertos usos domésticos, como lavar la ropa ordinaria, blanquear las esteras, desengrasar las lanas, pasar por agua hirviendo los pollos antes de desplumarlos. ¿Se trata de desangrar a un cerdo? La operación se efectuará al borde de la corriente sulfurosa donde la víctima, amarrada al extremo de una cuerda, gritará durante horas.

Tal es el baño de Atahualpa. El príncipe residía en Cajamarca. Desde su palacio, que debía cubrir una extensión considerable, queda muy poco.

A la entrada de la ciudad, el sendero que conduce a las fuentes bordea, durante un centenar de metros, un cerco de tapia, parcialmente en ruinas, que a su vez contornea la base de una eminencia rocosa. En la cima de este montículo se alza, sobre afloraciones de pórfido, una porción de terraza de un hermoso aparejo cuyos enormes bloques parecen haber sido puestos directamente unos sobre otros. La construcción no presenta ningún vestigio de cemento; sin embargo, tal es la precisión del tallado y la regularidad de las hiladas, que es difícil, a primera vista, distinguir las junturas. Es un verdadero trabajo de joyería. Sobre esta base indestructible descansa hoy la frágil estructura de una cabaña india de tapia, techada de paja.

En la única habitación que hay allí, donde la luz no ingresa sino por la estrecha y baja puerta, la modesta ropa del campesino ocupa el lugar del mobiliario imperial. Se ven unos harapos en las perchas. En el suelo están alineados los utensilios del hogar que constituyen toda la riqueza de la familia: las ollas de ventrudos, donde el agua se conserva fresca; las jarras de chicha; los sacos de piel de cabra llenos de habas y de maíz. En un ángulo, debajo de una cruz de paja trenzada, clavada al muro, cuatro postes plantados en el suelo soportan un lecho grosero. Cerca del umbral está colgada la ropa de viaje, el birrete de gruesa lana, el poncho tejido por la mujer, las sandalias de piel de llama y la inevitable *chuspa*, bolsita de cuero llena de hojas de coca. Semejante a una tela de araña gigante, una vieja hamaca de fibras de aloe está tendida a través de la pieza. Aislada, silenciosa, la morada seduciría a un anacoreta. Sobre el muro ciclópeo, la frágil sombra de un ramo de *lambras*, abedules de los Andes, pone el velo de duelo que conviene a la majestad caída.



Casa del Inca (Cajamarca)

Un poco más lejos algunos vestigios de mampostería, que datan de la misma época, son visibles en las construcciones del Cabildo y de la cárcel. Una sala baja, que sirve actualmente de prevención, ocupa, según se dice, el emplazamiento exacto de la pieza donde el Inca prisionero se había comprometido a amontonar oro hasta la altura de un hombre, a cambio de su libertad. En este calabozo una media docena de soldados, para los cuales la revisión de ropa interior y de calzado deben ser cosa desconocida, duermen, fuman o cocinan. Uno de ellos me ha señalado, sin titubear, el lugar del suplicio y, sobre la baldosa, un reguero rojizo, la mancha de sangre real que nada puede borrar. Desgraciadamente para esta leyenda acreditada en el pueblo como un artículo de fe, la verdad es que el último Inca pereció no decapitado, sino estrangulado. El crimen, según los relatos de los testigos oculares, fue consumado en la plaza pública, a plena luz, a dos pasos del sitio donde ahora se levanta la capilla de los franciscanos,

sobre esa parcela en declive, invadida por la hierba, de que se han servido las indias del mercado para poner sus puestos de mercancías, esto es arreos de mulas, cestos, rollos de soga de cuerdas de agave, ceramios de forma antigua.

Mis horas después del almuerzo transcurrían en conciliábulos realizados al aire libre, o en una tienda, con las autoridades civiles o militares. Presidía el prefecto, y se platicaba largamente sobre las medidas a tomar en circunstancias tan graves. Ni pensar en intervenir. La fuerza acantonada en Cajamarca se componía de una compañía de ciento cincuenta hombres, y tenía conciencia de su debilidad. Su comandante, que contaba menos años que galones, esperaba para actuar, órdenes y sobre todo refuerzos de Lima. Pues bien, en Lima, se ignoraba todavía los últimos acontecimientos. Desde el día en que llegara la noticia hasta la formación y equipamiento de una columna, podía transcurrir un mes, tal vez dos, si no tres. Se imponía la expectativa. Reconocida esta verdad, la asamblea pasaba a otros ejercicios, y se entregaba, a propósito de mi viaje, a un cálculo de probabilidades. Cada cual daba su opinión, preconizaba un itinerario. ¡Cuántos planes de campaña pacientemente elaborados y al punto descartados! Renuncio a transcribirlos en detalle. Abarcaban todos los puntos del compás, salvo el occidente, pues yo estaba resuelto a intentarlo todo antes que regresar una vez más a la costa. Unos me aconsejaban subir un grado más al norte, hacia la provincia de Jaén, que limita con el Ecuador. Otros señalaban al sureste un paso utilizado en tiempos de los incas, entre el valle del Alto Marañón y el del Huallaga, paso reencontrado a comienzos del siglo pasado por los religiosos de las Misiones de Cajamarquilla, pero, por desdicha, abandonado desde hacía cien años. Ahora bien, como yo no podía ir en busca de informes hasta Manco Capac o Lloque Yupanqui; como, por otra parte, el mapa más reciente que menciona esta vía es la del padre Sobreviela, muerto en 1790, me quedé perplejo.

Había un solo punto que parecía definitivamente claro. De los rumores en circulación, de las opiniones emitidas, resultaba que los territorios situados al este del Marañón y comprendidos entre los 6º7' y 7º 10' de latitud sur, y, en consecuencia, los únicos senderos practicables que unían las dos vertientes de la cordillera oriental, estaban en poder de los insurgentes.

No obstante, si lograba comunicarme con sus jefes, invocando mi posición absolutamente neutral de viajero y de extranjero, tal vez lograría ablandarlos. He dicho que el alma de la revolución era un tal Justo Villacorta, uno de esos tipos extraños con que uno se encuentra en las zonas fronterizas, inteligentes, audaces, desdeñosos de toda ley, y poniendo al servicio de sus rencores o de sus ambiciones el temible ascendiente que tienen sobre los indígenas. El personaje era originario de Cajamarca, donde aún residía una de sus sobrinas. Resolví efectuar una gestión ante ella. Con seguridad

la digna señora no estaba en continua relación con ese pariente de humor turbulento. Pero yo conocía demasiado bien la fuerza y la extensión de las relaciones familiares en este país, las obligaciones que, de acuerdo con las costumbres locales, resultan no solamente de la comunidad de origen sino también de la alianza puramente espiritual, establecida con ocasión de un bautizo, entre los padrinos y madrinas, de un lado, y los padres, abuelos y colaterales del recién nacido, de otro; con demasiada frecuencia había tenido ocasión de constatar cuán poco distendían esos mil lazos la distancia, las disensiones políticas, para no estar seguro de que una petición de la sobrina al terrible tío sería para mí el mejor salvoconducto. Solicité, pues, una entrevista, y envié para tal efecto a la buena dama no una carta, sino a un embajador. Mis homenajes y deseos le fueron, según la costumbre, transmitidos de viva voz por un *criado*.

Criados y *criadas* son criaturas aparte, cuya posición social y múltiples atribuciones en la casa peruana no podrían ser expresados por el vago término de "doméstico". Uno y otra desempeñan, junto a sus amos y amas, un papel bastante complejo que no deja de tener analogía con el de confidente de las tragedias, o de la doncella de confianza de las comedias del antiguo repertorio. Tomados muy niños de la cabaña indígena, con gran alivio de los padres cargados de una numerosa descendencia, deben a este tipo de adopción una situación privilegiada, ciertas familiaridades, una franqueza de gestos y de lenguaje que los distingue de la vulgar domesticidad del peón y de su humilde compañera, encargados de los trabajos difíciles, de la vigilancia del ganado y del gallinero. A veces incluso, nacidos de un capricho amoroso del amo, verán la luz en la casa, y esta filiación natural, que nos les asegura ningún derecho, les vale en cambio consideraciones. Serán tratados por el resto de la familia si no como iguales, al menos con las formas de indulgente indiferencia con que se acogen los pequeños servicios de parientes pobres o los retozos de un animal favorito. Alternativamente camaradas o sirvientes, cuidadoras de los niños o azafatas, secretarios o mensajeros, las cualidades requeridas para el empleo son un estado de ánimo siempre igual, un espinazo flexible y una memoria imperturbable. Buenos para todo quehacer, Frontins y Martons descalzos, de cabellera tupida, pintados con tierra de Siena.



En un país donde se escribe poco, sea por pereza, sea más bien porque la dificultad de las comunicaciones no ha permitido organizar de una manera rápida y segura el servicio de correos local, el criado se convierte en el intermediario indispensable, una especie de *carta viviente* que tiene, sobre la misiva confiada al papel, la ventaja de trasmitir al destinatario la palabra, el acento y hasta el menor gesto del remitente. Su discreción a toda prueba asegura la inviolabilidad de la correspondencia. A menudo me he sentido impresionado por la puntualidad, la expresión atenta y grave con que escucha las charlas más fútiles, y su aptitud para repetirlas sin omitir ni una sílaba, varias horas después, a veces días, con la precisión de un fonógrafo.

Mi emisario reapareció pronto, y, después de una corta inclinación, a guisa de saludo, me dijo que la señorita Villacorta enviaba sus saludos al viajero francés, y que se sentiría feliz de recibirlo el mismo día, si es que él quería visitarla.

Me cuidé de no dejar de hacerlo.

La dama estaba en una sala de ventanas enrejadas, alta y larga como un locutorio de convento. En torno a ella, sentadas en círculo sobre sus talones, servidoras indias charlaban a media voz mientras trabajaban con ahinco, con la aguja y las tijeras, en una pieza de tela de algodón. Dos jovencitas de quince a dieciocho años laboraban cerca de su madre, mientras que en el otro extremo de la pieza tres pequeños jugaban. Apenas había comenzado a exponer la finalidad de mi gestión que, con movimiento de cabeza casi imperceptible, la dueña de casa despidió a quienes la acompañaban. Niños y niñas, y criadas afanadas, después de mirar al extranjero con mirada curiosa, se retiraron sin ruido, sin embargo no muy lejos, pues, durante la media hora que duró la entrevista, a cada minuto una puerta entreabierta furtivamente y unos cuchicheos manifestaban la presencia de un auditorio atento, escondido entre bastidores.

La respuesta fue como yo la esperaba. La señora Villacorta había, desde hacía años, perdido de vista a su pariente, cuyos hechos y gestos ignoraba; se hallaba dispuesta, sin embargo, a proporcionarme una recomendación para él, aunque…

No acabó la frase, movió la cabeza con aire de duda, pero continuó casi de inmediato:

– Voy a escribir la carta.

Redactado el billete, en el momento de entregármelo dudó todavía, y murmuró:

– Sin embargo…

– ¿Teme usted —le dije— que el señor don Justo no la tome en cuenta?

Me interrumpió vivamente:

– No, de ningún modo. Don Justo no puede haber olvidado a su sobrina, pero, escuche usted señor, yo me reprocharía no decirle a usted todo lo que pienso: usted está tomando un camino peligroso. Los indios sublevados controlan todos los pasos. Esas gentes tienen la mano rápida y no saben leer. Antes de que pueda comparecer ante la persona a la que han hecho su jefe, lo matarán a usted, señor. ¡Lo matarán!

El pronóstico no era muy estimulante que digamos. Yo deseaba, sin embargo, ver claro, y con este fin fui al día siguiente, hasta Celendín.

Hay una distancia de doce leguas de una pampa de suaves ondulaciones entre Cajamarca y ese gran pueblo, situado solamente a tres o cuatro horas de marcha del Marañón. La cercanía del profundo valle, ocultado por una última prominencia del suelo, se adivina por los vapores que suben de la sima recalentada y bruscamente condensados por encima de las crestas, dibujando así en el cielo el curso sinuoso del río. El puesto, que resulta ser el más avanzado de la provincia, por el lado del este, parecía menos a un apacible poblado de la Sierra que un campamento de nómades. En el interior del cuadrilátero de casitas bajas que daban, de lejos, la ilusión de una hilera de tiendas de beduinos, se apretujaban los refugiados procedentes de la margen oriental con lo poco que habían podido salvar de su ganado. A su cabeza, el prefecto de Amazonas, un apuesto caballero llamado don Elías La Torre, cuya residencia había sido asaltada y saqueada desde las primeras horas de la rebelión, escapando de milagro a las balas, a las piedras y a las mazas, no debía su salvación sino al perfecto conocimiento que tenía de los menores senderos de la montaña, a la energía de su caballo y a la devoción de algunos servidores indios que se habían mantenido fieles.

Esta multitud se sentía resueltamente pesimista. Seguir adelante, internarse en la región sublevada con la esperanza de llegar a los jefes y obtener su asentimiento: pura locura. Después de cruzar el Marañón, yo no encontraría, en un recorrido de veinte leguas hasta el pueblo de Leymebamba, sino despoblados. Todos los villorrios habían sido abandonados, a comenzar por el pequeño puerto de Balsas, cuyos habitantes habían emigrado en masa a Celendín. Bandas de saqueadores surcaban por todas partes el territorio, incendiando las haciendas, llevándose los rebaños, prontas a saquear todo caserío cuyos habitantes se negaran a hacer causa común con la insurrección triunfante. No podía pretender a pasar desapercibido, ni incluso a comprar mi libertad al precio de un rescate; feliz si solo se me llevaba prisionero, después de haber presenciado el saqueo de mi caravana. Pero, según todo indicaba, no llegaría vivo al desfiladero

y al pueblo de Suta, donde, según se creía, se encontraba el cuartel general de los rebeldes. Por lo demás —y esta consideración primaba sobre las otras—no había que pensar en contratar peones para una expedición de este tipo. Los más determinados movían la cabeza repitiendo obstinadamente:

—*¡Chaymanta mayu, huañui!*– esto es, al otro lado del río la muerte.

¡Imposible contradecir este argumento! Varios, a decir verdad, venían espontáneamente a ofrecerme sus servicios y aceptaban partir, pero solo, se cuidaban de añadir, cuando los *huaynas* —los jovenes— hubiesen llegado.

Provisto de estos buenos consejos y promesas a largo plazo, regresé a Cajamarca. En mi ausencia, la prefectura había recibido de Lima no los refuerzos esperados sino una proclama que publicó al son de la trompeta. El documento constituía el primer acto del nuevo gobierno. Recordaba en sustancia que según las leyes de la República los indios disfrutaban de los mismos derechos y debían ser tratados con las mismas consideraciones que los demás ciudadanos. Si ello significa que en el futuro el aborigen no será más arrancado de su pueblo, brutalmente, como un malhechor, para ser obligado a duros trabajos gratuitos, civiles o militares, nada mejor. Dudo sin embargo que esta fraseología liberal baste para restablecer la paz en la provincia de Amazonas. Las poblaciones saben a qué atenerse sobre los alcances de semejantes discursos, y los toman por lo que son:—*¡Verba et voces, praetereaque nihil!*

Tal era también, parecía, la opinión de las autoridades: al mismo tiempo que se hacía gala de la mayor elocuencia, se recurría a medidas más eficaces. A falta de tropas regulares se procedía a su reclutamiento. En varias ocasiones me había cruzado, en el campo, con indígenas que caminaban por pequeños grupos, con la cabeza agachada y esposas en las manos, escoltados por jinetes bien armados. Y cada vez que yo preguntaba qué crimen habían cometido esos miserables, el jefe del destacamento me respondía con la expresión más seria:

– ¿Criminales? No, señor, voluntarios.

Esta manera de comprender el voluntariado me dejaba pensativo: me pareció más prudente y más expeditivo no esperar la apertura de las hostilidades y proseguir mi viaje por una vía apartada. Pero, ¿cuál? La elección se hacía cada vez más difícil. En fin, después de largos conciliábulos, tomé mi decisión. Intentaría el cruce del Marañón a más o menos sesenta millas hacia el norte, cerca del pueblo de Bagua Grande, en la línea limítrofe de las provincias de Cajamarca, de Jaén y de Bongará, y luego caminaría de nuevo hacia el este por los pueblos de Chipaspampa, San Carlos y Yambajalca. Este itinerario me permitía evitar el territorio sublevado, al abrigo de un macizo de montañas habitado por indios de costumbres

pacíficas. No iba a tardar en reconocer cuán mal inspirado había sido, y que, de todas las opciones, esta era la peor.

El 8 de julio, muy temprano, dije adiós a Cajamarca.

Cualquiera que fuese mi deseo de sustraerme a las manifestaciones supremas de la hospitalidad andina, y de despedirme tranquilamente como corresponde cuando hay tantos motivos para no contar por anticipado con el éxito, no pude esquivar el ceremonial acostumbrado de la partida. Aún no había amanecido cuando un ruido de pasos de caballos y de voces resonó ante mi puerta. Todas las personas que había conocido o solamente entrevisto durante las semanas precedentes se había reunido para acompañarme, según la costumbre, a lo largo de una o dos leguas de la ciudad. En primera fila, aquellos a los que su edad o la experiencia de largos viajes al interior daba derecho de intervenir con una autoridad fuera de discusión, supervigilaban a mis hombres ocupados en cargar las mulas. Aglomerada en la sombra, atrás, se hallaba una plebe curiosa y plena de simpatía.

Acababa de montar cuando una indiecita, niña de unos doce años, deslizándose como una lagartija a través de los caballeros, sin temer el piafar y las coces de las bestias, acudió sin aliento. Era una de las criadas de la casa Villacorta aportándome los buenos deseos de su ama. Apenas si su rostro llegaba al brazuelo del caballo, y yo no distinguía sino sus grandes ojos brillantes como brasas. Asida al estribo, la *carta viviente* recitaba su mensaje con una voz aguda:

– Esto es lo que ha dicho la señorita. Envío mis mejores deseos al viajero francés. Que se acuerde de mis palabras antes de pasar el río y dirigirse al oriente. Los montoneros son malos; los jefes están lejos. ¡Que se conduzca con prudencia y que Dios lo ayude!

– Gracias, chola. Beso las manos de la señorita y le agradezco por su solicitud. Toma para ti esta medalla en la cual está grabada la imagen de la patrona del Perú. Consérvala, ¡y que Santa Rosa te proteja!

La niña tomó la pieza, que llevó a sus labios, y se fue encantada.

Henos aquí fuera de la ciudad, atravesando la llanura al galope. Mis peones y las mulas han tomado la delantera y suben ya las primeras pendientes. Mi escolta no podía consentir en volver riendas sino una hora más tarde, cuando hubiéramos alcanzado el borde de la meseta. Un último abrazo, y nos separamos para no volvernos a ver nunca. La pequeña cabalgata desapareció detrás de un pliegue del terreno mientras que yo proseguía mi camino hacia lo desconocido.

La verde cuenca de Cajamarca, las crestas mismas del vasto circo se habían hundido desde hacía largo rato bajo el horizonte; la jornada tocaba

a su fin, y yo aún reconocía el emplazamiento de la ciudad de Atahualpa por el penacho de vapores que subía de las piscinas del Inca hacia el cielo inmaculado.



CAPÍTULO III

I. Bambamarca.- Alerta.- Aliados imprevistos.- La hacienda de Rambran.- El Marañón.- Travesía del río a nado.- Prisionero.- II. Retroceso hacia el sur.- El vado de Huanabamba.- Cajamarquilla.

La región que se atraviesa, al salir de Cajamarca, es casi desierta. Durante dos días de marcha, en una distancia de cerca de veinte leguas, no he encontrado más que tres puntos poblados: las haciendas de Yanacancha, Chanta y Llaucán, construcciones oscuras, mitad granjas, mitad torreones, perdidas en la inmensidad de los pastizales. La primera, donde pasé la noche, estaba ocupada por un vaquero de cuerpo atlético, de rasgos hoscos, que vigilaba solo el rebaño reunido en el corral, en plan de hombre decidido a rechazar, con igual vigor, los ataques del puma, el gran felino de las cordilleras, o los ataques del indio bandolero. Deseoso de verificar su hospitalidad por medio del ofrecimiento de algunas baratijas, le pedí que escogiera en mi pacotilla lo que pudiera gustarle, y me respondió como el niño griego:

– ¡Quiero pólvora y balas!

El 7, a mediodía, llegué al villorrio de Bambamarca, instalado como un reducto sobre un escarpado promontorio, al salir de un angosto desfiladero. Todo dormía bajo el calor abrumador, más intenso por efecto de la reverberación. Bajo sus techos de paja invadidos por la hierba, las casuchas de tapia parecían otras tantas casamatas. Mis peones, en busca de alfalfa para los animales, me habían dejado hacía un cuarto de hora, y allí en el centro de la plaza, en el silencio inquietante de las casas cerradas, empezaba yo a encontrar prolongado el tiempo, cuando se entreabrieron las puertas, unas cabezas se asomaron, y pronto los habitantes de ambos sexos, después de asegurarse de que el extranjero que turbaba su siesta no parecía animado de malas intenciones, acudieron a formar círculo en torno a mí con el apuro de una reunión de feria en espera de la función del saltimbanqui. Mientras tanto dos hombres, dos blancos, se adelantaron, y con gesto imperioso hicieron retroceder a los espectadores. Uno de ellos, a pesar de su atavío local, su ancho sombrero y su amplio poncho de piel de cabra, no era visiblemente del lugar. Su barba rubia, sus ojos azules, revelaban a un anglosajón, al *settler* norteamericano. Su compañero, en cambio, encarnaba el tipo perfecto del hidalgo peruano, en el cual la ruda existencia de la montaña y las promiscuidades de la vida india no llegan a borrar las cualidades de raza. Este último, sin mayor preámbulo, pero con el tono más afable, me preguntó quién era yo, de dónde venía, adónde iba.

— ¿De dónde viene? ¿Adónde va?[1]

La fórmula, que en otra parte parecería de un brutal laconismo, es aquí de uso corriente y no procede, como podría creerse, de una falta de maneras. No es dictada por un vulgar sentimiento de curiosidad, sino, en la mayoría de casos, por el afán de ser servicial. Es un asunto de cortesía. Se pregunta al viajero sobre el itinerario que piensa seguir para estar en condiciones de proporcionarle alguna información útil y, de ser necesario, prevenirlo de un mal paso.

Al oír mi respuesta, mi interlocutor exclamó:

– Caballero, ¡el cielo ha permitido que me encuentre en su camino! ¡Si usted continúa en esa dirección, antes de tres días será usted hombre muerto!

Semejante consejo, dado con ese tono de seguridad, proporciona motivo para reflexionar, precisamente porque emana de un desconocido cuya súbita intervención puede parecer extraña. Nuestro hombre, por lo demás sustentó su opinión con una serie de detalles precisos: la insurrección se había extendido rápidamente a las provincias del norte; los indios sublevados acababan de invadir la de Bongará, cuya capital habían

---

[1] En español en el original. [N. del T.]

incendiado, el pueblo de San Carlos, que se encontraba precisamente en mi camino. Yo iba a caer en sus manos, y el hecho mismo de intentar el paso por una vía apartada me hacía doblemente sospechoso a esos miserables. Lo más prudente era tratar de no desviarme y abordar de frente al enemigo, tratando de hacer reconocer mi condición absolutamente neutral de viajero y de extranjero.

La cosa, prosiguió él, no tenía nada de imposible si yo aceptaba seguirle a su hacienda, situada a dos días de allí, a la vista del Marañón. En la ribera opuesta se encontraba una casa actualmente en poder de los indios, pero su copropietario, el señor José María Anduaga, había abrazado el partido de la revuelta a fin de salvar su persona y sus bienes. Se le reconocía como jefe en toda esta parte del valle. Encontraríamos manera de comunicarnos con él, y no había duda de que consentiría en hacerme continuar el viaje bajo la égida misma de los rebeldes.

– Mi nombre —concluyó el orador— es Juan Pío Burga, y me sentiré contento de ayudarlo.

El ofrecimiento, a pesar de su brusquedad, correspondía a las tradiciones tan hospitalarias de estas regiones. Fue formulado en un tono de innegable franqueza. Sin embargo, yo vacilaba en responder cuando el otro individuo, el hombre de la barba rubia, me dirigió la palabra en inglés.

Adivinaba mis temores, muy naturales. Cualquier otro, en mi lugar, se habría preguntado del mismo modo si convenía prestar crédito a las afirmaciones del primer llegado. Pero, entre europeos a los que el azar de los viajes reunía en un continente lejano, nos debíamos socorro y protección. Del mismo modo que yo, no era del país, si bien residía en él desde hacía casi veinte años. Se llamaba Martin Asteker, era de origen alemán y había vivido por largo tiempo en los Estados Unidos antes de venir a intentar fortuna en el Perú. Poseía tierras en la provincia de Amazonas, pero consideraba prudente la retirada para evitar comprometerse en el movimiento insurreccional. Era gracias a la devoción de su amigo Pío Burga que había conseguido ponerse en lugar seguro. Don Juan haría por mí lo que había hecho por él, y yo podía confiar en su palabra.

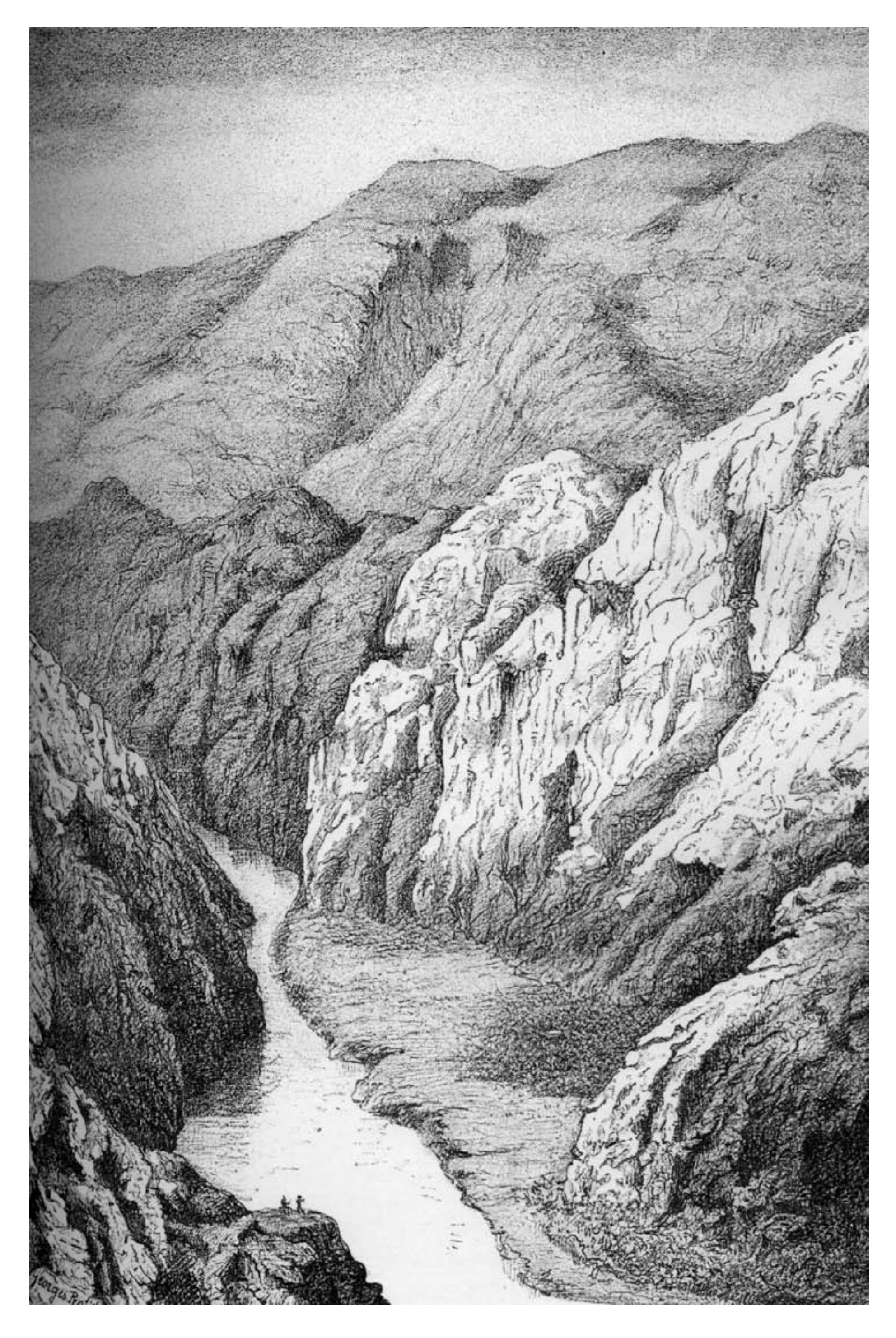
Debe creerse que hay algo comunicativo en el acento de un hombre honrado. Tal *speech* acabó por disipar mis dudas, y seguí a mi improvisado guía. No dependió de él que cumpliese rigurosamente todas sus promesas. Pero si bien los acontecimientos desmintieron sus previsiones, si no tuvo éxito en obtener para mí un libre paso, no por ello tiene menos derecho a mi reconocimiento. Sin su intervención, ignorante del peligro que me amenazaba, yo habría perecido días más tarde en una masacre.

Al día siguiente, temprano, dejábamos Bambamarca, no sin haber sido retrasados, a último momento, por la interesada visita de una multitud

de buenas gentes que venían a solicitar consejo sobre los asuntos más diversos. Asistí a una de esas escenas que, posteriormente, se me hicieron familiares, en las que el hombre blanco debe decidirse a desempeñar, de buen o mal grado, un papel para el cual con frecuencia sus antecedentes lo han preparado de modo insuficiente. A ojos del indígena es el doctor de los doctores, médico por excelencia, y, en tal condición, no puede decentemente negar sus servicios bajo pena de perder de inmediato todo prestigio. Mi compañero se las arregló con algunas buenas palabras, prescripciones banales dadas con el aire más serio, y el cliente partía reconfortado. La más tenaz fue una anciana de edad indefinible. Se quejaba de que sus ojos se debilitaban, sin que fuese posible, según ella, sospechar la causa. La única respuesta que se podía dar a la abuela es que hay no una sino cerca de cien razones para que su vista no fuese ya muy nítida; pero no es eso lo que ella espera: hay que encontrar otra cosa. El hacendado se esfuerza en detallar una receta bastante complicada, en la cual, según advierto, hay una poción y una fricción: en una y otra la base de la fórmula es el alcohol de caña, y no puedo dejar de pensar que el medicamento tiene más de ponche que de colirio. Al menos, por ahora, la paciente está contenta. El porvenir pertenece a Dios.

Acabada esta consulta, nos pusimos en marcha. La etapa es de más o menos veinte leguas sin encontrar un ser humano. Los únicos habitantes de esta parte de las mesetas son el *atoc,* o zorro de las sierras, y una especie de perdiz a la que los indios llaman *yutu*, muy semejante a la perdiz moñuda de California. Esta presa, muy delicada, abunda. Muchas veces y a la misma hora, estas aves partían delante de nosotros por centenares. De trecho en trecho, en un pliegue del terreno, aparecía una laguna de aguas oscuras, donde retozaban numerosas familias de *huacchuas*, notable especie de ganso salvaje con un cuerpo de un blanco de nieve, alas matizadas de verde y de lila. Ninguna otra manifestación de vida en estos admirables pastizales naturales, que podrían alimentar a inmensos rebaños.

En la noche del segundo día habíamos alcanzado el borde de la escarpadura que domina el valle del Marañón. ¿Pude decir valle? Corredor, hendidura, serían palabras más exactas. Uno creería que el macizo andino ha sido hendido de un hachazo, y, a una profundidad de más de dos mil metros, serpentea el río entre paredes casi verticales. He aquí, pues, el Río Mar. Es el hijo que acaba de nacer: visto desde tan alto, su lecho atormentado no es más que una cinta color ceniza. Pero el marco es colosal. Frente a nosotros se redondeaban las cimas gigantes de las montañas de Amazonas, de un matiz semejante al de los pastos alpestres, verdor tan pálido que se confunda en el horizonte con el azul del cielo. El sol poniente lanzaba sobre esta tempestad de cimas y de precipicios reflejos de incendio.



Valle del Alto Marañón. Pongo de Tupen (Cordillera Central).

Hay emociones de las que uno no podría sustraerse, que se hacen más raras a medida que se avanza en la vida. Nadie olvidará la sensación que ha experimentado al percibir, por primera vez, uno de los grandes espectáculos de la naturaleza: el océano, el desierto, las nieves eternas. Yo he vuelto a hallar esta profunda impresión frente al Marañón. La imaginación, sin duda, sufre por ello; pues el paisaje, de una grandiosidad demasiado austera y severa, no es de aquellos que cautivan. Pero ¿cómo no permanecer un momento pensativo ante ese curso de agua, origen del río más grande del mundo? ¡Cuánto le resta por recorrer antes de perderse en el Atlántico! Cerca de tres mil leguas a través de los desfiladeros oscuros, los archipiélagos reverdecientes, los bosques inexplorados. Ha de recibir las aguas de una cuenca casi tan vasta como Europa; los buques podrán remontarlas hasta el pie de los Andes y seguir sus afluentes durante meses. Es el Mediterráneo de América Latina.



Hacienda de Rambran

Un estrecho sendero, abierto ora en la roca viva, ora en los derrumbes, lleva a la hacienda de Rambran, situada a igual distancia de la meseta y del valle, sobre un estrecho rellano, como suspendida encima del abismo. Es una hacienda de montaña, una serie de construcciones que no tienen más que planta baja, de muros de tapia, y dispuestas en forma de polígono en torno a un área mal nivelada, donde circulan mezclados caballos y mulas, puercos y gallinas. Una construcción, de dimensiones más vastas que las de sus vecinas, sirve a la vez de tienda, de depósito y de capilla: allí se guardan los arreos, las jarras de aguardiente o de melaza y la imagen grosera del santo protector de la casa. En el centro de aquel espacio se eleva una estructura extraña, que consiste en media docena de postes clavados en el

suelo y que soportan una plataforma en forma de claraboya hecha de perchas cruzadas. Esta especie de emparrillado esta destinado a recibir la carne de los animales sacrificados, cortada en lonjas y salpicada de sal. Después de dos o tres días de exposición al sol, la carne, reducida al estado de virutas, es guardada en sacos de cuero, donde se conserva durante varios meses. Es lo que se llama *charqui,* alimento insípido y de apariencia que no tiene nada de apetitosa, pero de una gran ayuda en los largos viajes a través de las cordilleras. Dispersas en las pendientes circundantes, las cabañas de los peones, hechas de arcilla y de pasto, levantan sus techos de palmas a respetuosa distancia de la vivienda del hacendado.

La explotación comprende la crianza de ganado, pero sobre todo, en las hondonadas protegidas del viento, el cultivo de la caña y el maíz. Además del aguardiente, el principal artículo de exportación de este tipo de hacienda es la chicha, bebida nacional de la que se hace un prodigioso consumo, no solamente en los villorrios de la Sierra, sino también en la costa[2].

Apenas si hay una existencia más ruda que la de un hacendado en esta región perdida. Separado, durante la mayor parte del año, de su familia, que reside en la pequeña ciudad, a cuatro días de allí, vive en medio de sus peones, sin ninguna distracción más que la caza y, a raros intervalos, la visita de un viajero o de un vecino. La expresión, entre paréntesis, no tiene aquí más que un valor muy relativo: las distancias son tales que dos amigos que tienen que hacer solamente un viaje a caballo de cinco a seis horas pueden considerarse puerta a puerta.

La vivienda del propietario apenas si es más lujosa que la de la servidumbre diseminada en los alrededores; el menú ordinario, con pequeñas variaciones, es el mismo para el amo y sus servidores: carne

[2] Esta bebida, a la que a menudo he aludido en este relato, se prepara de la manera siguiente:

Después de dejar remojar el maíz durante dos días en la misma agua, se lo pone en una gran tinaja cuyo interior habrá sido previamente tapizado con grandes hojas. Recubrir igualmente con follaje el orificio del recipiente. El grano debe permanecer allí hasta que comience a germinar, es decir más o menos una semana, después de lo cual se extiende al sol para hacerlo secar. La malta así obtenida se llama, según las localidades, *guiñapo* o *jora.* Es molido, y luego se le somete a hervor por un buen tiempo empleando más o menos veinte kilos de malta por cien litros de agua. Colar después y añadir diez o quince kilos de melaza. Dejar fermentar durante un tiempo, que varía de uno a ocho días, según la temperatura. La chicha puede conservarse durante varios meses, y en caso de necesidad más de un año si se tiene el cuidado de mantenerla completamente al abrigo del aire y de la luz. Para ello los indios entierran sus jarras y apisonan la tierra con piedras… o bailando.

Me ha parecido conveniente reproducir la receta indígena, pues la bebida es deliciosa: su sabor, cuando está fresca, recuerda, hasta el punto de que uno puede confundirse, la de la mejor cidra.

seca, raíz de yuca sancochada o cocida bajo las cenizas, maíz tostado. Como bebida agua clara y chicha: de cuando en cuando una copita de aguardiente, unos tragos de este alcohol de caña que justifica plenamente su nombre de «agua de fuego» [agua ardiente], eso será lo único extra, la única infracción a un régimen cuya austera uniformidad rechazaría el más humilde habitante de nuestros campos.

Pasé en la hacienda el día 12, que era domingo. El campesino de la Cordillera, riguroso observador, no diré del descanso, sino del placer dominical, se dedica a ese día de todo corazón. La diversión comienza, como es de rigor, con un homenaje tributado al santo encargado de velar por la casa y sus dependencias. Se concurre al depósito que hace de capilla, y la imagen venerada, colocada sobre unas parihuelas, es paseada por el contorno del patio interior. El jefe de los peones encabeza la marcha, agitando una campanilla o golpeando una contra otra dos rodelas de madera. A sus lados, dos asistentes portan, a falta de estandartes, largas varas flexibles y se detienen, cada diez pasos, para inclinarlos con una reverencia al costado del santo. Este se halla representado por una figura informe tallada en un tronco nudoso, o por un maniquí vestido con trapos multicolores, con la cabeza ceñida por una aureola de cartón o una corona de flores silvestres.

La procesión da dos o tres veces la vuelta por el recinto, después de lo cual la la estatuilla es colocada nuevamente en su nicho; se cierra el santuario y el resto de la jornada está dedicado a los regocijos profanos, a los cantos, a las danzas, a los disfraces. Niños y mujeres se divierten poniéndose en el rostro unas máscaras extraordinarias recortadas en un pedazo de corteza o de cuero, o en una calabaza, mientras que una discordante orquesta, compuesta por una marimba (embrión de arpa), de una caja (tambor chato) y una zampoña (flauta de Pan) pone en movimiento

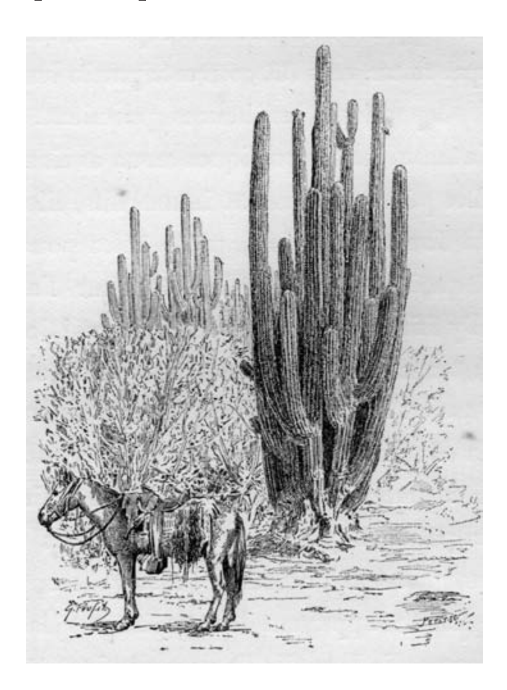


Indias y mestizas. Hacienda de Rambran

a los danzantes. A veces, mientras estos toman aliento, los músicos, en lugar de detenerse, tocan en sordina, disminuyen el ritmo y uno de ellos entona, con una voz quejumbrosa, sobreaguda, una improvisación extravagante, en la que el español y el quechua, combinados en dosis iguales, producen la cacofonía más inesperada. Así la copla siguiente, dirigida a una tímida belleza:

Imaina manchachicui
¿Mi corazón en tu poder?
Manarac mediorapi
¡Yo te enseñaré a querer![3]

Copiosas libaciones acompañan a la fiestecita, que no acaba sino cerrada ya la noche. Tiene como epílogo una segunda visita a la capilla y una reaparición del santo, paseado por segunda vez de puerta en puerta, a la luz de las linternas y de antorchas. El cortejo avanza con menos orden que en la mañana, y los portadores hacen describir a la augusta efigie zigzags inquietantes. Se hace alto ante la morada del hacendado. El jefe del cortejo, esto es el peón con la campanilla, acompañado por sus dos ministriles con las varas, se adelanta hasta situarse a dos pasos del terrateniente y de su huésped, que se hallan tomando el fresco en el umbral de la casa, y los tres se inclinan profundamente. Después cada cual entra a su morada, el santo vuelve a su retiro, la domesticidad a sus cabañas. La hacienda se duerme; no se siente otro ruido que el resoplido de las mulas en el corral, el llamado quejoso de un perro aullando a la luna, y el rumor del río que corre al fondo de las gargantas, rumor devuelto por el eco de cima en cima, hasta el infinito, ora resonante, ora velado, de acuerdo con las bruscas variaciones del viento.



Cactus-cirio de la Cordillera

El 13 por la mañana me dirigí con Juan Pío Burga hacia el Marañón.

[3] Versos seguidos en el original por su traducción al francés. La transcripción del quechua es de Monnier. [N. del T.]

El sendero apenas trazado serpentea entre las rocas movedizas, las pendientes cubiertas por una hierba corta y seca, resbalosa como la escarcha; discurre a lo largo de estrechas cornisas a pico sobre el precipicio, se hunde en desolados barrancos, donde no mana ni una sola fuente, bajo breñales de cactus, erizados de dardos espinosos. Después de tres horas de descenso vertiginoso, alcanzamos el río. Su anchura apenas si excede, en este punto, los sesenta metros. La orilla izquierda, donde nos encontrábamos, es árida, sin otra vegetación que los agaves y los cactus, la mayor parte de los cuales alcanza dimensiones colosales. Entre la base de la montaña y el borde del agua las crecidas habían amontonado un enorme ruedo de arena y cantos rodados. De este promontorio abrasado por el sol de mediodía, bajo una luz cuya radiación era casi insostenible, en medio de una nube de mosquitos, yo observaba la otra ribera donde se extendía, en la desembocadura de un vallecito lateral, el verde oasis de Tupen, un bosquecillo de palmeras y naranjos que nos escondían la casa. Pero no era visible ninguna huella humana: ni una canoa, ni la más pequeña balsa amarrada cerca de la orilla, nada de humo por encima del bosque. En vano gritamos: todos nuestros llamados quedaron sin respuesta, ya sea porque no se quiso escucharnos, ya sea porque nuestra voz era cubierta por el ruido de la corriente.

Mientras tanto las horas pasaban. El calor se hacía cada vez más intenso. Los mosquitos nos habían hecho sangrar el rostro y las manos. Los peones se mantenían inmóviles, silenciosos, junto a las mulas descargadas, con el látigo en la mano, listos a empujarlas hacia el agua a la primera señal. Pero, ¿para qué mandar los animales a la otra orilla, cuando era imposible hacer pasar también los bultos? Yo corría el riesgo de verlos escapar a través del monte, a menos que los indios de Tupen no los declarasen presa libre. E incluso, si hubiese podido enviar a uno de mis hombres ir por delante, con seguridad la travesía del río no habría sido sino un juego, como es para arrieros acostumbrados a franquear casi diariamente los impetuosos torrentes que cortan los senderos de la Cordillera. Pero ni pensar en ello. A mi pedido, mis gentes contestaron con une negativa categórica, apoyándose en el trato que habíamos hecho, según el cual no podían ser obligados, bajo ningún pretexto, a aventurarse más allá del Marañón.

La excusa era perentoria: recurrir a las amenazas habría sido violar brutalmente, ante esos pobres diablos, la palabra empeñada y ponerlos en guardia, en el futuro, contra las promesas de un blanco. A falta de otra virtud, el indio tiene un profundo sentimiento de equidad: es raro que se niegue obstinadamente a un acto cuya justicia se le haya demostrado. En caso contrario, cederá quizás ante la fuerza, pero no dejará de tomar venganza de la violencia que le ha sido hecha, así fuese largo tiempo después, en la persona de otro europeo.

Hay que recordar, en efecto, que para el indígena el matiz de la piel equivale a una señal de parentesco. Sería difícil persuadirlo de que dos individuos del mismo color no son miembros de una misma familia, y de que su resentimiento lo extravía cuando hace pagar a uno los malos procederes del otro. Esta es una verdad conocida por todos los que han vivido en una región india, ya sea que hayan tratado con las poblaciones agrícolas y sedentarias de las sierras, o con los nómades de las llanuras amazónicas. Por eso hay que tener cuidado de no recurrir a la intimidación, salvo en circunstancias críticas y cuando es evidente que la culpa es de ellos. Es necesario que el culpable sepa bien en tal caso que si se resiste, la amenaza será seguida por un efecto inmediato. Los vanos signos de impaciencia, los apresuramientos irreflexivos, los rigores inútiles, no tienen otro resultado que disminuir la autoridad del jefe y provocar, en el futuro, represalias a veces terribles contra un viajero inofensivo. Los blancos, en sus relaciones con el indígena, no podrían sustraerse a esta responsabilidad colectiva. Son varios lo que, por no haberlo recordado, han causado, sin que lo sepan, la ruina de una expedición posterior: la masacre o la cautividad de un explorador o de un misionero pacífico, el incendio de una vivienda donde, pocos días antes, quizá habían recibido hospitalidad.

Tuve cuidado, pues, de no insistir. Mientras tanto el día avanzaba. Una hora más, y la noche habría llegado. El sitio no ofrecía ninguna de las condiciones requeridas para el campamento más sumario. Ni una mata de hierba para las bestias; ni un átomo de leña para encender las fogatas cuyo círculo ardiente mantiene a respetuosa distancia a los animales carniceros. Menos numerosos que en la gran Cordillera, y, en particular, en los bosques vírgenes de la vertiente oriental, fieras de talla respetable, tales como el puma (león negro) o el oso *ucumari*, frecuentan las gargantas de la Sierra, rondando a proximidad de las aldeas, de las granjas, de las recuas de mulas sorprendidas por la noche, sin traspasar sin embargo la línea trazada por el fuego. No hay, para rechazar sus ataques, arma más eficaz que las llamas. La falta de combustible, y, como consecuencia, del brasero protector, es uno de los peores contratiempos a los que está expuesta una caravana.

¿Qué partido tomar? En mi impaciencia llegué a preguntarme si lo más simple no era de ir yo mismo en busca de información y pasar el río a nado, lo cual no me parecía una hazaña peligrosa. Me acordaba de haber atravesado en Francia ríos tan anchos como este. La corriente, en este sitio, era más bien moderada y no me arrastraría muy lejos si tomaba como punto de partida uno situado un poco aguas arriba. La sola eventualidad temible habría sido la presencia de caimanes y de las numerosas serpientes de agua que infestan la mayoría de los ríos tropicales. Pero los saurios y otros reptiles no aparecen sino más abajo, después del pongo de Manseriche, más allá de los últimos rápidos. Jamás se les encuentra en la parte torrentosa de los

ríos. Necesitan aguas más tranquilas y una temperatura media más alta, así como las profundidades, la cercanías de las junglas pantanosas y de los lagos, que les sirven de refugio en la época de crecidas. Por este lado nada que temer; mi compañero me lo confirmó, y exclamó, a manera de aliento:

– ¡Ah, si yo fuera buen nadador o solamente más joven! ¡Pero debo confesar que nunca fui de los primeros en ese ejercicio, y ya no tengo veinte años!

La tentativa no tenía, pues, nada de irracional, y, de hecho, no me costó gran esfuerzo. Me quité la ropa, no conservando más que mi poncho enrollado sobre mi cabeza, y luego remonté la orilla arenosa más o menos unos ciento cincuenta pasos, y me lancé resueltamente al agua. La corriente era en realidad más rápida que lo que había supuesto desde la orilla. Sin embargo, mi ruta oblicua no se alargó en extremo, y no derivé sino algunos metros aguas abajo de la lengua de tierra donde estaban Juan Pío Burga y los peones. Estos saludaron mi feliz llegada a la otra ribera con reiteradas aclamaciones, agitando al aire sus grandes sombreros de paja con gestos de triunfo.

Mi alegría, no obstante, no dejaba de estar acompañada por algunos temores. Si el paso de la orilla izquierda a la derecha no ofrecía ningún peligro, debí reconocer, un poco tarde, que la travesía en sentido inverso sería azarosa. Más arriba de la pequeña ensenada de arena donde acababa de tocar tierra, la orilla se tornaba escarpada; la roca se hundía a pico. Imposible efectuar, al regreso, la misma maniobra que tan bien me había resultado, e ir a buscar un punto situado a unos cien metros aguas arriba. En cambio, aguas abajo la velocidad de la corriente aumentaba; en la superficie grandes círculos concéntricos, súbitos borbotones, señalaban la presencia de remolinos, y el río, con cortas olas, se hundía media legua más abajo en un estrecho desfiladero con estruendo de catarata. Todas mis probabilidades descansaban ahora en la disposición del hacendado de Tupen y de los indios alistados bajo sus órdenes. Tenía la esperanza de que se mostrarían acogedores y que me darían, si no libre paso, al menos me devolverían a la otra margen en una de sus embarcaciones, piragua o balsa. No se me ocultaba, en caso contrario, cuán difícil me sería regresar a nado a mi campamento.

Penosamente, sobre un suelo ardiente, sembrado de piedras cortantes, alcancé el borde del bosque, no sin preguntarme qué clase de gente iba a encontrar y qué recepción se me brindaría. Era claro que mi ropaje, que pecaba de simplicidad, me quitaba un poco del prestigio necesario a un negociador. El hecho es que, por esta razón o por otra, la tratativa no debía ser feliz. Descubrí la casa-hacienda, casi oculta en el verdor, en el centro de una plantación donde, mezclados, crecían naranjos y cocoteros, donde

el arroz y la caña crecían entre los algodonales con una exuberancia que se explicaba por el alegre murmullo de un arroyo que descendía del cerro. Pero la vivienda, un simple hangar con tabiques de estera, parecía vacío. El desorden y suciedad del lugar, el techo de paja en jirones, la puerta arrancada de sus goznes, los detritus en el umbral, todo manifestaba la ausencia del propietario. La persona a la que los indios habían, según se decía, reconocido como jefe, debía estar lejos, quién sabe, destituido de su efímero poder, prófugo, muerto tal vez. En su lugar encontré, reunidos en una casucha, unos quince peones desharrapados ocupados en tomar *borracha*.

Mi inopinada aparición provocó un movimiento de estupor, un silencio de algunos segundos, al cual sucedió una tempestad de imprecaciones, de gritos inarticulados, de preguntas furibundas. En un abrir y cerrar de ojos fui atrapado, arrastrado al fondo de la cabaña, apremiado por un círculo de energúmenos con los ojos encendidos, la boca abierta y exhalando amenazas y alcohol.

Los *"¿Pitac?… ¿Mainecmanta chayai?* ¿Quién es ese? ¿De dónde viene?" llovían tupidos como granizo. Cuando, aprovechando un corto momento de tregua, les hice comprender de qué manera había venido, las vociferaciones recomenzaron con toda su fuerza. Estos rostros que nunca ríen se distendieron en una mueca de suprema incredulidad. Uno de los pícaros se precipitó fuera y corrió hacia el río para asegurarse de que yo había dicho la verdad. Pronto volvió gritando *"Mana huampu!* ¡No hay balsa!", y añadiendo que se veía allá al otro lado de la corriente caballos y hombres armados, sin duda soldados. Después, tornándose hacia mí, tuvo la cortesía de decirme:

– Tú nadas bien.

Aunque halagado por el cumplido, no dejé de advertir lo que su información tenía de inexacto. No, los hombres que esperaban al otro lado del río no eran soldados, sino peones a mi servicio, y el jinete que los acompañaba era mi amigo Juan Pío Burga. Lo conocían, pienso.

Mi auditorio hizo oír un gruñido afirmativo. El hacendado de Rambran no era un desconocido.

–Yo venía ––proseguí—, como viajero extranjero animado de los sentimientos más pacíficos, para ponerme bajo la protección del señor José María Anduaga. ¿Dónde estaba el señor don José?

La pregunta fue muy mal acogida. Dos o tres voces insolentes respondieron secamente…

– ¡No está!

– ¿Cuándo volverá?

– No lo ha dicho.

– ¿No puede uno de ustedes ir a buscarlo para prevenirle que el señor Pío Burga le pide para este extranjero, amigo suyo, hospitalidad y el derecho de continuar su camino?

– No… ¿Adónde va el extranjero?

– A Chachapoyas.

– ¡No, no irá!

Una negativa en regla. El nombre de ese hacendado había perdido, evidentemente, todo prestigio. Comencé a temer que, lejos de poder venir a ayudarme, tuviese él mucha dificultad en salir del aprieto. Era el momento más adecuado de hacer intervenir una influencia más alta, la del protagonista de la rebelión, Justo Villacorta. Insinué, pues, que este poderoso personaje me honraba con su amistad. Era portador, para él, de una *quellca* (una carta, un papel) muy importante, que debía entregarle sin retardo.

– ¿Dónde está la *quellca?*

Expliqué que no la tenía conmigo, y con razón. Pero que si se quería darme, para volver a mi campamento, una embarcación y un hombre, este traería el mensaje.

Por un instante creí haber acertado y que mi propuesta iba a ser aceptada. La autoridad del jefe, invocada con tanta seguridad, daba qué reflexionar al más obstinado. Siguió una discusión muy viva, con todos los interlocutores hablando a la vez, tanto que aun con la mejor voluntad del mundo y el conocimiento más profundo del idioma local no habría sido posible discernir hacia qué parecer se inclinaba la mayoría. Mientras tanto, en medio de esta cacofonía, creí escuchar, lanzada varias veces, la palabra *pacoma* (prisionero). Por desgracia, estaba en lo cierto. Terminado el debate, uno de los oradores me resumió las conclusiones, nada favorables. No se ponía en duda mis palabras, la historia de la carta, mis buenas relaciones con el jefe. Se limitaban a hacerme saber que el paso del río estaba y permanecería prohibido, y, lo cual era más grave, que se me retenía preso hasta nueva orden, por haber infringido esa prohibición.

El que me daba estos detalles, en una mescolanza hispano-quechua, de la que parecía muy orgulloso y de la cual me hubiese reído con ganas en otras circunstancias, me señaló que él era *mayoral* de la hacienda (jefe de los peones). El hombre era un mestizo de pequeña talla, un poco contrahecho, de mirada huidiza. La frente baja, la boca sensual y mala revelaban, como sucede a menudo en los individuos de este género, los vicios de ambas razas, sin ninguna de sus cualidades. Afirmaba por otra parte que no se me causaría daño si yo no intentaba escapar; si tenía algo que decir, era a él que debía dirigirme, ya que era el único con derecho a mandar, y que sus compañeros lo obedecían como a su jefe.

No podría pretender que escuché todo ello sin emoción, y si bien hice todo lo que pude para no dejar traslucir nada, no por eso aquella fue menos viva. Sin embargo, después de callar por un minuto, por el temor de que en una réplica apresurada mi voz no se oyera muy segura, respondí a estos miserables, con un tono de indiferencia, que me podían retener si eso era lo que querían. A decir verdad mi persona, sobre todo en esa sumaria vestimenta, no era una presa muy codiciable. Quizá pensarían preferible cambiarme por algunos objetos menos incómodos e infinitamente más valiosos. En ese caso estaban avisados de que, si consentían en equipar una balsa o una piragua y llevarme de regreso a la otra orilla, sería un placer para mí distribuirles regalos. La propuesta, añadí, valía ser reflexionada. Esperaba su contestación con toda paciencia, al no estar apurado en dejar tan buena compañía.

La oferta causó efecto, y me valió de inmediato algunas atenciones. Se me trajo a la casucha en la que fui confinado con una buena custodia, una estera, una escudilla de maíz sancochado salpicado de charqui, e incluso tabaco. A través de los intersticios de la palizada distinguía al cobrizo areópago ocupado en deliberar sobre mi suerte, al tiempo que degustaban el *caldo,* triple infusión de carne seca, de toronjil y de hojas de coca. La sesión se prolongó hasta adelantada la noche, a la claridad de un fuego hecho con ramillas de matorrales.

A pesar de las emociones de la jornada, de la fatiga y de mi decisión de permanecer calmado, apenas si pensaba en el descanso. Mil pensamientos rondaban mi mente. ¿Qué estarían pensado mis compañeros al no verme de nuevo? Podían suponer que me había sucedido una desgracia, que me habían matado o que había sido llevado por mis agresores a uno de sus villorrios. En la duda, y en la imposibilidad de socorrerme, ¿por cuánto tiempo me esperarían? ¿Quizá se habían decidido ya, vista la situación, a emprender la retirada? En este caso, llegado el día, si mis carceleros, suponiendo que estuviesen dispuestos a soltarme, no veían a a nadie en la otra ribera, mis promesas carecerían entonces para ellos de valor, y se creerían engañados. ¿Qué pasaría entonces? En fin la embriaguez podía, de un momento a otro, provocar un brusco despertar del bruto feroz que duerme en el fondo del indio, incluso civilizado. Suposiciones que, durante horas desmesuradamente largas, me mantuvieron despierto. Al fin, sin embargo, el agotamiento, el calor sofocante, vencieron esa afiebrada excitación, y caí en un profundo sueño.

Al despertar me enteré, no sin alivio, de que mi oferta había sido aceptada, y que se iba a equipar una balsa y a reconducirme a la otra orilla.

Mi satisfacción, no obstante, iba a ser de corta duración. Noté para empezar que, establecido el acuerdo, no se apresuraban a pasar de la

palabra a los hechos. Toda la mañana transcurrió en idas y venidas, en conciliábulos en voz baja y apartados, sin que por ello la vigilancia de que yo era objeto se descuidara ni por un momento. Era libre de circular a mi gusto en el espacio de las casuchas, pero en cuanto me aproximaba un poco al borde del bosque y al sendero que descendía a la playa, dos o tres individuos, venidos como por azar, salían del follaje y se cruzaban en mi camino. Era ya cerca de mediodía cuando por fin se dignaron ponerse a trabajar. Los hombres sacaron de un depósito, tronco por tronco, la balsa desmontada, los amarres de cuero, los remos, y cargando todo a sus espaldas, se dirigieron al río.

A la primera mirada a la ribera opuesta apenas si pude contener un grito de alegría. El bueno de Pío Burga aún estaba allí. Mi pequeño grupo no se había movido desde la víspera: mis peones se hallaban sentados en torno a los bultos apilados, con aire de resignación, con la cabeza entre las rodillas, protegiéndose como podían del sol y de las moscas; las mulas, extenuadas, estaban con las orejas colgantes, la cabeza baja, durmiendo de pie, listas a recibir su carga antes que echarse sobre la arena ardiente; no lejos de ellas mi caballo, acostado sobre un lado, inmóvil, parecía una carroña arrojada allí por la corriente.

En cuanto me vieron mis compañeros acudieron a la orilla, llamándome con grandes gritos, sin que el ruido de la corriente me permitiese comprender sus palabras.

Los indios, mientras tanto, comenzaban a reunir las piezas de la balsa, cuando se produjo un enojoso cambio de situación. Otra banda de montoneros, unos veinte individuos, acababa de aparecer sobre las rocas. Pertenecían al pueblo de Santo Tomás y representaban el tipo más puro de la raza montañosa, de un vigor un tanto brutal. Su corto poncho dejaba al descubierto el robusto cuello, los brazos musculosos. Portaban pantalones de gruesa lana y sandalias de cuero de llama; cada uno de ellos se apoyaba sobre un enorme bastón, alto como una lanza, nudoso como una cachiporra. La abundante cabellera les caía sobre los hombros, su talla era más alta, los rasgos más duros, pero la expresión general del rostro menos equívoca, en suma, que en los indios de Tupen. Estos, intimidados por esa inesperada visita, interrumpieron su trabajo. Retiraron los troncos de la balsa del agua, enrollaron las cuerdas y los remos fueron atados, y la tripulación puso cara de retirarse. En vano les recordé la promesa formal hecha unas horas antes. Los brutos respondieron con impudicia que no habían prometido nada, pero que si yo quería ir a la otra ribera tal como había llegado, me dejaban libre.

El pelotón de montoneros se había, entre tanto, aproximado, hasta detenerse a diez pasos de nosotros, observando en silencio la escena.

El mayoral, al cual reprochaba yo sus excusas, su mala fe, intimándole a respetar su palabra y no anular las órdenes que había dado en la mañana, se obstinaba en repetir en alta voz, pero sin mirarme a la cara, que no había dado orden alguna. Como yo insistía, el bandido se acaloró y gritó, golpeando el piso con el pie:

– *Cusicusi* (mentira).

La injuria no me alcanzó. No podía sin embargo pasar desapercibida, ya que el silencio, a ojos de los indios, equivale a un confesión. Dejando de lado a quien me insultaba, respondí, refiriéndome a los recién llegados:

– Esos santotomasinos son gentes honradas, hombres libres. Que ellos digan quién es el mentiroso. Bien saben cuál es la diferencia que hay entre la palabra de un caballero y la de un mal peón de hacienda que ha recibido más palazos en la espalda que pelos tiene en el cráneo.

Aquellos a los que yo invocaba como testigos no dijeron ni pío. Pero ciertamente el homenaje tributado a su carácter independiente no los dejó insensibles, y me pareció que por sus ojos oscuros pasaba un reflejo burlón respecto al mayoral.

Este se dio cuenta, y replicó con voz iracunda:

– ¡Vaya! ¡Puedo dejarte con ellos. Te llevarán primero a Santo Tomás!

Confieso que este nombre me estremeció. Me acordé de la lúgubre reputación del villorrio, del suplicio del funcionario lapidado por el populacho, y sentí el mal augurio de una cautividad entre ellos, impasibles en apariencia, pero capaces de todo en un momento de borrachera o de cólera.

El pícaro, envalentonado, me había tomado por el brazo, llamando a sus hombres para que lo ayudasen. Castigarlo era imposible. Solo, sin armas, no podía responder al ultraje con la violencia: un solo gesto habría significado pelea, y las desiguales condiciones de ella permitían prever su desenlace. Si yo levantaba la mano, estaba perdido. El azar, o más bien el instinto maquinal de conservación me hizo lanzar una mirada desesperada al otro lado del río, como si mis compañeros hubiesen podido socorrerme. Ellos seguían con atención todos nuestros movimientos, sin comprender, no obstante, qué es lo que ocurría. Juan Burga se hallaba delante de los peones, apoyado sobre su carabina, cuyo cañón relucía al sol. Tuve una idea loca: allá, quizás, estaba la salvación, la única manera de confundir a mi agresor y de mantenerlo en actitud respetuosa sin descargar ni un golpe. Me desprendí suavemente de su brazo, y mostrándole al hacendado le dije:

– Mira allá, Mayoral de Tupen, tú conoces al dueño de Rambran. Sabes que su mano no tiembla, que su arma es buena y que su bala da siempre en el blanco. Don Juan Burga no te pierde de vista; no espera sino una señal mía. Una palabra más, y estás muerto.

El expediente tuvo un completo éxito. No había acabado yo cuando el miserable se echó en la arena y, temblando de miedo, buscó arrastrándose el abrigo de una roca. Este precipitado retiro lo acabó de desacreditar ante sus camaradas, que, por otra parte, a pesar de sus aires imperiosos, no parecían hacer mayor caso de su autoridad. Los santotomasinos, en particular, dejaron por primera vez su reserva, y asumieron una actitud más bien conciliadora. El de mayor edad entre ellos fue de opinión de que el *Viracocha*[4] había dicho bien, y propuso llevar él mismo mi mensaje al jefe Villacorta. Acepté de inmediato, pidiéndole solamente que hiciera preparar la balsa y fuese conmigo en busca del papel, que él, a su vez, se encargaría de remitir a su destinatario. Yo iría a Rambran a esperar el regreso del emisario.

Pero también esta vez no obtuve sino una rotunda negativa. No estaba permitido comunicarse con la orilla izquierda del Marañón. No se echaría la balsa al agua. Yo no tenía sino que hablar. Mis palabras serían repetidas al jefe. La respuesta llegaría en tres días; yo debía esperar donde me encontraba, y en todo caso estaba libre de regresar a la otra ribera, pero a nado. No se avisaría al jefe, y mi caravana no pasaría nunca el río.

Decididamente no había nada que esperar de esas gentes. ¿Cómo confiar en sus promesas? Admitiendo que mi pedido fuese trasmitido, se me respondería Dios sabe cuándo, en tres días o en tres meses, ya que el indio carece más que nadie de la noción del tiempo. De aquí hasta entonces, tendría que permanecer solo, desarmado, semidesnudo, a merced de bribones que casi nunca bromean y, seguros de la impunidad, no retroceden ante un mal golpe. Era mejor, mientras se me dejaba libre, usar el permiso de retornar como había venido. De una parte y de otra el riesgo era igualmente grande: si me ahogaba, mi problema, al menos, se arreglaría en un minuto, en tanto que, librado a esos endiablados, era de temer que fuese bien largo. Nuevos grupos de indígenas acababan de aparecer en las pendientes que dominaban la hacienda. La llegada de estos refuerzos complicaría la situación. Ya no dudé.

Provisto de una vara de bambú bastante fuerte, una vez que me dejaron salir de la casucha, fui y me lancé al agua, ayudándome con la percha para resistir a la corriente durante el mayor tiempo posible. Mas pronto el palo me fue arrancado, perdí pie y debí nadar con todas mis fuerzas. Me acercaba rápidamente a la otra ribera y no podía dejar de

---

[4] El nombre de Viracochas, divinidades, fue dado por los indígenas a los conquistadores españoles, a los cuales atribuían un origen sobrenatural. Cuando se dieron cuenta de que no era así, no por eso dejaron de emplear la palabra para halagar al vencedor. La expresión ha perdido ahora por completo su sentido primitivo: significa solamente “un blanco”, un “caballero”, y se emplea indistintamente con la de *Taita*, o sea “padrecito”.

alcanzarla a condición de que conservase mi sangre fría. Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos para permanecer sereno, poco a poco me ganaba el aturdimiento. El rugido del río en el desfiladero se hacía cada vez más distinto, y la playa se esquivaba a mi vista con una velocidad cada vez mayor; no estaba sino a unos diez metros de la orilla, y me parecía que no podría atravesar jamás ese espacio. Experimenté entonces la impresión muy nítida de la muerte inevitable, inminente, esa extraña lucidez con la cual, en el momento del peligro, se vuelve a ver súbitamente todo el pasado, los rostros amigos, la vida entera en un segundo; la rebelión también, la ira de este fin estúpido en una vorágine cualquiera, y luego la conciencia de una lucha inútil, el vago deseo del aniquilamiento. Cerré los ojos, pronto a abandonarme, cuando choqué con el fondo y, empujado por las ondas, me desplomé sobre la arena, donde permanecí por unos instantes sin aliento, casi sin conocimiento. En cinco minutos, la corriente me había arrastrado a una distancia de casi un kilómetro.

Los indios habían observado todo inmóviles, tal vez con la secreta esperanza de asistir a mi ahogamiento, pero sin entregarse a ninguna manifestación hostil. No lanzaron ni un grito, ni una piedra. Sin duda la presencia de mi compañero apostado frente a ellos, carabina en mano, no había contribuido poco a proteger mi retirada. Cuando recobré los sentidos, vi que él acudía con los brazos abiertos, todo emocionado. Pronto haría treinta horas que me esperaba en este infierno, presa de los mosquitos, sin haber tomado otro alimento que algunos bocados de charqui remojados en el agua turbia del río.

–Yo no podía—me dijo simplemente— alcanzarlo a usted ni prestarle socorro. Pero soy yo quien lo trajo aquí, y no habría vuelto solo.

El digno hombre se acusaba equivocadamente y no por ello merecía menos todo mi reconocimiento. Si la esperanza que había alentado en mí no había desembocado sino en esta desventura, en cambio, cuando pocos días antes se cruzó en mi camino, su intervención me salvó de una alerta ciertamente terrible y de una muerte segura. Por lo demás no se limitaron a eso sus esfuerzos en favor mío. Apenas estuvimos de regreso en la hacienda, después de una subida de más de siete horas, durante la cual debimos jalar por el cabestro a nuestros animales medio muertos de hambre, hablaba de ponernos nuevamente en campaña a fin de buscar un pasaje ocupado por gentes menos intratables. Dos días después partió a la cabeza de diez peones, dejando la casa a mi cuidado. La costumbre demanda que el visitante, en tales casos, asuma el lugar del propietario. Yo hubiera deseado desempeñar mi papel en conciencia, supervigilar los trabajos, escuchar los reclamos, y sobre todo mantener la paz entre mis administrados. Pero durante los tres días que duró su ausencia me vi casi

sin interrupción clavado en mi cama de campo por la fiebre. Mi forzado baño en el Marañón, y sobre todo la violencia de las emociones por las que había pasado, habían ocasionado esta crisis, que felizmente no fue grave. El reposo y el sulfato de quinina vencieron el acceso, y cuando volvió el dueño de casa me encontraba ya levantado.

Faltó bien poco para que sus intentos tuvieran éxito, gracias al concurso de un hombre enérgico y dedicado, llamado Vicente Revoredo, cuyo lugar de residencia, la hacienda Yagen [*sic*], se encontraba a un día de marcha aguas abajo. Este tenía a mi disposición una canoa grande, indios seguros, que conocían admirablemente la región, y se vanagloriaba de hacerme llegar a Chachapoyas por senderos apartados. Una vez en el cuartel general de la rebelión, no me sería difícil demostrar mi carácter de extranjero neutral, y los jefes no me negarían los medios para continuar mi ruta hacia el este. Lo esencial era esquivar la vigilancia de las bandas que rondaban en la margen derecha del río, espiar con atención sus movimientos y efectuar el paso a favor de la noche. Todo estuvo listo en el día y hora señalados. Los peones, unos robustos mocetones, algunos con viejos fusiles, todos con machetes, más terribles en sus manos que las armas de fuego, estaban reunidos al acabar el día: las mulas habían sido cargadas; íbamos a montar y descender sin ser vistos hacia el Marañón, donde la embarcación esperaba, cuando se oyeron unos gritos. Unos hombres acudían en desorden, desembocando del sendero que subía del valle, la mayoría de ellos asustados, con el poncho desgarrado, cubiertos de sangre y de polvo. Uno de ellos, herido más seriamente, era cargado por dos de sus compañeros. Contó con voz débil que todo estaba perdido. Los indígenas de Tupen, que sospechaban algo, habían bajado en sus balsas hasta el puerto de Yagen, habían sorprendido y asaltado a los guardianes, hecho zozobrar la canoa, incendiados las casuchas, y después se habían retirado vanagloriándose de ir en una próxima expedición a incendiar la hacienda y masacrar a todos los moradores, propietarios y servidores.

Era el último golpe. Regresé a Rambran apenadísimo. Desde hacía dos semanas me movía en vano, y este último incidente probaba cuán ingenuo habría sido seguir obstinándome. Los santotomasinos cumplían su palabra. Jamás atravesaría el río, al menos por la parte de su curso sometida a su vigilancia.

Sin embargo me volvieron las fuerzas, y con ellas la firme voluntad de continuar mi viaje, así fuese describiendo un inmenso desvío en una única dirección que en adelante me estaba abierta, la del sur.

El 22 de julio me despedí, pues, del señor Juan Pío Burga, cuya conmovedora hospitalidad no olvidaré nunca, y, reducido a la compañía de mis taciturnos peones, recomencé a escalar y a bajar, alternadamente,

unos barrancos laterales que cortan la margen occidental. La amargura de esta retirada, la indecible monotonía de estas largas jornadas, en las que la vastedad de los horizontes, las desmesuradas proporciones de los relieves y de las partes planas apenas si permiten calcular la distancia recorrida; en las que el viajero, al instalar su tienda de campaña al caer la noche, después de una etapa de doce o catorce horas, encuentra, frente a sí, el paisaje entrevisto por la mañana; esas mil incomodidades de la ruta se hacían aún mayores ante el obsesivo aspecto de las montañas vecinas, cuyo acceso me estaba prohibido. Estaban allí, ante mis ojos, muy próximas, al alcance de la mano, parecía. De trecho en trecho subía, de un pliegue del terreno, una columna de humo que marcaba el emplazamiento de un caserío o de un campamento. Este macizo, cuyos peldaños superpuestos se escalonaban hasta el infinito por el lado del oriente hasta las crestas nevadas semejantes a nubes, constituían la única barrera que me separaba de la Amazonía. Entre ella y yo, la desgarradura abierta por el torrente, nada más que un foso, pero más allá del cual vigilaba el enemigo, siempre presente, jamás visible. Sería tedioso transcribir aquí mi diario de ruta durante esas aburridas etapas, describir las noches pasadas a la intemperie, sobre el brezal desierto o en la choza india, en el tambo lleno de humo, los menudos episodios, perpetuamente los mismos, con los que se complica una marcha a través de la Sierra. Si me he detenido en el que precede, es porque resume por sí solo el tipo de emociones, de sorpresas y de demoras que debe esperar quienquiera que se arriesgue en el corazón de la región andina.

Nuestra marcha, que se dirigía en línea recta hacia el sur, nos devolvía al territorio de Cajamarca, del cual parecía que yo no llegaría a salir. Volví a atravesar Celendín, donde el prefecto de Amazonas, rodeado de refugiados, esperaba siempre los refuerzos solicitados hacia un mes al gobierno central, refuerzos que, según toda probabilidad, no llegarían pronto. En fin el 27, un poco antes de la noche cerrada, pasamos la zona peligrosa y pusimos pie ante el vado de Huanabamba. El sitio era tan desolado, la playa tan árida como aquella en que habíamos acampado ocho días antes. Pero en la otra orilla, la cumbrera de un techo de palmas que se elevaba por encima de la vegetación, una balsa amarrada al fondo de una caleta, revelaban la presencia de gentes más sociables. Hice tres disparos, con intervalos iguales. A este llamado salieron dos individuos del bosque, dudaron por un instante, pero nuestro pequeño número, y, sobre todo, el pañuelo que yo agitaba al extremo de mi fusil como una bandera de parlamentario, daban fe de nuestro carácter inofensivo. Soltaron las amarras y se desplazaron de nuestro lado.

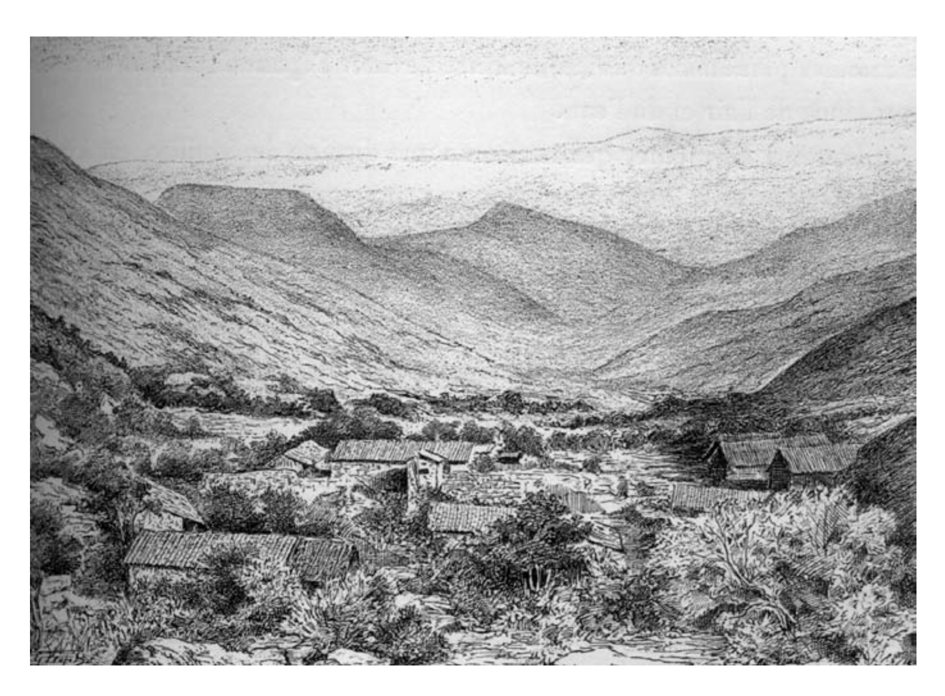
Cinco minutos más tarde, entramos en conversaciones en el tono más amical. Estos hombres pertenecían a una pequeña colonia compuesta por dos familias de indios originarios del villorrio de Longotea, situado a

media jornada de caminata en la montaña. Ocupaban una chacra[5] , a un tiro de fusil del río, y cultivaban un poco de arroz, de maíz y de yuca, tanto para su subsistencia como para comerciar con Celendín y Cajamarca. No nos fue difícil entendernos. No se podían comprometer por mucho tiempo, pero consintieron en acompañarme durante dos días hasta el pueblo de Cajamarquilla.

Concluido el acuerdo, no me quedaba más que despedirme de los peones contratados en Cajamarca. Les entregué el complemento del salario estipulado, al que añadí, a fin de recompensar la lealtad de que esa pobre gente había dado prueba durante tres semanas, algunas baratijas para sus mujeres. Me colmaron de bendiciones, y tomando la punta de mi poncho se lo llevaron a sus labios, con la unción de devotos que besan el anillo de un obispo. Se amontonó en la balsa los arreos y los bultos, después de lo cual los animales, alineados a lo largo de la orilla, fueron empujados al agua con golpes de fuete y pedradas. La corriente, bastante fuerte, los arrastró por un centenar de metros, y la vista de esas cabezas espantadas, nadando apenas, llevadas a la deriva dando vueltas, me hacía temer una catástrofe. Pero las bestias de los Andes están habituadas a este tipo de deporte que rara vez les es fatal. Tuvimos la satisfacción, al tocar la ribera opuesta, verlas galopar a nuestro encuentro, con la "madrina" guiando a sus camaradas con alegres relinchos. Ya estaba hecho. Poco me importaban ahora las decepciones que me reservaba el porvenir. ¡Por fin pisaba la margen oriental del Marañón, esta tierra prometida que yo perseguía desde hacía un mes con más terquedad que suerte!

Desde el primer paso en el abrupto valle de Longotea el severo aspecto del paisaje se acentúa; la naturaleza del terreno los contornos de las montañas, advierten que se ingresa a un mundo nuevo. No se podría imaginar dos regiones tan diferentes como la Sierra de las vastas mesetas onduladas y la Cordillera propiamente dicha. En lugar de la pampa con pastizales, la roca desmenuzada, constelada de esquisto y de mica, mostrando, de trecho en trecho, unos cuantos pies cuadrados de tierra vegetal de un rojo de sangre; amontonamientos de bloques caídos; en los intersticios de la piedra algunas matas de hierba gruesa, quebradiza como madera muerta, y dos especies de arbustos raquíticos llamados *capu* y *ccanllo,* de esencia resinosa, único combustible de la Sierra central. Las formas geométricas de las cumbres que circundan el valle no son menos notables. Esos conos truncados, esos trapecios

[5] Cabaña india [*sic*]. El término, empleado tanto en las zonas amazónicas como en las cordilleras, designa no solamente la casa, sino también el terreno cultivado que la rodea. Es sinónimo de desbrozo.



Valle de Longotea. Cordillera central

que se destacan duramente contra el cielo, acrecentaban la extrañeza del panorama. No se presiente al hombre. Uno se imaginaría más bien, así, la superficie de esos mundos planetarios donde nada deja adivinar el florecimiento de la vida, la presencia del aire y del agua.

El caserío mismo, que comprende unas diez familias, apenas si es visible. Se podría atravesarlo sin sospechar su existencia. Las chozas, recostadas contra los bloques derrumbados, parecen formar parte de la roca. Longotea está situado en el extremo superior del valle, al cual da su nombre. Un último corredor, inclinado en 45º, desemboca en la estrecha arista de un abra desde donde la mirada abarca un levantamiento confuso, una danza loca de montañas, el *sicut arietes* de las Escrituras, y, dominando el caos como un faro batido por las olas, el pico nevado de Cajamarquilla. El pueblo está situado casi en saledizo en el flanco de la montaña, muy poco por debajo del límite de las nieves. Entré en él cerrada ya la noche, no sin haberme visto forzado a reacomodar la carga dos o tres veces en el último cuarto de legua, en razón de la exigüidad de ciertos pasajes y las frecuentes caídas de los animales en los derrames de arcilla remojados por las filtraciones del glaciar. A los gritos de los peones y del ruido de las herraduras sobre la roca, salieron los habitantes rápidamente de sus casas, y nos vimos, en menos tiempo que el necesario para decirlo, rodeados por una compacta multitud. La hora avanzada no permitía leer en sus fisonomías

si íbamos a ser bien o malvenidos. Nos detuvimos, y uno de mis hombres, oficiando de heraldo de armas, informó a la población atenta que un *taita* estaba allí, pidiendo hospitalidad.

No había acabado de hablar cuando los ofrecimientos llovieron:

– ¡Ven por aquí! ¡No temas nada! *¡Cainacpi! ¡Mana carcati…!*

Estas calurosas invitaciones me llegaban de todos lados. Por una de esas actitudes espontáneas en esta raza singular, era una competencia para ver quién tendría el honor de recibir al extranjero. Un brazo más vigoroso que los demás llegó a asir en el tumulto las bridas de mi caballo, y fui arrastrado, más que conducido, a su vivienda por un huésped cuyo rostro y nombre yo no conocía.

En la casa vivía una numerosa compañía. Por lo demás, a juzgar por la multitud que se hallaba de pie en el momento de mi llegada, el número de la población parecía fuera de proporción con la limitada extensión del villorrio. Muchos pacíficos habitantes del territorio de Amazonas habían huido del teatro de la insurrección y buscado asilo en la provincia vecina. La única pieza de la vivienda estaba literalmente repleta. Unas cincuenta personas, de ambos sexos y de todas las edades, formaban círculo en torno a un fuego encendido con ramillas y dispuesto sobre anchas piedras planas clavadas en el suelo apisonado. El humo, a falta de otra salida, se escapaba por las hendiduras de la techumbre y por la puerta baja. De rodillas, cerca del hogar, sobre el cual un caldo cualquiera se cocía lentamente en un gran caldero, una niña atizaba las llamas soplando por un tubo de madera. En el umbral, una joven india, bastante bonita, con el seno desnudo y su niño en brazos, hacía dormir al bebe salmodiando un canto de pastor:

Chamui, urpi maillua,
Chaillua chucaraiqui.
Cay vagnos [sic]
yaccupi
Mamay chaquinaiqui…

“Ven, mi palomita; deja tu nido, deja tu madre. Te espero junto al arroyo”[6].

Se me hizo lugar con muy buena voluntad. Descargadas las mulas, instalada mi cama de campaña en un rincón, me hice llevar, sin tardanza, a casa del Teniente Gobernador. La audiencia fue breve, pues el funcionario no estaba en condiciones de sostener una entrevista prolongada, ya que lo

[6] Traducción a partir de la versión francesa que da Monnier, de quien es también la transcripción de la letra en quechua. [N. del T.]

encontré acostado, temblando de fiebre. Y como me asombré de que el mal pudiese hacer estragos en una localidad tan sana, en la pura atmósfera de las alturas, me respondió que el caso era frecuente. Como la mayoría de los cultivos se encontraba a grandes distancias del pueblo, en las hondonadas recalentadas por el sol y abrigadas del viento, los habitantes tenían que sufrir cada día variaciones de temperatura que ponían a prueba a los más robustos. Él debía, por su parte, ese acceso de fiebre a una permanencia de una semana en su chacra situada a orillas del Marañón.

Por lo demás el enfermo me recibió de la manera más acogedora. Cuando le leí mis recomendaciones oficiales, y presenté el papel adornado con el gran sello del Estado, me prometió hacer uso de todo su poder para procurarme víveres y hombres. Yo no solicitaba más, y, después de hacerle aceptar un poco de quinina, me retiré, dejando para otro día la averiguación relativa al paso que antaño existía entre Cajamarquilla y la Montaña.

De retorno a la casucha, encontré a los ocupantes del cuarto con escudillas en la mano. Saqué la vajilla del viajero, los platos cortados en una calabaza, los cubiertos de hierro, e hice honor, como los camaradas, a un sancochado de papas y de maíz, cuya apariencia y sabor recordaban las *gaudes* de los campesinos del Franco Condado.

Terminada la comida, cada cual se acomodó lo mejor que pudo para pasar la noche. El aire fresco del anochecer, que entraba por la puerta abierta, había barrido el humo; la pieza no estaba alumbrada más que, al centro, por un rayo de luna. Circuló un jarro de *borracha*, y pronto las lenguas se desataron. Un individuo grandazo, vecino mío, contaba algunos episodios de la insurrección de los que había sido testigo, entre otros de la captura del edecán del prefecto La Torre por los indígenas de Santo Tomás. Relató la emboscada, las galgas que se lanzaron sobre el sendero, la huida de la escolta, el jinete apresado bajo su caballo abatido; después el suplicio en la plaza del villorrio, ante la iglesia, en que el hombre fuertemente atado fue apaleado.

– Para no matarlo demasiado rápido, se puso a un lado los palos, y todos, jóvenes, viejos, también las mujeres, lanzaron de lejos piedras y tizones a la víctima. Don Gil había caído de cara contra el suelo, pero llegó el *padre* cura y ordenó detener aquello, diciendo que no debía dejarse que el hombre muriese sin confesión, como un pagano. Se le levantó entonces, y como ya no se movía, se le echó un poco de aguardiente en los labios y en el rostro para reanimarlo, pero él solamente reabrió los ojos, exclamó "¡Jesús!" y murió.

Mi vecino detallaba estos horrores friamente, sin comentarios, como aficionado. Después lo venció el sueño, como a los otros. No se escuchó ya

sino la respiración regular de los durmientes, el gotear del glaciar, a lo lejos, sobre las rocas, y, dos o tres veces, el llanto del bebe indio, apaciguado por los versos de la canción de cuna:

…Urpi maillua,
Chaillua churacaiqui…

"Deja tu nido, palomita"…



CAPÍTULO IV
LA PUNA

I. La Cordillera central.- La provincia de Pataz.- El clima de la puna.- Descripción de un mal albergue.- II. Villorrios y *pascanas*.- Un poco de medicina.- Un bautizo.- III. Las fiestas locales.- Tayabamba.- En busca de cargadores.- Partida hacia la Montaña.

I

Cajamarquilla era en otros tiempos uno de los puestos más avanzados de las misiones franciscanas que, desde este punto, dirigieron sus expediciones a la vertiente oriental por una senda abierta a golpes de hacha en el bosque, que va a dar al río Valle, uno de los principales afluentes por la izquierda del Huallaga. De este paso no queda hoy ninguna huella. La generación actual ha perdido hasta el recuerdo de las relaciones establecidas, de larga data, entre esta parte de la Cordillera y la Montaña. Si usted les habla a los habitantes de hechos y gestos de sus abuelos guiados por los misioneros; de la época en que los hijos de San Francisco, atravesando el abra que se abre al sur del pico nevado, llevando consigo numerosas familias, fundaron las primeras aldeas creadas en las márgenes de los ríos Huayabamba, Quillo y Valle, prestarán a este relato la misma atención que

un círculo de niños a los cuentos de la abuela. No se duda de que todo ello haya sucedido, pero ¡ha pasado tanto tiempo…! La tradición se ha perdido, y es evidente que la mayoría no ha oído jamás hablar de estas historias antiguas. El teniente gobernador, con el cual tuve largas conversaciones a este respecto, me escuchaba gravemente y se limitaba a responderme:

– Esas son cosas viejas… Nosotros no sabemos… Tal vez nuestros padres sabían…

Por ello, al mismo tiempo que me prometía hombres confiables, dispuestos a seguirme durante una o varias semanas, me declaraba sin ambages que ninguno de sus administrados consentiría en acompañarme en un viaje de descubrimiento; si no se trataba más que de marchar a lo largo de las crestas, nada los desalentaría, ni los malos pasos ni las noches en la fría puna. Nada, en cambio, podría decidirlos a traspasar, hacia el este, la línea de los bosques vírgenes, a alejarse de las tierras libres, de los amplios horizontes, a poner entre ellos y su pueblo el temible territorio desconocido de las selvas.

Sin embargo, si se le prestaba crédito, no era imposible que yo encontrase, al avanzar unas cuarenta leguas hacia el sur, poblaciones menos timoratas. Había oído decir que los habitantes de los pueblos de Tayabamba y de Huancaspata se internaban en los bosques orientales, en busca de resinas y de plantas medicinales; que incluso se habían practicado desbroces bastante extensos desde hacía unos años para cultivar la caña y sobre todo la coca. Sólo allí podría yo esperar contratar cargadores para descender al Huallaga. En la región intermedia, los villorrios eran raros, las gentes no se arriesgaban jamás en la otra vertiente, y el cebo de un salario, por elevado que fuese, no vencería su reticencia.

No me quedaba sino reformar mi caravana y montar. La partida es siempre laboriosa: una vez establecidos los acuerdos con los arrieros, estos exigen por lo general uno o dos días para dedicarse a sus preparativos, empacar sus provisiones de camino, el charqui y la coca, confeccionarse sandalias nuevas y sobre todo despedirse de su familia. Esta ceremonia, a la que se invita no solamente a los parientes, sino también a los amigos, consiste en beber numerosas copas destinadas a endulzar la amargura de los adioses. En fin se toma las últimas tazas, se amarran las cargas, los hombres se colocan sobre los bultos, y henos aquí fuera de Cajamarquilla, subiendo los magros pastizales, la vegetación sobre la cual, aquí y allá, han caído derrumbes, allí donde todo vestigio de sendero desaparece.

Entramos en una de las regiones más desconocidas y abruptas del Perú, la salvaje provincia de Pataz donde, hasta hoy, el europeo casi no ha penetrado. Raimondi es, según creo, el único que la ha visitado con detenimiento, ha señalado sus yacimientos metalíferos de una riqueza

inaudita, pero a la que su lejanía del litoral y la falta de toda vía de comunicación directa, impiden explotar. Con los medios de transporte actuales, los gastos absorberían los beneficios. El material debería ser llevado a lomo de mula, a veces incluso en brazos, al puerto más cercano, Chimbote o Salaverry, o sea un viaje de un centenar de leguas: el producto total de la mina apenas si alcanzaría a pagar el costo de los trabajos preliminares. La Cordillera abunda en tesoros de este tipo, cofre maravilloso que, por largo tiempo aún, las formidables escarpaduras de la cadena central defenderán contra la curiosidad y la codicia de los especuladores.

Por acostumbrado que se esté a los paisajes montañosos, uno se queda confundido ante esta naturaleza convulsa. Por lejos que llegue la mirada, imposible descubrir una superficie plana, un rellano. Se trata de una de las más asombrosas fuerzas que hayan levantado la corteza terrestre. Caminábamos, por así decir, sobre la espina dorsal de la Cordillera. De la cadena principal se desprende una serie de poderosos contrafuertes de vivas aristas, que dan lugar a otros tantos valles paralelos. Los azares de la ruta nos hacen pasar, alternativamente, de una vertiente a la otra, para contornear una escarpadura, una cornisa peligrosa o una laguna de aguas negras formada por el derretimiento de las nieves. De una hora a otra el paisaje se transforma, dependiendo de que el corredor que se abre a nuestros pies descienda hacia el Huallaga o hacia el Marañón. Aquí, la roca desnuda, los gres rojos, los barrancos quemados de la Sierra; allá los desfiladeros en sombra, las altas hierbas, los mil hilos de agua estriando las paredes musgosas, reunidos después en un mismo lecho, precipitándose con estruendo bajo los matorrales entrelazados; más allá la selva infinita, rizada como un vellón, ondulante como el mar, la selva primitiva que se extiende desde los Andes hasta el Atlántico. Por este lado, ningún obstáculo detiene la mirada, y las últimas ondulaciones de la cadena se pierden en el horizonte en las brumas doradas que se elevan de los ríos amazónicos.

No sé que haya en el mundo un espectáculo más soberanamente grandioso y de una melancolía más sobrecogedora. Las cercanías de estas soledades, donde la vida en todas sus formas se elabora en el misterio de los bosques tropicales, la resplandeciente luz que juega en las ceñidas puntas de los árboles, la queja continua de las arboledas, manifiestan de una manera conmovedora la ausencia del hombre, la enormidad de la tarea reservada al pionero. Ellas despiertan también en el espíritu el recuerdo de aquellos que, desde hace dos siglos, se lanzaron a la conquista de este mundo inexplorado, misioneros y estudiosos, víctimas ilustres, muertos ignorados. La vegetación todopoderosa ha cubierto sus huellas; la ventana abierta a golpes de hacha se ha cerrado detrás de ellos, como el surco de una barca de inmediato borrada por la ola. ¡Cuántos han desaparecido para siempre en este océano de verdor! ¡Cuántos otros dormirán allí!

A veces, después de varios días de marcha en las punas desiertas, el viajero verá brillar, en la oquedad de una garganta expuesta al poniente, los fuegos de un pobre villorrio. Pero, hacia el oriente, nada de humo, solamente, aquí y allá, los blancos vapores que suben de una catarata invisible.

En ninguna parte quizá las variaciones atmosféricas son tan súbitas como en esta parte de los Andes. No se podría concebir, en una misma latitud, en un radio limitado, una más sorprendente variedad de aspectos y de climas. En el fondo de los estrechos valles donde apenas si se renueva el aire, donde la reverberación solar mantiene un calor de invernadero, florece la vegetación de los trópicos. Un poco más arriba aparece la flora de las regiones temperadas, luego la del norte, el corto césped alpestre, en fin el campo nevado erosionado. Se pasará, en unas cuantas horas, del ecuador al polo. Me sucedió ver, por la mañana, elevarse el termómetro en la sombra a 40º, y de acampar, al anochecer del mismo día, en un suelo donde el mercurio bajaba a 10º y 12º bajo cero.

Pensábamos alcanzar en tres días el caserío de Condomarca, el primero con que se topa más allá de Cajamarquilla. Pero yo no había contado con la aspereza del terreno. La noche nos sorprendió en plena montaña, a cuatro mil seiscientos metros de altitud, en un vallecito lleno de los restos de aludes, de rocas arrancadas por los chaparrones o desmenuzadas por el rayo. Ni una mata de hierba, ni un hilo de agua. La cena fue despachada rápidamente: algunos bocados de charqui duro y, como bebida, un puñado de nieve recogida entre las piedras, maculada de detritus, que hicimos derretir con mi lámpara de alcohol. Los animales pasaron la noche de pie, apretados uno contra otro, temblando. La borrasca soplaba con tal fuerza que no había sido posible levantar la tienda de campaña; derribada dos veces, poco faltó para que el viento se la llevase. Tuvimos que buscar un abrigo contra una roca aislada, en forma de mesa, profundamente excavada en su base y cuya cumbre se proyectaba como un alero.

EN el 7º de latitud sur las noches son largas, y la completa oscuridad hace la velada terriblemente tediosa. Por suerte, en previsión de semejantes accidentes, sabiendo por otra parte hasta qué punto el combustible es raro en la Cordillera, y que, incluso en la Montaña, en medio de los bosques, las abundantes lluvias no siempre permiten encender la fogata, yo había hecho fabricar en Lima una linterna sólida dividida en dos partes, que encajaban una en otra. Se extendía de manera tal que podía contener una bujía entera, que ardía de diez a doce horas. La caja octogonal era no de vidrio, sino de unas hojillas de cuerno transparente; la montura metálica estaba reducida a su mínimo espesor, disposición que tenía la ventaja de suprimir casi por completo los sectores de sombra. El aparato me fue de gran ayuda y en mi opinión es el complemento esencial de un equipo de

explorador o de botánico en la América intertropical. Gracias a él nuestro campamento, instalado a menudo en condiciones deplorables, sobre todo con ocasión de mi descenso de la vertiente oriental, no fue jamás visitado por los animales feroces. A falta de braseros protectores, su claridad fue suficiente para mantenerlos a distancia; jamás he constatado, al día siguiente, huellas sospechosas en un radio de ciento cincuenta a doscientos metros. La luz en fin sostiene la moral del indio, tan fácilmente impresionable y supersticioso, para quien las sombras ocultan una legión de fantásticos enemigos. Los vagos terrores, los negros pensamientos nacidos del desaliento, las veleidades de deserción, no lo asaltan cuando está en torno a la fogata del vivac, sino cuando se despierta un poco antes del alba, a la hora en que los tizones se apagan, o bien todavía en medio de la noche, cuando un súbito chaparrón apaga las llamas.

Encendido nuestro fanal, trabados los animales, colocadas las cargas delante de nosotros formando un semicírculo para protegernos, aunque fuera poco, del viento, no habíamos tardado en dormirnos, vencidos por la fatiga…

– *¡Rittin! ¡Rittin!* – ¡La nieve! ¡la nieve!

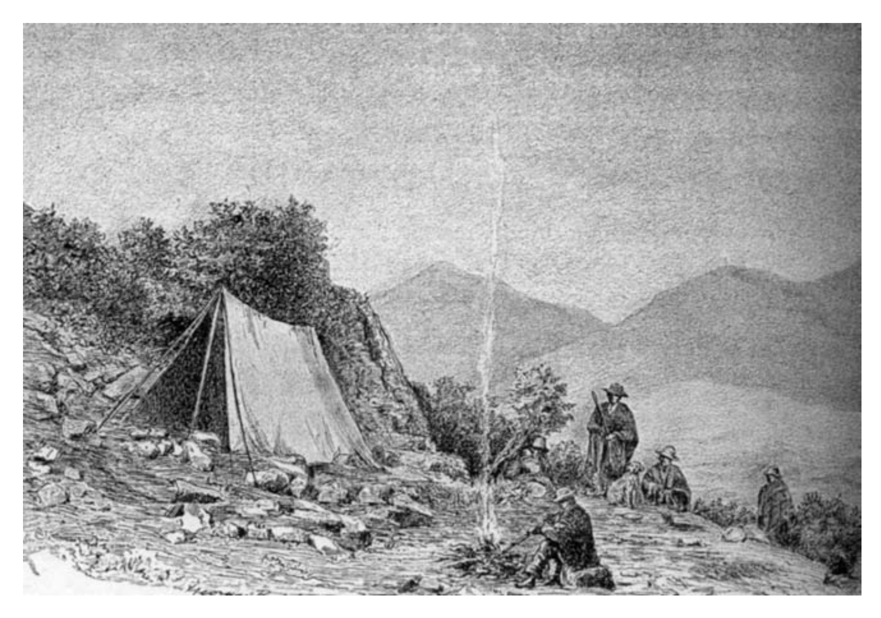
Estas exclamaciones me sacaron de mi adormecimiento. El día iba a asomar: el vallecito donde habíamos hecho alto la víspera era irreconocible. Las pendientes erizadas de agujas, los derrumbes, los grandes bloques dispersos por el suelo, desaparecían bajo una espesa capa de medio pie; las mulas, inmóviles, no formaban más que una masa compacta, semejante a un animal sorprendente, de cuádruple cabeza, sobre varios pares de piernas, monstruosa escolopendra de pelaje brillante. La nieve cubría los bultos y el sitio mismo donde acabábamos de pasar la noche. Protegido por mi saco de piel de carnero, no había sentido pesar sobre mí el blanco sudario que me cubría hasta medio cuerpo. Mis hombres, no menos que yo, no se habían dado cuenta de la borrasca, amainada según todo indicaba desde hacía varias horas, pues la helada había endurecido ya la nieve. El cielo era claro, el termómetro había caído a 16°.

La primera parte del descenso fue terrible. Los animales, espantados, no osaban avanzar sobre esa corteza uniforme que se quebraba bajo su peso. Las caídas se sucedían. Dos mulas se cayeron de costado y se deslizaron a lo largo de casi cien metros, esparciendo en el trayecto, junto con sus arreos rotos, lo mejor de mis abalorios de pacotilla; una tercera se hundió en un hoyo ocultado por una capa de hielo, y nos costó bastante sacarla del hueco donde había caído, primero la grupa, hasta la cruz. Necesitamos más de cuatro horas para recorrer menos de una legua y avanzar más allá del límite de las nieves. El sol estaba muy alto cuando penetramos en el villorrio, escondido en lo más profundo del valle, en medio de campos

de caña y de maíz. El termómetro marcaba entonces 38º, o sea, desde el amanecer hasta el mediodía, una diferencia de 54 grados.

Al margen de estas bruscas nevadas, casi todos los días estallan granizadas en la puna. Las nubes parecen surgir de la tierra, se extienden de cima en cima con una rapidez que tiene de prodigio, y el aire se llena de un polvo helado. Los granizos caen no en forma de granos, sino de pequeños cristales, puntiagudos como agujas, que penetran en la carne. La extrema violencia del viento en la atmósfera rarificada hace la respiración cada vez más penosa. El huracán no dura por lo general sino unos minutos, pero lo deja a usted tiritando, con el rostro lastimado, los labios tumefactos, en un indecible estado de postración.

Lo peor es que a las intemperies se añaden los accidentes causados por la espantable naturaleza del suelo. No se tiene idea de un trastorno semejante. No más senderos abiertos; avanzamos lentamente, ora en un cenagal, ora a lo largo de una cornisa carcomida que bordea un precipicio. Aquí nos internamos por un talud donde cada paso determina un alud de grava de piedras; más allá, hay que escalar una pared casi lisa, o bien bancos de rocas superpuestas como las graderías de un circo. La mula elige su camino; su instinto es el guía más seguro. Jamás, antes de haberlo visto, habría supuesto yo que tales parajes fuesen accesible a bestias de carga. Sólo la cabalgadura andina es capaz de semejantes proezas, al lado de las cuales las dificultades que presentan los senderos más escabrosos de los Alpes son juego de niños. No obstante, por acostumbrada que esté



Campamento en la puna

a este género de gimnasia, se hace necesario descargarlas varias veces por día para que pueda franquear un paso particularmente peligroso. A veces incluso, a pesar de su habilidad, se producirá una grave caída, y el animal, si no ha perecido de inmediato, quedará fuera de servicio. Veinticuatro horas antes de llegar a Tayabamba perdí de esa manera una de mis mulas. La desdichada se había deslomado, y sus quejidos daban pena. Una bala de revólver abrevió su agonía, y luego su carga fue repartida entre sus camaradas, y su cuerpo abandonado a la voracidad de los cóndores.

No sé qué cosa es más penosa en un viaje a través de las punas, si el esfuerzo físico o la fatiga moral. El cielo descolorido, el pasto raquítico cuya coloración se confunde con la de la roca, la tristeza del paisaje sin color, arrojan el espíritu en una especie de languidez, corroen la voluntad más templada, arrebatan al ser todo impulso y hasta la noción del tiempo. Parece que uno se mueve por impulsos irreflexivos, maquinalmente, como en sueños. Tal impresión no tiene nada que ver con la que nos causa de ordinario la monotonía de las grandes extensiones, el océano o el desierto. No la he sentido ni en las largas travesías, ni ante los horizontes del Far West; las mismas soledades saharianas tienen yo no sé qué de viviente y de armonioso, que falta a las regiones elevadas de la Cordillera. En ninguna parte, tal vez, la naturaleza no se revela bajo un aspecto más sombrío y más adusto: en ninguna parte uno se siente tan lejos del mundo habitable, más desesperadamente desmedrado y solo.

II

El villorrio mismo que uno encuentra de trecho en trecho, en un valle lateral, no pone en este melancólico horizonte la mancha clara de un oasis. Condomarca, Piaz, Buldibuyo, Parcoy, son otros tantos pueblos de los cuales el hecho más importante, a primera vista, no parece un grupo de viviendas humanas sino un simple accidente del terreno o de una mata de arbustos salvajes. Las casas bajas, disformes, reunión grosera de postes calafateados con hierbas o cantos rodados cimentados con arcilla, se hallan dispersas, por aquí y allá, sin preocupación por su estabilidad y su simetría. El cuadro es por doquiera el mismo: pequeñas plantaciones de maíz o de papa, un cerco circular de piedras para proteger al ganado durante la noche, y el inevitable secadero de charqui. En vano se buscará, en los alrededores, una apariencia de camino apisonado. Los únicos senderos que estrían el flanco de la montaña son las entrecruzadas pistas trazadas por los animales de pastoreo. Se podría creer que nadie sale o llega a la aldea, que sus habitante nacen y mueren allí donde sus padres han vivido, olvidando, olvidados.

Sin embargo estas poblaciones pisan una tierra preciosa. En esta provincia de Pataz casi no hay torrente cuyos aluviones, tratados por el procedimiento primitivo de la *battée* no darían al práctico más novicio una ganancia de una piastra por día. Los indios no lo ignoran, pero no piensan en sacar partido de este barro aurífero. Una noche en que acampamos en las riberas del río de Parco, mostré a uno de ellos algunas pepitas recogidas en una escudilla, y le pregunté por qué no dedicaba a este trabajo una parte de sus horas libres, y el indígena me expuso sus razones en dos palabras:

– *Arca llanca* —Es mucho trabajo.

¿Es decir que esta indiferencia denota en él la pasividad, la inteligencia obtusa, la incuria propia de las razas inferiores? El indio, a los ojos de muchas gentes, no es solamente un resignado, un contemplativo, sino también un ser incapaz de prever, cuyos esfuerzos no van más allá de las necesidades de la hora presente. Aun cuando ello fuera así, no veo por qué merecería que se le relegue a la categoría de los seres mal venidos o difícilmente perfectibles. La verdad es que tiene pocas necesidades, y que no trabaja sino lo necesario para bastarse: tal es el privilegio del sabio. Cada vez que me he sentido a punto de sentir un exceso de piedad ante la pobreza y postración de estas criaturas que cumplen su destino con la inconsciencia de bestias de carga, me sentía llevado por el pensamiento hacia ciertas regiones del viejo continente, donde las leyes de la competencia vital son de otro modo duras. Volvía a ver las *regiones negras*, con esos conjuntos de casas que las empresas hulleras construyen para sus trabajadores, ennegrecidas, y al contramaestre de mina que vive doce de las veinticuatro horas a dos mil pies bajo tierra, y no conoce sino de oídas los campos dorados por el sol, las aguas vivas, el temblor del follaje. Y me preguntaba cuál es el más digno de compasión, si el campesino de la Cordillera o el mano de obra europeo.

Si es verdad que la organización de la familia constituye uno de los elementos de apreciación más seguros para juzgar equitativamente el nivel moral de una raza, el resultado, a este respecto, sería más bien favorable al indígena. En la mayoría de los villorrios el observador no dejará de sentirse impresionado ante el número de niños. La chiquillería que bulle en el umbral de las cabañas manifiesta que la máxima *Crescite et multiplicamini* es tomada aquí al pie de la letra. Notará que la autoridad de la madre es prevaleciente en el hogar y que, en general, la condición de la mujer es dura, de acuerdo a los rigores de la vida pastoral, pero no se la desprecia. Ya no es la humilde servidora de un amo únicamente ocupado en la guerra o en la caza. Si comparte las labores del hombre, este tiene cuidado de las fuerzas de su compañera, y asume las cargas más pesadas. No es raro encontrar, cuando regresa del campo, con la mujer sentada en la mula, con un pequeño en la

grupa, y el marido atrás, doblado bajo la gavilla. Estas atenciones, hay que admitirlo, son prodigadas de preferencia a la recién desposada, durante el fervor de la luna de miel; pero la unión familiar no se relajará con los años; ni la edad ni las enfermedades harán perder a los mayores su indiscutida autoridad sobre los miembros más jóvenes de la familia.

A la inversa de lo que sucede las más de las veces en los medios rústicos, donde el anciano, tolerado más que venerado, es considerado como una boca inútil, los padres de cierta edad, en la mayoría de las comunidades indias, sedentarias o nómades, ocupan un lugar de honor. Los ancianos, escuchados siempre con deferencia, son los primeros en dar su opinión en las circunstancias solemnes. A falta de juez o de sacerdote, desempeñan el papel de magistrado, hacen el papel de la policía en la aldea, resuelven los diferendos. Si uno de ellos cae enfermo, nada podría expresar la muda desesperación de los suyos, la expresión desolada de los rostros inclinados sobre el moribundo. Un pueblo, por degenerado que sea, no ha caído en el último grado de abyección cuando aún conserva intacto el respeto al niño, a la mujer y al abuelo.

La mala fama del indígena se debe, en gran parte, a su modo de ser desconfiado y melancólico. Su carácter, como su fisonomía, parece sufrir la influencia de la naturaleza circundante. Su primer gesto será casi siempre una negativa, su primera respuesta un lacónico rechazo:

¡Mana candju…! [*sic*] “¡No, no hay…!” Es un estribillo que resuena a menudo en las orejas del viajero. El indio, a pesar de su exterior rudo, es en realidad servicial y alguien con quien es fácil convivir con tal de que no esté embriagado. No se necesita gran cosa para amansarlo. Algunas baratijas repartidas le ganarán todos los corazones; una vez roto el hielo, la presencia del extranjero provocará una alegría general. En algunos minutos el pueblo entero se noticiará de la llegada del *taita* que, para estas pobres gentes, es forzosamente un gran médico, un brujo al cual nada resiste, y a quien se le irá a pedir un remedio, un específico cualquiera, para curar cualquier cosa. La consulta no deja de ser embarazosa para un profano. La diversidad de casos y de individuos exigiría un saber enciclopédico.

Se le pedirán a usted sus servicios, indistintamente, ya se trate de poner en pie a un mulo cojo, de reanimar a un cataléptico o de asistir a una mujer en el parto. Un día se me llevó ante un individuo cuyo fallecimiento debía remontarse a varias horas: me acordaré siempre de la consternación que se pintó en todos los rostros cuando declaré que el mal no tenía remedio. Jamás he lamentado tanto no ser todopoderoso.

La aventura más extraña me sucedió en una *pascana* aislada, dos días después de haber dejado el caserío de Piaz.

Los habitantes de los villorrios andinos, así como los de nuestros valles alpinos, envían su ganado durante una parte del año a pastar en las alturas. Llamas y carneros se quedan allí abandonados a sí mismos durante tres o cuatro meses. A veces, sin embargo, su vigilancia es confiada a un mocetón robusto y determinado, al que la soledad no asusta. Su salario, muy módico, le es pagado en especie. Terminada la campaña, recibirá de la comunidad algunos jarros de chicha, un pote de aguardiente y, de la esquila del rebaño, la cantidad de lana suficiente para el tejido de una capa nueva.

La choza del pastor, en cuya vecindad habíamos instalado nuestro campamento, estaba ocupada —cosa rara— por una joven pareja. El hombre, apenas de veinte años, de fisonomía más acogedora que la mayoría de los individuos de su raza, lejos de ponerse en continua alerta había venido a nuestro encuentro y nos señalaba, a diez pasos de su morada, la existencia de una fuente bastante abundante. Esta última consideración, más aún que la cercanía de la casucha india, me había decidido a elegir el sitio para pasar la noche. En cuanto a la mujer, retirada prudentemente al fondo de su cabaña, la creciente oscuridad unida a la espesa humareda que se desprendía de un fuego de turba, no permitía distinguir su rostro.

La noche avanzaba y ya eran más de las diez. Sentado en mi cama de campaña, con la libreta en la mano, acababa de anotar los incidentes de la jornada. El cierzo que refrescaba sacudía mi carpa y el termómetro, colgado a la entrada, descendía suavemente hacia el cero. Con el cuerpo transido, los dedos entumecidos, iba a echarme en mi saco, esperando que, con ayuda de la fatiga, el sueño no se haría esperar, cuando me pareció percibir, detrás de la pared de tela, un cuchicheo acompañado de un frotamiento discreto, como si se rascase el tejido con la punta de los dedos. Luego la cortina que tapaba la entrada de la tienda fue apartada con precaución, y uno de mis peones pasó la cabeza por la abertura, tímidamente, como hombre que se arriesga a un paso azaroso. Pareció feliz de encontrarme despierto. Le pregunté, no sin inquietud, lo que quería, ya que los indios, a menos de una seria alerta, no tienen la costumbre, después de una larga etapa, de estar de pie a semejante hora.

– El dueño de la *pascana* —respondió él— pide al taita un remedio para su mujer que está enferma, bien enferma.

Me levanté de muy mal humor, a punto de mandar al diablo a ese cliente malhadado. Pero la invitación no podía ser declinada. En vano hubiese alegado mi incompetencia en el arte de curar: la derrota hubiera parecido miserable. Estas gentes difícilmente admiten que un blanco no posea la ciencia infusa, y no verían en la negativa sino un signo de brutal desdén. Imposible sustraerme, bajo pena de decaer al instante en su estima, y, lo cual es peor, de perder todo prestigio frente a mis servidores indígenas.

El indio me esperaba en el umbral, sentado sobre sus talones, y en cuanto me vio vino a mi encuentro con la actitud del más profundo respeto, con la espalda curvada, las manos juntas al tiempo que murmuraba un confuso agradecimiento. Después, tomando la linterna de las manos del peón, nos precedió a la cabaña, siempre doblado en dos, sin interrumpir sus fórmulas propiciatorias, recitadas en el tono de un devoto que apura las cuentas de su rosario.

La mujer, muy joven, con los rasgos bastante regulares para ser india, estaba echada en un rincón, sobre un lecho de musgo, con la cara hacia el fuego. Nos dejó aproximar, atenta, con la mirada fija; luego, súbitamente, escondiendo su rostros en las manos, se volvió hacia el muro con un gritito de animal asustado.

No se necesitaba ser un gran letrado para el diagnóstico, y me fue difícil mantenerme serio cuando le pregunté al indio si no se daba cuenta del mal que sufría su compañera.

Movió la cabeza con aire entendido, y respondió a media voz:

– *Huarmi chichu*, esto es "la mujer está encinta".

Todo hacía prever, en efecto, que antes de que hubiese transcurrido la noche la *pascana* contaría con un morador adicional. Solo había que esperar. Las cosas, añadí, no pasaban de otra manera en mi país; los más eminentes taitas no poseían ningún filtro lo bastante eficaz como para sustraer a la mujer, ya fuese blanca o negra, emperatriz o pastora, a la ley común, esto es el parto con dolor. Me asombraba sin embargo que ambos esposos se hubiesen quedado solos allí, lejos de todo socorro. El hombre replicó que no vivían solos. Uno de sus hermanos ocupaba una cabaña en el mismo pastizal, a una hora de allí, y acababa de partir hacia el villorrio en busca de una vieja muy entendida, que había prometido acudir a la primera llamada. Pero ya era un poco tarde para ello. El pueblo estaba lejos, y el mozo, aunque tuviera muy buenas piernas, apenas si podría llegar al día siguiente, al alba, y no estaría de retorno con la comadrona antes de dos días. El desenlace, según todo indicaba, no se haría esperar hasta entonces: el tiempo se acortaba.

Por lo demás era de apostar, ciento contra uno, que el acontecimiento no derivaría a lo trágico. En los seres simples el nacimiento, como la muerte, es rara vez penoso. El indio que, resignado, expira sin lucha y sin una larga agonía, viene al mundo con facilidad. Por ello, casi seguro de que ninguna complicación inesperada me pondría en la necesidad de confesar mi inexperiencia, aconsejé a mis gentes que no se alarmaran y que tuvieran paciencia. Incluso habría regresado, de buen grado, a mi tienda, sino hubiese leído en su actitud un vivo deseo de no verme en retirada, como si mi presencia hubiera podido ser de buen auguro y ejercer una feliz influencia.

Mientras tanto, ya que la etiqueta quería que presidiese la ceremonia, creí mi deber tomar mi papel en serio y prescribir algún mejoramiento en el arreglo de ese pobre interior. En uno de los ángulos de la pieza, un montón de hierba seca servía de refugio a una familia de cuyes y a una docena de pollos flacos. Hice sacar a volátiles y roedores, y agregar esa manera de colchón al delgado jergón donde yacía la paciente. Se le acomodó una almohada por medio de dos cobertores y un tapiz de montura doblado en cuatro; un aparejo de mula, acolchado con paja, sólidamente sujeto bajo sus pies, completó ese pobre lecho. Tomadas estas disposiciones, permanecimos por largo tiempo sentados en torno al fuego, sin intercambiar ni una palabra. No se escuchaba otro ruido que la queja continua de la parturienta, el chisporroteo de las llamas y los pasos de las mulas sobre el suelo helado. Una de ellas se había aventurado hasta el umbral y, curiosa, contemplaba la escena al tiempo que masticaba las pajitas caídas del techo.

Ya había amanecido cuando, en el fondo de la choza aún oscura, resonó un grito, grito de angustia, al cual respondió, casi de inmediato, otra voz, bien débil, que parecía venir de muy lejos, y que no obstante dominaba a los demás ruidos, tales como los pasos de los animales, el correr del viento, los cantos de los gallos saludando la aurora.

Me acordaré siempre de la expresión un poco desconcertada del padre cuando constató el sexo del recién nacido:

– *¡Imilla!* “Una niña”, exclamó en tono de reproche, lanzándome una lastimosa mirada, como si de mí hubiese dependido ahorrarle ese bochornoso contratiempo. Sin embargo su mal humor se disipó pronto cuando me vio sacar de un bulto una pieza de tela de algodón, abigarrada, de la cual le ofrecí lo suficiente, y más, para arropar a la niña y a la madre. Añadí, para esta, un par de chales rameados y un rosario hecho de esas pequeñas cuentas rojas y negras conocidas en toda América española bajo el nombre de *colorines*. Estos obsequios alegraron a la pareja, y me valieron, en el momento de despedirme, una nueva marca de confianza que yo estaba lejos de esperar. La mañana avanzaba: habíamos levantado el campamento, los animales estaban cargados y me aprestaba a montar cuando vi que el indio se aproximaba a mis hombres y entablaba con ellos, en voz baja, un coloquio de los más animados. Era manifiesto que aún tenía algo que pedirme, algo muy simple, por lo demás. Expresaba tímidamente el deseo de que el taita aceptara bautizar a la bebe, lo cual le traería felicidad. ¿Quién sabe cuánto tiempo pasaría antes de que se tuviera a sacerdote al alcance de la mano? Por lo demás, ¿acaso el taita no sabía tanto como un cura?

¿Cómo negarme? De inmediato la pequeña indiecita fue bautizada; ella lloró, ni más ni menos que cualquier otro bebe cristiano, mientras que yo le derramaba un poquito de agua sobre la frente, pronunciado las

palabras consagradas por el ritual de la iglesia católica. Hecho ello, pude en fin partir. Y hacía apenas un cuarto de hora que estábamos en camino, cuando unos pasos rápidos y el ruido de una respiración jadeante me hicieron volver la cabeza. El indio se había lanzado en nuestro seguimiento y nos alcanzó. Se acercó a mí, y sin decir palabra, alzando su poncho, me presentó gravemente una gallina y un cuy amarrados por las patas. ¡Mis honorarios! Temiendo sin duda que su presente no fuese aceptado, lo colocó a través de la silla, dio media vuelta y se fue a toda carrera.

III

Lo terrible es caer en una de esas poblaciones retiradas un día de fiesta. ¡Dios sabe si las solemnidades son numerosas! Sin contar con que los regocijos comienzan por lo general la víspera o la antevíspera y duran hasta el día siguiente, si no más. En esos momentos no espere usted nada de sus huéspedes; cuidese de no pedirles nada. Lo más seguro es aguardar a que la orgía haya terminado y acampar a alguna distancia del caserío en alegría, feliz si se logra pasar desapercibido. Toda tentativa para negociar en medio de la gran excitación general sería inútil, a veces incluso peligrosa.

El indio, ya desconfiado por naturaleza, se torna intratable por poco que se encuentre bajo la influencia del alcohol. Entonces se alarmará por una nada, tomará como amenaza la palabra, el gesto más inofensivo. La humildad temerosa de la raza desaparece bajo el empuje de la embriaguez. El ser pasivo y tímido cede el lugar a un bruto insolente. Ningún socorro posible, puesto que el gobernador y sus administrados, el padre y sus ovejas, el pueblo entero, de arriba a abajo de la escala social, se halla sacudido por el mismo viento de locura.

Si la desdicha quiere que no haya sido posible mantenerse aparte y desviar la atención de los curiosos, habrá que decidirse a sufrir, hasta cierto punto, las familiaridades, las groseras bromas de la muchedumbre, sin que, no obstante, la condescendencia que se muestre pueda ser calificada de debilidad. Hay allí un matiz bastante delicado de precisar: no se podría, a este respecto, trazar por anticipado una regla de conducta; todo dependerá de las circunstancias. El criollo del Perú, que es un jinete cabal, usa para indicar la manera de obrar con los indígenas una ingeniosa metáfora tomada en préstamo de su deporte preferido: "Tira y afloja". Imposible decirlo mejor, pero es verdad que el precepto es más fácil de formular que de poner en práctica.

¿Para qué describir en detalle estas fiestas locales? A lo más recordaré que, si bien colocadas bajo vocablos cristianos, la mayoría de ellas procede, según todo indica, de las tradiciones antiguas cuyo recuerdo se trasluce

por numerosas ceremonias curiosas, tales como la inmolación de animales domésticos, cabras u ovejas, y por libaciones de la sangre de la víctima realizadas ante la capilla abierta de par en par, en cuyo fondo la custodia expuesta se ve radiante como el sol. Es la fiesta pagana cuyo nombre han cambiado, sin llegar, no obstante, a transformar por completo su carácter.

Los primeros misioneros, para conquistar el alma del indígena, no vacilaron en recurrir a los procedimientos violentos. Sería un error creer que la religión del vencedor, impuesta por la fuerza, sustituyó repentinamente a las antiguas creencias. Es probable que hubiera un período de transición durante el cual los dos cultos coexistieron yuxtapuestos, con el sacerdote que levantaba su modesto altar coronado por la cruz, frente al templo consagrado a las divinidades nacionales, y celebraba la misa declamando las letanías de los santos, mientras que resonaban, a unos pasos de allí, los himnos en honor del sol o de Pachacamac, el genio de la tierra. Poco a poco el indio se acostumbró al nuevo oficiante, se interesó en la ceremonia, para comenzar como curioso, después como fiel, sin saber bien a qué motivo cedía al abandonar las prácticas de sus padres por el dogma extranjero.

El ingenio con que el cristianismo ha sabido tomar de las religiones a las que venía a suplantar algunas de sus formas externas no ha contribuido poco a granjearle, aquí como en otras partes, las simpatías populares. Las primeras conversiones fueron tanto más sólidas por cuanto habían sido, por así decir, irrazonadas. El indio no se daba cuenta incluso que adoraba a un dios nuevo. ¿No oraba en el mismo edificio, ante los mismos emblemas a los que una simple modificación de detalle había permitido utilizar? Una cruz grabada en la piedra encima de un relieve que representaba un cuadrúpedo informe, y la imagen se convertía en el cordero simbólico. Unos golpes con el cincel hacían del disco solar un Santo Sacramento. Los numerosos fragmentos descubiertos en Santa, en Puno y en el Cuzco, no dejan



Indio de la Cordillera en atavío de fiesta

ninguna duda sobre esta hábil apropiación de la decoración. El marco era el mismo, la fiesta seguía siendo celebrada en su fecha acostumbrada; pero se la realizaba en honor del santo cuyo nombre figuraba ese día en el calendario. Por eso no hay que asombrarse si, en las poblaciones cristianas de los Andes, las fiestas mayores están consagradas a exaltar a patronos más bien modestos que, en el cielo cristiano, no aparecen sino como constelaciones de segunda magnitud.

La expresión del sentimiento religioso se resiente por lo vago de las creencias. El aislamiento, las costumbres relajadas, la ignorancia de un clero reclutado Dios sabe cómo, y cuya instrucción es considerada como perfecta desde el momento en que sabe leer, contribuyeron a perpetuar prácticas que no tienen del cristianismo más que el nombre. Las danzas, los disfraces grotescos, hacen pensar menos en una reunión piadosa que en las bacanales de una tribu salvaje. El nómada de los bosques trasandinos, achuelo o campa, envidiaría al indio de la Cordillera considerado civilizado la inspiración con la cual abre la procesión, con vestido de gala, cubierto de oropeles multicolores, con la cabeza coronada por una cimera de plumas, y se abandona, en la alegría de su corazón, a las improvisaciones de una coreografía tal como nunca se había visto antes, incluso en sueños.

La concurrencia, hay que hacerle justicia, observa al principio un cierto decoro. Las primeras horas de la mañana transcurren en invocaciones al santo patrono del pueblo, solicitudes ingenuas en las que el peticionario expresa sus deseos de manera muy prolija, con muchos comentarios ridículos, invocando, a veces con un tono de los más imperativos, la atención del bienaventurado sobre los seres y las cosas confiadas a su cuidado, desde los miembros de la familia hasta el cerdo, sin olvidar el campo patrimonial. El timbre de las voces, el acento de profunda sinceridad de los cantores, la sonoridad misma de un idioma cuya fonética no tiene nada en común con las lenguas europeas, pero que no por ello está desprovista de armonía[1], dan a estas improvisaciones bárbaras no sé qué encanto.

---

[1] En el quechua y los dialectos derivados, los rasgos característicos parecen ser: 1º la multiplicidad de términos compuestos, el alargamiento indefinido de las palabras arbitrariamente soldadas una con otra, hasta el punto de que una sola de ellas, es verdad que de dimensiones anormales, equivale a una frase completa; particularidad a la cual el período indio debe quizá su cadencia uniforme y melancólica; 2º la abundancia de las locuciones formadas por onomatopeya, casi siempre de la manera más feliz. El auditorio menos atento captará al vuelo lindas palabras que suscitan una imagen, tales como *llocla*, chaparrón; *atatau*, espanto; *alalau*, dolor vivo; *guagua*, niño muy pequeño; *jururuta*, tórtola; *piaa* [sic] mujer vieja. Parece que se escuchara el ruido de las grandes gotas de lluvia sobre las hojas, los vagidos del recién nacido, el arrullo del ave y la queja importuna de una comadre agriada por la edad.

Pero esta calma relativa es de corta duración. Las jarras de chicha reservadas para la ocasión son exhumadas de los silos. El alcohol hace de las suyas, y pronto los cánticos son seguidos por gritos inarticulados, a las genuflecciones los brincos, las fantasías de una mímica iracunda, un aquelarre de convulsionarios. Las cabezas se calientan: la embriaguez reenciende las viejas querellas, los odios entre familias apaciguados desde hace largo tiempo. Los campeones se interpelan con violencia, intercambian los desafíos más extravagantes, y el día no acaba sin que no se vayan a los golpes. Felizmente los más intrépidos dan pasos vacilantes, y la contienda es poco peligrosa: es raro que corra la sangre; los más maltratados salen del apuro con un labio hendido, un ojo hinchado. Llegada la noche, poco a poco todo retorna al orden. Los grupos se dispersan; un sordo rumor de animales en el establo sube de las sombras de las casuchas; aquí y allá, junto a fogatas que se extinguen, algunas parejas enlazadas velan todavía. Luego, el último tizón cae en cenizas, las voces se apagan; solo el aullido de un perro indio de pelo rojo, con largo hocico de zorro, turba la paz del villorrio dormido.

Por lo que antecede se puede apreciar si me fue fácil, en el pueblo de Tayabamba, conseguir los cargadores necesarios para la travesía del macizo oriental. Las tratativas demandaron una semana, que, por lo demás no me pareció demasiado larga. Las horas no empleadas para reclutar mi personal fueron dedicadas a renovar mi provisión de víveres bajo una forma apropiada a las condiciones muy especiales de un viaje en la húmeda y cálida región de la Montaña[2].

Tuve la suerte, mientras procedía a mis preparativos, de encontrar un auxiliar inesperado en la persona de un viejo chino cuya presencia en semejante lugar me hubiera dejado estupefacto si no hubiera sabido cuántos súbditos del Imperio del Medio están diseminados en toda la extensión del territorio peruano, desde las ciudades del litoral hasta los más alejados campos del interior. Durante más de veinte años, de 1849 a 1872, ha habido una gran afluencia de inmigrantes amarillos al Perú. Desde el día en que la ley prohibió la importación de culíes, muchos de ellos, al expirar su contrato, se establecieron en el país y emplearon el dinero penosamente ganado en

---

[2] Uno de los mejores alimentos de los que es posible aprovisionarse para las largas marchas en el interior es el *chuñu*, una especie de sémola de papa preparada de la manera siguiente: el tubérculo, expuesto al aire libre durante varias noches consecutivas, hasta que sea completamente penetrado por la helada, es lavado enseguida con gran cantidad de agua para desembarazarlo de todas las partículas solubles. Después de ello los indios lo hacen secar ante un brasero, o al sol sobre un tejido de cañas. Estas diversas operaciones lo reducen al tercio de su volumen primitivo. Es en fin molido entre dos piedras y puede, encerrado en una doble envoltura de cuero, o mejor en una caja de hojalata bien cerrada, conservarse indefinidamente. Con un puñado de esta harina grosera y un poco de charqui disueltos en agua hirviente, se obtendrá, en algunos minutos, un caldo sustancioso y de un sabor agradable, sobre todo si es posible agregarle, como pan, tajadas de banana o de yuca.

la instalación de un pequeño comercio. Poderosamente secundados por la variedad de aptitudes y la tenacidad que son las cualidades predominantes de la raza, se expandieron por todos lados y se asentaron, a pesar de la persistente animosidad del indígena y del mestizo. Las agresiones violentas del populacho, no más que las mezquinas maniobras de las autoridades, no afectaron su estoica indiferencia. Inclinaban la espalda ante la tempestad, y recomenzaban la tarea con obstinación de insectos. Ningún vejamen los desalentó. Se resignaron incluso, de buen grado, a la pérdida de un apéndice del cual sus compatriotas han hecho el paladín de la dignidad humana. En el Perú el chino ha debido sacrificar su larga trenza: se le ve vestido con el poncho de pelo de cabra, la cabellera hirsuta, las piernas desnudas, irreconocible.

Mi chino se llamaba Ah Fee, y me tomó verdadera amistad. Perdido en medio de una población hostil, parece que vio en el europeo, solitario como él, un aliado natural, y que la necesidad empujaba a los representantes de dos civilizaciones diametralmente opuestas, a los que el azar reunía en un caserío de los Andes, a unirse ante el peligro común. El asunto es que, en su vocabulario cosmopolita, en que el español y el quechua se mezclaban en iguales proporciones con el idioma nativo, él había escogido para expresarme su simpatía el nombre familiar de “Mi paisano”. Lo veo aún sacando para mí de su escondrijo sus mejores mercancías, coca fresca, rollos de tabaco de la última cosecha, y un arroz de blancura inmaculada. Al tiempo que me entregaba mis compras, me contaba sus pequeños asuntos, su vida pasada, cómo había venido de Macao, hacía de ello muchos años, en compañía de trescientos camaradas en el entrepuente de un velero; la dura existencia en la hacienda, el trabajo excesivo, los malos tratos, el calabozo y la fusta, el largo martirologio del culí vejado por el blanco, escarnecido por el indio, sin una compañera, sin un amigo; después, transcurridos los ocho años del contrato, el paria de ayer se transformó, reuniendo sus ahorros, en comerciante, y se estableció en el corazón del país. Y siempre, como idea fija, el pensamiento de la patria lejana, la voluntad decidida de volver tarde o temprano a la tierra donde duermen sus ancestros. Llegaría un día en cual, desde el puente de un vapor, remontando el río de la Perlas, volvería a ver Cantón. Al decirlo su parloteo nasal se animaba poco a poco, una llama pasaba por sus ojos grises; se habría jurado que ya divisaba los arrozales de Wampoa, el río lleno de sampanes multicolores, los suburbios de Honam, la ciudad rumorosa, y la pagoda de cinco pisos, allá a lo lejos, en las alturas de Kum-Yan. Sí, él moriría contento después de haber contemplado, una vez más, todo aquello, y también el burgo paternal, a lo lejos, sobre el Río del Oeste, cerca de Shin-King, al pie de colinas de mármol.

La mañana de nuestra despedida nos acompañó hasta una media legua del pueblo. En el momento de separarnos, se me acercó con un aire misterioso, y me deslizó en la mano una pequeña caja de estaño, murmurando con una mueca que quería ser una sonrisa:

– ¡Es té! Buen té de Sai-Chiu. Pero no lo dejes ver a los otros; no alcanza para ellos. ¡Es para ti, paisano mío, nada más que para ti!

Después de ocho días de negociaciones bastante laboriosas, yo había llegado en fin a reunir a mi cargadores. Los cinco individuos más determinados del villorrio respondían a mi llamado. La perspectiva de un beneficio por completo excepcional había triunfado sobre sus vacilaciones; yo podía, en efecto, sin desembolsar un centavo, dar prueba hacia ellos de una generosidad que sobrepasaba sus más altas esperanzas. Tayabamba está situada, como un nido de águila, en el límite extremo de la región accesible a los animales de carga. Obligado era, pues, dejarlos atrás. Las dos mulas que me quedaban se hallaban todavía en excelente estado, y mi caballo, animal soberbio, tan resistente como en el día en que lo ensillé por primera vez en Cajamarca. Bestias de este valor son raras en las sierras, y por ello mismo, muy apreciadas: su poseedor, si no puede servirse de ellas en el lugar, tiene siempre la posibilidad de obtener un precio elevado llevándolas, si no al litoral, al menos a los mercados que están entre la Codillera. Por ello, cuando prometí a esas gentes darles la plena y entera propiedad a cambio de sus servicios por un tiempo indeterminado, pero que, probablemente, no pasaría de quince días, el ofrecimiento tuvo un resultado decisivo. Correspondía a cien veces lo que tenían derecho a percibir y equivalía para ellos a una pequeña fortuna.

Sin embargo, a fin de prevenir los inconvenientes que siempre presenta, sobre todo con el indio, un pago adelantado, estipulé que no entrarían inmediatamente en posesión de los animales, sino a su retorno. Hasta entonces las bestias estarían bajo la guardia del teniente gobernador, quien no se desprendería de ellas sino contra la presentación de un papel firmado por mí y con mi sello, dando fe de que mis compañeros habían cumplido con su compromiso con una fidelidad absoluta. La medida pareció equitativa, y no presentaron ninguna objeción. Uno de ellos, sin embargo, hizo observar que podía sobrevenir un accidente sin que fuese culpa de los mismos. ¿Qué pasaría si yo sucumbía? A falta de una manifestación de mi mano, ¿qué prueba presentarían ellos de su inocencia y de su devoción?

La pregunta, sin ser insidiosa, denotaba en su autor un singular sentido práctico, así como una apreciación muy clara de las responsabilidades asumidas.

– Si muero —respondí, después de un minuto de reflexión— los hombres traerán mi cuerpo.

El teniente gobernador aprobó la medida con un movimiento de cabeza, y añadió este comentario consolador:

– Será enterrado en santa tierra.

– Eso mismo.



El Teniente Gobernador

Expliqué a continuación que no se debían quedar allí sus buenos oficios. Si es que, Dios no lo quiera, me sucedía una desgracia, le rogaba hacer llegar la noticia a la costa por medio de un emisario, al cual le confiaría los papeles que yo portaba, a fin de que pudiesen ser enviados a mi país. Sobre este punto, como sobre los otros, recibí las promesas más categóricas y me retiré muy satisfecho de nuestro acuerdo, por más que la conversación hubiese tomado, hacia el fin, un giro un tanto macabro. Pero no hay nada mejor para sentir el espíritu libre y el cuerpo alerta que poner orden en sus asuntos en previsión de toda eventualidad ingrata.

El cebo de un salario inesperado no era lo único que había contribuido a estimular el celo de mis hombres. Había otro motivo que los determinaba

a acompañarme en pos del río Huallaga. Les dije que encontraría en las orillas de este río importantes yacimientos de sal, de la cual podría traer, al regreso, una amplia provisión. La promesa era seductora; la sal es, en efecto, un producto raro y caro en las mesetas de los Andes, donde vale hasta dos o tres piastras la arroba[3].

Contratados los hombres, los adioses tomaron dos días. Fueron idas y venidas continuas de casa en casa, clamores, cantos, interminables libaciones, una bacanal que duraría todavía si no hubiera aprovechado un momento de tregua para encerrarlos conmigo en el reducto que yo ocupaba, y cuya entrada cerré poniendo, a manera de barricada, mi cama de campo atravesada en el suelo. Era el único medio de prevenir una recaída y nuevos retrasos.

En fin el 23 de agosto, una hora después de salir el sol, salíamos de Tayabamba. La etapa que comenzaba iba a ser, sin ninguna duda, una de las más duras del viaje, y la prueba, quizás por encima de mis fuerzas. Pero ante el esplendor de la mañana, ¿cómo dejarse llevar a los pensamientos desalentadores? El aire era vivo, con ese sabor acidulado de la brisa en las grandes altitudes, el cielo sin una mancha, el suelo espolvoreado de escarcha, y mis gentes, con el fardo a la espalda, marchaban alegremente. Su número me había permitido asignar a cada cual sino un fardo bastante ligero. La más pesada no excedía los veinte kilogramos. El menor del grupo, un muchacho de unos quince años, casi un niño, al que sus camaradas llamaban *jucucha* (rata), en razón de su pequeña talla y de su figura endeble, había recibido, por su parte, el talego que contenía, con una parte de las municiones, mis mapas y libretas de notas, de los cuales se mostraba muy orgulloso; no me quitaba los ojos, ajustaba su paso al mío, y se daba, frente a los otros, los aires de un hombre investido de una misión de confianza. Había sido el primero en venir a proponer sus servicios, espontáneamente, movido por el ardor de correr el mundo que, en el indio como en el blanco, es el hermoso privilegio de la juventud. Su ejemplo no había dejado de influenciar las buenas voluntades hasta entonces vacilantes, y yo me sentía un poco en deuda con él por la organización relativamente rápida de mi caravana. Por ello no dudé en acoger favorablemente su pedido, contratándolo a pesar de su joven edad y la evidente ansiedad de sus familiares.

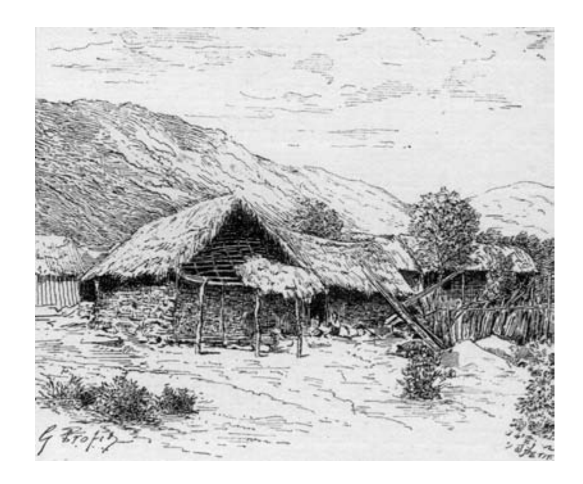
La partida dio lugar a una escena conmovedora, a una demostración de dolor tan verdadera, que por un instante lamenté haber cedido tan fácilmente al deseo del joven buscador de aventuras. El indio era el primogénito de una numerosa familia cuyo jefe había muerto unos meses antes. La

[3] Más o menos 2 francos el kilogramo.

viuda veía con aprensión alejarse aquel que en adelante debía reemplazar en el hogar al padre desaparecido, y hacer vivir a los moradores de la casa. La ocasión era no obstante demasiado bella para que se la dejase escapar; en su vida quizás el muchachito no tendría oportunidad de ganar en tan pocos días un salario tan elevado, con el cual asegurar por un buen tiempo el bienestar de los suyos. La pobre mujer se resignó, pues, a una separación que, no por ser de corta duración, dejaba de asumir, por la naturaleza misma del viaje, la ignorancia del destino al cual nos dirigíamos, las incertidumbres de una marcha por la temida región de los grandes bosques, un carácter solemne. Rodeada por sus otros hijos, el más pequeño colgado a su espalda en una red, ella nos esperaba en el umbral de la cabaña, sentada sobre sus talones, en una actitud abrumada. En el momento en que pasábamos, se puso de pie de un salto, como movida por un resorte, corrió hacia su hijo al que dio un gran abrazo, y luego, volviéndose hacia mí, exclamó:

– Taita, sé bueno con él; no le hagas mal. Devuélvemelo como yo te lo doy. Es la luz de mis ojos. No me dejes ciega para siempre!

La tranquilicé del mejor modo que pude, le puse algunos reales en la mano, y al punto cesaron sus lamentaciones. Pero por un buen tiempo todavía, a medida que subíamos lentamente por las pendientes áridas que dominan el pueblo por el lado del este, la vi parada en el mismo lugar, inmóvil en el polvo, la cabellera al viento, en medio de su chiquillería en lágrimas.



CAPÍTULO V
LA MONTAÑA

I. Viaje a pie.- Aspecto de la vertiente oriental.- Cultivos indígenas.- La coca.- II. En los bosques.- A golpe de hacha.- Campamentos del anochecer.- Ruidos nocturnos del bosque.- III. Supersticiones indias.- La *chuchupa*.- Tres leguas en dos días.- Ya no hay sal.- IV. Un accidente.- Síntomas de desfallecimiento.- Paso del río Huacamayo.- ¡En una isla!- Tentativa de deserción.- Un diluvio.- Envenenados.- Pisana.

23-26 de *agosto*.- Me encontraba en Tayabamba a 8º 37´de latitud sur y 79º 35´de longitud oeste, en la cumbre de uno de los ángulos más salientes de la cadena central. Me proponía llegar al valle del Huallaga a la altura de la antigua misión de Pampa Hermosa o Pisana, fundada antaño en tierras de los indios cholonos, hoy en ruinas, pero cuya existencia era aún anotada en los trabajos geográficos del P. Sobreviela, en 1790. No determina exactamente su posición. Sin embargo luego de un estudio minucioso del mapa levantado por el ilustre monje explorador, resultaba para mí que esta posición debía estar, aproximadamente, a 8º de latitud sur y 78º40´de longitud oeste. La distancia entre ambos puntos no era, pues, a vuelo de pájaro, sino de unas sesenta millas, y la dirección indicada este-nor-este.

Teniendo en cuenta los desvíos impuestos por las dificultades del terreno, la distancia real podía ser evaluada en ciento cuarenta kilómetros. Yo no suponía que el trayecto, que un tren rápido cubriría en menos de tres horas, nos tomase más de una semana, no perdiendo tiempo y trabajando de nueve a diez horas por día en promedio. Había que contar, en efecto, en adelante, menos en una marcha regular que en un verdadero trabajo de leñador, en una lucha cuerpo a cuerpo con la floresta.

Apenas se ha sobrepasado la línea de las crestas, uno se siente impresionado por el contraste entre la puna desolada y la poderosa vegetación de la vertiente oriental. Mi último campamento había sido instalado a tres mil ochocientos cincuenta metros, en un sitio de extrema aspereza, ante un cuello al cual daba acceso un especie de chimenea medio colmada por derrumbes de piedras. Apenas, aquí y allá, algunas magras matas de hierba marchita. A los dos tercios de la pendiente, un lago minúsculo, con aguas de un gris de acero, sin un borboteo de fuente al centro o en las orillas, sin una onda en su superficie. En el aire, ningún ruido; en vano se habría buscado en este muerto paisaje algo que se moviese, una hoja llevada por el viento, un vuelo de moscardones, la sombra errante de un pájaro. Era la melancolía suprema, el fin de todo.

Al otro lado del abra, súbito cambio: altas hierbas mojadas de rocío, macizos de arbustos, un murmullo de aguas vivas. La vegetación se hacía más tupida, las lianas festoneaban la maleza; unos metros por debajo de nosotros rugía un torrente bajo arquerías de helechos arborescentes. Apenas salidos del áspero desfiladero, me encontraba en pleno paraíso tropical. Sin embargo, la observación barométrica daba entonces la cota leída menos de cuatro horas antes en el desierto pedregoso cuyo aspecto hacía pensar en los parajes más abruptos de los Alpes.

Estas diferencias de clima entre las regiones de América meridional bañadas por el Pacífico, y la parte del continente que se extiende de los Andes al Atlántico, es siempre para el viajero una fuente de asombro. ¿De dónde provienen, a latitudes iguales, diferencias tan marcadas? La opinión más acreditada las atribuye a la configuración misma de la cadena de los Andes, cuyo poderoso relieve no presenta sino pocas depresiones apreciables, muralla ininterrumpida que obstaculiza los alisios del sureste. Estas brisas constantes, después de pasar sobre el Atlántico, alcanzan las costas del Brasil, y los vapores de aquellas que estaban saturadas se resuelven en lluvias en las vastas llanuras del interior, y en nieves en la gran Cordillera. El alisio se estrella contra esa pared gigantesca; más allá de las crestas apenas si se hace sentir. No es entonces más que una ligera corriente de aire seco que cae antes de haber alcanzado la costa. En el litoral, por el contrario, la acción de las corrientes atmosféricas oscila con una regularidad

casi absoluta entre el norte y el sur; el suelo es uniformemente arenoso, y la reverberación del sol en las playas mantiene una temperatura media lo suficientemente alta como para impedir la condensación de los vapores acuosos. De allí la casi completa ausencia de lluvias en la Sierra y en la costa.

En las dos primeras jornadas de marcha, sin ofrecer aún ninguna seria dificultad, fueron no obstante penosas. El paso ha sido abierto por los habitantes de Tayabamba y los de Huancaspata, villorrio situado a diez leguas al sur, y da acceso a las extensas tierras roturadas para el cultivo de la coca y del tabaco. El sendero es recorrido durante todo el año, pero no es sino una trocha, tallada con la hachuela, de un ancho justo lo necesario para dejar pasar a un hombre. Sigue todas las sinuosidades del terreno, sin desviarse jamás para evitar los obstáculos de todo tipo que se suceden a cortos intervalos. Además, la actividad vegetal es tal que les bastan unos días a las lianas para reanudar las mallas de sus redes y hacer desaparecer toda huella. En fin, el rezumar de innumerables manantiales transforma demasiado a menudo el suelo en una pasta pegajosa en la que con gran trabajo se mantiene el equilibro, para no hablar de los impetuosos arroyos que uno se ve obligado a pasar al vado varias veces por hora.

Los terrenos roturados cuya altitud varía entre los 2 000 y los 2 300 metros ocupan una extensión de más de cien hectáreas. Las plantas de tabaco y los cocales crecen, en su mayoría, en medio mismo de los campos talados, en el espacio libre entre los árboles derribados, mezclados de cualquier modo, en el sitio mismo donde han caído. Se han contentado con quemar las ramas pequeñas, dejando al lento trabajo de los siglos la tarea de deshacer esos esqueletos de arbolados tan duros como la roca.

El cultivo de la *Eritroxylon coca* en estos parajes data de hace cinco a seis años, y los resultados obtenidos por el indígena muestran lo que se podría esperar de empresas análogas conducidas con el espíritu metódico y perseverante del pionero europeo. El vegetal, que constituye uno de los artículos de exportación más importantes del Perú, merece al menos una sucinta monografía. Me perdone el lector por este paréntesis justificado por el valor del producto en los mercados de ambos mundos, y también por una tentativa que he hecho para importar y aclimatar el arbusto en nuestras posesiones argelinas. Tentativa que fracasó como consecuencia de la catástrofe que fue el hundimiento del buque que me traía de regreso a Francia, apenas a unas horas de Le Havre.

Todo el mundo conoce el considerable papel de la coca en la alimentación de los habitantes del Perú. No se encontrará un solo indio sin su bolsita de cuero colgada del cuello como un amuleto, que contiene la hoja preciosa. Ya sea que esta sustancia actúe como tónico o como anestésico, ya sea que estimule en las grandes alturas las funciones del aparato

respiratorio, o que no ejerza otra influencia que insensibilizar el estómago después de un largo ayuno, el asunto es que constituye una gran ayuda para todo aquel, indio o blanco, en el recorrido de estos accidentados territorios. La terapéutica se ha apoderado de ella y utiliza su alcaloide, la cocaína.

El arbusto crece a partir de las pendientes inferiores de los Andes hasta una altura de 2 000 a 2 500 metros. El fruto es una baya roja que recuerda la del serbal. Las bayas se entierran por grupos de tres o cuatro protegiéndolas contra los pájaros por medio de ramas secas, y se mantiene este abrigo hasta que la joven planta haya adquirido el tamaño suficiente como para resistir la acción del sol. La primera cosecha se obtiene, según los casos, al cabo de un año o de dieciocho meses. Una vez cogida la hoja es secada al sol sobre un área de tierra apisonada, luego se guarda en canastos de forma cilíndrica, y de este modo se la transporta a espaldas humanas desde las alturas de la Cordillera a la costa. En la provincia de Tacna el valor de uno de esos cestos, con un peso de veinte a veinticinco kilogramos, varía de nueve a doce piastras. El producto promedio de un cultivo en pleno rendimiento puede ser calculado en cien kilogramos por hectárea. En el Perú la cosecha anual sobrepasa los siete millones de kilogramos.

Durante mi estancia en Lima, la Legación de Francia había recibido del Ministerio de Agricultura una carta en la que se le rogaba hacer llegar a París semillas de coca. La iniciativa del pedido emanaba de gobierno general de Argelia, deseoso de proceder a un ensayo de aclimatación. Pero los promotores de la experiencia no sospechaban las dificultades. La baya de la *Eritroxylon coca* debe ser sembrada fresca, es decir a lo más tarde un mes después de recogida. Pasado este plazo, no germinará. Ahora bien, el transporte de los granos del interior a la costa exigiría por sí solo un mes; hasta el litoral de Europa por la vía rápida de Panamá, habría que contar de treinta a treinta y cinco días, o sea un viaje total de al menos dos meses. En estas condiciones, la tentativa estaba destinada a un fracaso seguro. Por ello no fue realizada.

Largo tiempo después, con ocasión de mi descenso por el río Huallaga, me acordé del incidente. En numerosas oportunidades me había sentido sorprendido ante la resistencia del arbusto a diversas alturas y ante la simplicidad de los procedimientos de cultivo, y de la comparación de los terrenos nació en mí la convicción de que la aclimatación podría efectuarse con éxito en varios puntos de nuestras posesiones africanas. Encontrándome en el pueblo de Juanjuí, donde los cocales crecían en abundancia, hice arrancar un millar de jóvenes plantas que acondicioné en un ancho canasto confeccionado para tal efecto por mis indios y lleno de tierra vegetal. Este embrión de almácigo fue colocado en mi balsa y tuve el placer de llevarlo hasta la costa brasileña. Solo un tercio había perecido durante el viaje, y

el resto fue desembarcado, en espera de mi partida hacia Europa. En el momento de mi retorno, en mayo de 1887, la colección comprendía más de seiscientas plantas ya fuertes que me proponía confiar a los cuidados del Museo, hasta que la estación permitiese hacerlas llegar a Argelia. Allí se realizaría fácilmente el transplante, a poco costo, por el personal de la administración forestal; se podrían hacer semilleros en el mismo año, y en poco tiempo se habría constituido un almácigo floreciente.

Por ello cuando el 8 de mayo de 1887 nuestro infeliz paquebote, *Ville de Rio Janeiro,* se hundió como consecuencia de una colisión en la bruma, a algunas millas de las costas de Francia, la alegría de un salvamento inesperado no pudo hacerme olvidar la pérdida de esos arbolillos reunidos con tanto trabajo y para los cuales soñaba yo un hermoso destino. La experiencia, sin embargo, había sido lo suficientemente concluyente y me pareció que podía interesar a la administración que, un año antes, había manifestado el deseo de importar a nuestras provincias de África el arbusto peruano. Ello fue motivo, pues, de un detallado informe que presenté, y que no lo dudo, disfruta ahora del reposo inviolable y polvoriento reservado a este tipo de documentos en la mayoría de los ministerios de este mundo.

II

30 de *agosto*.- Estamos en la floresta, con el machete en mano, cortando, talando desde el alba a la noche. Parece que intentáramos abrir un agujero en un espeso velo que nos ciega, pero en el cual, no sé por qué sortilegio, la desgarradura apenas abierta se cerrara de inmediato. El verde tejido reanuda sus hilos. La cadena está formada por árboles de tronco liso, rectos como pilares de catedral por las delgadas estelas de las palmíferas; la trama, por las lianas de mil especies, leñosas, fibrosas, afelpadas de musgo o erizadas de puntas, unas torcidas en espirales, dando la ilusión de un reptil, otras tensas como amarras.

Desde hacía cuarenta y ocho horas no habíamos, por así decir, visto el sol. El día entero no es más que un largo crepúsculo atravesado aquí y allá por un relámpago. Sin la brújula, podríamos creer que marchamos a tientas en los repliegues de un laberinto inextricable.

No hay terreno, por accidentado que se le suponga, comparable con las pendientes orientales de la gran Cordillera. La vegetación recubre un espantable cataclismo. Se diría ruinas gigantescas, los amontonados restos de una ciudad de titanes. Solamente las parietarias y las zarzas son reemplazadas aquí por colosos cuyas ramas más bajas, cargadas de parásitos, están a veinte metros del suelo, y cuyo pie desaparece bajo el desorden de una maleza arborescente a través de la cual hay que abrirse paso con el



Floresta de la vertiente oriental

hacha. Rara vez penetra allí un rayo de sol. Reina una media luz de cripta, una humedad cálida alimentada por los abundantes rocíos nocturnos y los chaparrones. Añádase a ello la imposibilidad casi absoluta de seguir la ruta si no es con la brújula, ya que ninguna brecha en el follaje permite descubrir un horizonte suficiente, un punto de referencia cualquiera.

De trecho en trecho, sin embargo, un súbito golpe de luz. Un ciclón ha diezmado la floresta, desarraigando centenares de árboles; pero la alegría de sentir una zona clara, de hallarse fuera de la espesura negra, bajo el cielo abrasador, se paga muy caro con el violento ejercicio que exige el escalamiento de los restos. A veces se necesitará más de una hora para franquear un espacio de cincuenta metros en el entrelazamiento de las ramas muertas.

He tenido que resignarme a caminar descalzo; los calzados ofrecen menos utilidad que peligros, ya que pueden ocasionar, sobre las raíces mojadas que casi por doquier tapizan el suelo, resbalones y caídas muy graves. Además, cuando se trata de pasar un vado o un fondo esponjoso, es todo un trabajo sacarlos del barro, donde se hunden casi por completo. He resistido por largo tiempo, pero me fue forzoso rendirme ante la evidencia. El ensayo al comienzo, como es de esperar, fue bastante doloroso; sin embargo el terreno, a pesar de su naturaleza movediza, sus escarpaduras y hoyos, es poco escabroso: los detritus vegetales han recubierto la osatura de la montaña con una espesa capa de humus, y las rocas en saliente, los guijarros cortantes, son muy pocos. Por ello salí del apuro con insignificantes raspaduras causadas por las espinas más bien que por las piedras. La constante humedad de la floresta, las duchas que las anchas hojas de latania nos prodigaban a cada machetazo, unidas a las abluciones cotidianas en los torrentes, bastaron para prevenir toda inflamación. Fueron suficientes tres días de entrenamiento para insensibilizar los rasguños que tengo desde los hombros hasta los talones.

Me fue más penoso, en cambio, sobreponerme a la repugnancia y el temor que me causaban los reptiles. Se trata de una aprehensión muy conocida por todos cuantos han atravesado las florestas intertropicales. Son poco los que se sustraen a esta impresión de la primera hora. El peligro, no obstante, no es tan grande como uno se figura por lo común. Se tendría una singular idea de la realidad suponiendo que es imposible dar diez pasos en la floresta amazónica sin encontrar un animal venenoso o feroz. Sin duda abundan las serpientes de toda talla más que en otras partes. Sin embargo casi no atacan, sino que se esquivan al ruido que hace la caravana abriéndose paso en la zona montuosa. Durante cerca de tres semanas de viaje a pie, no fui testigo sino de dos accidentes, el primero, del que fue víctima uno de mis cargadores, el segundo que afectó a mi perro. Más aún,

gracias a una cauterización inmediata ni uno ni otro experimentaron consecuencias lamentables. En cuanto a los ofidios de las especies grandes, como la anaconda, o su cercano pariente la *sycurudju* [*sic*], enormes anfibios que pululan en las orillas de los ríos, los innumerables ejemplares que vi rara vez manifestaron disposiciones agresivas. En cuanto a los felinos, el puma, el jaguar o *uturuncu,* solo me fue posible, al menos en esta parte de mi viaje, notar sus huellas y oírlos, en el estruendo nocturno, mezclar sus voces al grito más espantable aún de un animal tan inofensivo como el mono aullador. Más tarde, es verdad, desde la balsa o desde la piragua, los indios me señalaron varias veces a una de esas fieras en la orilla y atravesando a nado un brazo de río. Para todos los animales que rampan o que rugen, la selva es una buena madre nutricia. Les proporciona en cantidad animales de caza, de pelo o pluma y por eso el hombre no está expuesto a menudo a los ataques de las bestias empujadas por el hambre.

El empleo de nuestro tiempo se realiza de una manera invariable. Levantamos el campamento un poco antes de la salida del sol; se desayuna y, a las seis, nos ponemos en marcha. Ningún alto serio durante la etapa. Los días son cortos y, bajo esta latitud, el crepúsculo dura algunos minutos: en cuanto el sol desaparece, una completa oscuridad invade los bosques. Es importante, por ello, no demorarse en el camino, tanto más por cuanto es necesario llegar al campamento a tiempo, es decir que se pueda disponer de una buena hora de luz para preparar las cosas para dormir. Es el mínimo de tiempo para trazar un cerco de un centenar de pies, desembarazar su interior de maleza y hierbas, levantar dos tambos, uno para el jefe, otro para la tropa, encender los fuegos y juntar una cantidad suficiente de combustible para alimentarlos durante la noche.

Uno no se detiene, pues, sino el tiempo justo para retomar aliento y masticar coca, cuyo sabor insípido se corrige picando el bolo con una aguja de madera mojada en una disolución de cal. La operación es, al mismo tiempo que un descanso, un método original y el más difundido de calcular las distancias. En toda la Cordillera, sobre todo en las regiones donde solo se puede circular a pie, los indígenas no contarán jamás por leguas o por horas, sino por *cocadas.* Tanto vale un procedimiento como el otro, pues estas cortas pausas se siguen en efecto a intervalos regulares. La influencia tónica, o, si se prefiere, calmante, producida por la masticación de la hoja, y cuya principal virtud consiste en hacer el organismo insensible a la fatiga, a la sed así como al hambre, es esencialmente pasajera. Alcanza su máximo de intensidad en un cuarto de hora, y se extingue al cabo de treinta o cuarenta minutos. En este momento el caminante deposita en el suelo la carga y saca unas hojas de la bolsita de cuero que porta suspendida a su cuello. He observado innumerables veces a mis hombres, reloj en mano, y

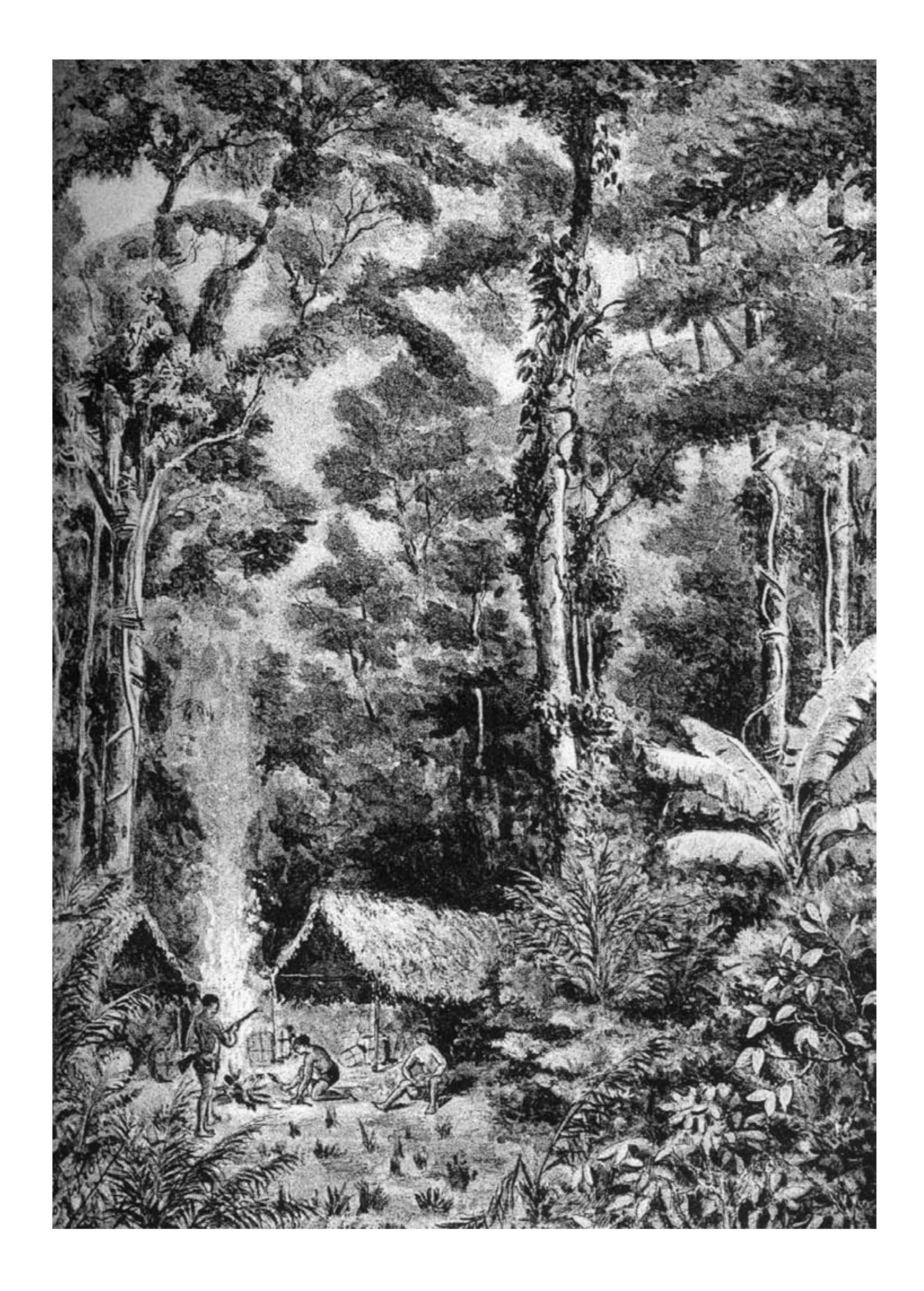
he constatado siempre la exactitud con la cual el jefe de columna se detenía a la expiración del tiempo reglamentario, como si hubiese obedecido al clic de un resorte.

31 de *agosto*.- Una desesperante lentitud, pero también horas deliciosas después de caer la noche, con el vivac alumbrado solo por la linea de fuegos cuyo resplandor presta una apariencia fantástica a los menores objetos, al grupo de mis compañeros adormecidos, a la silueta del hombre que estaba de guardia yendo y viniendo ante los tizones. La noche, desde las nueve hasta las cinco de la madrugada, ha sido dividida en seis turnos, de cinco cuartos de hora cada uno. Así repartida, la vigilancia del campo no nos imponía más que un suplemento de fatiga insignificante, y permitía dormir en seguridad. No conozco palabras para expresar el encanto de estos campamentos nocturnos, el abandono completo, la indescriptible distensión de todo el ser en el momento en que, encendidas las fogatas, acabada la cena, uno se tiende sobre su cama de campaña siguiendo con los ojos las columnas de humo y las pavesas volando entre las altas ramas como enjambres de luciérnagas. Peligros pasados, miserias próximas, todo se desvanece, todo desaparece en esta duermevela en que se hunde el pensamiento cansado. Instantes deliciosos; impresión tan fugitiva que escapa al análisis, tan penetrante que su recuerdo no se borrará sino con la vida.

Las dos o tres primeras noches, a decir verdad, son más agitadas. Imposible cerrar los ojos. Apenas se ha puesto el sol, un estruendo extraño llena los bosques: gritos guturales de los pecaríes, llamados estridentes de los monos aulladores, lamentos de los tities mezclándose con las voces de los loros, con el crujido de sierra del pájaro carpintero, mientras que, de minuto en minuto, la onza y el yaguarandi lanzan en el concierto una nota grave como un bordón de catedral. La batahola, ora rumor de batalla, ora canto de fiesta, dura hasta el alba. Solo entonces, y de pronto, cesa la bulla; la floresta tropical se duerme con el día. Pero la calma no es más que aparente: por poco que se ponga atención, se siente que este silencio está hecho de rumores casi imperceptibles, zumbidos de insectos, crujidos de la corteza hendida por la savia. Unos estremecimientos corren en la hierba mojada, y el rocío sobre las anchas hojas gotea con sonidos metálicos.

III

Sábado 1º de *septiembre*.- Uno se acostumbra a todo, a las noches a la intemperie, a la humedad de estufa, a las mordeduras de las lianas espinosas, a la necesidad de caminar vestido, o más bien desvestido como el indígena, con las piernas desnudas, un pedazo de tela en la cintura. Estas



En el campamento (floresta del río Guacamayo)

incomodidades, comunes a todas las junglas del trópico, no constituyen sino una parte de las dificultades, la menor sin discusión. Graves de otro modo son los problemas suscitados al viajero por el carácter cambiante e impresionable de sus compañeros. Estos no se alarmarán ante los obstáculos naturales, que, desde la infancia, se les han hecho familiares. Parecen burlarse de las más rudas tareas, se aferran a las lianas para escalar o bajar por una pared lisa. ¿Se trata de construir una pasarela? Se las arreglarán para pasar pronto a la orilla opuesta, sacando partido, con una agilidad de clowns, de una rama mayor que cruza el torrente. No tienen competidores para organizar el campamento del anochecer; cortarán con la misma sangre fría, a machetazos, la enredadera o al reptil. Un solo sentimiento los turba y paraliza: el temor a lo desconocido, a esa horda de enemigos fantásticos con que su imaginación de niños puebla el misterio de los grandes bosques.

El indio que recorre la Montaña no se siente jamás solo. Legiones de seres lo siguen: la naturaleza entera, a la cual atribuye un alma, le habla en el ruido del viento, en el rugido de las cascadas. El mono travieso, el venado que parte a la carrera asustado, el insecto como el pájaro, todo, hasta la rama que se dobla mojada por el rocío, posee para él un lenguaje, una personalidad distinta. La floresta se anima en sus profundidades, tiene sus caprichos, sus cóleras; ella apartará el breñal ante los pasos del cazador, o bien lo abrazará más estrechamente. Lo atraerá a los cenagales corruptos, a los hoyos sin salida donde miserables duendes agotarán en él sus maleficios, lo trocarán en un animal repugnante, a menos que prefieran beber su sangre hasta la última gota, pegando sus labios pálidos en las heridas hechas por las zarzas. El indio sabe todo eso; conoce con sus nombres a esos temibles enemigos; si las circunstancias exigen que atraviese una región boscosa poco conocida, permanecerá días enteros sombrío, preocupado, obsesionado por la idea de que una desgracia lo acecha.

Este estado de espíritu no es privativo del indígena de las cordilleras: se revela también en las poblaciones ribereñas del Amazonas y sus afluentes. Por doquier, bajo nombres diferentes, se trata de la misma diablería, una especie de vago panteísmo cuya influencia sufren más o menos todos los miembros de la gran familia india, paganos o convertidos. Aquí, el espíritu maligno será el *Curupira;* en otra parte el *Jurupari*; más allá, el *Anhanga,* demonio de cara humana; el *Mal de agua*, la ondina de cabellos dorados, de voz turbadora, que atrae a sus víctimas al fondo de las aguas. De los Andes al Atlántico, del Madeira al Orinoco, de las mesetas del Perú y de Bolivia a los campos brasileños, la tradición ha perpetuado estos mitos viejos como el mundo, cuentos de nodriza que mecen la infancia de los pueblos. El asunto es que no ha perdido nada, a la hora presente, de su omnipotencia, incluso entre las poblaciones cristianas que, sin confesárselo

quizás, dan a estas divinidades embrionarios un crédito igual al de los santos más auténticos. Mis hombres, estoy convencido, creen en ellos como en su ángel guardián[1].

En esta parte de los Andes, el ser más temido es la *Chuchupa*, monstruo rampante con hocico de jabalí, cubierto de escamas como un reptil. Es así al menos como he creído comprenderlo según las descripciones proporcionadas por gentes que decían conocerlo, no *de visu*, sino por los relatos de testigos dignos de fe, amigos o parientes.

Lo peculiar de la Chuchupa es paralizar, por su sola mirada, al infortunado al que se le aparece. A este don magnético añade la facultad verdaderamente sorprendente de absorber a distancia y sin herir toda o parte de la sangre de su víctima. El narrador insistía especialmente en este último punto, y aportaba, en apoyo de su versión, una prueba que consideraba irrecusable. Un hombre de su pueblo se había encontrado una vez con este vampiro de nuevo tipo, al caer el día. La bestia, lanzando contra él la llama de sus ojos, lo había clavado de inmediato en el suelo, inmóvil, sin defensa; luego había tenido lugar la sangría, de lejos como ya se ha dicho. El héroe de la aventura no había perecido. ¡Qué digo! Recobrando por un extraordinario esfuerzo de voluntad el uso de sus miembros pudo incluso lanzar una flecha al monstruo que se adentraba en la floresta. El dardo había dado en el blanco: ¡un hilo rojo corría de la herida…!

Y como yo no parecía en absoluto asombrado por el hecho, el indio continuó con aire convencido:

– ¡La Chuchupa devolvía la sangre que le había chupado a ese hombre!

Ante lo cual no pude reprimir una gran carcajada.

– ¿En verdad? ¿Cómo sabes tú que esa sangre no era la suya?

– ¡¡¡La Chuchupa no tiene sangre!!!

Es el triunfo de la dialéctica.

Lunes 3.- En estas condiciones, se entiende cuán difícil es obtener de los indígenas un esfuerzo prolongado y prevenir su desaliento, sobre

---

[1] Otra creencia, no menos difundida entre numerosas comunidades indias, se relaciona con el poder que tendrían ciertas gentes, sobre todo los contrahechos, los enfermos, los ancianos, las viudas, de echar maleficios. La particularidad consiste en que, según el indio, la maldición lanzada contra una persona puede desviarse y alcanzar a otra; pues su efecto no es siempre inmediato, sino que puede, cree él, planear en el aire durante años, al acecho, pronta a aprovechar, para lanzarse contra la primera presa a la vista, una simple distracción del genio tutelar o del ángel guardián. Esta singular creencia se encuentra también, con pocas variantes, en algunas partes de Irlanda y de los países escandinavos.

todo cuando no se dan cuenta en absoluto del objetivo y de la distancia, y se imaginan errar a la aventura.

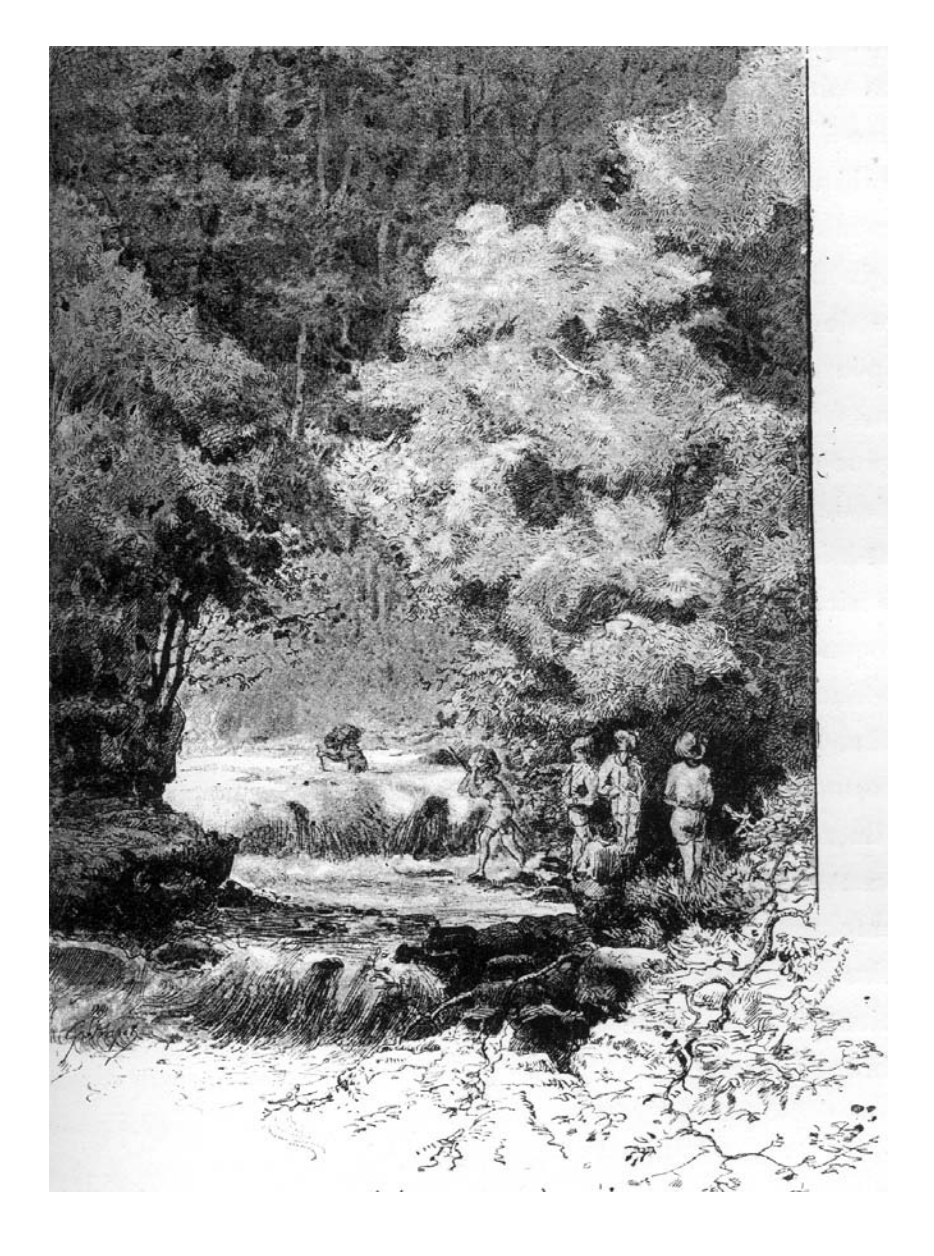
Para colmo de mala suerte, a medida que avanzamos la vegetación se espesa cada vez más. Estimo que, en los días que acaban de pasar, a lo más hemos recorrido tres leguas. Cada paso exige un esfuerzo que se hace más penoso por la falta de aire, la humedad penetrante y las exhalaciones que suben del suelo lleno de vegetales en descomposición. Todos los días estalla una tormenta eléctrica, convirtiendo en furiosos torrentes los menores arroyos; forzoso nos es esperar, con frecuencia durante varias horas, que el vado sea practicable. El paso, por lo demás, se efectúa siempre con extrema lentitud, sondeando el fondo con largos palos. Estos baños forzados se renuevan hasta diez veces en el espacio de una jornada; por suerte la temperatura del agua apenas si desciende por debajo de los 20 grados. Pero es una gran suerte si se logra preservar de toda avería el equipaje y las armas, que los cargadores están obligados a mantener en equilibrio sobre su cabeza. En mucho casos, en efecto, se tendrá el agua hasta los sobacos.

Ayer nos sucedió un accidente, insignificante en sí mismo, pero que no ha contribuido a levantar la moral de mi gente. Uno de los hombres, en el momento de tocar tierra, se resbaló y dejó caer su bulto. No nos fue difícil atraparlo, pero, con la caída, la caja que contenía nuestra provisión de sal desapareció. Exploramos la ribera a lo largo de varios centenares de metros aguas abajo, pero sin resultado. En adelante nuestra cocina prescindirá de ese condimento.

Es bastante variada, pues desde que hemos ingresado en la Montaña abunda la caza. Si se acampa cerca de un arroyo, bastará con embocarse en la orilla, un poco antes de la noche; al cabo de unos minutos se mostrará, a nuestro alcance, una manada de venados o de pecaríes que vienen a abrevar y se demoran sin desconfianza. La presencia misma del hombre no los espanta; con tal de que uno permanezca inmóvil, desfilarán a diez pasos de distancia sin prestarle más atención que a un tronco de árbol musgoso inclinado sobre el agua.

Los pájaros, no menos numerosos, son más difíciles de alcanzar. El arma de fuego no sirve gran cosa; el efecto de una carga de plomo se ve aniquilado por la apretada red de las ramas. Solo el indio, con su vista penetrante, es capaz de distinguir la presa a través de los intersticios de las hojas. El aparato que usa, la *pucuna* o cerbatana, es lo más apropiado para este tipo de caza. El proyectil, que consiste en una aguja de bambú cuya punta ha sido mojada en curare y el extremo inferior provisto de un rodete de algodón, da con seguridad en el blanco y sin ruido. He visto más de una vez al Nemrod indígena bajar de la misma rama a toda una familia de loros y a una pareja de monos. Los vecinos de la víctima la veían caer, y recibían a su turno el dardo mortal antes de haber movido un ala o una pata.

Esta noche, apenas instalado el campo, uno de los cargadores nos ha procurado un joven cuadrumano del aspecto más grotesco, con el lomo y el pecho recubiertos por un espeso pelaje de un gris de hierro, el cráneo coronado por una borla blanca, la cara rubicunda enmarcada por largas patillas. El animal, de inmediato desollado, fue asado sobre carbones, y mis



Un vado (río Pedernal)

hombres lo disfrutaron. Probé algo del asado no sin alguna repugnancia; la carne, sin ser suculenta, me pareció comestible y que recordaba la del cabrito, mas no por ello la toqué sino con la punta de los dientes. La agonía del animal herido, sus gritos casi humanos, las lágrimas que inundaban su cara de viejo borracho impenitente, me habían conmovido. Me parecía haber tomado parte en un banquete de antropófagos.

IV

Martes 4.- La jornada que ha acabado ha sido particularmente dura y fértil en incidentes. No creo que hayamos avanzado desde la mañana más de una legua.

Seguimos, manteniéndonos a una altura bastante grande, por el flanco de una colina, un vallecito profundamente encañonado por donde serpentea un torrente, el cual, si no me equivoco, debe ir a dar, a unas millas de aquí, en el río Huacamayo, importante tributario del Huallaga. En la garganta principal desembocan varias quebradas abiertas en una época indeterminada por los sismos y el trabajo de las aguas. Seguramente sería posible, con el riesgo de un inmenso desvío, de bordear la orilla del barranco hasta su origen. Pero esta tarea se halla reservada para aquellos que, en un porvenir próximo, lo espero, emprendan la tarea de unir por medio de un sendero de mula las mesetas de la Cordillera con la cuenca del Huallaga, una de las regiones más fecundas de la Amazonía peruana. Será la obra de los ingenieros. Por el momento, nuestro guía es la brújula, nuestro itinerario la línea recta. No podría ser cuestión de emplear un tiempo precioso, y nuestras fuerzas ya agotadas, en intentar contornear un obstáculo cuya extensión no podemos sospechar. Lo más seguro es franquearlo en el sitio mismo donde corta nuestra ruta, así sea al precio de una gimnástica un poco ruda. El viajero, y luego los bultos, son bajados por medio de sogas que no hace mucho servían a nuestros animales, sólidas cuerdas de crin unidas punta con punta. Para el indio el paso es un juego; trepa con una rapidez de mono, ayudándose con las lianas y las hendiduras de la piedra.

Hacía mediodía, cuando repetíamos por tercera vez la maniobra, el indio Jucucha fue mordido en la pierna por un gruesa víbora escondida en las hojas muertas. El pobre lanzaba unos gritos para romper el alma, pero se libró a costa solo del miedo, ya que dos ligaduras, seguidas por una profunda cauterización, lo pusieron fuera de peligro. Sin embargo, no se podía esperar que se pudiese mover antes del día siguiente. Decidí acampar donde estábamos, y ello a pesar de los camaradas del herido, a los que este retraso exasperaba. No habrían tenido escrúpulos en abandonarlo.

El nerviosismo en la que los arroja la prisa de llegar al destino que suponían más próximo, y que ahora parece esquivarse, calla en ellos todo sentimiento de compasión. Vacilaban incluso en obedecer y ponían cara de reiniciar la marcha. Yo no decía palabra, pero tenía la mano en el revólver: quizá leyeron en mi mirada que estaba determinado a hacer uso de él al primer síntoma de motín, pues regresaron sobre sus pasos y pusieron sus bultos en tierra murmurando.

Es de temer que las protestas se renueven mañana, cuando se tratará de repartir entre ellos la carga de Jucucha, ya que el muchacho tenía ahora ya bastante con seguirnos renqueando. Yo no me propongo, por el único placer de ganar unas horas, dejarlo expuesto a los jaguares y los osos negros. Además, veo aún a la vieja india de rostro suplicante, arrodillada delante de su cabaña, allá arriba en Tayabamba, recomendándome a su benjamín.

Jueves 6 y *viernes* 7.- Mis previsiones se han realizado; la partida fue ayer tempestuosa. Hubo que amenazar para que los hombres se repartiesen la



Descenso de una quebrada.

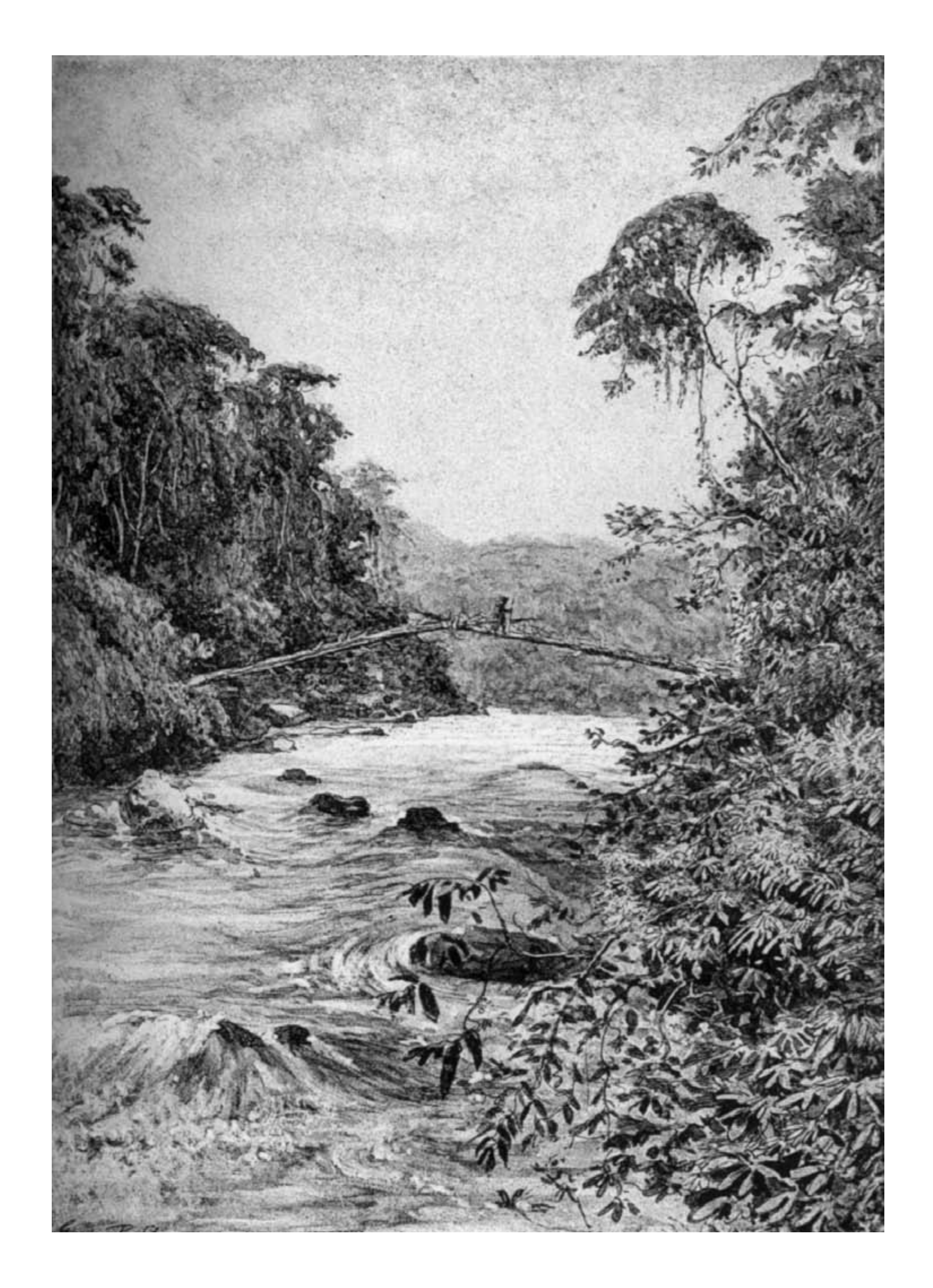
carga de su camarada cojo. Yo había dado por lo demás ejemplo añadiendo a mis pertrechos varios objetos. Cedieron rechinando, pero durante todo el día no dejaron de manifestar su descontento mediante quejas, suspiros, coloquios vivos en voz baja. El más osado, mirándome maniobrar la brújula y siguiendo con desconfianza el movimiento de la aguja imantada, exclamó con tono desdeñoso:

–¿Qué le pides, taita? ¿No ves que el animalito no quiere ya responder? ¡Está con cólera y estamos perdidos!

Me fue bien difícil tranquilizarlo. Uno se queda corto de elocuencia y se hace poco persuasivo frente a gentes cuyo idioma se habla imperfectamente, y con los cuales es imposible entrar en explicaciones precisas que llegaran a entender.

Hacia las tres de la tarde llegamos a la orilla del río Huacamayo. Es por cierto, junto con el río Chimbo en la Cordillera ecuatoriana, el más bello río de montaña que me haya sido dado contemplar. Su anchura apenas si sobrepasa los veinticinco metros, pero es tal el volumen de agua, la impetuosidad de la corriente, que arriesgarse a ella sería un suicidio. El torrente, cuyas orillas están talladas a pico, corre con una velocidad de diez millas por hora, arrastrando mezclados rocas y enormes troncos de árboles que chocan entre sí con estruendo de cañones.

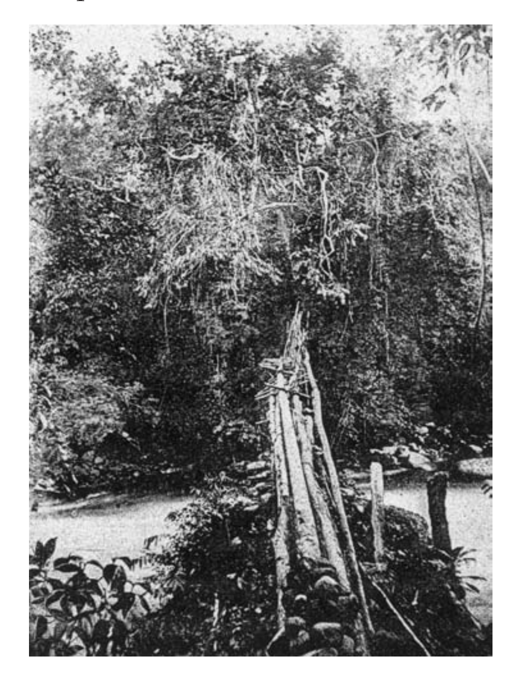
Seguimos por largo tiempo la ribera antes de encontrar un emplazamiento conveniente para tender una pasarela. El humor de los indios se había calmado como por encanto; el día, el sol, el aire vivo empujado por el río, habían disipado sus ideas negras. En presencia de un enemigo o de un peligro tangible recubren todos sus recursos. Jamás un equipo de pontoneros desplegó más agilidad y audacia. A cien metros aguas abajo, en una y otra ribera, dos rocas en saliente parecían colocadas allí expresamente para servir de estribos. Se derribó una media docena de árboles y fueron empujados de través sobre el lecho hasta un tercio de su longitud; cada uno de ellos sólidamente montado, cargado con pesadas piedras, fue amarrado a su vecino con lianas. Se hizo deslizar sobre esta primera armazón, y se sujetó de la misma manera, otros tres troncos, de menor grosor, cuyos extremos no estaban más que a tres o cuatro metros de la ribera opuesta. Después de lo cual los constructores, avanzando a horcajadas, llevaron un último palo muy ligero, lo levantaron lentamente y le hicieron tocar la roca inclinada. La operación fue de golpe solo un éxito. Varias veces la rama cayó en falso, en el agua, y desapareció llevada como una brizna de paja. Establecido el contacto, los indios, colgándose con las manos, alcanzaron tierra uno a uno, y consolidaron esta parte de la obra derribando nuevos árboles.



Río Huacamayo

El tendido del puente ha demandado cerca de dos días. Ofrecía toda la resistencia que se puede esperar de una construcción al paso, pero oscilaba terriblemente y me creí, al atraversarlo, a punto de ser víctima del vértigo, el cual sin embargo nunca había sentido en mis recorridos por las montañas.

Pisana, 11 de *septiembr*e.- A las tres últimas jornadas corresponden, en mi carnet, tres páginas en blanco Si algo me asombra, es de estar aún allí para llenarlas.



Entrada del puente sobre el río Huacamayo

Una vez atravesado con felicidad el Huacamayo, creímos estar al final de nuestras penas, cuando, después de dos horas de marcha a través de una espesura, fuimos a dar ante otro torrente, mucho menos impetuoso, pero en cambio dos veces más ancho que el precedente. Aparentemente el río se dividía en dos brazos, y habíamos aterrizado en una isla. Fue grande la desilusión. La distancia entre las orillas no permitía pensar ya en una pasarela, y en cuanto a verificar si el lecho era o no vadeable, imposible hacerlo hasta el día siguiente, pues la noche caía.

Renuncio a describir nuestro desaliento. Fueron nuevas y apremiantes invocaciones a regresar, y, de mi parte, vanos esfuerzos para reanimar la confianza. Se armó el campamento a la diabla, sobre una pequeña playa de arena fina, y se puso la marmita al fuego, pero todos se sentían sin apetito. La cena fue melancólica, y la primera parte de la noche transcurrió en un silencio cargado de amenazas.

No sé con exactitud qué hora podía ser cuando me despertaron furiosos aullidos. Me puse de pie de un salto, con el fusil en la mano; las llamas de las fogatas se habían apagado pero la luna, en el punto más alto de su carrera, alumbraba la ribera, y pude ver a mi perro lanzarse por el lado del bosque. Una mirada me reveló la situación. El campamento estaba vacío. Los indios, al no poder decidirme a regresar, aprovecharon mi sueño para escapar. Tres de ellos no habían tenido aún tiempo de llegar a la entrada del pasaje abierto por nosotros el mismo día. Sus siluetas se

destacaban con fuerza sobre la arena blanca. Les grité que se detuvieran, y, a fin de dar más peso a mis palabras, disparé una bala en su dirección, sin tratar de alcanzarlos, pero de manera que el proyectil los asustase. Obedecieron, sin por ello retroceder. Les ordené reunirse conmigo, y darse prisa, porque sino yo iba a repetir el tiro, y esta vez la bala alcanzaría su objetivo. La amenaza causó efecto y se pusieron en movimiento. Los otros dos no tardaron en reaparecer, y todos se integraron al espacio rodeado por las hogueras, bastante corridos, temiendo que yo procediese a un acto de justicia sumaria. Tal no era mi designio, ya que por grande que fuese mi cólera, el simple buen sentido me aconsejaba no arrinconar a los culpables. ¿No me hallaba, después de todo, en sus manos? Por otro lado, parecía que hubiesen actuado no bajo el imperio de un pensamiento meditado, sino en un minuto de extravío. La deserción no había sido premeditada: los bagajes estaban intactos, y no faltaba ningún objeto. Los fugitivos no pensaban, evidentemente, sino en ponerse a salvo; en caso contrario no se hubiesen retirado con las manos vacías.

Esta constatación me permitió cerrar los ojos sobre la huida, sin que la indulgencia pareciera debilidad. No por ello dejé de avergonzarlos por su conducta, y sobre todo le recordé, en indignados términos, al indio Jucucha, que, sin mi intervención, sus camaradas no habrían dudado en abandonarlo días antes. El Rata recibió el sermón con la cabeza baja, y, sin replicar, volvió a su lecho de hojas. Los otros lo imitaron, y no transcurrió un cuarto de hora desde la primera alerta que la calma reinaba de nuevo en el campamento. Pero la emoción había sido demasiado fuerte para no mantenerme despierto hasta el día, y no exagero nada al afirmar que nunca una noche me pareció tan larga. Mi perro, mientras tanto, había venido a acostarse contra mí: gruñía siempre sordamente, con una pata posada en mi brazo, como para decir: "Duerme… ¡Estoy aquí!" Su vigilancia me había salvado la vida, pues el abandono, en semejante caso, es la muerte inevitable a corto plazo.

Nuestra posición a la mañana siguiente apenas si fue menos crítica. El río, poco profundo, había sido pasado sin demasiada dificultad. Pero cuanto más avanzábamos, más se hacía difícil practicar una brecha en la muralla de verdor: la floresta se tornaba aún más inextricable, multiplicando las palizadas de árboles desarraigados, las lianas resistentes, las palmeras en que cada pliego de hoja escondía una punta espinosa. Se agregó la tempestad; un verdadero diluvio, que duró cerca de treinta horas sin escampar, nos redujo casi a la desesperación. Imposible encender por la noche las fogatas de guardia. Hubo que acampar bajo el chaparrón, cenar con un pedazo de venado crudo, no teniendo por todo fanal protector que nuestra linterna colgada de una rama.

El 9, hacia la una, agotados, hicimos alto cerca de un arroyo. Uno de los indios me tendió una baya despojada de su cáscara, que acababa de coger al caminar; él y sus compañeros masticaban las pepitas, granos redondos, de un blanco de nácar, envueltos por una pulpa jugosa. Me serví sin una sombra de desconfianza, ya que los indígenas en general conocen mejor que nadie los productos de la Montaña y no lo hacen sino a sabiendas. El sabor era muy amargo, y lo hubiese arrojado de inmediato, sino hubiera sido por el placer de masticar algo fresco. Al final se impuso la repugnancia; pero cuál no sería mi sorpresa al constatar que ¡mi saliva era negra como la tinta! Un poco inquieto, interrogué a los indios, pidiendo que me trajesen una de esas nueces con su envoltura.

– ¡Va! El fruto es bueno —respondieron—. Es un remedio: las gentes de la costa nos lo compran.

La respuesta no me satisfizo sino a medias, pues un remedio no es necesariamente un alimento inofensivo. Mientras tanto se me presentó una nuez recubierta por una corteza amarilla, lisa y quebradiza. Pensé desmayarme de terror. El fruto —¡el remedio!— cuyo amargor, de pronto exasperado, me quemaba ahora el paladar, era el más temible de las estricninas: la nuez vómica! Estábamos simplemente envenenados.

Instintivamente me precipité al arroyo y, lanzándome de plano, absorbí a grandes bocados el agua tibia y lodosa —con la esperanza de verla actuar como un emético. Mis hombres debieron pensar que yo perdía la razón, sobre todo cuando, al levantarme, les ordené, con un tono que no admitía réplica, proceder como yo bajo pena de muerte. Obedecieron intimidados, sin comprender. Después reiniciamos la marcha, mojados, cubiertos de fango, y de minuto en minuto, cada vez que encontrábamos un charco de agua salobre, un repliegue de terreno que la tormenta había transformado en río, nos hartábamos hasta provocarnos náuseas. El recurso nos salvó; sin embargo, las sensaciones experimentadas no me dejaban ninguna duda sobre la naturaleza del tóxico; sentía atenazadas, los músculos de la mandíbula y del cuello se contraían en una rigidez dolorosa, impulsos semejantes a los de la pila eléctrica sacudían todo mi ser, mientras que un sudor helado me inundaba la cara[2].

Temblorosos, vacilando como ebrios, estábamos casi fuera de estado de movernos en la malla vegetal que nos aprisionaba. Un resplandor nubló mi vista, me invadió una debilidad extraña; por un instante me pareció que, esta vez, todo había acabado, ¡y que íbamos a morir allí!

Algunas millas —tres o cuatro a lo más— nos separaban del Huallaga. Había que recorrerlas ese mismo días. Si la noche nos sorprendía en tal

[2] Estos síntomas se atenuaron poco a poco; pero debí sentir sus efectos durante varios días. No desaparecieron del todo sino al cabo de una semana.

estado sería para nosotros sin mañana. Hice enterrar armas y bagajes bajo una ramada de palmas. Aliviados así, no conservando sino mi cuchillo y mi revólver, recomenzamos a abrirnos camino en la espesura. La noche se acercaba, amenazante, y continuábamos sin cambiar una palabra. Los indios mismos no elevaban la voz para recriminar: parecían comprender que los momentos eran preciosos, y mostraban una energía verdaderamente admirable de parte de pobres seres en los que una veleidad de rebelión o de desánimo supremo habría sido excusable.

En fin un soplo de aire nos aportó, mezclado con las exhalaciones de la jungla chorreante, un olor de humo. ¿De dónde venía? ¿Anunciaba la cercanía de un amigo o de un enemigo? ¡Qué nos importaba! Era bienvenido, pues hay que haber perdido la esperanza de toda ayuda humana para comprender la emoción que puede causar la vista de una simple cinta de humo en los bosques.

Menos de una hora después, llegamos a un terreno descubierto donde los últimos rayos del sol permitían distinguir dos casuchas de paja y de bambú. En torno ardían unas fogatas. Dimos voces par advertir nuestra presencia, y, antes incluso de que se nos hubiese respondido, fuimos a dejarnos caer cerca del fuego benéfico.

No había allí más que una familia de indios cholones, padre, madre y tres hijos, que vivían de la caza y la pesca en el Huallaga, el cual corría a doscientos metros de distancia, ocultado por los árboles. La sorpresa de aquellos fue grande cuando aparecimos por el lado opuesto al río, por el borde de ese bosque de donde, por primera vez quizá, veían surgir a un ser humano. Pero su actitud era más bien simpática, y no tuve más que felicitarme por su carácter dulce y hospitalario. Me encontraba, por lo que dijeron, a dos millas más o menos debajo del punto al que me había propuesto llegar, la antigua misión de Pampa Hermosa, desde hacía largo tiempo abandonada, reconquistada en parte por la floresta; eran los únicos representantes de la población dispersa.

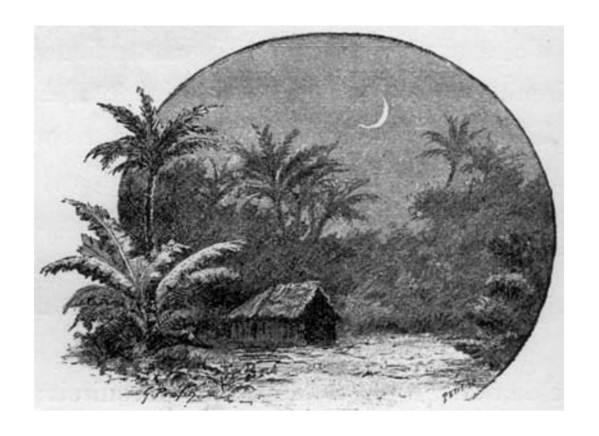
Hace tres meses, casi día por día, que yo había partido de la costa, a una distancia, a vuelo de pájaro, de más o menos cincuenta leguas; pero en razón del inmenso circuito que debí describir, el trayecto total equivalía a un poco más de 1 400 kilómetros. En adelante el viaje por agua sería más rápido. He escalado la gran muralla de la Cordillera; los peores días han pasado. Era tiempo, pues estas dos semanas de viaje a pie a través de los bosques, el esfuerzo físico, la continua tensión, en fin y sobre todo las peripecias de la última jornada, me han puesto en un estado lamentable.

La noche misma de nuestra llegada se produjo la crisis, y pasé la mayor parte de la noche presa de un fiebre ardiente y en delirio. En mis pesadillas regresaban confusamente los horizontes, los rostros

entrevistos a través de ese largo viaje a través de los Andes: Quito, Lima, los volcanes, breñales, monjes y chocas, procesiones desfilando al sonido de las campanas, indios emplumados haciendo cabriolas al son de la flauta y del tambor. Luego, era el mar, el mar Pacífico, a lo lejos, en el poniente dorado. El navío se desliza sin sacudidas; de pronto he aquí que se hunde, y me debato entre las olas furiosas… Pero no… ya no es el mar, es un torrente que baja bajo una bóveda de verdor de donde cuelgan lianas floridas flotando sobre el agua; trato de cogerlas, pero se rompen como vidrio...

Me despierto entonces, y me encuentro bajo un hangar de paja, a unos pasos de un fuego a punto de apagarse. Junto a mí, mis indios duermen con un mal sueño, afiebrados ellos también, visitados por los sueños. Fuera, la noche apacible. Una brisa tibia curva las largas palmas; la luna nueva se muestra por encima del bosque, y oigo, cubriendo con su voz poderosa los mil rumores nocturnos, al Huallaga, que pronto me llevará hacia el Amazonas y el Atlántico.

Junio-septiembre de 1886



TERCERA PARTE

Amazonía

CAPÍTULO PRIMERO

I. El indio Chumbe y su familia.- Tocache.- Los vampiros.- La balsa y su tripulación.- II. En los rápidos.- Encuentro con un europeo.- Un *Outlaw*.- Juanjuí.- III. La india María.- La montaña de sal.- Chasuta.- Pongo de Aguirre.- Una tumba en medio de los bosques.- Yurimaguas.

No faltaban para descender por el Huallaga sino los barqueros.

La navegación del más importante tributario del Marañón exige hombres experimentados. Mi huésped, el indio Chumbe y su familia, no reunían de ningún modo las condiciones requeridas. El padre, es verdad, conocía el río en sus menores desvíos, pero ya no era joven, y, por otra parte, no podía maniobrar él solo una balsa. El primogénito, un muchacho de unos doce años a lo más, de apariencia bastante endeble, no era un auxiliar suficiente, ya que la tripulación debía contar al menos con tres remeros vigorosos. Yo debía, pues, ir a reclutar mi personal al pueblo de Tocache, situado a dos jornadas de marcha aguas arriba.

Es a propósito que digo "de marcha"; pues, si bien la corriente entre los dos puntos no es de las más impetuosa, su velocidad es lo suficientemente

considerable para que sea imposible a una canoa dirigida solamente por dos remeros luchar contra ella, incluso bordeando de cerca la orilla.

Pero para llegar a la parte superior del valle era necesario previamente trasladarse a la ribera derecha, pues la izquierda es impracticable. Arriba de Pisana, el terreno está cortado por profundos pantanos creados por las crecidas combinadas del Huallaga y del Guacamayo. Además, por este lado el paso se halla interceptado por el segundo río, cuyo volumen, en la vecindad de la confluencia, es tal, que no se podría atravesarlo vadeando, menos aún por medio de un puente colgante.

Mi primer cuidado, al día siguiente de nuestra llegada, fue de dirigirme al borde del Huallaga. La distancia era corta, el suelo parejo; un excelente sendero unía la chacra de Chumbe con la caleta que servía de embarcadero a las piraguas. Sin embargo, el trayecto que un niño habría fácilmente recorrido en unos minutos, me tomó cerca de una hora. Al despertar me sentí tan quebrantado que el menor movimiento me causaba un dolor agudo. Traté de levantarme en dos oportunidades, y volví a caer sin fuerza. Una tercera tentativa fue más feliz, pero apenas me puse de pie, tuve como un desvanecimiento y debí asirme aprisa a uno de los postes de la casucha. Habría postergado el paseo para otro día, si no hubiera sido por la necesidad de reaccionar contra esa creciente languidez. Un esfuerzo de voluntad era indispensable para restablecer el equilibrio de los órganos y activar la convalecencia. En semejante caso, el que desiste es hombre perdido. Tomé entonces el sendero, arrastrando la pierna y sirviéndome de mi fusil como de un bastón.

Al llegar al río no pude contener una exclamación. El rugido lejano de las aguas que, durante toda la noche, me había perseguido a través de las alucinaciones de la fiebre, me preparaba para un imponente espectáculo, pero lo que tenía ante mis ojos sobrepasaba de lejos lo que esperaba. El Huallaga, acrecentado por las últimas tempestades, justificaba más que nunca su nombre[1]. Con una anchura de más o menos doscientos metros, corría entre dos murallas de verdor con sus olas espesas, matizadas de rojo por las tierras diluidas, hectáreas de suelo vegetal que, depositadas mil leguas más lejos, aceleran el eterno empuje del continente de oeste a este. Al contemplar durante algunos segundos esos troncos gigantescos, esos pedazos de matorrales que un torrente de lodo fecundo arrastra a una velocidad de ocho millas por hora, se toma conciencia del ininterrumpido trabajo de las moléculas terrestres, hervor de la materia en el crisol, que, de un período a otro, modifica los relieves del globo, los contornos de las riberas, erosiona los montes, llena los mares.

---

[1] Huallaga en el dialecto quechua-aimara, significa “el Grande”.

Ninguna embarcación habría enfrentado impunemente el choque de esas cortas olas, que se tornaban de pronto en irresistibles remolinos. Los escombros flotantes que chocaban unos con otros la habría triturado antes de que hubiese llegado al centro de la corriente. Masas de restos se acumulaban a lo largo de la orilla, a veces un árbol entero venía en ángulo recto a golpear la orilla, que se hundía ante ese cabezazo de carnero. Por ello la flotilla del pescador, compuesta de dos largas piraguas de madera dura, había sido jalada sobre rodillos a lo alto de una eminencia, a respetuosa distancia de su puerto de amarre.

El indio no tardó en reunirse conmigo, y, después de maduro examen, declaró que, desde la noche anterior, el río había subido un palmo. Después, arrancando una palma con un machetazo, entró al agua hasta los muslos y hundió sólidamente su palo en el barro. Cuando el nivel hubiera descendido por debajo de esta marca, sólo entonces, de día, podríamos efectuar sin peligro el paso.

Durante veinticuatro horas la crecida prosiguió, lenta pero sin detenerse. Después de lo cual el agua comenzó a retirarse insensiblemente. Pasaron tres días, que utilicé para recobrar fuerzas y entrenarme de nuevo por frecuentes idas y venidas de la chacra al río. En los intervalos me ocupaba en limpiar mis armas, a las que la humedad de la floresta había, a pesar de todos mis cuidados, recubierto de una espesa capa de óxido; reparé mal que bien las diversas piezas de mi equipo, y procedí a arreglar mi guardarropa, muy deteriorada.

La compañera de Chumbe y los niños me ayudaron con infinita buena voluntad, si no siempre con habilidad, prodigando los zurcidos en la tela desgarrada por las zarzas, e incluso cofeccionándome un traje nuevo con una pieza de algodón tejida por sus manos. Las partes estaban unidas con un arte un poco tosco; el corte habría dejado pensativo a un sastre de pueblo. Más aún, la tela, alegrada por pintas escarlatas del tamaño de un escudo, me daba una vaga semejanza con un pensionista de circo en vestido de trabajo; pero mi costurera parecía muy orgullosa de su obra, y por nada del mundo yo habría atenuado su alegría con una crítica intempestiva.

No se puede imaginar nada menos complicado que la existencia de estas familias separadas del resto del mundo por la inmensidad de los bosques. El horizonte, al menos para la mujer, se circunscribe a los estrechos límites de la tierra roturada. Desde el día en que su marido la trajo en canoa de su lejano villorrio, Chinchao, en los confines de la provincia de Huánuco, ella no ha visto otra cosa que los pocos arpentes de tierra limpiada en torno a sus casuchas, plantados de yuca, bananeros algodonales, creciendo mezclados entre las raíces carbonizadas; sus días están ocupados por sus trabajos domésticos, fabricación de redes, de hamacas, de esteras, hilado

del algodón, tejido de telas groseras con las que la señora confecciona indiferentemente los sacos destinados a guardar el maíz y la coca, y las sandalias de su señor y amo.

El hombre lleva una vida menos sedentaria, pasa su tiempo en la pesca, en cazar con el lazo o la cerbatana, y, dos veces al año, se une a los habitantes de Tocache para ir a recoger cera y caucho, así como sal, de la cual hay yacimientos importantes, a unas diez leguas aguas arriba. El producto de estas expediciones, que dura varias semanas, es objeto de un tráfico con los indígenas del bajo río, hibitos, lamistas, cocamas, los comerciantes de Yurimaguas y las factorías escalonadas a partir de este sitio hasta el Marañón. Los principales artículos obtenidos por intercambio son el curare, armas de pacotilla, pólvora y telas de algodón de grandes rameados de procedencia inglesa. En estas dispersas poblaciones, último vestigio de las doce tribus establecidas no hace mucho en el valle del Huallaga, estas repetidas ausencias satisfacen los instintos del nómade, cuyo espíritu de aventura se manifiesta siempre con mayor o menor fuerza bajo la apariencia apacible del indio de misión. Su estrafalaria vestimenta toma de este tipo de tráfico una singular mezcla de civilización y de barbarie; bajo la camisa, por debajo de la blusa importada de Europa, la mayoría de ellos ha conservado los adornos tradicionales, esto es los collares, los brazaletes de piel de iguana, granos secos, huesos de pescado.

Mis cargadores de Tayabamba, por su lado, al mismo tiempo que se reponían de sus fatigas, no permanecían inactivos. Fabricaban grandes cestos de forma cilíndrica, donde amontonaban pedazos de sal envueltos en hojas de banano, a fin de preservarlos de la lluvia. Cuarenta y ocho horas después de nuestra llegada me dejaron, con numerosas protestas de amistad, para retornar a su villorrio siguiendo a un paso más vivo esta vez la senda que habíamos abierto con tanta lentitud y fatiga.

El 15 de septiembre me puse en camino, acompañado por Chumbe y el mayor de sus hijos. Desde la víspera, el agua había dejado a seco el jalón plantado por el indio tres días antes: llegamos sin accidente a la otra orilla, a pesar de que la corriente era de una violencia extrema y que nuestra canoa describió, al derivar, cambios de rumbo inquietantes.

Yo dejaba en Pisana la mayor parte de mis bagajes, no llevando conmigo, con mis armas, más que mi hamaca y mi mosquitero en bandolera. Mis compañeros portaban víveres, consistentes en un semirégimen de bananos, y un cuarto de venado salado y una cantidad razonable de masato[2] envuelta con hojas.

---

[2] El masato no es otra cosa que la raíz de la yuca, triturada entre dos piedras. Se emplea esta pasta amasada con un poco de agua. El alimento, ligeramente acidulado, tiene

Si bien la distancia de Pisana a Tocache es de apenas siete leguas, no se puede recorrerla en menos de un día y medio. La diferencia de nivel no es más que de algunos metros; los accidentes del terreno son insignificantes. Pero la dificultad proviene precisamente de su poca elevación por encima del río, cuyas crecidas han excavado profundamente las tierras. Las aguas, al retirarse, trazan numerosos surcos que, año tras año, aumentados en su tamaño por las sucesivas inundaciones y por las lluvias, se han transformado en otros tantos canales tortuosos que recuerdan, guardando las proporciones, los *furos* y los *igaripes* del Amazonas. El menor de estos fosos tiene dos metros de ancho, otro tanto de profundidad: incluso en tiempo de sequía, queda allí un poco de agua, disimulada bajo la vegetación muerta y las hojas caídas. Una hora de tres, en promedio, se consagra a patalear en este fango, donde pulula toda clase de sabandijas acuáticas.

Hemos pasado, velando por turnos, una noche bastante triste cerca de un pequeño río de ondas límpidas, el río Cedro. Al día siguiente, hacia la una de la tarde, hicimos alto al extremo de un banco de roca basáltica que avanza en el Huallaga como un espigón natural. Al frente, en una abertura de la floresta, se alzaba un hangar bajo el cual reposaban piraguas con la quilla al aire. Tal es el puerto de Tocache; el pueblo está situado a dos leguas tierra adentro. Solo dos o tres familias residen cerca del embarcadero, en un espacio despejado que los árboles nos escondían.

A los llamados de Chumbe, puntuados por dos disparos, respondieron voces y pronto una decena de personas, mujeres, aparecieron en la ribera. Tres de ellas, con rara destreza, levantaron una de las embarcaciones, la lanzaron al agua, y, maniobrando con los canaletes nos alcanzaron pronto. En cuanto a Chumbe y a su hijo, después de confiarme a los buenos cuidados de las barqueras, reemprendieron sin tardanza el camino de Pisana. La población del puerto se mostró muy solícita, sin traicionar no obstante su curiosidad por medio de preguntas inoportunas. Se me condujo a una de las mejores chozas, dejándose para mí la mitad de ella, pues los dueños de casa transportaron discretamente sus utensilios de hogar al otro extremo, hecho lo cual, el círculo se rehizo a conveniente distancia, y, con la mirada interrogadora pero la boca cerrada, esperó.

Dominaba el elemento femenino. El sexo fuerte no estaba representado más que por dos ancianos tullidos, con la cara arrugada como un higo seco, y por una decena de adolescentes de cara despierta, que hacían el mayor esfuerzo para mostrarse serios. Toda esta gente estaba muy poco vestida:

---

la blancura y la consistencia de una crema espesa: no hay nada semejante para aplacar a la vez la sed y el hambre. Es el fiambre del indio de los llanos. Este, cualesquiera que sean el motivo y la urgencia del viaje, no se decidirá a partir antes de haber elaborado largamente una amplia provisión de su alimento favorito.

los hombres con un calzón y una chaqueta flotante, sin mangas, que dejaba al descubierto el torso y el pecho; las mujeres con una falda de cotonada azul que varias levantaban entre sus piernas como los miriñaques de las moriscas. Las más jóvenes portaban una especie de chal anudado en torno a la cintura y echado sobre el hombro; las viejas, en cambio, exhibían sus encantos marchitos con una ostentación embarazosa. Los peinados eran por el estilo desde la doble trenza, brillante de aceite de palma, hasta la cabellera suelta. La mayor parte ostentaba un adorno: esta un collar, un brazalete de granos escarlatas; aquella un rosario cuya medalla o crucifijo brillaban entre los senos.

De las informaciones recogidas, resultaba que no tenía ante mí a ninguna de las autoridades. Los hombres estaban pescando en el río Cuyumba; el jefe residía en el villorrio al que debía dirigirme para contratar barqueros, admitiendo que las gentes no estuviesen ocupadas lejos en la cosecha de cera.

Mientras esperaba, me instalé lo mejor que pude para la noche, que fue mala; a pesar de la fatiga, apenas si logré dormir dos horas consecutivas. Para comenzar, mis vecinos y vecinas, con el entusiasmo de una juventud que no se siente vigilada, excitados además por copiosas libaciones de *caldo*, se entregaron a un alboroto infernal. Las danzas, los cantos mezclados con palabras muy atrevidas, no tuvieron fin sino tiempo después de medianoche. Y entonces, cuando la luna se elevó, fue el turno de los batracios de todo tipo, escondidos en las cañas o en las ramas, ensordecedora fanfarria que dirigía con maestría la rana gigante del Amazonas, especie singular que apenas si deja la cumbre de los árboles y cuyo grito se asemeja al bramido de un ciervo en celo.

Además, nubes de murciélagos anidados en la techumbre no dejaron de agitarse con gran ruido hasta el alba, enredándose a veces en el mosquitero, en el que causaron, al debatirse, numerosas desgarraduras. Fastidiado, salté de la hamaca y abatí algunos a bastonazos, ejecución que no me procuró más que una corta tregua, y las repugnantes bestias recomenzaron sus rondas. Casi todos pertenecían a la especie llamada vampiro-espectro (*Phyllostoma spectrum*), tan extendida en la América intertropical, desde los llanos del interior hasta las regiones más altas de la Cordillera. Yo la había encontrado muy a menudo, en Ecuador como en el Perú, y mis animales de carga sufrieron varias veces sus ataques; pero jamás yo había sido asediado por un vuelo tan numeroso y de disposiciones más agresivas. Mi perro esa noche fue la víctima escogida. Lo ví, al amanecer, bañado en su sangre que continuaba a salir por dos heridas cuyo orificio, cortado nítidamente como con punzón, tenía al menos dos milímetros de diámetro. El animal estaba tan debilitado que vacilaba sobre sus patas.

Había sido sangrado sin que lo advirtiese, ya que las presas atacadas por el vampiro no se despiertan jamás durante la operación, respecto a la cual las opiniones difieren. Muchos pretenden que el monstruo procede erosionando la epidermis por el frotamiento de su lengua; este órgano es, en efecto, muy rugoso, muy desarrollado, susceptible de alargarse y terminado por una fila de papilas en forma de ventosas. Según los indios, al contrario, se serviría de uno de sus caninos, agudos como la punta de un estilete, al tiempo que abanican dulcemente a la víctima con sus alas para mantenerla en profundo sueño.

Esta variedad es la única que ataca al hombre. No practica sus incisiones en todas las partes del cuerpo, sino con más frecuencia en los dedos gordos y en las manos: por lo demás, el menor velo, cortina o simple mosquitero de gasa, es una protección suficiente. Hecho digno de notar, en el mismo pueblo, bajo el mismo techo, tales individuos serán constantemente mordidos y otros quedarán siempre indemnes. Hay quienes, según se dice, por los cuales el vampiro siente una predilección tan cargante que han debido expatriarse y establecerse en un distrito no infestando por estos carnívoros alados. La afirmación me habría parecido fantasiosa si no me hubiese sido renovada, varios meses después, en el Brasil, por personas dignas de fe.

El ejemplar que había abatido medía veinte centímetros de largo por setenta de envergadura; el cuerpo era de un gris oscuro, estriado de blanco, con el labio superior coronado por una excrecencia carnuda que daba a la bestia un aspecto diabólico.

El 17, desde que aclaró, me dirigí al villorrio por un lindo sendero que serpenteaba a través de arboledas de incomparable magnificencia. Este paseo de más de una hora, solo, en la frescura matinal, bajo la media luz que caía de la cúpula móvil de las hojas sobre las lianas musgosas, los racimos de flores, begonias plateadas, calceolarias amarillas manchadas de púrpura, me ha dejado un recuerdo imborrable.

Las casuchas están construidas en la cima de una eminencia aislada cuya maleza ha sido limpiada. Domina un inmenso panorama de montes, de río y de floresta: hacia el este el Huallaga se dibuja a lo lejos, brillando al sol como metal derretido; más allá a perderse de vista los bosques que no han sufrido nuca los golpes del hacha, la Pampa del Santo Sacramento que se extiende hasta el Ucayali. Si me doy vuelta, veo el macizo de los Andes, muy próximo, cuyas crestas nevadas resplandecen, adornadas de esmeraldas salpicadas de diamantes y de ópalos.

No se trata aquí de un villorrio en el sentido riguroso de la palabra: las casas levantadas sobre la colina no albergan más que a media docena de familias, entre otras la del gobernador. Al oriente de los Andes, la comunidad

india se constituye raramente en grupos compactos, pero en viviendas separadas. Establecidas en el mismo territorio, cada una está a menudo a uno o dos horas de marcha de su vecina. Los esfuerzos de los antiguos misioneros para acostumbrar al indígena a una concepción más elevada del estado social no han podido vencer ese espíritu de independencia, que empuja a cada familia a aislarse, a formar una pequeña tribu en la grande. Esto explica los largos plazos necesarios para reunir barqueros o cargadores, incluso cuando se ha obtenido el concurso benévolo del jefe y de los subordinados.

Tal era el caso. El gobernador me recibió muy bien y parecía dispuesto a satisfacer sin retardo mis demandas. La llegada de un europeo despertaba en él viejos recuerdos. Había acompañado, muy joven aún, al teniente Herndon, de la marina de los Estados Unidos, que bajó por el Huallaga en 1851. Su padre, añadió él, cazador emérito, virtuoso del remo, había pasado igualmente varias estaciones al servicio de los blancos y conducido sus balsas en los ríos del sur que van a dar al Ucayali. Quizás hacía alusión a la expedición emprendida en 1843 por los ingleses Smyth y Lowe, para alcanzar este último río reconociendo el curso del Pachitea, o bien a la exploración del río Pozuzo, organizada seis años más tarde por las misiones de Ocopa bajo la conducción del P. Antonio Chimini; a menos, sin embargo, que se trate del descenso del Urubamba realizado por el conde de Castelnau en 1846, exploración que costó la vida a uno de los más heroicos pioneros de Francia en estos parajes, el P. Bousquet.

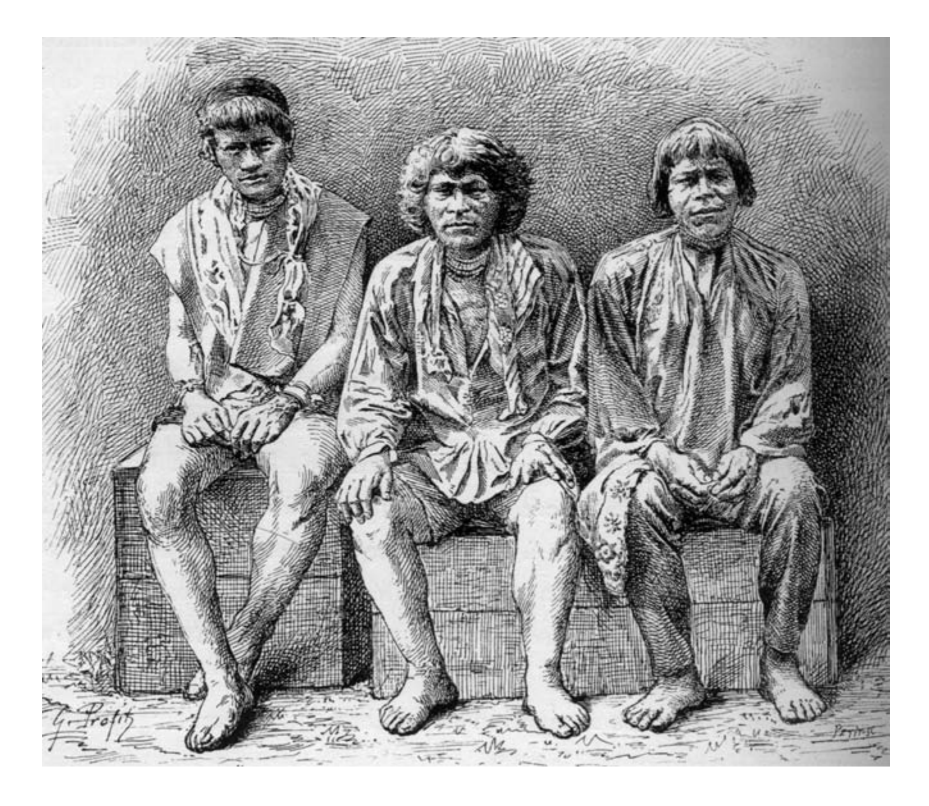
Como quiera que sea, estas tradiciones de familia explicaban en gran parte la simpática acogida dispensada al viajero. Me llevé, pues, la promesa de que tres hombres, reputados entre los más hábiles, conocedores del gran río cuyos rápidos habían franqueado varias veces, maniobrarían mi balsa hasta el pueblo de Juanjuí, donde yo reclutaría fácilmente una nueva tripulación. El viaje, salvo accidentes imprevistos, no exigiría una semana. Los balseros estarían a mis órdenes desde el día siguiente; les bastaría un día para derribar, descortezar, hacer secar y ensamblar sumariamente los troncos: iríamos a completar el esquife en Pisana. Allí solamente, en efecto, crecía en abundancia la especie de bambú conocida en el Perú con el nombre de caña brava, que los indios emplean para armar la plataforma de la balsa.

Los tres días se convirtieron en cuatro. En fin el 20 por la tarde, los maderos estaban emparejados, y soltamos las amarras. Mis remeros, muy excitados, se declararon listos a bogar conmigo hasta donde yo deseara.

El entusiasmo mismo de esta partida no me tranquilizaba sino a medias. Por poco que el indio charle, es urgente abrir los ojos: triste y taciturno por naturaleza, no se torna expansivo sino por influencia

de la embriaguez. El caso es de prever, sobre todo después de la ceremonia, fuertemente regada, de la despedida. Entonces no se fíe usted de su vigilancia; apenas si cuente usted con su habilidad para evitar los obstáculos. Con la vista borrosa, la boca abierta en una sonrisa tranquila, los brazos flojos cruzados sobre el remo, se abandona a la deriva, sin cuidarse del peligro.

Poco faltó para que nuestra navegación no acabase de manera trágica, media hora después de dejar el puerto. El Huallaga, entre Tocache y Pisana, es cualquier cosa menos accidentado; ningún rápido, ni una roca. El río, poco profundo, describe curvas de un radio muy extenso: los únicos obstáculos son los árboles caídos que levantan sus ramas desnudas por encima del



Mi tripulación

nivel de las más altas crecidas. A veces sin embargo, el resto apenas si aflora, o incluso se disimula entre dos aguas. Estos tipos de obstáculos son los que hay que temer más; se les reconoce difícilmente de lejos: su presencia es revelada por muy ligeras ondulaciones que uno se sentiría tentado a atribuir a la acción de la brisa o de un remolino. Mientras derivábamos a una velocidad media de tres leguas por hora, yo vigilaba el horizonte con

mis gemelos: pronto señalé a los remeros un hervor sospechoso. El aviso no turbó su tranquilidad, y cuando, ante mis reiteradas advertencias, se decidieron en fin a remar con fuerza para evitar el obstáculo, era demasiado tarde; la balsa, enganchada al paso, viraba bruscamente sobre sí misma y se colocó a través de la corriente. La posición era terrible; el agua nos cegaba. La violencia del choque había volteado a dos de los indios que, sumergidos a medias, se aferraban desesperadamente a una amarra; el tercero había caído a mi lado. Le pasé mi hachuela; llegó a cortar algunos lazos, los otros cedieron, y tuvimos suerte para soltarnos abandonando un pedazo de la balsa. Todo no había tomado quizá más tiempo que el necesario para escribirlo; pero el espanto que habíamos sentido en el momento del accidente duraba todavía dos horas después, cuando, al caer la noche, tocamos tierra frente al sendero que daba a Pisana.

Al llegar a la casucha de Chumbe cuál fue mi sorpresa al constatar que, en el corto trayecto de la ribera a la chacra, ¡uno de mis indios había desaparecido! En vano se le llamó: aturdido sin duda por el efecto combinado del alcohol, de la sacudida nerviosa y del frío, yacía entre la vegetación, a riesgo de ser devorado durante la noche por las fieras. Provistos de largas antorchas de cañas, emprendimos el retorno a la ribera, batiendo los arbustos sin resultado.

Mi personal se desintegraba. Si el hombre no reaparecía, yo no podía contar con sus camaradas. Estos, desalentados por los incidentes de la jornada, los cuales, lo confieso, eran de un excecrable augurio, no se sentían incómodos al decir que no irían más lejos. Incluso tres no eran, de ningún modo, suficientes para dirigir la balsa. ¡Ah! Si Chumbe quisiera unirse a ellos, quizá saldría yo del apuro. Chumbe era sin igual como piloto; era capaz de conducir la balsa con los ojos cerrados, hasta Juanjuí, e incluso más allá, si era necesario.

De inmediato conversé al respecto con Chumbe. A fin de prevenir toda duda por el ofrecimiento de un salario fuera de lo común, le propuse, si consentía en ayudarme, abonarle quince soles, no en mercancías, sino en dinero. El indio había negociado muy a menudo con los blancos para ignorar la distancia que hay en valor entre el metal y las estimaciones fantasiosas del traficante de las factorías. La suma representaba, por un trabajo de algunos días, un beneficio al menos igual al de una larga campaña de caza; habría superado incluso el producto de una estación pasada en recoger cera o zarzaparrilla. Por ello la propuesta hizo brillar en sus ojos un relámpago de codicia. Me cuidé de no debilitar el efecto por medio de inútiles comentarios, y lo dejé sumido en sus reflexiones.

El acuerdo habría sido aprobado de inmediato si no hubiera sido por la mujer, a la cual le preocupaba mucho ver que su hombre se embarcaba

para un viaje cuyos riesgos ella conocía. Durante buena parte de la noche el asunto fue debatido entre Chumbe y su compañera, sentados gravemente ante los tizones. Yo no podía captar su coloquio, pero cuando el sueño me venció, el marido, confundido, no parecía ya sostener sus argumentos sino con voz débil.

II

Juanjuí, 29 de *setiembre*.- Mi tercer remero reapareció. Había pasado la noche en el chaparral, a diez pasos del río, sin haber sido inquietado por las fieras. ¡Es para creer que hay realmente, como afirma el dicho popular, un dios para los borrachos!

En cambio Chumbe me contestó, con aire embarazado, que no podía servirme de piloto. Era ya de edad, baldado por los dolores, y ya no manejaba el remo como antaño. Además, si el descenso de Pisana a Juanjuí no exigía más de tres a cuatro días, el viaje de retorno, siguiendo la ribera llena de una vegetación espesa, no duraría menos de dos semanas; le disgustaba dejar a los suyos por tanto tiempo, sobre todo en esta época del año, a proximidad de la estación de lluvias.

Tuve sus razones como valederas, y no insistí. Los indios, pasada la alarma de la víspera, trabajaban con ardor en acabar la balsa, la cual, de una longitud de siete a ocho metros, está formada con los troncos de diez



Construcción de la balsa

árboles jóvenes a los que se les ha quitado la corteza y están unidos a tres barras transversales por sólidos amarras de lianas. Solo la parte delantera presenta una sección regular; en la posterior los troncos conservan sus ramas menudas, disposición que probablemente tiene como finalidad compensar el peso de los remeros que se sitúan en el otro extremo, en cuclillas y alineados. El centro de la balsa está ocupado por la barbacoa, plataforma con claraboya soportado por postes entrecruzados. Allí se amontonan los bagajes, los víveres, reservando un estrecho espacio para el viajero, el cual, desde ese sitio alto, supervigila las manobras como un comandante en su pasarela.

Delante de la barbacoa puse un pequeño mástil de bambú donde flamearían nuestros tres colores cuando llegásemos a la vista de una aldea. La manifestación solo tenía sentido para mí, pero aunque esta confesión podría hacer sonreír, no podría describir el placer que sentí al ver flotar al viento el emblema de la patria.

El 21 por la noche la embarcación estaba preparada, la carga a bordo. El 22, al salir el sol, habíamos perdido de vista la playa de Pisana, pasado el río Mixollo que desemboca en el Huallaga un poco abajo de la antigua misión, y descendimos con rapidez vertiginosa el rápido de Huayruro.

Los rápidos y desfiladeros que han valido al río un renombre perpetuado tanto por las tradiciones indígenas como por los relatos de los primeros misioneros, son cuarenta y dos. Treinta son particularmente temibles[3]. Se dividen en dos series separadas por un largo intervalo de aguas tranquilas. La primera y más importante está comprendida entre los 8º 14´y 7º 50´ de latitud sur. Se puede decir, sin exagerar, que la navegación se efectúa en una continua ansiedad. Enormes bloques abundan en el lecho tortuoso, la corriente se precipita con una ímpetu de catarata. Su velocidad, en una distancia de ciento cincuenta kilómetros, es, alternativamente, de cinco, siete e incluso nueve millas por hora. Ora la balsa se encabrita y salta como un caballo asustado, ora se queda cautiva durante horas en un raudal, expuesta a dislocarse bajo la violencia del movimiento giratorio.

---

[3] He aquí su lista:

1º De Pisana a Juanjuí:

Huairuro.- Armallari.- Chonta.- Marona.- Pólvora.- Flores.- Syott.- Corazón.- Balsayaccu.- Matallan.- Murga.- Guacamayo.- Limón.- Picote.- Chamicha.- Campanas.- Cuchiyaco.- Benga.- Tambor.- Chomté.- Chapicha.- Zabaloyaccu.- Cachihuanuchica.- Tonta.- Sumanso.- Trampa.

2º De Juanjuí a Yurimaguas:

Estero.- Chumia.- Vaquero.- Río Blanco.- Pongo de Aguirre.

[Se ha respetado la ortografía del autor. N. del T.]

La anchura del lecho varía de ciento cincuenta a treinta metros, en un recorrido de algunas millas; la profundidad no es jamás inferior a tres metros. Las riberas, casi siempre elevadas, reposan sobre fundamentos de roca que a menudo se adelantan en forma de espolón, y hacen el abordaje bastante difícil. A veces también la vegetación exuberante dificulta la aproximación; las ramas cargadas de parásitos desbordan, ocultando por completo la orilla. De trecho en trecho, sin embargo, en el fondo de una caleta, el agua quieta tiene la trasparencia de un cristal, una pequeña playa se curva, dispuesta como a deseo para un campamento. Sobre la arena fina han dejado sus huellas el bonito casco del antílope, la pata peluda del leopardo. Las aberturas en el chaparral marcan la ruta que los habitates de la floresta han seguido para dirigirse a su abrevadero. Ninguna huella de lucha; el lugar parece un terreno neutro: se creería que la paz del Edén reina aún en estas soledades. Más abajo, un pueblo de hormigas gigantes alinea sobre la playa arenosa sus viviendas cónicas, de un cemento tan compacto que resiste al hacha. Centenares de zancudas, garcetas, flamencos blancos y rosas, alineados al borde del agua, se retiran lentamente al ruido de los remos, y, sin asustarse, van a reiniciar su pesca veinte pasos más lejos. Vuelos de colibríes suben como cohetes, y en las ramas muertas los *tunquis*[4] de plumaje resplandeciente ponen una nueva floración.

En la mañana del 23, encuentro inesperado. La necesidad de consolidar la balsa ya bastante desbaratada nos retenía en tierra una hora más que de costumbre. De pronto uno de los hombres, levantando la cabeza, lanzó una exclamación repetida pronto por sus camaradas. Interrumpieron su trabajo y se dirigieron corriendo al extremo de un banco de roca desde donde se descubría todo el río. Los seguí, y no pude a mi vez contener un grito de sorpresa. Había una balsa a la vista, derivando rápidamente en plena corriente: seis hombres iban en ella, no siendo posible distinguir a la distancia ni su vestimenta ni sus rasgos. El aspecto del cargamento —largos cestos de junco cubiertos de hojas verdes—, los flexibles movimientos de los remeros, las cerbatanas que tenían en mano dos de los individuos encaramados sobre la barbacoa, todo revelaba viajeros indígenas. Mis indios creían reconocer en ellos a los hibitos del pueblo de Sión, que volvían de una expedición de pesca.

Levantamos el campo aprisa: esperábamos navegar en convoy y adecuar nuestras maniobras a las suyas para pasar los rápidos Matallan y Murga. Pero por precipitada que fuese la partida, los recién llegados había

---

[4] *Rupicola Peruviana.* Esta especie, una de las más notables de la Amazonía, abunda en el Huallaga. El ave de la talla de un gallo grande, tiene el cuerpo escarlata y las alas negras; la cabeza está coronada por un penacho carmesí. Es el rey de los seres con plumas; el tucán mismo, vestido de púrpura y oro, no se le podría comparar.

tomado demasiado la delantera: apenas dejábamos el sitio donde habíamos estado cuando ellos desaparecían en una brusca vuelta, y no los volvimos a ver en la mañana.

Franqueados estos peligrosos pasos, mis gentes se dirigían, con el fin de recobrar aliento, hacia una pequeña bahía en la cual se vierte el río de Sión. El primer objeto que vi fue la balsa india, sin lastre y reposando sobre la arena. La tripulación se secaba en torno a una gran fogata, antes de dirigirse, con los bultos a la espalda, al villorrio, al que una senda de dos leguas une con el Huallaga. Las dos tripulaciones fraternizaron, por ser cholonos e hibitos antiguos conocidos. Pero júzguese cuál fue mi estupefacción cuando uno de ellos, acercándose a mí, me saludó… ¡en inglés!

La tez bronceada, el rostro liso de mi interlocutor me habrían inducido a tomarlo por un indio; tenía por vestido, al igual que sus compañeros más que un taparrabo de algodón y una blusa sin mangas amarrada a la cintura por una correa de piel de ciervo. Pero su alta estatura, sus ojos azules, algunas mechas de un rubio ardiente en su cabellera gris, denotaban al hombre del norte, bretón o yanqui. Vino hacia mí, con las manos tendidas, muy emocionado, flaqueando sobre sus largas piernas surcadas por numerosas cicatrices, en un estado de debilidad y de miseria que daban pena. Evidentemente se creía en presencia de un compatriota. El único elemento de mi guardarropa que había resistido a las intemperies de un viaje de varios meses —un casco para el sol de fabricación inglesa— autorizaba esta equivocación.

¿De dónde venía este hombre? ¿Al cabo de qué aventuras se encontraba en semejante compañía? ¿Era un viajero como yo, o lo que se llama vulgarmente un “hermano de la costa”, es decir un malhechor que huía de la justicia, un marino desertor? Todas las hipótesis me estaban permitidas, en la medida en que parecía determinado a no proporcionar sobre su persona y sus antecedentes ninguna información precisa. Una extraña historia de un viaje al interior, con la ingenua esperanza de hacer allí fortuna, de miserias soportadas en los pueblos de la sierra, en los bosques de la vertiente oriental, por donde había errado durante semanas, viviendo de frutos y de miel salvajes, pasando la noche en los árboles por temor de las fieras; su inesperado salvamento por cazadores indios de Tingo María, que lo habían acogido y alimentado durante cinco meses, eso es todo, más o menos, lo que le saqué. Expresó, al terminar, su intención de aproximarse a las factorías del Amazonas, donde podría encontrar trabajo y medios para retornar más tarde a su país. Una ocasión se le había ofrecido de descender doscientas millas de río en la balsa de los hibitos; pero estos había llegado ya a su destino. Dios sabe cuánto tiempo tendría que ser su huésped. La

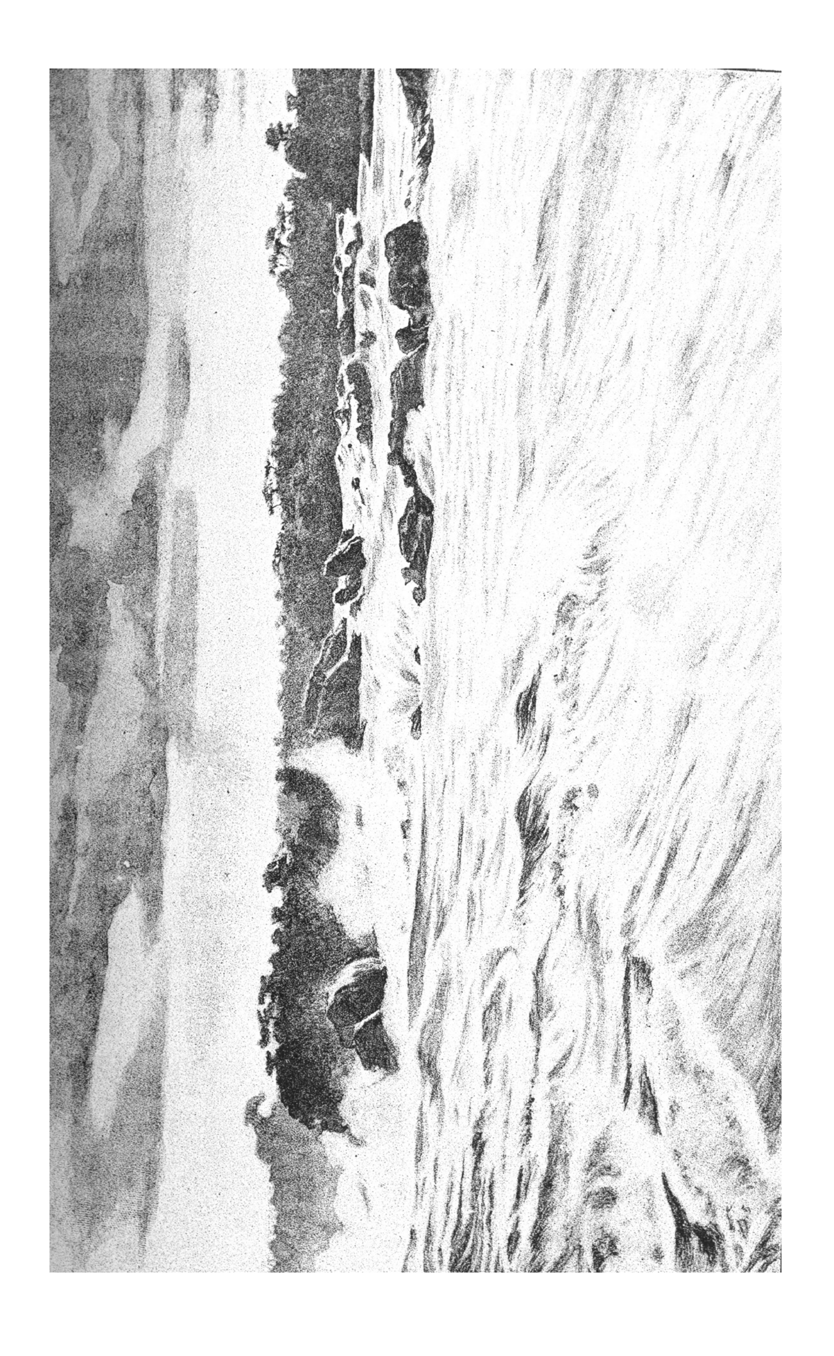
vida india no lo asustaba, con tal de que llegase a sacar algún beneficio de sus penas; pero, en la región alta, todo lo que podía esperar era vivir día a día, sin entrever un porvenir mejor. Me pedía, pues, permitirle tomar pasaje en mi balsa, al menos hasta que llegásemos a un villorrio en relaciones más frecuentes con los puestos ocupados por los blancos.

Cualquiera que fuese su pasado, una cosa era cierta, es decir que había sufrido mucho; por esta sola razón, en semejante lugar, despertaba mi simpatía. No exigí más y le hice lugar junto a mí. Por sospechoso que pareciera el personaje, su aparición rompía agradablemente la monotonía de mi existencia: desde hacía casi tres meses no tenía otra sociedad que la de indios de humor poco comunicativo; sin sufrir demasiado por este aislamiento, no me incomodaba intercambiar algunas palabras con un hombre de mi color.

Una vez en marcha, ya sea porque un sentimiento de gratitud, o simplemente la alegría de haber visto realizada tan pronto su aspiración, prevalecieran sobre la prudencia, o ya sea porque él también cediera a la necesidad de escuchar su propia voz, de hablar su lengua materna, de lo cual se sienten atormentados los que han vivido en la soledad, se apartó un poco de su reserva. Me enteré de que era originario de Darmouth, en Devonshire; que había dejado Inglaterra cinco años antes a bordo de un *brick* que navegaba hacia la costa del Pacífico. ¿En calidad de pasajero o de marinero? Se cuidó de no precisarlo. Pero por la manera en que miraba a los remeros, por algunas observaciones que se le escaparon, relativas a la maniobra, a la fuerza de la corriente, a la probable presencia de arrecifes o de obstáculos, era fácil adivinar a un hombre de mar. Como quiera que fuese, había dejado su navío en el Callao y tomado el camino del interior. Pasó sucesivamente por La Oroya, trabajando en la construcción de la vía férrea, después en diversos pueblos de la Sierra, en Jauja, en Tarma, en las minas de plata de Cerro de Pasco. Después de dos años de esta vida, excitado, decía él, por los relatos que escuchaba respecto a la Montaña, concibió un loco deseo de bajar hacia ese oriente tan próximo y pleno de misterio. Fuese tal o no el verdadero motivo porque había preferido a las exploraciones mineras lo desconocido de los bosques, lo cierto es que se había lanzado hacia el este, a la región boscosa de la provincia de Huánuco, donde había estado a punto de encontrar la muerte.

Mientras el aventurero contaba sus miserias, pasamos uno tras otro cuatro rápidos: Cuchiyaco, Benga, Tambor y los grandes remolinos que provoca la afluencia de uno de los principales tributarios del Huallaga, el río Valle. La noche nos sorprendió al salir del desfiladero de Chomté, cerca de la desembocadura del río Luna.

La jornada del 24 me reservaba otras emociones. Salidos sanos y salvos del mal paso de Chapicha, donde se alzan monolitos gigantescos



Rápido Zabaloyaccu

en medio del río, nos vimos, a pesar de los desesperados esfuerzos de los balseros, arrastrados por la impetuosa corriente del Zabaloyaccu, que da fin a la primera serie de rápidos. Es de lejos el más temible; por ello los indios tratan de evitarlo transportando la embarcación por tierra, sin tener éxito. He visto las más célebres caídas de los ríos americanos, los del Oswego, del San Lorenzo, del Saguenay, del Colorado. Ninguno es comparable a este largo salto del Huallaga. Una sola corriente podría dar la idea, la del río Niágara, entre las cataratas y Lewinston (Ontario).



Cachihuanuchica

El peligro le sorprende a usted en plana calma, en uno de esos instantes de tregua tan raros en esta navegación accidentada. De pronto un rugido resuena, distante al comienzo, pero que se acerca con prodigiosa rapidez. La corriente se acelera, sin que un solo estremecimiento agite la superficie del agua. A lo más se infla ella en suaves ondulaciones de una amplitud de oleaje. En vano tratamos de acercarnos a la ribera; somos arrastrados cada vez más rápido hasta el momento en que, más allá de una curva, a cien metros de nosotros, el río entero desaparece bajo una cortina de vapor. Las riberas se tornan escarpadas, la balsa se desliza a través de un dédalo de rocas dispersas que ha haría pedazos al primer choque. No es cuestión de dirigirla. Nos abandonamos a la deriva, aferrados los cinco a la plataforma central.

De pronto me pareció que éramos proyectados en el vacío; el manto inmenso se precipitaba en esclusa desde una altura de tres metros. Sin duda no debimos nuestra salvación sino a la violencia misma de la corriente

que, en virtud de la rapidez adquirida, en lugar de caer siguiendo la vertical, describía en su caída una curva alargada. Ello permitió a la balsa llegar intacta al pie del rápido; pero, si bien habíamos escapado contra toda esperanza del desastre, no por ello nuestra posición era menos crítica. Las aguas, retomando bruscamente su nivel, borbotaban y se levantaban en olas amenazadoras. Por dos veces fuimos casi tragados, y cuando por fin logramos tocar tierra, dos millas más abajo, era ya tiempo. Las amarras de lianas, en parte rotas, apenas si mantenían el frágil conjunto de troncos sobre los cuales yo acababa de pasar minutos que estarán entre los más emocionantes de mi vida.

A Zabaloyaccu le sigue el desfiladero de Cachihuanuchica. No se podría imaginar contraste más completo. Si algo había podido hacerme olvidar la tormenta de que salíamos, era el aspecto de esta onda apacible corriendo, en una penumbra de iglesia, entre paredes de pórfido de seiscientos pies de altura. Arboles de poderoso tronco se arquean formando ojiva; racimos de flores cuelgan como arañas de cristal; las lianas enganchan sus pesados pliegues de las menores asperezas de la roca, cuya base baten las olas con un ruido de campana.

A la salida de esta garganta de tres leguas de longitud, el Huallaga, aumentado por el importante río Huayabamba, se ensancha semejante a un lago, salpicado de islas. La gran Cordillera huye hacia el noroeste; al este, la Pampa del Santo Sacramento se extiende por una pendiente insensible hasta las crestas redondeadas de las colinas que nos separan del Ucayali. Techos de paja aparecen por encima de las hierbas; canoas cargadas de maíz y de caña iban y venían entre los islotes y la tierra firme; delante de nosotros se abría la vasta y fértil cuenca de Juanjuí.

Hará cinco días que estoy en este pueblo. Es mucho, para mi impaciencia; bien poco, si pienso en la lentitud que necesitan, en país indio, las negociaciones más simples. Dejo aquí a los barqueros contratados en Tocache; conocen poco el río bajo. Además, necesitarán apenas menos de quince días para recorrer a pie, a través de los bosques, las cincuenta leguas que los separan de su villorrio: exigir más sería excesivo. La nueva tripulación comprenderá cuatro remeros en lugar de tres: la balsa misma deberá ser reconstruida con maderos más fuertes y con más piezas, modificaciones que resultan indispensables por el creciente volumen de las aguas.

El jefe del villorrio me había alojado en su casa o, para hablar más exactamente, bajo su techo; la vivienda no era más que un tambo, pero sólidamente estructurado y de dimensiones bastante vastas. A creer sus palabras, las cosas no demorarían. Los hombres habían sido llamados, y, gracias a su todopoderosa intervención, el trato fue concluido el mismo día. Sin embargo, decididas las condiciones, los indios se eclipsaron, con

el pretexto de proceder a sus preparativos; no los había vuelto a ver desde hacía cuarenta y ocho horas. El gobernador multiplicaba sus protestas de devoción personal, deplorando los retrasos de los que no era, de ninguna manera, responsable. Pero, ¿no era necesario dejar a las gentes el tiempo de despedirse de sus familias, de aprestar víveres y municiones, de dar forma a sus remos, de cortar y desenramar los árboles suplementarios? Me he dado por satisfecho, ya que toda marca de impaciencia demasiado manifiesta va diametralmente contra el fin que uno se propone. La noción del tiempo escapa a estas naturalezas primitivas, que miden sus deseos de acuerdo con las necesidades de la hora presente; la inmutable serenidad de la vida los dispensa de contar las horas. Un día, una semana, un mes, palabras sin valor si no es para el hombre de las viejas sociedades al que empujan las inexorables leyes de la competencia vital. Yo ocupaba, pues, lo mejor que podía mis tiempos libres, poniendo en orden mis notas, y cazando avutardas en la ribera del río; después de caer la noche, muchachos y muchachas chapoteaban allí en una simple vestimenta o, en las canoas, me ofrecíam el espectáculo de una naumaquia.



Casa del gobernador (Juanjuí)

Pero la más robusta paciencia acaba por agotarse. No pude dominar mi contrariedad cuando sorprendí a esos hombres, que según el gobernador estaban únicamente absorbidos en los afanes de la partida, en un hangar que servía de molino, ocupados en fabricar el *caldo* para el consumo de este funcionario. Tres de ellos maniobraban indolentemente los cilindros de madera; el cuarto echado sobre el vientre, empujaba punta a punta los tallados de caña recién cortados, al mismo tiempo que fumaba un enorme cigarrillo enrollado en una hoja de maíz. Quizá mostré lo que

había descubierto con un mal humor muy poco disimulado, la cosa es que el jefe me recibió bastante mal y, acalorándose también, me respondió con un tono burlón que, si me encontraba tan apurado, nada me impedía proseguir mi viaje a pie.

La respuesta no se hizo esperar. Yo no podía manifestar mejor lo que pensaba sobre lo sucedido que declinando en adelante su hospitalidad. Él no había acabado y ya comencé a mudarme. De un puntapié mandé fuera del tambo mi cama de campaña y me apresté a llevarme mis talegos. El otro, por completo desconcertado, trató de retenerme y me tomó del brazo riendo:

– No te vayas. No es nada. Soy tu amigo.

– ¿Y es así que me hablas, a mí que soy tu hueped? No, yo no acepto más nada de ti. Iré a otra casa, en mi balsa si es necesario.

Siguió una cómica pendencia. El gobernador, desolado, me suplicaba ahorrarle esa afrenta, apoderándose de mis efectos a medida que yo los retiraba, y volviéndolos a colocar en su vivienda. Este manejo habría podido durar por largo tiempo si no me hubiera sido fácil ceder, pues no me resistía sino por la forma. Finalmente se hizo la paz y volvimos a ser muy buenos amigos. Esta pequeña tempestad tuvo al menos como resultado aclarar la situación y acelerar su desenlace. Una hora después los indios se pusieron a trabajar con tal ardor que la balsa estaría lista para navegar al día siguiente.

Desgraciadamente yo no podía decir lo mismo de mi compañero. El inglés, hospedado en una casucha vecina a la mía, había sido víctima, la noche misma de nuestra llegada, de una fuerte fiebre; lo encontré, por la mañana, en el estado más lamentable, con las piernas hinchadas, la piel roja y brillante como si el pobre diablo hubiera sido víctima de un comienzo de erisipela. El mal del que sufría es bien conocido por todos cuantos han permanecido por cierto tiempo en la Montaña. Entre las innumerables moscas de toda clase que, de día y de noche, acosan al viajero, hay una que deposita sus larvas en los intersticios de los poros o, con más frecuencia, en las heridas ocasionadas por las espinas. En general bastan, para prevenir el desarrollo del parásito y los graves accidentes que pueden resultar de ello, preservantes muy simples, a saber minuciosos cuidados de limpieza, una ducha en los torrentes mañana y noche, y frotaciones por todo el cuerpo con una esponja embebida de agua fenicada. Por poco que se descuide estas precauciones, el gusano crecerá y penetrará profundamente en la carne —le he quitado a mi perro unos que alcanzaban las dimensiones de un gusano de seda—, y se producirán tumores inflamatorios que exigirán la intervención del cirujano.

Tal era lo que sucedía con mi viajero de los bosques. La hinchazón había alcanzado, en algunas horas, tales progresos, que era de temer un desenlace fatal si no se lograba calmar la inflamación. Él sufría cruelmente y me suplicaba intentar cualquier cosa, cualquiera que fuese, así hubiera de costarle la vida. Mi perplejidad era grande; yo no poseía en mi modesta farmacia de viaje, por lo demás bastante desprovista, nada que pudiese contener el mal. Me acordé entonces de un expediente que me había resultado dos años antes, en el Iraouaddy, para vencer la irritación causada por la presencia de un entozoario muy común en las Indias y en Birmania, el *ring-worm* (gusano anillo). A falta de otro emoliente, yo había recurrido al agua pura. Mis *boys,* provisto cada uno de una cuba, habían regado durante cuatro o cinco horas consecutivas la pierna adolorada. Al cabo de dos días de tratamiento, la inflamación había totalmente desaparecido. Empleé de nuevo esta medicación elemental. Pedí que se arrastrara hasta la cabaña una de las canoas que estaban sobre la orilla, y la hice llenar de agua, después de lo cual hice instalar junto al enfermo a la mujer y a la hija del dueño de casa, con jarras de gres cuyo contenido vertían ellas por turno, no deteniéndose sino cuando la piragua se quedaba vacía. Además envolvieron ellas los miembros con hojas frescas de banano.

Los indios, debo confesarlo, vigilaban la cura con ojos escépticos. Era evidente que este lavado no constituía para ellos una verdadera medicina. Solo la deferencia debida al saber de un *taita* les impedía expresar en alta voz su opinión.

Buena o mala, mi medicina fue maravilla. Algunas lociones afiladas con ácido fénico acabaron de limitar la inflamación cuyo foco, por desgracia, aún subsistía. Uno de los abscesos estaba situado en el pliegue de la pantorrilla, y yo no me atrevía a practicar allí una incisión, por temor de estropear al paciente. De otro lado, si no se intervenía, la irritación, bajo la influencia de la temperatura elevada, se propagaría a su gusto, y la recaída sería funesta para el enfermo. Este se daba cuenta, pues insistía en que la operación se efectuase de inmediato.

– ¡Pero ese no es mi oficio! —le dije—. Si le corto una arteria…

– *Never mind*… No importa. Si la cosa va mal, usted no habrá hecho sino apresurar mi fin en unas horas. No tengo sino una oportunidad para salvarme… *Go on!*

Ante tal intimación, obedecí. Tuve más suerte de lo que merecía mi inexperiencia: la hoja no se hundió mucho en los tejidos, y dos días después la herida, vendada como se debe, estaba en vías de curación. Podíamos partir nuevamente. Cuando fui a advertir al extranjero que proseguiríamos viaje al día siguiente al amanecer, lo encontré de pie. Vino hacia mí, apoyado en un bastón, cojeando ligeramente, pero en suma con el aire de

un hombre en plena convalecencia. Para mi gran asombro me anunció que no me acompañaría más lejos. Había cambiado de idea; se había decidido a aceptar los ofrecimientos de sus huéspedes, que le proponían quedarse con ellos, y lo trataban ya como amigo. No dejaría al villorrio, al menos por ahora.

Le recordé lo que me había dicho pocos días antes, su deseo de aproximarse a las factorías. Añadí que no solamente me comprometía a llevarlo a los primeros establecimientos, sino también a tenerlo en mi balsa hasta que encontrásemos uno de los vapores del Amazonas. Me comprometía a conseguirle un pasaje a Manaos y el Pará, y gestionar su repatriación ante los agentes ingleses.

Me escuchó atentamente, pero declaró persistir en su resolución.

– Reflexione aún —le dije—. Pueden transcurrir muchos meses antes de que usted encuentre ocasión de descender el río.

– Es posible —respondió—, pero nada apura.

– Al menos dígame su nombre. Quizá tiene usted algunos parientes en Inglaterra. Les haré llegar noticias suyas.

– ¿Amigos, parientes? No, no los tengo. ¿Quién soy? Un hombre al cual, sin conocerlo, usted le ha prestado servicio y que no lo olvidará jamás. Adiós, y ¡ojalá usted llegue con felicidad a su país!

Mientras hablábamos habíamos llegado a la orilla del Huallaga. La noche era límpida, estrellada. La silueta de la balsa, con sus amarras tensas, pronta a zarpar, se destacaba nítidamente contra el agua gris. Él se calló. Por mi lado, ya no tenía argumentos. Después de dar unas vueltas en la ribera, le mostré por última vez la balsa con un gesto interrogativo. Pero, por toda respuesta, el desconocido se contentó con sacudir la cabeza y se puso a silbar un aire cualquiera. Luego me tomó la mano, la estrechó con una energía muy británica, y, girando sobre sus talones, desapareció en la sombra.

III

3 de *octubre*.- Nuestro pasajero ha sido reemplazado por una pasajera, la india Mai (María), mujer de uno de mis remeros, el cual me ha pedido llevarla hasta la laguna, última aldea del valle, solamente a diez millas del punto en que el Huallaga se une con el Marañón. El sitio está habitado por indios cocamas, catequizados otrora por las misiones de Ocopa. María pertenece a esta nación. Está enferma y quiere volver a casa de sus padres, a los que no ha visto desde hace varios años. Es algo que no dejará de curarla.

Yo me hallaba lejos de compartir esta confianza en la eficacia del remedio. El mal no es de aquellos de los que uno se libra por un cambio de aire. La india, a no dudar, se moría de una enfermedad del pecho. En contra de la idea que muchas personas se hacen de las regiones tropicales, las enfermedades más comunes en esos parajes no son tal vez las fiebres, sino las afecciones pulmonares que son resultado de las súbitas variaciones de temperatura entre el día y la noche; a estas causas hay que añadir la existencia anfibia que lleva la población establecida en las márgenes de los ríos. La pobre mujer no tenía, evidentemente, sino pocas posibilidades de llegar al caserío paterno; dejé entender al marido que me parecía que ella casi no estaba en condiciones de soportar un largo viaje. Él se obstinó, explicando que ella no era muy fuerte, pero que se recuperaría pronto en medio de los suyos. Yo no tenía nada que objetar y consentí de buen grado en que los esposos viajaran juntos. María se ha instalado en la popa, con su pequeño bazar, una colección de cestos de todo tamaño con prendas, frutos, amuletos y algodón, que ella hila en interminables madejas. Todo el día se lo pasa dándole al huso y al copo, y solo se interrumpe para dar de comer a un viejo guacamayo que no abandona su hombro; lo ceba con bananas y *masato*, y le dirige a media voz largos discursos que el pájaro, recogido como en una bola, con los ojos cerrados, parece escuchar con profundo recogimiento.

A menudo también, sobre todo al anochecer, la coge la fiebre, una que la quinina no logra bajar. Entonces divaga, y, durante toda la noche resuenan las carcajadas de su voz de niña, frases sueltas, cortadas por risas y sollozos. El 2 se encontraba tan mal que tocamos tierra a mediodía. Por grande que fuera el fastidio que me causó este nuevo retardo, me resigné a no ir más lejos ese día, en consideración a la moribunda. Sin embargo la crisis no la ha matado; hela de pie, cosa que el marido, siempre optimista, no ha dejado de atribuir a la influencia ya sensible del aire natal. El hombre, en el fondo, no está sin inquietud; querría obtener de mí, a falta de una panacea infalible para curar a su compañera, una palabra tranquilizadora; pero me sería difícil darle cualquier esperanza. Cuestión de humanidad, para comenzar, a fin de ahorrarle una falsa alegría; asunto de prudencia, luego, pues en cualquier momento podrían verse desmentidos mis pronósticos favorables, lo cual no honraría mi clarividencia y comprometería mi reputación de saberlo todo, con la cual los indígenas gratifican de buena gana a los blancos. No le disimulo, pues, que su mujer está grave y que no puedo, con gran pesar mío, hacer nada por ella.

No se trata por cierto de una belleza, María. Apenas si cuenta a su favor, como la mayoría de sus compatriotas, sino los ojos, que son soberbios; pero es joven, no sin gracia, y su marido le prodiga los cuidados más conmovedores. Después de caer la noche le prepara, muy cerca del fuego,

un tambo, cuyas palmas, hábilmente unidas, no dejarán pasar ni la lluvia ni el rocío; en el día, dejando a un lado sus remos, va a sentarse cerca de ella, y, con una rama verde en la mano, espanta a los mosquitos. Ha levantado encima de la plataforma una choza de follaje sobre cuatro postes que nos protege del calor. La tranquilidad de la corriente permite esta sobrecarga; la balsa, casi abandonada a sí misma, se deja llevar por la corriente. ¿Se aproxima mucho de la orilla? Un golpe de remo la corrige, y de nuevo los remeros se echan sobre sus herramientas, con las manos sobre los ojos, el vientre al sol, y la embarcación se desliza en la paz del mediodía por el río silencioso.

5 de *octubre*.- El Huallaga, más allá de Juanjuí, atraviesa a lo largo de un centenar de millas una llanura aluviónica donde ninguna eminencia detiene la vista. El río, cuya anchura alcanza, por sitios, un cuarto de milla, es poco profundo, lo bastante sin embargo para que una chalupa a vapor de un calado que no exceda los 80 centímetros pueda navegar sin peligro. El fondo es de lodo; ningún banco de roca, ningún arrecife aislado se levanta en medio del canal. Las orillas, sin ser elevadas, están por lo general al abrigo de las crecidas; el corte del terreno pone al descubierto una capa de humus de más de un metro; la vegetación, siempre lujuriosa, es menos tupida que en la parte superior del valle. Vastos espacios aparecen cubiertos de pastos, salpicados por árboles aislados.

Toda esta región, comprendida entre las dos series de rápidos, es fácilmente cultivable, de una extrema fertilidad y completamente salubre. Las aguas durmientes, los lagos, los pantanos, son raros, y, por ello, poco frecuentes las fiebres. Al margen de la neumonía que causa algunas víctimas, la enfermedad más extendida es una afección cutánea que se manifiesta por grandes manchas parduzcas o azul oscuro diseminadas en todas las partes del cuerpo. Casi nunca reviste un carácter agudo; los individuos que la padecen se dedican a sus ocupaciones como si no pasara nada. Uno de mis hombres, justamente, a pesar de que estaba tatuado así de la cabeza a los pies, no parecía incomodado de otro modo por ello. Un mal casi idéntico causa estragos con mucha mayor intensidad en otras regiones del continente, sobre todo en México y en las repúblicas vecinas, Guatemala, San Salvador, Costa Rica, donde ha determinado que se dé a toda una categoría de indígenas el nombre significativo de *pintos*. Aquí se debe sin duda a una alimentación defectuosa, compuesta casi exclusivamente de carne de caza mayor y de pescado seco; es probable que desaparezca por medio de la observancia de algunas de las reglas más elementales de la higiene.

Los inconvenientes que resultan de la presencia de reptiles y mosquitos se atenuarían a medida que se abrieran anchos claros en los bosques circunvecinos. Es muy raro que se sufra de ese mal en medio de un vasto

sector en que se haya efectuado el desbroce. Pocas localidades, en definitiva, en la zona intertropical, me han parecido más adecuadas para recibir poblaciones sedentarias y agrícolas, así fuesen originarias de los climas templados. Esto no quiere decir que su colonización sea próxima. Por largo tiempo todavía múltiples causas podrán sustraer al Perú de la corriente de migración; pero una vez que las mesetas de la Sierra sean ocupadas por colonos venidos de Europa, no tardarán en dirigirse al valle del Huallaga empresas serias. Vías transitables por las mulas, quizá caminos, atravesarán la Cordillera; otras evitarán esos rápidos cuyas enormes fuerzas serán utilizadas algún día por la industria. Por la riqueza del suelo, la suavidad relativa del clima, por su posición a medio camino del Pacífico y del Brasil, estos territorios parecen destinados a convertirse tarde o temprano en una admirable base de operaciones para la puesta en valor de las posesiones peruanas situadas al este de los Andes. Actualmente no se ven, en una distancia de cincuenta leguas, más que tres o cuatro chacras ocupadas por familias indias o mestizas.

El río, sembrado de islas y de bancos de arena, después de haberse extendido hasta dar a veces la ilusión de un horizonte marino, se estrecha a la altura del río Mayo o Moyobamba. Fue por este curso de agua que, por primera vez, en 1561, los conquistadores españoles llegaron al Huallaga: la expedición de Pedro de Ursúa tenía como fin la búsqueda del fabuloso El Dorado, situado, según se decía, en las riberas del Amazonas, en el país de los omaguas.

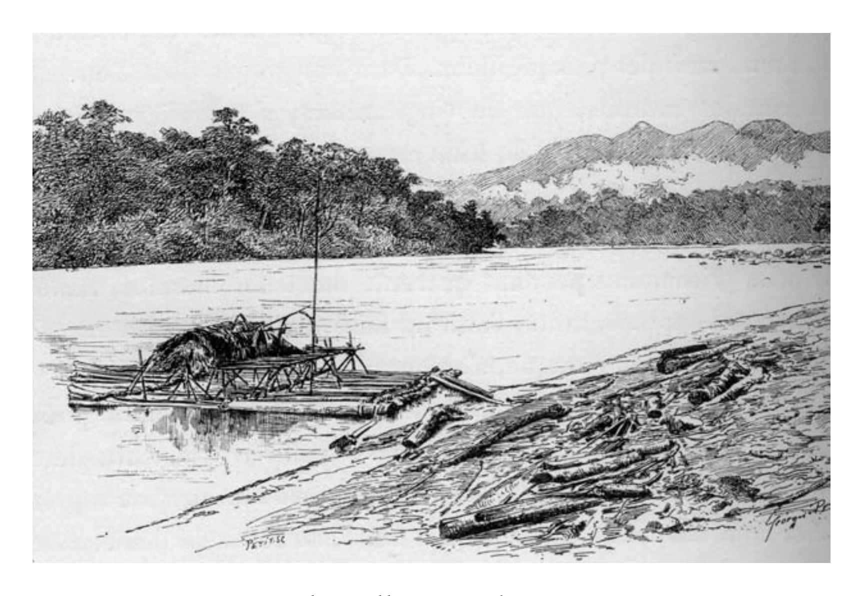
Me imagino que los aventureros, cuando sus canoas hubieron sobrepasado el promontorio boscoso a cuyo pie se halla hoy la estancia de Chapaja, debieron lanzar un grito de triunfo. Los tesoros de la leyenda estaban allí, ante ellos, y la realidad superaba al sueño. ¿Oro? Mejor que eso, altos farallones de diamantes, curiosamente labrados, cortados en arcos, en pilastras, estriados de amarillo y de rojo, resplandecientes. La ribera derecha del Huallaga, en una longitud de cinco leguas, presenta ese espectáculo extraordinario: la montaña de sal de Pilluana. Las aguas la han abarrancado profundamente, no dejando aquí y allá sino algunos pedazos de la capa vegetal, erizados de arbustos, con franjas de helechos cuyo color verde oscuro da, por contraste, un destellar más vivo a los cristales.

Quizá la amargura de la decepción tuvo que ver con las discordias que ocasionaron la muerte de Ursúa, asesinado por uno de sus compañeros. Incluso hoy el nombre del traidor sirve para designar el último desfiladero del Huallaga, el pongo o salto de Aguirre.

Acrecentado por el río Mayo, el río enrumba por los cuatro rápidos de Estero, Chumia, Vaquero y Río Blanco, tan próximos que no forman en realidad sino uno solo, pero uno de los más peligrosos. En estas gargantas,

cuya abertura no es, en ciertos lugares, sino de veinte metros, se precipita una masa de agua de un volumen igual al del Rin en el puente de Colonia. Se lanza a una velocidad de ocho a diez millas por hora, por una serie de planos inclinados. Al pie de estas esclusas naturales un remolino de inaudita violencia retuvo la balsa prisionera durante cuarenta mortales minutos, ora empujándola contra la roca, ora atrayéndola a un torbellino donde ella giraba como un trompo, hundiéndose a veces a un pie bajo el agua. Una terrible tempestad que estalló en ese mismo momento hizo nuestra posición más crítica. Tirados en todos los sentidos, cegados por el chaparrón, descendíamos a voluntad de la corriente, y yo esperaba, a cada instante, el choque supremo.

La balsa había sufrido de tal modo que fue necesario, al salir del pongo, tocar tierra lo más pronto, y proceder a desmontarla y rearmarla pieza por pieza. Ello nos obligó a permanecer un día entero en la playa de Chasuta, única aglomeración que merecía el nombre de pueblo entre Juanjuí y Yurimaguas. La población, de más o menos quinientas almas, se compone de mestizos e indios que pertenecen a la antigua tribu de los



El Huallaga en Chasuta

motilones o lamistas. Son trabajadores pacíficos, industriosos y tienen fama de ser los más hábiles navegantes del Huallaga. Su especialidad es el comercio de la cera y la preparación del curare, en lo cual son considerados maestros. El veneno es guardado en tubos de madera que pesan alrededor de una libra. Cada año una flotilla de canoas, procedente de los ríos que vienen a dar al Marañón, desde el Pongo de Manseriche al

Ucayali, trae a Chasuta una clientela de piel cobriza, que trae polvo de oro, plantas medicinales, y recibe a cambio la pasta negruzca destinada a lanzas y flechas.

Los chasutinos se entregan también, no sin éxito, al cultivo y al tejido del algodón, con el cual trafican con los otros villorrios de la región, sobre todo con Tarapoto, pueblo situado a unas doce leguas, en dirección de Moyobamba.

Al seguir esta vía, doce a catorce días de marcha, por senderos en verdad horribles, bastan para llegar a las mesetas de Chachapoyas, desde donde se puede llegar en una semana al valle superior del Marañón, Celendín y Cajamarca. Es por allí que yo debía efectuar la travesía de los Andes, si la insurrección no me hubiera cerrado la ruta.

Recogí en Chasuta algunas informaciones sobre los hechos de guerra sobrevenidos en la Sierra después de mi partida. Los rebeldes, a pesar de una obstinada resistencia, habían enfrentado la derrota, y el prefecto La Torre, a la cabeza de un destacamento mandado de Lima, acababa de reconquistar mediante dura lucha la sede de su circunscripción. Me enteré con placer de que el digno caballero estaba sano y salvo. El curso que habían tomado los acontecimientos, en la época de nuestro encuentro, no me permitía esperar un desenlace tan feliz.

De Chasuta a Yurimaguas la distancia no es sino de sesenta y cinco millas. El único pasaje accidentado es el Pongo de Aguirre, donde el Huallaga corta los últimos contrafuertes de la Cordillera oriental. Las dificultades que ofrece han sido singularmente exageradas por varios viajeros que hablan al respecto de oídas, o no habían tenido ocasión de compararlas con las que presenta el río aguas arriba. A pesar de que la mayoría de los cartógrafos la señalan con caracteres más gruesos que los de los demás rápidos, este es el menos importante de todos. No merece sobre todo, por ninguna razón, el nombre de "Salto" de Aguirre que algunos le dan: allí no hay ningún *salto*, y en ninguna parte la velocidad de la corriente es superior a dos millas por hora. El paso, muy hermoso, no tiene nada de temible; las piraguas mismas se aventuran por allí sin peligro, salvo en el momento de las grandes crecidas.

Más allá del Pongo de Aguirre, el Huallaga, cuya anchura promedio es de 300 metros, está libre de todo obstáculo serio. No hay otros que los árboles caídos aquí y allá. Habría que hacer poco para que el río fuera accesible a las embarcaciones a vapor: chalupas dirigidas con prudencia podrían, desde ahora, navegar por él impunemente.

6 de *octubre*.- A ocho millas aguas abajo del Pongo, hemos desembarcado en la orilla derecha, en la desembocadura del río Chipurana, uno de los numerosos canales naturales que surcan las Pampas del Santo Sacramento.

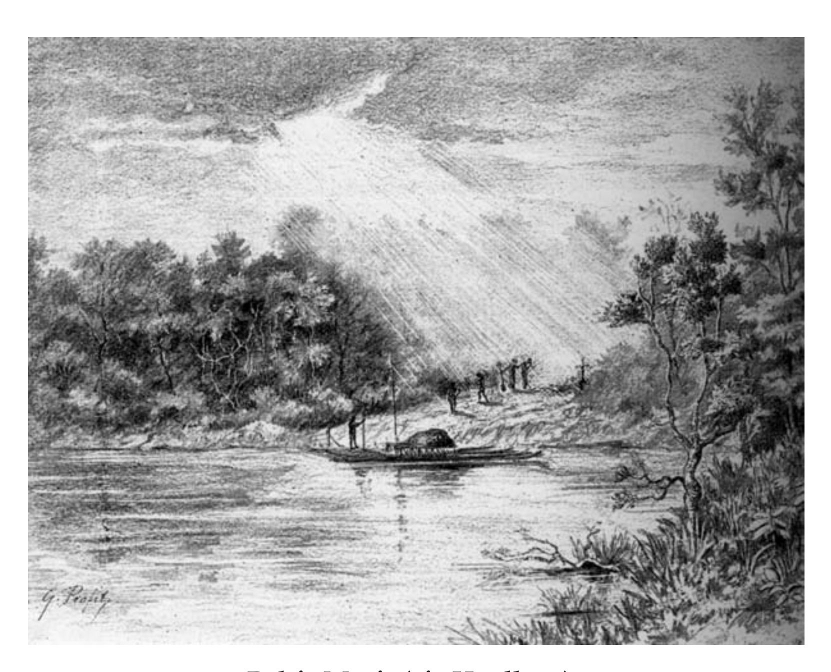
Durante seis meses al año sus aguas se confunden con las de otro pequeño río, el Santa Catalina, que va a dar al Ucayali a unas millas de la antigua misión de Sarayaccu, transformando toda la parte septentrional de estas vastas llanuras en una isla cuya extensión es igual a más o menos el cuarto de Francia, y que, más que otra, merecería el nombre de Isla Encantada. Todos los exploradores que la han visto han hablado de ella con un entusiasmo que se podría creer exagerado, si no fuese la fiel expresión de la realidad. Es difícil encontrar términos suficientes para dar la sensación experimentada ante semejante naturaleza. El hombre más positivo, el alma menos dispuesta a exaltarse, se sentirán impresionados ante su aspecto de una emoción casi religiosa. Humboldt, La Condamine, Castelnau y sus émulos han predicho desde hace mucho tiempo un alto destino para esta región. Es probablemente la más fecunda del globo, con seguridad aquella donde la vegetación de los trópicos adquiere su máxima intensidad. Nada de lo que he visto, ya sea en la India, ya sea en Ceylán o en el archipiélago malayo, sobrepasa en esplendor a esta joya de la Amazonía peruana.

La Pampa dormita aún en el silencio de la floresta primitiva; pero pronto, sin duda, el fuego y el hacha pondrán al desnudo amplios espacios: millares de brazos la desbrozarán. Según toda probabilidad los recién llegados no serán hijos de la vieja Europa, ya que esta, a mi parecer, aún no ha apreciado en su justo valor esta porción del continente unida al océano por la más maravillosa red de ríos que haya bajo el sol, donde el hombre blanco no tiene que conquistar la tierra enfrentando a una raza hostil; Europa dirige sus esfuerzos hacia países menos propicios para las empresas coloniales y cuya seducción reside, en gran parte, en el misterio que los cubre. El continente negro, que ha hecho ya tantas ilustres víctimas, es la región de moda, presa acechada por las naciones en busca de colonias. ¿Quién sabe si el destino no reservará al yanqui, más avisado, el establecerse en esta tierra a la que las tradiciones históricas, los trabajos realizados desde hace tres siglos, parecen prometer como patrimonio a la raza latina? Hay indicios seguros que permiten afirmar que la especulación norteamericana piensa ya seriamente en apoderarse de este tesoro. Antes de que el siglo termine, quizá ello será un hecho consumado: flotillas de *steamboats*, construidas de acuerdo al modelo de los palacios flotantes del Mississipi y del Hudson, surcarán estas aguas, a las que hoy solo turba el ruido de los remos o el desplome de una ribera minada por la corriente; muelles, *docks*, se elevarán sobre las ruinas de la vegetación gigante, y una ciudad diligente alineará sus edificios en el sitio mismo en que el apacible afluente del Huallaga sale de la pampa inviolada.

En espera de ello, nosotros cavamos una tumba. La india ha muerto esta noche. La hemos encontrado esta mañana bajo su techo de hojas, ya fría, en la actitud de un niño que descansa, con un brazo bajo la cabeza y el otro

extendido a lo largo de la cama, sobre la arena. La actitud del marido fue bastante curiosa, ya que revelaba menos el dolor que la sorpresa; necesitó un buen momento para convencerse de que no había remedio ni sortilegio capaces de reanimar a su compañera. Permaneció largo rato mirando el cadáver, sin que una sola lágrima brillase en sus ojos, sin que un solo músculo de su rostro se estremeciera bajo el imperio de la emoción interior.

El indígena, aunque poco demostrativo, es sin embargo susceptible como cualquier otro a los sentimientos de piedad y de ternura. Este, a pesar de sus esfuerzos por parecer impasible, estaba visiblemente emocionado; pero a su reserva natural se añadía esa especie de aprensión vaga que el indio siente frente a los difuntos, respeto mezclado de temor supersticioso, miedo ante lo desconocido. Se había inclinado ante el cuerpo, sin osar tocarlo, inquieto sin embargo, como asediado por un pensamiento que no osaba expresar. No sé por qué me vino la idea de que pensaba en conservar algún recuerdo de la muerta: esta portaba al cuello, retenida por una hilera de chaquiras, una medalla de cobre cuyo grabado, borrado a medias, representaba a un santo, a menos que fuese a la Virgen. El indio poseía un ornamento del mismo tipo. Sin pensar en preguntarle si yo había adivinado su pensamiento, casi maquinalmente, hice el cambio de las dos medallas; quité a la difunta la suya y la reemplacé por la del marido. Era eso, en efecto, lo que él quería. Cuando le tendí el collar me tomó la mano con aire grave, bajando la cabeza en señal de asentimiento.



Bahía María (río Huallaga)

La fosa ha sido excavada a cien pasos del campamento, al pie de un árbol, por encima del nivel más alto de las aguas. Los hombres han confeccionado, con tallos de caña brava, un largo cesto en el cual se depositó a María. Los vacíos fueron llenados con piedras, y, una vez rellenado el hueco, recubrimos la tierra removida con grandes bloques, a fin de proteger la tumba contra el escarbar de los carnívoros. Se plantó al costado una cruz groseramente tallada, pero lo suficientemente grande para ser fácilmente vista desde una embarcación ya sea bajando o ya sea remontando el río. Después se largaron las amarras, y la balsa, aligerada, reemprendió su ruta. El guacamayo domesticado, que pasaba sus días posado en el hombro de la pasajera, nos ha abandonado, pues en el momento de embarcarnos uno de los hombres quiso agarrarlo, pero el ave se refugió en una rama alta, y no ha sido posible recuperarla. Mientras alcanzábamos, a grandes golpes de remo, el medio de la corriente, la vemos todavía por un instante, inmóvil sobre su rama, como si esperase a su ama.

El Huallaga, después de recibir el río Chipurana, describe una curva muy acentuada, y pronto la confluencia de los dos ríos se aleja, y la entrada de la pequeña bahía donde hemos dejado a la india va a desaparecer. Desaparece. ¡Adiós, María! ¡Duerme en paz en tu ataúd de mimbre, en el fondo de los bosques!

8 de *octubre*.- Dieciséis horas más tarde, gracias al claro de luna que nos ha permitido viajar toda la noche, sobrepasamos la larga isla de Yurimaguas. Un poco más allá, en la orilla izquierda, en la cima de una escarpadura de doscientos pies, se alza el villorrio. Marca el límite de la navegación a vapor, pero no existe, desde luego, ningún servicio regular. Los vapores que vienen de Pará o de Manaos hacen su aparición en épocas indeterminadas, seis u ocho veces al año. A veces también unas chalupas pertenecientes a los establecimientos del Marañón, Parinari, San Lorenzo, o a los del Ucayali, vienen a anclar al pie del farallón. Pero no había ninguno a la vista, pues el último había partido quince días antes de mi llegada, y no se esperaba otro antes de fines de noviembre.

Continué, pues, mi viaje después de descansar un día, durante el cual el administrador del distrito me colmó de atenciones y me alojó en su casa, insistiendo en que me instalase en ella hasta la venida del próximo vapor. Este funcionario, un blanco, de maneras distinguidas, más instruido que muchos de sus colegas de las ciudades de la costa, tiene el rango de subprefecto. Su autoridad se extiende sobre un territorio inmenso, todos los villorrios o factorías de la región, del Pongo de Aguirre al Marañón, están sometidos a su jurisdicción. Se desempeña igualmente como agente postal, y expide, por intermedio de indios de fidelidad puesta a prueba, la poca correspondencia que los vapores traen de las estaciones peruanas del Alto

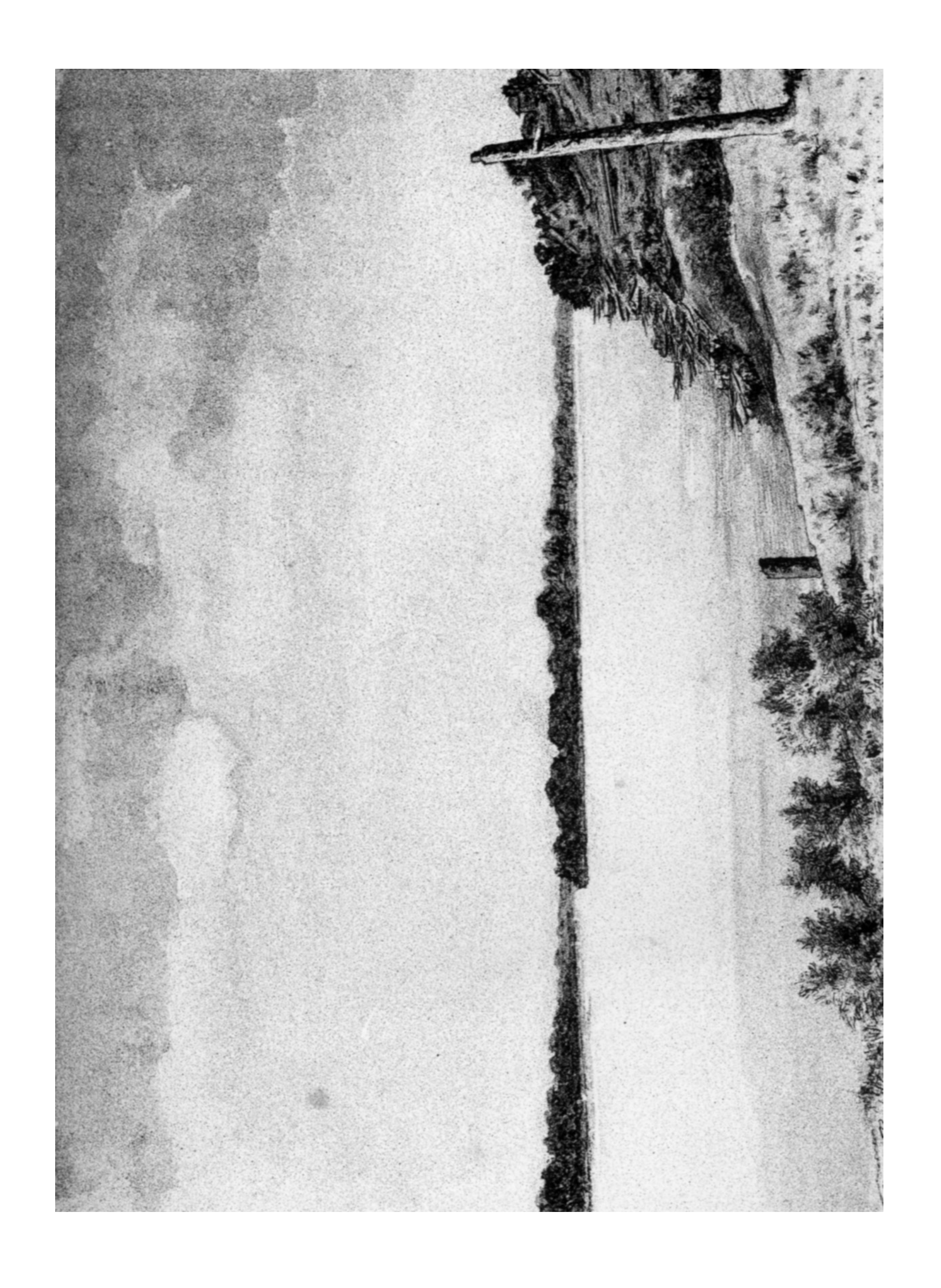
Amazonas, Loreto, Iquitos, Nauta, con destino de los pueblos de la Sierra y del litoral. Acumula estas atribuciones más honoríficas que lucrativas con las preocupaciones del negocio. Su casa, una sólida construcción de ladrillo, que contrasta felizmente con la simplicidad de las viviendas vecinas, es un almacén donde se acumulan los productos de la Montaña, así como las mercancías importadas de Europa, armas de fuego, pólvora y telas de algodón.

Yurimaguas, por su posición geográfica que domina a la vez las llanuras del Santo Sacramento, el curso inferior del Huallaga y la región montañosa que se extiende hasta las mesetas, constituye uno de los puestos más importantes del Perú oriental. Por desgracia estas ventajas se ven casi anuladas por la dificultad de las comunicaciones. Ningún sendero la une con la Sierra, y el puesto no es accesible más que por agua. Las piraguas pueden, a su elección, remontar ya sea el Huallaga hasta Chasuta, desde donde un sendero aceptable lleva a Moyobamba, ya sea uno de sus tributarios, el Paranapura, que desemboca a quinientos metros aguas abajo del pueblo. Por esta última vía se alcanzaría en tres o cuatro días el caserío de Balsapuerto, punto de partida de una senda extremadamente abrupta, y, en cierto pasajes, bastante peligrosa para que sea imposible arriesgar por ella a un animal de carga.

Se han intentado loables esfuerzos a fin de remediar este estado de cosas. Intrépidos pioneros, en el primer rango de los cuales hay que citar a un prelado, el obispo de la provincia de Amazonas, Monseñor Ruiz, han multiplicado con este fin las exploraciones y arriesgado muchas veces sus vidas. Las tentativas no han podido culminar, por falta de capitales suficientes. Las revoluciones, la guerra exterior, han impedido hasta ahora a los hombres de Estado peruanos volver sus miradas hacia ese oriente que esconde la verdadera mina inagotable donde el país puede recuperar al céntuplo sus tesoros malgastados.

La vista, desde lo alto del acantilado, es de una grandiosidad incomparable. El Huallaga, de una anchura de medio kilómetro, desciende, como metal derretido, en medio de la floresta infinita. La impresión que se siente tiene algo de vértigo, si se tiene en cuenta que navíos de alta mar podrían flotar sobre este manto de agua, de una profundidad de doce brazas. Sin embargo estamos todavía a 90 millas de su confluencia con el Marañón, y a 4 400 kilómetros del Atlántico. Uno se dará cuenta del declive casi insensible de la cuenca del Amazonas si se coteja esta última cifra con la cota de altitud, que es solamente de ciento treinta y siete metros por encima del nivel del mar.

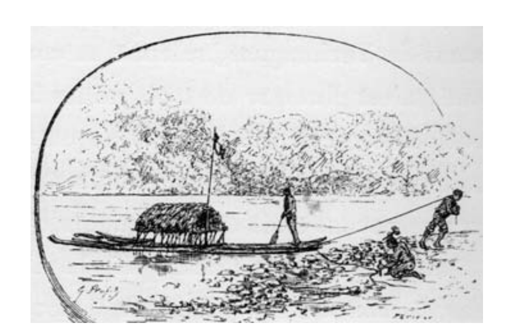
El río, aguas abajo de Yurimaguas, hace más lento su curso. Su corriente, no hace mucho tan desordenada, no es más que de tres millas por hora. El lecho se angosta: la distancia de las orillas varía de trescientos a



El Huallaga en Yurimaguas

cuatrocientos metros; la sonda, en cambio, da fondos de treinta metros. En un recorrido de cuarenta leguas vemos tres establecimientos de apariencia bastante pobre: Santa María, Santa Cruz, Santa Lucía, luego el villorrio de La Laguna, habitado por indios cocamas. La población que nos rodea, durante nuestra corta escala, no está compuesta más que de viejos, de mujeres y de niños. Todos los hombres hábiles están ocupados lejos en la recolección de caucho. Sin embargo el tipo, a juzgar solo por las miserables muestras a las que paso revista, me ha parecido notable. La talla es elevada, bastante proporcionada, la frente alta y ancha, los pómulos salientes, los ojos negros, muy grandes y muy dulces; la cabellera, espesa, un poco tosca, cae sobre los hombros. El aspecto general no deja de presentar alguna analogía con las más hermosas razas rojas de América septentrional.

En fin el 7 por la mañana, he aquí que en el horizonte se dibuja un reguero rojizo, cruzando el agua gris. Está allí el Marañón, el humilde torrente de montaña que yo atravesé hará ya tres meses, por el vado de Chorobamba! Mientras que remábamos con fuerza hacia la orilla izquierda para alcanzar la factoría de San Lorenzo, una emoción indefinible, no sé qué languidez se apoderó de mí. Una ola de sangre me sube al rostro; me parece que mi pulso late más rápido y que, Dios me perdone, una lágrima corre por mi mejilla. Ahora la corriente, de una anchura de una media legua, corre en línea recta hacia el este. Se apresura, el río colosal, hacia el Brasil, el Pará, ¡hacia el océano cuyas olas baten las playas de la patria lejana!



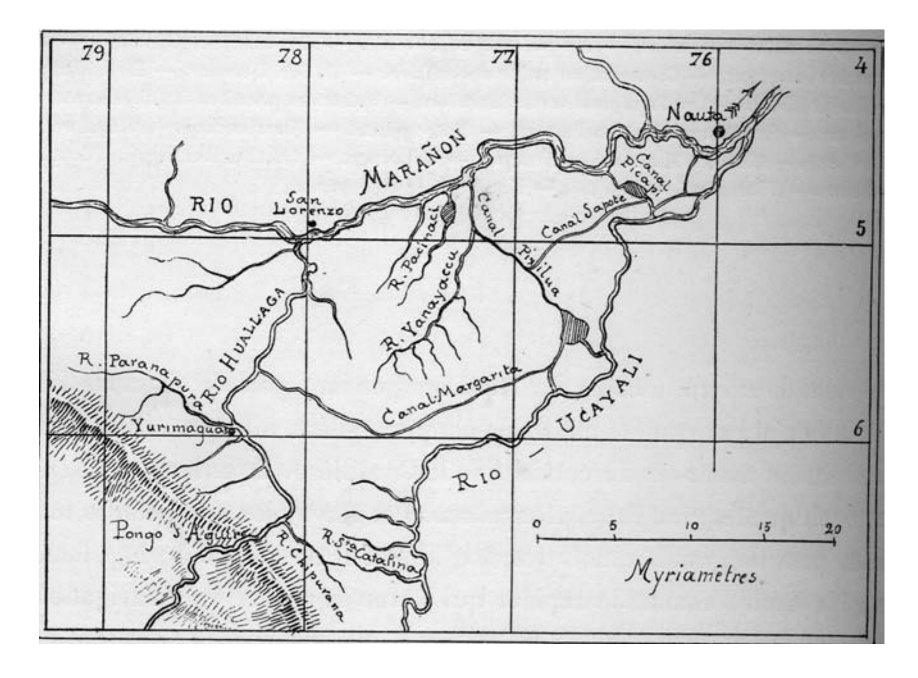
CAPÍTULO II

I. Pampas del Sacramento.- El presente y el porvenir.- El blanco y el indio.- Un comercio azaroso.- Cómo se lleva a cabo un negocio.- II. San Lorenzo.- En chalupa.- La isla del Cedro.- Los españoles en el Marañón.- Ruina de los primeros establecimientos.- Sepultura.- San Antonio.- El Pastaza.- Nuestro piloto.- Un abordaje.- Canal y lago de Rinachuna.- Entre los muratos.- Ataque.- Naufragio.- III. Del Huallaga al Ucayali.- Nauta.- El Amazonas.- Iquitos.- Una capital en la cuna.

I

Acabo de seguir el curso del Huallaga a lo largo de casi seiscientos kilómetros. He contado no menos de cincuenta y dos afluentes, dieciséis en la ribera derecha, y treinta y seis que descienden de la Cordillera. Entre ellos varios, tales como los ríos Valle, Huayabamba y Mayo, son practicables todo el año para las canoas grandes en una distancia de quince a veinte leguas. A pesar de la doble cadena de rápidos que cierra el río a la navegación a vapor, arriba del 6º de latitud sur, su importancia no puede ser discutida. La extraordinaria fertilidad de la región que riega, la elevación de las tierras, casi en todas partes al abrigo de las inundaciones, la facilidad de vincular un día una con otra las secciones navegables por medio de caminos a lo largo de las riberas, le aseguran un magnífico porvenir.

En fin, el río forma el límite occidental de las Pampas del Santo Sacramento bañadas al norte por el Marañón, al este por el Ucayali, y surcadas por canales naturales que comunican a estos diversos ríos. Nada tan extraño como esas aguas muertas veladas por una sombra eterna. Yo iba a tener, un mes más tarde ocasión de hacer por ellas una excursión de un día, por el canal Parinari, que desemboca cerca de la factoría del mismo nombre, a ciento treinta millas de San Lorenzo. Su mayor anchura no sobrepasa los veinte metros, y cuando la embarcación se internó por él, el brusco paso de la claridad a la penumbra fue impresionante. Aún



Pampas del Santo Sacramento (parte septentrional)

deslumbrados por la reverberación solar en la superficie del río, apenas si distinguíamos los contornos de los objetos, los troncos de los grandes árboles inclinados cuyas ramas se unían a veinte metros por encima de nuestras cabezas, no dejando penetrar sino un resplandor glauco. Uno se representa así de buen grado un paisaje submarino, un entrelazamiento de algas y de corales entrevisto a la media luz tamizada por las olas. Poco a poco nuestros ojos se habituaron a este crepúsculo, y pudimos ver no diré las riberas sino sus contornos, desdibujados por el musgo, las plantas sarmentosas, los helechos enredados como los hilos de una madeja de mil colores. Ningún otro ruido que la zambullida de un caimán, el crujido de una rama podrida que no encuentra ningún eco; ni un soplo de brisa, por lo que las hierbas y el follaje tienen la rigidez del metal. A veces, en el punto

de encuentro con el otro canal, se redondea un pequeño lago en cuyo centro un rayo de luz, que cae de la cúpula desunida del ramaje, pone una llama. La reina de las ninfeáceas, la *Victoria Regia*, despliega allí sus hojas de veinte pies de circunferencia, y hace emerger su enorme flor, pero tan frágil que nace con el día, y se marchita y cae al fondo del agua al sobrevenir la noche.

¡Y qué arboledas! Caobas, jacarandás, palisandros, maderas de rosa, una infinita variedad de esencias indestructibles. He visto troncos completamente despojados de su corteza, caídos quizá desde hace siglos sobre el barro, y sobre los cuales el hierro del hacha se desgastaba sin producir ni un corte. El día en que un ejército de pioneros emprenda la tarea de despejar el suelo, el valor de los árboles abatidos y cortados devolvería al céntuplo los gastos del desbroce. Su exportación sería fácil, ya que el río está allí, y las balsas pueden descender hasta Pará en un solo bloque.

Por ello no hay que asombrarse de que esta región, única en el mundo, haya atraído la atención de los especuladores. Incluso se ha constituido una poderosa empresa en los Estados Unidos para obtener del gobierno peruano la cesión de este vasto territorio. Las negociaciones comenzadas a este respecto han continuado sin pausa, sobre todo después de los desastres causados por la Guerra del Pacífico. Las ventajas pecuniarias ofrecidas por los americanos eran considerables; ellos aportarían al país, se insinuaba, el medio de compensar, y aún más, la pérdida de las provincias confiscadas por el vencedor, y de reconstituir sus finanzas. Por otra parte las concesiones solicitadas equivalían a un abandono puro y simple de soberanía: monopolio de la navegación en los ríos y canales; facultad de mantener una fuerza armada, supuestamente para proteger la colonia contra los indígenas. Se trataba de hecho de una anexión, de la implantación de la influencia norteamericana en el corazón de América Latina.

El Perú, a pesar de las dificultades del momento, no podía consentir en tal abdicación. Quienquiera que hayan sido los hombres a los que los azares de las revoluciones confiaron su destino, han comprendido que la explotación fructífera y la colonización de la región trasandina podían conseguirse en mejores condiciones. El asunto, pues, no se ha concretado, y a pesar de que sus promotores no han renunciado a sus esperanzas, todo permite suponer que no están cerca de llegar a una conclusión.

Vale que, sin embargo, nos detengamos en la tentativa, pues indica claramente la vía a seguir para asegurar la puesta en valor de estas regiones que —no es de ningún modo inútil repetirlo— no reservarían sino tribulaciones y decepciones al colono aislado. Si bien la iniciativa individual puede y debe tener éxito en las regiones templadas, en las mesetas de la Sierra, en el sur del Brasil, en La Plata, en Chile, no sucede lo mismo en los bosques tropicales, donde los obstáculos surgen de la riqueza misma

del suelo y de su muy abundante vegetación. Uno se convencerá pronto de ello con tal de que no se limite a contemplar de lejos, desde el puente de un vapor, estas seductoras soledades. Hay que tocarla, penetrar en ellas, enfrentarlas durante días y semanas, hasta sentir que las fuerzas disminuyen y la voluntad se debilita, para comprender la cruel decepción de un inmigrante europeo que, reducido a sus solos recursos, emprendería la tarea de desbrozar la más pequeña parcela de su nueva propiedad. Una dura y pronta experiencia le revelaría la insignificancia de esta propiedad que basta con ocupar para asumir la inanidad de las estadísticas y de las cifras; aprendería que uno se arriesga, por extraño que ello parezca, a morir de hambre en esta tierra, de la cual sin embargo una hectárea, plantada de caña, puede producir, por la sola exportación del alcohol, un rendimiento anual de dos mil quinientos a tres mil francos.

Pero si es pueril admitir, sobre la base de tentativas fracasadas, que estas soberbias llanuras serán siempre inapropiadas para las empresas agrícolas, conviene también reconocer que los medios de acción empleados hasta ahora han sido insuficientes.

¿Qué es una factoría amazónica? Al borde del río, sobre una arpende de terreno desbrozado a la diabla, se alzan algunos hangares en medio de las raíces y tocones carbonizados. Allí se almacenan las plantas medicinales, el marfil vegetal, el caucho, traídos por las piraguas indígenas.

Si no se consideran más que los precios de fábrica de los artículos importados de Europa y de los Estados Unidos, como armas de desecho, pólvora, cuchillería, tejidos de color, y el valor comercial de los productos indígenas, se olvida demasiado a menudo, ante la aparente enormidad de la ganancia, cuán aleatorias son de hecho las transacciones. Veamos, por ejemplo, lo que sucede con la zarzaparrilla. Esta raíz se paga al indígena a razón de cuatro varas (3,55 m) de tejidos de algodón por cien libras. El valor promedio de esas cuatro varas es de veinticinco centavos o un shillling en los mercados de Liverpool y Nueva York, o a lo más sesenta centavos, o sea una piastra, entregados a la factoría. En cambio esas cien libras de zarzaparrilla valdrán, en Manaos o en Pará, de veinte a veinticinco piastras, y más del doble en Inglaterra.

La operación presenta, sin embargo, sus riesgos. Se comprenderá, si se reflexiona, que el mecanismo de los intercambios no es el mismo con el indio del Amazonas que con el negro de la costa del África. El indio se hace pagar casi siempre por adelantado: viene a la estancia con las manos vacías, y se va con sus compras, que representan el pago de una entrega futura; no reaparecerá con el cargamento prometido sino al cabo de tres o cuatro meses, si no más, a menos, no obstante, que no se le ocurra entregarlo a cualquier otro establecimiento ribereño con el solo fin de recibir dos veces el precio de su esfuerzo.

La manera de proceder es de las más simples. Una canoa india pesadamente cargada desciende por el río. Se le llama a gritos, y si no está al alcance de la voz, se iza en la punta de un palo un trapo blanco. La señal produce siempre su efecto, y la embarcación acodera. Se habla. El señor de la casa pregunta a los barqueros, al tiempo que les invita algunas copas de aguardiente, quiénes son, de dónde vienen, adónde van, qué es lo que llevan. El alcohol les suelta la lengua y declaran sin vacilar cuál es su tribu, su villorrio, el sitio adonde conducen un cargamento de caucho. El lugar se encuentra por lo general a una distancia considerable.

– ¿Por qué ir tan lejos? —se les dice—. Mejor es que ustedes lo dejen aquí y vuelvan a casa un mes antes.

– Sí… Pero es que ya está vendido.

– ¡Qué importa!

– Y pagado.

– Una razón más. ¿Te quejarás si se te paga dos veces?

El indio no responde. Es evidente que el razonamiento lo seduce. El tentador insiste:

– ¡Vamos!… Tratemos juntos, y yo no te ofreceré, como sin duda han hecho allá, un mal aguardiente, cuchillos que no cortan, espejos rajados, pólvora echada a perder, sino hermosos y relucientes soles.

Dicho eso, aquel va a traer un saco de escudos de toda procedencia y de todos los milésimos, cuyo contenido derrama en una canasto, luego de lo cual pasa el metal ante la nariz de los indígenas, los cuales, al punto, ya no dudan más. Se descarga la piragua, el caucho se apila en el depósito, y se sella la transacción con una nueva distribución de *borracha*. Cuando nuestras gentes comienzan a sentir la cabeza un poco pesada, es entonces, solo entonces, que piensan en la partida. Es entonces que el blanco triunfa.

– ¿Es que ustedes van a volver —les dice— así nomás, con las manos vacías? ¿Qué dirán sus mujeres? ¡Miren! Tengo allí lindos collares, anillos, telas como nadie les podrá vender. ¿Qué digo? Yo se los doy, porque ustedes son buenas gentes y quiero que se comprometan a volver. Los doy… por la mitad de lo que valen. Escojan ustedes.

Y el blanco les enumera los precios.

El indio ya no escucha. Está absorto en la contemplación de las maravillas desplegadas ante sus ojos; las toca y les da vuelta, las manosea una a una, despliega los pañuelos, las cretonas impresas, juega con la batería de los viejos mosquetes a piedra, y acaba por convencerse de buena fe que necesita una multitud de cosas, y que jamás, lo que se llama jamás, encontrará una ocasión parecida. De compra en compra, las bellas piastras vuelven rápidamente a la bolsa del comerciante, y el indio se va, ladrón

robado, pero encantado de la ganga, mientras que, a cien leguas de allí, el destinatario espera vanamente el cargamento prometido.

Me he preguntado a menudo, entre paréntesis, lo que el indígena podía hacer con las baratijas recibidas en pago. Casi nunca se le ve portar esa quincallería, esos tejidos coloreados, ya que hombres y mujeres prefieren las telas de algodón blancas o azules, uniformes, puestas a prueba por un largo uso. La verdad es que hay en él la madera de un coleccionista: pañuelos, echarpes, espejos, son a sus ojos otros tantos objetos de arte. Los guarda preciosamente en un cofre de madera dura, y no los exhibe sino en los grandes días de fiesta o para deslumbrar a un huésped. Entonces su alegría es sin mezcla. Jamás un advenedizo que hace a un visitante de marca los honores de su galería ha mostrado en los labios y en la mirada una más desopilante expresión de vanidad satisfecha.

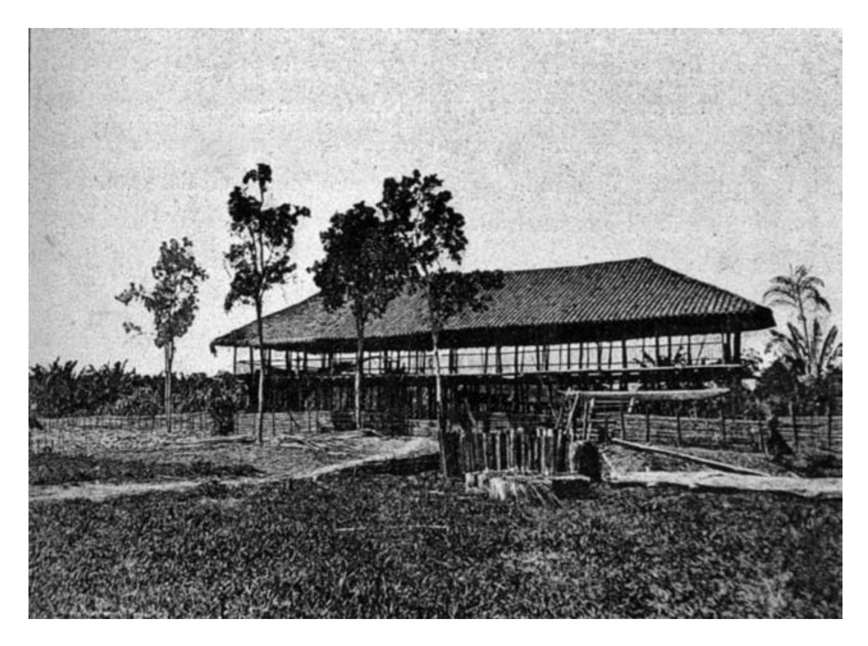
No es menos cierto que cuando se tiene al frente a una clientela que profesa, en materia de compromisos, ideas tan amplias, los beneficios son muy problemáticos. El solo hecho de evaluar las mercancías europeas a 200 por ciento por encima de sus precios en los mercados de Manaos y de Pará no basta para asegurar al final del año un buen superávit.

No hay necesidad de decir que estas prácticas de ciertos blancos constituyen para el hombre de los bosques una singular moral en acción. Por lo demás, el traficante de las factorías no tiene nada de un apóstol. Es por lo general un buen tipo, hospitalario con el viajero, deseoso de procurarle hombres y víveres, sobre todo si no sospecha en él a un probable competidor.

Únicamente absorbida por estas azarosas transacciones, la raza blanca no ha dado aquí todavía cuanto puede dar. No se asegura los servicios del indígena sino suscitando en él necesidades superfluas; le trasmite de la civilización no el barniz sino las verrugas. El europeo no hace sino pasar, se enriquece y parte. Parte dejando detrás suyo la tierra baldía, al indio ardiendo en alcohol. El país merecía algo mejor, ya que posee, en un grado mayor que otras regiones intertropicales, lo necesario para convertirse en una colonia no solamente de explotación, sino también de poblamiento. El pionero puede ser también un colono, fundirse la raza blanca con la indígena, surgir una nueva colectividad capaz de utilizar *in situ* los recursos naturales acumulados por los siglos. Ello no será obra de un día; varias generaciones tomarán parte en la tarea. Los blancos ganarán más así que perpetuando los errores del pasado al saquear al azar; traerán a estas soledades el artículo más raro y más ventajoso: el consumidor. Vendrá un día en que, por los esfuerzos de la asociación y del capital, bajo el impulso de poderosas compañías que dispongan de millares de brazos, esta tierra desbrozada y poblada entregará al hombre más riquezas que las que pudo esconder El Dorado de la leyenda, cuyo decepcionante espejismo encendía la codicia del conquistador español.

II

La casa de San Lorenzo se distingue de los establecimientos similares por su techumbre, en la cual se han reemplazado las palmas por tejas, que ponen en el paisaje una nota civilizada. La disposición interior no es menos original. A la inversa de las demás construcciones de la Amazonía, el hangar principal se halla a un piso más alto. La planta baja sirve de tienda; arriba se ha reunido en una misma pieza las hamacas, la cocina, el molino de caña. El motor es un buey traído a gran costo de Pará en un vapor, y que habita igualmente en el piso alto, adonde fue subido con ayuda de una polea. No se le baja nunca, por el temor de que sea devorado por las fieras o por los caimanes que pululan en el río y en las orillas, si bien, a mi conocimiento, estos no atacan al ganado. Me acuerdo haber visto en Ecuador, en las riberas del río Guayas, rebaños que pacían en libertad e iban a abrevar sin ser inquietados por los saurios acostados al sol, en el lodo.



San Lorenzo

He sido muy bien recibido, por excelentes gentes, originarias de la costa, establecidas aquí desde hace largos años; su industria tiene poco que ver con la explotación de los productos del bosque. La empresa es más bien agrícola.

Amplía día a día el desbroce, donde cultivan la caña para extraer alcohol, que exportan todos los años al Brasil en millares de jarras. Sin

embargo han explorado mucho la región, y charlan de buen grado; privado como he estado de toda sociedad, siento un vivo placer en su compañía.

Tengo que elegir entre varias alternativas: podría esperar hasta la aparición de un vapor que venga del bajo Amazonas; me queda la opción de continuar el descenso en mi balsa, a menos que aproveche la presencia de una canoa a vapor perteneciente al puesto de San Antonio para remontar el Marañón hasta este establecimiento, situado en la margen derecha, a unas ocho millas arriba de la desembocadura del Pastaza, adonde desearía penetrar, aunque solo explorase este afluente poco conocido solo en la parte inferior de su curso.

Entré en tratativas con el propietario de la canoa, un mestizo llamado Juan José, con el fin de fletar la embarcación por un mes. Nos pusimos de acuerdo, no sin algunas vacilaciones de su parte, ya que sería la primera vez, según decía, que una chalupa a vapor se aventuraría por el Pastaza, visitado solamente en piragua por los buscadores de caucho; el río era peligroso, y los parajes estaban infestados por indios trashumantes. Sin embargo, bien pensadas las cosas, valía la pena intentar la expedición y podía tener éxito con un buen piloto. Había precisamente en San Antonio un indio aguaruna, llamado Huangasa, que tenía fama de conocer perfectamente el río y de haberse relacionado amicalmente con las tribus ribereñas. El hombre entraría gustoso a mi servicio. Esta consideración acabó por decidirme. Se convino que una vez el viaje terminado, la chalupa me traería a San Lorenzo, donde yo retomaría mi balsa si, a mi retorno, no se había presentado aún ningún vapor.

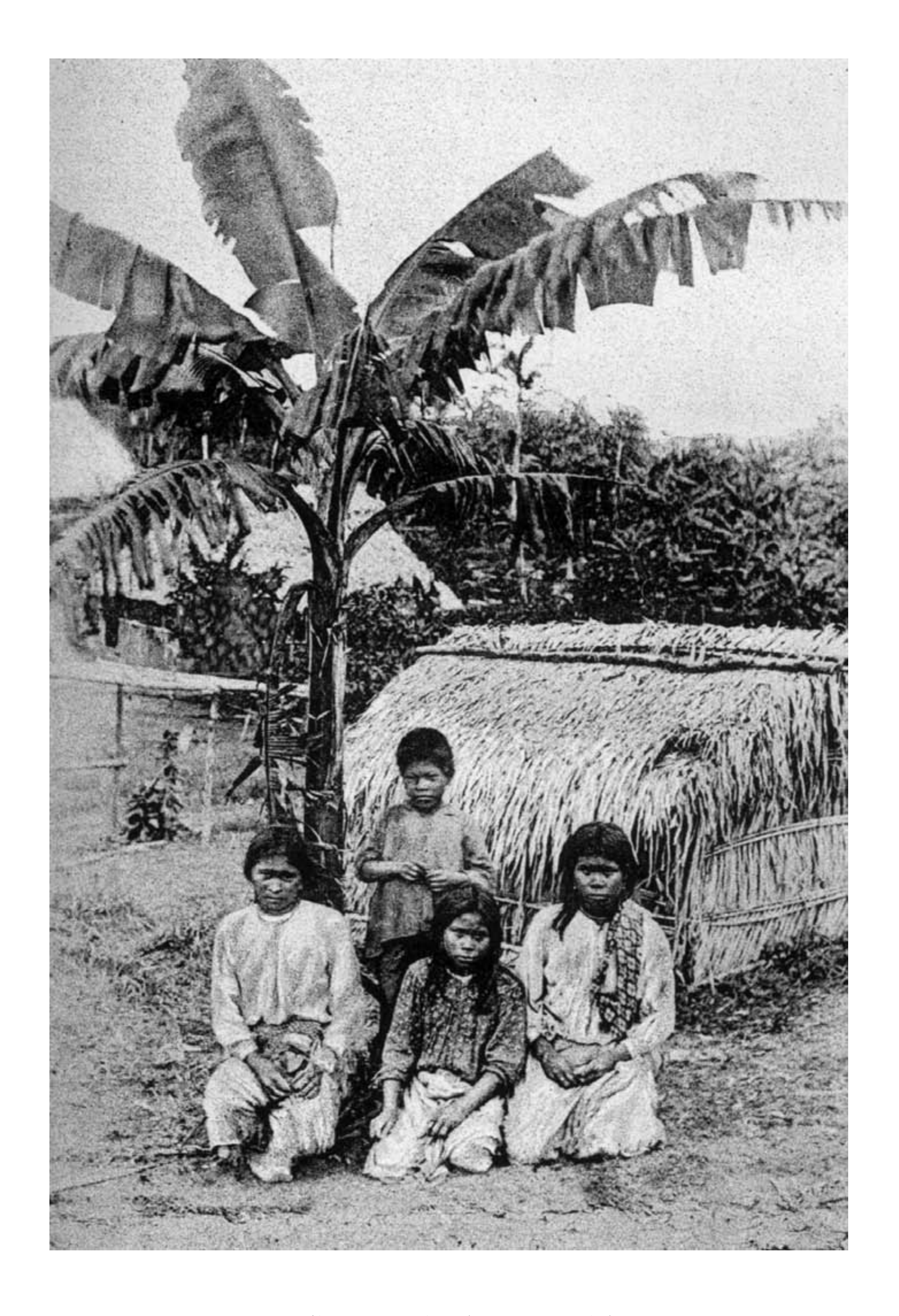
El 15 de octubre, antes del amanecer, la pequeña máquina había alcanzado la presión requerida, y después de salir el sol largamos las amarras. Un cuarto de hora más tarde dejábamos a la izquierda la desembocadura del Huallaga. La acción combinada de las dos corrientes determina, a la altura de la confluencia[1], grandes remolinos. La sonda da fondos de treinta a cuarenta y cinco metros.

La tripulación se componía del mestizo José y de dos indios muratos de San Antonio. Son navegantes consumados, pero su habilidad se manifiesta mejor en la conducción de una piragua que en la de una máquina a vapor, y es prudente estar vigilantes con ellos si se quiere prevenir averías mecánicas. La embarcación tenía ocho metros de largo, con un calado de setenta centímetros; era, pues, de las más manejables. La única complicación consistía en la necesidad de detenerse varias veces por días para renovar el combustible. Sin duda la madera muerta amontonada por las crecidas abunda a lo largo de los ríos, pero hay que cortarla del tamaño adecuado, operación que demanda una considerable pérdida de tiempo.

[1] Posición: 5º 40' lat. S.- 77º 58´ long. O.

A diez millas de la confluencia sobrepasamos la isla del Cedro y algunas casuchas ocupadas por unos cuarenta indios cocamas de Laguna. No permanecen en esa playa sino una parte del año, para dedicarse a la pesca y cazar en la floresta vecina, ricas en animales de caza; vuelven a su aldea al comienzo de la estación lluviosa. Cedro Isla es el único paraje habitado que se encuentra hasta San Antonio, en una distancia de cerca de cien millas. En esta región, comprendida entre el Huallaga y el Pongo de Manseriche, se alzaban otrora varios establecimientos fundados a fines del siglo pasado por los españoles. Ahora es un desierto; las incursiones de huambizas y muratos han saqueado alternativamente los pueblos de Borja, Santa Teresa, Limón, Barranca, Aripari, San Antonio. En 1857 las familias sobrevivientes se reunieron para construir un nuevo puesto en la desembocadura del río Cahuapanas, y le dieron el nombre tristemente profético de Sepultura; la mayoría, en efecto, encontraría allí la muerte. Tres años después, los desdichados eran obligados a retirarse; los asaltantes masacraron a los hombres, se llevaron prisioneras a las mujeres y los niños. Actualmente la población entera, compuesta de mestizos nacidos de la unión entre indios invasores y sus cautivas, no se eleva más que a trescientas almas.

Esa historia es la de todos los puestos avanzados. Estos establecimientos dispersos no solamente tienen que contar con la mala fe de su clientela indígena, sino también con la visita súbita del *indio bravo*, insumiso y saqueador. La agresión, es justo reconocerlo, tiene a veces el carácter de represalia. No hay que haber penetrado nunca en territorio salvaje para ignorar que el aborigen más temible es el que ha estado en contacto con el hombre civilizado, o que pretende serlo. Demasiado a menudo, en efecto, la civilización se le habrá manifestado bajo su aspecto menos atractivo: muchas veces habrá sido engañado, estafado e incluso acorralado como un animal salvaje. Habría mucho que decir con respecto a los procedimientos a menudo poco escrupulosos a los que recurren ciertos dueños o conductores de factorías para aumentar su personal. ¿Quién sabe cuántas veces una chalupa armada ha partido para una expedición sospechosa a través de los meandros de un pequeño río sin nombre? Una humareda lejana revela la presencia de un campamento indio. La canoa se detiene y se espera. Llega la noche, las horas transcurren, y entonces, ahogando sus pasos a favor de los mil ruidos de la floresta, gritos de pájaros, aullidos de monos, que redoblan con la cercanía del alba, unos hombres se deslizan hacia el campamento; he aquí que de pronto resuenan disparos, gritos de espanto, gemidos, el tumulto de un caserío sorprendido por el enemigo. En la pelea, los cazadores de seres humanos se imponen y llevan a bordo cual un niño, cual una niña. Consumado el ataque, la embarcación huye a toda velocidad y se pierde en la noche.



Indias y mestizo (San Antonio).

Las consecuencias de tales actos son fáciles de prever. Si la venganza se equivoca a veces de destinatario, golpeando a inocentes y dejando las más de las veces a los culpables impunes, los ejecutores de esta ciega justicia no carecen de excusa. Dios quiera que yo no reedite aquí la leyenda del indio poético y caballeresco. Además debo declarar que si bien he tenido que ponerme en guardia contra sus malos instintos, a menudo, en cambio, he hallado en él abnegación y devoción. En toda sociedad humana, aunque fuese en estado bárbaro, hay gentes buenas y malas. Es por haber pasado por alto este axioma fundamental, por haberse dejado llevar por la idea de que los hijos de la floresta son otras tantas bestias malhechoras contra las cuales todo es lícito, que unos aventureros han sido los autores indirectos de tantos actos de ferocidad cometidos por el salvaje, del asesinato de comerciantes pacíficos, de la ruina de muchos establecimientos. El indio tiene buena memoria; esperará su hora durante meses y años, y no dudará en hacer pagar a un viajero inofensivo la deuda de sangre contraída por otro.

Yo iba a comprobarlo dentro de poco en el Pastaza, donde fui detenido por una demostración hostil de indios achuelos, que hicieron llover sobre la canoa una granizada de flechas. La alerta no tuvo felizmente consecuencias graves, pero cuando me fue posible entrar en relación amical con los mismos indígenas, tuve la prueba, por ciertos detalles de vestido y de ornamentos, que esta fracción tribal había estado en relaciones seguidas con los blancos a los cuales tal vez ella guardaba rencor por algún vejamen.

San Antonio, situado en la ribera derecha del Marañón, a más o menos siete millas arriba de la desembocadura del Pastaza, ha sido reedificado sobre el emplazamiento del antiguo puesto destruido por los muratos. Tiene a lo más veinticinco casuchas y un centenar de habitantes de ambos sexos, casi todos de razas indias. Allí se centraliza el caucho recogido en el Pastaza, el Morona y el Potro, por estos mismos muratos, que ahora han vuelto a sentimientos más pacíficos. El clima es bastante bueno, el suelo de una extrema fecundidad, el calor temperado por la cercanía de la Cordillera cuyas cimas se levantan hacia el oeste, semejantes a nubes que corren sobre el horizonte de los bosques.

Después de un día de espera, el 17, embarcamos al indio que debe oficiar de piloto. Sus condiciones no tienen nada de exagerado: diez varas de cretona y un fusil, tal fue el salario estipulado. El arma, especialmente considerada como artículo de cambio, era de fabricación belga y de un disparo; me había costado seis piastras (veinticuatro francos) en San Lorenzo. Cada vez que su dueño se disponía a hacer uso de ella, yo me sentía muy incómodo y maldecía las estrechas dimensiones de nuestro esquife. Pero no se produjo ninguna explosión, y, durante las tres semanas que vivimos lado a lado, Huangasa, como jugando, efectuó con esta

lamentable carabina disparos de los cuales el menor habría bastado para asentar la reputación de un tirador. Hábil piloto además; buena gente a pesar de su cara patibularia a la que una antigua cicatriz cortaba con una raya lívida, y de la cimera de plumas de tucán colocado sobre su inculta cabellera. Se había situado adelante con su provisión de coca, su arco, sus flechas, su querido fusil, y, silencioso, apoyado sobre la borda, señalaba con el gesto la dirección a tomar.



Mi piloto

El Pastaza se vierte por tres bocas separadas por bancos de arena y palizadas de árboles muertos. La corriente, empujada por la del Marañón, que llega en ángulo recto, forma una barrera peligrosa; la mayor profundidad no alcanza las cuatro brazas.

Si yo hubiera podido concebir algunas dudas sobre la identidad del río, su solo aspecto las habría disipado. Su color ceniciento, la cantidad de piedra pómez que acarrea, indican que este curso de agua es en efecto el mismo cuyas fuentes yo veía, hace siete meses, en la meseta ecuatoriana, al pie del volcán Tunguragua. La erupción, a juzgar por estas escorias flotantes, no ha perdido nada de su violencia.

A doce millas de la desembocadura hacemos escala para recoger leña, en la isla de Rauna, habitada por unas diez familias que escaparon a la masacre de la población de Santander, villorrio que se hallaba hace pocos años a unas leguas aguas arriba. Toda esta gente se halla ocupada activamente en la fumigación del caucho. La savia, cuando sale por la incisión practicada en el árbol, tiene la blancura de la leche: se la recoge en pequeños vasos de cerámica amarrados al tronco; el contenido de estos recipientes es vertido luego en una gran cuba, a proximidad de una fogata alimentada por hojas de la nuez chancada de una palmera de especie particular llamada *uassu*. Este combustible desprende un humo muy espeso. El operador, armado con una delgada pala de madera revestida de arcilla, hunde su herramienta en el líquido y luego la presenta al humo. Cuando la primera capa se ha coagulado lo suficiente, añade una segunda, y así por el estilo, hasta que la plancha encauchada tenga de diez a quince centímetros de espesor. Después de la cual se la rompe para retirar el molde, y se la expone al sol durante uno o dos días para endurecerla.

Se paga la plancha al indio civilizado a razón de ocho soles (veinticinco a treinta francos) por arroba. Ese valor le es entregado en mercancías, como cotonadas, armas, bebidas alcohólicas. En cuanto al indígena contratado por mes, su salario varía de ocho a diez soles según las localidades.

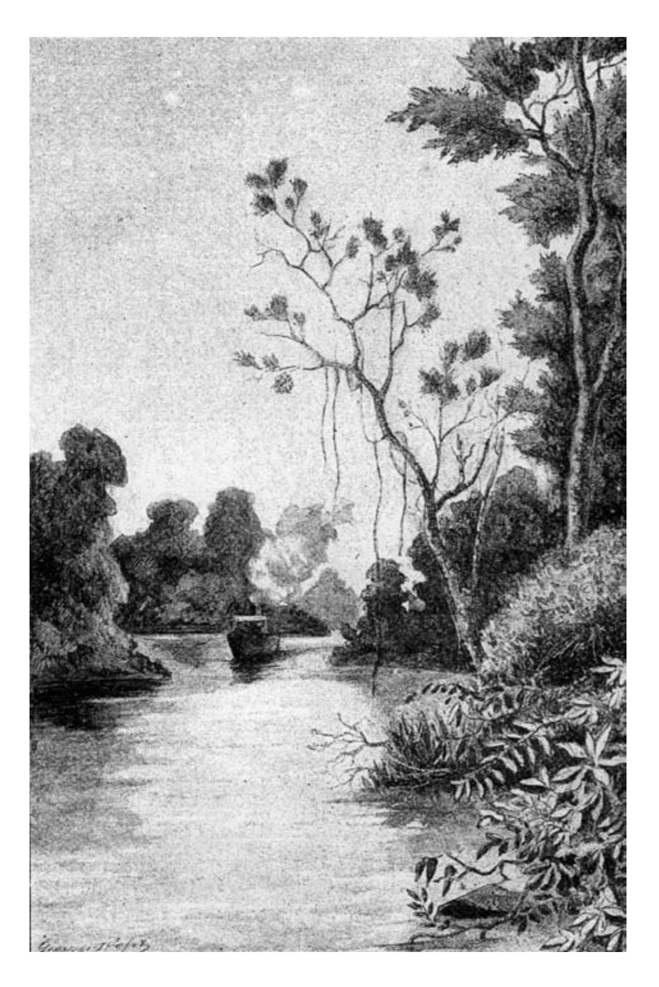
Más allá de Rauna, ni un alma. En la orilla izquierda aparecen vestigios de un desbroce, casuchas desplomadas, armazones destruidas por el fuego, todo cubierto ya a medias por la maleza. Es todo lo que queda del puesto de Santander, destruido por las tribus aliadas de los muratos y huambizas. Luego, de nuevo el desierto, el río bordeado por la floresta impenetrable de donde se alzan millares de pájaros asustados por el ruido de la máquina.

El Pastaza, de una navegación muy difícil a pesar del volumen de sus aguas, parece constituir excepción a la ley general que gobierna a los ríos amazónicos. No hay, por así decir, cauce regular, ningún lecho fijo; se dispersa en una infinidad de corrientes que invaden las riberas llanas. Es una continua inundación, un perpetuo trabajo de excavación y, en el fondo formado por arena fina, una formación de dunas movedizas que se desplazan con la menor crecida. Es indispensable avanzar con extrema prudencia, colocando la sonda a cada minuto, tanto a la ida como a la vuelta; bastan unos días para que cambie por completo la configuración del lecho y que surja un escollo en lugar de una sima.

En fin, a los obstáculos fijos se añaden los flotantes, los numerosos árboles a la deriva, a flor de agua, tanto que la más activa vigilancia no pone al abrigo de una catástrofe, sobre todo en la noche, en el anclaje.

En la noche del 17 al 18, noche muy oscura, uno de esos restos nos chocó de manera tan perjudicial que por un instante creí todo perdido. El árbol nos había chocado adelante; una de sus ramas principales, enredada a través de la amarra, ejercía una tal presión que la chalupa se inclinaba por ese lado, pronta a naufragar. Corté el cable de un hachazo y la embarcación se enderezó, pero para ser arrastrada de inmediato por la corriente. Por suerte no habíamos apagado del todo los fuegos de la caldera, así que no tardamos en obtener la presión requerida. Pero, ¿como regresar a la ribera? Imposible, en la oscuridad aún espesada por una bruma opaca, descubrir un punto favorable para tocar tierra. Todo lo que podíamos hacer era tratar de equilibrar la fuerza de nuestro motor con la de la corriente, y permanecer de algún modo en el mismo punto, en espera del alba. La hora que tardó en llegar nos pareció terriblemente larga. Yo oía cómo los pequeños restos golpeaban contra nuestro casco, pensando que podía producirse otro choque, producir una vía de agua y enviar al fondo del Pastaza al esquife con su tripulación.

A sesenta millas de Rauna penetramos en el primer afluente de la ribera derecha, el río Rimachuna, que sirve de desagüe al lago del mismo nombre, a una distancia de unas veinte millas. Mi intención era avanzar hasta este, uno de los lagos más extensos de la región, y que aún no había sido, según decían mis compañeros, visitado por ningún vapor. Las aguas del Rimachuna, como las de la mayoría de los tributarios del Pastaza, son de una coloración muy oscura, color del té cargado. La corriente es moderada, el cauce practicable, con grandes precauciones, para las chalupas de un calado que no pase de los tres pies. En muchos sitios se halla obstruido por arbustos caídos y troncos de árboles. Incluso en un momento el estrangulamiento fue tal, que no habría sido posible virar, y pensábamos ya en retroceder. Por ello el trayecto, que en aguas libres no habría demandado más de cuatro o cinco horas, nos tomó un día entero.



Canal Rimachuna

El lago Rimachuna puede tener cincuenta kilómetros de largo y doce en su parte más ancha. La poca profundidad varía de dos a seis brazas; las riberas son bajas, muy boscosas. Por la ribera occidental entran tres pequeños ríos que no he visto marcados en ningún mapa: los indios los llaman Silay, Chiripa y Chuindra; aseguran que es posible remontarlos durante tres o cuatro días en piragua, lo cual, por otra parte, no les daría un curso muy largo. Es necesario, en estas evaluaciones, tener en cuenta la extrema lentitud con la cual se avanza como resultado de la congestión del canal. Además, la dirección constante de los afluentes de la derecha del Pastaza no permite atribuirles un curso muy extenso; descienden de las alturas que separan esta cuenca de la del Morona; ahora bien, ambos ríos apenas si están separados por una distancia de veinte leguas, menos de cuarenta millas, a vuelo de pájaro.

El único de estos ríos donde pude entrar, y cuya poca profundidad nos obligó a invertir el camino al cabo de dos millas, es el río Chiripa. Sobre la ribera derecha, a tiro de fusil de la desembocadura, en el centro de un pequeño desbroce, se alzaban algunas casuchas habitadas por muratos. Aparentemente se habían asustado por nuestra aparición, pues el sitio estaba vacío. Sin embargo, las piraguas acoderadas, las prendas que se secaban al sol, tizones aún humeantes, manifestaban que los habitantes no estaban lejos.

Hice detener y descendí a tierra, a pesar de los reparos de mis hombres, que consideraban de mal augurio ese silencio y temían un ataque; pero admitiendo que los indios tuviesen malos designios, el terreno era lo suficientemente descubierto como para que el enemigo pudiese deslizarse hasta nosotros sin ser visto; no obstante, me abstuve de alejarme de la orilla, y solo tenía que dar un salto para alcanzar la chalupa. Me contenté con depositar en tierra, bien a la vista, algunas baratijas, cuchillos, espejitos enmarcados de plomo, madejas de hilo rojo; después puse en las ramas de un arbusto un par de echarpes de indiana cuyos tonos chillones no podían dejar de atraer la atención sobre mis obsequios. Hecho todo ello, regresé junto a mis gentes, y dejamos que la embarcación derivase a lo largo de doscientos o trescientos metros hasta un codo del río; allí permanecimos al amarre casi una hora, a fin de dar a los indios tiempo de retornar a sus viviendas y constatar que no tenían motivo para alarmarse por nuestra visita. Transcurrido ese tiempo, mandé poner en marcha la máquina suavemente, pero aquellos a los que yo quería sorprender estaban al acecho, y mi maniobra no resultó sino a medias; se alejaron, con menos precipitación sin embargo, deteniéndose en el borde del bosque.

Conté dieciséis, de los cuales seis eran mujeres que tenían a sus niños por la mano o sobre sus espaldas. Por lo que pude apreciar a la distancia,

sus rasgos no diferían sensiblemente de los de mis barqueros cocamas; la talla era quizás un poco más alta, la osatura más fuerte. Tenían los cabellos muy largos, reunidos en dos gruesas trenzas; ambos sexos vestían una tanga, especie de delantal muy estrecho de junco trenzado; por debajo de la pantorrilla y encima del codo, una cuerda muy apretada hacía sobresalir los músculos en un rollo de los más ingratos a la vista, curiosa moda entre la mayoría de las tribus independientes para las que constituye la última palabra de la elegancia.

Hice bajar la plancha y subí de nuevo a la ribera, sosteniendo en la mano otros pañuelos de indiana, confiando en que la esperanza de verme reiterar mis pequeños presentes vencería su timidez. Se adelantaron, en efecto, y no estaban más que a veinte pasos de nosotros, cuando juzgué prudente no dejarme rodear de cerca por todo el grupo. Hice un gesto enérgico de negativa, lo cual los detuvo, y al mismo tiempo levanté la mano, doblando todos los dedos salvo el índice, lo cual, en estilo de pantomima, quería decir que prefería reunirme con uno solo. Después de un minuto de consultas, se adelantó el delegado, un mocetón atlético. Su andar no carecía de una cierta nobleza; caminaba a pasos lentos y no tenía otra arma que su *pucuna*, que manejaba descuidadamente como un bastón.

No estaba sino a dos metros de mí cuando de pronto, de la chalupa partió un silbato. ¿Qué había pasado? ¿Había alguien, por descuido, accionado la señal de alarma, o bien esta diversión premeditada revelaba las inquietudes de mi tripulación que, desde el comienzo, mostraba la más viva reticencia a entrar en relación con estos indígenas? No sé, pero el efecto fue instantáneo: el embajador dio un salto hacia atrás y corrió hacia la floresta, adonde lo había precedido sus camaradas, asustados por el chorro de vapor. Ya no reaparecieron, así que al cabo de una hora de espera perdí la paciencia y me decidí a partir de nuevo, muy disgustado por el incidente, sobre el cual, por lo demás, no pude obtener ninguna explicación satisfactoria. Mi convicción es que mis gentes habían cedido al pánico. No es raro constatar en el indio domesticado de las factorías este loco miedo a sus congéneres independientes; estos, sin embargo, a juzgar por la cara que aquellas ponían, no eran muy valientes.

Después de bordear la orilla occidental del lago, llegamos a la entrada de otro canal mucho más ancho que los precedentes; me sentí impresionado por el aspecto de sus aguas, cuyo color ceniciento recordaba mucho las del Pastaza. Pronto me pude convencer que lo que en un principio habíamos tomado por un cuarto afluente no era en realidad más que una derivación del gran río, abierta en una época relativamente reciente, a juzgar por los numerosos troncos de árboles aún enraizados que daban a este paso la apariencia de una floresta sumergida.

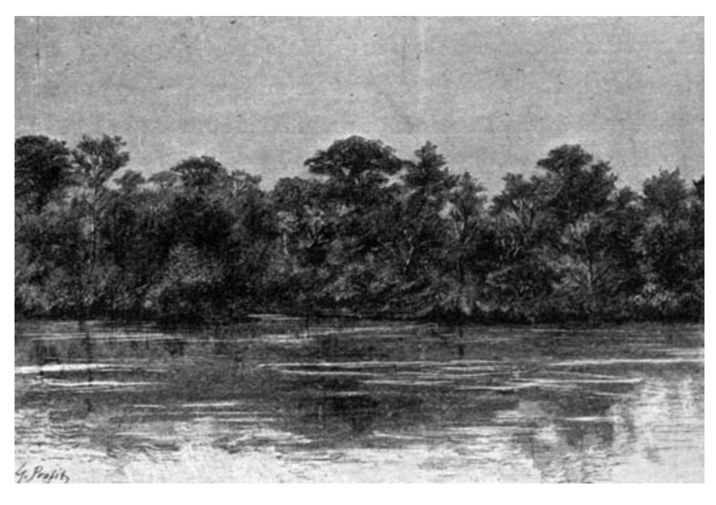
El Pastaza es lo que se llama un río *desplayado*. Sus orillas bajas, a cada instante sumergidas, se erosionan por el frotamiento de las crecidas; se forman poco a poco depresiones, y después, de año en año, el terreno cede, se forma un nuevo canal, ya sea para alcanzar más abajo la rama principal y dar lugar a una isla, ya sea para perderse bajo el bosque en cenagales. Estos mismos, ampliados por las inundaciones sucesivas, confundirán un día sus aguas con las de una laguna o un río vecinos. Se trata, en muy pequeña escala, de lo que se ha producido en el caso del Orinoco y del río Negro, unidos hoy por un canal ininterrumpido, el Casiquiari. Es posible que aquí el cauce, de formación reciente, desaparezca en la época de las aguas bajas o, al menos, se torne impracticable. En fin la corriente, que en el momento de mi paso se derramaba en el lago, podría muy bien, cuando el Pastaza se halla en estiaje, cambiar de dirección y servir de segundo desagüe al Rimachuna. Es lo que no me ha sido posible verificar.

El 24, habíamos vuelto al Pastaza y tocamos tierra para embarcar leña, frente a una aldea de indios uchucas. Fue mala idea: las relaciones, iniciadas en el tono más amical, gracias a nuestro piloto que hablaba corrientemente su idioma, se hicieron, en el momento de la partida, bastante tensas. Unos diez de ellos se habían ofrecido para cargar el combustible. Cuando se trató de pagarles, entregué a cada uno el precio estipulado, estos es un paquete de agujas gruesas, un ovillo de hilo y un cuchillo, a lo cual agregué incluso algunos adornos de vidrio para sus mujeres, de lo cual parecieron encantados. Uno solo se puso a reclamar, pidiendo que le regalase… mi fusil. La pretensión era tan exorbitante, que al principio creí que bromeaba, pero él insistió. Yo había bajado a tierra mientras se procedía al cargamento, y ahora el indio, parado sobre la plancha, me impedía el paso. Le hice señales para que se apartara, pero no se movió; mis hombres, por su parte, se lo exigieron, sin mayor éxito. La situación no podía prolongarse sin peligro; al ruido del altercado, la población, compuesta por unos sesenta individuos de ambos sexos, se había agrupado en la orilla, y de curiosa podía convertirse de un momento a otro en agresiva. Mi tripulación parecía inquieta; había que poner fin al incidente. Puse un pie sobre la plancha y avancé hacia el indio con aire indiferente, y al ver que persistía en no moverse, estiré el brazo, sin poner en el movimiento la menor amenaza, pero solamente para hacerlo retroceder hasta la chalupa. En el mismo instante el pícaro blandió un grueso leño que tenía en una mano: quizá él tampoco quería golpear, pero el gesto podía ser interpretado como una señal por la banda que se hallaba detrás de mí, y provocar el enfrentamiento. Cogí mi revólver e hice fuego; el hombre, alcanzado la parte más débil del hombro, cayó al agua, mientras que yo me lanzaba a bordo para partir de inmediato. El herido, inmediatamente socorrido por los suyos, había sido alzado a una piragua, y pude verlo, un minuto más tarde, dirigirse a su casucha

con paso firme. La herida era por cierto poco grave: no habría dependido sino de mí romperle la cabeza, pero la lección bastaba. Por lo demás, no se profirió ninguna imprecación; los indios se contentaron con proceder sin comentarios al salvataje de su camarada, cuya errada conducta no era sino demasiado manifiesta.

La aventura, sin embargo, ensombreció para mí esta jornada. Era la primera vez, en el curso de este largo viaje, que usaba mis armas contra un ser humano. Por cierto que había tenido razón para actuar así y no experimentaba ningún remordimiento: toda vacilación de mi parte habría puesto en peligro no solamente mi vida, sino la de mis compañeros. No por ello dejé de sentirme, durante las horas siguientes, de muy mal humor. Hoy mismo no evoco este recuerdo sin tristeza. ¡Feliz aquel que en una expedición de este tipo no deja atrás ni una lamentación, ni una mancha de sangre!

Del 24 al 29 no he podido recorrer más de un centenar de millas. Hemos tomado nota de seis afluentes, todos procedentes del oeste: la orilla oriental no es rota más que por algunos *furos,* sin desagüe aparente. Son los siguientes: 1º Uitayaccu; 2º Chimara, que según mis indios se comunica con un lago alimentado por los dos pequeños ríos Carunta y Paloma, impracticables para las canoas; 3º Yanayaccu; 4º Manchari; 5º Chungachi; 6º Huagaza. Estos dos últimos no son navegables, los cuatro restantes, si presto crédito a mis hombres, pueden ser remontados en piragua, no sin dificultad, durante diez e incluso quince días. Estos informes, lo repito, están sujetos a caución, y apenas si permiten calcular, aunque solo fuese de manera aproximativa, la distancia recorrida, variando esta de una jornada a otra de diez o quince millas a un cuarto de legua, según que el canal se encuentre más o menos congestionado.



Riberas del Pastaza

Estos parajes, sobre todo las cercanías de los ríos Manchari y Chungachi, están habitados por los achuelos, los únicos que, entre los indígenas de la región, no trabajan en la extracción del caucho. Su presencia nos fue revelada por una andanada de menudas flechas de cerbatana lanzadas contra nuestra embarcación. Estábamos solo a unos diez metros de la orilla, oculta por una impenetrable cortina de verdor. La demostración no causó, por suerte, ninguna víctima: uno solo de mis compañeros había sido alcanzado en la pierna; la herida, de inmediato cauterizada, era insignificante, y no se infectó.

Habíamos alcanzado, mientras tanto, el medio de la corriente. Pronto se mostró una larga canoa, deslizándose bajo las ramas colgantes, y remando con fuerza para alcanzar la entr ada de una caleta. Me dirigí hacia ella: en la piragua había ocho individuos que parecieron presa de espanto al ver que nuestra chalupa enrumbaba hacia ellos. Suponiendo que queríamos hundirlos, se pusieron de pie, prontos a lanzarse al agua. Pero en el momento de abordarlos hice dar un fuerte golpe de timón y las dos embarcaciones se encontraron casi borda contra borda. Uno de mis indios había tomado mi fusil, y me costó bastante trabajo impedirle disparar. Reuniendo un puñado de flechitas de las que había un montón en nuestro puente, las envolví en un echarpe de indiana rojo y amarillo, y lo lancé a la canoa enemiga con un vago gesto que significaba: "Ustedes me han enviado esto, pero yo los devuelvo eso". ¿La lección fue comprendida? Lo ignoro, pero con el fin de darle más peso hice por encima de la borda un nuevo envío compuesto por un collar de cuentas de vidrio y un cuchillo. Pronto se establecieron relaciones cordiales, hasta el punto que estos barqueros hacía un momento tan agresivos pidieron permiso, a su vez, para venir a visitar uno por uno el milagroso barco que avanzaba sin la ayuda de los remos, y que, en su lenguaje lleno de imágenes, ellos llamaban *mutum-mutum*, imitando por medio de esta onomatopeya el ruido de un vapor luchando contra la corriente. Terminada la visita, les lancé una soga de remolque, y los jalé a lo largo de casi media milla, después de lo cual, impresionados sin duda por esta desacostumbrada velocidad, rompieron la amarra y desaparecieron bajo los árboles de la orilla.

Este encuentro fue el único de ese tipo; los demás grupos de indígenas que vi a la altura de los afluentes parecían de un natural más tímido. A la menor maniobra que hacíamos para acercarnos a ellos, se dirigían a la floresta y se negaron obstinadamente a toda comunicación.

No me pareció posible, con los débiles medios de que disponía, proseguir mi excursión más allá de la desembocadura del río Huagaza. La lucha contra una corriente cada vez más violenta me hacía temer que se produjera una avería en la máquina ya vieja, mal mantenida y desgastada

por largos servicios. Cambié de rumbo, entonces, no sin recibir de mis indios la afirmación precisa de que, desde este punto, a lo más seis días bastaban para llegar en piragua a la desembocadura del río Bobonasu; la navegación de este afluente, si bien difícil, es posible con pequeñas canoas hasta el villorrio de Canelos, último punto alcanzado por el viajero alemán Tschudi, quien, después de partir de la Cordillera de Quito, exploró en 1874 la parte superior de este valle. Sería tal vez el itinerario más práctico para reconocer la cuenca en su conjunto. La expedición se vería expuesta a menos retardos que tomando como punto de partida las mesetas ecuatorianas donde, como he comprobado, es a menudo muy difícil organizar una caravana.

La exploración completa del Pastaza queda por hacer. Mientras que los trabajos de Osculati, Crevaux, Orton, Simpson, Wiener, Coudreau nos han hecho conocer en detalle la mayoría de los afluentes al norte del Amazonas, Morona, Tigre, Napo, Isa, Yapurá, río Negro, es el único sobre el cual faltan documentos precisos. Aparte de la tentativa del infortunado misionero Raimondo en el siglo pasado, y en 1845 la de P. Castrucci, a quien la hostilidad de los indígenas no permitió pasar más allá del pueblo de Andoas, no se ha hecho nada o casi nada. Las informaciones recogidas por los que recorren los bosques, combinadas con los resultados de las únicas expediciones dignas de este nombre, emprendidas por los dos extremos del valle del Pastaza, han permitido a los geógrafos trazar su curso de una manera casi correcta, pero sobre la región misma no se tienen más que datos muy vagos: lo poco que he podido observar durante una excursión de tres semanas por el río basta para demostrarme el interés que presentaría este estudio proseguido con un personal y un equipamiento suficientes.

No es, en efecto, sin compañeros europeos, con una embarcación ya vieja, con una tripulación tomada a la aventura, cuyos menores movimientos hay que vigilar, que un viajero, absorbido a la vez por el cuidado de las maniobras y el temor de una agresión siempre posible, puede llevar a cabo un trabajo de esta importancia. Su único mérito, si lo hay, será de haber hecho bogar por primera vez una canoa a vapor por aguas surcadas solamente, hasta ahora, por la piragua india. No obstante la prueba, en mi opinión, no es concluyente; si me ha sido dado tener éxito en ella, la naturaleza misma de los obstáculos encontrados en este importante río me hace dudar que sea pronto accesible, de una manera regular, a los vapores[1], al menos con las defectuosas máquinas de que dispone la mayoría de las factorías instaladas sobre el Amazonas y sus tributarios. Casi todas estas

[1] El hecho es tanto más lamentable por cuanto, de todas las regiones regadas por los afluentes del Marañón, el valle del Pastaza es el más rico en caucho. El árbol (*Siphonia elastica*), muy vigoroso, alcanza allí por lo común una altura de ochenta a cien pies.

embarcaciones, construidas en los astilleros de Inglaterra o de los Estados Unidos, parecen convenir más al mar que a la navegación fluvial. Su calado las expone a frecuentes naufragios; por lo general son movidas por una hélice de tres alas, a la cual se enredan o enrollan las largas hierbas, las ramas que flotan entre dos aguas. Tal hecho se produce sobre todo de noche, en el fondeadero, ya que los restos acarreados por la corriente son mucho más numerosas en la cercanía de las riberas. Su retiro hace perder cada día mucho tiempo; se debe, en efecto, proceder desde la borda por medio de botadores y de ganchos. No sería prudente hacer entrar un hombre al agua, aunque fuese solamente hasta la cintura; correría el riesgo de ser atrapado por un caimán o hecho pedazos por las pirañas, repugnantes peces, especie la más voraz y peligrosa de cuantas pululan en los ríos amazónicos.

El tipo que me parecería dar los mejores servicios es el barco de quilla plana, provisto de una única rueda en la popa, tan como se usa en varios ríos de América del norte, y en Australia en los ríos Darling y Murray. La hélice podría igualmente adoptada sin inconveniente, a condición de que se trate de una hélice de dos ramas, y que se tenga cuidado, en cada escala un poco prolongada, de ajustar las alas del propulsor al eje del codaste.

El descenso, por la rapidez de la corriente, no fue menos laborioso que la subida. Si disminuíamos la marcha, la embarcación no obedecía al timón; si nos desplazábamos a plena velocidad, corríamos el riesgo de naufragar por no poder observar a tiempo los obstáculos. Hemos estado así en apuros sobre más de un banco de arena, del que tuvimos gran dificultad en salir dando marcha atrás a todo vapor. Un día, entre otros, la necesidad de forzar así la presión ocasionó la ruptura de un tubo. La avería era ligera, y hombres del oficio no se habrían turbado por tan poco, pero no sucedía lo mismo con mecánicos improvisados. No teníamos ninguna pieza de repuesto, y nociones demasiado sucintas sobre el arte de hacer una soldadura. Hubo que proceder a ella, sin embargo, mal que bien, pero cuando se volvió a encender los fuegos no pude evitar una cierta inquietud. ¿Cómo se haría el retorno en el caso de que no lográsemos desencallar nuestra canoa desamparada? Nunca un médico en la cabecera de un enfermo contó los latidos del pulso con más atención que la que puse al seguir las oscilaciones del manómetro.

El accidente, felizmente, no se repitió. Después de hacer en menos de una semana el trayecto que habíamos hecho en dos a la ida, me encontré en las aguas profundas del Marañón, y veinticuatro horas más tarde, el 5 de noviembre, estaba de regreso en San Lorenzo.

No se esperaba ningún vapor antes de los primeros días de diciembre; el único que apareció durante mi ausencia era una chalupa perteneciente a una casa de Iquitos, que remontaba el río dirigiéndose a Aripari, uno de los

últimos puestos del Marañón navegable, situado a cuarenta millas aguas arriba de San Antonio. Mi balsa está siempre allí, intacta, en el sitio donde la he dejado hace tres semanas; lo mejor es continuar mi ruta. La estación lluviosa se acerca, y por lo demás, realizada ya mi travesía de los Andes, el objetivo que me proponía ha sido alcanzado, y el viaje virtualmente acabado; ya no pienso sino en llegar lo más pronto a la costa. Pronto serán seis meses que vivo sin noticias de los míos; ellos por su parte ignoran si todavía estoy en este mundo: tengo prisa en llegar a Pará, donde sin duda me esperan cartas, diarios de Europa, donde el cable me va a permitir comunicarme con aquellos de los que estoy separado hace dos años. El inmenso río me causa ya el efecto del mar; entre ellos y yo solo una extensión de agua de tres mil leguas, es verdad, pero ¿qué importa? Una singular ilusión óptica acorta para mí la distancia a los límites del horizonte visible; parece que Francia estuviera allí, muy próxima, escondida solamente por la curvatura del río, en el punto en que su línea ondulante toca el cielo.

He conseguido sin dificultad tres hombres cuyo viaje de retorno desde Iquitos me comprometo a pagar en el primer vapor disponible. El 8 me he despedido de mis huéspedes; pronto pierdo de vista para siempre San Lorenzo y la desembocadura de ese turbulento Huallaga en el cual he sentido las más fuertes pero también las más estimulantes emociones de mi vida.

Cuando la balsa alcanzó el medio del río, los hombres, dejando de remar, la abandonaron a la corriente. A la distancia en que estamos de la orilla, se creería que permanecemos inmóviles; derivamos sin embargo a razón de tres millas y media por hora. Viajaremos días y noche: ocultado el sol, se enciende un gran fuego en la parte delantera sobre una plataforma de tablones recubiertos por una espesa capa de arcilla. Su calor combate la penetrante humedad de que está saturada la atmósfera, la mórbida influencia del rocío, tan abundante que al despertar nuestra prendas mojadas se pegan a la piel. Este fanal serviría en fin, en el caso poco probable en que crucemos un vapor para no pasar desapercibidos, y lo que es todavía más importante, para protegernos de un choque.

Pero el río está desierto; salvo los vuelos de flamencos y de loros que durante todo el día lo animan con sus gritos agudos, el caimán subido sobre un tronco con el cual parece formar un solo cuerpo, el espinazo brillante de un manatí cuyos retozos levantan grandes ondas, nada viviente aparece en esas aguas cuyas profundidades, tanto como las orillas, esconden la vida en todas sus formas. Caída la noche miríadas de moscas luminosas pasan en larga nubes de una ribera a otra, semejante a una polvareda de estrellas, a un fragmento de Vía Láctea arrastrado por el viento. Se supone que mis gentes vigilan por turno, relevándose cada tres horas, pero después de

medianoche el hombre de guardia mismo, con la frente sobre las rodillas, se ausenta al país de los sueños. ¿Qué tememos? El lecho es tan ancho que podríamos bogar largo tiempo antes de tocar la costa. Y yo también, tendido sobre la barbacoa, me duermo sin resistirme, con delicia, en una seguridad inexplicable, un abandono absoluto de todo mi ser. No me acuerdo de haber experimentado esta sensación extraña, aunque fuese en el mar, a bordo de un gran navío a vapor, bajo la protección de una tripulación vigilante, en el dulce calor de una cabina alumbrada por la lámpara eléctrica, con la misma intensidad que sobre esta frágil estructura, yendo en la noche a la aventura.

El 9 hemos sobrepasado la factoría de Elvira; el 12 la de Parinari, y el 13, por la mañana, abordamos Nauta, a seis millas del Ucayali. El puesto está situado en la orilla izquierda del Marañón, en la cima de una eminencia desde donde se ve distintamente mezclarse los dos ríos cuya reunión forma el Amazonas[2]. Cuenta con una población de seiscientos a ochocientos habitantes, cuyos dos tercios son familias de indios cocamas venidos del valle del Huallaga. Si bien su fundación se remonta a unos cincuenta años, y que su situación pareció asegurarle en el porvenir una importancia capital, los resultados han desmentido esas previsiones, y se despuebla día a día en beneficio de Iquitos. Esta prematura decadencia debe atribuirse a los cambios sobrevenidos en el lecho del río: la corriente se ha desplazado poco



Confluencia del Marañón y del Ucayali

---

[2] Tal es, al menos, la división adoptada por la mayor parte de los geógrafos. Solo en el Brasil ha prevalecido el viejo uso que reserva el nombre de Amazonas al curso inferior del gran río, del río Negro al Atlántico, y designa con el de Solimoes la parte comprendida entre el Ucayali y el río Negro.

a poco hacia el sur, creando delante del villorrio un cinturón de escollos y dejando al descubierto un largo banco de arena, que se extiende cada vez más y colma el viejo cauce. Actualmente solo las chalupas pueden acoderar en Nauta; los grandes vapores se ven forzados a permanecer en aguas profundas.

El emplazamiento de lejos más favorable habría sido la gran isla que domina la confluencia; por desgracia, su poca elevación la expone a ser inundada en parte durante las crecidas; ella se encuentra aún ahora completamente desierta, salvo una o dos veces por año, cuando los pescadores del Marañón y del Ucayali acampan allí para proceder a la salazón del paiche. Este pez, el más suculento de la Amazonía, constituye uno de los principales artículos de consumo, y se exporta en cantidades considerables hasta a los mercados del bajo río, Santarem, Obydos y Pará.

Se ha formulado la pregunta, y ella es aún debatida, si el Marañón o el Ucayali es la arteria principal del sistema amazónico. Al comienzo se hace difícil tomar partido: ambos ríos son de anchura igual; su volumen parece el mismo. Sin embargo, pienso que en la época en que los he visto, y que, en el sur, equivale a la estación de las lluvias, el Ucayali debía estar en plena creciente, y en cambio su rival, cuyos afluentes todos descienden del norte, estaba todavía en la estación seca. Esta razón me decidiría a asignar a este el papel preponderante si la masa de las aguas bastase por sí sola para determinar la importancia geográfica y comercial de un río. La cuestión de la navegabilidad tiene, por lo menos, igual interés. A este respecto, el primer rango corresponde sin discusión al Ucayali, ya que las embarcaciones a vapor han podido remontarlo hasta más allá del 9º de latitud sur, mientras que el Marañón no es navegable sino en una longitud de cuatrocientas cuarenta millas a lo más, y se torna absolutamente impracticable, salvo en balsa, aguas arriba del Pongo de Manseriche.

De Nauta a Iquitos, donde desembarqué el 14, hay sesenta y ocho millas. Aunque la diferencia de nivel no sea más que de siete metros, la velocidad de la corriente es de dos millas y media a tres por hora.

Fundada en 1862 sobre la margen izquierda del río dividido por una gran isla de seis leguas de largo, la Comandancia General de Iquitos[3] toma su nombre de la tribu cuyo antiguo territorio ocupa. Ayer simple campamento de indios, no es todavía una ciudad; no tiene sino la fachada. Al extremo de una meseta que va a dar a un farallón de gres rojo de una altura de veinte metros cuya base corroe la corriente, y cuyas paredes han agrietado los chaparrones, se alza la Comandancia, maciza construcción de ladrillos encalada, flanqueada por dos alas que sirven de depósitos y

[3] 4º 28′ 30′′ lat. sur. – 75º 41' 39' long. o.- Altura 96 m.

de arsenales; en la misma línea, bordeando el río, hay una decena de casas compuestas de una simple planta baja, y de una techumbre en terraza, y que son macizas, sólidas, y que protegen sus menores aberturas detrás de gruesos postigos y fuertes barrotes; son mitad almacenes, mitad bastiones. Esta fila de construcciones está cortada por dos comienzos de calles, construidas solamente sobre una longitud de ciento a ciento cincuenta metros. Detrás de esta decoración están dispersas, hasta el borde de la floresta, las casuchas de una aldea india habitada por un millar de indígenas pertenecientes a todas las naciones vecinas: iquitos, omaguas, orejones, pebas, tacunas, cazadores, pescadores, buscadores de plantas y resinas, barqueros que trabajan para los blancos.

El puesto es la residencia de un gobernador. La región sometida a su autoridad, llamada Departamento Fluvial de Loreto, por el nombre del último pueblo peruano en la frontera brasileña, se extiende desde el 4º de latitud sur al 8º, y entre los 72º y 78º de longitud. Su extensión supera a la de Francia. La posición, en el punto de convergencia de una inmensa red de ríos navegables, torna la vigilancia y la exploración de este magnífico territorio relativamente fáciles. El desarrollo de esta capital naciente se ve, no obstante, como en Nauta, obstaculizado por una desplazamiento muy apreciable de la principal corriente del Amazonas, que tiende a dirigirse hacia el sur, no dejando entre Iquitos y la isla del mismo nombre sino un canal arenoso y de difícil acceso para los grandes vapores. Estos cambios debidos a los aluviones depositados en sus desembocaduras por los dos ríos Itaya y Nanay, que se vierten aguas arriba y aguas abajo de Iquitos, tienen la suficiente importancia para que se haya pensado ya en trasladar el puesto a algunas millas de allí, a un paraje más favorable.

Es de notar que la propiead de toda esta ribera del Amazonas, de la frontera del Brasil al paralelo 80º, es discutida al Perú por la República Ecuatoriana. Tal reivindicación, por lo demás, ha quedado hasta hoy en el plano puramente platónico; en estos parajes, el título más serio es el del primer ocupante, y la máxima *Beat possidentes*, tiene fuerza de ley. Pues bien, no es de dudar que solo el Perú, hasta el presente, ha hecho esfuerzos continuos para colonizar la región. La medida más reciente y más sabia ha sido el nombramiento, como gobernador, de uno de los más intrépidos pioneros que, en los últimos años, han explorado los afluentes superiores del Ucayali, el señor José Samanez y Ocampo. Yo había tenido el placer de conocerlo en Lima; apenas repuesto de las fatigas sufridas durante un viaje de dieciséis meses por los ríos Apurímac, Ene, Tambo y Urubamba, se aprestaba a tomar posesión de su cargo. Este hombre, de una alta cultura de espíritu, patriota ardiente, renunciaba una vez más a las dulzuras de la vida civilizada; decía un adiós quizás definitivo a sus numerosos amigos,

y se alejaba, celoso de servir a su país en este campo de batalla, donde el soldado que sucumbe no tiene siquiera, para endulzar su agonía, el estremecimiento admirativo de las multitudes, la ilusión reconfortante de la gloria.

Un detalle bastará para dar una idea de las condiciones de este exilio voluntario, y del estado actual de las comunicaciones entre la costa del Pacífico y el territorio oriental. El nuevo gobernador ha debido, para dirigirse a su provincia por la vía más rápida, que no sigue aquí la línea recta, ir para comenzar a Panamá, atravesar el istmo de Darién, el mar de las Antillas, rodear Colombia, Venezuela, las Guayanas, y remontar el Amazonas de Pará a Iquitos, o sea un viaje de más de dos meses. Cuando la distancia de Lima a Loreto por la Cordillera no sobrepasa casi, a vuelo de pájaro, mil quinientos kilómetros; él había recorrido, a fin de ganar tiempo, más o menos diez mil quinientos, ¡más de un cuarto del meridiano terrestre!

La flotilla amarrada al pie del farallón de Iquitos se componía de un centenar de canoas o de balsas y de cuatro pequeños vapores; pero ninguno se aprestaba a descender el río: dos se dirigían hacia el Ucayali, el tercero hacia el Marañón, y el cuarto se hallaba por el momento fuera de servicio, como consecuencia de la ruptura de su eje de transmisión.

No me encontraba más que a trescientas millas del río Yavarí, frontera brasileña, y se me dijo que tenía fuertes posibilidades de encontrar allí en esta época del año un buque con destino a Manaos o a Pará. No faltaban los hombres necesarios; la campaña había terminado, y muchos indios, después de recibir su paga no pedían sino volver a su villorrio. Traté con tres vigorosos tacunas de los alrededores de Loreto y, el 18, decía adiós a Iquitos: había tenido la alegría de escuchar allí, por primera vez después de mucho tiempo, una voz francesa. Una casa de comercio de Manaos tenía como agente a uno de nuestros compatriotas, a quien debo una de las más agradables sorpresas de mi vida. La mañana de la partida, cuando yo acababa de embarcar mi provisión de víveres para dos semanas, lo vi llegar con un voluminoso paquete disimulado en un saco de tela reteñida, que depositó al lado de las lonjas de paiche salado y de las latas de conserva.

– ¿Qué es eso? – le pregunté.

Él tuvo una sonrisa enigmática y respondió:

– ¡Esto es el postre!

¡Dos panes!… Dos buenas y grandes hogazas campesinas, he allí lo que contenía el bienaventurado saco. La atención, de una delicadeza exquisita, me dio en el corazón. Ningún regalo, con seguridad, me habría podido causar entonces tanto placer; me comprenderán con facilidad

aquellos que, en su viaje al país de la yuca, de las guayabas, de las blondas piñas y bananas, en la profusión de los jardines del Edén, han suspirado durante largos meses por la golosina sabrosa entre todas: ¡el pan cotidiano!





Manaos

CAPÍTULO III

I. De Iquitos a Tabatinga.- El Napo.- Orellana.- Los comienzos de una leyenda.- Los indios pebas.- Loreto.- La frontera brasileña.- El Yavarí.- ¡Un vapor a la vista! II. La vida a bordo de un buque amazónico.- Los pasajeros y la tripulación.- Las escalas.- Recolección de huevos de tortuga.- Restos de un naufragio.- El río Negro.- III. Manaos.- El bajo Amazonas.- Obydos.- El canal de Breves.- Marajó.- Una necrópolis india.- Pará.- El mar Blanco.

I

18-28 de *noviembre*.- Diez días aún sobre un agua gris desmesuradamente amplia, que a veces no deja ver de las riberas sino dos líneas a ras del horizonte, dos hilos tendidos entre este mar y el cielo. Diez noches a la deriva a merced del gran río cuya superficie, al reflejar el cielo estrellado, tiene fosforescencias singulares, súbitas blancuras de aurora. Largas horas de un silencio imponente que solo se ve interrumpido por el rumor del oleaje, el rechinar de una amarra, o el canto monótono de un indio apoyado sobre su remo.

No bajamos a tierra sino para encender fuego y secarnos después de la tempestad. Todos los días llueve, pero por chubascos; no es ya el diluvio del África ecuatorial o el monzón asiático derramándose en cataratas durante

semanas consecutivas, sin que un rayo de sol atraviese la bruma, sin que un soplo de brisa descienda sobre la tierra asolada. Aquí, el chaparrón es pasajero; en plena estación lluviosa no hay días que sean absolutamente malos; el sol se muestra durante varias horas en un cielo inmaculado, se hace sentir una corriente de aire continua sobre el río, y las noches son de un frescor exquisito. Estas condiciones atmosféricas, notables en un país tropical, se observan en la totalidad de la inmensa cuenca del Amazonas, desde las Cordilleras hasta el Atlántico. De allí para el europeo, si quiere sujetarse a una higiene conveniente, la posibilidad de aclimatarse bastante rápido y de sustraerse a la influencia enervante propia de las tierras cálidas. Por ello blancos y mestizos, establecidos en las raras aldeas o factorías frente a las cuales pasamos en un recorrido de trescientas millas, Pebas, Cochiquina, Caballococha, Loreto, parecen no haber perdido nada de su vigor y encontrarse, como el indígena, en situación de resistir a las fatigas de la vida en el bosque.

No ignoro que al reaccionar contra una opinión preconcebida y demostrar que estas regiones no están, como demasiadas gentes se figuran, compuestas únicamente de junglas enfermizas, se corre el riesgo de caer en el exceso contrario. En semejante materia es siempre de rigor una extrema reserva, y, porque el clima es saludable, no se podría concluir que es de una perfecta inocuidad. Es difícil conservar la sangre fría ante esta naturaleza exuberante; sobre la base de descripciones sinceras, los ingenuos podrían imaginarse que hallarán aquí la tierra prometida, donde el emigrante tendrá la certeza de realizar, para sí y para los suyos, los sueños de bienestar, si no de fortuna, vanamente perseguidos en el suelo natal. En la práctica hay que ceder. La verdad es que en ningún país nuevo es fácil improvisarse pionero. La tarea exige un entrenamiento previo; demasiado pesada para uno solo, no tendrá posibilidades de tener éxito sino en manos de una colectividad numerosa y resuelta. En ninguna parte, en fin, si hay que decirlo todo, el recién llegado no se sentirá más en tierra extraña, más lejos de los horizontes familiares; el aislamiento le parecerá menos soportable quizás en este desierto de verdor y de aguas murmurantes que en las praderas tristes y desnudas del Far West.

Me gusta, sin embargo, esta soledad infinita. ¿Es el hábito, el efecto de largos meses de vida contemplativa y nómada? No lo sé, pero encuentro un encanto inexpresable en esta región sin pasado, página blanca donde la mirada se detiene con tanta curiosidad como en las crónicas de las viejas sociedades. Incluso la ausencia del hombre concede a este paisaje un atractivo misterioso. Los conquistadores, los buscadores de oro, los exploradores han pasado, sin que nada haya cambiado en la floresta primitiva. Pero dejaron tras de sí estas leyendas, relatos de aventuras extraordinarias, donde la



Factoría amazónica (Cochiquina)

realidad se codea con la fábula y que repiten todavía, a falta del rumor de las ciudades y del ruido de los talleres y de las máquinas, los ecos de los ríos amazónicos.

Es Orellana descendiendo al Napo, en cuya desembocadura me detengo al caer la noche, no lejos de un campamento de indios pebas. Su pequeña tropa es la vanguardia de un cuerpo de ejército de trescientos hombres, soldados de España y guerreros indígenas, que Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú, condujo a la conquista de El Dorado. Partieron de las mesetas de Quito, marchando de frente hacia el este a través de la Montaña, a la aventura, luchando contra poblaciones hostiles, contra la floresta más temible aún que el enemigo. Van así durante meses, en el húmedo calor de la vegetación, empapados por las tormentas y el rocío de las noches, dejando cadáveres a lo largo de su vía dolorosa. La fiebre los diezma: columnas enteras de cargadores son barridas al pasar torrentes furiosos; los enfermos, agotados, se desploman, esperando la muerte en las garras de un carnívoro o los horrores de una agonía solitaria. Sus compañeros se alejan, empecinados más que nunca tras la presa que se esquiva, ese fabuloso país de Manoa cuyo monarca, El Dorado, con el cuerpo frotado por esencias preciosas, es salpicado cada mañana por sus esclavos con una nueva capa de polvo de oro. Mientras tanto las provisiones se agotan; se ha dado muerte a los caballos, comido los perros: los enfermos son cada vez más numerosos, los hombres se arrastran en harapos, semidesnudos. Y esta horda de espectros, cuyas filas se aclaran de hora en hora, marcha siempre, semejante a esos personajes de las viejas danzas macabras apresurándose detrás de la muerte que los arrastra a los sonidos de la viola.

Helos aquí a orillas de un gran río; más de un millar de hombres han sucumbido. Se realiza un consejo, y algunos indios prisioneros dejan entender que este río se vierte en otro más ancho aún; la región que riega es fértil, allá los hambrientos encontrarán víveres en abundancia. Se decide construir un barco que irá a su descubrimiento. Pizarro confía su comando a su ayudante de campo Francisco de Orellana, gentilhombre de Trujillo, el cual se hace acompañar de cincuenta soldados, el monje dominico Gaspar de Carvajal y un joven escudero de Badajoz, Hernando Sánchez de Vargas.

Después de bajar por el río de doscientas cincuenta a trescientas millas, la vanguardia celebra a su vez una consulta. ¿Se reunirá con el grueso de la tropa? Apenas si ella misma ha encontrado con qué alimentarse. En el estado de debilidad en que se encuentran los hombres, ¿cómo remontarían esa impetuosa corriente? Lo mejor es reforzar la barca y continuar su ruta hasta el océano. Es la única oportunidad que tienen de salvar su vida y de adquirir lustre por nuevos descubrimientos. Solo dos voces se elevan para protestar contra este cobarde abandono, la del monje

y la de Vargas. Orellana responde amenazando, ya que tanto se afanan de volver al ejército que han dejado, con arrojarlos a los dos al río. Quedarán entonces libres de regresar.

El argumento era irresistible. El P. Gaspar, me imagino, se resignó sin demasiado esfuerzo, pensando que tendría el insigne honor de ser el historiógrafo de la expedición. Nos ha dejado el relato circunstanciado de ella, y sabemos por él cómo llegaron los aventureros a la vista de un inmenso río que creyeron ser el "Mar Blanco", del cuya existencia habían constatado, medio siglo antes, Cousin de Dieppe y Pinzón, arrastrados hacia el oeste por la corriente ecuatorial; cómo llegaron al océano no sin tener que defenderse contra una multitud de tribus guerreras. Una de ellas, si se les presta crédito, estaba compuesta exclusivamente por mujeres. Describe estas Amazonas: la talla elevada, los miembros un poco fuertes, la tez menos oscura que en el indio, la cabellera dividida en largas trenzas: no tienen por todo vestido más que un cinturón de plumas de diversos colores; como adornos, collares de granos y aros del mismo tipo en el tobillo y en la pierna; su arma es el arco, del que se sirven con sorprendente habilidad.

La historia no encuentra al comenzó gran credibilidad. No se ve en ello más que la fantasía de un viajero deseoso de atraerse el favor de los grandes y la curiosidad simpáticas de las multitudes. Pero estas almas del siglo XVI tenían una debilidad por lo maravilloso; era la época en que los más sabios se interesaban en los sortilegios de los brujos, en la gran obra de los alquimistas. La leyenda atraía pronto la atención, y grandes escritores la comentan; el historiador Herrera, y más tarde el rector de la Universidad de Cuenca, Cristóbal de Acuña, apoyan con su autoridad el testimonio de Orellana y de sus compañeros. Se precisa; se da la latitud del país, el nombre del río en cuyas márgenes habita la tribu femenina, el río Cumuriz. Las amazonas viven entre ellas, cazan, hacen la guerra sin ayuda de ningún hombre. Reciben sin embargo, de tiempo en tiempo, la visita de un pueblo vecino, los guacaris, que son los únicos admitidos en su poblado. De los hijos nacidos de estas uniones pasajeras solo se educa a las niñas, pues todo niño es implacablemente inmolado. Durante dos siglos el antiguo y el nuevo mundo creyeron firmemente en estos cuentos. Por una especie de rebote, la leyenda, de regreso a su punto de partida, se implantó en adelante como tradición entre las poblaciones sudamericanas. La Condamine, que la encontró con ocasión de su viaje a través del continente de Quito al Atlántico, concluía que una tribu de este tipo había debido existir en tiempos de Orellana, y que después se había fundido poco a poco con las tribus circundantes.

Pero, cosa extraña, si los recientes progresos de la etnografía han reducido a nada las afirmaciones de los primeros viajeros, demuestran, en

cambio, su absoluta buena fe. La exploración del inglés Wallace, que visitó la mayoría de las naciones establecidas sobre los afluentes al norte del gran río, y, muy recientemente, el eminente naturalista brasileño señor Barboza Rodríguez, a quien tuve el placer de ver en Manaos, han creído reconocer en los indios uaupés el prototipo de las amazonas descritas por el monje español. El atavío, el tocado, el andar afeminado, explican suficientemente su error. Muchos otros han podido incurrir en él. Cualesquiera que sean los indígenas de que se trata, no es siempre fácil discernir a la primera mirada el sexo de un individuo. Hombres y mujeres portan los mismos ornamentos; a menudo incluso el indio está más adornado que su compañera. Esta sigue a la tribu a la guerra como a la caza, maneja la lanza y el remo. ¿Quién se queda, entonces, en la orilla, con la cerbatana en la mano, el carcaj en el costado? ¿Es una cazadora o un joven guerrero? ¿Diana o Acteón? Es permisible preguntárselo, incluso cuando no se sea miope.

Y yo que sueño con todo eso, sentado en la arena, delante de un fuego de palmas, en la desembocadura del Napo, en el sitio mismo quizá donde, hace de ello trescientos cincuenta años, el soldado español contemplaba por primera vez las turbias aguas de Amazonas, ¿acaso sé si estos pebas, que van y vienen en torno a nosotros en la penumbra, son hombres o mujeres? Se parecen más bien a divinidades de las aguas, a tritones vestidos de algas. Todas sus prendas están hechas de hierbas secas, uno de cuyos extremos está anudado con una cuerda, el otro flotante: las más largas están dispuestas en forma de falda que baja hasta la mitad de los muslos, el resto en collares, en brazaletes. Los cabellos, que ocultan la mitad de la frente, caen libremente sobre los hombros. Ningún objeto de procedencia europea, tela o adorno de cuentas de vidrio. Estos indígenas, sin embargo, se han sometido hace largo tiempo; la mayoría de ellos está al servicio de los blancos. Si al renunciar a la vida salvaje han conservado su vestido primitivo, es menos por amor a lo pintoresco o por piadosa adhesión a las costumbres de los ancestros, sino porque les protege a maravilla contra los mosquitos, extremadamente numerosos en estos parajes. El hombre, así ataviado, puede dedicarse en paz a sus ocupaciones; su ropaje, al cual el menor gesto hace flotar al viento como si se tratara de crines, le sirve de espanta-moscas. Por el



Indio Peba

momento mis tritones amontonan sobre la ribera enormes pilas de madera, que venderán al primer vapor necesitado de combustible.

El 27 dejamos a nuestra izquierda Loreto, último establecimiento del Amazonas peruano. El puesto, si bien no data de ayer, es de poca importancia, y comprende a lo más cien habitantes indios o mestizos: estos últimos, venidos del Brasil en su mayoría, comercian con la zarzaparrilla y el caucho. Los indígenas pertenecen a la tribu de los ticunas, y son reputados por la preparación del curare, que venden a los cazadores de los poblados vecinos, yaguas, pebas, orejones, en pequeños vasos de cerámica del tamaño de una copita. Loreto, arrinconado entre la floresta y el río, no parece haberse desarrollado desde su fundación: el desbroce apenas abierto está ya reconquistado por la maleza; el lugar parece abandonado. Se despuebla en beneficio de un villorrio de creación reciente, Caballococha, situado a veinte millas más arriba, en la orilla derecha, a una distancia de tiro de fusil del río, a orillas de un lago encantador aunque infestado de caimanes, donde las plantas acuáticas, sobre todo la *Victoria Regia*, alcanza proporciones colosales.

Una ruina también, o poco falta para ello, el fuerte brasileño de Tabatinga, donde tocamos tierra en la mañana del 28. Tres grandes construcciones encaladas se levantan a cien metros de la orilla a la que da cima un reducto de tierra. Desde aquella, el lecho del río, de una anchura de mil ochocientos metros, es visible a lo largo de seis leguas. Al este cierra el horizonte un grupo de islas boscosas diseminadas en la desembocadura del Yavarí. Las troneras están vacías, y el único vestigio de artillería es un viejo cañón de fundición hundido en la hierba al pie de su cureña desbaratada. En cuanto a las construcciones, solo una es habitable; las otras dos no tienen ya ni ventanas ni techumbre, y a través de sus aberturas se percibe la floresta vecina que ha invadido ya los escombros. El fuerte no está ocupado más que por unos diez hombres y sus familias, bajo el mando de un oficial, o suboficial, no lo sé con exactitud, pues superior y subordinados, en mangas de camisa y con sombreros de paja, parecen vivir en un pie de igualdad perfecta. Por lo demás, una fortaleza, en el sentido preciso de la palabra, no tiene aquí razón de ser. Una choza al centro de un reducto hubiera sido más que suficiente para albergar a la guarnición y mantener a distancia a los indios que merodean. La visita, una o dos veces por año, de una de las pequeñas chalupas a vapor que integran la flotilla del Amazonas anclada en Manaos, habría completado el sistema de defensa, Pero como a menudo sucede en los países nuevos, se ha querido hacer a lo grande, a la europea. Este cuartel monumental al borde la floresta virgen me parece una imagen bastante exacta de estos inmensos estados del Nuevo Mundo, donde la actividad política y comercial apenas si ha sobrepasado las inmediaciones de las costas: un soberbio pórtico que da al vacío.

Supe por el jefe del puesto que un vapor procedente del Yavarí había hecho escala la víspera para recoger cartas y hacer visar sus papeles. Aún debía estar anclado en la desembocadura del río, ante la factoría Rocha, y partiría el mismo día con destino a Manaos.

Me reembarqué lo más rápido que pude: tal vez llegaría a tiempo. De Tabatinga al Yavarí la distancia no es más que de catorce millas, y la velocidad de la corriente supera las cuatro millas por hora. Mis indios reman con todas sus fuerzas. Una media milla a lo más nos separa de la confluencia, cuando veo el casco oscuro del vapor surgir del promontorio. Parte ya, va a franquear la barra y desaparecer. ¿Cuántos días, semanas, habrán de transcurrir antes de que venga otro? ¡Es necesario que nos vea! ¡Pero nuestra balsa es tan poca cosa sobre esta capa de agua llena de reflejos y de media legua de ancho! Una mancha negra, un tronco de árbol que baja a la deriva, nada más. He izado mi pequeño pabellón, y, de pie sobre la barbacoa, quemo mis últimos cartuchos. Mis hombres por su parte se han puesto de pie blandiendo sus remos, gritando con todos sus pulmones a la nave que parte. Llamados y disparos son escuchados. He aquí que ella se detiene, vira y se aproxima lentamente a tierra…

Unos minutos más tarde acoderamos; mis prendas, mis armas, pasaron de la balsa al puente, y abandoné, para siempre esta vez, la valerosa y pequeña balsa que me había transportando a lo largo de quinientas leguas[1]**.** Quiero conservar sin embargo su recuerdo. Desprendo con el hacha una astilla, y descuelgo del mástil de bambú la tela de estameña tricolor que he visto flotar ya sea en los rápidos del Huallaga, ya sea en las aguas cenicientas del Pastaza, en la calma y en la tempestad, ante la factoría hospitalaria y bajo las flechas de los achuelos.

II

28 de *noviembre*-7 de *diciembre*.- Desde el momento en que pone el pie en un vapor el viajero no tiene ya historia; se identifica con el buque que lo transporta, sin cuidarse de las horas transcurridas, de la distancia avanzada

[1] Río Huallaga	de Tocachi a Yurimaguas	320 millas de 60º grado.
	De Yurimaguas a San Lorenzo	100
Río Marañón	de San Lorenzo a Nauta	
	(desembocadura del Ucayali)	244
Amazonas	de Nauta a Iquitos	61
	de Iquitos al Yavarí	315
		1 040 millas = 1 026 km

entre dos salidas del sol. La impresión me es tanto más sensible por cuanto la transición de la existencia agitada a la calma completa ha sido más rápida. Después de las fatigas y emociones sufridas, la continua tensión del pensamiento y de los nervios, esta inacción no carece de dulzura. No más desear, no más prever; dejarse mecer por el ruido regular de la máquina, el ritmado balanceo de la nave en marcha, es una de las voluptuosidades del viaje y no la menor, si bien no tiene nada de intelectual. ¡Cuántas personas, sin conocerla, despotricaron contra la vida aburrida a bordo, a la cual, sin embargo, los más impacientes se acostumbran pronto!

La melancolía del mar es poca cosa comparada con este monótono horizonte. El paisaje es de una uniformidad implacable; centenares de millas de riberas indistintas, sumergidas a medias, invisibles a veces, o, cuando el cauce se estrecha, cuando la nave se interna por los canales de un archipiélago, la inevitable floresta alzándose como un muro, palmeras y helechos inclinados hacia el agua, arbustos arrancados dando vueltas en la corriente; restos de arboledas acumuladas en palizadas a lo largo de las orillas; bandadas innumerables de aves estriando el cielo, y poniendo en la luminosa armonía del cuadro la nota fúnebre, el urubú, el gran buitre negro en guardia posado en la cima de los árboles. Pero nuestro barco, el *Vieiro da Cunha*, su tripulación, mis compañeros de rutas. no se asemejan en nada a lo que he visto en aguas dulces o saladas.

Los navíos amazónicos están construidos de acuerdo a planos muy particulares, que corresponden a la vez a las exigencias del clima y a las costumbres de su clientela. Este, que puede aforrar 250 toneladas, tiene dos puentes unidos por una estructura de hierro con claraboya. El de abajo está reservado a las máquinas, a la tripulación y a la carga; el piso superior pertenece a los oficiales y a los pasajeros. El acondicionamiento es de los más simples: ni tabiques ni cabinas, y ningún otro mobiliario que fuertes ganchos que se deslizan sobre barras aseguradas en la calamina. Es allí que cada uno cuelga su hamaca y permanece echado por horas, con los ojos semicerrados, bajo el calor enceguecedor de mediodía; allí, donde llegada la oscuridad, los viajeros descansan entremezclados en la noche tibia, cuando la corriente de aire levantada por el barco deslizándose a toda velocidad lo acaricia a uno como el batir de un abanico invisible.

No es necesario decir que el servicio y la disciplina no recuerdan sino imperfectamente la bella regularidad de un buque transatlántico. Se parte cuando se quiere, se llega cuando se puede; las escalas son más o menos largas, de acuerdo a la cantidad de combustible por embarcar. Navegamos indiferentemente día y noche bajo la conducción de pilotos indios que, apoyados en una larga experiencia, no necesitan mapas y conocen todo el curso del río, los meandros de los archipiélagos y los bancos de arena, en

una distancia de mil cien millas, de Iquitos al río Negro. Pero, en promedio, apenas si estamos en marcha más que doce horas de veinticuatro. El resto del tiempo está consagrado a proveerse de leña, de la cual los indígenas ribereños preparan por adelantado grandes montones en los puntos donde la orilla alta, tallada a pico, hace tocar tierra más fácilmente. Todos se ponen en obra, mujeres y niños, ancianos cuyo cuerpo tatuado y surcado por profundas cicatrices manifiestan que han conocido tiempos heroicos; es un extraño espectáculo este desfile de personajes de largos cabellos, vestidos con un paño de cotonada, de corteza, moviéndose a la claridad de las antorchas, y cuya epidermis brillante tiene los reflejos del bronce.

La sociedad es poco numerosa y de apariencia más bien ruda. Las gentes que me rodean son en su mayoría *mamelucos,* nombre con el cual se designa en el Amazonas al hijo de blanco y de india; caracteres enérgicos, sobrios, insensibles a las privaciones, a las fatigas, a las miserias de la vida en los bosques. El *mameluco* es el comerciante por excelencia, el intermediario más activo entre los establecimientos del litoral y las tribus del interior. Astuto en la medida en que puede serlo, audaz como ninguno, sabe todos los dialectos, las tradiciones indígenas, se afilia a la tribu, tiene en ella una casucha, a veces incluso una familia a la cual visita a raros intervalos, a menos que sus negocios lo obliguen a fundar otra en un poblado diferente. Deseoso de ganancias, no temeroso de Dios ni del diablo, considera el país indio como un dominio cuya suzeranía no quiere compartir con nadie. Tanto y más que el indio, es el rey de la floresta, majestad huraña cuyo reinado no está cerca de acabar.

Estos regresan del alto valle del Yavarí donde han cambiado su mercancía de pacotilla por un cargamento de caucho de resina endurecida. Pasan su tiempo en la hamaca fumando cigarrillos y largos *charutos* de fabricación india, o bien, con la carabina en mano, se divierten en tirar a los caimanes. No se animan un poco sino a las horas de comida, cuyo invariable menú se compone de *feijoes,* frejoles duros como balas, acompañados con tocino rancio, carne salada y pescado; a manera de pan, la harina de mandioca contenida en una batea de la que cada cual toma un poco a su gusto, si es que no prefiere hundir directamente el pedazo de pan en ella antes de llevárselo a la boca, y a veces después. Como bebida el agua del río refrescada y clarificada en jarras de tierra porosa. La conversación no es jamás general; uno de los comensales narra con voz lenta, con frases entrecortadas, un relato de caza o de viaje; el auditorio se contenta con marcar su atención con monosílabos o simples gestos de cabeza. Terminada la comida, cada cual reinicia su siesta o su vigilancia, sin ocuparse más de su vecino.

Abajo son mucho más ruidosos. Con excepción del comandante y de su segundo, la tripulación no se compone más que de mestizos y de

indios pertenecientes unos a diversas tribus ribereñas, otros a poblaciones que habitan los valles del Tocantines o del Tapajoz; marineros consumados, habituados desde la infancia a maniobrar la piragua en los rápidos, y con gusto conversadores por poco que el alcohol los ponga en forma. Toda esta gente se reúne, después de caer la noche, en la proa, charla, canturrea, o bien, sentados en círculo en torno del mayor del grupo, escucha interminables historias mientras comen bananas. El narrador, seguro de su público, no hace gala de imaginación, pues su repertorio se limita a las leyendas más conocidas de la teogonía india, las hazañas del *Curupira,* del *Jurupari,* de la *Mai d'Agua,* de la ondina *Oiara.*

Cuenta el nacimiento maravilloso, la existencia efímera y la transfiguración de Mani, el niño de la piel blanca, nacido de una virgen hija del jefe.

El padre quiere conocer el nombre del seductor, así que convoca a los viejos de la aldea y hace comparecer ante ellos a la culpable. Esta se lamenta, implora, protesta su inocencia: jura por *Ruda*, dios del amor, por *acairé,* astro de las noches, que jamás ha tenido relación con ningún hombre. Ruegos y juramentos no tienen ningún efecto; se decide que ella no debe sobrevivir a su deshonor; morirá al día siguiente al salir el sol.

Y he aquí que durante la noche el jefe tuvo un sueño. Le pareció que un hombre blanco, rodeado de luz y cuyos ojos brillaban como estrellas, estaba de pie en la entrada de la casucha. Y el fantasma habló así: "Jefe, no mates a tu hija, porque ella ha dicho la verdad. Toma a tu cuidado al niño que va a nacer. Se llamará Mani y será el genio protector de tu raza".

El jefe, ilustrado por el sueño, ha perdonado. Mani viene al mundo; es una deliciosa criatura, más blanca que la flor de la icicariba. La sorpresa fue grande, no solamente en la tribu, sino en todas las naciones vecinas, que acudieron para admirar a este niño de una raza desconocida.

Para colmo del milagro, el recién nacido caminaba y hablaba. Hablaba con una voz tan aguda que se hubiera dicho el piar de un pájaro caído del nido. Pero cuando los ancianos se agacharon para escuchar, lo que oyeron los maravilló. El niño anunciaba el futuro de la tribu; decía a los jefes los peligros por venir, el enemigo probable, la victoria segura…

Después, antes de cumplir incluso su primer año, sin que nada hubiese hecho presagiar su fin, Mani murió. Su madre lo enterró en medio de la casa, siguiendo la costumbre india, y, quebrada por el dolor se acostó sobre la tumba, donde se desvaneció. Entonces el niño muerto se le apareció y le dijo: "Madre, no llores. No he partido completo; te he dejado mi corazón para que sirva de alimento a mi pueblo".

Cuando ella volvió en sí, le pareció ver, en la tierra acabada de remover, una planta, la cual creció, se cubrió de granos a los que venían

a picotear los pájaros del cielo. Y he allí que en una hermosa mañana la tierra se abrió al pie del arbusto. Las gentes, asombradas, excavaron el suelo y encontraron una raíz suculenta que fue llamada *Mani oca* (corazón de Mani).

Muchas veces el relato de convierte en apólogo; pone en escena a los tipos más difundidos de la fauna amazónica, la onza, el mono, el urubú, el loro y sobre todo el *jabuti* (tortuga) que, para el fabulista bárbaro, simboliza la astucia, la malicia, la revancha del espíritu sobre la fuerza. Nos enteramos de cómo el jabuti se libra de los peligros más críticos, escapa a las garras del felino, a las del ave de presa; cómo, desdeñado por el antílope, osa desafiarlo a la carrera y, lo que es más, gana la apuesta[2].

La leyenda original no es, las más de las veces, sino un simple cañamazo sobre el cual borda el narrador de acuerdo a su fantasía. ¿Se queda corto? Todo le servirá. Imitará el rugido del leopardo, los juegos de manos del macaco, el andar rampante de la tortuga, excitado por los oyentes, que harán coro en los pasajes patéticos.

Cuando se navega de noche, si el tiempo está bueno y el firmamento estrellado, no es raro escuchar, a la hora en que se cree a todo el mundo dormido, elevarse una voz del puesto de la tripulación, entonando en ritmo lento alguna queja en la que el improvisador hace intervenir, mezclados a la luna, los astros, sus recuerdos personales, las menudas incidencias de la jornada. Sus camaradas retoman el estribillo con un tono lánguido. Hay una preferida por todos los marineros de los vapores y de las pesadas *monatrias* a vela que navegan entre Pará y Manaos, y que comienza así:

A lua esta sahindo,
¡Mai, Mai…!
As estrellas estao chorando,
¡Mai, Mai…!

"La luna se levanta, / ¡Madre, Madre! / (estas últimas palabras repetidas por el coro). Las estrellas lloran, / ¡Madre, Madre! etc. etc."

---

[2] La mayor parte de estos cuentos no son solamente populares en las márgenes del Amazonas, sino que, con algunas variantes, en todos sus afluentes, del Purús al Xingú, y en todo el Brasil. Uno de los más intrépidos exploradores de estas regiones, el doctor Couto de Magalhaes, hoy retirado en Sao Paulo, donde tuve la ocasión de serle presentado, los ha reencontrado en las provincias del Matto Groso y de Corrientes. Ha reproducido un cierto número de ellos en el idioma original tupi-guaraní, luego de su muy curiosa gramática de la *Lingua Geral.* El resumen de las observaciones recogidas en sus largos viajes ha sido publicado en 1876 en Río de Janeiro, bajo el título de *O Selvagem.* Es, según creo, el estudio más seriamente documentado que se haya consagrado a la lengua y a las costumbres del aborigen.

La melopea puede prolongarse hasta el infinito: no tiene otro límite que el agotamiento del cantor, que, de ordinario, termina el estribillo con un ronquido sonoro como el de un órgano. Luego el vapor prosigue su ruta, ya sea por el canal principal, ya sea por los canales naturales que, aquí y allá, permiten evitar algunos grandes codos del río. No se oye ya más que el roncar de la máquina o el estruendo de una ribera erosionada por el oleaje, que se desploma, arrastrando en su caída un pedazo de floresta: la sacudida a menudo se propaga de trecho en trecho, y los derrumbes se suceden a lo lejos, en la noche, semejantes a descargas de mosquetería.

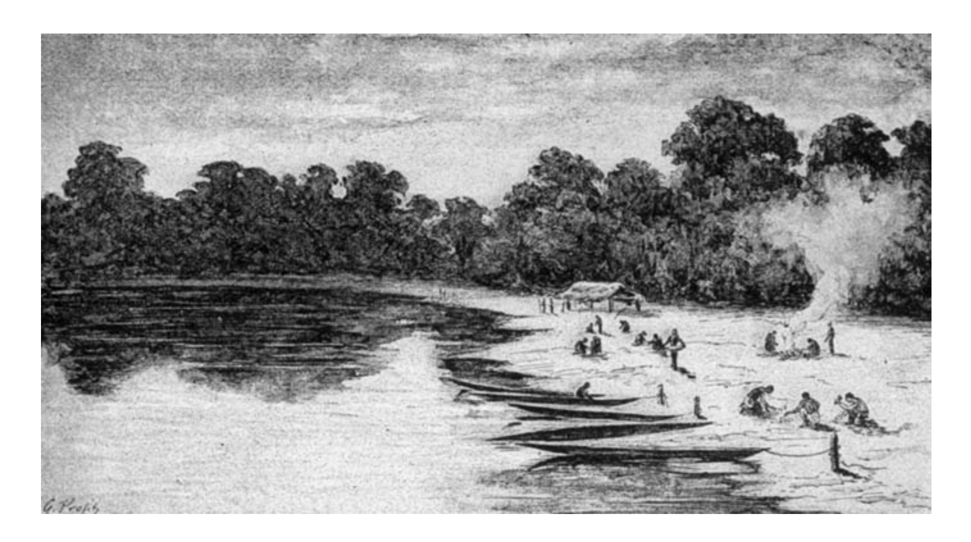
Hemos tocado las cuatro escalas de San Paulo d'Olivença, Tonantines, Fonteboa, Tefé, situada frente a la desembocadura del Yapurá, modestos villorrios alejados unos de otros unas ciento cincuenta millas. El más importante no tiene más que cuarenta casas alineadas entre la floresta y el río, como soldados en una parada. Todos sin embargo, vistos desde la corriente, causan un efecto bastante bueno. La estructura de las construcciones no es la misma que en los establecimientos del Amazonas peruano; el ladrillo, cubierto por una capa clara, ha reemplazado a la construcción india donde no hay ni un clavo ni un perno, y cuyas vigas estás sujetas a las entalladuras por medio de correas de cuero de manatí. Aquí prevalece la tradición europea; la instalación tiene un carácter más definitivo que, de lejos, produce ilusión. En realidad todo ello es muy precario: murallas de ladrillo o hangares de piedra, un campamento y nada más. Quizás incluso yo preferiría, por mi parte, la choza de paja, más sana porque está ventilada. La pieza de albañilería, a la que la humedad corroe, es un admirable laboratorio de fiebres, un asilo inexpugnable para los ciempiés, las cucarachas y los escorpiones.

En esta época del año estos pueblos se hallan casi desiertos: no se quedan allí sino los ancianos y los enfermos. Toda la población está aún ocupada por unos días en recolectar los huevos de tortuga y extraer de ellos el aceite, que es uno de los principales, sino el más importante, producto de exportación. No se expide menos de ocho a diez mil jarras, cada una de diez litros, y se estima el total de huevos destruidos cada año en el Solimoes en la enorme cifra de cuarenta y ocho millones. La gran tortuga del Amazonas, que alcanza tres pies de largo por dos de ancho, deposita sus huevos en ciertas playas y los hunde en la arena, edificando de esta manera una serie de dunas fácilmente reconocibles desde el río; se les llama *taboleiros*. Cada villorrio tiene su campo de acción perfectamente delimitado y no puede penetrar en el del vecino. Unos y otros, por lo demás, disponen de una sección del río suficientemente extensa, que a menudo mide de cincuenta a sesenta leguas. Para mayor seguridad, durante toda la cosecha que comienza en septiembre y se prolonga hasta las primeras

lluvias de diciembre, una chalupa de la flotilla de Manaos, despachada por el presidente de la provincia, recorre el Amazonas a fin de impedir los conflictos.

Hemos pasado una noche anclados, en la entrada del río Ipixuna, ante uno de esos pueblos improvisados, para embarcar jarras de aceite. Este se obtiene de la manera siguiente:

Los huevos del tamaño de un huevo de gallina, una vez desenterrados de los *taboleiros*, son echados en canoas vacías sacadas para ello a la playa, y después se rompen a palazos. A menudo también jóvenes y niños, completamente desnudos, se complacen en batir con los pies y las manos esta inmensa tortilla, en la cual se agitan con el ardor de viñadores pisoteando la vendimia. Cuando la piragua está llena hasta los dos tercios, se le agrega un poco de agua y se la deja expuesta al sol durante algunas horas. El calor hace subir a la superficie las materias grasas, que son enseguida calentadas en grandes calderas para purificarlas. Después de ello el líquido es trasvasado a las jarras y enviado por el próximo vapor.



Cosecha de los huevos de tortuga

La cosecha de los *taboleiros* es para la población europea, india o mestiza de los pueblos amazónicos, la gran distracción del año, y corresponde a lo que son, para nosotros, la vendimia y la cosecha. Es una ocasión de regocijos ingenuos, danzas y canciones, en que las viejas tradiciones portuguesas se mezclan con las costumbres indias.

El tiempo de fiestas, que dura hasta las primeras grandes crecidas, es también la estación de los encallamientos, y los buques que se aventuran por los canales laterales deben redoblar las precauciones. Un vapor que vemos clavado sobre un islote de arena bastante alto, a la entrada del Furo

Aruparana, nos advierte del peligro. Esos restos son del *Amazonia*, que un imprudente piloto ha chocado de frente hace tres meses. El navío realizaba su primer viaje, que corre riesgo de ser el último: la quilla se encuentra en este momento a cinco metros por encima del agua, con la proa hundida profundamente en la arena, la popa al aire. Es de temer, cuando el nivel del agua suba, que se produzcan derrumbes y el casco se parta en dos. Mientras eso no suceda, y con la esperanza de un reflotamiento posible, se ha dejado a dos guardianes a bordo.

En el momento en que nos aproximábamos, se izó un pabellón blanco: echamos el ancla, mientras que una canoa se dirigía hacia nostros; estaba ocupada por un solo remero que venía a pedir al comandante víveres y un hombre, ya que su compañero había sucumbido la noche anterior por un acceso de fiebre. Se accedió a su pedido, y unos diez de nosotros lo acompañaron a fin de rendir los últimos homenajes al difunto. El cadáver, envuelto en una tela encerada había sido transportado a unos cien metros del barco accidentado, y yacía en la arena, cerca de una fosa comenzada. Nuestra llegada puso en fuga a unos horribles urubús, que habían lacerado ya el grosero sudario y arrancado pedazos de carne. Los funerales fueron breves: se acabó aprisa el hueco y se empujó allí el cuerpo ya en descomposición bajo la acción del calor. El comandante, sacando de su bolsillo un pequeño libro de plegarias, leyó el servicio de los muertos. Había llegado la noche, una noche de tempestad, muy oscura; nuestro grupo no estaba alumbrado más que por un fanal que un indio sostenía junto al oficial.

– *¡Requiescat in pace!*

¡Oh, sí, bien en paz, en esta isla sin nombre que mañana será cubierta por el río; en la inviolable paz de las aguas…!

El 6 por la noche hemos dejado a nuestra derecha la desembocadura del río Purús que nace en los confines de Bolivia, más allá del décimo grado de latitud sur y es navegable a lo largo de cerca de tres mil kilómetros; contorneamos la isla de la Paciencia, cuyo nombre nos anuncia que esta navegación morosa llega a su término: el *Viero da Cunha* se interna a poco vapor por el canal Manacapuru, que comunica con el río Negro, y el 6, al amanecer, echamos el ancla en el río oscuro, frente a Manaos.

III

La ciudad, llamada también Barra do Rio Negro, o simplemente Barra, está situada en la orilla izquierda, a más o menos diez millas de la desembocadura. El río Negro, en la última parte de su curso, se extiende

en una serie de lagos tan grandes que, desde el fondeadero, apenas si se distingue la orilla occidental, vasto horizonte que da al sitio la apariencia de un puerto marino. ¿No es, pues, un puerto y el más seguro de todos, a pesar de que está a novecientas veintisiete millas del océano? Los más grandes buques podrían evolucionar sin peligro en este manto de agua dulce de una profundidad de ochenta brazas, capaz de contener las flotas del mundo entero. Pero por el momento el movimiento naval se reduce a dos líneas de frecuencia mensual, una que pertenece a la*Red Cross Line Company*, y la otra americana, que une la capital del Amazonas con Liverpool y Nueva York. Lamento no poder mencionar ningún servicio francés, ya que la *Compagnie des Chargeurs Réunis*, que por un momento consideró dirigir una de sus naves a Manaos, ha incluso debido suspender su servicio regular entre el Havre y Pará, pues la competencia inglesa hizo bajar el precio del flete en condiciones que tornaban la lucha insostenible.

Manaos en cambio, gracias a su posición en el centro de la maravillosa red fluvial amazónica, es el punto de reunión de todos los vapores o canoas que sirven al Madeira, el río Negro, el Purús, el Jurúa, el Jutahy, gran cuenca equivalente en extensión a la mitad de Europa continental. Cada año, en la época de las aguas altas, embarcaciones que parten de la frontera de Bolivia tocan en Manaos, remontan el río Negro, penetran en el Casiquiari y van a dar al curso del Orinoco, después de haber recorrido sin descargar mercancías una distancia igual a la que separa al Sena del Níger.

Es una linda pequeña ciudad, limpia, cuyas casas encaladas, tiendas, depósitos, sólidamente construidos, se alzan sobre un plano ligeramente inclinado hacia el río. Un muelle, una hermosa avenida en que se han plantado palmeras, y acacias que hacen pensar en los paseos de Calcuta y de Rangún, le dan una apariencia bastante coqueta. Es la primera ciudad digna de este nombre que se encuentra cuando se llega del interior; a pesar de sus limitadas proporciones, produce una viva impresión en el viajero que acaba de pasar seis meses lejos del mundo civilizado. La población no es más que de quince mil almas, poco para una ciudad de una antigüedad de más de dos siglos, sobre todo en este Nuevo Mundo donde bastan unos años para transformar un campo de pioneros en una capital de estado.

El lento desarrollo de una localidad cuya incomparable situación fue señalada por La Condamine, Humboldt, Castelnau, Maury y tantos otros viajeros, no debe atribuirse sino al abandono sistemático de las empresas agrícolas en beneficio de la búsqueda exclusiva de los productos de la floresta. Aquí, como en toda la Amazonía, el país no tiene peor enemigo que su riqueza, la misma que empuja a los habitantes a preferir la vida despreocupada del viajero de los bosques a las labores del desbroce. La

industria del caucho, que hace la fortuna de algunos, no es suficiente para desarrollar los recursos de la región. Lejos de desear la venida del inmigrante, los dueños de las factorías establecidas sobre los ríos no ven nada más allá del estado de cosas actual, que les asegura el monopolio de las transacciones con los indígenas. El sistema tiene sin embargo sus abusos y peligros. No quiero citar como prueba sino las escenas sangrientas que han asolado durante más de un cuarto de siglo a una región situada a unas horas solamente de Manaos, el valle de Jauapery. No se puede silenciarlas, pues demuestran hasta la evidencia que las atrocidades cometidas por ciertas tribus indias tienen como causa, en la mayoría de las veces, las exacciones, las injusticias, las crueldades incluso de que han sido víctimas por parte del blanco y del mestizo. La historia, más aún, me dará la ocasión de rendir homenaje a la valiente iniciativa de un hombre del cual el Brasil, y sobre todo la provincia de Amazonas, tienen derecho a estar orgullosos, de un sabio naturalista: el señor Joao Barboza Rodrigues, el pacificador de los indios crichanas.

Desde 1855, esta tribu antaño pacífica, multiplicaba sus ataques contra los puestos instalados en la proximidad de la confluencia del Jauapery y del río Negro; había saqueado en varias oportunidades el villorrio de Moura, que no está más que a doce horas de Manaos. Las primeras hostilidades fueron provocadas por los actos criminales de individuos que, bajo el pretexto de ir a traficar con estos salvajes, en realidad se proponían reclutar por la fuerza trabajadores. Penetraron en armas en el territorio de la tribu, incendiarios los villorrios, se llevaron cautivos a niños y mujeres, e hicieron fuego contra los desdichados que trataban de defender sus viviendas contra los invasores. Desde entonces estalló la guerra, incesante, implacable. Se sucedieron las masacres: el indio al acecho se lanzaba contra el cazador, acribillaba con sus flechas envenenadas la canoa del pescador, asaltaba las aldeas durante la noche, pillando, quemando, sometiendo a los prisioneros a espantosas torturas; rechazado a veces, es verdad, acosado a su vez a través de los bosques, ametrallado sin piedad.

En 1884 el señor Barboza Rodriguez, que, por diez años de exploraciones, había adquirido una conocimiento íntimo del carácter indígena, concibió el peligroso proyecto de poner término a tales horrores. Obtuvo para comenzar, del gobierno provincial, que se prohibiese el acceso al río Jauapery, para lo cual se dio la orden a una chalupa de guerra emboscada en la entrada de no dejar pasar ninguna canoa. Después él mismo partió en una piragua con presentes para los indios, llevando consigo, como intérprete, a un muchacho que había estado prisionero por largo tiempo de los crichanas, cuya lengua hablaba corrientemente. Remontó durante varios días el fatal río y llegó a la vista del enemigo. Su aparición

fue saludada por gritos de muerte, y los indios se precipitaron sobre la pequeña playa a la que había abordado la embarcación, blandiendo hachas de guerra sobre la cabeza del audaz viajero. Este, impasible, presentaba a los furiosos indios las muestras de paz: telas de vivos colores, cuchillos o espejos. Poco a poco las vociferaciones se apaciguaron, y el forastero fue llevado a la aldea y tratado como un amigo. Unos días más tarde se concluyó la paz solemnemente, y se intercambió un doble juramento. Los indios no serían molestados en adelante, y ellos, sus mujeres, sus niños, podrían ir y venir en toda seguridad por los bosques, por las orillas del río, a cambio de lo cual prometieron olvidar sus antiguas quejas y respetar a las personas y los bienes.

Semejantes tratados no ponen en movimiento a la gente de las cancillerías; no tienen necesidad de protocolos ni de firmas; el gran público no tendrá conocimiento de ellos. Todo ha sucedido lejos de las ciudades, a la orilla de un río desconocido, pero la escena no carecía, sin embargo, de grandeza. El negociador no hablaba en nombre de una nación, sino de toda la raza banca, y su palabras conquistaron a esos corazones bárbaros. Cuando se reembarcaba, uno de los ancianos de la tribu le tomó la mano y le dijo: "Yo soy ya viejo, y no sé si te volveré a ver; voy a morir, pero si pudiera bajaría contigo por el río. Pero mis hijos irán un día hacia ti. El hombre blanco es bueno; los crichanas no lo olvidarán"[3].

Los crichanas no tuvieron necesidad de dirigirse a Manaos, donde su visita hubiese sido sin duda mal acogida. Pero durante los dos años siguientes el pacificador ha vuelto varias veces a visitar a los ribereños de Jauapery. En cada uno de sus viajes les llevaba herramientas de trabajo, iniciándolos poco a poco en las ocupaciones del hombre civilizado. Esas gentes que, hacía tres años, vivían desnudos, hacían sus piraguas ahuecando troncos de árboles con piedras al rojo, rivalizan en la hora presente con las tribus más avanzadas. Las mujeres hilan, dan forma a elegantes canastos; los hombres han construido en lugar de chozas de ramas viviendas de sólidas estructuras cubiertas por palmas. La nación ha franqueado en unos meses la distancia que separa la edad de piedra de los tiempos modernos. Las colecciones traídas en esas expediciones por el naturalista atestiguan en los alumnos una capacidad de asimilación, una buena voluntad sorprendentes. Nada tan interesante como su pequeño museo levantado por el gobierno en un edificio del Estado, y que me ha permitido visitar con perfecta cortesía. Conservaré del hombre y de la obra un recuerdo imborrable.

---

[3] Resumen del Informe del señor Barboza Rodriguez: *Pacificaçao dos Crichanas* (1885).

12-18 de *diciembre*.- De Manaos a Pará el trayecto se efectúa en cinco días.

Nuestra primera escala es Itacoatiara (Piedra pintada), pequeña aldea que debe su nombre a una roca cubierta de jeroglíficos groseros trazados por los antiguos aborígenes. Los habitantes, al mismo tiempo que se dedican en la floresta a la extracción del caucho, de la goma y de resinas, cultivan el cacao y la mandioca. En las cercanías un americano ha creado una plantación hoy en pleno rendimiento, y cuyo cuidado aspecto contrasta de modo feliz con los efímeros cultivos circundantes. La plaza domina la entrada del río Madeira; tomaría importancia el día en que se hagan serias tentativas para colonizar el valle regado por ese gran curso de agua. Los rápidos que, a lo largo de más de cien leguas, obstaculizan la navegación, deberán ser previamente soslayados por medio de la construcción de una vía férrea, tarea colosal cuyos estudios, hasta ahora sin resultado, han absorbido ya millones y causado numerosas víctimas.

Más allá del Itacoatiara el río Amazonas se ve solitario. La huella del hombre no reaparece sino en las proximidades de Obydos, en donde entramos en la provincia de Pará. Desde la vieja ciudadela, Gibraltar amazónico, la mirada descubre un grandioso panorama: el río, hace un momento como un mar, se estrecha entre dos colinas; en este paso, de una anchura de solo 1 800 metros, se precipita una masa de agua que von Martius ha calculado en 550 000 pies cúbicos por segundo. Más allá, hacia el sur, se extiende la Varzea, zona incierta, movediza, donde los dos elementos se equilibran, donde las filtraciones excavan mil pequeños canales entrecruzados; hacia el norte se presienten las crestas azuladas de la sierra de Almeyrim, que confina con las montañas de la Guayana.

Las riberas se pueblan: he allí Santarem, Villa Franca ante el estuario del Tapajoz, Monte Alegre, situado al pie de la Sierra de Ereré, plantaciones de cacao y de tabaco, bosques que son incendiados para dar paso a tierras cultivables. Llegada la noche el río, con reflejos rojizos por causa de esos incendios, muestra la apariencia de ser de sangre. Quizás el viajero que llega en sentido inverso, que apenas acaba de dejar las ciudades del litoral y el rumor de la multitud, se sentirá menos impresionado por esta animación. Pero para aquel al cual rodeaban aún ayer las soledades silenciosas, los tristes horizontes del interior, la impresión es muy diferente; creo despertarme de un largo sueño, vuelvo a estar entre los vivos.

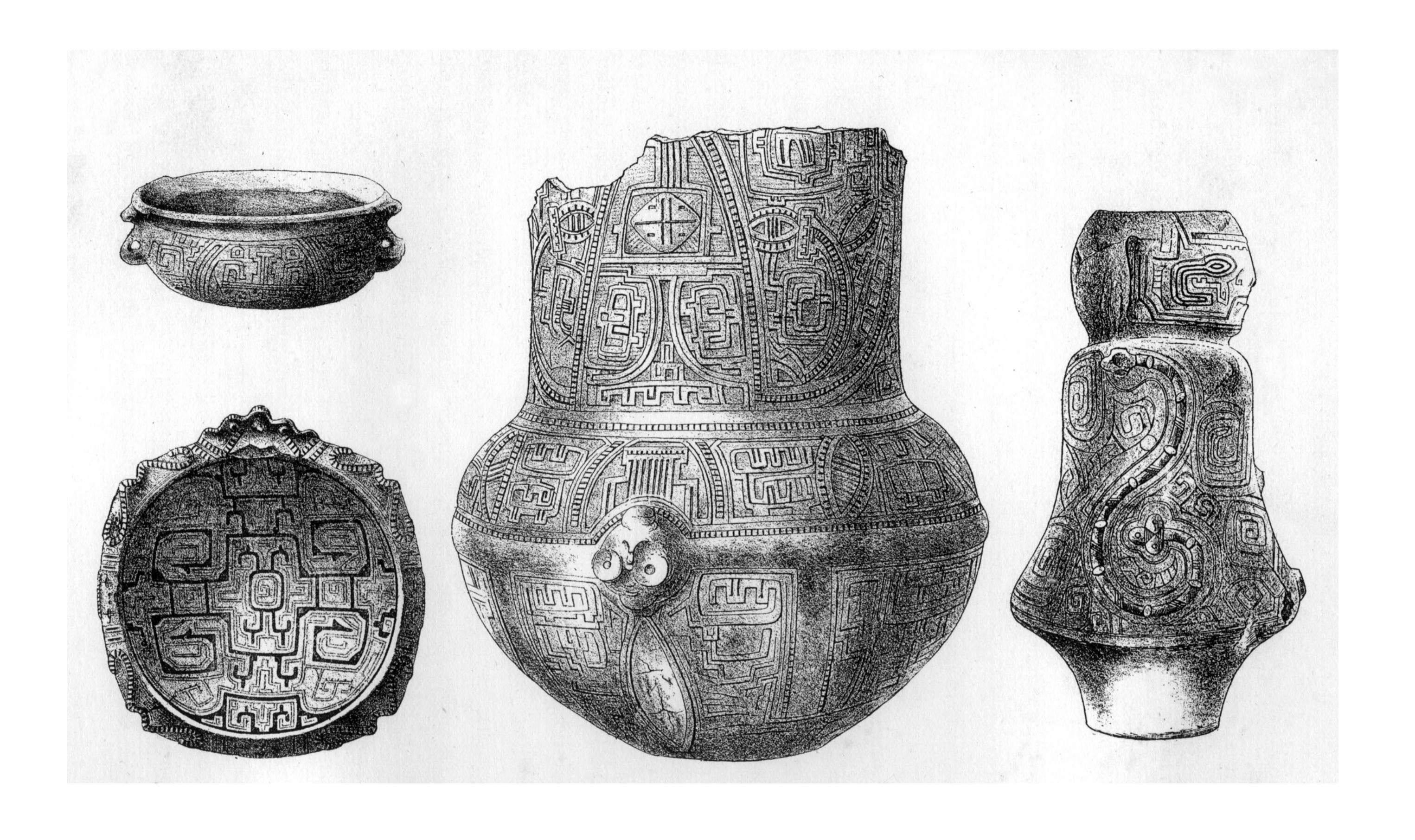
Después nuevamente todo se borra, las casas, los cultivos, las grandes volutas de humo. Recomienza la floresta, enmarcando al río salpicado de islas. El Amazonas, antes de perderse en el océano, parece encarnizarse con el continente: erosiona, arranca, devora, hace surgir y sumerge, alternadamente, archipiélagos enteros, acarreando insensiblemente hacia

el mar esos fragmentos desprendidos con su fauna y su flora. Toda la costa sur, a partir de la confluencia con el Xingú, está surcada por lo que se llaman los *parana-mirims*, innumerables canales por los cuales las embarcaciones que no tienen más que un escaso tirante pueden evitar el lecho del río de una anchura de cinco leguas. La sacuden frecuentes huracanes, y la marea, que se hace sentir hasta Obydos, a una distancia de más de quinientas millas, determina, en las cercanías de la desembocadura, una especie de barra, *Pororoca*, de una violencia extraordinaria.

Henos sucesivamente en el canal Jaburu, luego en el de Breves, por los cuales se vierte una pequeña parte del caudal del Amazonas en el estuario de Tocantines o de Pará. Cincuenta leguas por un río tranquilo, profundo, en absoluta soledad, a la sombra de bosques comparables a los de la Pampa del Santo Sacramento. El canal corre casi constantemente en línea recta a lo largo de cerca de cien millas; se diría que avanza bajo una nave indefinidamente prolongada, en cuyos pilares se engancharían los helechos gigantes, las orquídeas, las lianas de flores purpúreas. Parece que la naturaleza amazónica, antes de devolver al viajero al océano, deseara mostrarse por última vez a él en su más resplandeciente atavío.

A nuestra izquierda se extiende la isla de Marajo, otrora habitada por numerosas tribus, hoy una necrópolis. La exploración de las tumbas que cubren esta isla, grande como Irlanda, ha revelado en las antiguas poblaciones un estado de civilización relativamente avanzada. Con seguridad ninguno de los indios que ocupan actualmente la cuenca del Amazonas sería capaz de modelar esas bellas urnas funerarias, esos ceramios, donde se ejerce la fantasía del diseñador indígena con un ingenio notable y a veces con un instinto muy seguro de la ornamentación. Un naturalista de gran valor, el señor Rumbelsperger, ha consagrado muchas estaciones a visitar y hacer excavaciones en esta isla de los Muertos. Los objetos de toda clase que ha traído de allí forman una de las más preciosas colecciones del Museo Nacional de Río de Janeiro, la más notable quizá para los que se interesan en la historia, tan oscura aún, del aborigen sudamericano. En la costa boscosa del Atlántico, en las melancólicas playas del Gran Océano, el misterio es el mismo. El hombre de antaño ha guardado el anonimato; ningún descifrador de jeroglíficos no le ha arrancado aún su secreto.

Al salir del canal de Breves entramos en las aguas del Pará, o más bien en su parte meridional, el canal Goajara, comprendido entre un rosario de islas y tierra firme. El río se cubre de velas: sobrepasamos extraños navíos, esto es las macizas *montairas* de popa elevada en forma de junco chino. Emplearán cerca de dos meses para recorrer el trayecto que acabamos de hacer en cinco días. En fin, en el horizonte campanarios, cúpulas, filas de edificios de matices claros, suben lentamente por encima del agua. Los humos de las fábricas se arrastran por sobre los bosques. Vapores de los



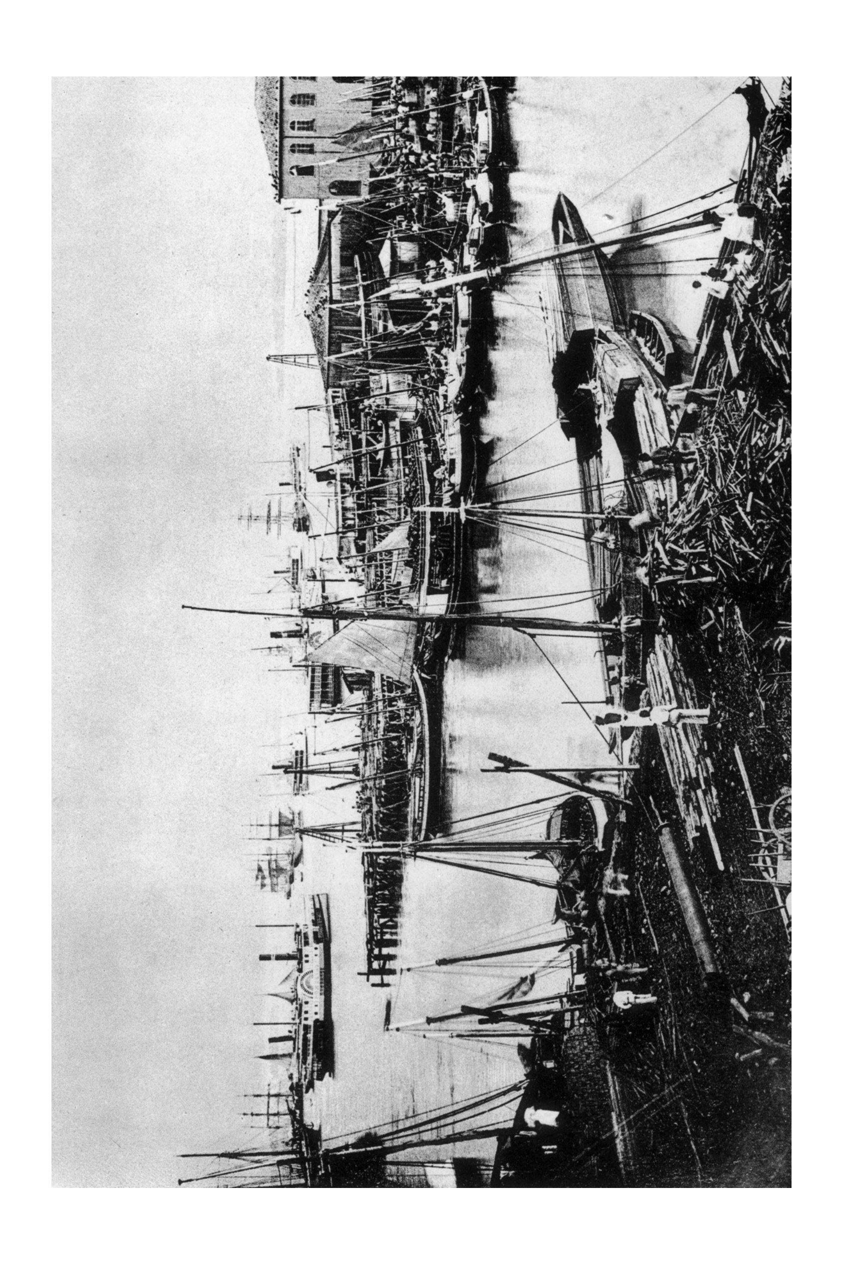
Ceramios y urnas funerarias de la isla de Marajo (Museo Nacional de Río de Janeiro)

ríos, largos buques, veleros, se hallan anclados, y el viento que, desde la mañana, se ha desplazado al este, me trae un perfume que no he sentido desde hace ocho meses: el sano olor alcalino de las grandes brisas que soplan del mar. Esta ciudad por tanto tiempo deseada, es la vieja colonia de Santa Maria de Belem: Pará.

Belem o Pará —se le da indistintamente los dos nombres— está situada a ochenta millas del océano, en la ribera derecha del río Pará, que muchas gentes toman, equivocadamente, por una de las bocas del Amazonas, pues en realidad se trata de una prolongación del estuario del Tocantines. Su aspecto es el de la mayoría de las ciudades brasileñas: muros iluminados con colores o encalados, techos de tejas rocas, casas rodeadas por anchas verandas. La ciudad en definitiva, sobre todo vista desde la rada, causa una impresión bastante hermosa por el contraste entre la animación del puerto y de los muelles, los diversos colores de los edificios, y el monótono horizonte de la floresta que se despliega al sur y al oeste.

No sé bien la impresión que pueda producir en el extranjero que desembarca de Europa o de las metrópolis del sur, Río o Buenos Aires: quizás esta animación le parecerá mediocre. En cuanto a mí —¿debo confesarlo?—, después del largo viaje en el interior, lo que he admirado, no es ni el Largo de Pólvora, la soberbia Estrada de Mangubeiras, el camino encantador de Nazaret, los antiguos conventos, no es la población en la cual, cosa rara en el Brasil, el elemento negro y sus derivados están en minoría, ventajosamente reemplazados por los tipos indígenas: son los tranvías remolcados al galope por mulas, los carromatos, los gritos de los vendedores, los juramentos de los mozos de cordel, el movimiento y el ruido de la calle. Este bullicio me aturde, la multitud me intimida: temo a cada instante ser atropellado por un vehículo, empujado por los transeúntes apurados. Maquinalmente me retiro hacia Ponta da Pedra, hacia el puerto, pero allí también me topo con una muchedumbre, una apretura india en que resuenan todas las jergas habladas en el Amazonas. Un millar de individuos procede a la descarga de las canoas y de las chalanas: es un amontonamiento de cacao y de yuca, de vainilla y de caucho, de fardos de frutas y de pescado seco. Me doy a la fuga.

Pará, se me ha dicho, no está ahora en su mejor momento: la fiebre amarilla causa estragos. Lo he notado al desembarcar: el primer hotel al que me presenté tenía todos sus vanos herméticamente cerradas; sobre la puerta, un cartel coronado por una cruz advertía a la clientela que el establecimiento quedaría cerrado por tiempo indeterminado, ya que el propietario y su mujer, víctimas de la epidemia, habían tenido la desgracia de fallecer la víspera por la noche. Por eso es que acogí con alegría la noticia de la llegada del buque-correo americano *Pará* con destino a Río de Janeiro; acaba de ingresar en la rada y debe partir pasado mañana. Retiré del consulado el



Puerto y Rada de Santa María de Belem (Pará)

paquete de cartas que me esperaba desde hacía tres o cuatro meses; me procuré ropa más presentable. Nada me retiene en tierra. La transición ha sido demasiado brusca; tengo necesidad, para recobrarme, de unos días en el océano: el rumor del mar acostumbra al ruido de los hombres.

22 de *diciembre*.- La tierra está lejos. La última aldea que he visto ha sido Collares, escondida a medias por arboledas de mangos. Ahora navegamos en alta mar, sacudidos por un fuerte oleaje cuya cadencia acelerada revela el choque de esas dos potencias que son el Amazonas y el Atlántico.

La noche ha llegado. Echado sobre mi litera, en la atmósfera tranquilizante del mar que canta contra mi ojo de buey la más irresistible de las canciones de cuna, no puedo dormir. Mil pensamientos confusos se presentan en mi cabeza. Recomienzo mentalmente mi extraña odisea: los buenos como los malos días reaparecen con una nitidez singular; al hacer la cuenta de ellos, estimo que estos han sido ampliamente compensados por aquellos. No tengo quejas ni rencor con respecto a los seres o las cosas: no hay en mí resentimiento contra el indio ladino, ni contra la húmeda floresta; perdono a la puna helada, al río en que he creído perecer. Todos, en suma, se han mostrado clementes con el viajero solitario: les debo las más dulces y las peores horas de mi vida, las más profundas y fortificantes emociones que jamás haya sentido o sospechado.

Pienso en fin en el curioso destino de esas regiones desde hace tanto tiempo descubiertas, hoy aún si no desiertas, explotadas al menos de una manera tan superficial. La impresión que se desprende de todo ello es el vacío. De los Andes al río Negro, raras son las tierras desbrozadas, raros los hangares, las chozas, una decena de caseríos decorados por sus habitantes con el nombre de ciudades, algunos millares de individuos para una región que fácilmente alimentaría a veinte millones de hombres. ¿Cuando y cómo se poblará? ¿Cuáles serán las poderosas asociaciones que traerán a ellas las masas indispensables para hacer cultivable esta tierra, a la que su misma fecundidad y la exuberancia de vegetación hacen temible al colono sin apoyo? Cuestiones temerarias. Sobre este tema, más aún que sobre otros, es imprudente profetizar. Los más hábiles incurren en error, y sus cálculos, hechos sobre la base de los datos más serios, no han apresurado la solución del problema.

Al menos se puede esperar que el día en que estos vastos territorios, hasta hoy abandonados, atraigan no solo al caminante de los bosques, al buscador de oro, de esencias preciosas o de caucho, corruptor y déspota frente al indígena, sino al cultivador, Francia participará en justa medida a la puesta en valor de una región que, desde hace tres siglos, ha servido de campo de estudio a sus exploradores y a sus investigadores.

No ignoro las prevenciones, hasta cierto punto justificadas, que se asocian actualmente entre nosotros con las empresas coloniales. Pero el

porvenir del que hablamos está bastante alejado para que, de aquí hasta entonces, las opiniones y la moda hayan tenido tiempo de modificarse, sobre este punto como sobre muchos otros. En fin, por legítimo que haya sido el descontento por recientes y ruinosas aventuras, un país tal como Francia no podría desinteresarse impunemente de los esfuerzos realizados por las naciones rivales para asentar su preponderancia política, comercial e industrial en los continentes jóvenes. Tal supremacía no se logra únicamente por la afluencia de capitales, sino por un aporte de mano de obra. Los pueblos se acrecientan, se ha dicho, por el hecho mismo de que emigran: el axioma es banal a fuerza de ser verdadero. Nótese que no se trata aquí sino del aumento numérico, el más importante por lo demás, en nuestro siglo de fusiles de repetición y de pólvora sin humo.

Me acuerdo de que una noche en el campamento un indio me interrogaba con curiosidad sobre mi país. Cuando conseguí, a fuerza de comparaciones y de perífrasis, darle una idea de la distancia que nos separaba de Francia, el salvaje se puso pensativo y me dijo:

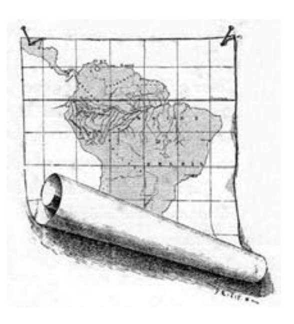
– La tierra es entonces bien mala en tu país, ya que has venido de tan lejos.

Le habría podido responder que hay pocas tierras más fecundas, ninguna donde la vida sea más grata; pero no hay nación tan próspera y tan ricamente dotada que no encuentre beneficioso mirar más allá de sus fronteras, hacer retroceder con el pensamiento los límites del horizonte, ya que se expondría a penosos despertares durmiéndose en la contemplación complaciente de su bienestar.

Desde hace doce horas estamos en ruta: el día va a asomar. No puedo descansar en esta litera, a la que ya no estoy habituado: heme aquí en el puente; el mar se ha apaciguado un poco, aunque sigue aún agitado. Pero ¿se trata del mar, esa ondulación luminosa cuyos matices conozco muy bien? Arrastra, mezclados, troncos de árboles muertos, ramas cargadas de hojas, paquetes de lianas y, aquí y allá, fragmentos de piedra pómez vidriosa, escorias vomitadas por los lejanos volcanes de los Andes.

A más de setenta leguas de la costa, ¡el río gigante lucha todavía!

Septiembre-diciembre de 1886.



Cinco meses más tarde, una mañana de mayo. El buque *Ville de Rio de Janeiro*, que me regresa a Europa se detuvo ayer por la noche ante el faro de Roscoff para recoger al piloto del Canal de la Mancha. Los farallones de Cotentin, por un momento visibles en la aurora, se desdibujan y luego desaparecen en la bruma que se ha hecho más densa a medida que el día avanza. Francia está allí, muy próxima, en esa blancura atravesada de trecho en trecho por la fina silueta de una barca de pesca que recoge sus redes; Francia, que más de una vez he creído no volver a ver.

Acodado sobre la batayola, inmóvil bajo el vapor penetrante, pienso en el camino recorrido durante cerca de tres años bajo el sol y las borrascas, a través de las populosas ciudades del Asia, los monumentos de civilizaciones extinguidas, las arboledas de la floresta primitiva… Es la India dormitando en su esplendor hierático, el país birmano, el Irauaddy bordeado por pagodas, el gran hormiguero chino, el Japón original. Es Java, el mar azul de las Célebes, los archipiélagos de corales, las sombrías costas de la tierra austral; después, surgiendo del Pacífico, la Cordillera andina con sus picos nevados escupiendo llamas. En fin, estos largos meses de vida india, los campamentos en la Sierra, el tambo de palmas, la frágil balsa de la Amazonia.

Días de encantamiento, horas de duda y de angustia, todo ello está lejos ahora. Voy a volver a ver a los míos, los rostros amigos, la casa familiar tal como la he dejado. Después de años de vida errante y libre

por todos los océanos, por los ríos infinitos, en la prodigiosa naturaleza ecuatorial, me he de ver nuevamente apresado por los mil lazos de nuestras convenciones sociales, por esta existencia europea, un poco estrecha tal vez, pero envolvente y dulce.

¡Cuán densa se ha hecho la bruma! Apenas si queda una media milla de horizonte visible. Nuestra sirena de alarma suena de minuto en minuto; otras le responden: a veces pasa una gran sombra, y un vapor nos cruza tan cerca que se percibe la vibración de las máquinas, el ruido de las voces sobre el puente, el borbotar del agua bajo la hélice.

De pronto, un estridente sonido de sirena, y otro, más cercano. Luego, grandes vergas cuadradas, dos altas chimeneas rojas emergen de la niebla a estribor. Escucho el grito:

– ¡El transatlántico! ¡Viene contra nosotros!

El buque no está más que a cien metros; se ve su casco muy elevado sobre el agua, sus puentes llenos de gente. Maniobra para evitarnos, pero ya su extremo superior ha cruzado el nuestro… ¡Un choque terrible! El *Ville de Rio* se inclina como si hubiera zozobrado. Ha penetrado como una cuña en el flanco del transatlántico, luego se debilita, mutilado a su vez, rota la roda, pronta a hundirse: una ola inmensa la ha cubierto en sus dos tercios. Todo no ha tomado más que cuarenta segundos.

La nave contra la cual acabamos de chocar es el vapor-correo de Nueva York, la *Champagne*; leo su nombre en su proa mientras que ambos barcos están borda contra borda. Ha sido seriamente alcanzada; el agua penetra en abundancia por la herida en forma de hachazo que ha recibido. Veo a centenares de pasajeros sobre el puente superior, en las crujías. De una y otra parte ningún grito, ningún gesto: el estupor de los grandes espantos.

Luego los dos vapores se separan y se pierden de vista en la bruma. El nuestro se ha levantado un poco, pero su proa se mantiene casi completamente sumergida, y el agua invade ya las máquinas.

Se organiza aprisa el salvamento, pero con un orden perfecto. Los pasajeros son poco numerosos, unos cincuenta en total; no faltaran embarcaciones. Por desgracia han sido, esta misma mañana, y de acuerdo al uso cuando se aproxima un puerto, llevadas al puente. ¿Cómo levantarlas rápidamente y pasarlas por encima de la borda sin ayuda de la cabria a vapor? Los fuegos de la máquina se han apagado. Hay que renunciar a bajar al agua las grandes chalupas; nos dirigimos a las canoas, más que suficientes por lo demás para embarcar a los pasajeros y a la tripulación. Todo el mundo se aferra a los aparejos. El agua penetra, pero lentamente; los tabiques, aunque algo desquiciados, se mantienen aún. Por suerte el mar se halla tranquilo. Con ese ligero oleaje el navío se fatiga poco.

Ha pasado una hora durante la cual esperábamos, a cada minuto, la inmersión suprema. Se han izado las señales de emergencia grave, y se puesto el pabellón a media asta. La niebla se levanta poco a poco; dos vapores pasan por el horizonte, pero sin vernos. En fin las chalupas están ya en el agua, y comenzamos a embarcarnos, mujeres y niños primero, luego el resto de los pasajeros con los pocos efectos que han podido retirar de las cabinas, los domésticos, y hasta mi perro. El pobre animal, desde el accidente, no se ha separado de mi lado, como si oliese el peligro y protestase por anticipado contra un posible abandono. Lo he lanzado desde lo alto de la escala a la canoa, donde se ha acurrucado bajo un banco, sin un ladrido.

En este momento un tercer buque sale de la bruma. Nos ha visto; es una vez más un transatlántico, el *Ville de Bordeaux*, en ruta a las Antillas; se aproxima, y en unos minutos lanza todas sus embarcaciones al mar. Ello nos va a permitir salvar nuestros pequeños bultos personales; en cuanto a los bagajes en la cala, están ya bajo el agua. He tomado en mi cabina lo que tengo de más precioso, la valija que contiene mis libretas de notas, mis esbozos y algunos clichés. Vuelvo a buscar la pequeña cámara fotográfica que me ha servido durante todo mi viaje; quizá podré, de la chalupa o del puente del otro vapor, tomar una última foto de nuestra nave en agonía.

No olvidaré jamás la rápida visita a este reducto que fue mi morada durante casi un mes, el aspecto del salón, tan coqueto hace algunas horas. La violencia del choque ha quebrado todo, los cristales, los espejos, los mármoles de las consolas arrancados de los muebles y reducidos a pedazos, las lámparas que derraman su aceite sobre el tapiz. Se diría una morada saqueada por el enemigo.

Un cuarto de hora más tarde estábamos reunidos todos sobre el puente del *Ville de Bordeaux*, cuyo comandante, señor Brilhouin, nos dio pruebas de la más exquisita cortesía, felicitándose en emocionados términos por haber llegado a tiempo para salvarnos.

El *Ville de Rio* se hundía lentamente por la proa; el agua llegaba ahora al pie de la pasarela. El comandante que era el último, bajó a su canoa. Todos los animales de a bordo, bueyes y carneros, cuyas jaulas habían sido abiertas por los marineros antes de bajar a las chalupas, a fin de que las pobres bestias pudiesen al menos morir en libertad, se habían refugiado en la parte posterior y lanzaban gritos desesperados. El navío se levantó por última vez, mostrando la llaga abierta de su proa, después volvió a caer: uno a uno saltaron los paneles, brotaron chorros de agua hasta las vergas, la popa se alzó dejando ver la hélice, y todo se sumergió. Eran las cinco de la tarde; desde el momento de la colisión, ocurrida un poco antes de mediodía, nuestro siniestrado barco había derivado, arrastrado

por la corriente, doce millas hacia el oeste. El *Ville de Bordeaux*, cambiando de rumbo, se dirigió hacia El Havre, en cuya rada debíamos anclar por la noche.

El siniestro se reducía a pérdidas materiales. El *Champagne*, a pesar de su grave avería, había logrado encallar sobre el banco de Courseules; el magnífico vapor fue felizmente reflotado unos días después. Tenía a bordo más de mil doscientos pasajeros, de los cuales seiscientos a ochocientos emigrantes: salvo unos treinta de estos que, víctimas del pánico, se lanzaron al asalto de una embarcación y cayeron al mar, toda esa gente, gracias a la pronta decisión del comandante y a la buena disciplina de la tripulación, solo había sufrido el miedo. Los náufragos fueron recogidos casi al mismo tiempo que nosotros por un vapor inglés, el *Vultur*, y llegaron antes que nosotros a El Havre, donde corría ya el rumor de nuestra total pérdida.

Y entre tantas gentes milagrosamente salvadas, nadie más que yo, quizá, sentía la extraña ironía de este naufragio en el puerto.

Entre los pasajeros del *Ville de Bordeaux* se encontraba una familia inglesa que se dirigía a México. El padre, un *clergyman*, hombre amable por otra parte, con el cual conversé durante la cena, era de aquellos que siempre tienen a la mano un texto bíblico para servir de epígrafe a los menores incidentes de la vida. La cita, esta vez, fue muy oportuna. En la velada, a la hora del té, estábamos sentados en el salón, él leyendo, yo pensando en los acontecimientos del día. Vino hacia mí, y sin decir palabra, indicándome su Biblia abierta, me mostró con el dedo este versículo del Salmo CVI: *"Aquellos que se van en los navíos al mar, y trafican en las vastas aguas, verán las obras del Señor y las maravillas del abismo…"*

